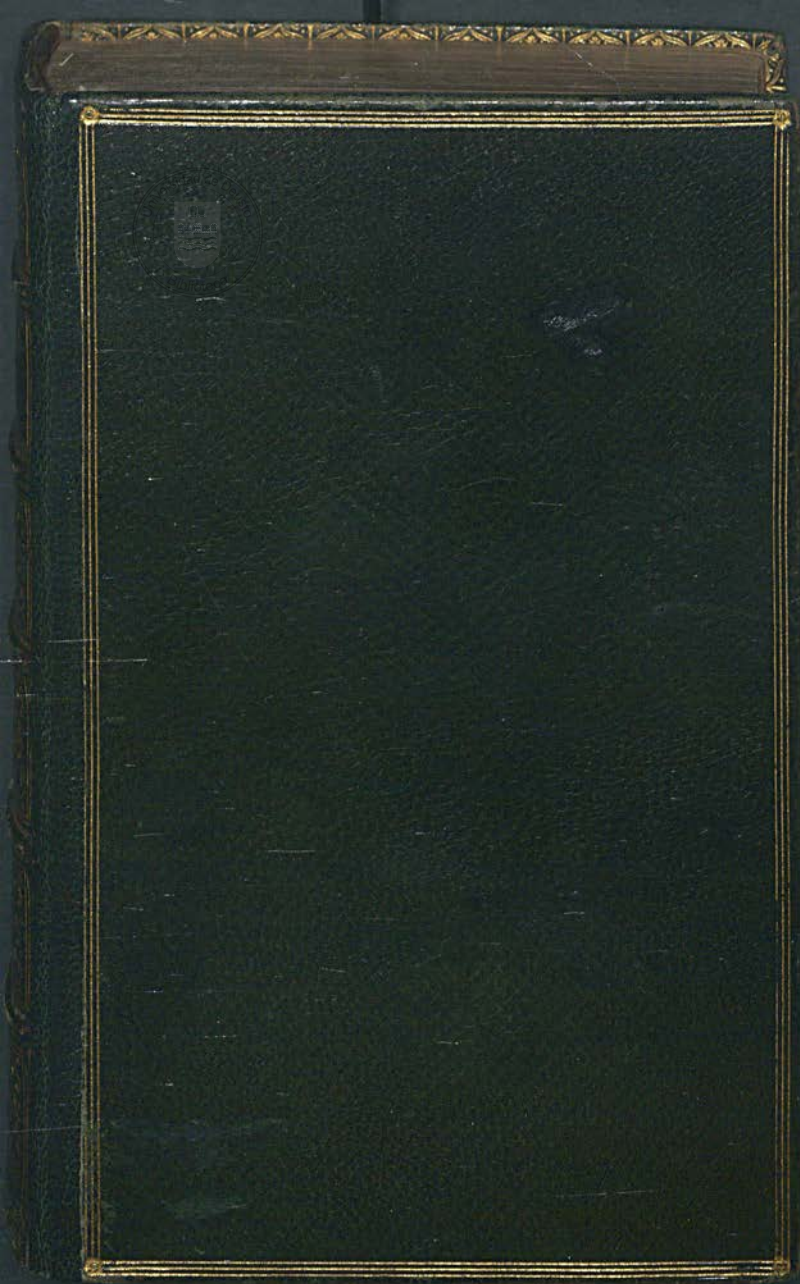






CERVANTES
DON
QUIXOTE

EN MILAN 1619



*Biblioteca de
D. Guillermo Barandiarán Alday
donada a la
Biblioteca Universitaria
de Deusto*

2010



Cervantes - Don Quixote.
En Milan - 1610.

Rare. The only edition printed in Italy - and containing the original text of the first part.



EL INGENIOSO
HIDALGO
DON QVIXOTE
DE LA MANCHA.

*Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.*

All'ill.^{mo} Señor el Sig. Conde
VITALIANO
VIZCONDE.



EN MILAN Por el Heredero de Pedromartir Locarni
y Iuan Bautista Bidello. Año 1610.
Con licencia de Superiores, y Privilegio.



APPROBATIO.

Imprimatur.

Fr. Aloys. Bariola Augustinianus Con-
sultor Sancti Officij pro Reueren-
dis. Inquisitore.

Aloys. Boss. Can. Ordin. Theol. pro Il-
lustris. Cardinali Archiepisc.

Vidit Saccus pro Excellentis. Senatu.

MO
ALLILL. SEÑOR
EL SIG. CONDE
VITALIANO
VIZCONDE.



Vmple a los Grandes,
como lo es V.S. Illu-
stris. el entender to-
do genero de lenguas
principales con las
quales se han de tra-
ctar los mayores negocios, q̄ en discurs-
to de tiempo se les puedan ofrecer. Y
hauiendo nosotros sabido, que entre
los mas graues estudios, en que V.S. Il-
lustris. passa su pueril edad, tiene a las
vezes gusto de la légua Castellana, ago-
ra hecha muy familiar a los Caualleros
de esta Ciudad; tan noble, por esta ra-
zon nos atreucmos a dedicar a V.S. Illu-
stris.

Trifs. el libro Español del Ingenioso Hi-
dalgo Don Quixote de la Mancha, que
de nuevo hauemos impresso, sin hazer-
lo traduzir en lengua Toscana, por no
le quitar su gracia, que mas se muestra
en su natural language, que en qualque-
ra trasladado. Vaya por toda Italia este
libro con el escudo del nombre de V.S.
Illustrijs. de cuya resplandesciente, y
antigua nobleza no es menester dezir
muchas palabras en esta carta; pues con
muchas no se acabaria Bastanos supli-
car a V. Sig. Illustrissima se sirua de
conferuar nos con el libro en su bue-
na gracia. Y Guarde Dios siempre, y
acreçiente su Illustrijs. persona, como
puede, y nosotros deseamos. De Milan
a 24. de Iulio 1610.

Illustrijs. Sig.

Criados de V.S. Illustrijs. que sus
manos besan.

Los Herederos de Pedromartir Locarni, y Iuan
Bautista Bidello.



PROLOGO.

DE ocupado Lector, sin juramento,
me podras creer, que quisiera que
este libro como hijo del entendi-
miento, fuera el mas hermoso, el
mas gallardo, y mas discreto, que
pudiera imaginarse. Pero no he podido yo
contrauenir la orden de naturaleza, que en
ella, cada cosa engendra su semejante. Y assi,
que podia engendrar el estéril, y mal cultiva-
do ingenio mio, sino la historia de vn hijo fe-
co, auellanado, autojadizo, y lleno de pensa-
mientos varios, y nunca imaginados de otro
alguno: bien como quien se engendrò en vna
carcel, donde toda incomodidad tiene su as-
siento, y donde todo triste ruydo haze su ha-
bitacion? El sosiego, el lugar apazible, la ame-
nidad de los campos, la serenidad de los Cie-
los, el murmurar de las fuentes, la quietud del
espíritu, son grande parte para que las Musas
mas esteriles, se muestren fecundas, y ofrezcan
partos al mundo, que le colmen de marauilla,
y de contento. Acontece tener vn padre vn
hijo feo, y sin gracia alguna, y el amor que le
tiene,

PROLOGO.

tiene, le pone vna venda en los ojos, para que no vea sus faltas: antes las juzga por discreciones, y lindezas, y las cuenta a sus amigos, por agudezas y donayres. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de don Quixote, no quiero yrme con la corriente del vfo, ni suplicarte, casi con las lagrimas en los ojos, como otros hazen, Lector carissimo, que perdones, o disimules las faltas que en este mi hijo vieres: y ni eres su pariente, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre aluedrio, como el mas pintado, y estas en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcanalas, y sabes lo que comunmente se dize, que debáxo de mi mano, al Rey mato. Todo lo qual te essenta, y haze libro de todo respeto, y obligacion: y assi puedes dezir de la historia, todo aquello que te pareciere, sin remor que te calunien por el mal, ni te premien por el bien que dixeres della.

Solo quisiera dartela monda, y desnuda, sin el ornato de Prologo, ni de la innumerabilidad, y catalogo de los acostumbrados Sonetos, Epigramas, y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te se dezir, que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tiene por mayor, que hazer esta prefacion que vas leyendo. Muchas vezes tomé la pluma para escriuilla, y muchas la dexé, por

no

PROLOGO.

no saber lo que escriuiria: y estando vna suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mexilla, pensando lo que diria, entró a deshora vn amigo mio, gracioso, y bien entendido. El qual viendome tan imaginatiuo, me preguntó la causa: y no encubriendosela yo, le dixe, que pensaua en el Prologo que auia de hazer a la historia de don Quixote, y que me tenia de suerte, que ni queria hazerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble cauallero. Porque como quereys vos que no me tenga confuso, el que dirá el antiguo legislador, que llaman vulgo, quando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo, en el silencio del oluido, salgo aora con todos mis años acuestas, con vna leyenda seca como vn esparto, agena de inuencion, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudicion, y doctrina: sin acotaciones en las márgenes, y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que estan otros libros, aunque sean fabulosos, y profanos, tan llenos de sentencias de Aristoteles, de Platon, y de toda la ceterua de Filofosofos, que admiran a los leyentes, y tienen a sus autores por hombres leydos, eruditos, y eloquentes. Pues que quando citan la diuina escritura, no diran sino que son vnos sátos Tomases, y otros Doctores de la Iglesia, guardando en esto vn

† 4 de-

PROLOGO.

decoro tan ingenioso, que en vn renglon han pintado vn enamorado distraido, y en otro hazen vn sermonzico Christiano, que es vn conto, y vn regalo oyrlle, o leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni rengo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos se que autores sigo en el, para ponerlos al principio, como hazen todos, por las letras del A.B.C. comenzando en Aristoteles, y acabando en Xenofonte, y en Zoylo, o Zeuxis, aunque fue maldiziente el vno, y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de Sonetos al principio, alomenos de Sonetos, cuyos autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, Damas, o Poetas celeberrimos. Aunque si yo los pidiese a dos, o tres oficiales amigos, yo se que me los darian, y tales, que no les yqualassen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mio, prosigui, yo de termino, que el señor don Quixote se quede sepultado en sus archiuos, en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia, y pocas letras: y porque naturalmente soy poltron, y perezoso, de andarme buscando autores, que digan lo que yo me se dezir sin ellos. De aqui nace la suspension, y eleuamiento en que me halla-

PROLOGO.

hallastes, bastante causa para ponerme en ella, la que de mi aueys oydo. Oyendo lo qual mi amigo, dandose vna palmada en la frente, y disparando en vna larga risa, me dixo: Por Dios hermano, que aora me acabo de defengañar, de vn engaño en que he estado, todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el qual siempre os he tenido por discreto, y prudente, en todas vuestras acciones: pero aora veo, que estays tan lexos de serlo, como lo està el Cielo de la tierra.

Como que es possible, que cosas de tan poco momento, y tan faciles de remediar, puedz tener fuerças de suspender, y absortar vn ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho a romper, y atropellar por otras dificultades mayores? Alafe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza, y penuria de discurso. Quereys ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y vereys como en vn abrir, y cerrar de ojos, confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que dezis que os suspenden, y acobardan, para dexar de sacar a la luz del mundo, la historia de vuestro famoso don Quixote, luz, y espejo de toda la caualleria andante. Dezid, le repliquè yo, oyendo lo que me dezia: De que modo pensays llenar el vazio de mi temor, y reducir a claridad, el caos de mi confusion? A lo

PROLOGO.

lo qual el dixo: Lo primero en que reparays de los Sonetos, Epigramas, o Elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personas graves, y de titulo, se puede remediar, en que vos mesmo tomeys algun trabajo en hazer los, y despues los podeys bautizar, y poner el nombre que quisiereis, ahijandolos al Preste Iuan de las Indias, o al Emperador de Trapi-fonda: de quien yo se que ay noticia, que fueron famosos Poetas: y quando no lo ayan sido, y huiere algunos pedantes, y bachilleres, que por detras os muerdan, y murmuren desta verdad, no se os de dos maravedis, por que ya que os aueriguen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escriuistes.

En lo de citar en las margenes los libros, y autores de donde sacaredes las sentencias, y dichos que pusieredes en vuestra historia, no ay mas, sino hazer de manera que vengan a pe-lo, algunas sentencias, o latines, que vos sepays de memoria: o alomenos que os cuesten poco trabajo el buscallo. Como sera poner, tratando de libertad, y cautiuero. *Non bene pro toto libertas venditur auro*. Y luego en el margen citar a Oracio, o a quien lo dixo: Si trataredes del poder de la muerte, acudir luego con *Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas, Regumque turres*. Si de la amistad, y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto

PROLOGO.

punto por la escritura diuina, que lo podeys hazer con tantico de curiosidad, y dezir las palabras por lo menos, del mismo Dios. *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros*. Si trataredes de malos pensamientos, acudir con el Evangelio. *De corde exeunt cogitationes mala*. Si de la instabilidad de los amigos, ahi esta Caton que os dara su distico. *Donec eris felix, multos numerabis amicos, tempora si fuerint nubila solus eris*. Y con estos latinicos, y otros tales os tendran si quiera por Gramatico, que el serlo no es de poca honra, y prouecho el dia de oy. En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeys hazer desta manera. Si nombrays algun Gigante en vuestro libro, hazelde que sea el Gigante Golias, y con solo esto (que os costara casi nada) reneys vna grande anotacion, pues podeys poner: El Gigante Golias, o Goliath, fue vn Filisteo, a quien el pastor Daud matò de vna gran pedrada, en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capitulo que vos hallaredes que se escriue.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas, y Cosmografo, hazed de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y vereys os luego con otra famosa anotacion, poniendo: El rio Tajo, fue assi dicho por vn Rey de las Españas: tiene su nacimien-

PROLOGO.

co en tal lugar, y muere en el mar Oceano, be-
fando los muros de la famosa ciudad de Lis-
boa: y es opinion que tiene las arenas de oro,
&c. Si trataredes de ladrones, yo os dire la hi-
storia de Caco, que la se de coro. Si de muge-
res rameras, ahi està el Obispo de Mondone-
do, que os prestarà a Lamia, Layda, y Flora,
cuya anotacion os dara gran credito. Si de
cruelles, Ouidio os entregará a Medea. Si de
encantadores, y hechizeras, Homero tiene a
Calipso, y Virgilio a Circe. Si de capitanes va-
lerosos, el mismo Julio Cesar os prestara a si
mismo, en sus Comentarior, y Plutarco os da-
ra mil Alexandros. Si trataredes de amores,
con dos onças que sepays de la lengua Tosca-
na, topareys con Leon Hebreo, que os hincha
las medidas. Y sino quereys andaros por tier-
ras estrañas, en vuestra casa teneys a Fonsaca
del amor de Dios, donde se cifra todo lo que
vos, y el mas ingenioso acertare a desear en tal
materia. En resolucion, no ay mas, sino que vos
procureys nóbrar estos nombres, o tocar estas
historias en la vuestra, que aqui he dicho, y dex-
adme a mi el cargo de poner las anotacio-
nes, y acotaciones, que yo os boto a tal de lle-
naros los margenes, y de gastar quatro pliegos
en el fin del libro.

Vengamos aora a la citacion de los auto-
res que los otros libros tienen, que en el vues-

tro

PROLOGO.

tro os faltan. El remedio que esto tiene es muy
facil, porque no aueys de hazer otra cosa, que
buscar vn libro que los acote todos, desde la
A. hasta la Z. como vos dezis. Pues esse mis-
mo abecedario pondreys vos en vuestro libro.
Que puesto que a la clara se vea la mentira,
por la poca necesidad que vos teniades de
aprouecharos dellos, no importa nada: y qui-
ça alguno aura tan simple, que crea que de to-
dos os aueys aprouechado, en la simple y sen-
zilla historia vuestra. Y quando no sirua de o-
tra cosa, por lo menos seruira a quel largo Ca-
talogo de autores, a dar de improuiso auto-
ridad al libro. Y mas, que no aura quien se pō-
ga a aueriguar, si los seguistes, o no los seguif-
tes, no yendole nada en ello. Quanto mas, que
si bien caygo en la cuenta, este vuestro libro
no tiene necesidad de ninguna cosa de aque-
llas que vos dezis que le falta, porque todo el
es vna inuestiua contra los libros de caualler-
rias, de quien nunca se acordò Aristoteles, ni
dixo nada san Basilio, ni alcançò Ciceron. Ni
caen debaxo de la cuenta de sus fabulosos dis-
parates, las puntualidades de la verdad, ni
las obseruaciones de la Astrologia: ni le son
de importancia las medidas Geometricas, ni
la confutacion de los argumentos de quien se
sirue la retorica: ni tiene para que predicar a
ninguno, mezclando lo humano con lo diui-
no,

PROLOGO.

no, que es vn genero de mezcla, de quien no se ha de vestir ningun Christiano entendimiento. Solo tiene que aprouecharse de la imitacion en lo que fuere escriuiendo, que quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor sera lo que se escriuiere. Y pues esta vuestra escritura no mira a mas, que a deshazer la autoridad, y cabida que en el mundo, y en el vulgo tienen los libros de cauallerias, no ay para que andeys me digando sentencias de Filosofos, consejos de la diuina Escritura, fabulas de Poetas, oraciones de Retoricos, milagros de santos: sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas, y bien colocadas, salga vuestra oracion, y periodo, sonoro, y festiuo. Pintando en todo lo que alcançaredes, y fuere posible, vuestra intencion, dando a entender vuestros conceptos, sin intricarlos, y escurecerlos. Procurad tambien, que leyendo vuestra historia, el melancolico se mueua a risa; el risueño se acreciente; el simple no se enfade; el discreto se admire de la inuencion; el graue no la desprecie; ni el prudente dexe de alabarla. En efecto, lleuad la mira puesta a derribar la maquina mal fundada destos cauallerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas: que si esto alcançasedes, no auriades alcançado poco. Con silencio grande estuue escuchando lo que mi amigo me dezia, y de tal manera

PROLOGO.

manera se imprimieron en mi sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aproue por buenas, y de ellas mismas quise hazer este Prologo. En el qual veras, Lector suauo, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia, en hallar en tiempo tan necesitado tal consuegro, y el aliuio tuyo, en hallar tan sinzera, y tan sin rebueltas la historia del famoso don Quixote de la Mancha: de quien ay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el mas casto enamorado, y el mas valiente cauallero, que de muchos años a esta parte se vio en aquellos cõtorinos. Yo no quiero encarecerte el seruicio que te hago, en darte a conocer tan notable, y tan honrado cauallero: pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendras del famoso Sancho Pança su escudero, en quien a mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles, que en la caterua de los libros vanos de cauallerias estan esparzidas. Y con esto, Dios te de salud, y a mi no oluide. Vale.



AL LIBRO DE DON

Quixote de la Mancha, Virganda
la desconocida.

Si de llegarte a los bue
Libro fueres con letu
No te dira el boquirru
Que no pones bien los de
Mas si el pan no se te cue
Por yr a manos de idio
Veras de manos a bo
Aun no dar vna en el cla
Si bien se comen las ma
Por mostrar que son curio.
Y pues la experiencia ense
Que el que a buen arbol se arri
Buena sombra le cobi
En Bexar tu buena estre.
Vn arbol real te ofre
Que dà Principes por fru
En el qual florece vn Du
Que es nuevo Alexandro Ma
Llega a su sombra que a oñ
Fauorece la fortu.

De

De vn noble hidalgo Manche

Cóntaras las auentu
A quien ociosa letu
Trastornaron la cabe.
Damas, armas, caualle
Le prouocaron de mo
Que qual Orlando furio
Templado a lo enamora
Alcançò a fuerza de bra
A Dulçinea del Tobo.

No indiscretos hierogli
Estampes en el escu
Que quando es todo figu
Con ruynes puntos se embi.

Si en la direccion te humi
No dirà mofante algu
Que don Aluaro de Lu
Que Anibal el de Carta
Que Rey Francisco en Espa
Se quexa de la fortu.

Pues al cielo no le plu
Que salieses tan ladi
Como el negro Iuan Lati
Hablar latines rehu.
No me despuntes de agu
Ni me alegues con filo
Porque torciendo la bo
Dira el que entiende la le
No vn palmo de las ore
Paraque conmigo flo?

††

No



No te metas en dibu
Ni en saber vidas age
Que en lo que no va, ni vie
Passar de largo es cordu.
Que suelen en caperu
Darles a los que grace
Mas tu quemate las ce
Solo en cobrar buena fa
Que el que imprime neceda
Dalas a censo perpe.
Aduierte que es defati
Siendo de vidrio el teja
Tomar piedras en la ma
Para tirar al vezi.
Dexa que el hombre de juy
En las obras que compo
Se vaya con pies de plo
Que el que saca a luz pape
Para entretener donze
Escriue a tontas, y alo.



AMA;



AMADIS DE GAVLA.

a don Quixote de la Mancha.

SONETO.

TV que imitaste la llorosa vida,
Que tuue ausente, y desdenado, sobre
El gran ribaço de la peña pobre,
De alegre a penitencia reducida.
Tu, quien los ojos dieron la beuida,
De abundante licor, aunque salobre,
Y alçandote la plata, estaño, y cobre,
Te dio la tierra, en tierra la comida.
Biue seguro, de que eternamente,
En tanto al menos que en la quarta esfera,
Sus cauallos aguije el rubio Apolo.
Tendras claro renombre de valiente,
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo vnico, y solo.



†† z

DON



DON BELIANIS D'E

Grecia, a don Quixote de la
Mancha.

SONETO.

ROMPI, corrè, abollè, y dixè, y hize;
Mas que en el orbe cauallero andante,
Fuy diestro, fuy valiente, fuy arrogante,
Mil agranios venguè, cien mil deshize.
Hazañas di a la fama que eternize,
Fuy comedido, y regalado amante,
Fue enano para mi todo gigante,
Y al duelo en qualquier punto satisfize.
Tuue a mis pies postrada la fortuna,
Y traxo del copete mi cordura,
A la calua ocasion, al estricote.
Mas aunque sobre el cuerno de la Luna,
Siempre se vio encumbra da mi ventura,
Tus proezas embidio, o gran Quixote.

LA SEÑORA ORIANA, A DVL
cinea del Toboso.

SONETO.

O Quien tuuiera hermosa Dulcinea;
Por mas comodidad, y mas reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara sus Londres con tu Aldea.

O quien

O quien de tus desseos, y librea,
Alma, y cuerpo adornara, y del famoso
Cauallero, que heziste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea.
O quien tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tu heziste,
Del comedido hidalgo don Quixote.
Que assi imbiada fuera, y no imbiara,
Y fuera alegre el tiempo que fue triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN ESCUDERO DE
Amadis de Gaula, a Sancho Pança, escu-
dero de don Quixote.

SONETO.

S Alue, varon famoso, a quien fortuna;
Quando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda, y cueradamente lo dispuso,
Que lo passaste sin desgracia alguna.
Ya la açada, o la hoz poco repugna,
Al andante exercicio, ya esta en vso
La llaneza escudera, con que acuso
Al soberuio que intenta hollar la Luna.
Embidio a tu jumento, y a tu nombre,
Y a tus alforjas igualmente embidio,
Que mostraron tu cuerda prouidencia.
Salue otra vez, o Sancho, tan buen hombre,
Que a solo tu nuestro Español Ouidio,
Con buz corona te haze reuerencia.

†† 3

DEL



**DEL DONOSO POETA ENTRE-
nerado, a Sancho Pança, y Rozinante.**

SOY Sancho Pança escude
Del Manchego don Quixo
Puse pies en poluoro
Por viuir a lo discre.
Quel racito Villadie
Toda su razon de esta
Cifró en vna retira
Segun siente Celesti
Libro en mi opinion diui
Si encubriera mas lo huma.

A ROZINANTE.

SOY Rozinante el famo
Bisnieto del gran Babie
Por pecados de flaque
Fuy a poder de vn don Quixo.
Parejas corri a lo flo
Mas por vña de caua
No se me escapò cena
Que esto saquè a Lazari
Quando para hurtar el vi
Al ciego le di la pa.



ORLANDO FVRIOSO

a don Quixote de la Mancha.

S O N E T O.

Sino eres Par, tampoco le has tenido,
Que par pudieras ser entre mil pares,
Ni puede auerle donde tu te hallares,
Inuieto vencedor, jamas vencido.
Orlando soy Quixote, que perdido
Por Angelica vi remoros mates,
Ofreciendo a la fama en sus altares.
Aquel valor, que respetò el oluido.
No puedo ser tu igual, que este decoro
Se deue a tus proezas, y a tu fama,
Puesto que como yo perdiste el feso.
Mas serlo has mio, si al soberuio Moro,
Y Cita fiero domas, que oy nos llama,
Iguales en amor con mal suceso.

EL CAUALLERO DEL FEBO,
a don Quixote de la Mancha.

S O N E T O.

AVuestra espada no igualò la mia,
Febo Español, curioso cortesano,
Ni a la alta glòria de valor mi mano,
Que rayo fue do nace, y muere el dia.

Imperios despreciè, y la Monarquia
Que me ofrecio el Oriente (roxo) en vano,
Dexè por ver el rostro soberano
De Claridiana, Aurora hermosa mia.

Amela por milagro vnico, y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temio mi braço, que domò su rabia.
Mas vos Godo Quixote, ilustre, y claro,
Por Dulcinea soys al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta, y sabia.

DE SOLISDAN, A DON QVIXOTE
de la Mancha.

SONETO.

M Aguer señor Quixote, que sandezes
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca fereys de alguno reprochado,
Por hombre de obras viles, y soezes.

Seran vuestras fazañas los joezes,
Pues tuertos desfaziendo aueys andado;
Siendo vegadas mil apaleado,
Por follones cautiuos, y razezes.

Y si la vuestra linda Dulcinea,
Desaguifado contra vos comere,
Ni a vuestras cuytas muestra buen talante:
En tal desman vuestro conorte sea,
Que Sancho Pança fue mal alcaguete,
Necio el, dura ella, y vos no amante.

DIA

DIALOGO ENTRE BABIECA
y Rozinante.

SONETO.

B. Como estays Rozinante tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. Pues que es de la ceuada, y de la paja?
R. No me dexa mi amo, ni vn bocado.
B. Andà señor, que estays muy mal criado:
Pues vuestra légua d'asno al amo vltraja:
R. Asno se es de la cuna a la mortaja,
Quereyslo ver? miraldo enamorado.
B. Es necedad amar? **R.** No es grã prudencia!
B. Metafisico estays. **R.** Es que no como.
B. Quexaos del escudero. **R.** No es bastãte.
Como me he de quexar en mi dolencia.
Si el amo, y escudero, o mayordomo,
Son tan Rozines como Rozinante?



Ta

TABLA DE LOS CAPITVLOS
que contiene esta famosa historia
del valeroso cauallero don
Quixote de la Mancha.

**Primera parte del ingenioso don Quixote
de la Mancha.**

- C**apitulo primero, que trata de la cõdición, y exercicio del famoso, y valiente hidalgo don Quixote de la Mancha. 1
- C**apitulo segundo, que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote. 9
- C**apitulo tercero, donde se cuenta la graciosa manera que tuuo don Quixote en armarse cauallero. 18
- C**apitulo quarto, de lo que le sucedio a nuestro cauallero quando salio de la venta. 28
- C**apitulo quinto, donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro cauallero. 37
- C**apitulo sexto, del donoso escrutinio que el Cura, y el Barbero hizieron en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo. 44
- C**apitulo septimo, de la segunda salida de nuestro buen cauallero. 54
- C**apitulo oçtauo, del buen suceso que el valeroso don Quixote tuuo en la espantable, y jamas imaginada auentura de los molinos de viento, &c. 54

**Segunda parte del ingenioso don Quixote
de la Mancha.**

- C**apitulo nono, dõde se concluye, y da fin a la estu-
penda batalla que el gallardo Vizcayno, y el
valiente Manchego tuvieron. 74
- C**apitulo decimo, de lo que mas le auiso a don Quixote con el Vizcayno: y del peligro en que se vio, con vna caterva de Tangueses. 82
- C**apitulo vndecimo, de lo que le sucedio a don Quixote con vnos cabreros. 89
- C**apitulo duodecimo, de lo que conto vn cabrero a los que estauan con don Quixote. 99
- C**apitulo treze, donde se da fin al cuento dela pastora Marcela: con otros sucessos. 108
- C**apitulo catorze, dõde se ponen los versos desesperados del difunto pastor: con otros sucessos. 122
- Tercera parte del ingenioso don Quixote
de la Mancha.**
- C**apitulo quinze, donde se cuenta la desgraciada auentura que se topò don Quixote en topar con vnos desalmados Tangueses. 136
- C**apitulos deziseys, de lo que le sucedio al ingenioso hidalgo en la venta que el se imaginaua ser casti-
llo. 147
- C**apitulo dezisiete, donde se prosiguen los innumerables trabajos que el brauo don Quixote, y su buen escudero Sancho Pança passaron, &c. 158
- C**apitulo deziocho, donde se cuentan las razones que
passò

pasó Sancho Pança con su señor don Quixote: con
otras auenturas dignas de ser contadas. 170

Capitulo dezinueue, de las discretas razones que San-
cho passaua con su amo: y de la auentura que le
sucedio con vn cuerpo muerto, &c. 185

Capitulo veynte, de la jamas vista, ni oyda auentura
que con mas poco peligro fue acabada de famoso
cauallero en el mundo como la que acabó el vale-
roso don Quixote. 196

Capitulo veynte y vno, que trata de la alta auentur-
ra, y rica ganancia del yelmo de Mábrino, &c. 216

Capitulo veyntidos, de la libertad que dio don Quixote
a muchos desdichados galeotes. 232

Capitulo veyntitres, de lo que le acontecio al famoso
don Quixote en sierra morena, que fue vna de las
mas raras auenturas que en esta verdadera historia
se cuenta. 247

Capitulo veyntiquatro, donde se prosigue la auentura
de la sierra morena. 264

Capitulo veynticinco, que trata de las estrañas cosas
que en sierra morena sucedieron al valiente cau-
allero de la Mancha: y de la imitacion que hizo a la
penitencia de Beltenebros. 278

Capitulo veyntiseys, donde se prosiguen las finezas
que da enamorado hizo el nuestro don Quixote en
sierra morena. 302

Capitulo veyntisiete, de como salieron con su intencion
el Cura, y el Barbero: con otras cosas dignas de que
se cuenten. 314

Quarta

Quarta parte dela historia del ingenioso hidal-
go don Quixote de la Mancha.

Capitulo veyntiocho, que trata de la nueua y a-
gradable auentura, que al Cura, y Barbero su-
cedio en la misma sierra. 140

Capitulo veyntinueue, que trata de la discrecion de la
hermosa Dorotea: con otras cosas de gusto y passa-
tiempo. 363

Capitulo treynta, que trata del gracioso artificio, y or-
den que se tuuo en sacar a nuestro enamorado ca-
uallero, dela asperissima penitencia en que se auia
puesto. 364

Capitulo treynta y vno, de los sabrosos razonamien-
tos que passaron entre don Quixote, y Sancho Pan-
ça su escudero: con otros sucessos. 395

Capitulo treynta y dos, que trata de lo que sucedio en
la venta a toda la quadrilla de don Quixote. 409

Capitulo treynta y tres, donde se cuenta la nouela del
curioso impertinente. 419

Capitulo treynta y quatro, donde se prosigue la noue-
la del curioso impertinente. 448

Capitulo treynta y cinco, donde se da fin a la nouela
del curioso impertinente. 476

Capitulo treynta y seys, que trata de la braua y de-
scomunal batalla que don Quixote tuuo con vnos
cueros de vino tinto: con otros raros sucessos que
en la venta sucedieron. 489

Capitulo treynta y siete, que prosigue la historia de la
famosa Infanta Micomicona: con otras graciosas
auenturas. 504

Ca-

- Capítulo treinta y ocho que trata del discurso que hizo don Quixote de las armas, y las letras.* 519
- Capítulo treinta y nueve, donde el cautivo cuenta su vida, y sucesos.* 525
- Capítulo quarenta, donde se prosigue la historia del cautivo.* 537
- Capítulo quarenta y vno, donde toda via prosigue el cautivo su suceso.* 556
- Capítulo quarenta y dos, que trata de lo que mas sucedio en la venta: y de otras muchas cosas dignas de saberse.* 586
- Capítulo quarenta y tres, donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas: con otros estraños acaccimientos en la venta sucedidos.* 597
- Capítulo quarenta y quatro, donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.* 611
- Capítulo quarenta y cinco, donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda: y otras aventuras sucedidas con toda verdad.* 624
- Capítulo quarenta y seys, de la notable aventura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen cauallero.* 636
- Capítulo quarenta y siete, del estraño modo con que fue encantado don Quixote: con otros famosos sucesos.* 648
- Capítulo quarenta y ocho, donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de cauallerias: con otras cosas dignas de su ingenio.* 664
- Capítulo quarenta y nueve, donde se trata del discreto*

to coloquio que Sancho Pança tuuo con su señor don Quixote. 675

Capítulo cinquenta, de las discretas altercaciones que don Quixote, y el Canonigo tuvieron: con otros sucesos. 686

Capítulos cinquenta y vno, que trata de lo que contó el cabrero a todos los que lleuauan al valiente don Quixote. 696

Capítulo cinquenta y dos, de la pendencia que don Quixote tuuo con el cabrero: con la rara aventura de los deceplinantes, a quien dio felice fin a costa de su sudor. 704





PRIMERA
PARTE DEL
INGENIOSO
HIDALGO

Don Quixote de la Mancha.

CAPITULO PRIMERO
*que trata de la condicion, y exercicio del famoso
hidalgo don Quixote de la Mancha.*

EN Vn lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que viuia vn hidalgo de los de lança en astillero, adarga antigua, rocin flaco, y galgo corredor. Vna olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos los Sabados, lantejas los Viernes, algun palomino de añadidura los Domingos, consumian las tres partes de su hazienda. El resto della cócluyan, sayo de velarte, calças de velludo para las fiestas, con sus pantufflos de lo mesmo, y los dias de entre semana se hórana có su vellori de los mas fino.

A Tenia

Tenía en su casa vna ama que passaua de los quarenta: y vna sobrina que no llegaua a los veynte: y vn moço de campo y plaça, que así enfillaua el rocín, como tomaua la podadera. Frisaua la edad de nuestro hidalgo, con los cincuenta años. Era de complexion rezia, seco de carnes, enxuto de rostro, gran madrugador, y amigo de la caza. Quieren dezir, que tenia el sobrenombre de Quixada, o Quesada (que en esto ay alguna diferencia en los autores que deste caso escriuen) aunque por conjeturas verosimiles se dexa entender, que se llamaua Quixana. Però esto importa poco a nuestro cuento, basta que en la narración del no se salga vn punto de la verdad. Es pues de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaua ocioso (que eran los mas del año) se daua a leer libros de cauallerias, con tanta afición y gusto, que olvidò casi de todo puto el exercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda: y llegó a tanto su curiosidad, y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura, para comprar libros de cauallerias en que leer, y así lleuò a su casa todos quantos pudo auer dellos: y de todos, ningunos le parecian tan bien, como los que compuso famoso Feliciano de Silva. Porque la claridad de su prosa, y aquellas enrricadas razones suyas le parecian de perlas: y mas quando llegaua a leer aquellos requiebros, y cartas de desafíos,

desafios, dõde en muchas partes hallaua escrito. *La razon de la sin razon que a mi razon se haze, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quexo de la vuestra sermosura.* Y tambien quando leya. *Los altos cielos que de vuestra diuinidad, diuinamente con las estrellas os fortifican, y os hazen merecedora del merecimieto que merece la vuestra grandeza.* Con estas razones perdia el pobre cauallero el juyzio, y desuelanase por entenderlas, y desentrañarles el sentido, que no se lo sacará, ni las entendiera el mismo Aristoteles, si refuscitara para solo ello. No estaua muy bien con las heridas que don Belianis daua, y recebia, porque se imaginaua, que por grâdes maestros que le huuiesen curado no dexaria de tener el rostro, y todo el cuerpo lleno de cicatrices, y señales. Però con todo alabaua en su autor, aquel acabar su libro con la promessa de aquella inacabable auentura, y muchas vezes le vino desseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la tierra, como alli se promete: y sin duda alguna lo hiziera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estoruaran. Tuuo muchas vezes competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Ciguença) sobre qual auia sido mejor cauallero, Palmerin de Inglaterra, o Amadis de Gaula: mas Maese Nicolas, barbero del mismo pueblo, dezia, que ninguno llegaua al cauallero del Febo, y que si alguno se le podia

4
comparar, era don Galaor hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo, que no era cauallero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentia no le yua en çaga. En resolucion, el se enfrascò tanto en su letura, que se le passauan las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y asì del poco dormir, y del mucho leer, se le secò el cerebro de manera, que vino à perder el iuyzio. Llenosele la fantasia de todo aquello que leya en los libros, asì de encantamientos, como de pependencias, batallas, de fafios, heridas, requiebros, amores, tormentas, y disparates impossibles. Y assentosele de tal modo en la imaginacion, que era verdad toda aquella maquina de aquellas soñadas inuenciones que leya, que para el no auia otra historia mas cierta en el mundo. Dezia el, que el Cyd Ruydiaz auia sido muy buè cauallero, però que no tenia que ver con el cauallero de la Ardiente espada, q̄ de solo vn reues auia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaua cò Bernardo del Carpio, porque en Rócesualles auia muerto a Roldan el encanrado, valiendose de la industria de Hercules, quando ahogo a Anteon el hijo de la Tierra entre los braços. Dexia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion Gigantea, que todos son soberuios, y de-

5
y descomedidos, el solo era afable y bien criado. Però sobre todos estaua bien con Reynaldos de Montaluan, y mas quando le vey a salir de su castillo, y robar quantos topaua: y quando en Allende robò aquel ydolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dize su historia. Diera el por dar vna mano de cozes al traydor de Galalon, al ama que tenia, y aun a su sobrina de añadidura. En effeto, rematado ya su iuyzio, vino a dar en el mas extraño pensamiento que jamas dio loco en el mundo, y fue, que le parecio conuenible y necessario, asì para el aumento de su honra, como para el seruicio de su republica, hazer se cauallero andante, y yrse por todo el mundo con sus armas y cauallo, a buscar las auenturas, y a exercitarse en todo aquello que el auia leydo que los caualleros andantes se exercitauan, deshaziendo todo genero de agrauios, y poniéndose en ocasiones, y peligros, donde acabandolos, cobrasse eterno nombre y fama. Imaginauase el pobre, ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del Imperio de Trapisonda: y asì con estos tan agradables pensamientos, lleuado del extraño gusto que en ellos sentia, se dio priessa à poner en efeto lo q̄ desseaua. Y lo primero q̄ hizo, fue limpiar vnas armas q̄ auian sido de sus visaguelos, que tomadas de orin, y llenas de moho, luègos siglos auia q̄ estauan puestas y olvidadas en vn rincon. Lim-

piolas, y aderezolas lo mejor que pudo, pero vio que tenían vna gran falta, y era que no tenían celada de encaxe, sino morrion simplemas a esto suplio su industria, porque de cartones hizo vn modo de media celada, que encaxada con el morrion, hazian vna apariencia de celada entera. Es verdad que para prouar si era fuerte, y podia estar al riesgo de vna curchillada, sacò su espada, y le dio dos golpes, y con el primero, y en vn punto deshizo lo que auia hecho en vna semana: y no dexò de parecerle mal, la facilidad con que la auia hecho pedaços, y por assegurarle deste peligro, la tornò a hazer de nuevo, poniendole vn as barras de hierro por de dentro, de tal manera, que el quedò satisfecho de su fortaleza: y sin querer hazer nueva experiencia della, la diputò, y tuuo por celada finissima de encaxe. Fue luego a vera su rocin, y aunque tenia mas quartos que vn real, y mas tachas que el cauallito de Gonnela, que *tantum pellis, & ossa fuit*, le parecio que ni el Bucefalo de Alexandro, ni Bauieca el del Cid con el se yqualauan. Quatro dias se le pasaron en imaginar que nombre le pondria, porque (segun se dezia el a si mismo) no era razon que cauallito de cauallero tan famoso, y tan bueno el por si estuuiesse sin nombre conocido, y así procuraua acomodarle, de manera que declarasse quien auia sido, antes que fuesse de cauallero andante, y lo que era entonces: pues

estaua

estaua muy puesto en razon, que mudando su señor estado, mudasse el tambien el nombre, y le cobrasse famoso y de estruendo, como conuenia a la nueua orden, y al nuevo exercicio que ya professaua: y así despues de muchos nombres que formò, borrò, y quitò, añadió, deshizo, y torno a hazer en su memoria, è imaginacion: al fin le vino a llamar Rozinante, nombre a su parecer, alto, sonoro, y significatiuo, de lo que auia sido quando fue rocin antes de lo que agora era, que era antes, y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre, y tan a su gusto a su cauallito: quiso ponerle a si mismo, y en este pensamiento durò otros ocho dias, y al cabo se vino a llamar don Quixote: de donde (como queda dicho) tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia que sin duda se denia de llamar Quixada, y no Quesada, como otros quisieron dezir: pero acordandose que el valeroso Amadis, no solo se auia contentado con llamarse Amadis a secas, sino que añadió el nombre de su Reyno y patria, por hazerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, así quiso como buen cauallero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse don Quixote de la Mancha, con que a su parecer declaraua muy al vno su linage y patria, y la honraua con tomar el sobrenombre della. Limpia pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre a su rocin, y confirmandose a si mismo, se

A 4

dio

dio a entender, que no le faltaua otra cosa si
 no buscar vna dama de quien enamorarse: por-
 que el cauallero andante sin amores, era arbol
 sin hojas, y sin fruto, y cuerpo sin alma. Dezia-
 se el: Si yo por malos de mis pecados, o por
 mi buena suerte, me encuentro por ahi con al-
 gun Gigante (como de ordinario les acontece
 a los caualleros andantes) y le derribo de vn
 encuentro, o le parto por mitad del cuerpo,
 o finalmente le venço, y le rindo, no sera bien
 tener a quien embiarle presentado? y que en-
 tre y se hinque de rodillas ante mi dulce seño-
 ra, y diga con voz humilde, y rendido: Yo, se-
 ñora, soy el Gigante Caraculiambro, señor de
 la Insula Malindrania, a quien vencio en sin-
 gular batalla, el jamas como se deue alabado
 cauallero, don Quixote de la Mancha, el qual
 me mandò, que me presentasse ante la vuestra
 merced, para que la vuestra grandeza dispon-
 ga de mia su talante. O como se holgò nuestro
 buen cauallero, quando huuo hecho este dis-
 curso, y mas quando hallò a quien dar nom-
 bre de su dama: y fue a lo que se cree, que en
 vn lugar cerca del suyo, auia vna moça labra-
 dora de muy buen parecer, de quien el vn
 tiempo anduuo enamorado, (aunque segun se
 entiende, ella jamas lo supo, ni se dio cata de
 ello.) Llamauase Aldonça Lorenço, y a esta le
 parecio ser bien darle titulo de seño-
 ra de sus
 pensamientos: y buscandole nombre que no
 de-

desdixesse mucho del suyo, y que tirasse, y se
 encaminasse al de Princesa, y gran seño-
 ra, vi-
 no a llamarla, Dulcinea del Toboso, porque
 era natural del Toboso: nombre a su parecer
 musico, y peregrino, y significatiuo, como to-
 dos los demas que a el, y a sus cosas auia
 puesto.

*Cap. 11. Que trata de la primera salida que de su
 tierra hizo el ingenioso don Quixote.*

HEchas pues estas preuenciones, no quiso
 aguardar mas tiempo a poner en efeto
 su pensamiento, apretandole a ello la falta que
 el pensaua que hazia en el mundo su tardança,
 segun eran los agrauios que pensaua deshazer,
 tuertos que endereçar, sin razones que enmen-
 dar, y abusos que mejorar, y deudas que satis-
 fazer. Y assi sin dar parte a persona alguna de
 su intencion, y sin que nadie le viesse, vna ma-
 ñana antes del dia (que era vno de los caluro-
 sos del mes de Iulio) se armò de todas sus ar-
 mas, subio sobre Rocinante, puesta su mal com-
 puesta celada, embrago su adarga, tomò su lan-
 ça, y por la puerta falsa de vn corral salio al
 campo con grandissimo contento, y alboro-
 so, de ver con quanta facilidad auia dado prin-
 cipio a su buen desseo: mas a penas se vio en el
 campo, quando le assaltò vn pensamiento ter-
 rible, y tal, que por poco le hiziera dexar la

començada empresa: y fue, que le vino a la memoria que no era armado cauallero, y que conforme a ley de caualleria, ni podia, ni deuia tomar armas con ningun cauallero: y puesto que lo fuera, auia de llenar armas blancas, como non el cauallero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerço la ganasse. Estos pensamientos le hizieron titubear en su proposito, mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hazerse armar cauallero del primero que topasse, a imitacion de otros muchos que assi lo hizieron, segun el auia leydo en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensaua limpiarlas de manera (en teniendo lugar) que lo fuesen mas que vn armino: y con esto se quietò, y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su cauallero queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las auenturas. Yendo pues caminando nuestro flamante auenturero, yua hablando consigo mismo, y diziendo: Quien duda, sino que en los venideros tiempos, quando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escriuiere no ponga, quando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? A penas auia el rubicundo Apolo, tendido por la faz de la ancha, y espaciosa tierra, las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y a penas los pequeños y pintados paxarillos con sus har-

padas

padas lenguas, auian salutado con dulce y meliflua armonia, la venida de la rosada Aurora, que dexado la bláda cama del celoso marido, por las puertas, y balcones del Manchego Orizone, a los mortales se mostraua, quando el famoso cauallero don Quixote de la Mancha, dexanda las ociosas plumas, subio sobre su famoso cauallero Rozinante, y començò a caminar por el antiguo, y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por el caminaua) y añadió diziendo: Dichosa edad, y siglo dichoso, aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronzes, esculpirse en marmoles, y pintarse en tablas para memoria en lo futuro. O tu sabio encantador, quien quiera que seas, a quien a de tocar el ser coronista desta peregrina historia, ruego te que no te oluides de mi buen Rozinante, compañero eterno mio en todos mis caminos, y carreras. Luego boluia diziendo (como si verdaderamente fuesse enamorado.) O Princesa Dulcinea, señora deste cauriuo coraçon, mucho agrauio me auedes fecho en despedirme, y reprocharme con el riguroso afincamiento, de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura: Plegaos señora, de membraros deste virtuoso fujero coraçon, que tãtas cuytas por vuestro amor padece. Con estos yua ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le auian enseñado, imitado en quanto podia.

dia

dia su lenguaje: y con esto caminaua tan de espacio, y el sol entraua tan a priesa, y con tanto ardor, que fuera bastante à derretirle los sesos (si algunos tuuiera.) Casi todo aquel dia caminò sin acòtecérle cosa que de contar fuesse, de lo qual se desesperaua, porque quisiera topár luego, luego, con quien hazer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores ay que dizen, que la primera auentura que le auino, fue la del puerto Lapice, otros dizen, que la de los molinos de viento. Però lo que yo he podido aueriguar en este caso, y lo que he hallado escritto en los Anales de la Mancha, es, que el anduuo todo aquel dia; y al anocheçer, su rocin, y el se hallaron cansados, y muertos de hambre: y que mirando à todas partes, por ver si descubriria algun castillo, o alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiesse remediar su mucha necesidad: vio no lexos del camino por donde yua, vna ventura, que fue como si viera vna estrella, que a los portales, sino a los alcaçares de su redempcion le encaminaua. Diose priesa a caminar, y llegó a ella a tiempo que anocheçia. Estauan a caso a la puerta dos mugeres moças, destas que llaman del partido, las quales yuan a Sevilla con vnos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron a hazer jornada: y como a nuestro auenturero, todo quanto pensaua, veyá, o ymaginaua, le parecia ser hecho, y pa-

far

sar al modo de lo q auia leydo, luego que vio la veta, se le representò que era vn castillo con sus quatro torres, y chapiteles de luziente plata, sin faltarle su puente leuadiza, y honda caua, con todòs aquellos aderentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta (que a el le parecia castillo) y a poco trecho della, detuvo las riendas a Rozinante, esperando que algun Enano se pudiesse entre las almenas, a dar señal con alguna trompeta, de que llegaua cauallero al castillo. Però como vio que se tardauan, y que Rozinante se daua priesa por llegar a la caualleriza, se llegó a la puerta de la venta, y vio a las dos destraydas moças que alli estauan, que a el le parecieron dos hermosas dözellas, o dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estauan solazando. En esto sucedió a caso, que vn porquero que andaua recogiendo de vnos rastros vna manada de puercos (que sin perdon assí se llaman) tocò vn cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representò a don Quixote lo que desseaui, que era que algun Enano hazia señal de su venida: y assí con estrano contento llegó a la venta, y a las damas. Las quales como vieron venir vn hombre de aquella suerte, armado, y con lança, y adarga, llenas de miedo se yuan a entrar en la venta: però don Quixote, coligiendo por su huyda su miedo, sacandose la visera de papelón, y de-

y descubriendo su feco, y polubroso rostro, con gentil talante, y voz reposada le x dixo: Non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguifado alguno, caa la orden de caualleria que professo, non toca, ni atañe fazerle a ninguno, quanto mas a tan altas donzellas como vuestras presencias demuestran. Miranle las moças, y andauan con los ojos buscando le el rostro, que la mala visera le encubria. Mas como se oyeron llamar donzellas, cofatá fuera de su profession, no pudleron tener la risa, y fue de manera, que don Quixote vino a correr se, y a dezirles: Bien parece la mesura en das fermosas, y es mucha fandez a damas la risa que de leue causa procede: però non vosto digo porque os acuyredes, ni mostredes mal talante, que el mio non es de al, que de feruirós. El lengua y non entendido de las señoras, y el mal talte de nuestro cauallero, adrecentaua en ellas la risa, y en el el enojo, y passará muy adelante, si a quel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo, era muy pacifico, el qual viendo a quella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, laça, adarga, y coselete: no estuu en nada en acompañara las donzellas; en las muestras de su contento. Mas en efeto, remiendola maquina de tantos pertrechós, determinò de hablarle comedidamente, y asì le dixo: Si vuestra merced, señor cauallero busca posada

da amen del lecho (porque en esta venta no ay ginguno) todo lo demas se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo don Quixote la humildad del Alcayde de la forrallezza (que tal le parecia a el el ventero, y la vèra) respondió Para mi señor Castellano, qualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, &c. Pensò el huesped, que el auerle llamado Castellano, auia sido por auerle parecido de los sanos de Castilla, aunque el era Andaluz, y de los de la playa de S. Lucar, no menos ladron que Caco, ni menos maleate que estudiante, o paje. Y asì le respondió: Segun esto, las camas de vuestra merced seran duras penas, y su dormir siempre velar: y siendo asì, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choça ocasiõ, y ocasiones para no dormir en todo vn año, quanto mas en vnà noche. Y diziendo esto, fue a tener del estribo a don Quixote, el qual se apeò cõ mucha dificultad, y trabajo (como aquel que en todo aquel dia no se auia desayunado.) Dixo luego ad huesped, que le tuuiesse mucho cuydado de su caualllo, porque era la mejor pieça que comia pã en el mundo. Mirole el ventero, y no le parecia tan bueno como don Quixote dezia, ni aun la mitad: y accomodádole en la caualleriza boluió a ver lo que su huesped mandaua, al qual estauan desarmando las donzellas (que ya se auian reconciliado con el) las quales, aunque

le auian quitado el peto y el espaldar, jamas supieron, ni pudierón defenxarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traya atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas por no poderse quitar los nudos, mas el no lo quiso consentir en ninguna manera; y assi se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la mas graciosa, y estraña figura que se pudiera pensar: y al defarmale (como el se ymaginaba que aquellas traydas y llevadas que le defatmaban, eran algunas principales señoras, y damas de aquel castillo) les dixo con mucho donayre: Nunca fuera cauallero de damas tan bien seruido, como fuera don Quixote quando de su aldea vino, donzellas curauan del, Princesas de su rocino. Orozináte, que este es el nombre, señoras mias, de mi cauallo, y don Quixote de la Mancha el mio; que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazanas fechas en vuestro seruicio y pro, me descubrieran, la fuerza de acomodar al proposito presente este romance viejo de Lançarote, ha sido causa que sepays mi nombre antes de toda sazón: pero tiempo vendrá en que las vuestras señorias me manden, y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el desseo que tengo de seruiros. Las moças que no estauan hechas a oyr semejantes retoricas, no respodían palabra; solo le preguntaron, si queria comer alguna cosa. Qualquiera yantaria yo, respondió don Quixote, por-

porque a lo que entiendo, me haria mucho al caso. A dicha acertó a ser Viernes aquel dia, y no auia en toda la venta sino unas raciones de vn pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andaluzia bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntaronle, si por vêtura comeria su merced truchuela, que no auia otro pescado que darle a comer. Como aya muchas truchuelas, respondió don Quixote, podrá seruir de vna trucha, por que esto se me da que me den ocho reales en senzillos, que en vna piega de a ocho. Quanto mas que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas, no se puede llevar sin el gouerno de las tripas. Pusieronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y truxole el huesped vna porción de mal remojado, y peor cozido bacallao, y vn pan tan negro, y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la celada, y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daua y ponía, y assi vna de aquellas señora seruía deste menester: mas al darle de beuer no fue posible, ni lo fuera, si el ventero no horadara vna caña, y puesto el vn cabo en la boca, por el otro le yua echando el vino: y todo esto lo recibia

cebia en paciencia, a trueco de no romper las cintras de la celada. Estando en esto, llegó a caso a la venta vn castrador de puerco, y assi como llegó, sonò su siluato de cañas, quatro, o cinco vezes, con lo qual acabò de confirmar don Quixote, que estaua en algun famoso castillo, y que le seruian con musica, y que el abaxo eran truchas, el pá candeal, y las rameras damas; y el ventero, Castellanno del castillo, y con esto daua por bien empleada su determinacion, y salida. Mas lo que más le fatigaba, era el nó verse armado cauallero, por parecerle que no se podría pòner legitimamente en auentura alguna, sin recibir la orden de caualleria.

Cap. III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quixote en armarse cauallero.

Y Assi fatigado deste pensamiento, abrenjó su venteril y limitada cena, la qual acabada llamó al ventero, y encerrandose cò el en la caualleriza, se hincò de rodillas ante el, diciendole: Nò me leuâtare jamas de donde estoy, valeroso cauallero, fasta que la vuestra cortesia me otorgue vn dõ q pedir le quiero, el qual redundará en alabanza vuestra y en pro del genero humano. El ventero q vio a su huesped a sus pies, y oyo semejantes razones, estaua confuso mirándole, sin saber q hazerse, ni dezirle, y porfiaba con el que se leuantasse, y jamas quiso, ha-

sta

sta que le huuò de dezir, que elle otorgaua el don que le pedia. Nò esperaua yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió don Quixote, y assi os digo, que el don q os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel dia me aneys de armar cauallero: y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas; y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo q tanto desseo, para poder como se deve, yr por todas las quatro partes del mundo, buscando las auenturas, en pro de los menesterosos, como està a cargo de la caualleria, y de los caualleros andantes, como yo soy, cuyo desseo a semejantes fazañas es inclinado. El ventero (q como està dicho) era vn poco socarron, y ya tenia algunos barruntos de la falta de juyzio de su huesped, acabò de creerle quando acabò de oyr semejantes razones: y por tener q reyr aquella noche, determinò de seguirle el humor; y assi le dixo, que andaua muy acerrado en lo que desseaua, y pedia, y que tal proposito era propio, y natural de los caualleros tan principales como el parecia, y como su gallarda presencia mostraua: y que el ansi mesmo en los años de su mocedad, se auia dado a aquel honroso exercicio, andando por diuersas partes del mundo, buscando sus auenturas sin que huuiesse dexado los percheles de Malaga, y las de Riara, compas de Seuilla, azogue

B 2 jo

jo de Segouia, la oliuera de Valencia, rondilla de Granada, playa de San Lucar, porro de Cordoua, y las ventillas de Toledo, y otras diuersas partes, donde auia exercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haziendo muchos tuertos, requestando muchas biudas, deshaziendo algunas donzellas, y engañando a algunos pupilos; y finalmente, dádose a conocer por quantas audiencias y tribunales ay casi en toda España: y que a lo vltimo se auia venido a recoger a aquel su castillo, donde viuia con su hacienda, y con las agenas, recogiendo en el a todos los caualleros andantes, de qualquiera calidad, y condicion que fuesen, solo por la mucha afició que les tenia, y por que partiessen con el de sus aueres, en pago de su buen desseo. Dixole tambien, que en aquel su castillo no auia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaua derribada para hazerla de nuevo: pero que en caso de necesidad, el sabia que se podian velar donde quier, y que aquella noche las podria velar en vn patio del castillo, que a la mañana, siendo Dios seruido, se harian las deuidas ceremonias, demanera que el quedasse armado cauallero, y tan cauallero que no pudiesse ser mas en el mundo. Preguntole si traia dineros, respondió don Quixote, que no traia blanca, porque el nunca auia leydo en las historias de los caualleros andantes, que ninguno los huiesse

se

se traydo. A esto dixo el ventero, que se engañaua, que puesto caso que en las historias no se escriuia, por auerles parecido a los autores della, que no era menester escriuir yna cosa tan clara, y tan necessaria detraerfe, como eran dineros, y camisas limpias, no por esso se auia de creer que no los truxeron; y assi tuuiesse por cierto y auetiguado, que todos los caualleros andantes, de que tantos libros estan llenos, y arestados, lleuauan bien herradas la bolsas por lo que pudiesse sucederles; y que assi mesmo lleuauan camisas, y vna arqueta pequeña llena de vnguentos, para curar las herida que recebian, porque no todas vezes en los campos, y desiertos donde se combatian, y salian heridos, auia quien los curasse, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria, trayendo por el ayre en alguna nube alguna donzella, o Enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, q en gustado alguna gota della, luego al pñto quedauan sanos de sus llagas, y heridas, como si mal alguno no huuiessen tenido: mas que en rãto que esto no huuiesse, tuuieron los passados caualleros por cosa acertada, que sus escuderos fuesen proueydos de dineros, y de otras cosas necessarias, como erã hilas, y vnguentos para curarse: y quando sucedia que los tales caualleros no tenian escuderos (que eran pocas, y raras vezes) ellos

B 3 me-

mismos lo llenauan todo en vnas alforjas muy
fútiles, que casi no se parecian, a las ancas del
cauallo, como que era otra cosa de mas impor-
tancia: porque no siendo por ocasion semejante,
esto de llevar alforjas, no fue muy admitido
entre los cavalleros andáres; y por esto le da-
ua por consejo, pues aun se lo podia mádar co-
mo a su ahijado, q̃ tan presto lo auia de ser, que
no caminasse de alli adelante sin dineros, y sin
las preuenciones recebidas, y que veria quan-
bien se hallaua con ellas, quando menos se pen-
fasse. Prometiole don Quixote, de hazer lo que
se le aconsejaua, con toda puntualidad: y assi se
dio luego orden como velasse las armas en vn
corral grãde que a vn lado de la venta estaua,
y recogiendo las don Quixote todas, las puso
sobre vna pila que junto a vn pozo estaua: y
embracando su adarga, asio de su lança, y con
gentil continente se començó a passear delãde
de la pila, y quando començó el passeo, comen-
çaua a cerrar la noche. Contó el ventero a to-
dos quantos estauan en la venta, la locura de
su huesped, la vela de las armas, y la armazón
de caualleria q̃ esperaua. Admiraronse de tan
estraño genero de locura, y fueronse lo a mirar
desde lexos, y vieron q̃ con folegado ademã,
vnas vezes se passeaua, otras arrimado a su lan-
ça, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos
por vn buen espacio de ellas. Acabó de cerrar
la noche, pero con tanta claridad de la Luna,
que

que podia competir con el que se la prestaua;
de manera que quanto el nouel cauallero ha-
zia, era bien visto de todos. Antojosele en esto
a vn de los arrieros que estauan en la veta, yr
a dar agua a su requa, y fue menester quitar las
armas de don Quixote, que estauan sobre la
pila, el qual viéndole llegar, en boz alta le dixo:
O tu quienquiera que seas, atreuido cauallero,
que llegas a tocar las armas del mas valeroso
andante que jamas se ciño espada, mira lo que
hazes, y no las toques, sino quieres dexar la vi-
da en pago de tu atreuimiento. No se curó el
arriero destas razones, (y fuera mejor que se
curara, porque fuera curarse en salud) antes tra-
uando de las correas, las arrojó gran trecho de
su lo qual visto por don Quixote, alçò los ojos
al cielo, y puesto el pensamiento (a lo que pa-
reció) en su señora Dulcinea, dixo: A corredme
señora mia en esta primera afrenta que a este
vuestro auassallado pechó se le ofrece: no me
desfallezca en este primero trance vuestro fa-
uor y amparo. Y diziendo estas y otras seme-
jantes razones, soltando la adarga, alçò la lan-
ça a dos manos, y dió con ella tan gran golpe
al arriero en la cabeça, que le derribó en el sue-
lo, tan mal trecho, que si segund dara con otro,
no tuuiera necesidad de maestro que le cu-
rata. Hecho esto, recogio sus armas, y tornó
a passarse con el mismo reposo que primero.
Desde alli a poco, sin saberse lo q̃ auia pasado

(porque aun estava aturrido el arriero) llegó otro con la mesma intenció, de dar agua a sus mulos, y llegando a quitar las armas para desbaratar la pila sin hablar dō Quixote palabra, y sin pedir fauor a nadie, soltó otra vez la adarga, y alçó otra vez la langa, y sin hazerla pedaços, hizo mas de tres la cabeça del segundo arriero, porque se la abrió por quatro: al ruydo acudio toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quixote, embrago su adarga, y puesta mano a su espada, dixo: O señora de la fermosura, esfuerço, y vigor del debilitado coraçón mio, aora es tiempo que bueluas los ojos de tu grandeza, a este tu cautiuo cauallero, que tamaña auentura está atendiendo. Con esto cobró a su parecer tanto animo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no boluiera el pie atras. Los compañeros de los heridos que tales los vieron, començaron desde lexos a llouer piedras sobre dō Quixote, el qual lo mejor que podia, se reparaua con su adarga, y no se osaua apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daua bozes que le dexassen, porque ya les auia dicho como era loco, y que por loco se libraria, aunq los matasse a todos. Tambien don Quixote las daua mayores, llamándolos de aleuofos, y traydores, y que el señor del castillo era vn follon, y malnacido cauallero, pues de tal manera cōsentia q se tratasen los

andantes caualleros; y que si el huuiera recebido la orden de caualleria, q el le diera a entender su aleuofia: pero de vosotros, foez y baxa canalla, no hago caso alguno. Tirad, llegad, venid, y ofendedme en quanto pudieredes, q vosotros vereys el pago q lleuays de vuestra sandez, y demasia. Dezia esto con tanto brio, y denuedo, que infundio vn terrible temor en los que le acometiã: y assi por esto, como por las persuasiones del ventero, le dexaron de tirar; y el dexò retirar a los heridos, y tornò a la vela de sus armas, con la misma quierud y sosiego q primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huesped, y determinò abreuuar, y darle la negra orden de caualleria luego, antes q otra desgracia sucediesse: y assi llegándose a el, se desculpò de la insolencia que aquella gēte baxa cō el auia usado, sin q el supiesse cosa alguna: pero que bien castigados quedauan de su atreuimiento. Dixole como ya le auia dicho, q en aquel castillo no auia capilla, y para lo que restaua de hazer tan poco era necessaria, que todo el toque de quedar armado cauallero, consistia en la pescoçada, y en el espaldarazo, segun el tenia noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mirad de vn campo se podia hazer: y que ya auia cūplido cō lo q tocana al velar de las armas, q cō solas dos horas de vela se cūplia; quando mas, q el auia estado mas de quatro. Todo

se lo creyó don Quixote, y dixo, q̄ el estaua a tan
própto para obedecerle, y q̄ concluyesse con la
mayor breuedad q̄ pudiesse: porq̄ si fuesse otra
vez acometido, y se viesse armado cavallero,
no pensaua dexar persona viua en el castillo, ex-
cepto aquellas q̄ el le mandasse, a quē por su re-
speto dexaria. Aduertido, y medroso desto el
Castellano, truxo luego vn libro donde assenta-
ua la paja, y cenada q̄ dana a los arrieros, y co-
mo en cabo de vela que le traia vn muchacho, y co-
las dos ya dichas donzellas, se vino a donde
don Quixote estaua, al qual mandò hincar de
rodillas, y leyédo en su manual (como que de-
zia alguna deuota oracion) en mitad de la le-
yenda, alçò la mano, y diòle sobre el cuello vn
buen golpe, y tras el con su mesma espada, vn
gentil espaldarazo (siempre murmurando en-
tre dientes, como q̄ rezaua.) Hecho esto, mãdò
a vna de aq̄llas damas q̄ la ciñesse la espada, la
qual lo hizo con mucha desemboltura, y disre-
cion, porquē no fue menester poca para nõ re-
bentar de risa a cada p̄to de las ceremonias,
pero las proezas q̄ ya auian visto del nouel ca-
uallero, les renia la risa a raya. A ceñirle la es-
pada, dixo la buena señora: Dios haga a vues-
tra merced muy v̄turoso cauallero, y le de vi-
toria en lides. Don Quixote le preguntò co-
mo se llamaua, porque el supiese de alli ade-
lante a quien quedaua obligado, por la merced
recibida, porq̄ pensaua darle alguna parte de

la honra que alcançasse por el valor de su bra-
ço. Ella respondió con mucha humildad, que
se llamaua la Tolosa, y q̄ era hija de vn remen-
don natural de Toledo, q̄ viuia a las tendillas
de Sancho bienaya, y que dondequiera que ella
estuuiesse le feruiria, y le tendria por señor.
Don Quixote le replicò, q̄ por su amor le hi-
ziesse merced, que de alli adelante se pudiesse
don, y se llamasse doña Tolosa. Ella se lo pro-
merio: y la otra le alçò la espuela, con la qual
le passò casi el mismo coloquio, que con la de
la espada. Preguntóle su nombre, y dixo que
se llamaua la Molinera, y q̄ era hija de vn hon-
rado molinero de Antequera: a la qual tam-
bien rogo don Quixote, que se pudiesse do-
ña, y se llamasse doña Molinera, ofreciendole nue-
uos seruicios, y mercedes. Hechas pues de ga-
lloppe, y a priessa, las hasta alli nõca vistas cere-
monias, no vio la hora don Quixote de verse a
cauallo, y salir buscando las auenturas, y en-
filiando luego a Rozinante, subio en el, y abra-
çando a su huésped, le dixo cosas tan estrañas,
agradeciendole la merced de auerle armado
cauallero, que nõ es possible acertar a referir-
las. El ventero por verle ya fuera de la venta,
con no menos retóricas, aunque con mas bre-
ues palabras, respondió a las fuyas, y sin pedir
le la costa de la posada, le dexò yra la buena
hora.

*Cap. IV. de lo que le sucedio a nuestro cauallero
quando salio de la venta.*

LA del Alua feria, quando don Quixote salio de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado cauallero, que el gozo le rebetaua por las cinchas del cauallo. Mas viniendole a la memoria los consejos de su huésped, cerca de las preuenciones tan necessarias que auia de lleuar consigo, especialla de los dineros, y camisas, determinò boluer a su casa, y acomodar se de todo, y de vn escudero: haziendo cuenta de recibir a vn labrador vezino suyo, que era pobre, y cō hijos, pero muy a proposito para el oficio escudero de la caualleria. Con este pensamiento guio a Rozinante hazia su aldea, el qual casi conociendo la quèrencia, con tanta gana començo a caminar, que parecia que no ponía los pies en el suelo. No auia andado mucho, quando le parecio que a su diestra mano de la espessura de vn bosque que alli estaua, salían vn as bozes delicadas, como de persona q se quexaua. Y a penas las huuo oydo, quando dixo: Gracias doy al cielo por la merced que me haze, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo q deuo a mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos desseos. Estas bozes, sin duda, son de algun menesteroso, o menesterosa, q ha menester mi fa-

uor

uor y ayuda: y boluiendo las riendas, encaminò a Rozinante hazia donde le parecio que las bozes salian. Ya pocos passos que entrò por el bosque, vio atada vna yegua a vna enzina, y atado en otra a vn muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quinze años, q era el q las bozes daua: y no sin causa, porq le estaua dando con vna pretina muchos açotes, vn labrador de buè talle, y cada açote le acõpañaua cō vna reprehèssion, y consejo: porq dezia: La lengua qda, y los ojos listos. Y el muchacho respõdia: No lo hare otra vez, señor mio, por la palsiõ de Dios, q no lo hare otra vez, y yo prometo de tener de aqui adelante mas cuydado cõ el hato. Y viendo don Quixote lo q passaua, cõ boz ayrada dixo: Descortes cauallero, mal parece tomaros cõ quien defender no se puede, subid sobre vuestro cauallo, y tomad vuestra lança (q rãbien tenía vna lança arrimada a la enzina, a dõde estaua arrèda da la yegua) q yo os hare conocer ser de couardes lo q estays haziendo. El labrador q vio sobre si aquella figura llena de armas, blandiendo la lança sobre su rostro, tuuose por muerto, y con buenas palabras respondio: Señor cauallero, este muchacho que estoy castigando, es vn mi criado, que me sirue de guardar vna manada de ouejas, que tègo en estos cõtornos: el qual es tan descuydado, que cada dia me falta vna, y porque castigo su descuydo, o vellaqueria, dize que lo hago de mi-

se-

serable, por no pagalle la soldada que le deuó, y en Dios, y en mi anima que miente. Mientre delante de mi, ruyn villano, dixo don Quixote: Por el sol que nos alumbra, q̄ estoy por pagaros de parte a parte con esta lança, pagalde luego sin mas replica, sino por el Dios que nos rige que os concluya, y aniquile en este pñto: defataldo luego. El labrador baxò la cabeza, y sin responder palabra defató a su criado. Al qual preguntò don Quixote, que quanto le deuia su amo: el dixo q̄ nuene meses a siete reales cada mes. Hizò la cuenta don Quixote, y hallò que mōtauan setenta y tres reales: y dixole al labrador, que al momento los desembolsasse, sino queria morir por ello. Respondio el mōdro villano, que para el passo en que estaua y juramento que auia hecho (y aun no auia jurado nada) que no eran tantos: porque se le auian de descōtar, y recebir en cuenta, tres pares de çapatos que le hauia dado, y vn real de dos sangrias que le auian hecho estando enfermo. Bien està todo esso, replicò don Quixote, pero queden se los çapatos, y las sangrias, por los açotes que sin culpa le auays dado; que el rompio el cuero de los çapatos q̄ vos pagastes, vos le auays rompido el de su cuerpo: y le sacò el barbero sangrè estando enfermo, y en sanidad se la auays sacado: assi que por esta parte no os deve nada. El daño està señor cauallero, en que no tengo aqui dineros

ven-

vengase Andres conmigo a mi casa, que yo se los pagarè vn real sobre otro. Yrme yo con el, dixo el muchacho, mas mal año, no señor, ni por pienso, porque en viendose solo, me desollarà como a vn S. Bartolome. No hara tal, replicò don Quixote, basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto: y con que el me lo jure, por la ley de caualleria que ha recebido, le dexaré yr libre, y assegurarè la paga. Mire vuestra merced señor lo que dize, dixo el muchacho, que este mi amo no es cauallero, ni ha recebido orden de caualleria alguna, que es lea Haldudo el rico, el vezino del Quintanar. Importa poco esso, respondio don Quixote, que Haldudos puede auer caualleros: quanto mas, que cada vno es hijo de sus obras. Assi es verdad, dixo Andres, pero este mi amo de que obras es hijo, pues me niega mi soldada, y mi sudor, y trabajo? No niego hermano Andres, respondio el labrador, y hazedme plazer de veniros conmigo, que yo juro por todas las ordenes que de cauallerias ay en el mūdo, de pagaros como tengo dico, vn real sobre otro: y aun çahumòdas. Del çahumerio os hago gracia, dixo don Quixote, dadse los en reales, que cō esso me contento: y mirad que lo cumplays como lo auays jurado, sino por el mismo juramento os juro, de boluer a buscaros, y a castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondays mas que vna lagartija. Y si quereys

la.

faber quien os mada esto, para quedar cō mas veras obligado a cumplirlo: Sabed que yo soy el valeroso don Quixote de la Mancha, el desfazedor de agrauios, y sin razones, y a Dios q̄dad: y no se os parra de las mientes lo prometido, y jurado, so pena de la pena pronunciada. Y en diziendo esto, picò a su Rozinãte, y en breue espacio se apartò dellos. Siguióle el labrador cō los ojos, y quãdo vio que auia traspuerto del bosque, y que ya no parecia, boluióse a su criado Andres, y dixole: Venid aca hijo mio, que os quiero pagar lo q̄ os deuo, como aquel deshazedor de agrauios me dexò mandado. E esto juro yo, dixo Andres, y como que andara vuestra merced acertado en cumplir el mada miento de aquel buen cauallero, que mil años viua: que segun es de valeroso, y de buen juez vine Roque que si nõ me paga, q̄ buelua y execute lo que dixo. Tãbien lo juro yo, dixo el labrador: pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecetar la paga. Y asiendole del brazo, le tornò a arar a la enzi na, donde le dio tãtos agotes, que le dexò por muerto. Llamad señor Andres aora, dezia el labrador, al desfazedor de agrauios, vereys como no desfaze a queste, aunque creo que no estã acabado de hazer, porque me viene gana de desollaros viuo, como vós temiadẽs: pero al fin le desatò, y le dio licencia q̄ fuesse a buscar a su juez, para q̄ executasse la pronunciada sen

ten;

tencia. Andres se partio algo mohino, jurando de yr a buscar al valeroso don Quixote de la Mancha, y contarle puto por puto lo q̄ auia pasado, y q̄ se lo auia de pagar cō las setenas. Pero con todo esto el se partio llorando, y su amo se quedò riendo: y desta manera deshizo el agrauio el valeroso don Quixote, el qual cõtentissimo de lo succedido, pareciendole que auia dado felicissimo, y alto principio a sus cauallerias, con gran saisfacion de si mismo yua caminando hazia sua aldea, diziendo a media voz: Biẽ te puedes llamar dichosa sobre quãtas o viuẽ en la tierra, ò sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte, tener sujeto, y rendido a toda tu voluntad, e talante, a vn tan valiente, y tan nõbrado cauallero, como lo es, y sera dõ Quixote de la Mancha: el qual (como todo el mundo sabe) ayer recibio la orden de caualleria, y oy ha desfecho el mayor tuerto y agrauio, q̄ formò la sin razon, y cometio la crueldad. Oy quiriò el latigo de la mano, a aq̄l desapiadado enemigo, q̄ tan sin ocasion vapulaua a aquel delicado infante. En esto llegó a vn camino que en quatro se diuidia; y luego se le vino a la imaginacion las encruzijadas donde los caualleros andantes se poniã a pẽsar qual camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estubo vn rato quedo, y al cabo de auerlo muy biẽ pensado, soltó la rienda a Rozinãte, dexando a la voluntad del

C

ro

rocin la suya, el qual siguió su primer intento, q̄ fue el yrse camino de su caualleriza. Y auiedo andado como dos millas, descubrió don Quixote vn grande tropel de gente, que como despues se supo, eran vnos mercaderes Tole-
danos, q̄ yuan a comprar seda a Murcia. Eran feys, y venian con sus quitasoles, con otros quatro criados a cavallo, y tres moços de mulas a pie. A penas los diuísó don Quixote, quando se imaginó ser cosa de nueva auentura: y por ymitar en todo quanto a el le parecia posible, los passos que auia leydo en sus libros, le pareció venir allí de molde vno que pēlaua hazer. Y así, con gentil continente y denuedo, se afirmó bien en los estribos, apretó la lança, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estubo esperando q̄ aquellos caualleros andantes llegasen, que ya el por tales los tenía, y juzgaba: y quando llegaron a trecho que se pudieron ver, y oyr, levantó don Quixote la voz, y con ademan arrogante, dixo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesse, que no ay en el mundo todo, donzella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Pararonse los mercaderes al son destas razones, y a ver la estraña figura del que las dezía: y por la figura, y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver despacio, en que paraua aquella confesion que se les pedia: y vno de
llos

llos que era vn poco burlesco, y muy mucho discreto, le dixo: Señor cauallero, nosotros no conocemos quien sea esta buena señora que dezis, mostradnosla que si ella fuere de tanta hermosura como significays, de buena gana, y sin apremio alguno confesaremos la verdad, que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó don Quixote, que hizierades vosotros en confessar vna verdad tan notoria: la importancia está, en que sin verla lo aueys de creer, confessar, afirmar, jurar, y defender: donde no, conmigo soys en batalla, gente descomunal, y soberuia: que aora vengays vno a vno (como pide la orden de caualleria) ora todos juntos, como es costumbre, y mala vñca de los de vuestra ralea, aquí os aguardo, y espero, confiado en la razón que de mi parte tengo. Señor cauallero, replicó el mercader, suplico a vuestra merced, en nombre de todos estos principes que aquí estamos, que porque no encarguemos nuestras consciencias, cōfessando vna cosa por nosotros jamas vista, ni oyda, y mas siendo tan en perjuizio de las Emperatrices, y Reynas del Alcantara, y Estremadura, que vuestra merced sea seruido de mostrarnos algũ retrato de esta señora, aunque sea tamaño como vn grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos, y seguros, y vuestra merced quedara contento y pagado: y aun creo q̄ estamos ya tan de su par-

te, que aunque su retrato nos muestre que es
ruerta de vn ojo, y que del otro le mana berme
llon, y piedra aqúf, cō todo esso, por cōplazer
a vuestra merced, diremos en su fauor todo lo
que quisiere. No le mana, canalla infame, respō
dio don Quixote encédido en colera, no le ma
na digo esso que dezis; sino ambar, y algalia en
tre algodones: y no es ruerta, ni corcobada, si
no mas derecha q̄ vn huso de Guadarrama: pe
ro vosotros pagareys la grande blasphemia
que aueys dicho, contra tamaña beldad como
es la de mi señora. Y en diziendo esto, arreme
tio con la lança baxa, cōtra el que lo auia di
cho, cō tãta furia, y enojo, que si la buena suer
te no hiziera, que en la mitad del camino tro
peçara y cayera Rozinante, lo passara mal el
atreuido mercader. Cayò Rozinante: y fue ro
dando su amo vna buena pieça por el campo,
y queriendose levantar, jamas pudo: tal em
baraço le causauan la lança, adarga, espuelas,
y celada, con el peso de las antiguas armas. Y
entretanto que pugnaua por levantarse, y no
podia, estaua diziendo: Nō fuyays gente couar
de, gente cautiuua atended, q̄ no por culpa mia,
sino de mi caualllo, estoy aqui tendido. Vn
moço de mulas de los que alli venian, que no
deuia de ser muy bien intencionado, oyendo
dezir al pobre caydo tantas artogancias, no
lo pudo sufrir, sin darle la respuesta en las co
stillas. Y llegando a el, tomò la lança, y des
spues

spues de auerla hecho pedaços, con vno de
ellos començò a dar nuestro don Quixote tan
tos palos, que a despecho, y pesar de sus ar
mas, le molio como çibera. Danale bozes sus
amos, q̄ ho le diessse tanto, y que le dexasse: pe
ro estaua ya el moço picado, y no quiso dexar
el juego, hasta embidar todo el resto de su co
lera: y acudiendo por los demas troços de la
lança, los acabò de deshazer sobre el miserable
caydo, que con toda aquella tempestad de pa
los que sobre el via, no cerraua la boca, amena
zando al cielo, y a la tierra, y a los Maládrines,
que tal le parecian. Canfose el moço, y los mer
caderes siguiéron su camino, llevando que con
tar en todo el, del pobre apaleado: el qual des
spues que se vio solo, tornò a prouar si podia le
uantarse; pero sino lo pudo hazer quãdo sano,
y bueno, como lo haria molido, y casi deshe
cho: y aun se tenia por dichoso, pareciendole
que aquella era propria desgracia de caualle
ros andantes, y toda la atribuia a la falta de su
caualllo, y no era possible levantarse, segun te
nia brumado todo el cuerpo.

Cap. V. Donde se prosigue la narracion de la desgra
cia de nuestro cauallero.

Viendo pues q̄ en efeto no podia menearse,
acordò d̄ acogerse a su ordinario remedio,
q̄ era pessar en algũ passo de sus libros, y truxole
su locura a la memoria, aquel de Valdoquinos,

y del Marques de Mantua, quando Carloto le dexò herido en la montaña, historia sabida de los niños, no ignorada de los moços, celebrada, y aun creyda los viejos: y con todo esto, no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le pareció a el que le venia de molde para el passo en q se hallaua: y assi cò muestras de grande sentimiêto, se començo a bolcar por la tierra, y a dezir con debilitado aliêto, lo melmo que dizê dezia el herido cauallero del bosque: Donde estàs señora mia, que no te duele mi mal? o no lo sabes señora, o eres falsa, y desleal. Y desta manera fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dizen: O noble Marques de Mantua, mi tio, y señor carnal. Y quiso la suerte, que quando llegó a este verso, acertò a passar por alli vn labrador de su mismo lugar, y vezino suyo, que venia de lleuar vna carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hombre alli tendido, se llegó a el, y le preguntò, que quien era, y que mal sentia, que tan tristemente se quexaua? Don Quixote creyò sin duda, q aquel era el Marques de Mantua su tio, y assi no le respondió otra cosa, sino fue proseguir en su romance, donde le daua cuenta de su desgracia, y de los amores del hijo del Emperante con su esposa: todo de la misma manera que el romance lo canta. El labrador estaua admirado, oyendo aquellos disparates; y quitandole la visera, que ya estaua hecha

cha pedaços de los palos, le limpio el rostro, que lo tenia lleno de poluo. Y apenas le huuò limpiado, quando le conocio, y le dixo: Señor Quixada (que assi se devia de llamar quando el tenia juyzio, y no auia passado de hidalgo fofegado, a cauallero andante) quien ha puesto a vuestra merced desta suerte? pero el seguia con su romance a quanto le preguntaua. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitò el peto, y espaldar para ver si tenia alguna herida, pero no vio sangre, ni señal alguna. Procurò levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subio sobre su jumento, por parecerle caualleria mas fofegada. Recogio las armas, hasta las astillas de la lanza, y liolas sobre Rozinante, al qual romo de la riêda, y del cabestro al asno, y se encaminò hacia su pueblo, bien pensatiuo de oyr los disparates que don Quixote dezia: y no menos yua don Quixote, que de puro molido, y quebrado no se podia tener sobre el borrico, y de quando en quando, daua vnòs suspiros que los ponía en el cielo; de modo que de nuevo obligò a que el labrador le preguntasse, le dixesse que mal sentia: y no parece sino que el diablo le traya a la memoria, los cuêtos acomodados a sus successos: porque en aquel punto, olvidandose de Valdouinos, se acordo del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera, Rodrigo de Naruaez, le prèdio, y lleuò cautivo a

su alcaydia. De suerte, que quando el labrador le boluio a preguntar que como estaua, y que sentia, le respòdio las mesmas palabras, y razones que el cautiuo Abencerraje respòdia a Rodrigo de Naruaz, del mesmo modo q̃ el auia leydo la historia en la Diana de Iorge de Montemayor, dõde se escriue: aprouechándose della tan de proposito, que el labrador se yua dando al diablo de oyr tanta maquina de necedades. Por donde conocio que su vezino estaua loco, y dauale priessa a llegar al pueblo, por escusar el enfado que don Quixote le causaua con su larga arêga. Al cabo de lo qual dixo: Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Naruaz, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es aora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago, y hare los mas famosos hechos de cauallerias que se han visto, vean, ni veran en el mundo. A esto respondio el labrador: Mire vuestra merced señor, pecador de mi, que yo no soy dõ Rodrigo de Naruaz, ni el Marques de Mantua, sino Pedro Alonso su vezino: ni vuestra merced es Valdouinos, ni Abindarraez, sino el hõrado hidalgo del señor Quixada. Yo se quien soy, respondio don Quixote, y se que puedo ser, no solo los que he dicho, sino todos los dõze Pares de Frãcia, y aun todos los nueue de la Fãma, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos, y cada vno por si hizieron, se auentajaran las mias. En estas platicas, y en

otras

otras semejantes, llegaron al lugar, a la hora que anochecia: pero el labrador aguardò a q̃ fuese algo mas noche, porque no viesse al molido hidalgo tan mal cauallero. Llegada pues la hora que le parecio, entrò en el pueblo, y en la casa de don Quixote, la qual hallò toda alborotada: y estauan en ella el Cura, y el Barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quixote, que estaua diziendoles su ama a bozes: Que le parece a vuestra merced, señor licenciado. Pero Perez (que asì se llamaua el Cura) de la desgracia de mi señor, seys dias ha que no parecen el ni el rocin, ni la adarga, ni la lança, ni las armas: desuenturada de mi, que me doy a entender, y asì es ello la verdad, como naci para morir, que estos malditos libros de cauallerias que el tiene, y suele leer tan de ordinario, le han buuelto el juyzio; que aora me acuerdo auerle oydo dezir muchas vezes, hablando entre si; que queria hazerse cauallero andante, è yrse a buscar las auenturas por estos mundos. Encomendados sean a Satanás, y a Barrabas tales libros, que asì han echado a perder el mas delicado entèdimiento q̃ auia en toda la Mancha. La sobrina dezia lo mesmo, y aun dezia mas: Sepa señor Maese Nicolas (que este era el nombre del Barbero) que muchas vezes le acontecio a mi señor tio, estar se leyendo en estos desalmados libros de desuenturas, dos dias con sus noches, al cabo de

de los quales, arrojaua el libro de las manos y ponía mano a la espada, y andaua a cuchilladas con las paredes, y quando estaua muy cansado, dezia que auia muerto a quatro Gigantes como quatro torres, y el sudor que sudaua del cansancio, dezia que era sangre de las heridas que auia recebido en la batalla, y beuiase luego vn gran jarro de agua fria, y quedaua sano y sossegado, diziendo que aquella agua era vna preciosissima beuida, que le auia traydo el sabio Esquife, vn grande encantador y amigo suyo: mas yo me tengo la culpa de todo, que no auisè a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio, para q̃ lo remediaren antes de llegar a lo que ha llegado, y quemará todos estos descomulgados libros, que tiene muchos, que bien merecen ser abrafados, como si fuesen de herejes. Esto digo yo tambien, dixo el Cura, y asè q̃ no se passe el dia de mañana, sin que de ellos no se haga acto publico, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion a quien los leyere, de hazer lo que mi buè amigo deue de auer hecho. Todo esto estaua oyèdo el labrador, y don Quixote, cò q̃ acabò de entender el labrador la enfermedad de su vezino, y assi començo a dezir a bozes: Abrã vuestras mercedes al señor Valdouinos, y al señor Marques de Mātua q̃ viene mal ferido, y al señor Moro Abindarraez, q̃ trae cautiuo el valeroso Rodrigo de Naruaez Alcayde de Antequera. A estas bo-

bozes salieron todos, y como conocieron los vnos a su amigo, las otras a su amo, y tio, que aun no se auia apeado del jumento, porque no podia, corrieron a abraçarle. El dixo: Téganse todos, q̃ vengo mal ferido por la culpa de mi cauallo: lleuème a mi lecho, y llámese, si fuere possible, a la sabia Vrgáda, q̃ cure y cate de mis heridas. Mirà en hora maça, dixo a este punto el ama, si me dezia a mi biè mi coraçon, del pie que coxeaua mi señor: Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga essa vrgada le sabremos aqui curar. Malditos digo sean otra vez, y otras ciento, estos libros de cauallerias, que tal han parado a vuestra merced. Lleuaronle luego a la cama, y catandole las heridas, no le hallaron ninguna: y el dixo que todo era molimièto, por auer dado vna gran cayda con Rozinãte su cauallo, combatiendose con diez layanes, los mas desaforados, y atreuidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dixo el Cura, layanes ay en la dança: Para mi santiguada que yo los queme mañana antes que llegue la noche. Hizieronle a don Quixote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diessen de comer, y le dexassen dormir, que era lo que mas le importaua. Hizose assi, y el Cura se informò muy a la larga del labrador, del modo que auia hallado a don Quixote: el se lo còtò todo, cò los disparates q̃ al hallarle, y al traerle auia dicho, que

que fue poner mas desseo en el Licenciado, de hazerlo que otro dia hizo, que fue llamar a su amigo el Barbero Maese Nicolas, con el qual se vino a casa de don Quixote.

Cap. V. 1. del don so, y grande eserutinio que el Cura, y el Barbero hizieron en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo.

EL qual aun toda via dormia. Pidio las llaves a la sobrina del aposento, donde estauan los libros, autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana: entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cueros de libros grandes muy bien enquadernados, y otros pequeños: y assi como el ama los vio, boluiose a salir del aposento: cō gran pressa, y tornò luego con vna escudilla de agua bédita, y vn hisopo, y dixo: Tome vuestra merced señor Licenciado, rozie este aposento, no esté aqui algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar, echandolos del mundo. Causò risa al Licenciado, la simplicidad del ama, y mandò al Barbero que le fuesse dando de aquellos libros vno a vno, para ver de que tratan, pues podia ser hallar algunos que no mereciessen castigo de fuego. No, dixo la sobrina, no ay para que perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las vètanas al patio,

y

y hazer vn rimero dellos, y pegarles fuego, y sino llevarlos al corral, y alli se hará la hoguera, y no ofendera el humo. Lo mismo dixo el ama, tal era la gana que las dos tenian, de la muerte de aquellos inocentes, mas el Cura no vino en ello, sin primero leer si quiera los titulos. Y el primero que Maese Nicolas le dio en las manos, fue los quatro de Amadis de Gaula, y dixo el Cura: Parece cosa de misterio esta, porq̃ segun he oydo dezir, este libro fue el primero de cauallerias que se imprimio en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste: y assi me parece, que como a dogmatizador de vna secta tan mala, le deuemos sin escusa alguna condenar al fuego. No señor, dixo el Barbero, que tambien he oydo dezir, que es el mejor de todos los libros que de este genero se han compuesto, y assi como a vnico en su arte se deue perdonar. Assi es verdad, dixo el Cura, y por essa razon se le otorga la vida por aora. Veamos el otro que està junto a el. Es, dixo el Barbero, las Sergas de Esplandian, hijo legitimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dixo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: Tomad señora ama, abrid essa ventana, y echalde al corral, y dè principio al monton de la hoguera que se ha de hazer. Hizolo assi el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fue bolando al corral, esperando

con

cō toda paciencia el fuego que le amenazaua. Adelante, dixo el Cura. Este q̄ viene, dixo el Barbero, es Amadis de Grecia: y aun todos los de este lado, a lo que creo, son del mesmo linage de Amadis. Pues vayan todos al corral, dixo el Cura, que a trueco de quemar a la Reyna Pintiqui niestra, y al pastor Darinel, y a sus Eglogas, a las endiabladas y rebueltas razones de su autor, quemara cō ellos al padre q̄ me engendrò si anduiera en figura de cauallero andante. Dese parecer soy yo, dixo el Barbero: y aun yo añadio la sobrina. Pnes assi es, dixo el ama, vengan, y al corral con ellos. Dieronse los, que erā muchos, y ella ahorrò la escalera, y dio cō ellos por la ventana a baxo. Quien es esse toro, dixo el Cura? Este es, respondió el Barbero, don Oliuante de Laura. El autor desse libro, dixo el Cura, fue el mesmo que cōpuso a Iaridin de flores, y en verdad que no sepa determinar, qual de los dos libros es mas verdadero, o por dezir mejor, menos mentiroso; solo se dezir, que este yrà al corral, por disparatado, y arrogante. Este que se sigue, es Florismarte de Hircania, dixo el Barbero. Ai està el señor Florismarte, replico el cura, pues a fè que ha de parar p̄sto en el corral, a pesar de su extraño nacimiento, y soñadas auenturas, que no da lugar a otra cosa la dureza, y sequedad de su estilo. Al corral cō el, y cō essotro, señora ama. Que me plazze señor mio, respondia ella: y con mucha

mucha alegría execuraua lo que le era mandado. Este es el cauallero Platir, dixo el Barbero. Antiguo libro es esse, dixo el Cura, y no hallo en el cosa que merezca venia: acompañe a los demas sin replica, y assi fue hecho. Abriose otro libro, y vieron que tenia por titulo, el Cauallero de la Cruz. Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia, mas tambien se suele dezir: tras la Cruz està el diablo, vaya al fuego. Tomado el Barbero otro libro, dixo: Este es espejo de cauallerias. Ya conozco a su merced, dixo el Cura, ai anda el señor Reynaldos de Motaluan, con sus amigos, y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doze Pares, con el verdadero historiador Turpin: y en verdad que estoy por condenarlos no mas que a destierro perpetuo, si quiera por que tienen parte de la inuencion del famoso Mateo Boyardo, de dōde tambien texio su tela el Christiano Poeta Ludouico Ariosto, al qual si aqui le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardarè respeto alguno: pero si habla en su idioma, le pôdre sobre mi cabeza. Pues yo le tēgo en Italiano, dixo el Barbero, mas no le entiēdo. Ni aun fuera bien que vos le entendierades. respondió el Cura, y aqui le perdonamos al señor Capitan, que no le hauiera traydo a España, y hecho Castellano, q̄ le quitò mucho de su natural valor: y lo mesmo haràn todos aquellos q̄ los libros de verso

quisieren boluer en otra légua, que por mucha
cuydado que pongan, y habilidad q muestren
jamás llegaran al punto que ellos tienen en su
primernacimiento. Digo en efeto, q este libro
y todos los que se hallaren q tratan destas co-
sas de Frácia, se echen, y depositen en vn pozo
seco, hasta que cō mas acuerdo se vea lo que
ha de hazer dellos, exceptando a vn Bernardo
del Carpio que anda por ahi, y a otro llamado
Rocessualles, que estos en llegādo a mis manos
han de estar en las del ama, y dellas en las de
fuego, sin remission alguna. Todo lo confirmo
el Barbero, y lo tuuo por bien, y por cosa muy
acertada: por entēder que era el Cura tan buen
Christiano, y tan amigo de la verdad, que no
ria otra cosa por todas las del mundo. Y abrie-
do otro libro, vio que era Palmerin de Olina
y junto a el estaua otro, q se llamaua Palmerin
de Inglaterra. Lo qual visto por el Licenciado
dixo: Esta Olina se haga luego raxas, y se que-
me, q aun no qden della las cenizas: y esta Pal-
ma de Inglaterra se guarde, y se conferne, co-
mo a cosa vnica, y se haga para ello otra caja
como la q hallò Alexandro en los despojos de
Dario, que la diputò para guardar en ella las
obras del Poeta Homero. Este libro, señor com-
padre, tiene autoridad por dos cosas: la vna
porque el por si es muy bueno: y la otra, porque
es fama q le cōpuso vn discreto Rey de Portu-
gal. Todas las auenturas del castillo de Mira-

guarda

guarda son bonissimas, y de grande attificio;
las razones cortesanas, y claras, que guardan y
miran el decoro del que habla, cō mucha pro-
piedad y entēdimiento. Digo pues, saluo vuestro
buen parecer (señor Maese Nicolas) que
este, y Amadis de Gaula, queden libres del fue-
go, y todos los demás, sin hazer mas cala y ca-
ta, perezcan. No señor compadre, replicò el
Barbero, que este q aqui tengo, es el afamado
don Belianis. Pues esse, replicò el Cura, cō la
segūda, tercera, y quarta parte, tienen necesi-
dad de vn poco de ruybarbo, para purgar la de
masiada colera suya, y es menester quitarles to-
do aquello del castillo de la Fama, y otras im-
pertinēcias de mas importācia, para lo qual se
les da termino vltamarino, y como se enmēda
ren, assi se vsarà cō ellos de misericordia, ò de
justicia: y en tanto teneldos vos, compadre en
vuestra casa, mas no los dexeys leer a ninguno.
Que me plaze, respòdio el Barbero; y sin que-
rer cansarse mas en leer libros de cauallerias,
mandò al ama, que tomasse todos los grandes
y diesse con ellos en corral. No se dixo a tōra,
nia forda, sino a quiē tenia mas gana de que-
mallos, q de echar vna tela, por grāde y delga-
da q fuera: y asiendo casi ocho, de vna vez, los ar-
rojò por la vètana. Por tomar muchos jutos, se
le cayò vno a los pies del Barbero, q le tomò ga-
na de ver de quiē era, y vio que dezia: Historia
del famoso cauallero Tirāte el Blanco. Valame

D

Dios

Dios, dixo el Cura, dando vna gran boz, que aqui este Tirante el Blanco. Dadmele aca como padre, que hago cuenta que he hallado en el un tesoro de contento, y vna mina de pasatiempos. Aqui esta don Quirieleison de Montalua, valeroso cauallero, y su hermano Tomas de Montaluan, y el cauallero Fonseca, con la batalla que el valiente Derriante hizo con el Alano, y las agudezas de la donzella Plazer de mi vida, con los amores, y embustes de la biuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Ipolito su escudero. Digo os verdad, señor con padre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aqui comen los caualleros, y duermen, y mueren en sus camas, y hazen testamento antes de su muerte; con otras cosas, de que todos los demas libros deste genero carecen. Con todo esso os digo que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras por todos los dias de su vida: lleualde a casa, y lee de, y ve reys que es verdad quanto del os he dicho. Así sera, respondió el Barbero; pero que haremos destes pequeños libros que quedan? Estos dixo el Cura, no deuen de ser de cauallerias, sino de Poesia: y abriendo vno, vio que era la Diana de Forge de Montemayor, y dixo (creyendo que todos los demas, eran del mismo genero:.) Estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hazen, ni haran el daño

que

que a los de cauallerias han hecho, que son libros de entendimiento, sin perjuizio de tercero. Ay señor, dixo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demas, porque no seria mucho, que auiendo sanado mi señor tio, de la enfermedad caualleresca, leyendo estos, se le autojasse, de hazerse pastor, y andarse por los bosques y prados, cantando, y tañendo: y lo que seria peor hazerse Poeta, que segun dize, es enfermedad incurable, y pegadiza. Verdad dize esta donzella, dixo el Cura, y sera bien quitarle a nuestro amigo este tropieço, y ocasion delante. Y pues comencamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada: y casi todos los versos mayores, y quedesele en hora buena la prosa, y la honrra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dixo el Barbero, es la Diana, llamada segunda, del Salmantino, y este otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el Cura, acompañe, y acreciente el numero de los condenados; al corral: y la de Gil Polo se guarde, como si fuera del mismo Apolo: y pafse adelante señor compadre, y demonos priciessa, que se va haziendo tarde. Este libro es, dixo el Barbero abriendo otro, los diez libros de Fortuna de Amor, compuestos por Antonio de Lofraso,

D 2 Poeta

Poeta Sardo. Por las ordenes que recebi, dixo el Cura, que desde q̄ Apolo fue Apolo, y las Musas Musas, y los Poetas Poetas, tan gracioso, ni tan disparatado libro como esse no se ha compuesto: y que por su camino es el mejor, y el mas vnico de quantos deste genero han salido a la luz del mūdo: y el que no le ha leydo, puede hazer cuēta que no ha leydo jamas cosa de gusto: Dadmelo aca compadre, que precio mas hauerle hallado, que si me dieran vna sotana de raja de Florencia. Pusole a parte con grandissimo gusto, y el Barbero prosiguió, diciendole: Estos que se figuen, son el pastor de Iberia, Ninfas de Enares, y Desengaños de celos. Pues no ay mas q̄ hazer dixo el Cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se pregunte el porque, q̄ seria nunca acabar. Este que viene, es el Pastor de Filida. No es esse pastor, dixo el Cura, sino muy discreto cortesano, guardese como joya preciosa. Este grande que aqui viene, se intitula, dixo el Barbero, Tesoro de varias Poesias. Como ellas no fueran tantas, dixo el Cura, fueran mas estimadas: menester es q̄ este libro se escarde, y limpie de algunas baxeas que entre sus grandezas tiene: guardese porque su autor es amigo mio; y por respeto de otras mas heroycas, y leuantadas obras que ha eserito. Este es, siguió el Barbero, el Cancionero de Lopez Maldonado. Tambien el autor desse libro, replicó el Cura, es grande

ami-

amigo mio, y sus versos en su boca admiran a quien los oye: y tal es la suauidad de la boz cō que los canta, que encanta. Algo largo es en las Eglogas, pero nunca lo bueno fue mucho: guardese con los escogidos. Pero que libro es esse que está junto a el? La Galatea de Miguel de Ceruantes, dixo el Barbero. Muchos años ha que es grande amigo mio esse Ceruantes, y se que es mas versado en desdichas, que en versos. Su libro tiene algo de buena inuención, propone algo, y no concluye nada: es menester esparar la segunda parte que promete, quiza con la enmienda alcáçará del todo la misericordia q̄ ahora se le niega, y entretanto que esto se ve, tenelde recluso en vuestra posada. Señor compadre que me plazze, respondió el Barbero, y aqui vienen tres todos juntos: La Araucana de don Alóso de Ercilla, la Austriada de Iuan Rufo Irado de Cordoua, y el Móserrato de Christoual de Virues, Poeta Valenciano. Todos esses tres libros, dixo el Cura, son los mejores que en verso heroyco, en légua Castellana estan escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia: guardense como las mas ricas prendas de Poesia q̄ tiene España. Cansose el Cura de ver mas libros, y assi a carga cerrada, quiso que todos los demas se q̄massen: pero ya tenia abierto vno el Barbero, q̄ se llamaua las Lagrimas de Angelica. Lloraralas yo dixo el Cura, en oyendo el nombre, si tal libro huiera mandado

D 3. que

quemar, porque su autor fue vno de los famosos Poetas del mundo, no solo de España: y fue felicissimo en la traduccion de algunas fabulas de Ouidio.

Cap. VII. de la segunda salida de nuestro buen cauallero, don Quixote de la Mancha.

EStando en esto, començo a dar bozes don Quixote, diziendo: Aqui, aqui valerosos caualleros, aqui es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los Cortesanos lleuan lo mejor del torneo. Por acudir a este ruydo, y estirnuendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedauan, y assi se cree que fueron al fuego, sin ser vistos; ni oy dos, la Carolea, y Leon de España con los hechos del Emperador, cópuestos por don Luys de Auila, q sin duda deuián de estar entre ellos que qdauan; y quiza si el Cura los viera, no päsaran por tan rigurosa senténcia. Quando llegaron a don Quixote, ya el estaua levantado de la cama, y proseguia en sus bozes, y en sus desatinos, dando cuchilladas y reufes a todas partes, estándole despierto, como si nunca huiera dormido. Abrazonse con el, y por fuerza le boluieron al lecho, y despues q huvo sossegado vn poco, boluiedose a hablar con el Cura, le dixo: Por cierto señor Arçobispo Turpin, q es gran mégua de los que nos llamamos doze Pares, dexar tan sin mas ni mas, llevar la

vitoria

vitoria deste torneo a los caualleros. Cortesanos, auiendo nosotros los auentureros, ganado el prez en los tres dias antecedentes; Calle vuestra merced señor compadre, dixo el Cura, que Dios será seruido que la suerte se mude, y q lo que oy se pierde, se gane mañana: y atienda vuestra merced a su salud por aora, que me parece que deue de estar demasidamente cansado, si ya no es que está mal ferido. Ferido no, dixo don Quixote, pero molido y quebrado no ay duda en ello, porq aquel bastardo de don Roldan me ha molido a palos con el tronco de vna enzina, y todo de embidia, porq ve que yo solo soy el opuesto de sus valentias: mas no me llamaria yo Reynaldos de Montaluan, si en levantandome deste lecho no me lo pagare a pesar de todos sus encantamientos: y por aora trayganme de yantar, que se que es lo que mas me hará al caso, y quedese lo del vengarme a mi cargo. Hizieron lo assi, dierole de comer, y quedese otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemò, y abrasò el ama quantos libros auia en el corral, y en toda la casa: y tales denierò de arder, que merecian guardarse en perpetuos archiuos, mas no lo permitió su suerte, y la perezza del escrutinador, y assi se cumplio el refran en ellos, de q pagan a las vezes justos por pecadores. Vno de los remedios que el Cura y el Barbero dierò por entonces para el mal de su

D 4 amigo,

amigo, fue que le mudassen, y tapiassen el aposento de los libros, porque quando se levantaba se no los hallasse, quiza quitando la causa, cessaria el efeto: y que dixessen que vn encantador se los auia lleuado, y el aposento y todo, y assi fue hecho cō mucha presteza. De alli a dos dias se levantò don Quixote, y lo primero que hizo, fue yr a ver sus libros: y como no hallaua el aposento donde le auia dexado, andaua de vna en otra parte buscandole. Llegaua a donde solia tener la puerta, y tentauala con las manos, y boluia y reboluia los ojos por todo sin dezir palabra: pero al cabo de vna buena pieza, preguntò a su ama que hãzia que parte estaua el aposento de sus libros. El ama que ya estaua bien aduertida de lo que auia de responderle, le dixo: Que aposento, o que nada busca vuestra merced, ya no ay aposento, ni libros en esta casa, porque todo se lo lleuò el mesmo diablo. No era diablo, replicò la sobrina, sino vn encantador que vino sobre vna nube vna noche, despues del dia que vuestra merced de aqui se partio, y apeandose de vna sierpe en que venia cauallero, entrò en el aposento, y no se lo que se hizo dentro, que a cabo de poca pieza salio bolando por el tejado, y dexò la casa llena de humo, y quando acordamos a mirar lo que dexaua hecho, no vimos libro, ni aposento alguno, solo se nos acuerda muy bien a mi, y al ama, que al tiempo del partirse aquel mal viejo, di-

xo en altas bozes, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros, y apofento, dexaua hecho el daño en aquella casa que despues se veria: dixo tambien, que se llamaua el sabio Muñaton. Freston diria, dixo don Quixote. No se, respondió el ama, si se llamaua Freston, o Friton, solo se que acabò en con su nombre. Assies, dixo don Quixote, que esse es vn sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir andando los tiempos, a pelear en singular batalla con vn cauallero a quien el fauorece, y le tengo de vencer, sin que el lo pueda estoruar, y por esto procura hazerme todos los sin sabores que puede, y mandole yo, q̃ mal podra el contraddezir, ni euitar lo que por el cielo està ordenado. Quien duda de esso, dixo la sobrina, pero quien le mete a vuestra merced, señor tio, en essas pependencias, no sera mejor estarse pacifico en su casa, y no yrse por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana, y bueluen tresquilados. O sobrina mia, respondió don Quixote, y quan mal q̃ estás en la cueta, primero q̃ a mi me treiquilê, tēdre peladas, y quitadas las barbas a quantos imaginaren tocarme en la punta de vn solo cabello. No quisierò las dos replicarle mas, porque vieron q̃ se le encendia la colera. Es pues el caso, q̃ el estuuò quinze dias en casa muy fofegado, sin dar muestras de querer segun-

segundar sus primeros deuanos, en los quales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el Cura, y el Barbero: sobre que le decia, que la cosa de que mas necesidad tenía el mundo, era de caualleros andantes, y de que en el se resuscitasse la caualleria andantesca. El Cura algunas vezes le contradecía, y otras concedia, porque sino guardaua este artificio, no auia poder aueriguarse con el. En este tiempo solicitò don Quixote a vn labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este tiempo se puede dar al que es pobre) pero de muy poca fahen la mollera. En resolucion, tanto le dixo, tanto le persuadió, y prometio, que el pobre villano se determinò de salirse con el, y servirle de escudero. Deziale entré otras cosas don Quixote, que se dispusiesse a yr con el de buena gana, porque tal vez le podia suceder auentura, que ganasse en quitamè alla esas pagas, alguna. Insula, y le dexasse a el por Governador de ella. Con estas promesas, y otras tales, Sancho Pança, que así se llamaua el labrador, dexò su muger, y hijos, y asentò por escudero de su vecino. Dio luego don Quixote orden en buscar dineros; y vendiendo vna cosa, y empeñando otra, y malbaratandolas todas, llegó vna razonable cantidad. Acomodose así mismo de vna rodela que pidió prestada a vn su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, auisò a su escudero Sancho, del

dia,

dia, y la hora que pensaua ponerse en camino, para que el se acomodasse de lo que viesse que mas le era menester. Sobre todo le encargò que llenasse alforjas: se dixo que si llenaria, y que así mismo pensaua llevar vn asno que tenía muy bueno, porque el no estaua duecho a andar mucho a pie. En lo del asno reparò vn poco don Quixote, imaginâdo, si se le acordaua si algun cauallero andante auia traydo escudero cauallero asnalmente, pero nunca le vino alguno a la memoria: mas con todo esto determinò que le lleuasse, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caualleria en auiedo ocasion para ello, quitandole el cauallo al primer descortes cauallero q topasse. Pronoyose de camisas, y de las demas cosas q el pudo, conforme al còsejo q el vètero le auia dado. Todo lo qual hecho, y cúplido, sin despedirse Pança de sus hijos y muger; ni don Quixote de su ama, y sobrina, vna noche se salieron del lugar, sin q psona los viesse, en la qual caminaron tanto, q al amanecer se tuieron por seguros de que no los hallaria, aunq los buscasen. Yua Sàncho Pança sobre su jumento como vn Patriarca, con sus alforjas, y su bota, y con mucho desseo de verse ya gouernador de la insula que su amo le auia prometido. Acertò don Quixote a tomarla misma derrota y camino q el q el auia tomado en su primer viaje, q fue por el caño de Mòtiel, por el qual caminaba con menos pesadumbre

Quixote de la Mancha. 61
 ladubre q̄ la vez passada, porq̄ por ser la hora
 de la mañana, y herirles a soslayo los rayos del
 sol, no les fatigauā. Dixo en esto Sācho Pança
 su amo: Mire vuestra merced, señor cauallero
 dante, q̄ no se le oluide lo q̄ de la insula me
 prometido, q̄ yo la sabre gouernar por gra
 de que sea. A lo qual le respondió don Quixote:
 Has de saber amigo Sancho Pança, q̄ fue co
 stumbre muy vsada de los caualleros andantes
 antiguos, hazer Gouernadores a sus escude
 ros, de las Insulas, o Reynos q̄ ganauan, y yo
 go determinado de q̄ por mi no falte tan agra
 decida vsança, antes piēso auētajarme en ella
 porque ellos algunas vezes, y quiza las mas
 esperauan a q̄ sus escuderos fuesen viejos, y
 despues de hartos de seruir, y de lleuār malos
 dias, y peores noches, les dauan algun titulo de
 Conde, o por lo menos de Marques, de algun
 Valle, o Prouincia de poco mas a menos: pero
 si tu viues, y yo uiuo, bien podria ser que antes
 de seys dias ganasse yo tal Reyno, que tuuiesse
 otros a el adherentes, q̄ viniesse de molde pa
 ra coronarte por Rey de vno dellos. Y no lo
 gas a mucho, que cosas, y casos acontecen a lo
 tales caualleros, por modos tan nunca vistos
 ni pensados, q̄ con facilidad te podria dar au
 mas de lo que te prometo. Dessa manera, res
 pondio Sācho Pança, si yo fuesse Rey por algun
 lagro de los q̄ vuestra merced dize, por lo me
 nos luana Gutierrez, mi oyslo, vēdria a ser Rey

na, y mis hijos Infantes. Pues quien lo duda, re
 spondio don Quixote. Yo lo dudo, replicò San
 cho Pança, porque tengo para mi, que aun que
 llouiesse Dios Reynos sobre la tierra, ninguno
 asientaria bien sobre la cabeça de Mari Gutier
 rez. Sepa señor, que no vale dos marauedis pa
 ra Reyna. Condesa le caera mejor, y aun Dios y
 ayuda. Encomiendolo tu a Dios Sancho, respon
 dio don Quixote, que el le dara lo que mas le
 conuenga: pero no apoques tu animo tanto, q̄
 te vengas a contentar con menos que con ser
 Adelantado. No hare señor mio, respondió Sā
 cho, y mas teniendo tan principal amo en vue
 stra merced, que me sabra dar todo aquello que
 me estè bien, y yo pueda lleuar.

Cap. VIII. Del buen sucesso que el valeroso don
 Quixote tuuo, en la espantable y jamas ymaginada
 auentura de los molinos de viento, con otros suces
 sos dignos de felice recordacion.

EN esto descubrieron treynta, o quarēta mo
 linos de viento que ay en aquel campo: y
 assi como don Quixote los vio, dixo a su escu
 dero: La ventura va guiando nuestras cosas
 mejor de lo que acertamos a desear. Porque
 ves alli amigo Sācho Pāça, donde se descubren
 treynta, o pocos mas desaforados Gigantes,
 con quien pienso hazer batalla, y quitarles a
 todos las vidas, con cuyos despojos comença

remos a enriquecer, que esta es buena guerra
 y es gran seruicio de Dios, quitar tan mala fi-
 miere de sobre la faz de la tierra. Que Gigan-
 tes, dixo Sancho Pança? Aquellos que alli ves,
 respondió su amo, de los brazos largos, que
 los suelen tener algunos de casi dos leguas. Ma-
 re vuestra merced, respondió Sancho, que aque-
 llos que alli se parecen no son Gigantes, sino
 molinos de viento, y lo que en ellos parecen
 brazos, son las aspas, que boiteadas del vien-
 to, hazen andar la piedra del molino. Bien
 parece, respondió don Quixote, que no está
 cursado en esto de las aventuras: ellos son Gi-
 gantes, y si tienes miedo quitate de ahí, y pon-
 te en oracion en el espacio que yo voy a en-
 trar con ellos en fiera, y desigual batalla. Y
 diziendo esto, dio de espuelas a su cavallo Ro-
 zinante, sin atender a las bozes que su escu-
 dero Sancho le daua, aduirtiendole que sin
 duda alguna eran molinos de viento, y no Gi-
 gantes, aquellos que yua a acometer. Pero
 yua tan puesto en que eran Gigantes, que
 oia las bozes de su escudero Sancho, ni echa-
 ua de ver, aunque estava ya bien cerca. lo que
 eran, antes yua diziendo en bozes altas: No
 fuyades couardes y viles criaturas, que vn so-
 lo cañallero es el que os acomete. Leuantose
 en esto vn poco de viento, y las grandes aspas
 començaron a mouerse, lo qual visto por don
 Quixote, dixo: Pues aunque mouays mas bra-

gos que los del Gigante Briareo, me lo aueys
 de pagar. Y en diziendo esto, y encomendán-
 dose de todo coraçon a su señora Dulcinea,
 pidiendole que en tal trance le socorriese,
 bien cubierto de su rodela, con la lança en el
 ristre, arremetio a todo el galope de Rozinan-
 te, y enuistio con el primero molino que esta-
 ua delante, y dandole vna lançada en el aspa,
 la boluio el viento con tanta furia, que hizo la
 lança pedaços, lleuandose tras si el cavallo, y al
 cañallero, que fue rodado muy mal trecho por
 el campo. Acudio Sancho Pança a socorrerle,
 a todo el correr de su asno, y quando lle-
 gó, halló que no se podia menear: tal fue el gol-
 pe que dio con el Rozinante. Valame Dios, di-
 xo Sancho, no le dixé yo a vuestra merced, que
 mirasse bien lo que hazia, que no eran sino mo-
 linos de viento, y no lo podia ignorar, sino quie-
 renasse otros tales en la cabeza. Calla amigo
 Sancho, respondió don Quixote, que las cosas
 de la guerra, mas que otras estan sujetas a con-
 tinua mudança: quanto mas que yo pienso, y
 es así verdad, que aquel sabio Freston que me
 robó el aposento, y los libros, ha buuelto estos
 Gigantes en molinos, por quitarme la gloria
 de su vencimiento; tal es la enemistad que me
 tiene, mas al cabo al cabo, han de poder poco
 sus malas artes contra la bondad de mi espa-
 da. Dios lo haga como puede, respondió San-
 cho Pança, y ayudádole, a leuantar, torno a su-

bir sobre Rozinante que medió despaldado
estaba: y hablando en la passada auentura, si-
guieron el camino del puerto Lapice, porqu
alli dezia don Quixote, que no era posible de-
xar de hallarse muchas, y diuersas auenturas
por ser lugar muy passagero, sino que yua mu-
pesaroso por auerle faltado la lança, y diziend
doselo a su escudero, le dixo. Yo me acuerd
auer leydo, que vn cauallero Español, llama
Diego Perez de Vargas, auendosele en vn
batalla rota la espada, desgajò de vna enzi-
vn pesado ramo, o tronco, y con el hizo tale
cosas aquel dia, y machacò tantos Moros, qu
le quedò por sobrenombre Machuca, y assi
como sus decédientes, se llamaron desde aque-
dia en adelante, Vargas, y Machuca. Hete dich
esto porque de la primera enzina, o roble qu
se me depare, pienso desgajar otro tronco, ta-
y tã bueno como aquel, q me imagino y pien-
so hazer con el tales hazañas, que tu te teng
por bien afortunado, de auer merecido venir
verlas, y a ser testigo de cosas que a penas po-
dran ser creydas. A la mano de Dios, dixo Sa-
cho, yo lo creo todo assi como vuestra merce
lo dize, pero enderecese vn poco, que parec
que va de medio lado, y deue de ser del mol
miento de la cayda. Assi es la verdad, respon-
dio don Quixote, y sino me quexo del dolor,
porque no es dado a los caualleros andantes
queixarse de herida alguna, aunque se le salga
las

las tripas por ella. Si esso es assi, no tengo yo
que replicar, respòdio Sancho, pero sabe Dios
si yo me holgara que vuestra merced se quexa-
ra quando alguna cosa le doliera. De mi se de-
zir, que me he de quejar del mas pequeño do-
lor que tēga, si ya no se entiende tambien con
los escuderos de los caualleros andantes, esso
del no q̄xarse. No se dexò de reyr don Quixo-
te, de la simplicidad de su escudero, y assi le
declarò que podia muy bien queixarse, como,
y quando quisiessse, sin gana, o con ella, que ha-
sta entones no auia leydo cosa en contrario
en la orden de caualleria. Dixole Sancho, que
mirasse que era hora de comer. Respondiole
su amo, que por entones no le hazia mene-
ster, que comiessse el quãdo se le antojasse. Con
esta licencia se acomodò Sancho lo mejor que
pudo sobre su jumento, y sacando de las al-
forjas lo que en ellas auia puesto, yua caminan-
do y comiendo detras de su amo, muy de es-
pacio, y de quando en quando empuñaua la
bota con tanto gusto, que le pudiera embidiar
el mas regalado bodegonero de Malaga. Y en
tanto que el yua de aquella manera menudean-
do tragos, no se le acordaua de ninguna pro-
messa q su amo le hauiessse hecho, ni tenia por
ningun trabajo, sino por mucho descãso, andar
buscãdo las auēturas, por peligrosas que fuē-
sen. En resolucion, aquella noche la passaron
entre vnos arboles; y del vno dellos desgajò

don Quixote vn ramo seco, que casi le podia servir de lança, y puso en el el hierro que quitó de la que se le auia quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quixote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que auia leydo en sus libros, quando los caualleros passauan sin dormir muchas noches en las florestas, y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la passó assi Sancho Pança, que como tenia el estomago lleno, y no de agua de chicoria, de vn sueno se la lleuo toda: y no fueran parte para despertarle (si su amo no le llamara) los rayos del sol que le dauan en el rostro, ni el canto de las aues, que muchas, y muy regozijadamente la venida del nueuo dia saludauan. Al leuantarse dio vn tiento a la bota, y hallola algo mas flaca que la noche antes, y affligiole el coraçon, por parecerle que no lleuaua camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quixote, porque como esta dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su començado camino del puerto Lapice, y a obra de las tres del dia le descubrieron. Aqui, dixo en viendole don Quixote, podemos hermano Sancho Pança, meter las manos hasta los codos, en esto que llaman auenturas. Mas adierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para de-

fen-

fenderme, si ya no vieres que los que me ofenden, es canalla, y gente baxa, que en tal caso bien puedes ayudarme: pero si fueren caualleros, en ninguna manera te es licito, ni concedido por las leyes de caualleria que me ayudes, hasta q seas armado cauallero. Por cierto señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mio me soy pacifico, y enemigo de meterme en ruydos, ni pendencias: bien es verdad, q en lo q tocara a defender mi persona, no tendre mucha cuenta con essas leyes, pues las diuinas y humanas permiten, que cada vno se defienda de quien quisiere agrauiarle. No digo yo menos, respondió don Quixote, pero en esto de ayudarme contra caualleros, has de tener a raya tus naturales impetus. Digo que assi lo hare, respondió Sancho, y que guardare esse preceto, tan bien como el dia del Domingo. Estando en estas razones, assomaron por el camino dos frayles de la orden de S. Benito, caualleros sobre dos Dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venia. Trayan sus antojos de camino, y sus quitasoles. Detras dellos venia vn coche, con quatro, o cinco de acauallo que le acompañaan, y dos moços de mulas a pie. Venia en el coche como después se supo, vna señora Vizcayna, que yua a Seuilla donde estaua su marido, que passaua a las Indias con vn muy honroso cargo.

E 2 No

No venian los frayles con ella, aunque yuan e mesmo camino, mas a penas los diuissò dō Quixote, quando dixo a su escudero. O yo me engaño, o esta ha de ser la mas famosa auentura que se aya visto, porque aquellos bultos negros que alli parecen, deuen de ser, y son sin duda algunos encantadores, que lleuan hurta da alguna Princesa en aquel coche, y es menester deshazer este tuerto a todo mi poderio. Peor será esto que los molinos de viento, dixo Sancho: Mire Señor, que aquellos son frayles de san Benito, y el coche deue ser de alguna gente passagera. Mire que digo, que mire bien lo que haze, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho Sancho, respondio don Quixote, que sabes poco de achaque de auenturas, lo que yo digo es verdad, y aora lo veras: y diciendo esto se adelantò, y se puso en la mitad del camino por donde los frayles venian, y en llegando tan cerca, que a el le parecio que le podrian oyr lo que dixesse, en alta voz dixo: Gente endiablada, y descomunal, dexad luego al punto las altas Princesas que en este coche lleuays forçadas, sino aparejaos a recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras. Detuuieron los frayles las riendas, y quedaron admirados, assi de la figura de don Quixote, como de sus razones, a las quales respondieron: Señor caballero, nosotros no somos endiablados, ni descomu-

munales.

munales, sino dos religiosos de san Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen, o no, ningunas forçadas Princesas. Para conmigo no ay palabras blandas, que ya yo os conozco fementida canalla, dixo don Quixote, y sin esperar mas respuestapicò a Rozinante, y la lança baxa arremetio contra el primero frayle, con tanta furia y denuedo, que si el frayle no se dexara caer de la mula, el le hiziera venir al suelo mal de su grado y aun mal ferido, sino cayera muerto. El segundo religioso que vio del modo que tratauan a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y començo a correr por aquella campaña, mas ligero que el mismo viento. Sancho Pança, que vio en el suelo al frayle, apeandose ligeramente de su asno, arremetio a el, y le començo a quitar los habitos. Llegaron en esto dos moços de los frayles, y preguntaronle, que porque le desnudaua? Respondioles Sancho, que aquello le tocaua a el legitimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quixote auia ganado. Los moços que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos, ni batallas, viendo que ya don Quixote estaua desnuado de alli, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron com el en el suelo, y sin dexarle pelo en las barbas, le molieron a cozes, y le dexaron tédido en el

F 3

suelo,

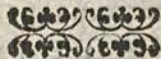
70
suelo, sin aliento, ni sentido: y sin detenerse vn punto, tornò a subir el frayle, todo temeroso, y acobardado, y sin color en el rostro: y quando se vio a cavallo, picò tras su compañero, que vn buen espacio de alli le estaua aguardando, y esperando en que paraua aquel sobrefalto: sin querer aguardar el fin de todo aquel comegado successo, siguieron su camino, haziendole mas cruces que si llevaran al diablo a las espaldas. Don Quixote estaua como se ha dicho hablando con la señora del coche, diziendole La vuestra fermosura señora mia, puede fazer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberuia de vuestros robadores yaze por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo: y porque no peney's por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quixote de la Mancha, cauallero andante, y auenturero, y cautiuo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mi aueys recebido, no quiero otra cosa, sino que boluays al Toboso, y que de mi parte os presenteys ante esta señora, y le digays lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que don Quixote dezia, escuchaua vn escudero de los que el coche acompañauan, que era Vizcayno, el qual viendo que no queria dexar passar el coche adelante, sino que dezia que luego auia de dar la buelta al Toboso, se fue para don Quixote, y asiendole
de

de la lança, le dixo en mala lengua Castellana, y peor Vizcayna, desta manera: Anda cauallero, que mal andes, por el Dios que criome, que sino dexas coche, assi te maras como estas ahí Vizcayno. Entendiole muy bien don Quixote, y con mucho sosiego le respondió: si fueras cauallero como no lo eres, ya yo huiera castigado tu sandez, y atreuimiento, cautiua criatura. A lo qual replicò el Vizcayno: Yo no cauallero: Iuro a Dios tan mientes como Christiano. Si lança arrojas, y espada sacas, el aguz quan presto veràs que al gato lleuas: Vizcayno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dizes cosa. Aora lo veredes dixo Agreges, respondió don Quixote, y arrojando la lança en el suelo, sacò su espada, y embraçò su rodela, y arremetio al Vizcayno, con determinacion de quitarle la vida. El Vizcayno que assi le vio venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler, no auia que fiar en ella, no pudo hazer otra cosa, sino sacar su espada: pero auinole bien, que se hallò junto al coche, de donde pudo tomar vna almohada que le siruió de escudo, y luego se fuerò el vno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque dezia el Vizcayno en sus mal trauidas razones, que sino le dexauán acabar su batalla, que el mismo auia de matar a su ama, y a
E 4 toda

toda la gente que se lo estornasse. La señora del coche, admirada, y temerosa de lo q̄ veia, hizo al cochero que se desuiasse de alli algun poco, y desde lexos se puso a mirar la rigurosa cõrrienda: en el discurso de la qual, dio el Vizcayno vna gran cuchillada a don Quixote encima de vn ombro, por encima de la rodela, que a darsela fin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quixote q̄ sintio la pesadumbre de aquel desafortado golpe, dio vna gran boz, diziendo: O señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermosura, socorred a este vuestro cauallero, que por satisfazer a la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla. El dezir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al Vizcayno, todo fue en vn tiempo, lleuando determinacion de auenturarlo todo a la de vn solo golpe. El Vizcayno que assi le vio venir contra el, bien entendido por su denuedo su coraje, y determinò de hazer lo mesmo que don Quixote: y assi le aguardò bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula a vna, ni a otra parte, que ya de puro cansada, y no hecha a semejantes niñerías, no podia dar vn passo. Venia pues, como se ha dicho, don Quixote contra el cauto Vizcayno con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio: y el Vizcayno le aguardaua assi mesmo, leuantada la espada, y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estauan

temerosos, y colgados de lo que auia de suceder de aquellos tamaños golpes con q̄ se amenazauan, y la señora del coche, y las demas criadas suyas, estauan haziendo mil votos, y ofrecimientos a todas las ymages, y casas de deuocion de España, porque Dios librasse a su escudero, y a ellas, de aquel tan grande peligro en que se hallauan. Pero està el daño de todo esto, que en este punto, y termino, dexa pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpandose, que no hallò mas escrito destas hazañas de don Quixote, de las que dexa referidas. Bien es verdad, que el segundo autor desta obra, no quiso creer que tan curiosa historia estuuiesse entregada a las leyes del oluido, ni que huuiessen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuuiessen en sus archivos, o en sus escritorios, algunos papeles, que deste famoso cauallero tratassen, y assi con esta imaginacion, no se desesperò de hallar el fin desta apazible historia, el qual siendole el cielo fauorable, le hallò del modo que se contará en la

segunda Parte.





74
SEGUNDA
PARTE DEL
INGENIOSO
HIDALGO

Don Quixote de la Mancha.

Cap. IX. Donde se concluye y da fin a la estupenda
batalla que el gallardo Vizcayno, y el valiente
Manchego tuuieron.

DE examos en la primera parte de
historia, al valeroso Vizcayno,
al famoso don Quixote, con
espadas altas, y desnudas, en guisa
de descargar dos furibundos fen-
dientes, tales que si en lleno se acertauan, po-
lo menos se diuidirian, y fenderian de arriba
a baxo, y abririan como vna granada: y que en
aquel punto tan dudoso parò, y quedò destruido
cada tan sabrosa historia, sin que nos diese
ticia su autor donde se podria hallar lo q̃ de
faltaua. Causome esto mucha pesadumbre
porque el gusto de auer leydo tã poco, se bol-
uia en disgusto, de pensar el mal camino que
ofrecia, para hallar lo mucho que a mi parecia
faltaua de tan sabroso cuento. Pareciome co-
sa imposible, y fuera de toda buena costũbre
que

Quixote de la Mancha.

75

que a tan buen cauallero le huuiesse faltado al-
gun fabio que romara a cargo el escriuir sus nũ-
ca vistas hazañas, cosa que no faltò a ninguno
de los canalleros andantes, de los que dicen
las gentes que van a sus auenturas, porque ca-
da vno dellos tenia vno, o dos sabios como de
molde q̃ no solamẽte, escriuiã sus hechos, sino
que pintauan sus mas mínimos pensamientos,
y miñerías, por mas escondidas q̃ fuesen. Y no
auia de ser tan desdichado tã buen cauallero,
q̃ le faltasse a el lo que sobrà a Platir, y a otros
semejantes. Y asì no podia inclinarme a creer
q̃ tan gallarda historia huuiesse quedado man-
ca, y estropeada, y echaua la culpa a la maligni-
dad del tiẽpo, deuorador, y consumidor de to-
das las cosas: el qual, o la tenia oculta, o consu-
mida. Por otra parte me parecia, q̃ pues entre
sus libros se auian hallado tã modernos, como
Defengaño de celos, y Ninfas, y pastores de
Enares, que tãbien su historia denia de ser mo-
derna, y que ya que no estuuiessse escrita, estaria
en la memoria de la gente de su aldea, y de las
a ella circunuezinan. Esta imaginacion me tra-
ia confuso, y desseoso, de saber real, y verdade-
ramente, toda la vida y milagros de nuestro fa-
moso Español don Quixote de la Mancha, luz
y espejo de la caualleria Manchega, y el prime-
ro que en nuestra edad, y en estos tan calamito-
sos tiẽpos se puso al trabajo y exercicio de las
andantes armas, y al de desfazer agravios, so-
correr

correr biudas, amparar donzellas, de aquellas que andauan con sus agotes, y palafrenes. y toda su virginidad acuestas, de môte en môte y de valle en valle: que sino era que algun felloso, o algun villano de acha, o capellina, o algun descomunal Gigante las forçaua, donzellas huuo en los passados tiempos, que al cabo de ochêta años, que en todos ellos no durmieron dia debaxo de texado, se fue tan entera a sepultura, como la madre que la auia parido. Digo pues, que por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quixote, de continuas y memorables alabanças: y aun a mi no se me deuen negar, por el trabajo y diligencia que puse, en buscar el fin de esta agradable historia. Aunque bien se, que si el cielo, el cielo y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto, y sin el passatiempo y gusto que bien casi dos horas podra tener, el que con atencion la leyere. Passó pues el hallarla en esta manera.

Estando yo vn dia en el Alcana de Toledo, llegó vn muchacho a vender vnos cartapacios y papeles viejos a vn escudero, y como foy anunciado a leer, aunque sean los papeles rorales de las calles, lleuado desta mi natural inclinacion, tomé vn cartapacio de los que el muchacho vendia, y vile con caracteres que conocia Arauigos. Y puesto que aunque los conocia, no los sabia leer, anduue mirando si parecía alli algũ Morisco Aljamiado q los leyese: y

fue

me muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aũq le buscara de otra mejor y mas antigua lengua, le hallara. En fin la suerte me deparó vno, q diziéndole mi desseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrio por medio, y leyendo vn poco en el, se començo a reyr. Pregútele que de que se reia? y respôdiome, que de vna cosa que tenia aquel libro escrita en el margẽ por anotacion. Dixele q me la dixesse, y el fin dexar la lista, dixo: Está, como he dicho, aqui en el margen escrito esto: Esta Dulcinea del Toboso, tantas vezes en esta historia referida, dizẽ q tuuo la mejor mano para salar puercos, q otra muger de toda la Mancha. Quando yo ohi dezir Dulcinea del Toboso, qdẽ atonito y suspenso, porque luego se me representò que aquellos cartapacios cõtenian la historia de don Quixote. Con esta imaginacion, le di priessa q leyese el principio: y haziendolo assi, boluiendo de improuiso el Arauigo en Castellano, dixo que dezia: Historia de don Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benegeli, historiador Arauigo. Mucha discrecion fue menester para disimular el contẽto que recebi, quando llegó a mis oydos el titulo del libro: y salté adose al escudero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios, y por medio real: que si el tuuiera discrecion, y supiera lo q yo los dessea, bien se pudiera prometer, y llevar mas de diez reales de la cõpra. Aparteme luego con el

Mo-

Morisco, por el claustro de la Iglesia mayor, y roguele me boluiesse aq̃llos cartapacios, todos los q̃ tratan de don Quixote, en lēgua Castellana, sin quitarles, ni añadirles nada, ofreciendole la paga q̃ el quisiessse. Contētose cō dos arrobas de pallas, y dos fanegas de trigo, y promerito de traduzirlos bien, y fielmente, y cō mucha breuedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen hallazgo, le truxe a mi casa, donde en poco mas de mes y medio la traduxo toda, del mismo modo q̃ aqui se refiere. Estaua en el primer cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quixote cō el Vizcayno, puestos en la misma postura que la historia cuēta, leuātada las espadas, el vno cubierto de su rodela, el otro de la almohada: y la mula del Vizcayno al viuo, que estaua mostrando ser de alquile a tiro de ballesta. Tenia a los pies escrito el Vizcayno vn titulo que dezia: Don Sancho de Auila, que sin duda deuia de ser su nombre: y a los pies de Rozinante estaua otro q̃ dezia: Don Quixote. Estaua Rozinante maravillosamente pintado, tan largo, y tendido, tan atenuado, flaco, con tanto espinazo, tan erico confirmado q̃ mostraua bien al descubierro con quanta auertercia y propiedad, se le auia puesto el nombre de Rozinante. Junto a el estaua Sancho Pança, q̃ tenia del cabestro a su asno: a los pies del qual estaua otro retulo, q̃ dezia: Sancho Pança, y deuia

Y deuia de ser, que tenia a lo que mostraua la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las cancas largas: y por esto se le deuio de poner nombre de Pança, y de çācas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas vezes la historia. Otras algunas menudencias auia que aduertir, pero todas son de poca importancia, y que no hazen al caso a la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala, como sea verdadera. Si a esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podra ser otra, sino auer sido su autor Arauigo, siēdo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos: aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender auer euecado algo en ella que demasiado. Y assi me parece a mi, pues quando pudiera, y deuiera estender la pluma, en las alabanzas de tan buen canallero, parece que de industria las passa en silencio. Cosa mal hecha, y peor pensada, auiendo, y deuiendo ferlos historiadores p̃tuales, verdaderos, y no nada apasionados, y q̃ ni el interes, ni el miedo, el rancor, ni la aficion, no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia emula del tiēpo, deposito de las acciones, testigo de lo pasado, exemplo y auiso de lo presente, aduertencia de lo por venir. En esta se que se hallarā todo lo que se acertare a desficar en la mas apazible: y si algo bueno, en ella fallare, para mi tengo, que fue por culpa del

del galgo de su autor, antes que por falta de sujeto. En fin su segunda parte, siguiendo la introducion, començaua desta manera.

Puestas, y leuantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estauan amenazando al cielo, a la rrierra, y al abismo; tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fue a descargar el golpe, fue el colerico Vizcayno: el qual fue dado, con tanta fuerza, y tanta furia, que a no boluersele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin a su rigurosa contienda, y a todas las auenturas de nuestro cauallero: mas la buena suerte q̄ para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo, que aunque le acertó en el ombro y zquien do, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, lleuandole de camino gran parte de la zelada, con la mitad de la oreja, que rotado ello con espantosa ruyna vino al suelo, dexandole muy mal trecho. Valame Dios y quiera aquel que buenamente pueda cōtar agora la rabia que entro en el coraçon de nuestro Mordichago, viendose parar de aquella manera. No se diga mas, sino que fue de manera, que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el Vizcayno, acertandole de lleno sobre la almohada, y sobre la cabeza, que sin se

parte

parte tan buena defensa, como si cayera sobre el vna montaña, començo a echar sangre por las narizes, y por la boca, y por los oydos, y a dar muestras de caer de la mula abaxo, de donde cayera sin duda, sino se abraçara con el cuello: pero con todo esso sacó los pies de los estribos, y luego soltó los braços, y la mula espantada del terrible golpe, dio a correr por el campo, y a pocos corcobos dio con su dueño en tierra. Estaua fello con mucho sosiego mirando don Quixote, y como lo vio, caer, saltó de su cauallo, y con mucha ligereza se llegó a él, y poniendole la punta de la espada en los ojos, le dixo q̄ se rindiese, sino que le cortaria la cabeça. Estaua el Vizcayno tan turbado, que no podia respóder palabra, y el lo pasará mal, segun estaua ciego don Quixote, si las señoras del coche que hasta entonces con gran desmayo auian mirado la pèdècia, no fueran adóde estaua, y le pedieran con mucho encarecimiento, les hiziese tan gran merced, y fauor, de perdonar la vida a aquel su escudero. A lo qual Quixote respódió, cō mucho entono: y grauedad: Por cierto fermosas señoras, yo soy muy cōtèto de hazer lo que me pedis, mas ha de ser cō vna cōdiciō y cōcierto: y es, que este cauallero me ha de prometer de yr al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte, ante la sin par donna Dulcinea, para que ella haga dello q̄ mas fuere de su voluntad. La temerosa, y desconsolada

F

se-

señora, sin entrar en cuétra de lo que don Quixote pedia, y sin preguntar quien Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haria todo aquello q̄ de su parte le fuese mandado. Pues en fe de essa palabra, yo no le hare mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

Cap. X. de lo que maste auino a don Quixote con el Vizcayno, y del peligro en que se vio con vna turba de langueses.

YA en este tiempo se auia levantado Sancho Pança, algo maltratado de los moços de los frayles, y auia estado atento a la batalla de su señor don Quixote, y rogaua a Dios en su corazón, fuese seruido de darle vitoria, y que en ella ganasse alguna insula de donde le hiziesse Gobernador, como se lo auia prometido. Viendo pues ya acabada la pendécia, y que su amo boluia a subir sobre Rozinante, llegó a tenerle el estribo: y antes que subiesse, se hincò de rodillas delante del, y asiendo de la mano se la besò, y le dixo: Sea vuestra merced seruido de señor don Quixote mio, de darme el gouierno de la insula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerças de saberla gouernar, tal, y tan bien, como otro que aya gouernado insulas en el mundo. A lo qual respondió don Quixote: Aduertid hermano Sancho, que esta auentura y las a esta semejantes, no son auenturas de insulas,

fulas, sino de encruzijadas, en las quales no se gana otra cosa, que sacar rota la cabeça, o vna oreja menos. Tened paciencia, que auenturas se ofreceran donde no solaméte os pueda hazer Gobernador, sino mas adeláte. Agradeciofelo mucho Sâcho, y besandole otra vez la mano, y la falda de la loriga, le ayudò a subir sobre Rozinante, y el subio sobre su asno, y començo a seguir a su señor, que a passo tirado, sin despedirse, ni hablar mas cò las del coche, se entrò por vn bosque que alli junto estaua. Seguióle Sâcho, a todo el trote de su jumento: pero caminaua tanto Rozinante, que viendose q̄dar a tras, le fue forçado dar bozes a su amo que se aguardasse. Hizolo assi don Quixote, teniendo las riendas a Rozinante, hasta que llegasse su cansado escudero, el qual en llegando le dixo: Pareceme señor, que seria acertado yrnos a retraer a alguna Iglesia, q̄ segun quedò mal trecho aquel con quien os combatisies, no ferà mucho que den noticia del caso a la santa Hermandad, y nos prendan: y afe que si lo hazen, que primero que salgamos de la carcel, q̄ nos ha de sudar el hopo. Calla, dixo don Quixote, y donde has visto tu, o leydo jamas, que cauallero andante aya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios q̄ huuiesse cometido. Yo no se nada de omecillos, respondió Sâcho, ni en mi vida le catè a ninguno: solo se que la santa Hermandad tiene q̄ ver con los q̄ pelean

en el cāpo, y en effotro no me entremero. Pues no tēgas pena amigo, respondió don Quixote, que yo te sacarē de las manos de los Caldeos, quanto mas de las de la Hermādad. Pero dime por tu vida, has tu visto mas valeroso cauallero q̄ yo, en todo lo descubierto de la tierra? Has leydo en historias otro que tēga, ni aya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el pelear, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, yo no he leydo ninguna historia jamas, por q̄ ni se leer, ni escriuir: mas lo que osarē apostar, es que mas atreuido amo que vuestra merced, yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atreuimiētos, no se pierden dōde tēgo dicho. Lo que le ruego a vuestra merced, es q̄ se cure, q̄ le va mucha sangre de essa oreja, q̄ aqui traygo hilas, y vn poco de vnguento blāco en las alforjas. Todo esto fuera bien escusado, respondió don Quixote, si a mi se me acordara de hazer vna redoma del balfamo de Fierabras, q̄ con sola vna gota, se ahorran tiempo, y medicinas. Que redoma, y que balfamo es esse? dixo Sancho Pança. Es vn balfamo, respondió don Quixote, de quien tēgo la receta en la memoria, con el qual no ay que temer temora la muerte, ni ay pensar morir de ferida alguna. Y assi quando yo le haga, y te lo de, no tienes mas que hazer, sino que quando vieres que en alguna batalla me han partido por

por medio del cuerpo (como muchas vezes suele acōtercer:) bonitamente la parte del cuerpo que huuiere caydo en el suelo, y con mucha sordileza, antes que la sangre se yele, la pôdras sobre la otra mitad que quedare en la silla, aduirtiēdo de encaxallo y gualmēre, y al justo. Luego me daras a beuer solos dos tragos del balfamo que he dicho, y verasme quedar mas sano que vna mançana. Si esso ay, dixo Pança, yo renuncio desde aqui el gouierno de la prometida Insula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos, y buenos seruicios, sino que vuestra merced me de la receta de esse estremado licor que para mi tengo que valdra la onça a donde quiera, mas de a dos reales, y no he menester yo mas, para passar esta vida honrrada, y descansada mēre. Pero es de saber aora, si tiene mucha costa el hazelle? Con menos de tres reales se pueden hazer tres azumbres, respondió don Quixote. Pecador de mi, replicò Sancho, pues a que aguarda vuestra merced a hazelle, y a enseñarmele? Calla amigo, respondió don Quixote, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hazerte: y por aora curemos, que la oreja me duele mas de lo q̄ yo quisiera. Sacò Sancho de las alforjas hilas y vnguentos, mas quando don Quixote llegó a ver rota su celada, pensò perder el juyzio, y puesta la mano en la espada, y alçando los ojos al cielo, dixo: Yo hago juramento al criador de todas las

cosas, y a los santos quatro Euangelios donde mas largaméte esta escritos, de hazer la vida que hizo el grande Marques de Mantua, quando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdonos; que fue, de no comer pan a manteles, ni con su muger folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aqui por expresadas, hasta tomar entera vengança del que te defaguisado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: Aduierta vuestra merced, señor don Quixote, q si el cauallero cumplió lo que se le dexó ordenado, de yrse a presentar ante mi señor Dulcinea del Toboso, ya aura cumplido con lo q deuia, y no merece otra pena, sino comer nuevo deliro. Has hablado, y apuntado muy bien, respondió don Quixote, y allí anulo el juramento, en quanto lo q toca a tomar del nuevoa vengança: pero hagole, y confirmole de nuevo, de hazer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerça otra celada, tal, y tan buena como esta, a algun cauallero. Y no pienso, Sancho, que así a humo de pajas hago esto, que bien tēgo a quien imitar en ello, que esto me ha pasado al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó a Sacripante. Que de al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replico Sancho, q son muy en daño de la salud, y muy en perjuyzio de la conciencia. Sino digame áora, si a caso en muchos dias no topamos hombre armado con celada, q he-
mos

mos de hazer, ha se de cumplir el juramento, a despecho de tantos inconuenientes, è incomodidades, como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitēcias que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua, q vuestra merced quiere reualidar aora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hōbres armados, sino arrieros, y carreteros, q no solo no traen celadas, pero quizá no las han oydo nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en esto, dixo don Quixote, porq no auremos estado dos horas por estas encruzijadas, quando veamos mas armados q los que vinieron sobre Albraca, a la conquista de Angelica la Bella. Al to pues, sea así, dixo Sancho, y a Dios prazga q nos suceda bien, y que se llegue ya el tiēpo de ganar esta Insula q tan cara me cuesta, y muera-me yo luego. Ya te he dicho Sancho, que no te de esso cuydado alguno, q quando faltare Insula, ai está el Reyno de Dinamarca, o el de Sibiria, que te vendran como anillo al dedo, y mas q por ser entierra firme te deues mas alegrar. Pero dexemos esto para su tiēpo, y mira si traes algo en essas alforjas q comamos, porq vamos luego en busca de algun castillo dōde alojemos esta noche, y hagamos el balsamo q te he dicho, porque yo te voto a Dios, q me va doliendo mucho la oreja. Aqui trayo vna cebolla, y vn poco de queso, y no se quantos me-
F 4 drugos

deudos de pan, dixo Sancho, pero no son manjares que pertenecē a tan valiente cauallero como vuestra merced. Que mal lo entiendes, respondió don Quixote: hagote saber Sancho, que es honra de los caualleros andantes, no comer en vn mes, y ya que coman, sea de aquello q̄ hallaren mas a mano, y esto se te hiziera cierto, si hubieras leydo tantas historias como yo: que que han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caualleros andantes comiessen, sino era a caso, y en algunos suntuosos banquetes que les hazian, y los de mas dias selos passauan en flores. Y aunque se dexa entender, q̄ no podian passar sin comer, sin hazer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, hafe de entēder tãbiē, q̄ andādo lo mas del tiempo de su vida por las florestas, y despoblados, y sin cozinero, q̄ su mas ordinaria comida sera de viandas rusticas, tales como las que tu agora me ofresces. Añi q̄ Sācho amigo no te cōgoxe lo q̄ a mi me da gusto, ni q̄rras tu hazer mūdo ruido, ni sacar la caualleria andāte de sus quicios. Perdoneme vuestra merced, dixo Sancho, q̄ como yo no se leer, ni escreuir, como otra vez he dicho, no se ni he caydo en las reglas de la profesiō caualleresca: y de aqui adelāte yo proueeré las alforjas de todo genero de fruta seca para vuestra merced, q̄ es cauallero: y para mi me proueeré, pues no lo soy, de otras cosas bolanderas.

les, y de mas sustācia. No digo yo, Sācho, replicò don Quixote, q̄ sea forçoso a los caualleros andātes no comer otra cosa sino esas frutas q̄ dizes, sino q̄ su mas ordinario sustēto deuia de serdellas, y de algunas yeruas q̄ hallauā por los campos, que ellos conociā, y yo tãbien conosco. Virtud es, respòdio Sācho, conocer esas yeruas, q̄ segun yo me voy imaginādo, algun dia ferā menester vsar de esse conociēto. Y sacādo en esto lo que dixo q̄ trahia comieron los dos en buena paz, y compaña. Pero desleñosos, de buscar dōde alojar aq̄lla noche, acabārō cō mucha breuedad su pobre y seca comida. Subierō luego a cauallo, y dierōse priesa por llegar a poblado antes q̄ anocheciesse: pero faltos el sol, y la esperāça de alcāçar lo que desseauā, jūto a vnas choças de vnos cabreros, y asì detenerminaron de passarla alli: que quāto fue de pesadumbre para Sācho no llegar a poblado, fue de cōtento para su amo, dormirla al cielo descubierto, por parecerle q̄ cada vez que esto le sucedia, era hazer vn acto posesiuiuo que facilitaua la prouea de su caualleria.

Cap. XI. De lo que le sucedio a don Quixote con vnos cabreros.

FVe recogido de los cabreros con buen animo, y auiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado a Rozinante, y a su jumento, se fue tras el olor que despedian de si ciertos tassa-

tassajos de cabra, que hirviendo al fuego en vn caldero estauan, y aunque el quisiera en aque-
 mismo punto, ver si estauan en fazon de trassa-
 darlos del caldero al estomago, lo dexo de ha-
 zer, porq̃ los cabreros los quitaron del fuego,
 y tendiendo por el suelo vnas pieles de ouejas,
 aderegaron con mucha priessa su rustica mesa,
 y combidaron a los dos, con muestras de mu-
 buena voluntad con lo que tenian. Sentaronse
 a la redonda de las pieles seys dellos, que era-
 los que en la majada auia: auiendo primero
 grosseras ceremonias rogado a don Quixote,
 que se sentasse sobre vn dornajo q̃ buuelto de
 reues le pusieron. Sentose don Quixote, y que-
 dauase Sancho en pie para seruirle la copa, que
 era hecha de cuerno. Viendole en pie su amo
 le dixo: Porque veas Sancho el bien que en-
 encierra la andante caualleria, y quan a pique
 estan los que en qualquiera ministerio della
 exercitan, de venir breuemente a ser honrados
 y estimados del mundo, quiero que aqui a mi
 lado y en compañía desta buena gente te sien-
 tes, y que seas vna misma cosa conmigo, q̃ soy
 tu amo, y natural señor, que comas en mi plato,
 y bevas por donde yo beuiere: porque de la
 ualleria andante se puede dezir lo mismo que
 del Amor se dize, que todas las cosas yguale
 Gran merced, dixo Sancho, pero se dezir a v-
 stra merced, q̃ como yo tuuiesse bien de comer
 tambien, y mejor me lo comeria en pie, y a mi
 so-

solas, como sentado a par de vn Emperador. Y
 aun si va a dezir verdad, mucho mejor me sabe
 lo que como en mi rincon, sin melindres, ni re-
 spectos, aunque sea pan y cebolla, que los galli-
 paos de otras mesas donde me sea forçoso
 mascar despacio, beuer poco, limpiarme a me-
 nudo, no estornudar, ni toser si me viene gana,
 ni hazer otras cosas que la soledad, y la liber-
 tad traen consigo. Así q̃ señor mio, estas hon-
 rras que vuestra merced quiere darme, por ser
 ministro, y aderente de la caualleria andante, co-
 mo lo soy, siendo escudero de vuestra merced,
 conuiertalas en otras cosas que me sean de mas
 comodo, y prouecho, que estas (aunque las doy
 por bien recebidas) las renuncio para desde
 aqui al fin del mundo. Con todo esso te has de
 sentar, porque a quien se humilla, Dios le enfal-
 ça, y asiendole por el brazo, le forço, a que jun-
 to a el se sentasse. No entendian los cabreros
 aquella gerigonça de escuderos, y de caualle-
 ros andantes, y no hazian otra cosa que comer
 y callar, y mirar a sus huespedes, que con mu-
 cho donayre y gana embahulauan tassajo co-
 mo el puño. Acabado el seruicio de carne, ten-
 dieron sobre las zaleas gran cantidad de bello-
 ras auellanadas, y juntamente pusieron vn me-
 dio queso, mas duro q̃ si fuera hecho de arga-
 massa. No estava en esto ocioso el cuerno, porq̃
 andaua a la redonda tā a menudo (ya lleno, ya
 vazío) como arcaduz de noria, q̃ cō facilidad

vazio vn zaque, de dos que estauan de manifestar. Despues que don Quixote huuo bien satisfecho su estomago, tomò vn puño, de bellotas en la mano, y mirandolas atentamente, fizo la boz a semejâtes razones: Dichosa edad, siglos dichosos, aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque ellos el oro (q̃ en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcanzasse en aquella venturosa fin fatiga alguna, sino porque entonces que en ella viuián, ignorauán estas dos palabras de Tuyo, y mio. Erá en aq̃lla santa edad todas las cosas comunes, a nadie le era necessario para alcãçar su ordinario sustento tomar otro trabajo, q̃ alçar la mano, y alcanzarle de las robadas enzinas q̃ liberalmente les estauan cõbidiendo con su dulce y sazonado fruto. Las clarifuentes, y corrientes rios, en magnifica abundancia, fabrosas y transparentes aguas les ofrecian. Las quiébratas de las peñas, y en lo hueco de los arboles, formauán su republica las solicitas y secretas abejas, ofreciendo a qualquiera mano sin interes alguno, la fertil cosecha de su dulcissimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de si, sin otro artificio que el de su cortesia, sus anchas y liuianas cortezas, con que comẽçaron a cubrir las casas sobre rústicas e inclemencias del cielo. Todo era paz, enton-

auia atreuido la pelada reja del corbo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin forçada ofrecia por todas las partes de su fertil, y espacio lo que no, lo que pudiesse hartar, sustentar, y deleytar a los hijos q̃ entõces la posseiã. Entõces si, quando auian las simples, y hermosas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trença, y en cabello, sin mas vestidos de aquellos q̃ eran menester para cubrir honestamẽte, lo que la honestidad quiere, y ha querido siẽpre que se cubra, y no eran sus adornos de los que aora se vsan, a quien la purpura de Tiro, y la por tantos mortuaria martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos, y yedra, entretejidas, con lo que quiza, yuan tan pòpofas, y compuestas, como van aora nuestras cortesanas, con las raras y peregrinas inuenciones, q̃ la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entõces se decorauan los concetos amorosos del alma, simple, y senzillamente, del mesmo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No auia la fraude, el engaño, ni la malicia, mezclãdose con la verdad, y llãneza. La justicia se estava en sus propios terminos, sin que la ofassen turbar, ni ofender los del fauor, y los del interesse, que tanto agora la menoscaban, turban, y persiguen. La ley del encaxe, aun no se auia sentrado en el entẽdimiento del

Luez,

Iuez, porque entoncez no auia que juzgar, ni quí fuese juzgado. Las Dózellas, y la honrada andauan, como tēgo dicho, por dōde quier, sola, y señora, sin temor que la agena desemboltura, y lasciua intēto le menoscabassen, y perdiciō nacida de su gusto, y propria voluntad. Y aora en estos nuestros detestables siglos no estā segura ninguna, aunq̃ la oculte, y cierra otro nueuo laberinto, como el de Creta, por el que alli por los resquicios, o por el ayre, con el zelo de la maldita sollicitud, se les entra la amara rosa pestilēcia, y les haze dar cō todo su recogimiēto al traſte. Para cuya seguridad, dando mas los tiempos, y creciēdo mas la malicia, se instituyō la orden de los Caualleros andantes, para defender las dōzellas, amparar las biudas, y socorrer a los huerfanos, y a los menesterosos. Desta orden soy yo, hermano cabreros, a quien agradezco el agassaje, y buē acogimiēto que hazeys a mi, y a mi escudero, que aunque por ley natural, estan todos los que viuen obligados a fauorecer a los Caualleros andātes, toda via, por saber que sin saber vosotros esta obligacion, me acogistes, y regalastes es razon, que con la voluntad a mi posible, agradezca la vuestra. Toda esta larga arēga se pudiera muy bien escusar, dixo nuestro cauallero, porque las bellotas que le dierō, le xeron a la memoria la edad dorada: y antes de fele hazer aquet inutil razonamiento a los

breros, que sin respondelle palabra, embobados, y suspensos le estuieron escuchando. Sancho, así mismo callaua, y comia bellotas, y viſitaua muy a menudo el segundo zaque, q̃ por que se enfriasse el vino, le tenian colgado de vn alcornoque. Mas tardō en hablar don Quixote, que en acabarse la cena: al fin de la qual vno de los cabreros dixo: para que con mas veſtas pueda vuestra merced dezir, señor Cauallero andante, que le agassajamos con prōpta y buena voluntad, queremos darle solaz, y contēto, con hazer que cante vn compañero nuestro, que no tardarā mucho en estar aqui: el qual es vn zagal muy entendido, y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer, y escriuir, y es músico de vn rabel, que no ay masque desſear. Apenas auia el cabrero acabado de dezir esto, quando llegō a sus oydos el son del rabel, y de alli a poco llegō el que le tañia, que era vn moço de hasta veynte y dos años, de muy buena gracia. Preguntaronle sus compañeros, si auia celebrado, y respondiēdo que si, el que auia hecho los ofrecimientos, le dixo: De esta manera Antonio, bien podras hazernos plazer de cantar vn poco, porque vea este ſenor huésped, que tenemos aqui tambien por los montes, y seluas quien sepa de musica. Hemos le dicho tus buenas habilidades, y desſeamos que las muestres, y nos saques verdaderos: y así te ruego por tu vida, que te sientes y cantes el Romance de tus

tus amores, que te compuso el Beneficiado
 tio, que en el pueblo ha parecido muy bien.
 Que me plaze, respondió el moço, y sin hazer
 mas de rogar, se sentò en el tronco de vna de
 mochada enzina, y templando su rabel, de a
 a poco con muy buena gracia, començò a can-
 tar, diziendo desta manera.

A N T O N I O.

YO se Olalla que me adoras,
 Puesto que no me lo has dicho,
 Ni aun con los ojos siquiera,
 Mudas lenguas de amorios.
 Porque se que eres sabida,
 En que me quieres me afirmo,
 Que nunca fue desdichado
 Amor que fue conoeido.
 Bien es verdad, que tal vez,
 Olalla, me has dado indicio,
 Que tienes de bronze el alma,
 Y el blanco pecho de risco.
 Mas alla entre tus reproches,
 Y honestissimos desuios,
 Tal vez la esperança muestra
 La orilla de su vestido.
 Ab alança se al señuelo
 Mi fe, que nunca ha podido,
 Ni menguar por no llamado,
 Ni crecer por escogido,
 Si el amor es cortesia,

De la que tienes colijo,
 Que el fin de mis esperanças,
 Ha de ser qual imagino.
 Y si son seruicios parte
 De hazer vn pecho benigno,
 Algunos de los que he hecho
 Fortalecen mi partido.
 Porque si has mirado en ello,
 Mas de vna vez auras visto,
 Que me he vestido en los Lunes,
 Lo que me honrraua el Domingo.
 Como el amor, y la gala
 Andan vn mesmo camino,
 En todo tiempo a tus ojos
 Quise mostrarme polido.
 Dexo el baylar por tu causa,
 Ni las musicas te pinto,
 Que has escuchado a deshoras,
 Y al canto del gallo primo.
 No cuento las alabanças,
 Que de tu belleza he dicho,
 Que aunque verdaderas, hazen
 Ser yo de algunas mal quisto.
 Teresa del Berrocal,
 Yo alabandote, me dixo,
 Tal piensa que adora vn Angel,
 Y viene a adorar a vn ximio.
 Merced a los muchos dices,
 Ya los cabellos postizos,
 Ya a hipocritas hermosuras,

Que engañan al amor mismo.

Desmentila, y enojose,

Boluió por ella su primo,

Desafiome, y ya sabes

Lo que yo hize, y el hizo.

No te quiero yo a monton,

Ni te pretendo, y te siruo,

Por lo de barraganía,

Que mas bueno es mi disignio.

Coyundas tiene la Iglesia,

Que son lazadas de sirgo,

Pon tu cuello en la gamella,

Veras como pongo el mio.

Donde no, desde aqui juro

Por el santo mas bendito,

De no salir destas sierras,

Sino para Capuchino.

Con esto dio el cabrero fin a su canto, y que dō Quixote le rogò que algo mas cantasse, no lo consintio Sācho Pança, porque estaua mas para dormir, que para oyr canciones. Y assi dixo a su amo. Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego, a donde ha de posarse esta noche, que el trabajo q̄ estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que pasen las noches cantando. Ya te entiendo Sancho, le respondió don Quixote, q̄ bien se me trasluzze, que las visitas del zaque piden mas recòpense de sueño, que de musica. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho.

No

No le niego, replicó don Quixote, pero acomodate tu donde quiesieres, que los de mi profesión, mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo esto, seria bien Sancho, que me buelas a curar esta oreja, q̄ me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo q̄ se le mandaua. Y viêdo vno de los cabreros la herida, le dixo, que no tuuiesse pena, q̄ el pôdria remedio con q̄ facilmente se sanasse. Y tomâdo algunas hojas de romero, de mucho que por alli auia, las mascò, y las mezclò con vn poco de sal, y aplicandose las a la oreja, se la bendò muy biê, assegurandole, que no auia menester otra medicina, y assi fue la verdad.

Cap. XII. De lo que contò vn cabrero a los que estauan con don Quixote.

EStando en esto, llegó otro moço de los que les traian del aldea el bastimento, y dixo: Sabeys lo que passa en el lugar, compañeros? Como lo podemos saber, respondió vno dellos. Pues sabed, prosiguió el moço, que murio esta mañana aquel famoso pastor estudiante, llamado Grisostomo, y se murmura que ha muerto de amores de aq̄lla endiablada moça de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se enda en habito de pastora por esos andurriales. Por Marcela diras, dixo vno? Por essa digo, respondió el cabrero. Y es lo bueno, que mandò en su testamento, que le

G 2 en-

enterrassen en el campo, como si fuera Moro, que sea al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque: porque segun es fama, y el diuizen que lo dixo, aquel lugar es adóde el la vez primera. Y tambien mandò otras cosas tales, que los Abades del pueblo, dizen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de Gētiles. A todo lo qual, respondió aquel gran su amigo Ambrosio, el estadiante, que tambien se vistió de pastor con el que se ha de cumplir todo sin faltar nada, como lo dexò mandado Grisostomo, y sobre esta anda el pueblo alborotado, mas a lo que se dice en fin, se hara lo que Ambrosio, y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen a enterrar con gran pompa, a donde tengo dicho. Y tengo para mi, que ha de ser cosa muy de ver, alomenos yo no dexaré de yr a verla, si supiese no boluer mañana al lugar. Todos haremos lo mesmo, respondieron los cabreros, y echaremos fuertes quien ha de guardar las cabras de todos. Bien dizes Pedro, dixo, aunque no sera menester vsar de esta diligencia, que yo me quedare por todos: y no lo atribuyas a virtud, y a poca curiosidad mia, sino a que no me dexa andar el garrácho que el otro día me pasó este pie. Con todo esso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y don Quixote rogò a Pedro le dixesse, que muerto era aquel pastor aquella. A lo qual Pedro respondió que

lo que sabia era, que el muerto era vn hijo de algo rico, vezino de vn lugar que estava en aquellas sierras, el qual auia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los quales auia buuelto a su lugar, con opinion de muy sabio, y muy leydo. Principalmēte dezia, que sabia la ciēcia de las estrellas, y de lo que pasan alla en el cielo el Sol, y la Luna: porque puntualmente nos dezia el cris del sol y de la luna. Eclipse se llama amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dixo don Quixote. Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento, diciendo: Así mesmo adivinava, quando auia de ser el año abudante, o estil. Esteril que reys dezir amigo, dixo don Quixote. Esteril, o estil, respondió Pedro, todo se sale alla. Y digo, que con esto que dezia, se hizieron su padre, y sus amigos que le dauan credito, muy ricos, por que hazian lo que el les aconsejaua, diciendoles: Sembrad este año ceuada, no trigo: en este po deys sembrar garuācos, y no ceuada: el que viene sera de guilla de azeyte: los tres siguientes no se cogerá gota. Esta ciēcia se llama Astrologia, dixo don Quixote. No se yo como se llama replicò Pedro, mas se que todo esto sabia, y aun mas. Finalmente, no pasaron muchos meses despues que vino de Salamāca, quando vn día remanecio vestido de pastor, con su ganado y pellico, auendosi quitado los habitos largos que como escolar traia, y juntamente

se vistio con el de pastor, otro su grãde amigo llamado Ambrosio, que auia sido su cõpañero en los estudios. Oluidauaseme de dezir como Grisostomo el difunto, fue grande hombre de componer coplas, tanto que el hazia los villancicos para la noche del nacimiẽto del Señor. Los autos para el dia de Dios, q̃ los representauan los moços de nuestro pueblo, y todos dezian, que eran por el cabo. Quando los del lugar vieron tan de improuiso vestidos de pastores a los dos escolares, quedaron admirados, no podian adiuinar la causa que les auia movido a hazer aquella tan estraña mudança. Ya en este tiẽpo era muerto el padre de nuestro Grisostomo, y el quedò heredado en mucha cantidad de hazienda, ansi en muebles, como en rayzes, y en no pequeña cantidad de ganado mayor, y menor, y en gran cãtidad de dineros: todo lo qual quedò el moço, señor desoluto, en verdad que todo lo merecia, que era buen compañero, y caritativo, y amigo de los buenos, y tenia vna cara como vna bendición. Despues se vino a entender, que el auerse mudado de traje, no auia sido por otra cosa, q̃ por andarse por estos despoblados, empos de aquella pastora Marcela, que nuestro zagal nombrãdenantes, de la qual se auia enamorado el pobre difunto de Grisostomo. Y quiero os dezir ahora, porque es bien que lo sepays quien es esta rapaza, quiza, y aun sin quiza, no auroydo

oydo semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque viays mas años que Sarna. Dezid Sarra, replicò dõ Quixote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto viue la Sarna, respondió Pedro, y si es señor que me aueys de andar çaheriendo a cada passo los vocablos, no acabaremos en vn año. Perdonad amigo, dixo don Quixote, que por auer tanta diferencia de Sarna, a Sarra, os lo dixe, pero vos respondistes muy bien, porque biue mas la sarna que Sarra, y proseguid vuestra historia, que no os replicarè mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dixo el cabrero, que en nuestra aldea huuo vn labrador, aun mas rico que el padre de Grisostomo, el qual se llamaua Guillermo, y al qual dio Dios, amẽ de las muchas y grãdes riquezas, vna hija, de cuyo parto murio su madre, que fue la mas honrrada muger q̃ huuo en todos estos cõtorinos: no parece sino que aora la veo cõ aquella cara, q̃ del vn cabo tenia el Sol, y del otro la Luna, y sobre todo hazendosa, y amiga de los pobres, por lo que creo que deue de estar su anima en la hora de aora, gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger, murio su marido Guillermo, dexando a su hija Marcela muchacha, y rica, en poder de vn tio suyo Sacerdote, y beneficiado en nuestro lugar. Creciò la niña con tanta belleza, que nos hazia acordar de la de su madre, que

la tuuo muy grande, y con todo esto se juzga-
ua que le avia de passar la de la hija. Y assi fue
que quando llegó a edad de catorze a quinze
años, nadie la miraua que no bēdezia a Dios.
tan hermosa la auia criado, y los mas que dan
enamorados, y perdidos por ella. Guardaua
sufio con mucho recato, y con mucho encerra-
miēto: pero con todo esto, la fama de su mucha
hermosura, se estēdio de manera, q̄ assi por ella
como por sus muchas riquezas, no solamēte de
los de nuestro pueblo, sino de los de muchas
guas a la redonda, y de los mejores dellos, era
rogado, solicitado, è importunado su tio se
diēse por muger. Mas el (que a las derechas
es buen Christiano) aun que quisiera casar
luego, assi como la via, de edad, no quiso ha-
zerlo sin su consentimiēto, sin tener ojo a la ge-
nancia, y grangeria que le ofrecia el tener
hazienda de la moca, dilatando su casamien-
to. Y afe que se dixo esto en mas de vn corrillo
en el pueblo, en alabanza del buen Sacerdote.
Que quiero que sepa señor andante, q̄ en estos
lugares cortos, de todo se trata, y de todo
murmura. Y tened, para vos, como yo tengo
ra mi, que deuia da ser demasiadamente buen
el Clerigo, que obliga a sus feligreses a que
gan bien del, especialmente en las aldeas. A
si es la verdad, dixo don Quixote, y pro-
gaid adelante, que el cuento es muy bueno.
vos buē Pedro le contays con muy buena gra-
cia.

cia. La del Señor no me falte, que es la que ha-
ze al caso. Y en lo demas, sabreys, que aunque
letio proponia a la sobrina, y le dezia las cali-
dades de cada vno en particular, de los mu-
chos q̄ por muger la pedian, rogandole que se
casasse, y escogiesse a su gusto; jamas ella respō-
dio otra cosa, sino, que por entonces no queria
casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia
habil para poder llevar la carga del matrimo-
nio. Con estas que daua, al parecer justas escu-
sas, dexaua el tio de importunarla, y esperaua
a q̄ entrasse algo mas en edad, y ella supiesse es-
coger compañía a su gusto. Porque dezia el, y
dezia muy bien, q̄ no auian de dar los padres a
sus hijos estado cōtra su voluntad. Pero herelo
aqui, quādo no me cato, q̄ remanece vn dia la
melindrosa Marcela, hecha pastora: y sin ser
parte su tio, ni todos los del pueblo, q̄ se lo de-
saconsejauā, dio en yrse al cāpo, con las demas
zagalas del lugar, y dio en guardar su mismo
ganado. Y assi como ella salio en publico, y su
hermosura se vio al descubierto, no os sabre
buenamente dezir, quantos ricos mancebos, hi-
dalgos, y labradores, hā tomado el traje de Gri-
sotomo, y la andan requebrando por estos cā-
pos. Vno de los quales, como ya estā dicho,
fue nuestro difūto, del qual deziā, que la dexa-
ua de querer, y la adoraua. Y no se piēse, q̄ por-
q̄ Marcela se puso en aq̄lla libertad, y vida tan
suelta, y de tā poco, o de ningun recogimiēto,
que

que por esso ha dado indicio; ni por semejas, venga en menoscabo de su honestidad, y recorro: antes es tanta, y tal la vigilancia con que mira por su honrra, que de quantos la sirven y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad podrá alabar, que le aya dado alguna pequeña esperanza de alcázar su desseo. Que puesto que no huye, ni se esquiua de la compañía, y conuersacion de los pastores, y los trata cortes, y amigablemente, en llegando a descubrir su intencion qualquiera dellos, aunque sea tan justa, santa, como la del matrimonio, los arroja de como con vn trabuco. Y con esta manera de ediccion, haze mas daño en esta tierra, que si por ella entrara la pestilencia, porq̃ su afabilidad hermosa, atrae los coraçones de los q̃ la tratan a seruirle, y a amarla: pero su desdē, y desengaño, los conduce a terminos de desesperar, y assi no saben que dezirle, sino llamarla a bozes cruel, y desagradecida, con otros titulos este semejantes, que bien la calidad de su condición manifestan: y si aqui estuuiesedes señores, veriadres resonar estas sierras, y estos valles, cō los lamentos de los defengañados que la figuen. No está muy lexos de aqui vn sitio, de ay casi dos dozenas de altas hayas, y no ay ninguna que en su lisa corteza, no tenga grabado, y escrito el nombre de Marcela, y encima de la alguna, vna corona grauada en el mesmo arbol como si mas claramente dixera su amante, que

Mar;

Marcela la lleua, y la merecē de toda la hermosura humana. Aqui suspira vn pastor, alli se q̃xa otro, aculla se oyen amorosas canciones, aca de fesperadas endechas. Qual ay que passa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna enzina, o peñasco, y alli sin plegar los llorosos ojos, embeuecido, y transportado en sus pensamientos, le hallò el sol a la mañana. Y qual ay, que sin dar vado, ni tregua a sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del Verano, tendido sobre la ardiente arena, embia sus quejas al piadoso cielo: y deste, y de aquel, y de aquellos y destos, libre, y defendadamente triúfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estamos esperando en que ha de parar su altieuez, y quien ha de ser el dichoso que ha de venir a domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan estremada. Por ser todo lo que he contado tan aueriguada verdad, me doy a entender, que tambien lo es la que nuestro zagal dixo, que se dezia de la causa de la muerte de Grisostomo. Y assi os aconsejo señores, que no dexeys de hallaros mañana a su entierro, que sera muy de ver, porque Grisostomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar, a aquel donde manda enterrarse, media legua. En cuydado me lo tengo, dixo don Quixote, y agradezco os el gusto que me aneys dado, con la narracion de tan sabroso cuento. O, replicò el cabrero, aun no se yo la mitad de los casos

suce-

sucedidos a los amâtes de Marcela, mas podria ser que mañana topassemos en el camino algun pastor que nos los dixesse: y por aora bien sera que os vays a dormir debaxo de tejado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medecina que se os ha puesto, que no ay que temer de contrario accidente. Sancho Pança que ya daua al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitò por su parte, que su amo se entrasse a dormir en la choça de Pedro. Hizolo assi, y todo lo mas de la noche se le passò en memorias de su señora Dulcinea, a imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Pança se acomodò entre Rozinante, y su jumento, y durmiò no como enamorado desauorecido, sino como hombre molido a cozes.

Cap. XIII. donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros successos.

MAs apenas comengò a descubrirse el día por los balcones del Oriete, quando los cinco de los seys cabreros se levantaron, y fueron a despertar a don Quixote, y a dezille que estava toda via con proposito de yra ver el famoso entierro de Grisostomo, y que ellos le harian compania. Don Quixote, que otra cosa no desseaua, se leuandò, y mandò a Sancho que ensillasse, y enalbardasse al momento, lo qual el hizo con mucha diligencia, y con la mesma celeridad pusieron luego todos en camino. Y no huuiéron

donandado vn quarto de legua, quando al cruzar de vna senda, vieron venir hàzia ellos hasta seys pastores, vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabeças con guirnaldas de cypres, y de amarga adelfa. Traia cada vno vn grueso baston de azeybo en la mano. Venian con ellos assimesmo dos gentiles hòbres de acauallo, muy bien adereçados de camuino, con otros tres mocos de a pie que los acompañauan. En llegando se a juntar, se saludaron cortesmente, y preguntandose los vnos a los otros donde yuan, supieron que todos se encaminauan al lugar del entierro, y assi comengaron a caminar todos juntos. Vno de los de a cauallo, hablando con su compañero le dixò: Pareceme señor Vnaldo, que auemos de dar por bien empleada la tardança que hizieremos en ver este famoso entierro, que no podra dexar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado estrañezas, assi del muerto pastor, como de la pastora homicida. Assi me lo parece a mi, respondio Vnaldo: y no digo yo hazer tardança de vna dia, pero de quatro la hiziera, a trueco de verle. Preguntoles don Quixote, que era lo que auian oydo de Marcela, y de Grisostomo. El caminante dixò, que aquella madrugada auian encontrado con aquellos pastores, y que por averles visto en aquel tan triste traje, les auian preguntado la ocasion porque yuan de aquella manera, que vno dellos se lo contò: contandole la

do, la estrañeza, y hermosura de vna pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que le requestauā, cō la muerte de aquel Grisostomo a cuyo entierro yuau. Finalmēte, el contó todo lo que Pedro a don Quixote auia cōrado. Cesó esta platica, y començose otra, preguntando el que se llamaua Vivaldo, a don Quixote, que era la ocasion que le mouia a andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica? A qual respondió don Quixote: la profesion de mi exercicio no cōsiente, ni permite que yo ande de otra manera: El buen passo, el regalo, el reposo, alla se inuentó para los blādos cortesanos: mas el trabajo, la inquietud, y las armas solo se inuentaron, e hizieron, para aquellos que el mundo llama caualleros andātes, de los que yo aunque indigno, soy el menor de todos. Apenas le oyeron esto, quādo todos le rieron por loco. Y por aueriguarlo más, y ver que género de locura era el suyo, le tornó a preguntar Vivaldo, que que queria dezir caualleros andātes? No han vuestras mercedes leydo, respondió don Quixote, los anales e historias de Inglaterra, donde se tratan las famosas fazañas de Rey Arturo, que cōtinuamente en nuestro Reyno mance Castellano llamamos, el Rey Artus, quien es tradicion antigua y comun en todo aquel Reyno de la gran Bretaña, que este Rey no murio, sino que por arte de encātamento cōuirtio en cuerno, y que andādo los tiēpos de

de boluer a reynar, y a cobrar su reyno y cetro. A cuya causa no se prouará q̄ desde aquel tiempo a este, aya ningun Ingles muerto cuerno alguno. Pues en tiempo deste buen Rey, fue instituyda aquella famosa orden de caualleria, de los caualleros de la tabla redōda, y passaron sin faltar vn pūto, los amores que alli se cuētan, de don Lançarote del Lago, cō la Reyna Ginebra, fiēdo medianera dellos, y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nacio aquel tā sabido romāce, y tan decātado en nuestra España, de Nūca fuera cauallero de damas tan bien seruido, como fuera Lançarote, quādo de Bretaña vino. Cō aquel progreso tan dulce, y tan suauē, de sus amorosos, y fuertes fechos. Pues desde entōces, de mano en mano fue aquella orden de caualleria estēdiendose, y dilatādose por muchas y diuersas partes del mundo: y en ella fuerō famosos y conocidos por sus fechos, el valiente Amadis de Gaula, cō todos sus hijos, y nietos, hasta la quinta generacion: y el valeroso Felixmarte de Hircania; y el nunca como se deue alabado Tirāte el Blāco: y casi que en nuestros dias, vimos, y comunicamos, y oymos al inuēcible, y valeroso cauallero don Belianis de Grecia. Esto pues señores es ser cauallero andāte, y la que he dicho, es la orden de su caualleria. En la qual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador, he hecho profesion, y lo mismo q̄ professaron los caualleros referido professo

fesso yo: y assi me voy por estas soledades
 despobladas, buscando las aventuras, con an-
 mo deliberado de ofrecer mi brazo, y mi per-
 sona, a la mas peligrosa que la suerte me depa-
 rare, en ayuda de los flacos, y menesterosos.
 Por estas razones que dixo, acabaron de enre-
 rarse los caminantes que era don Quixote fa-
 to de juyzio, y del genero de locura que lo se-
 ñoreaua, de lo qual recibieron la mesma admi-
 racion, que recebian todos aquellos q̄ de nue-
 uo venian en conocimiento della. Y Vivaldo
 que era persona muy discreta, y de alegre con-
 dicion, por passar sin pesadumbre el poco ca-
 mino que dezian que les faltaua al llegar a la
 sierra del entierro, quiso darle ocasion a que
 passasse mas adelante con sus disparates; y an-
 le dixo: Pareceme, señor Cauallero andante,
 que vuestra merced ha professado vna de las
 mas estrechas profefsiones que ay en la tierra,
 y tengo para mi, que aun la de los frayles Car-
 tuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien po-
 dia ser, respondió nuestro don Quixote, pero
 tan necessaria en el mūdo, no estoy en dos de-
 dos de ponello en duda. Porque si va a dezir
 verdad, no haze menos el soldado que pon-
 en execucion lo que su Capitan le manda, que
 el mesmo Capitan que se lo ordena. Quiere
 dezir, que los Religiosos, con toda paz, y so-
 siego, piden al Cielo el bien de la tierra: pero
 los Soldados, y Caualleros, ponemos en execucion

cion lo que ellos piden, defendiendolo con el
 valor de nuestros brazos, y filos de nuestras
 espadas. No debaxo de cubierta, sino al Cielo
 abierto, puestos por blanco de los insufribles
 rayos del Sol en el Verano; y de los erizados
 yelos del Inuierno. Assi q̄ somos ministros de
 Dios en la tierra, y brazos por quien se execu-
 ta en ella su justicia. Y como las cosas de la
 guerra, y las a ellas tocates, y cōcernientes, no
 se pueden poner en execucion, sino sudando,
 afanādo, y trabajando, siquese, q̄ aquellos q̄ la
 professan, tienen, sin duda, mayor trabajo, que
 aq̄llos q̄ en sossegada paz, y reposo estan rogā-
 do a Dios, fauorezca a los q̄ poco pueden. No
 quiero yo dezir, ni me passa por el pensamiēto
 que es tan buen estado el de Cauallero andan-
 te, como el del encerrado Religioso; solo quie-
 ro inferir por lo que yo padezco, que sin duda
 es mas trabajoso, y mas aporreado, y mas ham-
 briento, y sediento, miserable, roto, y piojoso,
 porque no ay duda, sino que los Caualleros an-
 dantes passados, passaron mucha malauertura en
 el discurso de su vida. Y si algunos subieron a
 ser Emperadores por el valor de su brazo, a fe
 q̄les costò buen porq̄ de su sangre, y de su su-
 dor: y que si a los q̄ a tal grado subieron, les fal-
 taran encātadores, y Sabios que los ayudará,
 que ellos quedaran bien defraudados de sus
 desseos, y biē engañados de sus esperanças. De
 esse parecer estoy yo, replicò el camināte: pero

una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los Caualleros andantes: y es: que quando se veen en ocasion de acometer vna grãde y peligrosa auentura, en que se ve manifesto peligro de perder la vida, nunca en a quel instante de acometella se acuerdan de encomẽdarse a Dios, como cada Christiano està obligado a hazer en peligros semejantes; antes se encomiendan a sus damas con tanta gana y deuocion como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo a Gentilidad. Señor, respondió don Quixote, esso no puede ser menos en ninguna manera, y caeria en mal caso el Cauallero andante que otra cosa hiziesse, que ya esta en vso, y costumbre en la Caualleria andantesca, que el Cauallero andante que al acometer alguna gran fecho de armas, tuuiesse su señora delante, belua a ella los ojos, blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le fauorezca, y ampare en el dudoso trãce que acomete. Y asi, si nadie le oye, està obligado a dezir algunas palabras entre dientes, en q̃ de todo coraçon se encomiende: y desto tenemos innumerables exemplos en las historias. Y no se ha da entẽder por esto, que han de dexar de encomẽdarse a Dios en quel tiempo, y lugar les queda para hazerlo en el discurso de la obra. Con todo esso, replicó el caminante, me queda vn escrúpulo, y es, que muchas vezes he leydo, que se traian palabras entre dos andantes Caualleros, y de vna

otra se les viene a encender la colera, y a bolver los caualllos, y a tomar vna buena pieça del campo, y luego, sin mas, ni mas, a todo el correr dellos, se bueluen a encontrar, y en mitad dela corrida se encomiendan a sus damas: y lo que fuele suceder del encuentro, es que el vno cae por las ancas del cauallo, passado con la lança del contrario de parte a parte: y al otro le viene tan bien, que a no tenerse a las crines del suyo, no pudiera dexar de venir al suelo. Y no se yo, como el muerto tuuo lugar para encomendarse a Dios, en el discurso desta tan acelerada obra. Mejor fuera, que las palabras que en la carrera gastò encomẽdandose a su dama, las gastara en lo que deuia y estava obligado como Christiano. Quanto mas, que yo tengo para mi, que no todos los caualleros andantes tienen damas a quien encomẽdarse, porque no todos son enamorados. Esso no puede ser, respondió don Quixote: Digo que no puede ser, que aya Cauallero andante sin dama, porque tan proprio, y tan natural les es a los tales ser enamorados, como al Cielo tener Estrellas. Y a buen seguro que no se aya visto historia, dõde se halle Cauallero andante sin amores: y por el mesmo caso que estuuiessse sin ellos, no seria tenido por legitimo Cauallero, sino por bastardo, y que entrò en la fortaleza de la Caualleria dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como saltador, y ladron. Cõ todo esso, dixo el ca-

mináte, me parece (si mal no me acuerdo) auerleydo, que don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada, a quien pudiesse encomendarle: y con todo esto, fue tenido en menos, y fue un muy valiente y famoso Cavallero. A lo qual respondio nuestro don Quixote: Señor, una Golódrina sola no haze Verano. Quátomas, que yo se que de secreto esta una esse Cavallero muy bien enamorado: fuera de aquello de querer a todas bien, quántas bien parecian, era condición natural, a quien no podía yr a la mano. Pero en resolución, averiguado está muy bien, que el tenia una sola, a quien el auia hecho señora de su voluntad, a la qual se encomendaba muy a menudo, y muy secretamente, porque se precia de secreto Cavallero. Luego si es de esencia, que todo Cavallero andate, aya de ser enamorado (dixo el caminante) bien puede creer, que vuestra merced lo es, pues es de la profesión. Y si es que vuestra merced se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía, y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad, y hermosura de su dama, que ella se tendría por dichosa, de que todo el mundo sepa que es querida, y servida de un Cavallero como vuestra merced parece. Aquando un gran suspiro don Quixote, y dixo: Yo no podre afirmar si la dulce mi enemiga, gusta, o no, de que el mundo sepa que yo la sirvo, solo puedo decir

dezir (respondiendo a lo que con tanto comedi miéto se me pide) que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha: su calidad, por lo menos ha de ser de Princesa, pues es Reyna, y señora mia; Su hermosura, sobre humana, pues en ella se vienen a hazer verdaderos todos los imposibles, y chimericos atributos de belleza, que los Poetas dan a sus damas. Que sus cabellos son oro, su frente campos Eliseos; sus cejas arcos del Cielo; sus ojos Soles; sus mejillas Rosas; sus labios Corales; Perlas sus dientes; Alabastro su cuello; Marmory su pecho; Marfil sus manos; su blancura Nieve: y las partes que a la vista humana encubrio la honestidad, son tales, segun yo pienso, y entiendo, que solo la discreta consideracion puede encarecerla, y no compararlas. El linaje, prosapia, y alcurnia, querriamos saber, replicó Viualdo. A lo qual respondio don Quixote: No es de los antiguos Curcios, Gayos, y Cipiones Romanos, ni de los modernos Colonas, y Vrsinos: ni de los Moncadas, y Requesenes de Cataluña: ni menos de los Ribellas, y Vilanovas de Valencia: Palafoxes, Nuças, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Vireas, Fozes, y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Medoças, y Guzmanes de Castilla: Alencastros, Pallas, y Meneses de Portugal: pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal que puede dar generoso principio a las mas

ilustres familias de los venideros siglos: y como me replique en esto, sino fuere con las con-
 ciones que puso Gerbino, al pie del trofeo de
 las armas de Orlando, que dezia: Nadie la
 mueua, que estar no pueda con Roldán a pro-
 ua, Aunque el mio es de los Cachopines de la
 redo, respondió el caminante, no le osaré
 poner con el del Toboso de la Mancha: pue-
 que para dezir verdad, semejante apellido, ha
 sta aora no ha llegado a mis oydos. Como esto
 no haura llegado, replicó Don Quixote. Con
 gran atencion y por escuchando todos los de-
 mas la platica de los dos: y aun hasta los me-
 mos cabreros y pastores, conocieron la demer-
 siada falta de juyzio de nuestro don Quixote.
 Solo Sancho Pança pensaua que quanto su amo
 dezia era verdad, sabiendo el quien era, y auia
 dole conocido desde su nacimiento. Y en lo
 dudaua algo, era en creer aquello de la lin-
 Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre
 ni tal Princesa auia llegado jamas a su noticia,
 aunque uiuia tan cerca del Toboso. En estas pa-
 ticas yuan, quando vieron que por la quiebra
 dos altas montañas hazian, baxauan hasta ver
 re pastores, todos con pellicos de negra lana
 stidos, y coronados con guirnaldas, que a lo que
 spues parecia, eran qual de Texo, y qual de
 pres. Entre seys dellos traian unas andas,
 biertas de mucha diuersidad de flores, y de
 mos. Lo qual visto por vno de los cabreros, di-
 xo:

Aquel-

Aquellos que alli vienē, son los que traen el cuer-
 po de Grisostomo: y el pie de aquella montaña
 es el lugar donde el mudo que le enterassen. Por
 esto se dieron prisa a llegar, y fue a tiempo,
 que ya los que venian auian puesto las andas
 en el suelo: y quatro dellos con agudos y fuer-
 tes picos estauan cauando la sepultura, a vn la-
 do de vna dura peña. Recibieron se los vnos, y
 los otros correfmente: y luego don Quixote, y
 los que con el venian, se pusieron a mirar las an-
 das, y en ellas vieron cubierto de flores en cuer-
 po muerto, y vestido como pastor, de edad al
 parecer de treynta años: y aunque muerto, mo-
 straua que vino aua sido de rostro hermoso, y
 de disposicion gallarda. Al rededor del, tenia
 en las mismas andas algunos libros, y muchos
 papeles abiertos, y cerrados. Y assi los que esto
 mirauan, como los que abrian la sepultura, y
 todos los demas que alli auia, guardaua vn ma-
 rauilloso silencio. Hasta que vno de los que
 al muerto truxeron, dixo a otro: Mirá bien
 Ambrosio, si es este el lugar que Grisostomo di-
 xo, ya que quereys tan puntualmente se cum-
 pla lo que dexó mandado en su testamento?
 Este es, respondió Ambrosio, que muchas ve-
 zes en el me contó mi desdichado amigo, la
 historia de su desventura. Alli me dixo el, que
 vio la vez primera, a aquella enemiga mor-
 tal del linage humano: y alli fue tambien, don-
 de la primera vez le declaró su pensamiento;

tan honesto como enamorado: y alli fue la vltima vez, donde Marcela le acabo de desangrñar, y desdenar, de suerte que puso fin a la tragedia de su miserable vida. Y aqui, en memoria de tantas desdichas, quiso el que le depositasen en las entrañas del eterno oluido. Y voluiose a don Quixote, y a los caminantes, prosiguiendo diciendo: Esse cuerpo, señores, que con tantos ojos estays mirando, fue depositario de vn alma, en quien el Cielo puso infinita parte de sus riquezas: Esse es el cuerpo de Grisostomo, que fue vnico en el ingenio, sereno en la cortesía, estremo en la gentileza, feruiente en la amistad, magnifico sin tassa, graue sin presuncion, alegre sin baxeza: y finalmente, perfecto en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fue ser desdichado. Quiso bien fue aborrecido: adorò, fue desdenado: rogò, fue vna fiera, importunò a vn marmol, corrió tras el viento, dio bozes a la soledad, siruió a la ingratitude, de quíe alcagò por premio, ser despojado de la muerte, en la mitad de la carrera de su vida. Ala qual dio fin vna pastora, a quien el procuraua eternizar, para que viuiera en memoria de las gentes: qual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estays mirando, y el no me huiera mandado que los entregara al fuego, en auientiendb entregado so cuerpo a la tierra. De mayor rigor, y crueldad usareys vos con ellos, dixo Vivaldo, que su mesmo dueño

pues

pues no es justo, ni acertado, que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso. Y no le tuuiera bueno Augusto Cesar, si consintiera que se pusiera en execucion, lo que el diuino Mantuano dexò en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deys el cuerpo de vuestro amigo a la tierra, no querays dar sus escritos al oluido, que si el ordenò como agrauiado, no es bien que vos cumplays como indiscreto: antes hazed, dando la vida a estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirua de exemplo en los tiempos que estan por venir a los viuientes, para que se aparten, y huyan de caer en semejantes despeñaderos: que ya se yo, y los que aqui venimos la historia de este vuestro enamorado, y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra, y la ocasion de su muerte, y lo que dexò mandado al acabar de la vida: de la qual lamentable historia, se puede sacar, quánto aya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisostomo, la fè de la amistad vuestra, cò el paradero que tienen los que a rienda suelta corren por la senda que el desuaria: do amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisostomo, y que en este lugar auia de ser enterrado, y así de curiosidad, y de la stima, dexamos nuestro derecho viage, y acordamos de venir a ver con los ojos, lo que tanto nos auia lastimado en oyllo: y en pa-

go

go desta lastima, y del desseo que en nosotros
nació de remedialla, si pudieramos, te rogá-
mos, o discreto Ambrosio: alomenos, yo te
suplico de mi parte, que dexando de abra-
zar estos papeles, me dexes llevar algunos de ellos.
Y sin aguardar que el pastor respódiessse, alar-
gó la mano, y tomó algunos de los que me-
cerca estanan, viendo lo qual Ambrosio, dixo:
Por cortesia, consentiré que os quedeys señores
con los que ya aueys tomado, pero pensar que
dexare de quemar los que quedan, es pensa-
miento vano. Viualdo, que desseaua ver lo que
los papeles dezian, abrió luego el vno dellos,
y vio que tenía por titulo: Cancion desespe-
rada. Oyólo Ambrosio, y dixo: Esse es el vno
mo papel que escriuió el desdichado, y por que-
veays señor, en el termino que le tenían las
desuenturas, leelde de modo que seays oydo
que bien os dará lugar a ello, el que se tardare
en abrir la sepultura. Esto hare yo de muy bu-
na gana, dixo Vinaldo: y como todos los circun-
státes tenían el mesmo desseo, se le pusieron a
redóda, y el leyédo en voz clara, vio q' assi dize

*Cap. XIII. donde se ponen los versos desesperados
del defunto pastor, con otros no esperados
sucessos.*

Cancion de Chrisostomo.

YA que quieres cruel que se publique
De lengua en légua, y de vna en otra gente
Del

Del aspero rigor tuyo, la fuerza:
Haré que el mesmo Infierno comunique
Al triste pecho mio vn son doliente,
Con que el vso comun de mi voz tuerça:
Y al par de mi desseo, que se esfuerça
A dezir mi dolor, y tus hazañas,
De la espantable voz yrá el acento,
Y en el mezcladas, por mayor tormento,
Pedacos de las miseras entrañas.
Escucha pues, y presta atento oydo,
No al concertado son, sino al ruydo,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llenado de vn forçoso desuario,
Por gusto mio sale, y tu despecho.
El rugir del Leon, del Lobo fiero,
El temeroso aullido, el siluo horrendo
De escamosa Serpiente, el espantable:
Balando de algun monstruo: el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable:
Del ya vencido Toro, el implacable
Bramido, y de la biuda Tortolilla
El sentible arrullar, el triste canto
Del imbiado Buho, con el llanto
De toda la infernal negra quadrilla.
Salgan con la doliente anima fuera,
Mezclados en vn son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mi se halla,
Para contarle pide nuevos modos.

De

De tanta confusión, no las arenas
 Del padre Tajo, oyrán los tristes ecos;
 Ni del famoso Betis las oliuas:
 Que allí se esparziran mis duras penas,
 En altos riscos, y en profundos huecos,
 Con muerta lengua, y con palabras viuas.
 O ya en escuros valles, o en esquinas
 Playas, desnudas de contrato humano,
 O a donde el Sol jamas mostrò su lumbré,
 O entre la venenosa muchedumbre
 De fieras, que alimenta el libro llano.
 Que puesto que en los paramos desiertos,
 Los ecos roncós de mi mal incierros,
 Suenen con tu rigor, tan sin segundo,
 Por privilegio de mis cortos hados,
 Serán lleuados por el ancho mundo.
 Mata vn desden, atierra la paciència,
 O verdadera, o falsa vna sospecha,
 Matán los zelos con rigor mas fuerte:
 Desconcierta la vida larga ausencia,
 Contra vn temor de oluido no apronecha
 Firme esperança de dichosa suerte.
 En todo ay cierta ineuitable muerte,
 Mas yo (milagro nunca visto) vino
 Zelofo, ausente, desdenado, y cierto
 De las sospechas que me tienen muerto,
 Y en el oluido, en quien mi fuego auino.
 Y entre tantos tormentos, nunca alcança
 Mi vista a ver en sombra a la esperança,
 No yo desesperado la procuro,

Antes

Antes por estremarme en mi querella,
 Estar sin ella, eternamente juro.
 Puese por ventura en vn instante
 Esperar, y temer? o es bien hazello,
 Siendo las causas del temor mas ciertas?
 Tengo si el duro, celo està delante
 De cerrar estos ojos? si he de vello
 Por mil heridas, en el alma abiertas?
 Quien no abra de par en par las puertas
 A la desconfiança, quando mira
 Descubierta el desden? y las sospechas,
 (O amarga conuersion) verdades hechas,
 Y la limpia verdad, buelta en mentira?
 O en el Reyno de amor, fieros tyranos
 Zelos, ponedme vn hierro en estas manos,
 Dame desden vna torcida sogá,
 Mas, ay de mi, que con cruel vitoria
 Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
 Yo muero en fin, y porque nunca espere
 Buen suceso en la muerte, ni en la vida,
 Pertinaz estaré en mi fantasia:
 Diré que va acertado el que bien quiere,
 Y que es mas libre el alma mas rendida
 A la de amor, antigua tyrania.
 Diré que la enemiga siempre mia.
 Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
 Y que su oluido de mi culpa nace,
 Y que en fè de los males que nos haze
 Amor, su Imperio en justa paz mantiene.
 Y con esta opinion, y vn duro lazo,

A ce-

Acelerando el miserable plazo,

A que me han conduxido sus desdenes,
Ofrecerè a los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro, o palma de futuros bienes.

Tu, que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerça a que la haga,
A la cansada vida que aborrezco:

Pues ya ves que te da notorias muestras,
Esta del coraçon profunda llaga,
De como alegre a tu rigor me ofrezco,

Si por dicha conoces que merezco,
Que el cielo claro de tus bellos ojos,
En mi muerte se turbe, no lo hagas,

Que no quiero que en nada fatisfagas,
Al darte de mi alma los despojos.

Antes con risa en la ocasion funesta,
Descubre, que el fin mio fue tu fiesta,
Mas gran simpleza es auisarte desto,
Pues se que està tu gloria conocida,
En que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tantalo con su sed, Sisifo venga
Con el peso terrible de su canto.

Ticio trayga su buytre, y ansi mismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.

Y todos juntos, su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en bóz baxa,
(Si ya a vn desesperado son deuidas)
Canten obsequias, tristes, doloridas

Al cuerpo, a quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras, y mil monstruos
Lleen el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor, no me parece
Que la merece vn amador difunto.
Cancion desesperada, no te quexes,
Quando mi triste compaña dexes,
Antes pues que la causa do naciste,
Con mi desdicha aumentas su ventura,
Aun en la sepultura no estes triste.

Bien les parecio a los que escuchado auian
la cancion de Grisostomo, puesto que el q̃
la leyo, dixo, que no le parecia que conforma-
ua con la relacion que el auia oydo del reca-
to, y bõdad de Marcela, porque en ella se que-
xaua Grisostomo de zelos, sospechas, y de au-
sencia, todo en perjuizio del buen credito, y
buena fama de Marcela. A lo qual respondio
Ambrosio (como aquel que sabia bien los mas
escondidos pensamientos de su amigo:) Para
que señor os fatisfagays dessa duda, es biẽ que
sepays, que quando este desdichado escrinio
esta cãcion, estava ausente de Marcela, de quẽ
se auia ausentado por su voluntad, por ver si
viana con el la ausẽcia de sus ordinarios fue-
ros. Y como al enamorado ausente, no ay cosa
que no le fatigue, ni temor que no le de alcãce;
allí le fatigauan a Grisostomo los celos imagi-
nados,

nados, y las sospechas temidas, como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona, de la bondad de Marcela: la qual fuera de ser cruel, y vn poco arrogante, y vn mucho desdenosa, la mesma embidia, ni deue, ni puede ponerle falta alguna. A es la verdad, respondió Vivaldo, y queriendo leer otro papel de los que auia reseruado de fuego, lo estoruò vna marauillosa vision (que tal parecia ella) que improuisamēte se les ofrecio a los ojos: y fue, que por cima de la peña donde se cauaua la sepultura, parecio la passage Marcela, tan hermosa que passaua a su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la auian visto, la mirauan con admiracion, y silencio: y los que ya estauan acostumbrados a verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la auian visto. Mas a penas la huuo visto Ambrosio, quando con muestras de animo indignado, le dixo: Vienes a ver por ventura, fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierrem sangre las heridas deste miserable, a quien tu crueldad quitò la vida? O vienes a vfanarte en las crueles hazañas de tu condiccion? O a ver desde esta altura como otro de piadado Nero, el incendio de su abrasada Roma? O a pisar arrogante este desdichado campo dauer, como la ingrata hija al de su padre Tacio quino? Dino presto a lo que vienes, o que es aquello de que mas gustas, que por saber yo que

que los pensamientos de Grisostomo, jamas dexaron de obedecerte en vida, harè que aun el muerto te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos? No vengo, o Ambrosio, a ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino a boluer por mi misma, y a dar a entender, quan fuera de razon van todos aquellos que de sus penas, y de la muerte de Grisostomo me culpan: y assi ruego a todos los que aqui estays, me esteys atentos, que no será menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras, para persuadir vna verdad a los discretos. Hizome el Cielo señora, que sin ser poderosos a otra cosa, a que me ameyos os mueue mi hermosura. Y por el amor que me mostrays, dezis, y aun quereys que esté yo obligada a amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable: mas no alcanço, que por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso, a amar a quien le ama. Y mas, que podria acontecer, que el amador de lo hermoso fuese feo: y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el dezir: Quierote por hermosa, hermosa de amar aunque sea fea. Pero puesto caso que corran yguilmente las hermosuras, no por todas han de correr yguale los deseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas ale-

gran la vista, y no rinden la voluntad. Que todas la bellezas enamorassen, y rindiesen, sería vn andar las voluntades confusas, y de caminadas, sin saber en qual auian de parar, porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos auian de ser los desseos. Y segun he oydo dezir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forçoso. Siendo esto assi, como yo creo que lo es, porquereys q̄ rinda mi voluntad por fuerça, obligada no mas, de que dezis que me quereys bien. Sino dezidme, si como el Cielo me hizo hermosa, me hiziera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amauades. Quanto mas que auays de considerar, que yo no escogi la hermosura q̄ tengo, q̄ tal qual es el Cielo me la dio de gracia, sin yo pedilla, escogella. Y assi, como la Viuora no merecia ser culpada por la ponçonia que tiene, puesta que con ella mata, por auersela dado natura: tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la natura es honesta, es como el fuego apartado, o como la espada aguda, que ni el quema, ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honrra, las virtudes, son adornos del alma, sin las que el cuerpo aunque lo sea, no deve de parecer hermoso. Pues si la honestidad es vna de las virtudes que al cuerpo, y alma mas adornan, y hermosean porque la ha de perder la que ama-

amada por hermosa, por corresponder a la intencion de aquel que por solo su gusto, con todas sus fuerças, e industrias, procura que la pierda? Yo naci libre, y para poder viuir libre escogi la soledad de los campos. Los arboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos mi espejos: con los arboles, y con las aguas, cumunico mis pensamientos, y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lexos. A los que he enamorado con la vista, he defengañado con las palabras. Y si los desseos se sustentan con esperanças, no auiendo yo dado alguna a Grisoftomo, ni a otro alguno: el fin de ninguno dellos, bien se puede dezir, que antes le matò su porfia, que mi crueldad. Y si se me haze cargo, que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada a corresponder a ellos: digo, que quando en esse mismo lugar donde agora se caua su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dixe yo, q̄ la mia era viuit en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento, y los despojos de mi hermosura: y si el con todo este defengañó, quiso porfiar contra la esperança, y nauegar contra el viento, que mucho que se anegasse en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuiera: fuera falsa: si le contentara, hiziera contra mi mejor intencion, y propuesto. Porfiò defengañado: desesperò sin

ser aborrecido, mirad aora si será razon, que de su pena se me de a mi la culpa. Quexese engañado: desespere se a quella a quien le faltan las prometidas esperanças: confiese el que llama, y fuese el que yo admitiere: pero no me llame cruel, ni homicida, a quella a quien no prometo, engaño, llamo, ni admito. El cielo aun hasta aora no ha querido que yo ame por destino: y el pensar que tengo de amar por elección, es escusado. Este general desengaño, sirue a cada vno de los que me solicitan, de su particular provecho: y entiendase de aqui adelante, que si alguno por mi muere, no muere de zeloso, ni desdichado, porque quien a nadie quiere, a ninguno debe darzelos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera, y basilisco, dexeme como cosa perjudicial y mala: el que me llama ingrata, no me sirua: el que desconoce, no me conozca: quien cruel, no me tema: que esta fiera este basilisco, esta ingrata, este cruel, y esta desconocida, ni los buscará, seguirá, conocerá, ni seguirá en ninguna manera. Que si a Grisostomo mató su impaciencia y atrojado desseo, porque se ha de culpar por honesto proceder, y recato? Si yo conseruo limpieza con la compañía de los arboles, que ha de querer que la pierda, el que quiere que la tenga con los hombres? Yo como fabrys, tengo riquezas propias, y no codicias

las ajenas. Tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero, ni aborrezco a nadie. No engaño a este, ni solicito aquel, ni burlo con vno, ni me entretengo con el otro. La conuersion honesta de las zagalas destas aldeas, y el cnydado de mis cabras me entretiene. Tienen mis desseos por termino estas montañas: y si de aqui salí, es a cōtemplar la hermosura del cielo, y a cōtemplar la hermosura de la tierra. Y en diziendo esto, sin q̄rer oyr respuesta alguna boluio las espaldas, y se entró por lo mas cerrado de vn monte q̄ alli cerca estaua, dexando admirados tanto de su discrecion, como de su hermosura, a todos los que alli estauan. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estauan heridos) de quererla seguir, sin aprouecharse del manifesto desengaño que auian oydo. Lo qual visto por don Quixote, pareciendole que alli venia bien vsar de su caballeria, socoriendo a las dohzellas menesterosas. Puesta la mano en el puño de su espada, en altas, e inteligibles bozes, dixo: Ninguna persona de qualquier estado, y cōdicion que sea, se atreua a seguirla la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras, y suficientes razones la poca, o ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisostomo, y quan age-
ta vine de condescender con los desseos de

ninguno de sus amantes: a cuya causa, es justo que en lugar de ser seguida, y perseguida, se honrrada, y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en ella es sola la que con tan honesta intencion viue. Oya que fuese por las amenazas de don Quixote, o por lo que a su buen amigo deuian, ninguno de los pastores se mouio, ni apartò de alli, hasta que acabada la sepultura, y abrafados los papeles de Grisostomo, pusieron su cuerpo en ella, sin muchas lagrimas de los circunstantes. Cortaron la sepultura con vna gruesa peña, en tanto que se acabaua vna losa, que segun Ambrosio dixo, pensaua mandar hazer, con vn Epitafio que auia de dezir desta manera.

Y Aze aqui de vn amador

El misero cuerpo elado,

Que fue pastor de ganado,

Perdido por defamòr.

Murio a manos del rigor

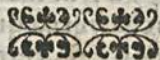
De vna esquiuu hermosa ingrata,

Con quien su Imperio dilata

La tirania de Amor.

Luego esparzieron por cima de la sepultura muchas flores, y ramos: y dando todos el pésame a su amigo Ambrosio, se despidieron de él. Lo mesmo hizieron Viualdo y su compañero, y don

y don Quixote se despidio de sus huespedes, y de los caminantes, los quales le rogaron se viniesse con ellos a Seuilla: por ser lugar tan acomodado a hallar auéturas, que en cada calle, y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradeció el auiso, y el animo que mostrauan de hazerle merced, y dixo, que por entonces no queria, ni deuia yr a Seuilla, hasta que huuiessse despojado todas aquellas sierras de ladrones Malandrines, de quien era fama que todas estauan llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornandose a despedir de nueuo, le dexaron, y proseguieron su camino: en el qual no les faltò de que tratar, assi de la historia de Marcela, y Grisostomo, como de las locuras de don Quixote: el qual determinò de yr a buscar a la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que el podia en su seruicio. Mas no le auia de ir no como el pensaua, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aqui fin a la segunda parte.



TERCERA
PARTE DEL
INGENIOSO
HIDALGO

Don Quixote de la Mancha.

Cap. XV. Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topò don Quixote, en topar con vnos desalmados Yangueses.

Cuenta el sabio Cide Hamete Venengeli, así como dō Quixote se despidió de sus huéspedes, y de todos los q̄ se hallaron al entiero del pastor Grisostomo: el y su escudero se entró por el mesmo bosque, dōde viero q̄ se auia entrado la pastora Marcela. Y auiedo adado mas de dos horas por el, buscádola por todas partes sin poder hallarla, viniero a parar a vn prado lleno de fresca yerua, juto del qual corría vn arroyo apazible, y fresco: tanto que combidò: y forçò a passar alli las horas de la siesta, que rigurosamente començaua ya a entrar. Apearonse don Quixote, y Sancho, y dexando al jumento, y a Rozinante a sus anchuras pacer de la mucha yerua que alli auia, dieron saca a las alforjas, y sin cerimonia alguna, en buena paz, y compañía, amo, y moço comie-

mieron lo que en ellas hallaron. No se auia curado Sancho de echar sueltas a Rozinante, seguro de que le conoçia por tan manso, y tã poco rijofo, q̄ todas las yeguas de la dehesa de Cordoua no le hizieran tomar mal siniestro. Ordenò pues la suerte, y el diablo, quemò todas vezes duerme, que andauan por aquel valle paçiendo vnã manada de hacas Galicianas, de vnos arrieros Yangueses: de los quales es costumbre festejar con su requa en lugares, y sitios de yerua y agua. Y aquel dōde acertò a hallarse dō Quixote, era muy a proposito de los Yangueses. Sucedió pues, q̄ a Rozinante le vino en desseo de refocilarse con las señoras hacas: y faliendo así como las olio de su natural passo, y costumbre, sin pedir licencia a su dueño, tomó vn trocillo algo picadillo, y se fue a comunicar su necesidad con ellas. Mas ellas, que a lo q̄ paracio, deuian de tener mas gana de pacer q̄ de al, recibieronle con las herraduras, y con los diēres, de tal manera, que a poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedò sin silla en peñora. Pero lo que el deuio mas de sentir fue, q̄ viēdo los arrieros la fuerça que a sus yeguas se les hazia, acudiero cō estacas, y tantos palos le derribo, que le derribò mal parado el suelo. Ya en esto don Quixote, y Sancho (que la paliza de Rozinante anian visto) llegauan hijadeando. Y dixo don Quixote a Sancho: A lo que yo veo amigo Sancho, estos no son caualteros, sino

sino gente soez, y de baxa ralea: Digolo, por lo que bien me puedes ayudar a tomar la deuda vengança del agrauio que delante de nuestrs ojos se le ha hecho a Rozinante. Que diablitos de vengança hemos de tomar, respondió Sâcho, si estos son mas de veynte, y nosotros no mas de dos, y aun quiza nosotros, sino vno y medio. Yo valgo por ciento, replicò don Quixote, y sin hazer mas discursos echo mano a su espada, y arremetio a los Yangueses, y lo mesmo hizo Sancho Pâça, incitado y mouido del exêplo de su amo. Y a las primeras, dio don Quixote vna cuchillada a vno: que le abrio vn sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda. Los Yangueses que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudierõ a sus estacas, y cogiêdo a los dos en medio, començaron a menudear sobre ellos con grande ahinco, y vehemência. Verdades, que el segundo toque, dieron con Sancho en el suelo, y lo mesmo le auino a don Quixote, sin que le valiesse su destreza, y buen animo. Y quiso su ventura, que viniesse a caer a los pies de Rozinante, que aun no se auia leuado: donde se echa de ver la furia con que machacâ estacas puestas en manos rusticas, y enojadas. Viendo pues los Yangueses, el mal recado que auian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su requa, y siguieron su camino, dexando a los dos auentureros de ma-

la traça, y de peor talâte. El primero que se refintio, fue Sancho Pança, y hallâdose junto a su señor, con boz enferma, y lastimada dixo: Señor don Quixote? a señor don Quixote? Que quieres Sancho hermano, respondió don Quixote, con el mesmo tono afeminado, y doliête, q Sancho. Querria si fuesse possible, respôdio Sâcho Pança, que vuestra merced me diesse dos tragos de aquella beuida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced aia mano, quiza serâ de prouecho, para los quebramientos de hueslos, como lo es para las feridas. Pues a tenerla yo aqui, desgraciado yo, que nos faltaua, respôdio don Quixote: Mas yo te juro Sancho Pança, a fê de cauallero andante, que antes que passen dos dias (si la fortuna no ordena otra casa) la tengo de tener en mi poder, o mal me han de andar las manos. Pues en quantos le parece a vuestra merced q podremos mouer los pies, replicò Sancho Pança. De mi se dezir (dixo el molido cauallero dô Quixote) que no sabre poner termino a effos dias: Mas yo me tengo la culpa de todo, que no auia de poner mano a la espada, contra hombres q no fuesen armados caualleros como yo. Y alsí creo, q en pena de hauer passado las leyes de la caualleria, ha permitido el Dios de las batallas, que se me diesse este castigo: por lo qual hermano Sancho, cõ viene que estes aduertido en esto que aora te dire, porque importa mucho a la salud de entram-

ambos: y es, que quando veas que semejante canalla nos haze algun agrauio, no aguardes a que yo ponga manó la espada para ellos, porq̃ no lo hare en ninguna manera, sino pon tu manó a tu espada, y castígalos muy a tu sabor, que si en su ayuda, y defensa acudieren caualleros, yo te sabre defender, y ofendellos con todo mi poder, que ya auras visto por mil señales, y experiencias, hasta adóde se estiende el valor de este mi fuerte brazo. (Tal quedò de arrogante el pobre señor, con el vencimiento del valiente Vizcayno.) Mas no le parecio tambien a Sãcho Pança, el auiso de su amo, que dexasse de bospoder, diziendo: Señor, yo soy hombre pacifico, manso, sossegado, y se disimular qualquiera injuria, porque tégomuger y hijos q̃ sustentan, y criar. Así que seale a vuestra merced tãbien auiso (pues no puede ser mandato) que en ninguna manera pondre manó a la espada, ni contra villano, ni contra cauallero. Y q̃ desde aqui para delante de Dios perdono quantos agrauios me han hecho, y han de hazer: ora me los ayado hecho, o haga, o aya de hazer persona alta, o baja, rico, o pobre: hidalgo, o pechero, sin excepcion, estado, ni condicion alguna. Lo qual oydo por su amo, le respondió: Quisiera tener aliento para poder bablar vn poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara, por lo quãto, para darte a entender Pança, en el error en que estas. Venaca pecador, si el viene

de la

de la fortuna hasta aora tã còtrario, en nuestro fauor se buelue, lleuandonos las velas del desseo, para que seguramẽte, y sin còtraste alguno tomemos puerto en alguna de las insulas que te tengo prometida: q̃ seria de ti, si ganandola yo te hiziesse señor della, pues lo vendras a impossibilitar por no ser cauallero, ni quererlo ser, ni tener valor, ni intencion de vëgar tus injurias, y defender tu señorio? Porq̃ has de saber, q̃ en los Reynos, y prouinçias nueuamẽte còquistados, nunca està tã quiẽtos los animos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no ferenga temor de que han de hazer alguna novedad, para alterar de nuevo las cosas, y bolver como dicen a prouar ventura: y así es menester, que el nuevo possessor tenga entendimiento para saberse gouernar, y valor para ofender, y defenderse, en qual quier acontecimiento. En este que aora nos ha acontécido, respondió Sãcho, quisiera yo tener y esse entendimiento, y esse valor que vuestra merced dize: mas yo le juro a fẽ de pobre hombre, q̃ mas estoy para bizmas, que para platicas. Mire vuestra merced si se puede leuantar, y ayudaremos a Rozinante, aunque no lo merece, porq̃ el fue la causa principal de todo este molimiento. Iamas tal crey de Rozinãte, q̃ le tenia por persona casta, y tan pacifica como yo. En fin, bien dicen, que es menester mucho tiempo para venir a conoçer las personas: y que no ay cosa segura en esta vida.

Quien

Quien dixera, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas, como vuestra merced dio a aquel desdichado Cauallero andante, auia de venir por la posta, y en seguimiento suyo, esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre vuestras espaldas? Aun las tuyas Sâcho, replicò don Quixotè, denen de estar hechas a semejantes nublados, pero las mias criadas entre sinabafas, y olandas, claro està que sentiran mas el dolor desta desgracia. Y si no fuesse porque imagino (que digo imagino) se muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al exercicio de las armas, aqui me dexaria morir de puro enojo. A esto replicò el escudero: Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la Caualleria, digame vuestra merced, si suceden muy amenudo, o si tienen sus tièpos limitados en q̄ acaecè porque me parece a mi, que muchos cosechas quedaremos inutiles para la guerra, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sabete amigo Sâcho respòdio don Quixote, que la vida de los caualleros andâtes es sujeta a mil peligros, y desuenturas: y ni mas o menos esta en potècia propinqua de ser los caualleros andantes Reyes, y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia, en muchos diuersos caualleros, de cuyas historias yo tènge entera noticia. Y pudierate còtar aora (si el dolor me diera lugar) de algunos, q̄ solo por el valor de su braço, han subido a los altos grados

dos q̄ he contado. Y estos mesmos se vieron antes, y despues en diuersas calamidades, y miseria: porq̄ el valeroso Amadis de Gaula, se vio en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quiè se tiene por aueriguado q̄ le dio tenièdole preso, mas de doziètos açotes cò las riendas de su cauallo, atado a vna columna de vn patio. Y aun ay vn autor secreto, y de no poco credito, q̄ dize, q̄ auiendo cogido al cauallero del Febo con vna cierta trâpa q̄ se le hùdio debaxo de los pies, en vn cierto castillo, y al caer se hallò en vna honda sima debaxo de tierra, atado de pies y manos, y alli le echarò vna destas q̄ llaman melezinas de agua de nueue, y arena, de lo que llegò muy al cabo: y fino fuera socorrido en aquella gran cuyta, de vn sabio grâde amigo suyo, lo passara muy mal el pobre cauallero. Asì, que bien puedo yo passar èntre tanta buena gète, que mayores afrentas son las que estos passaron, q̄ no las q̄ aora nosotros passamos: porq̄ quiero hazerte fabdor Sancho, que no afrentan las heridas q̄ se dan cò los instrumentos que a caso se hallan en las manos. Y esto està en la ley del duelo, escrito por palabras expressas: que si el çapateado da a otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por esso se dirà q̄ queda apaleado aquel a quien dio con ella. Digo esto, porque no pienso que puesto que quedamos desta pendencia

cia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian cōque no machacaron, no eran otras que sus estacas, ninguno dellos (a lo que se me acuerda) remate estoque, espada, ni puñal. No me dieron a lugar, respondió Sancho, a que mirasse en tanto, porque a penas puse mano a mi tizona, quando me fantiguaron los ombrōs con sus pinos de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo a donde aora yago, y a donde no me da pena alguna, el penlar, si fue afrenta, o no, lo de los tacazos, como me la da el dolor de los golpes que me han de quedar tan impressos en la memoria, como en las espaldas. Con todo esto, hago saber hermano Pança, replicò don Quixote, que no ay memoria a quien el tiempo no aya, ni dolor que muerte no le cōsuma. Pues que mayor desdicha puede ser, replicò Pança, que aquella que aguarda al tiempo que la cōsuma, y ala muerte que la acabe. Si esta nuestra desdicha fuera de aquellas que con vn par de biznias secura, aun no tan malo: pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de vn hospital, para ponerlas en buen termino si quier. Dexate de esto, y saca fuerças de flaqueza. Sancho, respondió don Quixote, que así harè yo, veamos como està Rozinante, que a lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No ay de que maravillarse de esto,

de esto, respondió Sācho, sièdo el tãbiè cauallero andante. De lo que yo me marauillo es, de q̄ mi jumento aya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Sièpre dexa la vètura vna puerra abierta en las desdichas, para dar remedio a ellas, dixo don Quixote. Digo lo, porq̄ esta bestezuela podra suplir aora la falta de Rozinante, lleuādome a mi desde aqui a algun castillo, dōde sea curado de mis feridas. Y mas, q̄ no tēdrè a deshonrra la tal cavalleria, porq̄ me acuerdo auer leydo q̄ aquel buè viejo Sileno, ayo, y pedagogo del alegre Dios de la risa, quādo entrò en la ciudad delas cien puertas, yua muy a su plazer cauallero sobre vn muy hermoso asno. Verdad serà, q̄ el deuia de yr cauallero como vuestra merced dize, respondió Sancho: pero ay grāde diferēcia del yr cauallero, al yr atrauessado como costal de vasura. A lo qual respondió dō Quixote: Las feridas q̄ se reciben en las batallas, antes dan honrra, q̄ la quitan. Así que Pança amigo, nome repliques mas, sino como ya te he dicho, leuātate lo mejor q̄ pudieres, y ponme de la manera q̄ mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aqui, antes q̄ la noche vèga, y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oydo dezir à vuestra merced, dixo Pança, q̄ es muy de caualleros andantes, el dormir en los paramos y desiertos lo mas del ano, y q̄ lo tienen a mucha vètura. Eso dixo dō Quixote, quādo no pueden mas, o

Quãdo estã enamorados: y estã verdad esto, ha auido cauallero q̃ se ha estado sobre vna peña, al Sol y a la sombra, y a las inclemencias de cielo, dos años, sin q̃ lo supiesse su señora. Y vno de estos fue Amadis, quãdo llamandose Beltrán, se alojó en la peña Pobre; ni se fió ocho años, o ocho meses, q̃ no estoy muy bien en cuenta. Basta q̃ el estuuó allí haziendo penitencia por no se que sinlavor q̃ le hizo la señora Oriana. Però dexemos ya esto Sancho, y acabemos, que suceda otra desgracia al jumento de mo a Rozinante. Aun ahí sería el diablo, dixó Sancho, y dispidiendo treynta ayes, y sesenta sospiros, y ciento y veynte pesetes, y reniegos de quien allí le auia traydo, se leuantó, quedándose agouiado en la mitad del camino, como arco Turquesco, sin poder acabar de enderezarse: y con todo este trabajo aparejó su asno, y tambien auia andado algo distraydo con la demasiada libertad de aquel dia. Leuantó luego a Rozinante: el qual si tuuiera lengua con que quejarse, a buen seguro que Sancho, ni su amo no le fuerã en gaga. En resolucíon, Sancho acomodó a dō Quixote sobre el asno, y puso de reata a Rozinante: y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco mas a menos hacia donde le pareció q̃ podia estar el camino Real. Y fuerté, q̃ sus cosas de bién en mejor yua guiado, aũ no huuo andado vna pequeña legua, quãdo le deparó el camino, en el qual descubrió vna ven-

ta, que a pesar suyo y gusto de don Quixote, auia de ser Castillo. Porfiaua Sancho q̃ era venta, y su amo que no, si no que castillo: y tanto duró la porfia que tuuieron lugar sin acabarla de llegar a ella, en la qual Sancho se entró sin mas aueriguacion con toda su requa.

Cap. XVI. De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo, en la venta, que el imaginaua ser castillo.

EL ventero que vio a dō Quixote atrauesado en el asno, preguntó a Sãcho, q̃ mal traia; Sãcho le respõdió que no era nada, sino que auia dado vna cayda de vna peña abaxó, y q̃ veia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger a vna, no de la condicion q̃ suelen tenerlas de semejante trato, porq̃ naturalmẽte era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus proximos: y así acudió luego a curar a dō Quixote: y hizo que vna hija suya, dōzella, muchacha, y de muy buén parecer la ayudasse a curar su huesped. Seruia en la venta así mismo vna moça Asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del vn ojo tuerta, y del otro no muy sana. Verdad es, que la gallardia del cuerpo suplía las demas faltas. No tenia siete palmos de los pies a la cabeça, y las espaldas q̃ algun tanto le cargauã, la haziã mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gẽtil moça pues ayudó a la dōzella, y las dos hizieron vna muy mala cama a dō Quixote en vn camaranchon

chó, que en otros tiépos daua manifestos Indicios, q̄ auia fernido de pagar muchos años: en la qual tábien alojaua vn arriero, que tenia la cama hecha vn poco mas alla de la de nuestro don Quixote. Y aunque era de las enxalmadas, mantas de sus machos, hazia mucha ventaja la de dō Quixote, que solo cōtenia quatro mulleras tablas sobre dos no muy iguales bancos, vn colchon, que en lo futil parecia colcha, llenada de bodoques, q̄ a no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza se mejuaua de guijarro, y dos sauanas hechas de cuero de adarga, y vna fraçada, cuyos hilos si quisieran contar, no se perdiera vno solo de cuenta. En esta maldita cama se acostò dō Quixote: y luego la ventera y su hija, le emplataron de arriba a baxo, alumbrandoles Maritornes, assi se llamaua la Asturiana. Y como al bizmar vioesse la ventera tan acardenalado a partes, don Quixote, dixo, que aquello mas parecia golpes que cayda. No fueron golpes, dixo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos, y trepaciones, y que cada vno auia hecho su carnal. Y tambien le dixo: Haga vuestra merced señora de manera que queden algunas estopas que no faltará quien las aya menester, que tan bien me duelen a mi vn poco los lomos. De esta manera, respòdio la ventera, tábien deuistes de caer? No cay, dixo Sâcho Pâça, sino que me sobrefalto q̄ tomè de vercaer a mi amo, de esta manera

manera me duele a mi el cuerpo, q̄ me parece q̄ me han dado mil palos. Bien podra ser esso, dixo la donzella, que a mi me ha acontecido muchas vezes, soñar que caia de vna torre abaxo, y que nunca acabaua de llegar al suelo, y quando despertaua del sueño, hallarme tã molida y quebrantada, como si verdaderamente huuiera caydo. Ai està el toque señora, respondió Sâcho Pança, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que aora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor don Quixote. Como se llama este cauallero, preguntò la Asturiana Maritornes? Don Quixote de la Mancha, respòdio Sancho Pança, y es cauallero auenturero, y de los mejores, y mas fuertes, q̄ de luengos tiempos aca se han visto en el mundo. Que es cauallero auenturero, replico la moça? Tan nueua soys en el mudo q̄ no lo sabeys vos, respondió Sancho Pança: Pues sabed hermana mia, que cauallero auenturero es vna cosa, q̄ en dos palabras se vee apaleado, y Emperador. Oy està la mas desdichada criatura del mundo, y la mas menesterosa, y mañana tendra dos o tres coronas de Reynos que dar a su escudero. Pues como vos, siendolo deste tan buen señor, dixo la ventera, no teneys, a lo que parece, siquiera algun Condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino vn mes q̄ andamos buscando las auenturas, y hasta aora no hemos topado con ninguna que lo sea. Y tal vez

ay q se busca vna cosa, y se halla otra. Verdad es que si mi señor don Quixote sana desta herida, o cayda, y yo no quedo cõtrecho della, no trocaria mis esperanças con el mejor titulo de España. Todas estas platicas estaua escuchando muy ateto don Quixote, y sentandose en el lecho como pudo, tomando dela mano a la vètera, le dixo: Creedme fermosa señora, que os poy deys llamar vèterosa, por auer alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, q si yo no la alabo, es por lo que suele dezirse, que la alabança propria enuilece; pero mi escudero os dirá quien soy: solo os digo, que tẽdre eternamente escrito en mi memoria, el seruicio que me auedes fecho, para agradecerlos mientras la vida me durare. Y pluguiera a los altos cielos, que el amor no me tuuiera tã rãdido, y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata q digo entre mis diẽtes, q los desta fermosa dõzella fueran señores de mi libertad. Cõfusos estauã la vètera, y su hija, y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andãte caballero, que asì las entendian como si hablara en Griego: aunque bien alcançaron que todas se encaminauan a ofrecimiento, y requiebros, y como no vsadas a semejante lenguaje, mirauanle, y admirauãse, y pareciales otro hombre de los que se vsauan, y agradeciendole con vteriles razones sus ofrecimientos, le dexaron. Y la Asturiana Maritornes curò a Sãcho, que me-

menos lo auia menester que su amo. Auia el arriero concertado cõ ella, que aquella noche se refocilarian jũtos: y ella le hauia dado su palabra, de que en estando sossegados los huespedes, y durmiendo sus amos, le yria a buscar, y satisfazerle el gusto en quanto le mandasse. Y cuentafe desta buena moça, que jamas dio semejantes palabras que no las cõpliesse, aunque las diessse en vn monte, y sin testigo alguno: por que presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel exercicio de seruir en la venta; porque dezia ella, que desgracias, y malos sucessos la auian traydo a aquel estado. El duro, estrecho, apocado, y fementido lecho de don Quixote, estaua primero en mitad de aq̃l estrellado establo: y luego junto a el hizo el suyo Sancho, q solo cõtenua vna estera, de enea, y vna mãta q antes mostraua ser de angeo tũdido, q de lana. Sucedia a estos dos lechos, el del arriero, fabricado como se ha dicho, de las entresalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traya aunque eran doze, luzios, gordos, y famosos, porq era vno de los ricos arrieros de Arenal, segun lo dize el autor desta historia, q deste arriero haze particular menciõ, porq le conocia muy bien, y aun quierẽ dezir, q era algo pariẽte suyo. Fuera de q Cide Hamete Benegeli fue historiador muy curioso, y muy pũtual en todas las cosas: y echase biẽ de ver, pues las q quedan referidas, cõ ferran mini-

mas, y tã rateras, no las quiso passar en silencio. De dõde podrá tomar exemplo los historiadores graues, que nos cuẽtan las acciones; tã corra y succintamẽte, q̃ a penas nos llegan a los labios, dexãdose en el tintero, ya por descuydo por malicia, ò ignorãcia, lo mas substancial de la obra. Biẽ aya mil vezes el autor de Tablã de Ricamonte, y aquel de otro libro, donde le cuentan los hechos del Conde Tomillas y con que pũtualidad lo descriuen todo. Digo pues que despues de auer visitado el arriero a su requa, y dadole el segundo pienso, se tendio en sus enxalmas, y se dio a esperar a su puntualissima Maritornes. Ya estaua Sancho bizmado y acostado, y aunque procuraua dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas: y don Quixote cõ el dolor de las suyas, tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaua en silencio, en toda ella no auia otra luz q̃ la q̃ daua vna para, q̃ colgada en medio del portal ardia. Ello marauillosa quietud, y los pensamiẽtos que fi pre nuestro cauallero trahia, de los sucesos q̃ cada passo se cuentan en los libros, autores de su desgracia, le truxo a la imaginacion, vna de las estrañas locuras que buenamente imaginarse puedẽ: y fue, que el se imaginò auer llegado a vn famoso castillo (que como se ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas dõde alojaua) y q̃ la hija del ventero, lo era del señor del castillo: la qual vencida de su gentileza, auia

auia enamorado del, y prometido que aquella noche a furto de sus padres, vendria a yazer cõ el vna buena pieça. Y teniendo toda esta quimera (q̃ el se auia fabricado) por firme y validera, se començo a cuytar, y a pensar en el peligroso trãce en q̃ su honestidad se auia de ver. Y propuso en su coraçon, de nõ cometer aleuosia a su señora Dulcinea del Toboso, aunque la mesma Reyna Ginebra, cõ su dama Quintañona, se le pusiesen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegó el tiẽpo y la hora (que para el fue menguada) de la venida dela Asturiana, la qual en camisa, y descalça, cogidos los cabellos en vna aluanega de fustan, con racitos y atetados passos, entrò en el aposento donde los tres alojauan, en busca del arriero. Pero a penas llegó a la puerta, quando dõ Quixote la sintio, y sentandose en la cama a pẽsar de sus bizmas, y cõ dolor de sus costillas, tẽdio los brazos para recibir a su fermosa donzella la Asturiana, que toda recogida y callando yua cõ las manos delante, buscãdo a su querido. Topò cõ los brazos de don Quixote, el qual la asio fuer temẽte de vna muñeca, y tirandola hazia si (sin que ella osasse hablar palabra) la hizo sentar sobre la cama. Tentole luego la camisa, y aunque ella era de harpillera, a el le parecio ser de finisimo y delgado cẽdal. Trahia en las muñecas vnas cuẽtas de vidro, però a el le dieron vislumbres de p̃ciosas perlas Oriẽtales. Los cabellos, que

q̃ en alguna manera tirauan a crines, el los ma-
co por hebras de luzidissimo oro de Arabia, co-
yo respládor al del mesmo Sol escurecia. Y el ha-
liento, que sin duda alguna olia a ensalada fiam-
bre y trasnochada, a el le pareció que arroja-
de su boca vn olor suaue, y aromatico: y final-
mente, el la pintò en su imaginacion, de la mi-
ma traça y modo, lo q̃ auia leydo en sus libros
de la otra Princesa, que vino a ver el mal ferido
Cauallero, vencido de sus amores, cò todos los
adornos que aquí van puestos. Y era tanta la
ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el
aliento, ni otras cosas que trahia en sí la buena
dòzella, no le defengañauā, las quales pudierā
hazer vomitar a otro q̃ no fuera arriero. Antes
le parecia q̃ tenia entre sus braços a la diosa de
la hermosura. Y teniendola bien asida con bo-
amorosa y baxa, le començo a dezir: Qui siera
hallarme en terminos, fermosa y alta señora de
poder pagar tamaña merced, como la que con
la vista de vuestra grā fermosura me auedes fe-
cho: pero ha querido la fortuna (que no se can-
de perseguir a los buenos) ponerme en este le-
cho, dōde yago tã molido y quebrātado, q̃ auer
que de mi voluntad quisiera satisfazer a la vue-
stra, fuera imposible. Y mas q̃ se anade a esta
imposibilidad otra mayor, q̃ es la prometida
fe q̃ tēgo dada, a la sin par Dulcinea del Tobo-
so, vnica señora de mis mas escondidos pensa-
mientos: que si esto no huiera de por medio,

no fue-

no fuera yo tã sãdio Cauallero, que dexara pas-
sar en blanco la venturosa ocasion en que vue-
stra gran bōdad me ha puesto. Maritornes esta-
ua cōgoxadissima, y trasudando, de verse tã asi-
da de dō Quixote, y sin entēder ni estar atēta a
las razones que le dezia, procuraua sin hablar
palabra desasirse. El bueno del arriero, a quien
tenia despierto sus malos desseos, desde el pun-
to que entro su Coyma por la puerta la sintio:
estuuu atētamēte escuchādo todo lo que don
Quixote dezia, y zeloso de q̃ la Asturiana le hu-
messe saltado la palabra por otro, se fue llegan-
do mas al lecho de dō Quixote, y estuuose que-
do, hasta ver en que parauā aquellas razones q̃
el no podia entender. Pero como vio que la mo-
ça forcejaua por desasirse, y don Quixote, tra-
bajaua por tenerla: pareciēdole mal la burla,
enarbolò el braço en alto, y descargò tan terri-
ble puñada sobre las estrechas quixadas del
enamorado cauallero, que le baño toda la boca
en sangre: y no contento con esto, se le subio en
cima de las costillas, y con los pies, mas que de
trote, se las passèò todas de cabo a cabo. El le-
cho, que era vn poco endeble, y de no firmes fū-
damentos, no pudiendo sufrir la añadidura del
arriero, dio consigo en el suelo, a cuyo gran ruy-
do despertò el ventero, y luego imaginò que de-
uiā de ser pendencias de Maritornes, porque
aniendola llamado a bozes, no respondia. Con
esta sospecha se leuantò, y encendiendo vn
candil,

candil, se fue hãzia donde auia sentido la pesada. La moça viendo q̃ su amo venia, y q̃ era de cõdicion terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió a la cama de Sancho Pança, q̃ auia dormia, y alli se acorruco, y se hizo vn ouillo. El ventero entro diziendo: Adonde estas, por que no te oyo? A buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertò Sancho, y sintiendo aquel bulo casi encima de si, penso q̃ tenia la pesadilla, y como menço a dar puñadas a vna, y otra parte, y entre otras alcanço con no se quantas a Maritornes, la qual sentida del dolor echando a rodar la honestidad, dio el retorno a Sancho, con tantas, que a su despecho le quitò el sueño: el qual viendo se tratar de aquella manera, y sin saber de quien, algãdose como pudo se abraço con Maritornes, y comẽçaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuça del mũdo. Viendo pues el arriero a la lùbre del cãdil del ventero, qual andaua su dama, dexãdo a don Quixote, acudio a dalle el socorro necessario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente: por que fue a castigar a la moça, creyẽdo sin duda, que ella sola era la causa de toda aquella armonia. Así como suele dezirse, el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo: daua el arriero a Sancho; Sãcho a la moça; la moça a el; el ventero a la moça, y todos menudeauan con tanta priciosa, que no se daua pũto de reposo: y fue lo bueno, q̃ el ventero se le apago el cãdil, y como quedara

ascu

ascuras, dauãse rã sin cõpassion todos a bulto, q̃ a do quiera q̃ ponian la mano, no dexauã cosa sana. Alojaua a caso aquella noche en la veta vn quadrillero, de los q̃ llaman dela santa Hermandad vieja de Toledo, el qual oyẽdo asì mesmo el estrano estuendo de la pelea, asio de su media vara, y de la caja de lata de sus titulos, y entro ascuras en el aposento, diziẽdo. Téganse a la justicia, téganse a la santa Hermandad. Y el primero con que topò, fue con el apuñecado don Quixote q̃ estaua en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno, y echãdole a rieto mano a las barbas, no cessaua de dezir: Pavor a la justicia: pero viendo q̃ el q̃ tenia asido no se bullia ni meneaua, se dio a entender que estaua muerto, y q̃ los que alli dẽtro estauã erã sus maradores: y con esta sospecha, reforço la voz, diziẽdo: Cierrese la puerta de la veta, mirẽ no se vaya nadie, q̃ han muerto aqui a vn hombre. Esta voz sobrefalò a todos, y cada qual dexò la pẽdencia en el grado q̃ le tomò la voz. Retirose el ventero a su aposento, el arriero a sus enxalmas, la moça a su rãcho: solos los desventurados, don Quixote y Sancho, no se pudieron mouer de donde estauan. Solto en esto el quadrillero la barba de don Quixote, y fãlio a buscar luz para buscar, y prender los delinquentes, mas no la hallò, porque el ventero de industria auia muerto la lampara, quando se retirò a su estancia, y fuele forzoso acudir a la

a la chimenea, donde con mucho trabajo, y tiempo encendio el quadrillero otro candil.

Cap. XV II. Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el brauo don Quixote, y su buen escudero Sancho Pança passaron en la venta; que por mal penso que era castillo.

A Via ya buelto en este tiempo de su parte el mismo don Quixote, y con el mismo tono de voz cō q̄ el dia antes auia llamado a su escudero, quādo estaua tēdido en el val de las cañas, le comēço a llamar, diziēdo: Sācho amigo, duermes? Duermes amigo Sācho? Que tēgo de dormir, pesa a mi, respōdio Sācho lleno de pesadūbre, y de despecho, q̄ no parece sino q̄ todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puedes lo creer assi sin duda, respōdio don Quixote: porque o yo se poco, o este castillo es encantado. Porq̄ has d̄ saber, mas esto q̄ aora te ro dezirte, has me de jurar q̄ lo tēdras secreto hasta despues d̄ mi muerte. Si juro, respōdio Sācho. Digolo, replicò dō Quixote, porq̄ soy escudero migo de q̄ se q̄te la hōrra a nadie. Digo q̄ si juro, tornò a d̄zir Sācho, q̄ lo callarè hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega a Dios q̄ lo pueda descubrir mañana. Tan malas obras te hago Sancho, respondio don Quixote q̄ me querrias ver muerto con tātā breuedad? No por esso, respōdio Sancho, sino porque soy escudero migo de guardar mucho las cosas, y no quiero que

que se me pudriessen de guardadas. Sea por lo q̄ fuere, dixo dō Quixote, q̄ mas fio de tu amor y de tu cortesia: y assi has de saber, que esta noche me ha sucedido vna de las mas estrañas auēturas q̄ yo sabre encarecer, y por contarrela en breue, sabras q̄ poco ha q̄ a mi vino la hija del señor deste castillo, q̄ es la mas apuesta y fermosa donzella, que en grā parte de la tierra se puede hallar. Que te podria dezir del adorno de su persona. Que de su gallardo entendimiēto. Que de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que deuo a mi señora Dulcinea del Toboso, dexare passar intactas, y en silencio. Solo te quier ro dezir, q̄ embidioso el cielo de tanto bien como la ventura me auia puesto en las manos. O quiza (y esto es lo mas eierto) q̄ como tengo dicho, es encantado este castillo: al tiēpo q̄ yo estaua cō ella en dulcissimos y amorosissimos coloquios, sin q̄ yo la viesse, ni supiesse por dō de venia, vino vna mano pegada a algū braço de algun descomunal Gigāte, y asentome vna puñada en las quixadas, tal q̄ las tēgo todas bañadas en sangre, y despues me molio de tal suerte, q̄ estoy peor q̄ ayer quando los arrieros, por demasias de Rozinante, nos hizieron el agrauiο q̄ sabes. Por donde cōjeturo, q̄ el tesoro de la fermosura desta donzella, le dene de guardar algun encantado Moro, y no dene de estar para mi. Ni para mi rāpoco, respōdio Sācho, porq̄ mas de quatrocientos Moros me hā aporrea-

reado de manera, q̄ el molimiẽto de las estacas
fue tortas y pã pintado. Pero digame señor: Co-
mo llama a esta buena y rara auentura, auie-
do quedado della qual quedamos? Aun vna
sua merced menos mal, pues tuuo en sus ma-
nos aquella incõparable fermosura que ha de
cho. Pero yo q̄ tuue, sino los mayores porrazos
que piẽso recibir en toda mi vida? Desdichado
de mĩ, y de la madre que me pario, q̄ ni soy ca-
uallero andante, ni lo pienso ser jamas, y de to-
das las malandagas me cabe la mayor parte.
Luego tambien estas tu aporreado, respondi-
dõ Quixote? No le he dicho que si, pese a mi
naga, dixo Sancho. No tengas pena amigo
dixo don Quixote, que yo hare aora el bala-
mo precioso, con que sanaremos en vn abrir
cerrar de ojos. Acabò en esto de encender el
candil el quadrillero, y entrò a ver el que pe-
saba que era muerto, y asì como le vio entre
Sancho, viendole venir en camisa, y con su pe-
ño de cabeça, y candil en la mano, y con una
muy mala cara, preguntò a su amo: Señor, fi-
rà este a dicha el Moro encantado q̄ nos bue-
ue a castigar, si se dexò algo en el tinero? No
puede ser el Moro, respõdio don Quixote, por-
que los encantados no se dexan ver de nadie.
Sino se dexan ver, dexanse sentir, dixo San-
cho: sino diganlo mis espaldas. Tambien lo pue-
drian dezir las mias, respondió don Quixote,
pero no es bastante indicio esse, para creer que
este

este que se vee sea el encantado Moro. Llegò
el quadrillero, y como los hallò hablando en rã
sollegada conuersacion, quedò suspenso. Bien
es verdad, que aun don Quixote se estava bo-
ca arriba, sin poderse menear de puro molido
y emplastado. Llegose a el el quadrillero, y di-
xole: Puẽs, como va buen hombre? Hablara yo
mas bien criado, respondió don Quixote, si fue-
ra q̄ vos. Vase en esta tierra hablar dessa fuer-
tea los caualleros andantes, majadero? El qua-
drillero q̄ se vio tratar tan mal, de vn hombre
de tã mal parecer, no lo pudo sufrir, y alçando
el candil con todo su azeyte, dio a dõ Quixote
cò en la cabeça, de suerte q̄ le dexò muy biẽ
descalabrado, y como todo qdò a escuras, sa-
liose luego. Y Sancho Pança dixo: Sin duda se-
ñor q̄ este es el Moro encatado, y deue de guar-
dar el tesoro para otros, y para nosotros solo
guarda las puñadas, y los cãdilaços. Asì es, re-
spõdio dõ Quixote, y no ay q̄ hazer caso destas
cosas de encatamẽtos, ni ay para q̄ tomar cole-
ra ni enojo cò ellas, q̄ como son inuisibles y fãta-
sicas, no hallaremos de q̄n vègarnos, aũq̄ mas
lo procuremos. Leuãtate Sãcho si puedes, y lla-
ma al alcayde desta fortaleza, y procura q̄ se me
de vn poco de azeyte, vino, sal, y romero, para
hazer el salutifero balsamo, q̄ en verdad q̄ creo
q̄ lo he biẽ menester aora, porq̄ se me va mucha
sãgre de la herida q̄ esta fantasma me ha dado.
Leuãtose Sãcho cò hartto dolor de sus huesos, y

fue ascuras dōde estaua el ventero, y encōtrale cō el quadrillero, q̄ estaua escuchādo en paraua su enemigo, le dixo: Señor quienquiera que seays, hazednos merced y beneficio, darnos vn poco de romero, azeyte, sal, y vino q̄ es menester para curar vno de los mejores ualleros andantes q̄ ay en la tierra, el qual yaze en aq̄lla cama mal ferido, por las manos de encātado Moro q̄ estā en esta venta. Quādo el quadrillero tal oyo, tuuole por hombre falso de feso. Y porq̄ ya comēçaua a amanecer, abrió la puerta de la veta, y llamādo al vterero, le dixo lo q̄ aquel buen hombre queria. El vterero se proueyò de quāto quiso, y Sācho se lo lleuò dō Quixote, q̄ estaua cō las manos en la cabeza, queixandose del dolor del candilazo, que no auia hecho mas mal que leuantarle dos chichones algo crecidos: y lo q̄ el pensaua q̄ era faldogre, no era sino sudor que sudaua con la coxgoxa de la passada tormēta. En resolucio, tomó sus simples, de los quales hido vn cōposito, mezclandolos todos, y coziendolos vn buen espacio, hasta q̄ le pareciò que estauā en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, como no la huuo en la venta, se resoluió de llevarlo en vna alcuza, o azeytera de hoja de lata, de quē el ventero le hizo grata donació. Pero go dixo sobre la alcuza mas de ochenta palabras, y otras tātās Ave Marias, Salues, y Cruzados, y a cada palabra acompañaua vna cruz, y en este modo

modo de bēdiciō: a todo lo qual se hallarō presentes, Sācho, el vterero, y quadrillero, q̄ ya el arriero follegadamente andaua entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso el mesmo hazer luego la esperiēcia, de la virtud de aquel precioso balsamō q̄ el se imaginaua: y así se beuio de lo q̄ no pudo caber en la alcuza, y quedaua en la olla dōde se auia cozido casi media azūbre, y a penas lo acabò de beuer, quādo comēço a vomitar de manera, que no le quedò cosa en el esto mago, y con las ansias y agitaciō del vomito, le dio vn sudor copiosísimo, por lo qual mandò q̄ le arropasē, y le dexasē solo. Hizieronlo así y quedose dormido mas de tres horas, al cabo de las quales despertò, y se sintio aliuiadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrātamiento, q̄ se tuuo por sano. Y verdadera mēte creyo q̄ auia acertado cō el balsamo de Fierabras, y q̄ cō aq̄l remedio, podia acometer desde allí adelante sin temor alguno, qualesquiera ruynas, batallas, y pēdēcias, por peligrosas q̄ fuēsē. Sācho Pāça q̄ también tuuo a mi lagro la mejoría de su amo, le rogò q̄ le diesse a el lo que quedaua en la olla, q̄ no era poca cātidad. Cōcedioselo dō Quixote, y el tomādo la a dos manos, con buena fē, y mejor talante se la echò a pechos, y enuasò bien poco menos que su amo. Es pues el caso, que el estomago del pobre Sācho, no deuia de fer tan delicado como el de su amo, y así primero q̄

voimitasse le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que el peso bien y verdaderamente, que era llegada su última hora, y viéndose tan afligido y cògoxado, maldecia el bálamo y el ladrón que se lo auia dado. Viéndole así don Quixote, le dixo: Yo creo mucho que todo este mal te viene de no ser armado caballero: porque tengo para mí, que este lico no deue de aprouechar a los que no lo son. Si esto sabia vuestra merced, replicò Sancho, ¿cómo aya yo, y toda mi parentela, para que confiniese que lo gustasse? En esto hizo su operació el bruja, y comegó el pobre escudero a desaguarse por entrábas canales, con tanta priessa, que la estera de enea, sobre què se auia buuelto a echar, y la mára de angeo có que se cubria, fueron mas de provecho. Sudaua, y trasudaua có tales parámetros y accidètes, que no solamente el, sino todos pesaron que se le acabaua la vida. Durole esta berrasca, y mala andáça, casi dos horas, al cabo de las quales no quedó como suamo, sino tan melido y quebrantado, que no se podia tener. Pero don Quixote, que como se ha dicho se halla alinjado y sano, quiso partirse luego a buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaua, era quitarsele al mundo, y a los en el menesterosos de su favor y amparo: y mas con la seguridad y confianza que lleuaua en su bálamo: y así forçado deste desseo, el mismo enfillò a Rozinante, y enalbardó al

al jumento de su escudero, a quien también ayudó a vestir, y a subir en el asno. Pusose luego a caballo, y legándose a un rincón de la vèra, asió de un laçon que allí estaua, para que le siruiese de lança. Estauante mirando todos quantos auia en la vèra, que passaua de mas de veynte personas: mirale también la hija del vètero, y estaba bien no quitaua los ojos della, y de quando en quando arrojava un suspiro, que parecia que lo arracaua de lo profundo de sus entrañas, y todos pesauan que denia de ser del dolor que sentia en las costillas, alomenos pesauan lo aquellos que la noche antes le auian visto bismar. Ya que estuvieron los dos a caballo, puesto a la puerta de la vèra, llamó al vètero, y con voz muy repollada y graue, le dixo: Muchas, y muy grandes son las mercedes, señor Alcayde, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadissimo a agradecerlos todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en hazeros vègado de algùn mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden, y vègar a los que recibèn tuertos, y castigar aleuosias. Recorred vuestra memoria, y si hallays alguna cosa deste jaez que encomendar me, no ay sino dezilla, que yo os prometo, por la orden de caballero que recebi, de hazeros satisfecho y pagado a toda vuestra voluntad. El vètero le respondió con el mismo sosiego: Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vue-

tra merced me vengaue ningun agrauio, por
 yo se tomar la vengança q me parece quando
 se me hazen. Solo he menester q vuestra mer-
 ced me pague el gasto q esta noche ha hecho
 en la venta, asfi dela paja y cenada de sus dos
 bestias, como de la cena y camas. Luego ven-
 to es esta? replicò don Quixote. Y muy honrada-
 mente respondió el ventero. Engañado he viuido ha-
 sta aqui, respondió don Quixote, q en verdad es
 pensè que era castillo, y no malo: pero pues es
 asfi q no es castillo sino venta: lo que se podrá
 hazer por aora es, q perdoneys por la paga, q
 yo no puedo contrahenir a la orden de los ca-
 ualleros andantes: de los quales se cierto (sin q
 hasta aora aya leydo cosa en contrario) q jamás
 pagaron posada, ni otra cosa, en venta donde
 estuuessen. Porque se les deue de fuero y de
 derecho, qualquier buen acogimiento q se les
 hiziere, en pago del insufrible trabajo q pade-
 cen, buscando las auenturas de noche y de dia,
 en inuierno, y en verano, a pie, y a capallo, con
 sed, y con hambre, con calor, y cò frio, sugetos
 a todas las inclemècias del cielo, y a todos los
 incommodos de la tierra. Poco tengo yo q
 en esso, respondió el vètero, paguefeme lo que
 se me deue, y dexemonos de cuentos, ni de ca-
 uallerias, q yo no tengo cuenta con otra cosa
 q con cobrar mi hazienda. Vos soys vn sancho
 y mal hostalero, respondió don Quixote, y po-
 niendo piernas a Rozinante, y terciando su la-

con, se salio de la venta sin q nadie le detuuies-
 se: y el sin mirar si le seguia su escudero, se al-
 gò vn buen trecho. El ventero q le vio yr, y que
 no le pagaua, acudio a cobrar de Sàcho Pança,
 el qual dixo, q pues su señor no auia querido
 pagar, q tã poco el pagaria, porq siendo el escu-
 dero de cauallero andante como era, la mesma
 regla y razon corria por el como por su amo,
 en no pagar cosa alguna en los mesones y ven-
 tas. Amohinosè mucho desto el ventero, y ame-
 nazole que sino le pagaua, q lo cobraria de mo-
 do que le pesasse. A lo qual Sancho respondió,
 que por la ley de caualleria que su amo auia re-
 cebido, no pagaria vn solo cornado, aunque le
 costasse la vida, porque no auia de perder por
 ella buena y antigua vñga de los caualleros
 andantes, ni se auian de quejar del los escude-
 ros de los tales, q estauan por venir al mundo,
 reprochándole el quebratamiento de tã justo
 fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sà-
 cho, que entrè la gente q estaua en la venta, se
 hallassen quatro perayles de Segouia, tres agu-
 jeros del potro de Cordoua, y dos vezinos de
 la heria de Seuilla, gente alegre, bien intencio-
 nada, maleante y juguètona, los quales casi co-
 mo instigados y mouidos de vn mismo espiri-
 tu, se llegaron a Sancho, y apeándole del asno,
 uno dellos entrò por la manta de la cama del
 mesped: y echándole en ella, alçaron los ojos,
 vieron que el techo era algo mas baxo de lo

que auia menester para su obra, y determinando salirse al corral, que tenia por limite el cielo. Y allí puestó Sācho en mitad de la mātā, comenzó a levantarle en alto, y a holgarle cō el, como cō perro por carne tolédas. Las bozes que el misero manteado daua, fueron tāras, que llegaron a los oydos de su amo: el qual deteniendose a escuchar atētamēte, creyò q alguna mala auentura le venia, hasta que claramente conoció que el q gritaba era su escudero, y boluendo las riendas, con vn penado galope llegó a la venta, y halládola cerrada la rodeò, para ver si hallaua por donde entrar. Pero no habiéndolo hallado, llegó a las paredes del corral (que no eran muy altas) quando vio el mal juego que se le hazia a su escudeto. Vióle baxar y subir por el ayre cō tanta gracia y presteza, q si la colera le dexara, tēgo para mi que se riera. Prouò a subir desde el caualló a las bardas, pero estaua muy molido y quēbntado, que aun apearse no podía: y así desde encima del caualló comenzó a dezir tantos denuestos, y baldones a los que Sancho manteauan, que no es posible acertar a escriuillos, mas no por esto cessauan ellos de su risa, y de su obra, ni el bolador Sancho dexaua sus quejas, mezcladas ya con amenazas, y con ruegos, mas todo aprouechaua poco, y no aprouechò hasta que de puro cāsados le dexaron. Truxeronle allí su asno, y subiéndole encima, le arroparon con su gauan. Y la compañía de

de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle cō vn jarro de agua, y así se le truxo del pozo, por ser mas frio. Tomole Sācho, y lleuandole a la boca, se parò a las bozes que su amo le daua, diciendo: Hijo Sancho no beuas agua, hijo no la beuas q te matará, ves aquí tēgo el santísimo balsamo (y enseñauale la alcuza del breuāge) q cō dos gotas q del beuas, sanaras sin duda. A estas bozes boluio Sancho los ojos como de traues, y dixo con otras mayores: Por dicha ha se le olvidado a vuestra merced, como yo no foy cauallero, o quiere q acabede vomitar las entrañas q me qdaron de anoche. Guardese su licor cō todos los diablos y dexeme a mi. Y el acabar de dezir esto, y el comēçar a beuer, todo fue vno: mas como al primer trago vio q era agua, no quiso passar adelante, y rogò a Maritornes que se le truxesse de vino: y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagò de su mesino dinero, porq en efeto se dize della, q aunque estaua en aquel trato, tenía vnās sombras y lexos de Christiana. Así como beuio Sācho, dio de los carcaños a su asno, yabriéndole la puerra de la véa de par en par, se salio della muy cōtento de no auer pagado nada, y de auer salido cō su intēcion, aunque auia sido a costa de sus acostubrados fiadores, q erā sus espaldas. Verdad es, q el ventero se quedó cō sus alforjas, en pago de lo q se le deuia: mas Sācho no las echò menos, segun salio turbado.

Quiso

Quiso el ventero atrancar bien la puerta, así como le vio fuera, mas no lo consintieron los mantreadores, que era gente, que aunque don Quixote fuera verdaderamente de los Caualleros andantes de la tabla redonda, no le estimaran en dos ardites.

Cap. XVIII. Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Pança con su señor don Quixote; con otras auenturas dignas de ser contadas.

Legò Sancho a su amo, marchito, y desfayado, tanto, que no podia arrear a su jumento. Quando así le vio don Quixote, le dixo: Aora acabo de creer Sancho bueno, q̄ aquel castillo, o venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron passapie contigo, que podian ser sino fantasmas, y gente del otro mundo? Y confirmo esto, por auer visto que quando estaua por las bardas del corral, mirando los actos de tu triste tragedia, me fue possible subir por ellas, ni menos pude apearne de Rozinante, porque me denian de tener encantado: que te juro por la fè de quien soy, que si pudiera subir, o apearne, que yo te hiziera vengado de manera que aquellos follores y malandrines, se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contrauenir a las leyes de caualleria; que como ya muchas vezes te he dicho, no còsienten que cauallero ponga mano contra quien no lo sea, sino fuere

fuere en defensa de su propria vida y persona; en caso de vrgente y gran necesidad. Tambiẽ me vengara yo si pudiera, fuera o no fuera armado cauallero, pero no pude: aunque tengo para mi que aquellos que se holgaron conmigo, no eran fantasmas, ni hombres encantados, como vuestra merced dize, sino hòbres de carne, y de hueso como nosotros: y todos, segun los oi nombrar, quando me bolteauan, tenian sus nombres que el vno se llamaua Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez; y el ventero oi que se llamaua Iuan Palomeque el Zurdo. Así que señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del cauallo, en al estuuu, que en encantamientos. Y lo que yo faco en limpio de todo esto, es, que estas auenturas que andamos buscando, al cabo, al cabo, nos han de traer a tantas desuienturas, que no sepamos qual es nuestro pie derecho. Y lo que seria mejor y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el boluernos a nuestro lugar, aora que es tiempo, de la siega, y de entender en la hazienda, dexandonos de andar de ceca en meca, y de zoca en colodra, como dizen. Que poco sabes Sancho, respondió dõ Quixote, de achaque de caualleria, calla, y ten paciécia, que dia vendra, donde veas por vista de ojos, quan honrosa cosa es andar en este exercicio. Sino dime, q̄ mayor contento puede hauer en el mundo, o q̄ esto puede igualarse al de vencer vna batalla, y al

y al de triuifar de su enemigo? Ninguno sin duda alguna. Así dene de ser, respondió Sancho puestto que yo no lo se. Solo se q después q los mos caualleros andátes, o vuestra merced lo es (q yo no ay para q me cuente en tá honroso mero) jamas hemos vécido batallá alguna, si no fue la del Vizcayno, y aun de aquella salte vuestra merced con media oreja, y media zela da menos, que despues aca todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas; llenando yo de vetaja el mantecamiéto, y auerme succedi do por personas encatadas, de quie no puedo vëgarne, para saber hasta donde llega el gusto del vëcimiéto del enëmigo, como vuestra merced dize. Esta es la pena q yo tengo, y la que me denes tener Sancho, respòdio don Quixote, por ro de aquí adeláte, yo procuraré auer a las m nos alguna espada hecha por tal maestría, q que la truxere còsigo, no le puedá hazer ninge genero de encataméto. Y aun podria ser q me deparasse la vëtuta aquella de Amadis, quada se llamaua el cauallero de la ardiëte espada, fue vna del las mejores espadas q tuuo cauallero en el mûdo: porque fuera q tenia la virtud dicha, cortaua como vna nauaja, y no auia armada por fuerte y encantada que fuesse, q le parasse del áte. Yo soy tan vëturoso dixo Sancho, que quando esto fuesse, y vuestra merced niese a hallar espada semejäte, solo vendria seruir y apronechar a los armados caualleros como

como el balsamo, y a los escuderos q se los penden duelos. No temas esto Sancho, dixo don Quixote, q mejor lo hara el cielo contigo. En estos coloquios yuan dō Quixote y su escudero, quando vio dō Quixote, q por el camino que yuan, venia házia ellos vna grãde y espessa poluareda, y en viëndola se boluió a Sancho, y le dixo: Este es el dia, o Sãcho, en el qual se ha de ver el bien q me tiene guardado mi suerte; Este es el dia digo, en q se ha de mostrar tanto como en otro alguno, el valor de mi brazo, y en el q tēgo de hazer obras q quedé escritas en el libro de la fama, por todos los venideros siglos. Ves aquella poluareda, q allí se leuanta Sãcho? Pues toda es quajada de vn copiosissimo exercito q de diuersas è innumerables gentes, por allí viene marchãdo. A essa cuëta dos deuë de ser, dixo Sãcho, porq desta parte còtraria se leuata asì mismo otra semejäte poluareda. Bol uio a mirarlo dō Quixote, y vio q asì era la verdad; y alegrandose sobre manera, penso sin duda alguna, q erã dos exercitos q venia a enñerirse, y a encòtrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. Porq tenia a todas horas y momentos llena la fantasia, de aqllas batallas, encataméto, successos, de fatinos amores, de safios q en los libros de cauallerias se cuentan: y todo quãto hablaua, pësaua, o hazia, era encaminado a cosas semejãtes, y la poluareda q auia visto, la leuantauan dos grandes manadas de ouejas y car-

carneros, que por aquel mesmo camino, de diferentes partes venian, las quales con el no no se echaron de ver, hasta que llegaron a ca. Y con tanto ahinco afirmaba don Quixote que eran exercitos, que Sancho lo vino a creer, y a dezirle: Señor, pues ¿hemos de hazer nosotros? Que, dixo don Quixote, fauorecer y ayudar a los menesterosos y desualidos. Y has de saber Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduze y guia, el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana: este otro que a mis espaldas marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del atremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. Pues porque se quieren tan mal estos dos señores, preguntó Sancho? Quierense mal, respondió don Quixote, porque este Alifanfaron es vn furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolin que es vna muy hermosa, y además agraciada señora, y es Christiana, y el padre no se la quiere entregar al Rey pagano, sino dexa primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se buelue a la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, si no haze muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudiere. En esto harás lo que denes Sancho, dixo don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes, no se requiere ser armado cauallero. ¿Se me alcanza esto, respondió Sancho: pero de

de pondremos a este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de passada la refriega? porque en entrar en ella en semejante caualleria, no creo que está en uso hasta aora. Así es verdad, dixo don Quixote, lo que puedes hazer del, es, dexarle a sus auenturas, aora se pierda, o no, porque seran tantos los caualllos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rozinante, no le trueque por otro. Pero estame ateto, y mira que te quie dar cuenta de los caualleros mas principales que en estos dos exercitos vienen. Y para que mejor los veas y notes, retiremonos a aquel altillo que alli se haze, de donde se deuen descubrir los dos exercitos. Hizieronlo así, y pusieronse sobre vna loma, desde la qual se veian bien las dos manadas, que a don Quixote se le hizieron exercito, si las nuues del polvo que leuantauan no les turbara, y cegara la vista: pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia, ni auia, con boz leuantada començo a dezir: Aquel cauallero que alli ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo vn leon coronado, rendido a los pies de vna donzella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata, en campo azul, es el temido Micocolemo, gran Duque de Quirocia: el otro de los miembros Giganteos, que está a su derecha mano, es el nunca

nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, el
 ñor de las tres Arabias que viene armado de
 aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo
 vna puerta, que segun es fama, es vna de las de
 tēplo que derribò Sanfon, quando con su mu-
 te se vengò de sus enemigos. Pero buelue los
 ojos a estotra parte, y veras delante y en la fre-
 te destotro exercito, al siempre vencedor, y ja-
 mas vencido, Timonel de Carcajona, principe
 de la nueva Vizcaya, que viene armado con las
 armas partidas a quarteles azules, verdes, blan-
 cas, y amarillas, y trae en el escudo vn garo de
 oro, en campo leonado, con vna letra que di-
 ze, Miau, que es el principio del nombre de la
 dama, que segun se dize es la fin par Miulinda,
 hija del Duque Alfeñiquè del Algarue. El otro
 que carga y oprime los lomos de aquella po-
 rosa Alfana, que trae las armas como niue blan-
 cas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es
 vn cauallero nouel de nacion Frances, llamado
 Pierres Papin, señor de las Baronias de Vene-
 que: el otro que bate las hijadas con los her-
 dos carcaños, a aquella pintada y ligera cebrada,
 y trae las armas de los veros azules, es el po-
 roso Duque de Nerbia, Espartañilardo del Bos-
 que, que trae por empresa en el escudo vn
 esparraguera, con vna letra en Castellano, que
 dize assi, Rastrea mi suerte. Y desta manera
 nombrando muchos caualleros, del vno y del
 otro esquadron que el se imaginaua: y a todos

les dio sus armas, colores, empresas, y motes de
 improuiso, llevado de la imaginacion de su nū-
 ca vista locura, y sin parar prosiguió, diziendo:
 A este esquadron frontero, forman y hazen gē-
 tes de diuersas naciones; aqui estan los que be-
 uen las dulces aguas del famoso Xanto, los Mō-
 tuosos q̄ pisan los Masilicos cāpos: los q̄ cribā
 el finisimo y menudo oro en la felice Arabia:
 los q̄ gozā las famosas y frescas riberas del cla-
 ro Termodonte: los que sangran por muchas y
 diuersas vias, al dorado Pactolo: los Numidas
 dudosos en sus promesas: los Persas, en arcos,
 y flechas famosos: los Partos, los Medos, q̄ pe-
 leā huyēdo: los Arabes de mudables casas: los
 Citas tan crueles como blācos, los etiopes de
 horadados labios, y otras infinitas naciones,
 cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nō
 bres no me acuerdo. En estotro esquadro vienē
 los q̄ beuen las corriētes cristalinas del oliuife-
 ro Betis, los que tersan y pulen sus rostros, con
 el licor del siēpre rico y dorado Tajo; los que
 gozan las prouechosas aguas del diuino Ge-
 nil: los que pisan los Tartesios campos de pa-
 sos abundantes: los que se alegran en los eli-
 feos Xerezanos prados: los Manchegos ricos,
 y coronados de rubias espigas: los de hierro
 vestidos, reliquias antiguas de la sangre Go-
 da: los que en Pisfuerza se bañan, famoso por
 la mansedumbre de su corriente: los que su ga-
 nado apacientan en las estendidas dehesas del

fortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblá cō el frio del siluoso Pirineo, y con los blancos copos del leuante de Apenino. Finalmente, quantos toda la Europa en si contiene y encierra. Valame Dios, quantas prouincias dixo, quātas naciones nombrò, dandole a cada vna con marauillosa presteza, los atributos q̄ le pertenecian, todo aforto y empapado en lo que auia leydo en sus libros mentirofos. Estaua Sancho Pança colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de quando en quando boluia la cabeça a ver si veia los caualleros, y Gigantes que su amo nombraba, y como no descubria a ninguno, le dixo: Señor encomiendo al diablo hombre ni Gigante, ni cauallero de quantos vuestra merced dize parece por todo esto, alomenos yo no los veo, que si todo deue ser encantamento, como las fantasmas de anoche. Como dizes esso, respondió don Quixote: No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruydo de los atambores? No oygo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ouejas y carneros: y así era la verdad, porque ya llegauan cerca los dos rebaños: El miedo q̄ tienes, dixo don Quixote, te haze Sancho q̄ ni veas, ni oyas a los carneros. Porque vno de los efectos del miedo es turbar los sentidos, y hazer q̄ las cosas no parezcan lo q̄ son: y si es q̄ tanto temes, retirate a vna parte, y dexame solo, q̄ solo basto a dar la

la vitoria, a la parte a quien yo diere mi ayuda: y diciendo esto, puso las espuelas a Rozinante, y puesta la lança en el ristre, baxò de la costevuela como vn rayo. Dióle bozes Sancho, diciéndole: Bueluase vuestra merced señor don Quixote, que voto à Dios que son carneros, y ouejas las q̄ va a ennestir. Bueluase, desdichado del padre q̄ me engendrò, que locura es esta? Mire q̄ no ay Gigante, ni cauallero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos, ni enteros; ni verros azules, ni endiablados: q̄ es lo q̄ haze peccador soy yo a Dios? Ni por essas boluio dō Quixote, antes en altas bozes yua diciendo: Ea caualleros, los q̄ seguis y militays debaxo de las banderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremagado brazo, seguidme todos, vereys quan facilmente le doy vengança de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciēdo se entrò por medio del esquadron de las ouejas, y començo de alanceallas con tanto corage y denuedo, como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos q̄ cō la manada veniā, dauanle bozes que no hiciesse aquello, pero viendo q̄ no aprouecharā, desciñeronse las hondas, y començaron a saludarle los oydos, cō piedras como el puño. Don Quixote no se curaua de las piedras, antes discurriēdo a todas partes: A donde estas soberbio Alifanfaron, vente a mi q̄ vn cauallero solo soy, q̄ dessea de solo a solo prouar tus fuerças, y

quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pêrapolin Garamâta. Llegò en esto vna pedralla de arroyo, y dádole en vn lado le sepâro dos costillas en el cuerpo. Viendose tan mal trecho creyò sin duda q̄ estaua muerto, o malherido; y acordandose de su licor, sacò su alcuza y pulosela a la boca, y comêço a echar licor en el estomago: mas antes q̄ acabasse de enuasar lo q̄ a el le parecia q̄ era bastante, llegò otra almeïdra, y diole en la mano, y en el alcuza tan de lleno, q̄ se la hizo pedaços, lleuandole de camino tres, o quatro dientes y muelas de la boca, y machucandole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero, y tal el segundo, q̄ le fue forçoso al pobre cavallero, dar consigo del cauallo a baxo. Llegaronse a el los pastores, y creyeron q̄ le auian muerto. Y assi con mucha priessa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, q̄ passauan de siete, y sin aueriguar otra cosa se fueron. Estauase todo este tiêpo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras q̄ su amo hazia, y arrancauase las barbas maldiziendo la hora, y el punto en q̄ la fortuna se le auia dado a conocer. Viendole pues cayendo en el suelo, y q̄ ya los pastores se auian ydo baxò de la cuesta, y llegose a el, y hallose de muy mal arte, aunque no auia perdido el sentido, y dixole: No le dezia q̄o, señor dō Quixote, q̄ se boluiesse, q̄ los que yua a acometer no en exercitos, sino manadas de carneros? Como

lo puede desparecer, y contrahazer, aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sabete Sâcho q̄ es muy facil cosa a los tales, hazernos parecer lo q̄ quieren, y este Maglimo q̄ me persigue, embudo de la gloria q̄ vio que yo auia de alcâçar desta batalla, ha buuelto los esquadrones de enemigos, en manadas de ouejas. Sino haz vna cosa Sancho, por mi vida, porque te desengañes, y veas ser verdad lo q̄ te digo, sube en tu alno, y figuelos bonitamente, y veras como en alexândose de aqui algun poco, se beluê en su ser primero, y dexando de ser carneros son hombres hechos y derechos, como yo te los pintê primero. Pero no vayas aora, q̄ he menester tu fuerza y ayuda: llegate a mi, y mira quâtas muelas y dientes me faltan, q̄ me parece q̄ no me ha q̄dado ninguno en la boca. Llegose Sâcho tâ cerca, q̄ casi le metia los ojos en la boca, y fue a tiêpo q̄ ya auia obrado el balfamo en el estomago de don Quixote, y al tiêpo q̄ Sâcho llegò a mirarle la boca, arrojò de si mas rezio que vna escopeta, quâto dêtro tenia, y dio cò todo ello en las barbas del còpassino escudero. Sâta Maria, dixo Sâcho, y que es esto que me ha sucedido, sin duda este pecador està herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparado vn poco mas en ello, echò de ver en la color, sabor, y olor, q̄ no era sangre, sino el balfamo de la alcuza q̄ el le auia visto beuer: y fue tâto el asco q̄ tomò, que reboluiendosele el estomago,

magos, vomitó lastripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho a su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar a su amo, y como no las halló, estuvo a punto de perder el juicio: maldixose de nuevo, y propuso en su corazón, de dexar a su amo, y bolverse a su tierra, aunq̃ perdiessse el salario de lo feruido, y las esperanças del gouierno de la prometida insula. Leuátose en esto dō Quixote, y puesta la mano yzquierda en la boca, porq̃ no se le acabassen de salir los dientes, asio con la otra las riendas de Rozinante, q̃ nunca se auia mouido de junto a su amo, (tal era de leal y bien acōdicionado) y fuese a donde su escudero estaua, de pechos sobre su asno, con la mano en la mexilla, en guisa de hombre pensatiuo ademas. Y viéndole don Quixote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dixo: Sabete Sancho, que no es vn hombre mas que otro, sino haze mas que otro. Todas estas borrascas que nos suceden, son señales de q̃ presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porq̃ no es possible q̃ el mal ni el bien sean durables, y de aqui se sigue, que auiendo durado mucho el mal, el bien este ya cerca. Afsi que no deues congoxarte, por las desgracias que a mi me suceden, pues a ti no te cabe parte dellas. Como no, respondió Sancho: por ventura el que ayer mantecaron, era otro que el hijo de mi padre?

Y las

Y las alforjas que oy me faltan con todas mis alhajas, son de otro que del mismo? Que te faltan las alforjas Sancho, dixo don Quixote? Si que me faltan, respondió Sancho. Desse modo no renemos q̃ comer oy, replicò don Quixote. Eisso fuera, respondió Sancho, quando faltaran por estos prados las yeruas q̃ vuestra merced dize q̃ conoce, con que suelen suplir semejantes faltas, los tan malauenturados caualleros andantes, como vuestra merced es. Con todo esso, respondió don Quixote, tomara yo agora mas ayna vn quartal de pã, o vna hogaza, y dos cabeças de sardinas arenques, q̃ quãtas yeruas descriue Dioscorides, aunque fuera el ilustrado por el Doct̃or Laguna. Mas con todo esto sube en tu jumento, Sãcho el bueno, y vete tras mi, q̃ Dios q̃ es proueedor de todas las cosas, no nos ha de faltar: y mas andando tan en su seruicio, como andamos, pues no falta a los mosquitos del ayre, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renaquajos del agua. Y es tan piadoso, q̃ haze salir su Sol, sobre los buenos y los malos, y llueue sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dixo Sancho, para predicador, que para cauallero andante. De todo sabian, y han de saber los caualleros andantes Sãcho, dixo don Quixote, porq̃ cauallero andante huuo en los passados siglos, q̃ afsi se paraua a hazer vn sermon, o platica en mitad de vn camẽto real, como si fuera graduado por la vniuersidad.

M 4

fidad

Universidad de
Biblioteca

ñidad de Paris: de dōde se infiere, q̄ nūca la lāpa embotò la pluma, ni la pluma la lāpa. Aora biē sea assi como vuestra merced dize, respōdio Sācho, vamos aora de aqui, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios q̄ sea en parte donde no aya mantas, ni manteadores, ni fantasma, ni Moros encantados, que si los ay, dare al diablo el hato, y el garuato. Pideselo tu a Dios hijo, dixo don Quixote, y guia tu por dōde quisieres, q̄ esta vez quiero dexar a tu eleccion el alojarnos: pero dame aca, la mano, y atientame con el dedo, y mira biē quātos diētes y muelas me faltan deste lado derecho, de la quixada alta, q̄ alli siento el dolor. Metiō Sācho los dedos, y estandole atentādo, le dixo: Quantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondio don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mira vuestra merced bien lo q̄ dize señor, respōdio Sācho. Digo quatro, sino eran cinco, respondio don Quixote, porq̄ en toda mi vida me hā sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijō, ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sācho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media: y en la de arriba, ni media, ni ninguna, q̄ toda està rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dixo don Quixote, oyendo las crītes nuevas q̄ su escudero le daua, q̄ mas quisiera q̄ me huuieran derribado vn braço, como no fue

ra el de la espada. Porq̄ te hago saber Sancho, q̄ la boca sin muelas, es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar vn diēte, q̄ vn diamante. Mas a todo esto estamos sugetos los q̄ professamos la estrecha orden dela caualleria: sube amigo, y guia, q̄ yo te seguire al passo que quisieres. Hizolo assi Sācho, y encaminose hāzia donde le parecio q̄ podia hallar acogimiento, sin salir del camino Real, q̄ por alli yua muy seguido. Yendose pues poco a poco, porq̄ el dolor de las quixadas de dō Quixote no le dexaua fōslegar, ni atender a darse priessa, quiso Sancho entretenerle, y diuertirle, diziēdole alguna cosa, y entre otras que le dixo, fue, lo que se dira en el siguiente capitulo.

Cap. XIX. De las discretas razones que Sancho passa
na con su amo, y de la auentura que le sucedio con
vn cuerpo muerto: cō otros acōtecimiētos famosos.

Pareceme señor mio, q̄ todas estas desueltas q̄ estos dias nos hā sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced cōtra la orden de su caualleria, no auiendo cūplido el juramento que hizo, de no comer pā a manteles, ni con la Reyna folgar, con todo aquello que a esto se sigue, y vuestra merced jurò de cumplir, hasta quitar aquel Almete de Malandrino, o como se llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon Sancho, dixo don Quixote

xote. Mas para dezirte verdad, ello se me auia pasado de la memoria: y también puedes tener por cierto, que por la culpa de no auermelo acordado en tiempo, te sucedio aquello de la manta: pero yo hare la enmienda, q̄ modos ay de composicion en la ordē de la caualleria para todo. Pues juré yo algo por dicha, respondió Sancho? No importa que no ayas jurado, dixo don Quixote, basta que yo entiēdo que de participantes no estās muy seguro: y por si, o por no, no sera malo proueerlos de remedio. Pues si ello es así, dixo Sācho, mire vuestra merced no se le torne a olvidar esto, como lo del juramento, quiza les boluera la gana a las fantasmas, de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz. En estas, y otras platicas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener, ni descubrir dōde aquella noche se recogiesen: y lo q̄ no auia de bueno en ello, era, q̄ pereciā de hambre, q̄ cō la falta de las alforjas, les faltò toda la despena y matalota. Y para acabar de cōfirmar esta desgracia, les sucedio vna auētura, q̄ sin artificio alguno verdaderamēte lo parecia. Y fue, q̄ la noche cerrò cō alguna escuridad, pero cō todo esto caminaban, creyendo Sancho, que pues aquel camino era Real, a vna, o dos leguas, de buena razō hallariā en el alguna veta. Yēdo pues desta manera, la noche escura, el escudero hambrieto, y el amo cō gana de comer, vieron q̄ por el mismo cami-

camino que yuan, venian hazia ellos grā multitud de lūbres, q̄ no parecian sino estrellas que se monian. Pasmose Sancho en viendolas, y dō Quixote no las tuuo todas consigo: tirò el vno del cabestro a su asno, y el otro de las riēdas a su Rozino, y estuuieron quedos, mirando atentamente lo que podia ser aquello y vieron que las lūbres se yuan acercando a ellos, y miētras mas se llegauā, mayores parecian. A cuya vista Sancho començò a temblar, como vn azogado, y los cabellos de la cabeça se le erizaron a dō Quixote. El qual animādose vn poco dixo: Esta fin duda Sancho deue de ser grandissima y peli grosissima auentura, donde serā necessario que yo muestre todo mi valor y esfuērço. Desdichado de mi, respondió Sancho, si a caso esta auentura fuesse de fantasmas, como me lo va pareciendo, adonde aura costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dixo dō Quixote, no consentire yo que te toquē en el pelo de la ropa: q̄ si la otra vez se burlarō cōtigo, fue porque no pude saltar las paredes del corral, pero ahora estamos en campo raso, donde podrē yo como quisiere esgremir mi espada, Y si le encantan y entomecē, como la otra vez lo hizieron, dixo Sācho, q̄ aprouecharā estar en cāpo abierto, o no? Con todo esto, replicò don Quixote, teruego Sancho, que tengas buen animo, que la experiencia te darā a entender el que yo tēgo. Si tendrē, si a Dios plaze, respondió Sancho,

cho, y apartandose los dos a vn lado del camino, tornaron a mirar atentamente, lo que aquellos de aquellas lumbres que caminauan podian ver: y de alli a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el animo de Sâcho Pança, el qual comenzó a dar diente con diente, como quien tiene frío de quartana: y creció mas el batir y detrellear, quando distintaméte vieron lo que era: porq̃ descubrieron hasta veynte encamisados, todos a cavallo, con sus hachas encendidas en las manos: detras de los quales venia vna litera, cubierta de luto, a la qual seguian otros señores de a cavallo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran cauallos en el sosiego con que caminauan. Yuan los encamisados murmurando entre si, con vna boz baxa, y compassiua. Esta estraña vision a tales horas, y en tal despoblado, bien bastaua para poner miedo en el coraçon de Sancho, y aun en el de su amo: y assi fuera en quanto a don Quixote, que ya Sâcho auia dado al traués con todo su esfuerço. Lo contrario le auino a su amo, al qual en aquel punto se le representò en su imaginacion al viuo, q̃ aquella era vna de las auenturas de sus libros. Figurosele, q̃ la litera eran andas donde deuia de yr algun mal ferido, o muerto cauallero, cuya vengança a el solo estaua reservada: y sin hazer otro discurso enristró su lançon, púsose bien en la silla, y con gran

til brio, y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forçosamente auian de passar; y quâdo los vio cerca, alçó la boz, y dixo: Deteneos caualleros, quié quierâ q̃ seays, y dadme cuenta de quien soys: de donde venis? a dôde vays? q̃ es lo q̃ en aquellas andas lleuays? q̃ segun las muestras, o vosotros aueys fecho, o vos han fecho algun desaguisado, y cõuiene, y es menester q̃ yo lo sepa, o bié para castigaros del mal que fezistes, o bien para vengaros del tuerto q̃ vos fizieron. Vamos de priessa, respondió vno de los encamisados, y està la venta lexos, y nonos podemos detener a dar tanta cuenta como pedis: y picando la mula pasó adelante. Sintiose desta respuesta grandemente don Quixote, y trauando del freno, dixo: Deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuéta de lo que os he preguntado, sino conmigo soys todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno, se espantò de manera, q̃ alçandose en los pies dio con su dueño por las ancas en el suelo. Vn moço que yua a pie, viendo caer el encamisado, comenzó a denostar a don Quixote, el qual ya encoletizado, sin esperar mas, enristrando su lançon, arremetio a vno de los enlutados, y mal ferido dio cõ el en tierra: y reboluiendose por los demas, era cosa de ver cõ la presteza q̃ los acometia, y desbarataua, q̃ no parecia sino q̃ en aquel instante le auian nacido alas a Rozinâte, segun anda-

andaua de ligero, y orgulloso. Todos los encamisados era gēte medrosa, y sin armas, y así con facilidad en vn momēto dexaron la refriega, y comēçaron a correr por aquel cāpo, cō las hachas encendidas, que no parecian sino a los de las mascarar, que en noche de regozijo y fiesta corren. Los enlutados así mesmo, rebueltos, y embueltos en sus faldamētos, y lobas, no se podía mouer: así que muy a su saluo dō Quixote los apaleó a todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado: porque todos pēfaron q̄ aquel no era hōbre, sino diablo del infierno q̄ les salia a quitar el cuerpo muerto, q̄ en la litera lleuaua. Todo lo miraua Sācho, admirado del ardimiento de su señor, y dezia entre sí: Sin duda este mi amo es tan valiente y esforçado como el dize. Estaua vna hacha ardiendo en el suelo, junto al primero q̄ derribò la mula, a cuya luz le pudo ver dō Quixote, y llegándose a el, le puso la pñta del lācon en el rostro, diziéndole que se rindiese, sino q̄ le mataria. A lo qual respōdio el caydo: Harto rēdido estoy, pues no me puedo mouer, q̄ tēgo vna pierna quebrada: suplico a vuestra merced, si es cauallero Christiano, q̄ no me mate, q̄ cometera vn grā sacrilegio, q̄ soy Licenciado, y tēgo las primeras ordenes. Pues quien diablos os ha trahido aqui, dixo dō Quixote, siēdo hōbre de Iglesia? Quien señor, replicò el caydo, mi desuentura. Pues otra mayor os amenaza, dixo dō Quixote, sino me satisfazeys a to

do quāto primero os pregūte. Cō facilidad se os ta vuestra merced satisfecho, respondió el Licenciado, y así sabra vuestra merced, que aunque denantes dixē que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller, y llamome Alonso Lopez, soy natural de Alconēdas, vengo la ciudad de Baēça, cō otros onze sacerdotes, que son los q̄ huyeron con las hachas: vamos a la ciudad de Segouia acompañando vn cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de vn cauallero que murio en Baēça, donde fue depositado, y agora (como digo) lleuauamos sus huesos a su sepultura, q̄ está en Segouia, de donde es natural. Y quien le matò, preguntò don Quixote? Dios, por medio de vnas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el Bachiller. Dessa suerte, dixo don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que auia de tomar en vengar su muerte si otro alguno le huiera muerto: pero auindole muerto quien le matò no ay sino callar, y encoger los ombros, porq̄ lo mejor hiziera si a mi mesmo me matara. Y quiero que sepa vuestra reuerencia, que yo soy vn cauallero de la Mancha, llamado don Quixote, y es mi oficio y exercicio, andar por el mundo endereçando tuertos, y desfaziendo agrauios. No se como pueda ser esso de endereçar tuertos, dixo el Bachiller, pues a mi de derecho me auēys buuelto tuerto, dexandome vna pierna quebrada, la qual no se vera derecha en todos los

los dias de su vida: y el agrauio que en mi ha
ueys deshecho, ha sido dexarme agrauiado de
manera, que me quedare agrauiado para siem-
pre: y harta desuétura ha sido topar con vos
vays buscando auéturas. No todas las cosas
spondio don Quixote, suceden de vn mismo
modo, el daño estuuu, señor Bachiller Alonso
Lopez, en venir como veniades de noche,
vestidos con aquella sobrepellizes, con las ha-
chas encendidas, rezando cubiertos de luto,
que propriaméte semejauides cosa mala, y de
otro mundo, q̄ así yo no pude dexar de cum-
plir con mi obligacion acometiendo os, q̄
acometiera aunque verdaderamente supiera
que erades los mesmos Satanales del infierno,
que por tales os juzgué, q̄ tuue siempre. Ya que
así lo ha querido mi fuerte, dixo el Bachiller
suplico a vuestra merced señor cauallero andante
(que tan mala andança me ha dado) me ayu-
de a salir de debaxo desta mula, que me tiene
tomada vna pierna entre el estribo y la silla.
Hablara yo para mañana, dixo don Quixote,
hasta quando aguardauades a dezirme vuestras
afan? Dio luego bozes a Sancho Pança, que
niessse: pero el no se curò de venir, porque
daua ocupado desbaliando vna azemila de
puesto, que trahian aquellos buenos señores
bien bastezida de cosas de comer. Hizo el bar-
no de Sancho costal de su gauan, y recogien-
do todo lo que pudo, y cupò en el talego, cam-
go su

gò su juméro, y luego acudio a las bozes de su
amo, y ayudò a sacar al señor Bachiller, de la
opresion de la mula: y poniendole encima de
ella, le dio la hacha, y don Quixote le dixo, que
figuiesse la derrota de sus cópañeros, a quien
de su parte pidiesse perdò del agrauio q̄ hauia
recibido, que no auia sido en su mano dexar de
hauerle hecho. Dixole tambien Sancho: Si a ca-
so quisieré saber esos señores, quien ha sido el
valeroso que tales los puso, dirales vuestra mer-
ced, q̄ es el famoso don Quixote de la Mancha,
q̄ por otro nóbre se llama, El cauallero de la tri-
ste figura. Con esto se fue el Bachiller, y dò Qui-
xote preguntò a Sâcho, q̄ q̄ le auia mouido a lla-
marle el cauallero de la triste Figura, mas en-
tonces que nunca? Yo se lo dire, respondió Sâ-
cho, porque le he estado mirando vn rato a la
luz de aquella hacha que lleva aquel malan-
dante, y verdaderamente tiene vuestra merced
la mas mala figura de poco aca, que jamas he
visto: y deuelo de auer causado, o ya el cansan-
cio deste combate, o ya la falta de las muelas,
y dientes. No es esso, respondió don Quixote,
sino que el sabio a cuyo cargo deue de estar el
escreuir la historia de mis hazañas, le aura pa-
bre apelatiuo, como lo tomauan todos los ca-
ualleros passados: qual se llamaua el de la ar-
diénre Espada, qual el del Vnicornio: aquel de
las Donzellas: aqueste el del aue Fenix: el otro

el canallero del Grifo: estotro el dela Muerte: y por estos nòbres, è insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y asì digo, que el Sabio ya dicho, te aura puesto en la lengua, y en el pensamiento aora, que me llamasse el cauallero de la triste Figura, como pienso llamarme desde oy en adelante: y para que mejor me quadre tal nòbre, determino de hazer pintar, quãdo aya lugar, en mi escudo, vna muy triste figura. No ay para que gastar tiempo, y dineros en hazer esta figura, dixo Sancho, sino lo que se ha de hazer, es, que vuestra merced descubra la suya, y dè rostro a los que el miraren, que sin más, ni mas, y sin otra imagen y escudo, le llamará el de la triste Figura: y creame que le digo verdad, porque le prometo a vuestra merced señor, (y esto sea dicho en burlas) que le ha ze tã mala cara la hambre, y la falta de las montañas, que como ya tengo dicho, se podra muy bien escusar la triste pintura. Riose dō Quixote, del donayre de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nòbre, en pudiendo pintar su escudo, o rodela, como auia imaginado: y dixole: Yo entiendo Sancho, que quedo descomulgado, por auer puesto las manos violentamente en cosa sagra, *iuxta illud, si quis fuerit diabolo, &c.* Aunque se bien que no puse las manos, sino este lançon: quanto mas, que yo no pense que ofendia a Sacerdotes, ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto, y adoro como

mo Catholico, y fiel Christiano que soy, sino a fantasmas, y a vestiglos del otro mundo. Y quãdo esso asì fuesse, en la memoria tengo lo que le passò al Cid Ruy Diaz, quando quebrò la silla del Embaxador de aquel Rey, delante de su Santidad del Papa, por lo qual lo descomulgò, y anduuo aquel dia, el buen Rodrigo de Viuar, como muy honrado, y valiente cauallero. En oyendo esto el Bachiller se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera don Quixote mirar, si el cuerpo que venia en la litera eran huesos, o no, pero no lo consintio Sancho, diciendole: Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa auentura lo mas a su saluo, de todas las que yo he visto, esta gète aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayesse en la cuenta de que los venció sola vna persona, y corridos y auergonçados desto, boluiessen a reharerse, y a buscarnos, y nos diessen en que entredar. El jumento està como conuiene, la montaña cerca, la hambre carga, no ay que hazer, sino retirarnos con gentil compas de pies: y como dicen, vayasse el muerto a la sepultura, y el biuo a la hogaza: y antecogiendo su asno, rogò a su señor que le siguiesse: el qual pareciendole que Sancho tenia razon, sin boluerle a replicar le siguió. Y a poco trecho que caminauan por entre dos montañuelas, se hallaron en vn espacioso, y enscendido valle, donde se apearon, y Sancho aliuó el jumento, y tendi-

dos sobre la verde yerua, con la salsa de su hãbre, almorzaron, comieron, merẽdaron, y cenaron a vn mesmo punto, satisfaziendo su estomagos con mas de vna fiambra que los señores clerigos del difunto (que pocas vezes se dexã mal passar,) en la azemila de su respuesto trahian. Mas sucedioles otra desgracia, que Sancho la tuuo por la peor de todas, y fue, que no tenian vino que beuer, ni agua que llegar a la boca: y acossados de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estaua colmado de verde y menuda yerua, lo que se dirã en el siguiente Capitulo.

Cap. XX. De la jamas vista, ni oyda auentura que cõ mas poco peligro fue acabada del famoso cauallero en el mundo, como la que acabò el valeroso don Quixote de la Mancha.

NO es posible señor mio, sino que estas yeruas dan testimonio de que por aqui cerca deue de estar alguna fuente, o arroyo que estas yeruas humecede: y asì serã bien que vamos vn poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena q la hambre. Pareciole bien el consejo a don Quixote, y tomando de la rienda a Rozinante, y Sancho del cabestro a su asno, despues de auer puesto sobre el los relieues q de la cena quedaron, començaron a caminar por el prado

do arriba a tiento, porque la escuridad de la noche no les dexaua ver cosa alguna: mas no huieron andado dozientos passos, quando llegó a sus oydos vn grãde ruydo de agua, como que de algunos grandes y leuantados riscos se despeñaua. Alegroles el ruydo en gran manera, y parandose a escuchar hàzia que parte sonaua, y oyeron a deshora otro estruendo, que les aguçò el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmẽte era medroso, y de poco animo. Digo que oyeron que dauã vnos golpes a compas, con vn cierto cruxir de hierros y cadenas, que acõpañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor a qualquier otro coraçon que no fuera el de don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron a entrar entre vnos arboles altos, cuyas ojas mouidas de blando viento, hazien vn temeroso y manso y ruydo: de manera, que la soledad, el sitio la escuridad, el ruydo del agua, cõ el susurro de las ojas, todo causaua horror, y espanto: y mas quando vieron, que ni los golpes cesauan, ni el viento dormia, ni la mañana llegaua: anadiendose a todo esto, el ignorar el lugar donde se hallauan. Pero don Quixote acõpañado de su intrepido coraçõ, saltò sobre Rozinante, y embraçando su rodela, terciò su lanza, y dixo: Sancho amigo has de saber, que yo naci por querer del Cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resuscitar en ella la de oro, o la



dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel par
 quíe estan guardados los peligros, las grandes
 hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo
 otra vez, quien ha de resuscitar los de la tabla
 redonda, los doze de Frácia, y los nueue de la
 fama, y el que ha de poner en oluido los Plati-
 res, los Tablantes, Oliuantes, y Tirantes: los Pe-
 bos, y Belianises, con toda la carerua de los fa-
 mosos caualleros andátes del passado tiempo,
 haziendo en este en que me hallo, tales grande-
 zas, estrañezas, y fechos de armas, que escure-
 can las mas claras que ellos fizieron. Bien no-
 ras escudero fiel, y legal, las tinieblas desta no-
 che, su estraño silécio, el sordo y confuso estru-
 do destes arboles, el temeroso ruydo de aque-
 lla agua, en cuya busca venimos, q̄ parece que
 se despeña y derrumba desde los altos mōtes
 de la luna, y quel incessable golpear que nos
 hiere y lastima los oydos; las quales cosas to-
 das juntas, y cada vna por sí, son bastantes a in-
 fundir miedo, temor, y espanto en el pecho de
 mesmo Marte, quāto mas en aquel que no está
 acostumbrado a semejantes acontecimientos
 y auenturas. Pues todo esto que yo te pinto,
 son incentiuos, y despertadores de mi animo,
 que ya haze que el coraçon me rebiente en el
 pecho, cō el desseo que tiene de acometer esta
 auentura, por mas dificultosa que se muestra.
 Así que aprieta vn poco las cinchas a Rozin-
 te, y quedate a Dios, y esperame aqui hasta
 tres

tres dias no mas, en los quales sino boluiere;
 puedes tu boluerte a nuestra aldea, y desde a-
 lli, por hazerme merced, y buena obra, yras al
 Toboso, donde diras a la incomparable seño-
 ra mia Dulcinea, que su cautiuo cauallero mu-
 rio, por acometer cosas que le hiziesse digno
 de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyò
 las palabras de su amo, començò a llorar cō la
 mayor ternura del mūdo, y a dezirle: Señor, yo
 no se porque quiere vuestra merced acometer
 esta tan temerosa auentura: aora es de noche,
 aqui no nos vee nadie, bien podemos torcer el
 camino, y desuiarnos del peligro, aunque no be-
 uamos en tres dias: y pues no ay quiē nos vea,
 menos aurà quien nos note de couardes. Quā-
 to mas, q̄ yo he oydo predicar al Cura de nue-
 stro lugar (que vuestra merced bien conoce)
 q̄ quiē busca el peligro perece en el: así q̄ no
 es bien tentar a Dios, acometiendo tan desa-
 forado hecho, donde no se puede escapar sino
 por milagro: y basta los q̄ ha hecho el Cielo cō
 vuestra merced, en librarle de ser mātado, co-
 mo yo lo fuy, y en sacarle vécador, libre, y sal-
 uo de entre tātos enemigos como acompaña-
 uā al difunto. Y quādo todo esto no mueua ni
 abla de esse duro coraçon, mueuale el pensar, y
 creer, que apenas se aura vuestra merced apar-
 tado, de aqui, quādo yo de miedo dē mi anima
 a quien quisiere lleualla. Yo sali de mi tierra,
 y dexē hijos y muger, por venir a feruir a vue-

Ara merced, creyendo valer mas, y no menos, pero como la cudicia rompe el saco, a mi me ha rasgado mis esperanças pues quãdo mas biuas las tenia de alcançar aquella negra, y malhadada insula, que tantas vezes vuestra merced me ha prometido, veo q̃ en pago y trueco de ella, me quiere aora dexar en lugar tan apartado del trato humano. Por vn solo Dios, señor mio, q̃ nõ se me faga tal defaguisado: y ya q̃ del todo no quiera V. m. desistir de acometer este fecho, dilatelo alomenos hasta la mañana, q̃ a lo que a mi me muestra la ciẽcia q̃ aprendi quando era pastor, no deue de auer desde aqui al alua tres horas: porq̃ la boca de la bozina està en la cima de la cabeça, y haze la media noche en la linea del braço yzquierdo. Como puedes tu Sãcho, dixo don Quixote, ver donde haze esta linea: ni donde està esta boca, o esse colodrillo q̃ dizes, si haze la noche tan escura, que no parece en todo el Cielo estrella alguna? Afsi es, dixo Sãcho, pero tiene el miedo muchos ojos, y vee las cosas debaxo de tierra, quanto mas en cima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que ay poco de aqui al dia. Falte lo q̃ faltare, respondió dō Quixote, que no se ha de dezir por mi aora, en ningũ tiempo, que lagrimas, y ruegos me apartaron de lo que deuia a estilo de cauallero: y afsi te ruego Sãcho, que calles, que Dios q̃ me ha puesto en coraçon de acometer aora esta tan no-

sta,

sta, y tan temerosa auẽtura, tendra cuydado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza. Lo q̃ has de hazer, es, apretar biẽ las cinchas a Rozinãte, y quedarte aqui, que yo darẽ la buelta presto, o viuo, o muerto. Viendo pues Sãcho la vltima resolucion de su amo, y quan poco valian cõ el sus lagrimas, consejos y ruegos, determinò de aprouecharse de su industria, y hazerle esperar hasta el dia si pudiesse: y afsi quãdo apretaua las cinchas al cavallo, bonitamente, y sin ser sentido atò cõ el cabestro de su asno ambos pies a Rozinante, de manera q̃ quando don Quixote se quiso partir no pudo, porque el cauallo no se podia mouer sino a saltos. Viẽdo Sãcho Pãca el buẽ suceso de su embuste, dixo: Ea señor, que el Cielo cõmouido de mis lagrimas, y plegarias, ha ordenado que no se pueda mouer Rozinãte, y si vos quereys porfiar, y espolear, y dalle, serã enojar a la fortuna, y dar cozes (como dizen) cõtra el aguijon. Desesperauase con esto don Quixote, y por mas que ponía las piernas, al cauallo, menos le podia mouer: y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosfegarse, y esperar, o a que amaneciese, o a que Rozinante se menease, creyẽdo sin duda, que aquello venia de otra parte que de la industria de Sãcho, y afsi le dixo: Pues afsi es Sãcho, que Rozinante no puede mouerse, yo soy contento de esperar a que ria el Alua, aunque llore lo que ella

tar-

tardare en venir. No ay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendre a vuestra merced, contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apear, y echarse a dormir vn poco sobre la verde yerua, a uso de caualleros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue el día, y punto de acometer esta tan desemejable auentura que le espera. A que llamas apear, o a que dormir, dixo don Quixote? Soy yo por ventura de aquellos caualleros que toman reposo en los peligros? Duerme tu que naces para dormir, o haz lo que quisieres, que yo hare lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced señor mio, respondió Sancho, que no lo dixes por tanto: y llegando a el, puso la vna mano en el arzon de lantero, y la otra en el otro, de modo q̄ quedò abraçado con el muslo yzquierdo de su amo, sin osarse apartar del vn dedo: tal era el miedo que tenia a los golpes, que toda via alternatiuamente sonauan. Dixole don Quixote, que contasse algun cuento para entretenerse, como se lo auia prometido: a lo q̄ Sãcho dixo, que si hiziera, si le dexara el temor de lo q̄ oia, pero con todo esso yo meesforçarè a dezir vna historia, que si la acierto a contar, y no me uia a la mano, es la mejor de las historias: y este me vuestra merced atento que ya comienço. Era que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere a buscar. Y ad-
 uierta

nierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron a sus consejas, no fue asì como quiera, que fue vna sentencia de Caton conzorino Romano, q̄ dize: Y el mal para quiè le fuere a buscar: que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se este quedo y no vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino q̄ nos boluamos per otro camino, pues nadie nos fuerça a que sigamos este, donde tantos miedos nos sobrefaltan. Sigue tu cuento Sãcho, dixo dō Quixote, y del camino que hemos de seguir dexame a mi el cuydado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en vn lugar de Estremadura auia vn pastor cabrerizo, quiero dezir, q̄ guardaua cabras, el qual pastor, o cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaua Lope Ruyz: y este Lope Ruyz andaua enamorado de vna pastora que se llamaua Torralua, la qual pastora llamada Torralua, era hija de vn ganadero rico, y este ganadero rico. Si dessa manera cuentas tu cuento Sancho, dixo don Quixote, repitiendo dos vezes lo que vas diziendo, no acatalo en dos dias: dilo seguidamente, y cuento como hombre de entendimiento, y sino, no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sãcho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no se contarlas de otra, ni es bien que V.m. me pida que haga vfos nuevos. Di como quisieres, respondió dō Quixote, q̄ pues la suerte quiere q̄ no pueda dexar de escu-

elchucharte, prosigue. Así que señor mío de mi
 anima, prosiguió Sâcho, que como ya tengo di-
 cho, este pastor andaua enamorado de Torral-
 ua la pastora, que era vna moça rolliza, zaharena,
 y tiraua algo a hõbruna, porque tenia vnos po-
 cos vigotes, que parece que agora la veo. Lue-
 go conocistela tu, dixo don Quixote? No la co-
 noci yo, respondió Sancho, pero quien me con-
 tó este cuento, me dixo, que era tan cierto y ver-
 dadero, que podia bien quando lo contasse a
 otro afirmar, y jurar, que lo auia visto todo. Afir-
 si, que yendo dias, y viniendo dias, el Diablo
 que no duerme, y que todo lo añasca, hizo de
 manera, que el amor que el pastor tenia a la
 pastora se boluiesse en omezilla, y mala volun-
 tad, y la causa fue, segun malas lenguas,
 vna cierta cantidad de zelillos que ella le dio,
 rales, que passauan de la raya, y llegauan a lo
 vedado: y fue tanto lo que el pastor la aborre-
 cio de allí adelante, que por no verla, se quiso
 ausentar de aquella tierra, e yrse dõde sus ojos
 no la viesse jamas. La Torralua que se vio des-
 fdeñada del Lope, luego le quiso bien, mas que
 nunca le hauia querido. Esta es natural condi-
 cion de mugeres, dixo don Quixote, desdenar
 a quien las quiere, y amar a quiẽ las aborrece,
 passa adelante Sancho. Sucedió, dixo Sancho,
 que el pastor puso por obra su determinacion,
 y antecogiẽdo sus cabras se encaminó por los
 câpos de Estremadura, para passarse a los Rey-

nos

nos de Portugal. La Torralua que lo supo se fue
 tras el, y seguiale a pie y descalça, desde lexos,
 con vn bordon en la mano, y con vnas alforjas
 al cuello, donde lleuaua (segun es fama) vn pe-
 daço de espejo, y otro de vn peyne, y no se que
 botezillo de mudas para la cara: mas lleuasse lo
 que lleuasse, que yo no me quiero meter agora en
 averiguallo. Solo dire que dizen, que el pastor
 llegó con su ganado a passar el rio Guadiana,
 y en aquẽlla fazon yua crecido, y casi fuera de
 madre: y por la parte que llegó no auia barca,
 ni barco, ni quien le passasse a el, ni a su ganado
 de la otra parte, de lo que se congoxó mucho,
 porque veia, que la Torralua venia ya muy cer-
 ca, y le auia de dar mucha pesadumbre cõ sus
 ruegos y lagrimas: mas tanto anduuo mirado,
 que vio vn pescador que tenia junto a si vn bar-
 co tan pequeño, que solamente podian caber
 en el vna persona y vna cabra: y con todo esto
 le habló y concertó con el, que le passasse a el,
 ya treziẽtas cabras que lleuaua. Entró el pesca-
 dor en el barco, y passó vna cabra boluió y pas-
 só otra, tornó a boluer, y tornó a passar otra.
 Tega vuestra merced cuenta en las cabras que
 el pescador va passando, porque si se pierde
 vna de la memoria, se acabará el cuento, y
 no será possible contar mas palabra del. Si-
 go pues y digo, que el desembarcadero de la
 otra parte, estava lleno de cieno, y resbaloso, y
 tardaua el pescador mucho tiempo en yr y
 bol-

res, y a encoger los ombros, recogiendo en sí el aliento todo quãto podia. Pero cõ todas estas diligẽcias, fue tan desdichado, q̃ al cabo al cabo, vino a hazer vn poco de ruydo, biẽ diferente de aquel q̃ a el le ponía tanto miedo. Oyolo don Quixote, y dixo: Que rumor es este Sancho? No se señor, respõdio el, alguna cosa nueva deue de ser, que las aventuras y desuenturas, nunca comiẽcan por poco. Tornò otra vez a prouar ventura, y sucediole tan bien, que sin mas ruydo ni alboroto que el pasado, se hallò libre de la carga que tanta pesadumbre le auia dado. Mas como don Quixote tenia el sentido del olfato, tã viuo como el de los oydos, y Sancho estaua tan junto y cosido con el que, como por linea recta subia los vapores hacia arriba, no se pudo escusar de que algunos no llegasen a sus narizes: y apenas huieron llegado, quando el fue al socorro, apretandolas entre los dedos, y con tono algo gangoso, dixo: Perreceme Sancho, q̃ tienes mucho miedo. Si tengo, respondio Sancho, mas en q̃ lo echa de vuestra merced aora mas que nunca? En que otra mas que nunca hueles, y no a ambar, respondio don Quixote. Bien podra ser, dixo Sancho, mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced q̃ me trae a deshoras, y por estos no acostubrados passos. Retirate tres, o quatro alla amigo, dixo don Quixote (todo esto sin quitarle los dedos de las narizes, y desde aqui adelante re-

mas

mas cuẽra cõ tu persona, y cõ lo que deues a la mia, q̃ la mucha conuersacion q̃ tẽgo cõtigo, ha engendrado este menoscupcio. Apostare, repli- cò Sancho, q̃ piẽsa vuestra merced, q̃ yo he hecho de mi persona alguna cosa q̃ no deua. Peor es meneallo amigo Sancho, respõdio don Quixote. En estos coloquios, y otros semejantes, passaron la noche, ayo, y moço. Mas viendo Sancho que a mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligò a Rozinante, y se arò los calçones Como Rozinante se vio libre (aunque el de suyo no era nada brioso) parece que se refintio, y començo a dar manotadas, porque corberas (con perdon suyo) no las sabia hazer. Viendo pues don Quixote, que ya Rozinante se mouia, lo tuuo a buena señal, y creyò q̃ lo era de q̃ acometieresse aquella temerosa auentura. Acabò en esto de descubrirse el alua, y de parecer distintamẽte las cosas, y vio dõ Quixote, q̃ esta ua entre vnos arboles altos, q̃ erã castaños, q̃ ha- zia la sombra muy escura: sintio tãbien q̃ el golpear no cessara, pero no vio quẽ lo podia causar. Y assi sin mas detenerse, hizo sètir las espuelas a Rozinante, y tornado a despedirse de Sancho, le mãdò q̃ alli le aguardasse tres dias, a lo mas largo (como ya otra vez se lo auia dicho) y q̃ si al cabo dellos no huiesse buuelto, tuuiesse por cierto, q̃ Dios auia sido seruido, de q̃ en aquella peligrosa auentura se le acabassen sus dias. Tornole a referir el recaudo y embaxada, q̃ auia

de llevar de su parte a su señora Dulcinea, y en lo q̄ tocava a la paga de sus seruicios, no tuuiesse pena, porq̄ el auia dexado hecho su testamento, antes q̄ saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocãte a su salario rata por caridad del tiempo que huuiesse seruido. Pero que si Dios le sacaua de aquel peligro sano, y saluo, y sin cautela, se podia tener por muy mas q̄ cierta, la promerida Insula. De nuevo tornò a llorar Sãcho, oyẽdo de nuevo las flimeras razones de su buen señor, y determinò de no dexarle, hasta el vltimo transito, y fin de aq̄l negocio. Destas lagrimas, y determinacion tan honrrada de Sãcho Pãça, saca el autor desta historia, que deuia de ser bien nacido, y por lo menos Christiano viejo. Cuyo sentiemiẽto entrecierro necio algo a su amo, pero no tanto que mostrasse flaqueza alguna, antes dissimulãdo lo mejor que pudo, comẽço a caminar hãzia la parte por donde le parecio que el ruydo del agua, y del golpear venia. Seguiale Sãcho a pie, lleuãdo como tenia de costũbre, del cabestro de su jumento, perpetuo compañero de sus prosperas, y diuersas fortunas. Y aniendo andado vna buena pieça por entre aquellos castaños y arboles cobrios, dieron en vn pradezillo, q̄ al pie de vnas altas peñas se hazia, de las quales se precipitaua vn grãdissimo golpe de agua. Al pie de las peñas estauã vnas casas mal hechas, q̄ mas parecían ruynas de edificios, q̄ casas, de entre las quales

les aduirtieron q̄ salia el ruydo y estruẽdo de aquel golpear (que aun no cessaua.) Alborotose Rozinãte con el estruẽdo del agua, y de los golpes: y fosegandole don Quixote, se fue lleuãdo poco a poco a las casas, encomendãdose de todo coraçõ a su señora, suplicãdole que en aquella temerosa jornada, y empresa le favoreciesse: y de camino se encomendaua tambien a Dios, q̄ no le olvidasse. No se le quitaua Sancho del lado, el qual alargaua quãto podia el cuello, y la vista, por entre las piernas de Rozinãte, por ver si veria ya, lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien passos serian los que anduieron, quãdo al doblar de vna pũta, parecio descubierta y patente la misma causa, sin q̄ pudiesse ser otra de aq̄l horrifono, y para ellos espantable ruydo, que tan suspensos y medrosos toda la noche los auia tenido. Y eran (si no lo has, o Lector, por pesadumbre, y enojo) feys maços de batan, que con sus alternatiuos golpes, aquel estruẽdo formauan. Quando dõ Quixote vio, lo q̄ era, enmudecio, y pasmose de arriba a baxo. Mirole Sancho, y vio que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Mirò tambien don Quixote, a Sancho, y viole, q̄ tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa, cõ euidentẽs señaes de q̄ rer rebentar cõ ella: y no pudo su melãcolia tanto cõ el, q̄ a la vista de Sãcho pudiesse dexar de reyrse: y como vio Sancho q̄ su amo auia comẽ

gado, soltó la presa de manera, q̄ tuuo necesidad de apretarse las hijadas cō los puños, por no rebētar riēdo. Quatro vezes sossegó, y otras tantas boluió a su risa, con el mismo impetu q̄ primero: de lo qual ya se daua al Diabolo don Quixote: y mas quādo le oyo dezir, como por modo de físga: Has de saber, o Sancho amigo, q̄ yo naci por q̄rer del cielo, en esta nuestra edad de hietro, para resuscitar en ella la dorada, o de oro. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, la hazañas grādes, los valerosos fechos. Y por aqui fue repitiendo, todas las mas razones q̄ dō Quixote dixo la vez primera q̄ oyeron los temerosos golpes. Viendo pues don Quixote, q̄ Sancho hazia burla de le, corrió, y enojó en tanta manera, que algō el le gon, y le assentó dos palos, tales, q̄ si como los recibio en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salārio, sino fuera asus herederos. Viēdo Sācho que sacaua tantas malas veras de sus burlas, cō temor de q̄ su amor no pasasse adelāte en ellas, con mucha humildad le dixo: Sossieguese vuestra merced, q̄ por Dios q̄ me burlo. Pues porq̄ os burlays, no me burlo yo, respōdio dō Quixote. Venid aca señor alegre, pareceos a vos q̄ si como estos fuerō maços de batā, fuerā otra peligrosa auentura, no auia yo mostrado el animo q̄ cōuenia para emprédella y acaballa? Estoy yo obligado a dicha (siēdo, como soy, Cauallero) a conocer y distinguir

distinguir los sones, y saber quales son de batā, o no? Y mas q̄ podria ser (como es verdad) q̄ no los he visto en mi vida, como los aureys visto como villāno ruyn q̄ soys, criado, y nacido entre ellos. Sino hazed vos q̄ estos seys maços, se bueluā en seys layanes, y echadmelos a las barras vno a vno, o todos jutos, y quādo yo no diere cō todos patas arriba, hazed de mi la burla q̄ quisieredes. No aya mas señor mio replicó Sācho, q̄ yo confieso q̄ he andado algo risueño en demasia: pero digame vuestra merced, aora q̄ estamos en paz, así Dios le saq̄ de todas las auēturas q̄ le sucedierē, tan sano, y saluo, como le ha sacado desta, no ha sido cosa de reyr, y lo es de cōtar, el grā miedo q̄ hemos tenido, alomenos el q̄ yo tuue, q̄ de vuestra merced, ya yo se q̄ no le conoce, ni sabe q̄ es temor, ni espāto. No niego yo (respōdio dō Quixote, q̄ lo q̄ nos ha sucedido, no sea cosa digna de risa, pero no es digna de contrarse, q̄ no son todas las personas tā discretas, q̄ sepā poner en su pūto las cosas. Alomenos (respōdio Sancho) supo vuestra merced poner en su pūto el lācon, apūtādome a la cabeza, y dādome en las espaldas: gracias a Dios, y a la diligēcia q̄ puse en ladearme. Pero vaya, q̄ todo saldra en la colada, que yo he oyo dezir: Esse te quiere biē, que te haze llorar: y mas que suelen los principales señores, tras una mala palabra que dizen a vn criado, darle luego vnas calças, aunque no se lo que le suele

dar tras anerte dado de palos: si ya no es, que los Caualleros andâtes, dan tras palos Insulas o Reynos, en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo dō Quixote, que todo lo q̄ dizes viñesse a ser verdad, y perdona lo passado, pues eres discreto, y sabes que los primeros moni miêtos no son en mano del hōbre: y està aduertido de aqui adelâte en vna cosa (para q̄ te abastegas y reportes en el hablar demasiado como go) que en quâtos libros de cauallerias he leydo, que son infinitos, jamas he hallado que ningún escudero hablasse tâto cō su señor, como tu con el tuyo. Y en verdad q̄ lo tēgo a gran falta tuya, y mia: tuya, en q̄ me estimas en poco: mia, en q̄ no me dexo estimar en mas. Si q̄ Gādalin, Escudero de Amadis de Gaula, Cōde fue de la Insula firme. Y se lee del, q̄ siempre hablaua a su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza, y doblado el cuerpo (moro Turquesco.) Pues q̄ diremos de Gasabal, escudero de Don Galaor, q̄ fue tâ callado, q̄ para declararnos la excelēcia de su marauilloso filēcio, sola vna vez se nōbra su nōbre, en toda aquella tan grãde como verdadera historia. De todo lo q̄ he dicho, has de inferir Sâcho, que es menester hazer diferencia, de su amo a moço, de señor a criado, de Cauallero a escudero. Assi, q̄ desde oy adelante, nos hemos de tratar cō mas respeto, sin darnos corde lejo, porque de qualquier manera q̄ yo me enoje con vos, ha de ser mal para el caso.

ro.

ro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido, llegaràn a su tiempo, y sino llegaren, el salario alomenos no se ha de perder (como ya os he dicho.) Està bien quanto vuestra merced dize, dixo Sâcho. Pero querria yo saber (por si a caso no llegasse el tiempo de las mercedes, y fuesse necessario acudir al de los salarios) quãto ganaua vn escudero de vn Cauallero andante, en aquellos tiempos? y si se concertaua por meses, o por dias, como peones de albañir? No creo yo, respōdio dō Quixote, que jamas los tales escuderos estuuieron a salario, sino a merced. Y si yo aora te le he señalado a ti, en el testamēto cerrado q̄ dexè en mi casa, fue por lo q̄ podia suceder, q̄ aun no se como prueua en estos tâ calamitosos tiēpos nuestros la caualleria, y no q̄rria q̄ por pocas cosas penasse mi anima en el otro mūdo. Porq̄ quiero q̄ sepas Sâcho q̄ en el no ay estado mas peligroso, q̄ el de los auentureros. Assi es verdad, dixo Sâcho, pues solo el ruydo de los maços de vn batà, pudo alborotar, y desasosegar el coraçō de vn tâ valero andante auēturerero, como es vuestra merced. Mas biē puede estar seguro, q̄ de aqui adelâte no despliegue mis labios para hazer donayre de las cosas de vuestra merced, sino fuere para hōrrarle, como a mi amo, y señor natural. Dessa manera, replico don Quixote, viuiras sobre la haz de la tierra, porq̄ despues de a los padres, a los amos se ha de respetar, como, si lo fuesen.

Cap. XXI. Que trata de la alta auentura, y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro inuencible Cauallero.

EN esto començo a llober vn poco, y quisiéron Sâcho que se entraran en el Molino de los batanes. Mas auiales cobrado tal aborrecimiento dô Quixote, por la pesada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y asî torciendo el camino a la derecha mano, diéron en otro como el que auia llevado el dia de antes. De alli a poco, descubrio don Quixote vn hombre a cauallo, que trahia en la cabeça vna cosa que relubraua, como si fuera de oro, y aû el a penas le huio visto, quando se boluio a Sâcho, y le dixoxo: Pareceme Sancho, que no ay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiència, madre de las ciencias todas: especialmente aquel q dize. Donde vna puerta se cierra, otra se abre. Digolo, porq si anoche nos cerrò la vètura la puerta de las q buscamos, engañandonos cò los batanes, agora nos abre de par otra, para otra meyor y mas cierta auentura, que si yo no acertare a entrar por ella, mia sera la culpa, sin q la pueda dar a la poca noticia de batanes, ni a la escuridad de la noche. Digo esto, porq sino me engaño, hâzianosotros viene vno, que trae en su cabeça puesto el yelmo de Mâbrino, sobreque yo hize el jaramero q sabes. Mire vuestra merced bien lo q dize,

dize, y mejor lo que haze, dixo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes, q nos acabassen de batanar, y aporrear el sentido. Valate el Diablo por hombre, replico don Quixote, q va de yelmo a batanes? Mo se nada, respondió Sancho, mas a fe que si yo pudiera hablar tâto como solia, qui quiza diera tales razones, que vuestra merced viera q se engañaua en lo q dize: Como me puedo engañar en lo que digo, traydor escurpuloso, dixo dô Quixote? Dime, no ves aql Cauallero q hâzia nosotros viene, sobre vn cauallo ruzio rodado, q trae puesto en la cabeça vn yelmo de oro? Lo q yo veo y columbro, respondió Sâcho, no es sino vn hõbre sobre vn alno pardo como el mio, q trae sobre la cabeça vna cosa q relubra. Pues esse es el yelmo de Mâbrino, dixo dô Quixote, apartate a vna parte, y dexame cò el a solas, veras quã sin hablar palabra, por ahorrar del tiẽpo, còcluyo esta auentura, y qda por mio el yelmo, q tâto he desseado. Yo me tẽgo en cuydado el apartarme, replicò Sâcho: mas qera Dios, torno a dezir, q oregano sea, y no batanes. Ya os he dicho hermano, q no me mèteys, ni por piẽso, mas esso d los batanes, dixo dô Quixote, q voto, y no digo mas q os batanee el alma. Callò Sâcho, cò temor q su amo no cùpliesse el voto, q le auia echado, redondo como vna bola. Es pues el caso, q el yelmo, y el canallo, y Cauallero q dô Quixote vehia, era esto, q enaql cõtorno auia dos lugares, el vno tã

pequeño, que ni tenia botica, ni Barbero, ni otro que estaua junto a si, y assi el Barbero del mayor, seruia al menor: en el qual tuuo necesidad vn enfermo de sangrarse, y otro de hazer se la barba, para lo qual venia el Barbero, y traia vna bazia de azofar. Y quiso la suerte, que al tiempo que venia, començo a llouer, y por que no se le manchasse el sombrero, q̄ deuia de ser nueuo, se puso la bazia sobre la cabeza, y como estaua limpia, desde media legua relumbraua: Venia sobre vn asno pardo, como Sâcho dixoxo, y esta fue la ocasion que a don Quixote le parecio cauallero rodado, y Cauallero, y yelmo de oro: q̄ todas las cosas q̄ vehia, cō mucha facilidad las acomodaua a sus desuarias cauallerias, y mal andâtes pensamientos. Y quando el vio q̄ el pobre Cauallero llegaua cerca, sin ponerse cō el en razones, a todo correr de Rozinante, le enristro con el lançon baxo, lleuâdo intencio de passarle de parte a parte. Mas quando a el llegaua, sin detener la furia de su carrera, le dixo: Desfiedete cautiua criatura, o entregame de tu voluntad, lo q̄ con rãta razon se me deue. El Barbero, q̄ tan sin pẽsarlo, ni temerlo vio venir aquella fantasma sobre si, no tuuo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lãça, sino fue el dexarse caer del asno a baxo: y no huuo tocado al suelo, quando se leuãdo mas ligero q̄ vn gamo, y començo a correr por aquel llano, q̄ no le alcançara el viento. Dexose

la bazia en el suelo, con la qual se cõtentò don Quixote, y dixo, que el pagano auia andado discreto, y q̄ auia imitado al Castor: el qual viendose acosado de los Caçadores, se raaça y haria cō los diẽres, aquello por lo q̄ el por distinto natural sabe q̄ es perseguido. Mãdò a Sâcho, q̄ alçasse el yelmo, el qual tomãdola en las manos dixo: Por Dios q̄ la baxia es buena, y q̄ vale vn real de a ocho, como vn marauedi. Y dãdõsela a su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeãdola a vna parte y a otra, buscandole el encaixe: y como no se le hallaua, dixo: sin duda q̄ el pagano, a cuya medida se forjo primero esta famosa celada, deuia de tener grandissima cabeza, y lo peor dello es, q̄ le falta la mitad. Quando Sancho oyò llamar a la bazia celada, no pudo tener la risa, mas vino a las mientes, la cõtera de su amo, y callò en la mitad della. De que te ries Sancho, dixo dõ Quixote? Riome, respõdio el, de considerar la grã cabeza q̄ tenia el pagano, dueño deste almete q̄ no semeja sino vna bazia de Barbero pinti parada. Sabes q̄ imagino Sancho, q̄ esta famosa pieça deste encãtado yelmo, por algun estraño accidẽte deuio de venir a manos de quien no supo conocer; ni estimar su valor, y sin saber lo que hazia, viendola de oro purissimo, deuio de fundir la otra mitad para aprouecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta q̄ parece bazia de Barbero, como tu dizes: pero sea lo q̄ fuere, q̄ para mi q̄ la



conozco, no haze al caso su transmutació, yo la adereçare en el primer lugar donde ay herrero, y de suerte q̄ no le haga ventaja, ni a se llegue, la q̄ hizo y forjó el dios de las herrias, para el dios de las batallas: y en este entrato la traere como pudiere, q̄ mas vale algo no nada: quanto mas, que bien fera bastate para defenderme de alguna pedrada. Esto sera, dixo Sancho, sino se tira con hoda, como se tiraron en la pelea de los dos exercitos, quando le fanguaron a vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza, donde venia aquel benditissimo breuaje, que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el auerle perdido, que ya sabes tu Sancho, dixo don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondió Sâcho. Pero si yo le hiziere, ni le prohare mas en mi vida, aqui sea mi hora. Quando mas que no piêso ponerme en ocasiô de auer menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos, de ser ferido, ni de ferir a nadie. De lo del ser otra vez mâteado, no digo nada, que semejâtes desgracias mal se pueden puenir; y si vienen, no ay q̄ hazer otra cosa, sino encoger los hōbros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse yr por donde la suerte, y mâta nos lleuare. Mal Christiano eres Sancho, dixo oyêdo esto don Quixote, por q̄ nunca en todas la injuria que vna vez te han hecho: pero sabete que es de pechos nobles generosos, no hazer

hazer caso de niñerías. Que pie sacaste coxo, q̄ costilla quebrada, q̄ cabeza rota, para q̄ no se te oluide aq̄lla burla? q̄ bien apurada la cosa, burla fue, y passatiêpo, q̄ a no entêderlo yo asî, ya yo huuiera buuelto alla, y huuiera hecho en tu vengança mas daño, que el q̄ hizierô los Griegos por la robada Elena. La qual si fuera en este tiêpo, o mi Dulcinêa fuera en aquel, pudiera estar segura, q̄ no tuuiera tanta fama de hermosa como tiene: ya qui dio vn suspiro, y le puso en las nuues. Y dixo Sâcho, por burlas, pues la vêgaça no puede passar en veras: pero yo se de que calidad fuerô las veras y las burlas, y se tãbien q̄ no se me caerán de la memoria, como nũca se quitaran de las espaldas. Pero dexâdo esto a parte, digame vuestra merced, q̄ haremos deste canallo ruzio rodado, q̄ parece asno parado, q̄ dexô aqui desâparado aquel Martino, q̄ vuestra merced derribô, q̄ segû el puso los pies en poluorosa, y cogio las de Villadiego no lleuaua p̄ genio de boluer por el jamas, y para mis barbas, sino es bueno el ruzio. Nũca yo acostûbro, dixo dō Quixote, despojar a los que vêço, ni es vso de caualleria, en sacarles los caualllos y dexarlos a pie: si ya no fuesse q̄ el vencedor hubiese p̄dido en la p̄dêcia el suyo, q̄ en tal caso licito es tomar el del vêcido, como ganado en guerra licita. Asî, q̄ Sâcho dexa esse canallo, o asno, o lo q̄ tu quisieres q̄ sea, que como su dueño nos vea alongados de aqui, boluera por el. Dios

Dios sabe si quisiera llevarlo, replicò Sancho por lo menos trocalle có este mío, q̄ no me parece tan bueno; verdaderamēte q̄ son estrechas las leyes de caualleria, pues no se estienden a dexar trocar vn asno por otro, y querria saber si podria trocar los aparejos si quiera. En esto no estoy muy cierto, respondió don Quixote, y en caso de duda (hasta estar mejor informado) digo q̄ los trueques, si es q̄ tienes dellos necesidad estrema. Tan estrema es, respondió Sancho, q̄ si fueran para mi mesma persona, no los huuiera menester mas: y luego abilitado con aquella licencia, hizo mutacion caparū, y puso su jumento a las mil lindezas, dexandole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorzaron de las sobras del real q̄ del azemila despojaron, beuieron del agua del arroyo de los batanes, sin boluer la cara amirillos (tal era el aborrecimieto que les tenia, por el miedo en q̄ le auia puesto, q̄ corrada la colera, y aun la melancolia, subieron a cavallo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de Caualleros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron a caminar por donde le voluntad de Rozinante quiso. (que se lleuaua tras si la de su amo, y aun la del asno, que siēpre le seguia por donde quier) y como que guiana, en buen amor y compañía, y como todo esto boluierō al camino real, y siguierō por el la ventura, sin otro desegno alguno. Yendo pues así caminando, dixo Sācho a su amo

Señor

Señor quiere vuestra merced darme licencia, q̄ departa vn poco con el, que despues q̄ me puso aquel aspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas quatro cosas en el estomago, y vna sola que agora tengo en el pico dela lengua, no querria que se mal lograse? Dila, dixo don Quixote, y se breue en tus razonamietos, que ninguno ay gustoso, si es largo. Digo pues señor, respondió Sancho, que de algunos dias a esta parte he considerado, quan poco se gana y grangea de andar buscando estas aventuras, que vuestra merced busca por estos desiertos, y encruzijadas de caminos, donde ya que se vençan y acaben las mas peligrosas, no ay quien las vea, ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio y en perjuizio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen. Y así me parece q̄ seria mejor (saluo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuessemos a seruir a algun Emperador, o a otro Principe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo seruicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerças, y mayor entendimieto: que visto esto del señor a quien seruiremos, por fuerza nos ha de remunerar, a cada qual segun sus meritos; y allí no faltara quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced, para perpetua memoria. De las mias, no digo nada, pues no han de salir de los limites escudriles: aunque se dezir, que si se vsa en la Caualleria

escriuir



escruiir hazañas de Escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre réglones. No dizes mal Sancho, respondió don Quixote, mas antes q̄ se llegue a esse termino, es menester andar por el mundo como en aprobacion buscando las auenturas: para que acabando algunas, se cobre nombre, y fama, tal, que quando se fuere a la Corte de algun gran Monarcha, y sea el Cauallero conocido por sus obras, y que apenas le ayan visto entrar los mochachos por la puerta de la ciudad, quando todos le sigan y rodeen dando bozes, diziendo. Este es el Cauallero del Sol ò de la Sierpe, o de otra insignia alguna, debaxo de la qual huuiere acabado algunas hazañas. Este es, diran, el que vencio en singular batalla al Gigantazo Brocabruno de gran fuerça, el que desencantò al gran Mameluco de Persia, del largo encantamento, en que hauia estado casi nouecientos años. Assi, que de mano en mano yran pregonado sus hechos: y luego al alboroto de los mochachos, y de la demás gente, se parará a las fenestras de su Real Palacio, el Rey de aquel Reynò: y assi como vea al Cauallero, conociéndole por las armas, o por la empresa del escudo, forçosamente ha de decir: Ea sus, salgan mis Caualleros, quantos en mi Corte estan, a recebir a la flor de la Caualleria que alli viene: a cuyo mandamiento saldrán todos, y el llegará hasta la mitad de la escalera, y le abraçará estrechissimamente, y le dará por

bolándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora Reyna, adonde el Cauallero la hallará con la Infanta su hija, q̄ ha de ser vna de las mas formosas y acabadas dözellas, q̄ en grã parte delo descubierro de la tierra, a duras penas se puede hallar. Sucedera tras esto, luego en continente, q̄ ella ponga los ojos en el Cauallero, y el en los della, y cada vno parezca a otro, cosa mas diuina q̄ humana, y sin saber como, ni como no, hã de quedar presos, y enlazados en la intricable red amorosa, y cõ grã cuyta en sus coraçones, por no saber como se han de hablar, para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde alli le llevarán sin duda a algũ quarto del Palacio ricamente aderezado: dõde auindole quitado las armas, le traeran vn rico mãton de escarlata, cõ que se cubra, y si bien parecio armado, tã biẽ, y mejor ha de parecer en farsero. Venida la noche, cenará con el Rey, Reyna, e Infanta, dõde nunca quitará los ojos della, mirádola a furto de los circũstãtes: y ella hara lo mesmo cõ la mesma sagacidad, porque como tẽgo dicho, es muy discreta dözella. Levatar se hã las tablas, y entrará a deshora por la puerta de la sala, vn feo y pequeño enano, cõ vna fermosa dueña, q̄ entre dos Gigãtes, detras del enano viene, con cierta anëtura, hecha por vn antiquissimo sabio, q̄ el q̄ la acabe sera tenido por el mejor Cauallero del mundo. Mádará luego el Rey, que todos los q̄ estã presentes, la

prueue, y ninguno le dara fin y cima, sino el Cavallero huésped, en mucho pro de su fama, de lo qual qdara cōtētissima la Infanta, y se tendrá por cōtenta y pagada ademas, por auer puello y colocado sus pesamientos en tā alta parte. Y lo bueno es, q̄ este Rey, o Principe, o lo que es, tiene vna muy reñida guerra, cō otro tan poderoso como el: y el Cavallero huésped le pide (al cabo de algunos dias q̄ ha estado en su Corte) licencia para yr a servirle en aquella guerra dicha. Darasela el Rey de muy buē talare, y el Cavallero le besara cortesmente las manos, por la merced que le faze. Y aquella noche le despedira de su señora la Infanta, por las rejas de vn jardin, que cae en el aposento dōde ella duerme, por las quales ya otras muchas vezes la auia hablado, siēdo medianera y sabidora de todo, vna dōzella de quiē la Infanta mucho se fia. Suspirara el, desmayarase ella, traera agua la dōzella, acuytarase mucho, porque viene la mañana, y no q̄rria q̄ fuesen descubiertos, por la hōrra de su señora. Finalmēte, la Infanta bota en si, y dara sus blācas manos por la reja al Cavallero, el qual se las besarā mil y mil vezes, y selas bañara en lagrimas. Que darā cōcerrado entre los dos, del modo q̄ se hā de hazer saber sus buenos, o malos successos: y rogarale la Princesa, q̄ se detēga lo menos q̄ pudiere: prometerse lo ha el, cō muchos juramēto: tornales a besar las manos, y despídese cō tāto sētimēto que

q̄ estará poco por acabar la vida: vase desde alia su aposēto, echase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida: madruga muy demañana, vase a despedir del Rey, y de la Reyna, y de la Infanta: dizele, auiedose despedido de los dos, q̄ la señora Infanta estā mal dispuesta, y q̄ no puede recebir visita: piēsa el Cavallero, q̄ es de pena de su partida, traspassassele el coraçō, y falta poco de no dar indicio manifesto de su pena: estā la dōzella medianera delante, halo de notar todo, vafelo a dezir a su señora, la qual la recibe cō lagrimas, y le dize, q̄ vna de las mayores penas q̄ tiene, es no saber quiē sea su Cavallero, y si es de linage de Reyes, o no: asegurala la dōzella, q̄ no puede caber tanta cortesia, gentileza, y valētia, como la desu Cavallero, sino en sujeto real y graue. Consuela se cō esto la cuyrada, y procura cōsolarle, por no dar mal indicio de si a sus padres. Ya cabo de dos dias sale en publico: ya se es ydo el Cavallero, pelea en la guerra, vee al enemigo del Rey: gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, buelue a la Corte, ve a su señora por dō de fuele, cōciertase q̄ la pida a su padre por muget, en pago de sus seruicios; no se la quiere dar el Rey, porq̄ no sabe quiē es. Pero cō todo esto, o robada, o de otra qualquier suerte q̄ sea, la Infanta viene a ser su esposa, y su padre lo viene a tener a gran ventura, porque se vino a aueriguar, q̄ el tal Cavallero es hijo de vn valedero.

oso Rey de no se qué Reyno, porque creo q no
deue de estar en el Mapa. Muere el padre, he-
reda la Infanta, queda Rey el Cauallero en dos
palabras. Aqui entra luego el hazer mercedes
a su escudero, y a todos aquellos q le ayudaro
a subir a tan alto estado. Casa a su escudero con
vna donzella de la Infanta, q sera sin duda, la q
fue tercera en sus amores, q es hija de vn Du-
que muy principal. Esto pido, y barras derechas, di-
xo Sâcho, a esto me atengo, porq todo al pie de
la letra ha de suceder por vuestra merced, llas-
mandose: El Cauallero de la triste Figura. No
lo dades Sâcho, replicò don Quixote, porq del
mismo, y por los mesmos passos q esto he con-
tado, suben, y han subido los Caualleros andâ-
tes, a ser Reyes y Emperadores. Solo falta aora
mirar, q Rey de los Christianos, o de los Paga-
nos tenga guerra, y tēga hija hermosa: pero tie-
po haura para pēsar esto, pūes como te tēgo di-
cho, primero se ha de cobrar fama por otras par-
tes, q se acuda a la Corte. Tâbien me falta otra
cosa, q pūesto caso q se halle Rey con guerra, y
con hija hermosa, y q yo aya cobrado fama in-
creyble por todo el vniuerso, no se yo, como se
podria hallar que yo sea de linage de Reyes, o
por lo menos primo segundo de Emperador.
Porq no me querra el Rey dar a su hija por mu-
ger, lino està primero muy enterado en esto, aū-
que mas lo merezcâ mis famosos hechos: âsi q
por esta falta, tēmo perder lo q mi brazo tiene
bien

biē merecido. Biē es verdad, q yo soy hijo dal-
go, de solar conocido, de possession, y propie-
dad, y de denengar quinientos sueldos: y podria
ser, q el sabio q escriuiessē mi historia, deslin-
dassē de tal manera mi parētela y decēdencia,
q me hallassē quinto, o sexto nieto de Rey. Porq
te hago saber Sâcho, q ay dos maneras de lina-
ges en el mūdo: vnos q traen y deribâ su decē-
dēcia de Principes, y Monarcas, a quien poco a
poco el tiēpo ha deshecho, y hâ acabado en pū-
ta, como piramides. Otros tūniēto principio
de gente baxa, y vâ subiendo de grado en grado,
hasta llegar a ser grandes señores. De manera, q
estâ la differēcia, en q vnos fuerō, q ya no son: y
otros son q ya no fuerō, y podria ser yo destos,
q despues de aueriguado, huuiessē sido mi prin-
cipio grâde, y famoso, cō lo qual se deuia de cō-
tentar el Rey mi suegro q huuiere de ser. Y quâ-
do no, la Infanta me ha de qrer de manera, q a
pesar de su padre, aūq claramente sepa q soy
hijo de açacâ, me ha de admitir por señor, y por
esposo: y si no aqui entra el roballa, y llevarla
dōde mas gusto me diere, q el tiēpo, o la muer-
te ha de acabar el enojo de sus padres. Ahî en-
trabiē tâbien, dixo Sâcho, lo q algunos desalma-
dos dizen; No pidas de grado, lo q puedes to-
mar por fuerza. Aūq mejor quadra dezir: Mas
vale salto de mata, que ruego de hombres bue-
nos. Digolo, porque si el señor Rey, suegro de
vuestra merced, no se quisiere domēnar a entō-
garle

garle a mi señora la Infanta, no ay sino como vuestra merced dize, roballa y trasponella. Pero está el daño, que entanto q se hagan las paces, y se goze pacíficamente del Reyno, el pobre escudero se podrá estar a diéte, en esto de las mercedes: si ya no es, q la dōzella tercera, ha de ser su muger, se sale con la Infanta, y el pisa con ella su mala ventura, hasta que el cielo ordene otra cosa, porque bien podrá, creo yo, desde luego darsela su señor, por legitima esposa. Esto no ay quien la quite, dixo dō Quixote. Pues como esso sea, respondió Sancho, no ay sino encomendarnos a Dios, y dexar correr la suerte, por dōde mejor lo encaminare. Hagalo Dios, respondió dō Quixote, como yo desseo, y tu Sancho has menester; y ruyn sea quié por ruyn se tiene. Sea par Dios, dixo Sācho, que yo Christiano viejo soy, y para ser Conde, esto me basta. Y aun te sobra, dixo don Quixote; y quando no lo fueras, no hazia nada al caso: porque siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza, sin que la compres, ni me siruas con nada: por ende en haziendote Conde, catate ahí Cauallero, y digan lo que dixerén, q a buena fe, que te hā de llamar Señoria, mal que les pese. Y montas, que no sabria yo autorizar el litado, dixo Sancho. Dictado has de dezir, q no litado, dixo su amo. Sea así, respondió Sancho Pāça. Digo q le sabria bien acomodar, porque por vida mía, q vn tiempo fuy Munidor de vna Cofradia, y q me al-

sentaua

sentaua tan bien la ropa de Munidor, q dezian todos, q tenia presencia para poder ser Prior de la mesma Cofradia. Pues q será, quando me ponga vn ropon Ducal acuestas, o me vista de oro, y de perlas, a vso de Conde extranjero; para mi tengo, q me hā de venir a ver de cien leguas. Bien parecieras, dixo don Quixote, pero sera menester, q te rapas las barbas a menudo, que segun las tienes de espesas, aborascadas, y mal puestas, si no te las rapas a navaja, cada dos dias por lo menos, a tiro de escopeta se echara de ver lo q eres. Que ay mas, dixo Sācho, si no tomar vn barbero, y tenerle assalariado en casa, y aun si fuere menester, le hare q ande tras mi, como Cauallerizo de Grande. Pues como sabes tu preguntó don Quixote, que los Grandes llevan detras de si a sus Cauallerizos? Y se lo dire, respondió Sācho: Los años passados estuue vn mes en la Corte, y alli vi q passeandose vn señor muy pequeño, que dezian q era muy grande, vn hombre le seguia a cavallo, a todas las bueltas que daua, que no parecia, si no que era su rabo. Pregunte, que como aquel hombre no se juntaua con el otro, si no que siempre andaba tras del? Respondieronme, que era su Cauallerizo, y que era vso de Grandes, llevar tras si a los tales. Desde entonces lo se tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo q tienes razon, dixo don Quixote, y q así puedes tu llevar a vn barbero, q los vlos no vinieron todos juntos,

P 4

ni se

ni se inventaró a vna, y puedes ser tu el primer Cōde q̄ lleue tras sí su barbero: y aū es de mucha confianza el hazer la barba, que enfiar vn canillo. Quedese esso del barbero a mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede, el procurar venir a ser Rey, y el hazerme Conde. Así fiera, respondió dō Quixote, y alçádo los ojos, lo que se dira en el siguiente Capitulo.

Cap. XXII. De la libertad que dio don Quixote a muchos desdichados que mal de su grado los llevaban, donde no quisieran yr.

CVENTA Cide Hamete Benengeli, autor Arauigo, y Manchego, en esta gran historia, alrisonante, minima, dulce, e imaginada, que despues que entre el famoso don Quixote dela Mancha, y Sācho Pança su escudero, passaron aquellas razones, que en el fin del capitulo veinte y vno quedan referidas: Que don Quixote alçó los ojos, y vio que por el camino que lleuaua, venian hasta doze hombres a pie, enarrados como cuéntas, en vna gran cadena de hierro, por los cuellos, y y todos con esposas a las manos. Venian así mismo con ellos, dos hombres de acuallo, y dos de a pie. Los de acuallo, con escopetas de rueda, y los de a pie con dardos y espadas: y que así como Sancho Pança los ydo, dixo: Esta es cadena de galeotes, gente forçada del Rey, que va a las galeras. Como gēte forçada, preguntó dō Quixote?

¿Puede ser posible, que el Rey haga fuerza a ninguna gente? No digo esso, respondió Sācho, si no q̄ es gēte, que por sus delitos va cōdenada a servir al Rey en las Galeras de por fuerza. En resolucion, replicó don Quixote: como quiera que ello sea, esta gente, aunque los lleuá, van de por fuerza, y no de su voluntad. Así es, dixo Sācho. Pues dessa manera, dixo su amo, aqui encaxa la execuciō de mi oficio, desfazer fuerças, y socorrer, y acudir a los miserables. Aduerta vuestra merced, dixo Sācho, que la justicia, que es el mismo Rey, no haze fuerza, ni agrauio a semejante gēte, si no que los caltiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los Galeotes, y don Quixote, con muy corteses razones, pidió a los q̄ yua en su guarda, fuesen servidos de informalle, y dízille, la causa, o causas, por que lleuá aquella gēte de aquella manera? Vna de las guardas de acuallo respondió, q̄ era galeotes, gente de su Magestad, que yua a las galeras, y q̄ no auia mas que dezir, ni el tenia mas q̄ saber. Cō todo esso, replicó dō Quixote, q̄rria saber de cada vno dellos en particular, la causa de su desgracia? Añadio a estas, otras razones, y tan comedidas razones, para mouerlos a que le dixessen lo que dessea, q̄ la otra guarda de acuallo le dixo: Aunque leuamos aqui el registro, y la fe de las sentēcias, de cada vno de estos malauēturados, no es tiempo este de tenerles a sacarlas, ni a lleuallas, vuestra merced lle-



llegue y se lo pregúte a ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que si querran, porque es gente que recibe gusto, de hazer, y dezir vellequias. Con esta licencia que dō Quixote se tomó, aunque no se la dieran, se llegó a la cadena, y al primero le preguntó: Que porque pecados yua de tan mala guisa? El le respondió, que por enamorado yua de aquella manera. Por esto no mas, replicó don Quixote: ¿pues si por enamorados echana galeras, dias ha, ¿pudiera yo estar bogado en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dixo el galeote, que los míos fuerō, que quise tanto a vna canasta de colar, atestada de ropa blāca, que la abrace conmigo tan fuertemente, que a no quitarmela la justicia por fuerza, aun hasta agora no la hubiera dexado de mi voluntad. Fue en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyose la causa, acordaronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precios de gurapas, y acabose la obra. Que son gurapas, preguntó don Quixote: ¿Gurapas son Galeras, respondió el galeote: el qual era vn moço de hasta edad de veynte y quatro años, y dixo que era natural de Piedrahíta. Lo mesmo preguntó don Quixote al segundo, el qual no respondió palabra, segun yua de triste y melancólico: mas respondió por el primero, y dixo. Este señor va por Canario, digo por musico y cantor. Pues como, repitió dō Quixote, por musicos y cantores van tambien a galeras?

Si señor, respondió el galeote, que no ay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he yo oydo dezir, dixo dō Quixote, que quien cáta, los males espanta. Aca es al reues, dixo el galeote, que quie cáta vna vez, llora toda la vida. No entiendo, dixo dō Quixote: mas vna de las guardas le dixo: Señor Cauallero, cantar en el ansia se dize entre esta gente nõ santa, cõfessar en el tormēto. A este pecador le dierō tormēto, y cõfeso su delito, que era ser quattrero, que es ser ladrón de bestias, y por hauer confesado, le condenaron por seys años a galeras, amen de dozientos açores que ya lleua en las espaldas. Y va siempre pesadísimo y triste, porque los demás ladrones que alla quedan, y aqui van, le maltratan, y aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco, porq̃ confesó, y no tuvo animo de dezir no nes. Porque dicen ellos, q̃ tantas letras tiene vno, como vn si: y q̃ harra vettura tiene vn delin- te, y no en la de los testigos, y prouāças, y para lo tengo, que no van muy fuera de camino. Y yo pasando así, respondió don Quixote, el qual qual deprestó, y con mucho desenfado respondió, y dixo. Yo voy por cinco años a las señoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo dare veynte de muy buena gana, dixo dō Quixote. Por libraros dessa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quie tiene dineros en

mitad del golfo, y se esta muriendo de hambre sin tener adóde cóprar lo que ha menester. De go, porque si a su tiépo tuuiera yo essos veynte ducados q̄ vuestra merced aora me ofréciera vtado con ellos la pēdola del escrivano, y auuiado el ingenio del procurador de manera, q̄ oy me viera en mitad de la plaza de Zocodouer de Toledo, y no en este camino atrayllado como galgo: pero Dios es grāde, y ciēcia, y basta. Passo dó Quixote al quarto, que era vn hōbre de venerable rostro, cō vna barba blāca, que le passaua del pecho: el qual oyendo se preguntār la causa por q̄ alli venia, comēgo a llorar, y no respōdio palabra; mas el quinto conuenado le siruio de lēgua, y dixo: Este hōbre ha rado va por quatro años a galeras, auiedo palseado las acostūbradas, vestido en pōpa, y a caballo. Esto es dixo Sācho Pāça, a lo q̄ a mi me parece, auer salido a la verguēça. Afsi es, replicó el galeote: y la culpa por q̄ le diēro esta pena, es por auer sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efeto quiero dezir, q̄ este cauallero va por alcahuete, y por tener afsi mesmo las pūtas, y collar de hechizero. A no auerle anadi do essas puntas, y collar, dixo dó Quixote, por solamēte el alcahuete limpio, no merecia el castigo de vogar en las galeras, sino a mandallas, y a fegulas en el General dellas por q̄ no es afsi como quiera el oficio de alcahuete, q̄ es oficio de discretos, y necessarissimo en la republica biē ordenada, que

q̄ no le denia exercer sino gēte muy bien nacida: y aū auia de auer veedor, y examinador de los tales, como le ay de los demas officios con numero deputado y conocido, como corredores de lonja; y desta manera se escusarian muchos males q̄ se causan, por andar este oficio, y exercicio entre gēte idiota, y de poco entēdimiēto: como sō mugerzillas de poco mas a menos, pajezillos, y rruhanes de pocos años, y de poca experiencia, q̄ a la mas necessaria ocasiō, y quādo es menester dar vna traça que importa, y no sabē qual es su mano derecha. Qui siera nia haizer elecció de los q̄ en la republica auia de tener tan necessario oficio: pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo dire, a quien lo pueda proueer y remediar. Solo digo agora, q̄ la pena q̄ me ha causado venestas blancas canas, y este rostro venerable en tāta fatiga, por alcahuete, me la ha quitado el adfanto de su hechizero. Aūque biē se q̄ no ay hechizos en el mūdo, que puedā mouer, y forçar la volūntad, como algunos simples piēsan, que es libre nuestro aluedrio, y no ay yerua ni encanto q̄ le fuerce: lo que suelē haizer algunas mugerzillas simples, y algunos embusteros vellacos, es en algunas misturas, y venenos cō q̄ bueluen locos a los hōbres, dando a entender q̄ tienē fuerça para haizer querer bien, siēdo como digo cosa im-

possi-



posible, forçar la voluntad. Así es, dixo el buen viejo, y en verdad señor, que en lo de hechizero que no tuue culpa, en lo de alcahuete, no pude negar: pero nunca pèse que hazia mal en ello, que toda mi intencion era, q̄ todo el mundo se holgasse, y viuiesse en paz y quietud, sin pendencias ni penas: pero no me aprouecho nada de este buen desseo, para dexar de yr a donde me espero boluer, segun me cargan los años, y un mal de orina q̄ lleuo, q̄ no me dexa reposar un rato: y aqui tornò a su llanto como de primero, y tuuole Sancho tanta cõpasion, q̄ sacò vn real de a quatro del seno, y se lo dio de limosna. Puso adelante don Quixote, y preguntò a otro del delito, el qual respondió con no menos, sino con mucha mas gallardia q̄ el pasado: Yo voy aqui porque me burle demasiadamente con dos primas y mas hermanas mias, y con otras dos hermanas q̄ no lo eran mias: finalmente, tanto me burlan con todas, que resultò de la burla, crecer la parentela tan intricadamẽte, q̄ no ay Sumista q̄ la declare. Prouoseme todo, salto fauor, no tuue dineros, vine a pique de perder los tragaderos: sentenciaronme a galeras por seys años, como senti, castigo es demi culpa, moço soy, dura la vida, que cõ ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor Cauallero, lleua alguna cosa con que socorrer a estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cõcedido de rogar a Dios en nuestras oraciones por

por la vida y salud de vuestra merced, q̄ sea tan larga y tan buena, como su buena presencia merece. Este yua en habito de Estudiante, y dixo una delas guardas, q̄ era muy grãde hablador, y muy gentil Latino. Tras todos estos, venia vn hombre de muy buen parecer, de edad de treynta años, si no que al mirar metia el vn ojo en el otro: vn poco venia differentemẽte arado que los demas, porque trahia vna cadena al pie, tan grande, q̄ se la liaua por todo el cuerpo, y dos argollas a la garganta, la vna en la cadena, y la otra, de las que llaman guarda amigo, o pie de amigo. De la qual decendian dos hierros, que llegauan a la cintura, en los quales se asian dos espigas, donde llegaua las manos, cerradas cõ vn grueso candado, de manera, que ni con las manos podia llegar a la boca, ni podia baxar la cabeza a llegar a las manos. Preguntò don Quixote, que como yua aquel hombre con tantas prisiones, mas q̄ los otros? Respòdio le la guarda: Por q̄ tenia aquel solo mas delitos, q̄ todos los otros juntos: y que era tan atreuido, y tan grande vellaco, q̄ aunque le lleuauan de aquella manera, no yuan seguros del, sino q̄ temian que se les hauia de huyr. Que delitos puede tener, dixo don Quixote, sino han merecido mas pena q̄ echarle a las galeras? Va por diez años, replicò la guarda, q̄ es como muerte civil: No se quiera saber mas, sino q̄ este hombre es famoso Gines de Passamòre, q̄ por otro nombre llama-

man Ginesillo de Parapilla. Señor Comissario dixo entonces el galeote, vayasse poco a poco y no andemos aora a deslindar nombres y sobrenombres, Gines me llamo, y no Ginesillo. Passamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como boace dize, y cada vno se de vna buelta a la redonda, y no hara poco. Hable con menos respeto, replicò el Comissario, señor ladrón de mala de la marca, sino quiere que le haga callar mas que le pese. Bien parece, respondió el galeote, q̄ va el hōbre como Dios es, seruido, pero algū dia sabra alguno, si me llamo Ginesillo de Parapilla, o no. Pues no te llaman así embustero, dize yo la guarda? Si llaman, respondió Gines, mas yo hare que no me lo llamen, o me las pelarán donde yo digo entre mis dicates. Señor Cautivero, si tiene algo q̄ darnos, denoslo ya, y vana con Dios, que ya enfada cō tanto querer saber vidas ajenas: y si la mia quiere saber, sepa q̄ yo soy Gines de Passamonte, cuya vida està escrita por estos pulgares. Dize verdad, dixo el Comissario, q̄ el mesmo ha escrito su historia, q̄ no ay mas que desfechar, y dexa empenado el libro en la carcel, en dozientos reales. Y le pidiendo quitar, dixo Gines, si quedara en dozientos escudados. Tan bueno es, dixo don Quixote? Es tan bueno, respondió Gines, q̄ mal año para Lázaro rillo de Tormes, y para todos quātos de aquel genero se han escrito, o escriuieren. Lo q̄ le he de dezir a boace, es que trata verdades, y que se ver-

verdades tan lindas, y tan donoslas, que no puede auer mētras que se le igualen. Y como se intitula el libro, preguntò don Quixote? La vida de Gines de Passamonte, respondió el mismo. Y està acabado, preguntò dō Quixote? Como puede estar acabado, respondió el, si aun no està acabada mi vida: lo q̄ està escrito, es desde mi nacimiento, hasta el pūto q̄ està vltima vez me han echado en galeras. Luego otra vez auēys estado en ellas, dixo don Quixote? Para seruir a Dios, y al Rey, otra vez he estado quatro años, y ya se a que sabe el vizcocho, y el corbacho, respondió Gines: y no me pesa mucho de yr a ellas, porq̄ alli tēdre lugar de acabar mi libro, q̄ me quedā muchas cosas q̄ dezir: y en las galeras de España, ay mas folsiego de aquel q̄ seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escriuir, porque lo se de coro. Abil pareces, dixo don Quixote? Y desdichado, respondió Gines, porq̄ siēpre las desdichas, persiguē al buen ingenio. Persiguē a los vellacos, dixo el Comissario. Ya le he dicho señor Comissario, respondió Passamonte, q̄ se va ya poco a poco, q̄ aquellos señores no le dicen esta vara para q̄ maltratasse a los pobretes q̄ aqui vamos, sino para q̄ nos guiasse, y lleuasse, a donde su Magestad manda: sino por vida de, basta, q̄ podria ser q̄ saliesse algun dia en la colada, las manchas q̄ se hizierō en la veta, y todo el mūdo calle, y viua biē, y hable mejor, y camine.



nemos, que ya es mucho regodeo este. Alçóse
para en alto el Comissario, para dar a Passamon
te en respuesta de sus amenazas; mas don Qui-
xote se puso en medio, y le rogó que no le mal-
tratasse, pues no era mucho, q̃ quise llevar tan
aradas las manos, tuviessse algun tanto suelta la
lengua: y boluiendose a todos los de la cadena,
dixo: De todo quãto me haneyss dicho, herma-
nos carísimos, he sacado en limpio, q̃ aunque
os han castigado por vuestras culpas, las penas
que vays a padecer no os dan mucho gusto, y
que vays a ellas muy de mala gana, y muy con-
tra vuestra volúntad, y que podría ser, que el po-
co animo que aquel tuuo en el tormento, la fal-
ta de dineros deste, el poco fauor del otro, y el
mal mére el torcido juyzio del juez, huuiessse sal-
do casa de vuestra perdicion, y de no auer sal-
do con la justicia q̃ de vuestra parte teniades.
Todo lo qual se me representa a mi aora en la
memoria, de manera que me esta diziendo, pre-
suadiendo, y aun forçando, q̃ muestre con vo-
stros el efeto para que el cielo me arroje al mar-
do, y me hizo professar en el la orden de cau-
lleria que professo, y el voto que en ella haze,
de fauorecer a los menesterosos, y oprimidos de
los mayores. Pero porque se que vna de las par-
tes de la prudencia es que lo q̃ se puede hazer
por bien, no se haga por mal, quiero rogar a es-
tos señores guardianes, y Comissarios, sean se-
nidos de desataros, y dexaros y en paz, que
no

no saltaran otros q̃ siruã al Rey en mejores oca-
siones: porq̃ me parece duro caso hazer esclavos
a los q̃ Dios, y naturaleza hizo libres. Quã-
to mas, señores, guardas, añadió don Quixote,
que estos pobres no han cometido nada cõtra
vosotros, alla se lo aya cada vno cõ su pecado,
Dios ay en el cielo que no se descuyda de casti-
gar al malo, ni de premiar al bueno: y no es biẽ
que los hombres honrados sean verdugos de
los otros hombres, no yendoles nada en ello.
Pido esto con esta man sedúbrey folsiego, por-
que tenga si lo cumplis, algo que agradecerõs:
y quando de grado no lo hagays, esta lança, y
esta espada, con el valor de mi braço, haran que
lo hagays por fuerza. Donosa majaderia, respõ-
dió el Comissario: bueno está el donayre con q̃
ha salido a cabo de rato, los forçados del Rey
quiere que le dexemos, como si tuuiéramos au-
toridad para soltarlos, o el la tuuiera para mã-
darnoslo. Vayase vuestra merced nõrabuena fu-
camino adelante, y enderécese esse bazine que
trae en la cabeça, y no ande buscando tres pies
al gato. Vos soys el gato, y el rato, y el vellaco,
respondio don Quixote: y diziendo y haziendo,
arremetio con el tan presto, que sin que tuuiess-
se lugar de ponerse en defensta, dio con el en el
suelo, mal herido de vna lançada: q̃ auinole biẽ,
que este era el de la escopeta. Las demas guar-
dias quedaron atonitas, q̃ suspensas del no espe-
rado acontecimiento: pero boluiendo sobre si,

pusieron manos a sus espadas los de acualto y los de apie a sus dardos, y arremetierō a don Quixote, q̄ cō mucho folsiego los aguardaua, y sin duda lo passara mal, si los galeotes vido la ocaſion q̄ se les ofrecia de alcançar libertad, no la procuraran, procurando rōper la cadena dōde venian enſarrados. Fue la rebuelta de manera, q̄ las guardas, ya por acudir a los galeotes q̄ se desatauan, ya por acōmeter a don Quixote, q̄ los acometia, no hizierō cosa que fuese de prouecho. Ayudò Sancho por su parte, a la soltura de Gines de Passamōte, q̄ fue el primero q̄ saltò en la cāpaña libre, y desēbaraçados y arremetiēdo al Comissario caydo, le quitò la espada, y la escopeta, con la qual apūrando al vno, y señalādo al otro, sin disparalla jamas, quedó guarda en todo el cāpo, porq̄ se fueron huyēdo, asī de la escopeta de Passamonte, como de las muchas pedradas q̄ los ya sueltos galeotes les tirauā. Entristeciose mucho Sācho de este suceso, porq̄ se le rēpresentò q̄ los q̄ yuā huyēdo, auia d̄ dar nōcia del caso a la santa Hermandad, la qual a campana herida saldria a buscar los delinquentes, y asī se lo dixo a su amo, y le rogò q̄ luego de alli se partiessen, y se enſcassen en la sierra, q̄ estaua cerca. Biē està esto, dixo dō Quixote, pero yo lo que aora cōuiene que se haga: y llamādo a todos los galeotes, q̄ andauā alborotados, y hauian despojado al Comissario hasta dexarle en cueros, se le pusieron

todos a la redonda para ver lo que les mandaua, y asī les dixo: De gēte bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y vno de los pecados q̄ mas a Dios ofende, es la ingratitud. Digolo, porq̄ ya aueys visto, señores, cō manifestā experiēcia, el q̄ de mi aueys recebido; en pago del qual q̄rria, y es mi volūrad, q̄ cargados de esta cadena q̄ quitē de vuestros cuellos, luego os pōgays en camino, y vays a la ciudad del Toboso, y alli os presenteys ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digays, que su Cauallero el de la triste Figura, se le embia a encomēdar: y le cōreys pūto por punto todos los q̄ ha tenido esta famosa auētura, hasta ponerlos en la deseada libertad: y hechos esto os podreys yr dōde quisiere des, a la buena vērura. Respōdio por todos Gines de Passamōte, y dixo: Lo q̄ vuestra merced nos mada, señor, y libertador nuestro, es imposible de toda impossibilidad cūplir, porq̄ no podemos yr jutos por los caminos, sino solos, y diuididos, y cada vno por su parte, y procurādo de cōtino meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo q̄ haga, es, mudar esse seruiçio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso, en alguna cantidad de Aue Marias, y Credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cūplir de



noche, y de día: huyendo, o reposando: en paz
o en guerra: pero pensar que hemos de bolue-
r a las ollas de Egipto, digo a tomar nue-
stra cadena, y a ponernos en camino del Toba-
so, es pensar que es aora de noche, que aun no
son las diez del día, y es pedir a nosotros, es
como pedir peras al olmo. Pues bota a tal, di-
xo don Quixote (ya puesto en cólera) don hijo
de la puta, don Ginesillo de Paropillo, o como
os llamays, que aueys de yr vos solo, rabo en-
tre piernas, con toda la cadena a cuestras. Bala-
móte que no era nada bien sufrido, estado ya
enterado que don Quixote no era muy cuerdo
(pues tal disparate auia cometido, como el di-
rer darles libertad) viendose tratar de aquella
manera, hizo del ojo a los compañeros, y apar-
tandose a parte, comenzaron a llouer ráticas pie-
dras sobre don Quixote, que no se daua manos
a cubrirse con la rodela: y el pobre de Rozina-
te, no hazia mas caso de la espuela, que si fuera
hecho de bronce. Sancho se puso tras su amo,
y con el se defendia de la nueue, y pedrisco que
sobre eñtrambos llouia. No se pudo escudar rá-
bien dō Quixote, q̄ no le acertassen no se quan-
tos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza que
dieron cō el en el suelo: y a penas hūno caydo
quando fue sobre el el estudiante, y le quitó la
vazia de la cabeça, y dióle con ella tres, o quat-
tro golpes en las espaldas, y otros tantos en la
sierra, cō que la hizo pedaços. Quitaron le una
ropilla

ropilla que trahia sobre las armas, y las medias
calças le q̄rian quitar, si las greuas no lo estor-
baran. A Sancho le quitaron el gavan, y dexan-
dolo en pelota, repartiendo entre si los demas
despojos de la batalla, se fueron cada vno por
su parte, con mas cuydado de escaparse de la
Hermádad que temian, que de cargarse la cade-
na, e yr apresetarse ante la señora Dulcinea del
Toboso. Solos que darón jumento, y Rozinante,
Sancho, y don Quixote, El jumento cabizbaxo,
y pensatiuo, sacudiendo de quando en quando
las orejas, pensando que aun no auia cessado la
borrasca de las piedras que le perseguian los
oydos. Rozinante tendido junto a su amo, que
tambien vino al suelo de otra pedrada. Sācho
en pelota, y temeroso de la santa Hermandad.
Don Quixote mohinissimo de verse tã mal para-
do, por los mismos a quiẽtãto bien auia hecho.

Capit. XXIII. de lo que le aconterio al famoso don
Quixote en Sierra Morena, que fue vna de las mas
raras auenturas que en esta verdadera historia se
tuentan auerle aconterido.

VIENDO SE tan mal parado don Quixote, dixo a su escudero: Siempre Sancho lo
he oydo dezir, que el hazer bien a villanos, es
echar agua en la mar. Si yo huuiera creydo lo
que me dixiste, yo huuiera escusado esta pesa-
dumbre, pero ya esta hecho, paciencia, y escar-
mentar para desde aqui adelante. Asì escarmen-
tará

248 *Tercera parte de don*
 tarà vuestra merced, respondió Sancho, como
 yo soy Turco: pero pues dize, q si me huiera
 creydo, se huiera escusado este daño, creamos
 ahora, y escusará otro mayor: porq le hago saber
 q cō la santa Hermãdad no ay vsar de canalle-
 rias, q no se le da a ella por quantos caualleros
 andantes ay dos marauedis: y sepa q ya me pa-
 rece q sus faetas me zumban por los oydos. Na-
 turalmente eres couarde Sancho, dixo dō Qui-
 xote: pero porq no digas q soy contumaz, y q
 jamas hago lo q me aconsejas, por esta vez que
 ro tomar tu cōsejo, y apartarme de la furia q tã-
 to temes, mas ha de ser cō vna condicion, q ja-
 mas en mi vida, ni en muerte has de dezir a na-
 die, que yo me retire, y apartè deste peligro, de
 mièdo, sino por complazer a tus ruegos: q si por
 otra cosa dixeres, mentiras en ello: y desde ahora
 para entonces, y desde entonces para ahora
 desmièto, y digo q miètes, y mentiras todas las
 vezes q lo pèsares, o lo dixeres: y no me repli-
 ques mas, q en solo pensar q me aparto y retiro
 de algun peligro, e specialmente deste, q parece
 que lleva algun es no es de sombra de miedo:
 estoy ya para quedarme, y para aguardar aqui
 solo, no solamente a la santa Hermandad q de-
 zes, y temes, sino a los hermanos delos doze
 Tribus de Israel, y a los siete Mancebos, y a Cu-
 stor, y a Polux, y aũ a todos los hermanos, y her-
 mãdades q ay en el mūdo. Señor, respōdo San-
 cho, q el retirar no es huyr, ni el esperar es couar-
 dia.

Quixote de la Mancha ? 249

dura, quando el peligro sobrepuja a la esperança: y de sabios es guardarse oy para mañana, y no aventurarfe todo en vn dia. Y sepa q aunque çaño, y villano, toda via se me alcança algo desto q llamã, buê gouierno: afsi q no se arrepieta de auer tomado mi cõsejo, sino suba en Rozinãte, si puede, o sino yo le ayudare, y sigame, q el capite me dize, q hemos menester aora mas los pies q las manos. Subio don Quixote, sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por vna parte de Sierra Morena, q alli junto estaua, llevando Sãcho intenciõ de atravesarla toda, è yr a salir al Viso, o a Almodouar del Campo, y escõderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados, si la santa Hermandad los buscasse. Animole a esto, auer visto, que de la refriega de los galeotes se hauer escapado libre la despenfa que sobrefu asno venia, cosa que la juzgò a milagro, segun fue lo que llevaron, y buscarõ los galeotes. Aquella noche llegaron a la mitad de las entrañas de Sierra Morena, a donde le parecio a Sãcho, passar aquella noche, y aun otros algunos dias, alomenos todos aquellos q durasse el matalotaje q lleuaua: y afsi hizieron noche entre dos peñas, y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera Fè, todo lo guia, guisa, y compone a su modo: ordenò, que Gines de Passamòre, el famoso embustero,

y la

y ladrón, q̄ de la cadena, por virtud, y locura de don Quixote, se hauiá escapado, lleuado del mudo de la santa Hermádad (de quien có justa razón remia) a cordero de escóderse en aquellas montañas, y lleuole su suerte, o su miedo, a la misma parte dōde auia lleuado a don Quixote, y a Sancho Pança, a hora y tiépo q̄ los pudo conocer, y a puto que los dexò dormir. Y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasión de acudir a lo q̄ se debe, y el remedio presente, venga a lo por venir: Gines, q̄ no era ni agradecido, ni bién intencionado, acordó de hurtar el alno a Sancho Pança, no curándole de Rozinante, por ser preda tá mala para empreñada, como para vèdida. Dormia Sancho Pança, hallò su jumèto, y antes que amaneciese le hallò bien lexos de poder ser hallado. Salio el Aurora alegrando la tierra, y entristecièdo a Sancho Pança, porq̄ hallò menos su Ruzio, el qual vièdole sin el, començò a hazer el mas triste y doloroso llanto del mundo: y fue de manera q̄ don Quixote despertò a las bozes: y oyo q̄ en ellas dezia: O hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, embidia de mis vezinos, aliuio de mis cargas, y finalméte, sustentador de la vida de mi persona, porq̄ có veynte y seys maravedis q̄ ganana cada dia, me diaua yo mi despensa. Don Quixote q̄ vio el llanto, y supo la causa, consoló a Sancho con las mejores razones, que pudo,

do, y le rogò, q̄ tuuiesse paciencia prometièdo-le de darle vna cedula de cábio, para q̄ le diesse tres en su casa, de cinco q̄ auia dexado en ella. Consolose Sàcho có esto, y limpiò sus lagrimas, tèplò sus solloços, y agradecio a don Quixote la merced q̄ le hazia. El qual como entrò por aquellas montañas, se le alegrò el coraçon, parecièdole aquellos lugares acomodados para las auèturas q̄ buscaba. Reduziansele a la memoria, los marauillosos acaecimientos, q̄ en semejantes soledades, y asperezas auia sucedido a caballeros andàtes. Yua pensando en estas cosas, tã embeuecido; y tràsportedado en ellas, q̄ de ninguna otra se acordaua. Ni Sancho lleuaua otro cuydado (despues que le parecio q̄ caminaba por parte segura) sino de satisfazer su esto mago có los reliques que del despojo clerical auian q̄dado, y asì yua tras su amo, sentado a la mugeriega sobre su jumèto, sacàdo de vn costal, y embaulando en su pança: y no se le diera por hallar otra auètura, entre tãto que yua de aquella manera, vn ardite. En esto alçò los ojos, y vio q̄ su amo estaua parado, procurando có la punta del laçon alçar no se que bulto que estaua caydo en el suelo, por lo qual se dio priessa Sàcho a llegar a ayudarle, si fuesse menester: y quando llegò fue a tiépo, que alçaua có la punta del laçon vn coxín, y vna maleta afida a el, metidos podridos, o podridos del todo, y deshechos: mas pesaua tãto, q̄ fue necesario q̄ Sàcho se

se apeasse a tomarlos, y mandole su amo que viesse lo que en la malera venia. Hizolo cō mucha presteza Sācho, y aunque la malera venia cerrada con vna cadena, y su cādado, por lo roto y podrido della vio lo que en ella havia, q̄ eran quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienço, no menos curiosas que limpias, y en vn pañizuelo hallò vn buen montonzillo de escudos de oro: y assi como los vio, dixo: Berdito sea todo el cielo, q̄ nos ha deparado mas auentura que sea de prouecho. Y buscādo mas hallò vn librillo de memoria, ricamente guardado. Este le pidio don Quixote, y mandole q̄ guardasse el dinero, y lo tomasse para el. Reforale las manos Sancho, por la merced, y desbarlijando a la baliya de su lenceria, la puso en el costal de la despēsa. Todo lo qual visto por don Quixote, dixo: Pareceme Sancho (y no es posible que sea otra cosa) que algun camināte desbarcaminado deuio de passar por esta sierra, y le reādole Malandrines, le deuierō de matar, y le truxeron a enterrar en esta tan escōdida parte. No puede ser esto, respōdio Sancho, porque si fueran ladrones, no se dexaran aqui este dinero. Verdad dizes, dixo don Quixote, y assi no aduino, ni doy en lo que esto pueda ser: mas esperate veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita, por dōde podamos rescatar, y venir en conocimiento de lo q̄ desearmos. Abriolo, y lo primero q̄ hallò en el escrito como

como en borrador, aunque de muy buena letra, fue vn Soneto, que leyendole alto, porque Sancho tãbien lo oyesse, vio q̄ dezia desta manera.
O Le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, o no es mi pena
Igual a la ocasion que me condena
Al genero mas duro de tormento.
Pero si Amor es Dios, es argumento,
Que nada ignora, y es razon muy buena,
Que vn dios no sea cruel: pues quien ordena
El terrible dolor que adoro, y siento?
Si digo que soys vos Fili, no acierro,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruyna.
Presto aure de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.
Por esta troba, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por esse hilo que estã ahi se saq̄ el ouillo de todo. Que hilo estã aqui dixo dō Quixote? Pareceme dixo Sācho, q̄ vuestra merced nõbrò ahi hilo. No dixe si no Fili, respōdio dō Quixote, y este sin duda es el nombre de la dama de quie se quexa el autor deste Soneto: y asẽ q̄ deue de ser razonable Poeta, o yo se poco del arte. Luego tãbien dixo Sācho, se le entiẽde a vuestra merced de trobas? Y mas de lo que tu piensas, respondio don Quixote, y veraslo quando lleues vna carta, escrita en verso d̄ arriba a baxo, a mi seņora Dulcinea del



Toboso: porque quiero q sepas Sãcho, que todos, o los mas Caualleros andãtes de la edad passada, eran grãdes trovadores, y grãdes músicos, que estas dos habilidades, o gracias (por mejor dezir) son anexas a los enamorados amantes. Verdad es, que las coplas de los passados Caualleros, tienen mas de espiritu, que de primor. Lea mas v.m. dixo Sancho, q ya hallarã algo que nos satisfaga. Boluio la hoja don Quixote, y dixo: Esto es prosa, y parece carta. Carta misiuas, señor, preguntò Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió dō Quixote: Pues lea v.m. alto, dixo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me plaze, dixo don Quixote, y leyendola alto, como Sancho se lo auia rogado, viò que dezia desta manera.

Tu falsa promessa, y mi cierta desuètura, me lleuan a parte donde antes bolueran a tus ojos dos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis qixas. Desfécate me, o ingrata, por quien tienez, mas no por quien vale mas que yo: mas si la virtud fuera riqueza q se estimara, no embidiara yo dichas ajenas, ni llorara desdichas proprias. Lo que ledantò tu hermosura, han de rribado tus obras: por ella entré di que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger. Quedate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo, que los engaños de tu esposo esten siempre encubiertos, por que tu no quedas arrepentida

tida de lo que heziste, y yo no tome vengança de lo que no desseo.

Acabando de leer la carta, dixo dō Quixote Menos por esta que por los versos se puede sacar mas, de que quien la escriuió es algun desdennado amante. Y hojeando casi todo el libro hallò otros versos, y cartas que algunos pudieron leer, y otros no: pero lo que todos contennian, eran queexas lamentos, descõfianças, sabores, y sin sabores: fauores, y desdenes, solénizandos los vnos, y llorados los otros. En tanto que don Quixote passaua el libro, passaua Sãcho la maleta, sin dexar rincon en toda ella, ni el coxin que no buscase, escudriñasse, è inquiriesse, ni costura que no deshiiziesse, ni vedixa de lana que no escarmenasse, porq no se quedasse nada por diligencia, ni mal recado: tal golosina auia deserrado en el los hallados escudos, que passauan de ciento. Y aunq no hallò mas de lo hallado, dio por bien empleados los buelos de la maleta, el vomitar del brenaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del harriero, la falta de las alforjas, el robo del gaúan, y toda la hambre, sed, y cãsacio q auia passado en seruicio de su buen señor, pareciendole que estava mas que rebien pagado con la merced recebida, de la entrega del hallazgo. Con grã desseo quedò el cauallero de la triste Figura, de saber quien fuesse el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto, y carta, por el dinero en oro, y por las

las tan buenas camisas, q̄ deuia de ser de algun principal enamorado, a quien desdenes, y malos tratamientos de su dama, deuia de auer con-
duzido a algun desesperado termino. Pero como por aquel lugar inhabitable, y escabroso, no parecia persona alguna de quien poder informar-se, no se curò de mas, que de passar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rozinante queria, q̄ era por donde el podia caminar siempre cò imaginacion q̄ no podia faltar por aquellas malezas, alguna estraña auentura. Yendo pues con este pensamiento, vio que por cima de vna montañuela, q̄ delante de los ojos se le ofrecia, yua saltando vn hombre de rìco en rìco, y de mata en mata, con estraña ligereza. Figurosele que yua desnudo, la barba negra y espessa, los cabellos muchos, y rabultados, los pies descalços, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian vnos calçones, al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedaços, que por muchas partes se le descubrian las carnes. Trahia la cabeça descubierta, y auia passò con la ligereza q̄ se ha dicho, todas estas menudécias mirò, y notò el cauallero de la triste Figura: y aunque lo procurò, no pudo seguirle, porq̄ no era dado a la debilidad de Rozinante andar por aquellas asperezas, y mas notò el de suyo pisacorto, y flematico. Luego imaginò don Quixote, que aquel era el dueño del coxin, y de la maleta, y propuso en si de buscarle

calle, aunque supiesse andar vn año por aquellas montañas hasta hallarle: y asì mādò a Sancho, q̄ se apeasse del asno, y atajasse por la vna parte de la montaña, q̄ el yria por la otra, y podria ser que topassen con esta diligencia, cò aquel hombre que cò tanta priessa se les auia quitado de delante. No podre hazer esso, respòdio Sancho, porque en apartádome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, q̄ me assalta cò mil generos de sobrefaltos, y visiones. Y siruale esto que digo de auiso, para que de aqui adelante no me aparte vn dedo de su presencia. Asì serà, dixo el de la triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el qual no te ha de faltar, aunque te falte el anima del cuerpo: y vente aora tras mi poco a ponas, ro dearemos esta ferreçuela, quiza toparemos con aquel hòbre q̄ vimos, el qual sin duda alguna no es otro, q̄ el dueño de nuestro hallazgo. A lo q̄ Sancho respòdio: Harto mejor seria no buscarle, porq̄ si le hallamos, y a caso fuesse el dueño del dinero, claro està q̄ lo tègo de resituyr, y asì fuera mejor, sin hazer esta inutil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta q̄ por otra via menos curiosa, y diligète pareciera su verdadero señor, y quiza fuera a tiempo que lo huiera gastado, y entòces el Rey me hazia frãco. Engañaste en esso Sãcho, respondio dõ Quixote, q̄ ya q̄ hemos caydo en sospecha de quic

es el dueño, casi delante, estamos obligados a buscarle, y boluerselos: y quando no le buscamos, la veheméte sospecha que tenemos de que el lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si le fuese. Así que Sâcho amigo, no te dé pena el buscarle, por la que a mi se me quitara si le halla: y así picó a Rozinante, y siguióle Sancho con su acostumbrado jumento. Y andado rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo una muerta y medio comida de perros, y por cada de grajos, una mula, enfilada, y enfrenada. Todo lo qual confirmó en ellos más la sospecha, de que aquel que huía era el dueño de la mula, y del coxín. Estandola mirando, oyeron un ruido, como de pastor que guardaua ganado: y a deshora a su siniestra mano, pareció una buena cãtidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaua, que era un hõbre anciano. Diole voces don Quixote, y regole que baxasse donde estaua. El respondió a gritos, que quise les auia traydo por aquel lugar, pocas, o ningunas vezes pisado sin no de pies de cabras, o de lobos, y otras fieras, que por alli andaua. Respondióle Sâcho, que baxasse, que de todo le darian buena cueta. Baxó el cabrero, y en llegãdo a dõde don Quixote estaua, dijo: Apostaré que está mirando la mula de aquel que se está muerta en esta hondonada, pues a buena fe que ha ya seys meses que está en esse lugar. Dileme, ha topado por ahi a su dueño? No hemos

topa:

topado a nadie, respondió don Quixote fino a un coxir, y a una maletilla, que no lejos deste lugar hallamos. También la hala hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alçar, ni llegar a ella, temeroso de algùn defman, y de que no me la pidiesen por hurto, que es el diablo sutil, y debajo de los pies se leleuãta allõbre cosa dõde tropiece, y caya, sin saber como, ni como no. Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho pança, que tambien la hallé yo, y no quise llegar a ella con un tiro de piedra: alli la dexé, y alli se queda como se estaua, que no quiero perro con cencerro. Desidme buen hombre, dixo don Quixote, sabedme vos quien sea el dueño destas prendas? Lo que sabre yo dezir, dixo el cabrero, es, que aora al pie de seys meses, poco mas a menos, que llegó a una majada de pastores, que estarã como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, cauallero sobre essa mesma mula que ahi está muerta, y con el mesmo coxín y maleta, que dezis que hallastes, y no roca fies. Preguntanos, que qual parte desta sierra era la mas aspera, y escondida. Diximosle, que era esta dõde aora estamos; y es así la verdad, por que si entrays media legua mas adentro, quiza no acertareys a salir: y estoy maravillado de como aueys podido llegar aqui, por que no ay camino, ni sãda que a este lugar encamine. Digo pues, que en oyẽdo nuestra respuesta el mancebo, boluio las riẽdas, y encaminó hacia el lugar dõde

R a le se-

le señalamos, dexandonos a todos contentos de su buen tallo, y admirados de su demanda, y dela priessa cō que le viamos caminar, y boluerse hãzia la sierra: y desde entonces nunca mas le vimos, hasta q̄ desde alli a algunos dias salio al camino a vno de nuestros pastores, y findezille nada se allegò a el, y le dio muchas panadas, y cozes, y luego se fue a la borrica del hato, y le quitò quãto pan, y queso en ella trahia, y cō estraña ligereza, hecho esto, se boluio a entrar en la sierra. Como estos supimos algunos cabreros, le anduimos a buscar casi dos dias, por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los quales le hallamos metido el hueco de vn gruelo y valiente alcornoque. Salio a nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro disfigurado, y tostado del Sol, de tal suerte, que a penas le conocimos, sino que los vedamos, nos dieron a entender q̄ era el que buscamos. Saludonos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dixo, q̄ no nos marauillãsemos de verle andar de aquãlla suerte, q̄ assi le cōuenia para cumplir cierta penitencia q̄ por sus muchos pecados le auia sido impuesta. Rogamosle q̄ nos dixesse quiẽ era, mas nunca lo pudimos acabar cō el. Pedimosle rãbiẽ q̄ quãdo huuïsse menester el sustento (sin el qual no podia passar) nos dixesse dōde le hallariamos, porq̄ cō mucho amor, y cuydado se lo lleuamos

mos: y q̄ si esto rãpoco fuesse de su gusto, q̄ alomenos saliesse a pedirlo, y no a quitarlo a los pastores. Agradecio nuestro ofrecimiento, pidio perdõ de los assaltos passados, y ofrecio de pedillo de alli adelãte por amor de Dios, sin dar molestia alguna a nadie. En quanto lo q̄ tocaba a la estãcia de su habitacion, dixo, que no tenia otra q̄ aquella q̄ la ocasiõ le ofrecia dōde le tomaba la noche, y acabò su platica, cō vn tã tierro llanto, que bien fueros de piedra los que escuchado le auiamos, si en el no le acompaãramos: considerandole como le hauiamos visto la vez primera, y qual le vehiamos entõces. Porq̄ como tengo dicho, era vn muy gẽtil, y agraciado mancebo, y en sus cortesies, y cõcertadas razones, mostraua ser biẽ nacido, y muy cortesana persona. Que puesto q̄ eramos rusticos los q̄ le escuchauamos, su gẽtileza era tãta, q̄ basta ua a darse a conocer a la mesma rusticidad. Y estãdo en lo mejor de su platica parò, y enmudecio: clauò los ojos en el suelo por vn buẽ espacio, en el qual todos estuuiamos q̄dos, y suspensos, esperãdo en q̄ auia de parar aq̄! embesela miẽto, cō no poca lastima de verlo, porq̄ por lo q̄ hazia de abrir los ojos, estar fixo mirãdo al suelo, sin mouer pestaña grã rato, y otras vezes cerrarlos, apretãdo los labios, y enarcãdo las cejas, facilmẽte conocimos, q̄ algũ accidẽte de locura le auia sobreuenido: mas el nos dio a entender presto, ser verdad lo q̄ pensauamos: porq̄

se leuantò cō gran furia del suelo, dōde se auia echado, y arremetio con el primero q̄ hallò junto a si, cō tal denuedo y rabia, que sino se le quitaramos, le matara a puñadas, y a bocados. Y todo esto hazia, diziendo: Ha femetido Fernando, aqui, aqui me pagaras la sinrazon q̄ me hiziste, estas manos te sacarán el coraçon, donde aluegan: y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude, y el engaño: y a estas añadia otras razones, q̄ todas se encaminaua a dezir mal de aquel Fernãdo, y a racharle de traydor, y femetido. Quitamos se le pues, cō no poca pesadumbre, y el fin dezir mas palabra se apartò de nosotros, y se emboscò corriendo por entre estos xarales, y malezas, de modo q̄ nos impossibilitò el seguille. Por esto cōjecturamos, q̄ la locura le venia a tiēpos, y que alguno q̄ se llamaua Fernando, le deuia de auer hecho alguna mala obra, tã pesada, quãto lo mostraua el termino a q̄ le auia conduxido. Todo lo qual se ha confirmado despues aca, cō las vezes (que han sido muchas) que el ha salido al camino, vnas a pedir a los pastores le dē de lo q̄ lleuan para comer, y otras a quitarselo por fuerza: porque quãdo està cō el accidēte de la locura, aunq̄ los pastores se lo ofrezcan de buē grado, no lo admite, sino q̄ lo toma a puñadas: y quando està en su seso, lo pide por amor de Dios, cortēs, y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no cō falta de lagrimas. Y en ver-

dad

dad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo, y quatro zagales, los dos criados, y los dos amigos mios, de buscarle, hasta tãto q̄ le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar a la villa d̄ Almodouar, q̄ està de aqui ocho leguas, y alli le curaremos, si es q̄ su mal tiene cura, o sabremos quiē es quãdo estē en su seso: y si tiene pariētes a quiē dar noticia de su desgracia. Esto es señores, lo q̄ sabre dezir de lo q̄ me ancys pregūtado: y entendēd q̄ el dueño de las prēdas q̄ hallastes, es el mesmo q̄ vistes pasar cō tãta ligereza, como desnudez: q̄ ya le hania dicho dō Quixote, como auia visto pasar aquel hōbre saltando por la sierra. El qual q̄dò admirado de lo q̄ al cabrero auia oydo, y quedò con mas dēseco de saber quien era el desdichado loco, y propuso en si lo mesmo que ya tenia pensado, de buscallo por toda la montaña, sin dexar rincón, ni cueua en ella que no mirasse, hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte, de lo que el pensaua, ni esperaua: porque en aquel mesmo instante pareció por entre vna quebrada de vna sierra que salia donde ellos estauan, el mancebo que buscaua: el qual venia hablando entre si, cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lexos. Su trage era qual se ha pintado, solo que llegando cerca vio dō Quixote, q̄ vn colete hecho pedaços q̄ sobre si trahia, era de ambar: por donde acabò

de entèder, q̃ persona que tales habitos trahia no deuia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo a ellos, los saludò con vna boz de sentonada, y bròca: pero cò mucha cortesía. Dò Quixote le boluio las saludes, cò no menos còmodimièto, y apeàdose de Rozinàte, cò gentil còtiente, y donayre, le fue a abraçar, y le turo vn buè espacio estrechamète entre sus braços, como si de luègos tièpos le huiera conocido. El otro, a quien podemos llamar el Roto de la mala Figura (como a don Quixote, el de la mala figura) despues de auerse dexado abraçar, le apartò vn poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de don Quixote, le estuuo mirando, como q̃ queria ver si le conocia: no menos admirado quic̃a, de ver la figura, talle, y armas de don Quixote, que don Quixote lo estaua de verle a el. En resolucion, el primero que habló despues del abraçamiento, fue el Roto, y dixo lo que se dirà adelante.

Cap. XXIV. Donde se prosigue la auentura de la Sierra Morena.

Dize la historia, que era grandissima la atención con que don Quixote escuchaua al astroso Cauallero de la Sierra, el qual profiriendo su platica, dixo: Por cierto señor, quic̃quiera que seays, que yo no os conozco, y yo os agradezco las muestras, y la cortesía que conmigo aueys vsado: y quic̃quiera yo hallarme en

en terminos q̃ con mas que la volúdad pudiera seruir la que aueys mostrado tenerme, en el buè acogimiento que me aueys hecho; mas no quier mi fuerte darme otra cosa cò que corresponda a las buenas obras que me hazen, q̃ buenos desseos de satisfazerlas. Los que yo tengo, respondio dò Quixote, son de seruitos, rãto, q̃ tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos, si al dolor q̃ en la estreñeza de vuestra vida mostrays tener, se podia hallar algũ genero de remedio: y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligècia possible. Y quãdo vuestra desuentera fuera de aquellas q̃ tienē cerradas las puertas a todo genero de còsuelo, pèsaua ayudaros a llorarla, y a planirla como mejor pudiera, q̃ toda via es còsuelo en las desgracias, hallar quic̃ se duela della. Y si es q̃ mi buè intèto me rece ser agradecido con algun genero de cortesía, yo os suplico señor, por la mucha que veo q̃ en vos se encierra: y juntamente os conjuro, por la cosa q̃ en esta vida mas aueys amado, o amays, que me digays quien soys, y la causa que os ha traydo a viuir, y a morir entre estas soledades, como bruto animal, pues morays entre ellos, tan ageno de vos mismo, qual lo muestra vuestro trage, y persona. Y juro (añadio don Quixote) por la ordẽ de caualleria q̃ recebi (aunque indigno, y pecador) y por la profession de cauallero andante, que en esto, señor, me complazeys, de seruiros con

con las veras a que me obliga el ser quien soy: ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio: ora ayudando os a llorarla, como os lo he prometido. El cauallero del bosque, que de tal manera oyò hablar al de la triste Figura, no hazia sino mirarle, y remirarle, y tornarle a mirar de arriba a baxo: y despues q̄ le huuo bien mirado, le dixo: Si tienē algo q̄ darme a comer, por amor de Dios q̄ me lo den, que despues de auer comido yo hare todo lo q̄ se me mada, en agradecimiento de tan buenos desſeos como aqui se me hā mostrado. Luego sacaron, Sancho de su costal, y el cabrero de su çurron, con que satisfizo el Roto su hambre, comiēdo lo que le dieron como persona atontada, tã apriessa, que no daua espacio de vn bocado al otro, pues antes los engullia que tragaua: y en tãto q̄ comia, ni el, ni los q̄ le mirauan hablauan palabra. Como acabò de comer, les hizo de señas que le finguieſſen, como lo hizierò, y el los lleuò a vn verde pradezillo, q̄ a la buelta de vna peña, poco desuiada de alli estaua. En llegando a el, se tendio en el suelo, encima de la yerua, y los demas hizierò lo mismo: y todo esto sin q̄ ninguno hablasse, hasta q̄ el Roto, despues de auerse acomodado en su alſiento, dixo: Si gustays señores, q̄ os diga en breues razones, la immensidad de mis desuertas, aueysme de prometer, de que con ninguna pregunta, ni otra cosa, no interrumpereys el hilo de mi triste historia: porq̄ en el punto

punto q̄ lo hagays, en esse se quedará lo q̄ fuere corando. Estas razones del Roto, truxeron a la memoria a dō Quixote, el cuento q̄ le auia contado su escudero, quando no acertò el numero de las cabras q̄ auian passado el rio, y se quedò la historia pēdiēte. Pero boluiēdo al Roto, proſiguiò, diziēdo: Esta preuēcion q̄ hago, es porq̄ querria passar breuemēte por el cuento de mis desgracias: q̄ el traerlas a la memoria, no me sirve de otra cosa, q̄ añadir otras de nueuo: y miētras menos me pregūtaredes, mas presto acabare yo de dezillas, puesto q̄ no dexare por còtar cosa alguna, q̄ sea de importancia, para no satisfazer del todo a vuestro deuido desſeo. Don Quixote se lo prometio en nòbre de los demas: y el con este seguro, començo desta manera.

Mi nòbre es Cardenio, mi patria vna ciudad las mejores desta Andaluzia, mi linage noble, mis padres ricos, mi desueta tanta, q̄ la deuen de auer llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliuia con su riqueza: q̄ para remediar desdichas del cielo, poco fuelē valer los bienes de fortuna. Viuia en esta mesma tierra vn cielo, dōde puso el amor toda la gloria q̄ yo acertara a desſearme. Tal es la hermosura de Luscinda, dōzella tan noble, y tã rica como yo, pero de mas ventura, y de menos firmeza de la q̄ a mis honrados pēsamientos se deuia. A esta Luscinda, amē, q̄ se, y adorē, des de mis tiernos, y primeros años: y ella me quiso a mi, cō aque-
lla

lla senzillez, y buen animo, q̄ su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intereses, y no les pesaua dello, porq̄ bien vehian, q̄ quando passaran adelante, no podiã tener otro fin, q̄ el de casarnos, cosa q̄ casi la cõcertaua la yegua de nuestro linage, y riquezas. Crecio la edad, y cõ ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le parecio, q̄ por buenos respetos estaua obligado a negarme la entrada de su casa: casi imitando en esto, a los padres de aquella Tisbe, tan decantada de los Poetas. Y fue esta negaciõ, añadir llama a llama, y desseo a desseo: porque aunq̄ pusieron silencio a las lenguas, no le pudierõ poner a las plumas, las quales cõ mas libertad q̄ las lenguas suelen dar a entẽder a quien quieren, lo que en el alma estã encerrado, que muchas vezes la presençia de la cosa amada, turba y enmudece la intenciõ mas determinada, y la lengua mas atrenida. Ay cielos, y quantos villetes la escriui? Quan regaladas, y honestas respuestas tuue? Quãtas canciones compuse, y quantos enamorados versos, de el alma declaraua, y trasladaua sus sentimientos, pintaua sus encendidos desseos, entreteniã sus memorias, y recreaua su volũtad? En efecto, viendome apurado, y q̄ mi alma se consumia cõ el desseo de verla, determinẽ poner por obra, y acabar en vn pũto, lo q̄ me parecio q̄ mas conuenia para salir cõ mi desseedo, y merecido premio: y fue, el pedirfela a su padre por legiti-

espo-

esposa, como lo hize. A lo que el me respõdiõ: Que me agradecia la volũtad que mostraua de honrarle, y de querer honrarme cõ prendas suyas, pero q̄ siendo mi padre viuo, a el tocaua de iusto derecho, hazer aquella demanda: porque sino fuesse cõ mucha voluntad, y gusto suyo, no era Luscinda muger para tomarse, ni darse a hurto. Yo le agradeci su buẽ intẽto, pareciẽdome q̄ llenaua razon en lo q̄ dezia, y que mi padre vẽdria en ello, como yo se lo dixesse. Y con este intento, luego en aquel mismo instante fuy a dezirle a mi padre lo q̄ desseaui: y al tiẽpo q̄ entrẽ en vn aposento donde estaua, le halle cõ vna carta abierta en la mano, la qual antes q̄ yo le dixesse palabra, me la dio, y me dixo: Por esta carta veras Cardenio, la volũtad q̄ el Duque Ricardo tiene de hazerte merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros, señores deueys de saber, es vn grãde de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andaluzia. Tomẽ, y ley la carta, la qual venia tã encarecida, q̄ a mi mismo me parecio mal si mi padre dexaua de cõplir lo que en ella se le pedia, que era, que me embiasse luego donde el estaua, que queria que fuesse el tomãero, no criado, de su hijo el mayor: y q̄ respondiẽ a cargo el ponerme en estado, q̄ corria la carta, y enmudeci leyendola, y mas quando ohi q̄ mi padre me dezia: De aqui a dos dias repartas Cardenio, a hazer la volũtad del Duq̄, y

da

da gracias a Dios, que te va abriendo camino por dōde alcances lo que yo se q̄ mereces. Alí dio a estas otras razones de padre consejero. Llegose el termino de mi partida, hablé vna vez a Luscinda, dixe todo lo que passaua, y lo mesmo hize a su padre, suplicandole se entretuiese algunos dias, y dilataste el darla estado, hasta q̄ yo viesse lo que Ricardo me q̄ria. El me lo prometio, y ella me la cōfirmò cō mil juramentos, y mil desmayos. Viné en fin dōde el Duque Ricardo estaua, fuy del tan bien recebido, y tratado, q̄ desde luego començo la imbidia hazer su officio, teniēdo me la los criados antiguos, para reciendoles, q̄ las muestras q̄ el Duque daua de hazerme merced, auian de ser en perjuizio suyo. Pero el que mas se holgò con mi y da, fue un hijo sigūdo del Duque llamado Fernādo: meço gallardo, gētil hombre, liberal, y enamorado: el qual en poco tiempo quiso que fuesse tā su amigo, que daua q̄ dezir a todos: y aunque el mayor me queria bien, y me hazia merced, no llegó al extremo cō que dō Fernādo me q̄ria, y trataua. Es pues el caso, que como entre los amigos no ay cosa secreta, que no se comunique, y la priuaga que yo tenia cō don Fernādo, dexaua de ser lo, por ser amistad: todos sus pensamientos me declaraua, especialmēte vno enamorado que le trahia cō vn poco de desasosiego. Quería bien a vna labradora, vassalla de su padre: y ella los tenia muy ricos: y era tan hermosa, recatada, y secreta

secreta, y honesta, que nadie que la conocia, se determinaua en qual destas cosas tuuiesse mas excelēcia, ni mas se anejasse. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora, reduxerō a tal termino los desseos de don Fernādo, que se determino para poder alcançarlo (y conquistar la entereza de la labradora) darle palabra de ser su esposo, por q̄ de otra manera, era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas viuos exemplos que pude, procuré estoruarle; y apartarle de tal proposito. Pero viēdo que no aprouechaua, determiné de dezirle el caso al Duque Ricardo su padre. Mas don Fernādo, como astuto, y discreto, se rezelò, y temio desto, por parecerle q̄ estaua ya obligado, en vez de buen criado, no tener encubierta cosa q̄ tā en perjuizio de la honra de mi señor el Duque venia: y así por divertirle, y engañarme, me dixo: Que no hallaua otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan fugate le tenia, que el ausentarse por algunos meses: y que queria que el ausencia fuese, que los dos nos viniessemos en casa de mi padre, con ocasion que dirian al Duque, que venia a ver, y a feriar vnos muy buenos caualllos que en mi ciudad auia, que es madre de los mejores del mundo. A penas le ohi yo dezir esto, quando (mouido de mi aficion) aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprouara yo por vna de las

de las mas acertadas que se podian imaginar por ver quan buena ocasion, y coyuntura se me ofrecia, de boluer a ver mi Lusinda. Con este pensamiento, y desseo, aprouè su parecer, y le force su proposito, dizièdole, q lo pudiesse por obra con la breuedad possible, porq en efeto la ausencia hazia su oficio, a pesar de los mas fuertes pensamientos. Y quando el me vino a decir esto, segun despues se supo, auia gozado a la labradora, con titulo de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse a su saluo, temeroso de lo que el Duque su padre haria, quando supiesse su disparate. Sucedio pues, que como el amor en los moços, por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual como tiene por vltimo fin el deleyte, en llegando a alcançarle se acaba: y ha de boluer atras aquello q parecia amor: porq no puede passar adelãte del termino que le puso naturaleza, el qual termino no le puso a lo que es verdadero amor. Quiero dezir, que así como don Fernando gozò a la labradora, se le aplacaron sus desseos, y se resfriaron sus ahinços: y si primero fingia quererle ausentar por remediarlos, aora de veras procuraua yrse, por no ponerlos en execucion. Diole el Duque licencia, y mandome que le acompañasse. Venimos a mi ciudad, recibiole mi padre como quisiera: vi yo luego a Lusinda, tornaron a visitarse (aunque no auian estado muertos, ni amor agitados) mis desseos, de los quales di cuenta por

por mi mal a dō Fernando, por parecerme q en la ley dela mucha amistad que mostraua, no le deuia encubrir nada. Alabele la hermosura, do naye, y discrecion de Lusinda, de tal manera, que mis alabças mouierò en ollos desseos de querer ver dōzella de tan buenas partes adornada. Cumpliselos yo, por mi corta suerte, enseñandofela vna noche, a la luz de vna vela, por vna vètana, por dōde los dos soliamos hablarnos. Viola, ensayò tal, que todas las bellezas ha da entòces por el vistas, las puso en oluido. Enmudecio, perdio el sentido, quedò absorto: y finalmente rã enamorado, qual lo vereys en el discurso del cuèro de mi desuètura. Y para encenderle mas el desseo (q a mi me zelaua, y al cielo asolas descubria) quiso la fortuna, que hallasse vn dia vn villero suyo, pidièdome q la pidiesse a su padre por esposa: rã discreto, tan honesto, y tan enamorado, q en leyèdolo me dixo, q en sola Lusinda se encerrauan todas las gracias de hermosura, y de entendimieto, que en las demas mugeres del mūdo estauã repartidas. Bien es verdad, que quiero confessar aora, que puesto que yo veia con quã justas causas don Fernãdo a Lusinda alabaua, me pesaua de oyra qllas alabças de su boca, y comieçe a temer, y a relezarme del, porq no se passaua momẽto dōde no quisiesse q tratassemos de Lusinda, y el monia la plastica, aunq la truxesse por los cabellos: cosa q despertaua en mi vn no se que de celos: no

porq̃ yo temiese reues alguno de la bondad de la fê de Lusinda, però con todo esso me la zia temer mi suerte, lo mesmo que ella me aseguraua. Procuraua siempre don Fernâdo, leer los papeles que yo a Lusinda embiaua, y los que ella me respôdia, a titulo, q̃ de la discrecion de los dos gustaua mucho. A caecio pues, que auie dome pedido Lusinda vn libro de Cauallerias en q̃ leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula. No huno biô oydo dō Quixote nôbrar libro de cauallerias, quando dixo. Con q̃ me dixerâ vuestra merced al principio de su historia, q̃ su merced de la señoa Lusinda, era aficionada a libros de cauallerias, no fuera menester otra exageraciô, para darme a entender la alteza de su entendimiêto, porq̃ no le tuuiera tã bueno como vos señoer le auyô pintado, si careciera del gusto de tã fabrosa leyenda: asy que para cômigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor, y entêdimiêto, q̃ cô solo hauer entêdido su aficiôn, la côfirmô por la mas hermosa, y mas discreta muger del mûdo: y quisiera yo, señoer, q̃ vuestra merced le huuiera embiado juto con Amadis de Gaula, al bueno d̃ dō Rugel de Grecia, que yo se q̃ gustara la señoa Lusinda mucho de Darayda, y Garaya, y de las discretiones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus Bucolicas, cantadas, y representadas por el, con todo donayre, discreciôn,

desemboltura: però tiempo podra venir en que se enmiê de essa falta; y no dura mas en hazer se la emiêda, de quãto quiera vuestra merced ser seruido de venir se cômigo a mi Aldea, que alli le podre dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma, y el entretenimiento de mi vida: aunq̃ tēgo para mi, q̃ ya nō tēgo ningun merced a la malicia de malos y embidiosos encâtadores. Y perdoneme vuestra merced el auer cōtrauenido a lo q̃ prometimos, de no interrôper su plâtica, pues en oyêdo cosas de Cauallerias, y de Caualleros andantes, asy es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dexar de calentar, ni humedecer en los rayos de la Luna. Asy q̃, perdo, y proseguir, q̃ es lo que aora haze mas al caso. Intanto que don Quixote estava diziendo lo q̃ queda dicho, se le auia caydo a Cardenio la cabeça sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensatiuo. Y puesto, que dos vezes le dixo don Quixote, q̃ prosiguiesse su historia, ni alçaua la cabeça, ni respondia palabra. Però al cabo de vn buen espacio la leuâtô, y dixo: No se me puede quitar del pensamiêto, ni aora quiême lo quite en el mundo, ni quiême dê a entender otra cosa: y seria vn majadero el que lo contrario entendiesse, o creyesse, si es que aquel vellaconazo del Maestro Elisabarto, amâcebado cô la Reyna Madasima, Esso voto a tal, respondio con mucha toleranciâ

Quixote (y arrojole como tenia de costumbre) esta es vna muy gran malicia; o vellaqueria; o mejor dezir. La Reyna Madafima fue por principal señora, y no se ha de presumir, que tan alta Princesa se auia de amancebar cō vn saca de trasi; y quien lo contrario entendiere, miere como muy grā vellaco. Y yo se lo dare a entender a pie, o a cauallo: armado: o desarmado: de noche, o de dia, o como mas gusto le dier: Estana le mirando Cardenio muy atentamēte, al qual ya auia venido el accidente de su locura, y no estana para proseguir su historia: ni tā poco de Quixote se la overa, segū le auia disgustado lo q̄ de Madafima le auia oydo. Estraño calo, por asy boluio por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera, y natural señora: tal le tenia sus descomulgados libros. Digo pues, q̄ como ya Cardenio estana loco, y se oyó tratar de matis y de vellaco, cō otros de nuestros semejantes parecirole mal la burla, y alcō vn guijaro q̄ halló junto a si, y dio con el en los pechos tal golpe a don Quixote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Paça que de tal modo vio parar a su señor, arremetio al loco, con el puño cerrado: y el Ro- to le recibio de tal suerte, que con vna puñada dio con el a sus pies, y luego se subio sobre el, y le brumò las costillas muy a su sabor. El cabrero que le quiso defender, corrió el mismo peligro. Y despues que los ruuo a todos rendidos, y molidos, los dexò, y se fue con gran

sofiego, a emboscar se en la mōtaña. Lenantose Sancho, y cō rabia que tenia de verse a porrear, tan sin merecerlo, acudio a tomar la vengança del cabrero, diziēdole, que el tenia la culpa de no auerles auisado que a aquel hombre le tomara a tiēpos la locura, que si esto supieran, huiieran estado sobre auiso para poderse guardar. Respōdio el cabtero, que ya lo auia dicho, y que si el no lo auia oydo, que no era suya la culpa. Replicò Sancho Paça, y tornò a replicar el cabrero: y fue el fin de las replicas, asir de las barbas, y darse tales puñadas, que si don Quixote no los pusiera en paz, se hizieran pedaços. Dezia Sancho, asido con el cabrero: Dexeme vuestra merced, señor cauallero de la triste Figura, que en este que es villano como yo, y no està armado cauallero, bien puedo a mi saluo satisfazerme del agrauio que me ha hecho, peleando con el mano a mano, como hombre honrado. Assies, dixo don Quixote: pero yo se que el no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaziguò, y don Quixote boluio a preguntar al cabrero, si seria posible hallar a Cardenio, porque quedaua contra. Dixole el cabrero lo que primero auia dicho, que era, no saber de cierto su manida: pero que si anduniesse mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, o cuerdo, o loco.

Cap. XXV. Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente Caballero de la Mancha: y de la imitacion que hizo ala paciencia de Belzebros.

D Espídióse del Cabrero, dō Quixote, y fabiendo otra vez sobre Rozinante, mandó a Sancho que le siguiese, el qual lo hizo con su jumento, de muy mala gana. Y uanse poco a poco entrando en lo mas aspero de la montaña, y Sancho yua muerto por razonar con su amo, y deseaua que el començasse la platica, por no contravenir a lo que le tenia mādado: mas no pudiendo sufrir rāto silēcio, le dixo: Señor dō Quixote, vuestra merced me eche su bēdiciō, y me dē licencia, que desde aqui me quiero boluer a mi casa, y a mi muger, y a mis hijos, cō los que les por lo menos hablarē; y departirē todo lo q̄ quisiere: porque quērer vuestra merced que vaya con el por estas soledades, de día, y de noche, y que no le hable quando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte, que los animales hablaran, como hablan en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento, lo q̄ me viera en gana, y con esto passara mi mala ventura, que es rezia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando auenturas toda la vida, y no hallar si no cozes, y manecamientos, y ladrillazos, y puñadas; y con todo esto, nos

hemos

hemos de coser la boca, sin osar dezir lo que el hombre tiene en su coraçon, como si fuera mudo. Ya te entiendo Sancho, respondió dō Quixote, tu mueres porque te alce el entredicho q̄ te tengo puesto en la lengua; dale por alçado, y dilo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alçamiento mas, de en quāto auieremos por estas fierras. Sea assi dixo Sancho, hable yo aora, que despues, Dios sabe lo q̄ será; y començando a goçar de esse saluo condico, digo: Que quele yua a vuestra merced en boluer rāto por aquella Reyna Magimasa, o como se llama? O que hazia al caso, que aquel Abbad fuesse su amigo, o no? Qué si vuestra merced passara con ello, pues no era su juez, bien creo yo, que el loco passara adelante con su historia, y se huieran ahorrado el golpe del guijarro, y las cozes, y aun mas de seys tornicones. A fē Sancho, respondió don Quixote, que si tu supieras como yo lo se, quan honrada, y quan principal señora era la Reyna Madafina, yo se que tu me dixeras, que tuue mucha paciencia, pues no quebrē la boca por donde tales blasfemias salieron. Porque es muy gran blasfemia dezir, ni pensar, que vna Reyna estē amancebada con vn cirujano. La verdad del cuento es, q̄ aquel Maestro Elisabath, que el loco dixo, fue vn hombre muy prudēte, y de muy sanos consejos, y siruio de ayo, y de medico a la Reyna: pero pensar que ella era su amiga, es

84

di-



disparaté digno de muy gran castigo. Y por que veas que Cardenio no supo lo que dixo, has de advertir, q quando lo dixo, ya estava sin juicio. E esto digo yo, dixo Sâcho, que no auia para que hazer cuêra de las palabras de un loco: porque si la buena suerte no ayudara a vuestra merced, y encaminara el guijarro a la cabeça, como lo encaminò al pecho, buenos qdaramos, por auer buelto por aquella mi señora, q Dios cohonda. Pues môtas, que no se librara Cardenio por lo co. Côtta queridos, y cõtta locos, està obligado qualquier Cauallero a dîste a boluer por la bõra de las mugeres, qualesquiera que sean, quanto mas por las Reynas de tan alta guisa y pro, como fue la Reyna Madafima, a quien yo tengo particular aficion, por sus buenas partes: porque fuera de auer sido fermosa, a demas fue muy prudente, y muy sufrida en sus calamidades, que las tuuo muchas. Y los consejos y conpañia del maestro Elisabat, le fue, y le fuerõ de mucho prouecho y aliuio, para poder lleuar sus trabajos, con prudencia, y paciencia. Y de aqui tomò ocasion el vulgo ignorante, y mal intencionado, de dezir y pensar, que ella era su madre, y miêten digo otra vez, y mentirân otras dozientas, todos los q tal pensaren y dixeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respõdio Sâcho, alla se lo ayâ, cõ su pã se lo comã: si fuerõ amâcebados, o no, a Dios aurã dado la cuêra: de mis vias vëgo, no se nada, no soy amigo de saber vi-

das

das agenas, q el q cõpra y miête, en su bolsa lo fiêre. Quãto mäs, q desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano: mas q lo fuesien, q me va a mi? Y muchos piêsan q ay tozinos, y no ay estacas? Mas quien puede poner puertas al campo? Quãto mäs, q de Dios dixerõ. Valame Dios, dixo dõ Quixote, y q de necedades vas Sâcho ensartandõ, q va de lo q tratamos, a los refranes que enhilas? Por tu vida Sancho que calles, y de aqui adelãte entremetete en spolear a tu asno, y dexa de hazello en lo q no te importa. Y entendiêde con todos tus cinco sentidos, que todo quãto yo he hecho, hago, e hiziere, va muy puesto en razõ, y muy cõforme a las reglas de Caualleria, q las se mejor que quantos Caualleros las professaron en el mundo. Señor, respondio Sancho, y es buena regla de Caualleria, q andemos perdidos por estas montañas, sin senda, ni camino, buscãdo, aun lo que el qual despues de hallado, quiza le vendra en voluntad, de acabar lo que dexò començado, no de su cuento, sino de la cabeça de vuestra merced, y de mis costillas, a cabandonos las de rôper de todo punto? Calla te digo otra vez Sâcho, dixo dõ Quixote, por q te hago saber, q no solo me trae por estas partes, el desseo de hallar al loco, quãto el que tengo de hazer en ellas vna hazaña, con que he de ganar perpetuo nombre y fama, en todo lo descubierta de la tierra; y sera tal, q he de echar con ella el sello a todo aquello q puede hazer per-

perfecto, y famoso a vn andante Cauallero. Y de muy gran peligro essa hazaña, pregunto si cho Pança? No, respondió el de la triste Figura: puesto que de tal manera podía acorrer el dado, que echásemos azar, en lugar de encau- tro, pero todo ha de estar en tu diligencia. En mi diligencia, dixo Sancho? Si, dixo don Qui- xote, porque si buelues presto, de adonde pien- so embiarte, presto se acabará mi pena, y pre- sto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso, esperádo en lo que han de parar mis razones, quiero Sancho que sepas, que el famoso Amadis de Gaula, fue vno de los mas perfectos Caualleros andantes: no he dicho bien, fue vno, fue el solo, el primero, el vnico, el señor de todos quantos huuo en su tiempo en el mundo. Mal año, y mal mes para don Belianis, y para todos, aquellos que dize- ren, que se le igualò en en algo, porque se enge- ñan juro cierto. Digo assi mesmo, que quando al- gun pintor quiere salir famoso en su arte, pro- cura imitar los originales de los mas vnicos pintores q sabe. Y esta mesma regla corre por to- dos los mas officios, o exercicios de cuenta, q si- rruen para adorno de las republicas. Y assi lo ha de hazer, y haze, el que quiere alcançar nom- bre de prudente y sufrido, imitando a Vlises, en cuya persona y trabajos, nos pinta Omero vn retrato vno de prudencia, y de sufrimien- to, como tambien nos mostrò Virgilio, en perso-
na

na de Eneas, el valor de vn hijo piadoso, y la sa- gazidad de vn valiente, y entendido Capitan, no pintandolo, ni descubriendolo como ellos fueron, si no como auian de ser, para quedar e- xemplo a los venideros hombres, de sus virtu- des. Desta mesma suerte Amadis fue el Norte, el Luzero, el Sol de los valientes, y enamora- dos Caualleros, a quien deuemos de imitar to- dos aquellos, q debaxo de la vándera de amor, y de la Caualleria, militamos. Siendo pues esto assi, como lo es, hallo yo Sancho amigo, q el Ca- uallero andante que mas le imitare, estara mas cerca de alcãçar la perfeccion de la Caualleria. Y vna de las cosas en que mas este Cauallero mostrò su prudẽcia, valor, valentia, sufrimiẽto, firmeza, y amor, fue quando se retirò, desdena- do de la señora Oriana a hazer penitẽcia en la peña Pobre, mudãdo su nombre, en el de Belte- nebro, nombre por cierto significatiuo, y pro- pio para la vida q el de su voluntad auia esco- gido. Assi que me es a mi mas facil, imitarle en esto, que no en hẽder Gigantes, descabegar ser- pientes, matar endriagos, desbaratar exercitos, fracasar armadas, y deshazer encãtamientos. Y pues estos lugares son tã acomodados para se- mejantes efectos, no ay para q se dexe passar la ocasión, que aora cõ tãta comodidad me ofrece- tes que dejas. En efecto, dixo Sãcho, que es lo q nuestra merced quiere hazer, en este tan remo- to lugar? Ya no te he dicho, respondió don Qui- xote,

quixote, que quiero imitar a Amadis, haziendo aqui del desesperado, del sandio, y del furioso. Por imitar juntamente al valiente don Roldan, quando hallò en vna fuente las señales de que Angelica la Bella auia comedido vizeza con Medoro. De cuya pesadumbre se boluto loco, y arrancò los arboles, enturbio las aguas de las claras fuentes, mato pastores, destruyò ganados, abráso choças, derribò casas, arrastrò yeguas, e hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nombre, y escritura. Y pues esto que yo no pienso imitar a Roldan, o Orlando, o Rorolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte, en todas las locuras que hizo, dixo, y penso, harè el bosqueño como mejor pudiere, en las que me parecieren mas essenciales. Y podra ser que viniere a contentarme, con sola la imitacion de Amadis, que sin hazer locuras de daño, sino de lloro, y sentimientos, alcanzò tanta fama como el que mas. Pareceme a mi, dixo Sancho, que los caualleros que lo tal fizieron; fueron propuocados y tuuieron causa para hazer estas necedades y penitencias: pero vueltra merced, que causa tiene para boluerse loco? Que dama le ha desdenado? O que señales ha hallado, que le den a entender, que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñeria con Moro, o Christiano? Ahi està el punto, respondió don Quixote, y esta es la fineza de mi

negocio: que boluerse loco vn cauallero andante, con causa; ni grado, ni gracias: el toque està desatinar sin ocasion, y dar a entender a mi dama, que si en seco hago esto, que hiziera en mojado. Quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que hel hecho, de da siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oyste dezir a aquel pastor de Marias Ambrósio, quien està ausente, todos los males tiene, y remede. Assi que Sancho amigo, no gastes tiempo en acõsejarme, que dexe tan rara, tan felice, y tan no vista imitacion. Loco soy, loco he de ser, hasta tanto que tu bueltas con la respuesta de vna carta que contigo pienso embiar, a mi señora Dulcinea: y si fuere tal qual a mi fè se le deve, acabarse ha mi sandez y mi penitencia: y si fuere al contrario, serè loco de veras, y siendolo, no sentire nada. Assi, que de qualquiera manera que respondas; saldre del consilio y trabajo en que me dexares, gozandò el bien que me truxeres, por querdo; o no sintiendo el mal que me aporatares; por loco. Pero dime Sancho, traes bien guardado el yelmo de Mambrino, que ya vi decido le quiso hazer pedazos: pero no pudo; donde se puede echar de ver, la fineza de su temple. A lo qual respondió Sancho: Vive Dios, señor Cauallero de la triste Figura, q no puedo sufrir, ni llenar en paciencia algunas cosas que

que vuestra merced dize, y que por ellas véga
a imaginar, que todo quanto me dize de Cau-
llerias y de alcázar Reynos, e Imperios; de dat
Islas, y de hazer otras mercedes y grande-
zas, como es uso de Caualleros andantes, que
todo deue de ser cosa de viento y mentira, y
todo pastraña, o pattaña, o como lo llamare-
mos: porque quien oyere dezir a vuestra mer-
ced, que vna bazia de barbero es el yelmo de
Mábrino, y que no salga deste error, en mas de
quattro dias; q̄ ha de pēsar, si no q̄ quiē tal dize,
y afirma, deue de tener guero el iuyzio. La baz-
ia yo la lleno en el costal, toda abollada; y lle-
uola para ade reçarla en mi casa, y hazerme la
barba en ella, si Dios me diere tanta gracia. q̄ al
gū dia me vea cō mi muger, y cō mis hijos. Mirā
Sancho, por el mēsmo q̄ denantes juraste, te ju-
ro, dixō don Quixote, que tienes el mas corto
entēdimiento, q̄ tiene, ni tuuo Escudero en el
mūdo: que es posible, que en quāto ha que an-
das cōmigo, no has echado de ver, q̄ todas las
cosas de los Caualleros andātes, parecē quime-
ras, necedades, y desatinos, y que son todas he-
chas al reues: Y no porq̄ sea ellō, asī, sino por-
q̄ andan entre nosotros siempre, vnā cateria de
encāradores, que todas nuestrās cosas mudan y
truecan; y las bueluen, segū su gusto, y segū tie-
nen la gana de fauorecernos, o destruyrnos: y
asī, esso que a ti te parece bazia de barbero,
me parece a mi, el yelmo de Mábrino; y a otro

te pareciera otra cosa. Y fue rara prouidencia
del Sabio que es de mi parte, hazer, que par-
cia bazia a todos, lo que real y verdaderamente
es yelmo de Mambrino: a causa, que siendo el
de tanta estima, todo el mundo me perseguira,
por quitarme le; pero como ven que no es mas
de vn bazi de barbero, no se curan de procu-
ralle. Como se mostrō bien, en el que quiso rō-
pelle, y le dexō en el suelo sin llenarle, que a se
que si le conociera, que nūca el le dexara. Guar-
dale amigo, que por aora no le he menester, q̄
antes me tēgo de quitar todas estas armas que
cōmigo traygo, y quedar desnudo como quā-
do naci, si es que me da en vōluntad de seguit
en mi penitencia, mas a Roldan, q̄ a Amadis.
Llegaron en estas platicas al pie de vna alta
montaña, que casi como peñon rajado estana so-
las entre otras muchas que la rodeauan. Corria
por su falda vn manso arroyuelo, y haziase por
todo su redondez, vn prado tan verde y vici-
oso, que daua contento a los ojos que le miraua.
Aua por alli muchos árboles siuestrs, y algu-
nas plantas y flores, que hazian el lugar apazi-
ble. Este sitio escogio el cauallero de la triste
figura, para hazer su penitencia; y asī en vien-
dole, començō a dezir en boz alta, como si
dixiera sin iuyzio: Este es el lugar, o cielos, q̄
dixito y escojo para llorar la desventura en q̄
volotros mesmos me auēys puesto. Este es el si-
tio, donde el humor de mis ojos acrecentará

las aguas deste pequeño arroyo; y mis cōtinuas y profundos suspiros mouerā a la cōrina las hojas destes montar azes arboles, en testimonio señal, de la pena que mi assendereado coragō padece. O vosotros quē quiera que seays, todos dioses, q̄ en este inhabitable lugar teney vuestra morada, oyd las quejas deste desdichado amante, a quien vna luenga ausencia, y vnos imaginados celos, hā traydo a lamētar se entre estas asperezas, y a quejarse de la dura cōdiciō de aquella ingrata y bella, termino y fin de toda humana hermosura. O vosotras Napeas, y Driadas, q̄ teneys por costumbre de habitar en las espesuras de los mōtes, asī los ligeros y lasciuos satiros, de quien soys, aunque en vano amadas, nō perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeys a lamētar mi desuētura: o alomenos, nō os cāseys de oylla. O Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi penar norte de mis caminos, estrella de mi vētura, asī el cielo te la dē buena, en quāto acertares a pedirle, q̄ confidēres el lugar, y el estado a que tu ausencia me ha cōduzido, y que cō buen termino correspōdas, al que a mī fē se le dene. O solitarios arboles, (que desde oy en adelante auēys de hazer cōpañia a mi soledad) dad indicio, cō el blādo mouimiēto de vuestras ramas, que no os desagrade mi presencia. O tu escudero mīo, agradable cōpañero, en mas prosperos y afortunados sucesos, toma bien en la memoria lo que

aquí

aquí me veras hazer, para que lo cuentes y reñetes a la causa total de todo ello. Y diziendo esto, se apeò de Rozinante, y en vn momento le quitò el freno, y la silla, y dādole vna palmada en las ancas, le dixo: Libertad te da, el q̄ sin ella q̄da, o cavallo tā estremado por tus obras, quā desdichado por tu suerte. Vete por do quisieres, q̄ en la frēte lleuas escrito, que no te igualò en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nōbrado Frōtino, q̄ tā caro le costò a Bradamāte. Viēdo esto Sācho, dixo: Bien aya quien nos quite aora del trabajo de desenalbardar al ruzio, q̄ a se, que no faltaran palmadicas q̄ dalle, ni cosas q̄ dezille en su alabāça: pero si el aquí estuuiera, no consintiera yo q̄ nadie le desalbardara, pues no auia para q̄, que a el no le tocauan las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaua su amo, q̄ era yo, quando Dios queria. Y en verdad, señor Cauallero de la triste Figura, q̄ si es q̄ mi partida, y su locura de vuestra Merced, va de veras, q̄ sera bien tornara en fillar a Rozinante, para q̄ supla la falta del ruzio, por q̄ serà ahorrar tiēpo a mi yda, y bueltra; que si la hago a pie, no se quando llegare, ni quando boluere: por q̄ en resolucion, soy mal camināte. Digo Sācho, respōdio don Quixote, q̄ sea como tu quisieres, que no me parece mal tu designio: y digo, q̄ de aquí a tres dias te partiras, porque quiero que en este tiēpo veas lo que por ella hago, y digo, para q̄ se lo digas.

T

Pues

Pues que mas tēgo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estas en el cuento, respondió don Quixote, aora me falta rasgar las vestiduras, esparzir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced como se da estas calabazadas, q̄ a tal peña podra llegar, y en tal punto, que cō la primera se acabasse la maquina desta penitencia: y seria yo de parecer, que ya que a vuestra merced le parece, que son aqui necessarias calabazadas, y que no se puede hazer esta obra sin ellas, se cōtentasse, pues todo esto es fingido, y cosa contrahecha, y de burla, se cōtentasse, digo, con darselas en el agua, o en alguna cosa blanda, como algodōn, y dexeme a mi el cargo, q̄ yo dire a mi seņora, q̄ vuestra merced se las daua en vna punta de peña, mas dura que la de vn diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió don Quixote, mas quierote hazer sabidor, de que todas estas cosas q̄ hago, no son de burlas, si no muy de veras, porque de otra manera, seria contravenir a las ordenes de Caualleria, que nos mandan, que no digamos mentira alguna, pena de relasos; y el hazer vna cosa por otra, lo mismo es q̄ mentir. Assi, que mis calabazadas, hā de ser verdaderas, firmes, y valederas, sin que lleue nada del fofistico, ni del fantastico. Y serā necesario, que me dexes algunas hilas para curarme, pues

pues que la ventura quiso q̄ nos faltasse el ballesto que perdimos. Mas fue perder el asno, respondió Sācho, pues se perdieron en el, las hilas, y todo; y ruegole a vuestra merced, que no se acuerde mas de aquel maldito brenage, que en solo oyrle mentar, se me rebuelue el alma, quantimas el estomago. Y mas le ruego, que ha cuenta q̄ son ya passados los tres dias q̄ me ha dado de termino, para ver las locuras q̄ haze, q̄ ya las doy por vistas, y por passadas en cosa juzgada, y dire maravillas a mi seņora; y escriua la carra, y despacheme luego, porque tengo gran desseo de boluer a sacar a vuestra merced deste purgatorio donde le dexo. Purgatorio le llamas Sācho, dixo dō Quixote, mejor hizieras de llamarle infierno, y aun peor, si ay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sācho, nula es retencio, segun he oydo dezir. No entiendo q̄ quiere dezir retencio, dixo don Quixote. Retencio es, respondió Sancho, q̄ quien estā en el infierno, nunca sale del, ni puede. Lo qual se- rā al reues en vuestra merced, o a mi me andarā mal los pies, si es q̄ lleuo espuelas para auuiar a Rozinante: y pongame yo vna por vna en el Toboso, y delāte de mi seņora Dulcinea, que yo le dire tales cosas, de las necedades, y locuras (q̄ todo es vno) q̄ vuestra merced ha hecho, y queda haziēdo, que la vega a poner mas blanda que vn guāte, aunque la halle mas dura q̄ vn al- tomoque, con cuya respuesta dulce, y melifica-

da, boluere por los ayres como bruxo, y sacará a vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues ay esperança de salir del: la qual como tēgo dicho, no la tienē de salir los q̄ estan en el infierno, ni creo que vuestra merced dira otra cosa. Así es la verdad, dixo el de la triste Figura, pero q̄haremos para escriptuir la carta? y la librāça pollinesca, tábien añadió Sācho? Todo yra inserto, dixo dō Quixote, y sería bueno, ya que no ay papel q̄ la escriptuiésemos, como haziā los antiguos, en hojas de atoles, o en vnas tablitas de cera, aunq̄rā difícil toso sera hallarse esso aora, como el papel. Mas ya me ha venido a la memoria, dōde sera bien, aun mas q̄ bien escriptuilla, q̄ es, en el librillo de memoria q̄ fue de Cardenio, y tu tēdras cuydado, de hazerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar q̄ hallares, dōde aya maestro de escuela de muchachos, o sino qualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des a trasladar a ningū Escriuano, q̄ hazen letra procelosa, q̄ no la entēdera Satanas. Pues q̄ se ha de hazer de la firma, dixo Sācho? Nūca las carras de Amadis se firman, respondió don Quixote. Está bien, respōdio Sācho, pero la librança forçosamente se ha de firmar, y essa si se traslada, diran que la firma es falsa, y quedareme sin pollinos. La librāça yra en el mismo librillo firmada, que en viēdola mi sobrina, no pondra dificultad en cūplilla. Y en lo que toça a la carta de amor,

podrás por firma: Vuestro hasta la muerte, el cauallero de la triste Figura. Y hara poco al caso, que vaya de mano agena, porq̄ a lo que yo me acordar, Dulcinea no sabe escriptuir, ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia, por que mis amores, y los suyos, han sido siēpre Platonicos, sin estēderse a mas, que a vn honesto mirar. Y aun esto, tan de quādo en quando, que osaré jurar cō verdad, que en doze años que han de la quiero, mas que a la lumbre destos ojos q̄ han de comer la tierra, no la he visto quatro vezes; y aun podra ser, que destas quatro vezes no huiesse ella echado de ver la vna que la miraua. Tal es el recato y encerramiento con que sus padres, Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonça Nogales la han criado. Ta, ta, dixo Sācho, que la hija de Lorenzo Corchuelo, es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre, Aldonça Lorenzo? Essa es, dixo dō Quixote, y es la que merece ser señora de todo el vniuerso. Bien la conozco, dixo Sancho, y se dezir, que tira ran bien vna barra, como el mas forçudo çagal de todo el pueblo. Viue el dador, que es moça de chapa hecha, y derecha, y de pelo en pelo, y que puede sacar la barba del lodo, a qualquier Cauallero andante, o por andar, que tiene por señora. O hi de puta, que rejo que tiene, y que voz: se dezir, que se puso vn dia en cima del Campanario del Aldea, a llamar vnos çagales suyos, que andauan en vn baruecho





de su padre: y aunque estauan de alli mas de media legua, assi la oyeron, como si estuuiera a pie de la Torre. Y lo mejor que tiene la señora Aldonça Lorenço, es, que de ninguna manera es melindrosa, porque es mucho lo que tiene de Cortesana; con todos se burla, y de todo burla ze mueca, y donayre. Ahora digo, señor Canalle, ro dela triste Figura, que no solamente puede, y deue vuestra merced hazer locuras por ella, sino que con justo titulo puede desesperarse, y ahorcarse, que nadie haura que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le llene el diablo: y querria ya verme en camino, solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y dene de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres, andar siempre al campo al sol, y al ayre. Y cõfiesse a vuestra merced vna verdad, señor don Quixote, que hasta aqui he estado en vna grande ignorancia, que pensaua bien y fielmente, que la señora Dulcinea deuia de ser alguna Princesa, de quien vuestra merced estaua enamorado, o alguna nobleza tal, que mereciesse los ricos presentes que vuestra merced le ha embiado: assi el del Vizcayno, como el de los Galeotes, y otros muchos que deuen ser, segun deuen de ser muchas las viçerías que vuestra merced ha ganado, y ganó en el tiempo que yo aun no era su Escudero. Pero bien considerado, que se le ha de dar a la señora Aldonça Lorenço, digo a la señora Dulcinea del

del Toboso, de que se le vayan a hincar de rodillas delante della, los vencidos que vuestra merced embia, y ha de embiar? Porque podria ser, que al tiempo que ellos llegassen, estuuiesse ella rastrillando lino, o trillando en las heras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riesse y enfadasse del presente. Ya te tengo dicho antes de ahora muchas vezes Sancho, dixo don Quixote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas vezes despuntas de agudo: mas para que veas quan necio eres tu, y quan discreto soy yo, quiero que me oygas vn brene cuento. Has de saber, que vna viuda hermosa, moça, libre, y rica, y sobre todo defenadada, se enamorò de vn moço motilon, rozillo y de buen tomo: alcançò a saber su mayor, y vn dia dixo a la buena viuda, por via de fraternal reprehension: Marauillado estoy señora, y no sin mucha causa, de que vna muger tan principal, tan hermosa, y tan rica como vuestra merced, se aya enamorado de vn hombre tan soez, tan baxo, y tan idiota como fulano, haviendo en esta casa tantos Maestros, tantos Presentados, y tantos Theologos, en quien vuestra merced pudiera escoger, como entre peras, y de xiste quiero, a queste no quiero? Mas ella le respondio con mucho donayre y desemboltura: Vuestra merced señor mio està muy engañado, y piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano, por idiota que le pa

rece, pues para lo que yo le quiero, tanta Philo-
sophia sabe, y mas que Aristoteles. Así que San-
cho, por lo que yo quiero a Dulcinea del To-
boso, tanto vale como la mas alta Princesa de
la tierra. Si que no todos los Poetas que auran
damas, debaxo de vn nombre que ellos a su al-
nedrio les ponen, es verdad que las tiene. Pie-
sas tu que las Amariles, las Fíles, las Siluias, las
Dianas, las Galateas, las Alidas, y otras tales,
de que los Libros, los Romances, las tiédas de
los barberos, los Theatros de las Comedias
están llenos, fueron verdaderamente damas de
carne y hueso, y de aquellos que las celebran,
y celebraron? No por cierto, sino que las mas
se las fingen, por dar sujeto a sus versos, y por
los tégan por enamorados, y por hombres que
tienen valor para serlo. Y así, bastame a mi pen-
sar, y creer que la buena de Aldonça Lorenço,
es hermosa, y honesta: y en lo del linage impor-
ta poco, que no han de yr a hazer la informa-
cion del, para darle algun habito; y yo me hago
cuenta, que es la mas alta Princesa del mundo.
Porque has de saber Sancho, si no lo sabes, que
dos cosas solas incitan a amar mas que otras,
que son la mucha hermosura, y la buena fama; y
estas dos cosas se hallan consumadamente en
Dulcinea, porque en ser hermosa, ninguna le
igual, y en la buena fama, pocas le llegan. Y pa-
ra concludir con todo, yo imagino, que todo lo
que digo es así, sin que sobre, ni falte nada. Y
pin-

pintola en mi imaginacion como la desseo, así
en la belleza, como en la principalidad: y ni la
llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra algu-
na de las famosas mugeres delas edades prete-
ritas, Griega, Barbara, o Latina. Y diga cada vno
lo que quisiere, que si por esto fuere reprehen-
dido de los ignorâtes, no sere castigado de los
rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra mer-
ced razon, respondió Sâcho, y que soy vn asno:
mas no se yo para que nôbro asno en mi boca,
pues no se ha de mêtár la soga en casa del ahor-
cado: pero venga la carta, y a Dios que me mu-
do. Sacò el libro de memoria don Quixote, y
apartándose a vna parte, con mucho sosiego
començo a escriuir la carta, y en acabandola, lla-
mò a Sancho, y le dixo, que se la queria leer,
porque la tomasse de memoria; si a caso se le
perdiessse por el camino, porque de su desdi-
cha todo se podia temer. A lo qual respondió
Sancho: Escriuala vuestra merced dos, o tres ve-
zes ahí en el libro, y deme la, que yo le llevaré
bien guardado: porque pensar que yo la he de
tomar en la memoria, es disparate; que la ten-
go tan mala, que muchas vezes se me oluida
como me llamo. Pero con todo esso, digame la
vuestra merced que me holgare mucho de oy-
lla, que deue de yr como de molde. Escucha
que así dize, dixo don Quixote.

Soberana, y alta señora.

EL ferido de punta de ausencia; y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te embia la salud que el no tiene. Si tu fermosura me desprecia? Si tu valor no es en mi pro? Si tus desdenes son en mi afuercamiento? maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podre sostenerme en esta cuyra, q̄ ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen Escudero Sācho, te dará entera relacion, o bella ingrata, amada enemiga mía, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida, haure satisfecho a tu crueldad, y ami desseo.

Tuyo, hasta la muerte:

El Cauallero de la triste Figura.

¶ Por vida de mi padre, dixo Sancho en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oydo. Pesia a mi, y como que le dize vuestra merced ahi todo quāto quiere; y que bien que encaxa en la firma, el Cauallero dela triste Figura, Digo de verdad, q̄ es vuestra merced el mismo diablo, y que no ay cosa que no sepa. Todo es menester, respōdio don Quixote, para el oficio

cio que yo traygo. Ea pues, dixo Sancho, pōga vuestra merced en essotra buelta; la cedula de los tres pollinos, y firmela cō mucha claridad, porque la conozcan en viendola. Que me plazze, dixo don Quixote, y auindola escrito, se la leyo que dezia assi.

Mandarà vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar a Sancho Pança mi escudero, tres de los cinco que dexe en casa, y estan a cargo de vuestra merced. Los quales tres pollinos, se los mando librar y pagar, por otros tantos aqui recebidos de contado, q̄ consta, y cō su carta de pago seran bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, a veynte y dos de Agosto, deste presente año.

Buena està dixo Sancho, firmela vuestra merced. No es menester firmarla, dixo don Quixote, sino solamente poner mi rubrica, que es lo mesmo que firma, y para tres años, y aun para trezientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho, dexeme yrè a enfiellar a Rozinante, y aparejese vuestra merced a echarme su benedicion, que luego pienso partirme, sin ver las sandezes que vuestra merced ha de hazer, que yo dire que le vi hazer rātas que no quiera mas. Por lo menos quiero Sācho, y porque es menester assi, quiero digo que me veas en cueros, y hazer vna, o dos dozenas de locuras, que las hare en menos de media hora: porque auindolas tu visto por tus ojos, pue

das,

das jurar a tu salvo, en las demas que quisieres añadir: y asegurote, que no diras tu tantas, quantas yo pienso hazer: Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros a vuestra merced, que me dara mucha la stima, y no podre dexar de llorar; y tēgo tal la cabeça, del llanto q̄ anoche hize por el ruzio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que vuestra merced gusta, de que yo vea algunas locuras, hagalas veſtido, breues, y las que le vinieren mas a cuento. Quanto mas, que para mi no era menester nada deſſo; y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi buelta, que ha de ſer con las nueuas que vuestra merced deſſea, y merece. Y si no aparejese la ſeñora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago ſolene a quiē puedo, que le tengo de ſacar la buena reſpueſta del eſtomago, a cozes, y a bofetones: porque dōde ſe ha de ſufrir, que vn Cauallero andante, tan ſomoso como vuestra merced, ſe buelua loco, ſin que, ni para que, por vna? No me lo haga dezir la ſeñora, porque por Dios que deſpotrique y lo eche todo a doze, aunque nunca ſe venda. Bonico ſoy yo para eſſo, mal me conoce: pues a ſe q̄ si me conocieſſe, que me ayunaſſe. A ſe Sancho, dixo dō Quixote, que a lo que parece que no eſtas tu mas cuerdo que yo. No eſtoy tan loco, reſpndio Sancho, mas eſtoy mas colerico: pero dexando eſto a parte, que es lo que ha de comer vuestra merced, en tanto que yo buelua.

Ha

Ha de ſalir al camino como Cardenio, a quitarſelo a los paſtores? No te dē pena eſſe cuydado, reſpndio dō Quixote, porq̄ aunq̄ tuuiera, no comiera otra coſa q̄ las yeruas, y frutos, que eſte prado, y eſtos arboles me dieren, q̄ la fineza de mi negocio eſtā en no comer, y en hazer otras aſperezas. A eſto dixo Sancho, ſabe vuestra merced que temo, que no tēgo de acertar a boluer a eſte lugar donde aora le dexo, ſegun eſtā eſcondido. Toma bien las ſeñas, q̄ yo procurarē de no apartarme deſtos cōtornos, dixo don Quixote: y aun tendrē cuydado de ſubirme por eſtos mas altos riſcos, por ver ſi te deſcubro quando bueluas. Quāto mas, q̄ lo mas acerta do ſerā, para q̄ no me yerres, y te pierdas q̄ cortes algunas retamas, de las muchas q̄ por aqui ay, y las vayas poniendo de trecho a trecho, haſta ſalir a lo raſo, las quales te ſernirā de mojones, y ſeñales, para q̄ me halles quādo bueluas, a imitaciō del hilo del laberinto de Perſeo. Aſi lo hare, reſpōdio Sācho Pāça: y cortādo algunos, pidio la bēdicion a ſu ſeñor, y no ſin muchas lagrimas de entrābos, ſe deſpidio del. Y ſubiēdo ſobre Rozināte, a quiē dō Quixote encomendō mucho, y q̄ miraffe por el, como por ſu propia perſona, ſe puſo en camino del llano, eſparziēdo de trecho a trecho los ramos de la retama, como ſu amo ſe lo auia acōſejado: y aſi ſe fue, aunq̄ toda via le importunaua dō Quixote, que le viese ſi quiera hazer dos locuras Mas

no

no huuo andado cien passos, quando boluiuo, dixo: Digo señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia, que le he visto hazer locuras, será bien que vea si quiera vna, aunque bien grande la he visto, en la quedada de vuestra merced. No te lo dezia yo, dixo don Quixote, es por raze Sancho, que en vn credo la hare. Y desmenuzandose con toda priessa los calçones, quedó en carnes, y en pañales, y luego sin mas ni mas, dio dos çaparetas en el ayre, y dos tumbas la cabeça a baxo, y los pies en alto, descubriendo cosas, que por no verlas otra vez boluiuo Sãcho la rienda a Rozinante, y se dio por contento y satisfecho, de que podia jurar, que su amo quedaua loco; y assi le dexaremos yr su camino hacia la buelta, que fue breue.

Cap. XXVI. Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quixote en Sierra Morena.

Y Boluiendo a contar lo que hizo el de la triste Figura, despues que se vio solo: dize la historia, que assi como don Quixote acabò de dar las tumbas, o bueltas, de medio a baxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se auia ydo, sin querer aguardar a ver mas sandezes, se subio sobre vna punta de vna alta peña, y alli tornò a pensar lo que otras muchas vezes auia pèsado, sin auerse jamas resuelto en ello. Y era que qual seria mejor, y le esta-

ria mas a cuèto, imitar a Roldan en las locuras desafortadas que hizo, o a Amadis en las Maléconicas: y hablando entre si mesmo, dezia: Si Roldan fue tan buen Çauallero, y tan valiente como todos dizen, que marauilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, si no era metiendole vn alfiler de a blanca por la punta del pie; y el trahia siempre los çapatos con fíeres de las de hierro. Aunque no le valieron tretas cõtra Bernardo del Carpio, que se las entendio, y le ahogo entre los braços, en Roncesvalles. Pero dexando en el lo de la valentia a vna parte, vengamos a lo del perder el juyzio, que es cierto que le perdio, por las señales que halló en la fortuna, y por las nueuas que le dio el pastor, de que Angelica auia dormido mas de dos siestas cõ Medoro, vn Morillo de cabellos enriçados, y paje de Agramante. Y si él entendio que esto era verdad, y que su dama le auia comedido desaguissado, no hizo mucho en ser loco. Pero yo, como puedo imitalle en las locuras, sino le imito en la oçasión de ellas; porque Dulcinea del Toboso, osare yo jurar, que no ha visto en todos los dias de su vida Moro alguno, assi como el es, en su mismo traje, y que se està oy como la madre que la pario, y hariale agrauio manifesto, si imaginando otra cosa della, me boluiesse loco de aquel genero de locura de Roldan el furioso. Por otra parte veo, que Amadis de Gaula, sin perder el juy-

juyzio, y sin hazer locuras, alcãçò tãta fama de enamorado, como el q̃ mas. Porque lo q̃ hizo segun su historia, no fue mas, de q̃ por verse desdenado de su señora Oriana, q̃ le auia mandado, q̃ no pareciese ante su presencia, hasta que fuesse su volũtad: de que se retirò a la Peña por bre, en cõpañia de vn ermitaño, y alli se harò de llorar, hasta que el cielo le acorrio en medio de su mayor cuyra, y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, para q̃ quiero yo tomar trabajo aora, de desnudarme del todo, ni dar pesadũbre a estos arboles, q̃ no me han hecho mal alguno: ni tẽgo para que enturbiar el agua clara destos arroyos los quales me han de dar de beuer, quãdo tẽga gana. Vina la memoria de Amadis, y sea imitado de dõ Quixote de la Mancha, en todo lo que pudiere: del qual se dira lo que del otro se dixo; que sino acabò grãdes cosas, murio por acometellas. Y si yo no soy desechado, ni desdenado de mi Dulcinea, basta-me, como ya he dicho, estar ausente della. E apues, manos a la obra, venid a mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por dõde tẽgo de començar a imitaros: mas ya se que lo mas que el hizo, fue rezar, y asì lo hare yo. Y siruieronle de rosario vnas agallas grãdes de vn alcornoque que ensartò, de que hizo vn diez. Y lo que le fatigaua mucho, era no hallar por alli otro ermitaño que le cõfessasse, y cõ quiẽ cõsolarse: y asì se entretenia passeãdose por el pradezillo,

escri-

escriuiendo y grauando por las cortezas de los arboles, y por la menuda arena, muchos versos. Todos acomodados a su tristeza; y algunos en alabanga de Dulcinea. Mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que a el alli le hallaron, ne fueron mas que estos quen aqui se figuen.

A Rboles, yeruas, y plantas,
Que en aqueste sitio estays,
Tan altos, verdes y tantas,
Si de mi mal no os holgays,
Escuchad mi queexas santas.
Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,
Pues por pagaros escote,
Aqui llorò don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.
Es aqui el lugar, adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y ha venido a tanto mal
Sin saber como, o por donde,
Taele Amor al estricote,
Que es de muy mala ralea,
Y asì hasta henchir vn pipote,
Aqui llorò don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.



¶ Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiziendo entrañas duras,
Que entre riscos, y entre breñas,
Halla el triste desventuras.
Hiriole Amor con su açote,
No con su blanda correa,
Y en tocandole el cogote,
Aqui llorò don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No causo poca risa en los q̄ hallaron los v̄-
fos referidos, el añadidura del Toboso, al nom-
bre de Dulcinea: porque imaginaron, que de-
nio de imaginar don Quixote, que si en nom-
brando a Dulcinea, no dezia tambien el Tobo-
so, no se podria entender la Copla, y assi fue la
verdad, como el despues confesso. Otros mu-
chos escriuió pero como se ha dicho, no se pu-
dieron sacar en limpio, ni enteros, mas destas
tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar a
los Faunos, y Siluanos de aquellos bosques, a
las Ninfas, de los rios, a la dolorosa y humida
Eco, que le respondiesse, còsolassen, y escuchas-
sen, se entretenia, y en buscar algunas yeruas cò-
que sustentarse, en tãto que Sancho boluia, que
si como tardò tres dias, tardara tres semanas,
el Cauallero de la triste Figura quedara tã de-
figurado, que no lo conociera la madre que lo
pario.

pario. Y serà bien dexalle embuelto entre sus
susprios, y versos, por contar lo que le auino a
Sancho Pança en su mandaderia. Y fue, que en
saliendo al camino Real, se puso en busca del
del Toboso, y otro dia llegò a la venta, donde
le auia sucedido la desgracia de la manta; y no
la huuo bien visto, quando le parecio, que otra
vez andauan los ayres, y no quiso entrar dẽtro,
aunque llegò a hora, q̄ lo pudiera, y deniera ha-
zer, por ser la del comer y llevar en desseo de
gustar algo caliente, q̄ auia grãdes dias, que to-
do era hambre. Esta necesidad le forçò a que
llegasse junto ala venta, toda via dudoso, si en-
taria, o no. Y estando en esto, salieron de la vẽn-
ta dos personas, que luego le conocieron; y di-
xo el vno al otro: Digame señor Licenciado,
aquel del cauallo, no es Sancho Pança, el que di-
xo el ama de nuestro auenturero, que auia sali-
do con su señor por Escudero? Si es, dixo el Li-
cenciado, y aquel es el cauallo de nuestro don
Quixote. Y conocieronle tan bien, como aque-
llos que eran el Cura, y el Barbero de su mismo
lugar, y los que hizieron el escrutinio, y acto ge-
neral de los libros: los quales assi como acaba-
ron de conocer a Sancho Pança, y a Rozinan-
te, desseosos de saber de dõ Quixote, se fuerò a
el; y el Cura le llamò por su nõbre, diziendole:
Amigo Sancho Pãça, adonde q̄da vuestro amo?
Conociolos luego Sãcho Pãça, y determinò de
encubrir el lugar, y la fuerre, donde, y como su

amo q̄daua: y afsi les respondio, q̄ su amo quedaua ocupado en cierta parte, y en cierta cosa que le era de mucha importacia, la qual el no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el Barbero, Sācho Pança, si vos no nos dezis dōde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos, le haueys muerto, y robado, pues venis encima de su cavallo: en verdad q̄ nos auays de dar el dueño del rozin, o libre esso morena. No ay para q̄ conmigo amenazas, que yo no soy hōbre que robo, ni mato a nadie, a cada vno mato su vettura, o Dios que le hizo. Mi amo q̄da haziendo penitencia en la mitad desta mōtaña, muy a su sabor. Y luego de corrida, y sin parar les cōtò de la suerte q̄ q̄daua la aueturas q̄ le auia sucedido, y como lleuaua la carta a la señora Dulcinea del Toboso, q̄ era la hija de Lorēço Corchuelo, de quiē estaua enamorado hasta los higados. Quedarō admirados los dos, de lo q̄ Sācho Pāça les contaua, y aunq̄ ya sabian la locura de dō Quixote, y el genero della, siēpre q̄ la hoian, se admirauā de nuevo. Pidierōle a Sancho Pança, que les enseñasse la carta que lleuaua a la señora Dulcinea del Toboso. El dixo que yua escrita en vn libro de memoria, y que era orden de su señor, que la hiziesse trasladar en papel, en el primer lugar q̄ llegasse. A lo qual dixo el Cura, q̄ se la mostrasse, q̄ el la trasladaria de muy buena letra. Metio la mano en el seno Sācho Pança, buscādo el libro,

llo, pero no le hallò, ni le podia hallar, si le buscara hasta aora, porq̄ se auia quedado dō Quixote cō el, y no se lo auia dado, ni a el se le acordò de pedirselo. Quādo Sācho vio q̄ no hallaua el libro, fueßelē parādo mortal el rostro: y tornandose a tētar todo el cuerpo muy apriesa, tornò a echar de ver q̄ no lo hallaua, y sin mas ni mas, se echò entrambos puños a las barbas, y se arracò la mitad dellas: y luego apriesa, y sin cessarse dio media dozena de puñadas en el rostro, y en las narizes, q̄ se las baño todas en sāgre. Visto lo qual, por el Cura, y el Barbero, le dixerō, q̄ q̄ le auia sucedido, q̄ tā mal se paraua? Que me ha de suceder, respōdio Sācho, si no el auer perdido d̄ vna mano a otra en vn estāte tres pollinos, q̄ cada vno era como vn Castiño. Como es esso, replicò el Barbero? He perdido el libro de memoria, respōdio Sācho, donde venia carta para Dulcinea, y vna cedula firmada de su señor: por lo qual mādaua, q̄ su sobrina me diese tres polinos, de quatro, o cinco q̄ estauā en casa. Y cō esto les cōtò la perdida del ruñio. Cōsolole el Cura, y dixole, q̄ en hallādo a su señor, el le haria reualidar la mada, y q̄ tornasse a hazer la librāça en papel, como era vso y costumbre, porq̄ las q̄ se haziā en libros de memoria, jamas se acerauā, ni cūpliā. Cō esto se cōsolidò Sācho, y dixo, q̄ como aq̄llo fueße afsi, q̄ no le da tanta mucha pena la perdida d̄ la carta d̄ Dulcinea, porq̄ el la sabia casi de memoria, de la qual se



podria trasladar, donde, y quãdo quisiessen trasladar. Dixo el Barbero, q̃ despues de trasladaremos. Parose Sancho a rascar la cabeza, para traer ala memoria la carta; y ya se pone sobre vn pie, y ya sobre otro. Vnas vezes mira al suelo, otras al cielo: y al cabo de auerse repido la merad de la yema de vn dedo, teniendo suspensos a los que esperauan q̃ ya la dixesse, al cabo de grãdissimo rato: Por Dios señor Licenciado, q̃ los diablos lleuen la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio dezia: Alta, y sobajada señora. No dira, dixo el Barbero, sobajada, si no sobre humana, o sobre rana señora. Añ es, dixo Sancho. Luego (si mal no me acuerdo) proseguia (si mal nome acuerdo) el llego, y falto de sueño, y el ferido bella vuestra merced las manos, ingrata, y muy delecida hermosa: y no se q̃ dezia de salud, y de enfermedad, q̃ le embiaua; y por aqui yua elcurriendo, hasta que acabaua, en vuestro hasta la muerte, El Cavallero de la triste Figura. No por co gustarõ los dos, de ver la buena memoria de Sancho Pãça, y alabaronfela mucho, y le pidieron q̃ dixesse la carta otras dos vezes, para que ellos ansi mesmo la tomassen de memoria para trasladalla a su tiempo. Tornola a dezir Sancho otras tres vezes, y otras tantas boluio a dezir otros tres mil disparates. Tras esto contó a ellos mesmo, las cosas de su amo, pero no habló palabra, acerca del manteamiento que le auia sucedido

dido en aquella venta, en la qual rehusaua entrar. Dixo tãbien, como su señor, en trayendo q̃ le truxesse buen despacho dela señora Dulcinea del Toboso, se auia de poner en camino, a procurar como ser Emperador, o por lo menos Monarcha, que añ lo tenian concertado entre los dos: y era cosa muy facil venir a serlo, segun era el valor de su persona, y la fuerza de su brazo: y que en siendolo, le auia de casar a el, porq̃ ya seria biudo, q̃ no podia ser menos. Y le auia de dar por muger, a vna donzella dela Emperatriz, heredera de vn rico y grãde estado, de tierra firme, sin Insulos, ni Insulas, q̃ ya no las q̃ria. Dezia esto Sancho con tanto reposo, limpiandose de quando en quando las narizes, y con tan poco juyzio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando quan vehemete auia sido la locura de dõ Quixote, pues auia lleuado tras si el juyzio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse, en sacarle del error en q̃ estaua, paraciendoles que pues no le dañaua nada la conciencia, mejor era dexarle en el, y a ellos les seria de mas gusto oyr sus necedades: y asì le dixeron, q̃ rogasse a Dios por la salud de su señor, q̃ cosa cõtigente y muy agible era, venir cõ el discurso del tiempo a ser Emperador, como el dezia; o por lo menos Arçobispo, o otra dignidad equivalente. A lo qual respondió Sancho: Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera, que a mi amo le viniesse en voluntad de no

ser Emperador, sino de ser Arçobispo, querria yo saber aora, q̄ fuele dar los Arçobispos andantes a sus Escuderos. Suelē les dar, respondió el Cura, algun beneficio simple, o Curado, o alguna Sacristania, que les vale mucho de renta rentada, amen del pie de altar, q̄ se suele estimar en otro tanto. Para esso será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y q̄ sepa ayudar a Missa por lo menos: y si esto es assi, desdichado de yo, q̄ soy casado, y no se la primera letra del A. b. c. q̄ será de mi, si a mi amo le da antojo de ser Arçobispo, y no Emperador, como es vso y costūbre de los caualleros andantes? No tengays pena Sancho amigo, dixo el Barbero, q̄ aqui rogaremos a vuestro amo, y se lo acósejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, q̄ sea Emperador, y no Arçobispo, porq̄ le será mas facil, a causa de q̄ el es mas valiere q̄ estudiante. Assi me ha parecido a mi, respondió Sancho, aunque se dezir, q̄ para todo tiene abilidad. Lo q̄ yo piēso hazer de mi parte, es, rogarle a nuestro Señor, q̄ le eche a aquellas partes dō de el mas si sirua, y a donde a mi mas mercedes me haga. Vos lo dezis como discreto, dixo el Cura, y lo hareys como buen Christiano. Mas lo que aora se ha de hazer, es dar orden como facar a vuestro amo de aquella inutil penitencia q̄ dezis q̄ queda haziendo: y para pensar el modo q̄ hemos de tener, y para comer, q̄ ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sācho

dixo,

dixo, q̄ entrassen ellos q̄ el esperaria alli fuera, y q̄ despues les diria la causa porq̄ no entrara, ni cōenia entrar en ella: mas q̄ les rogaua q̄ le sacasen alli algo de comer, q̄ fuese cosa caliente, y assi mismo ceuada para Rozinante. Ellos se entraron y le dexaron, y de alli a poco, el Barbero le sacò de comer. Despues auiendo bien pensado entre los dos, el modo que tendrian para conseguir lo que desseauan, vino el Cura en vn pensamiento muy acomodado al gusto de don Quixote, y para lo que ellos querian. Y fue que dixo el Barbero, que lo que auia pensado era, q̄ se le vestiria en habito de donzella andante, y que el procurasse ponerse lo mejor que pudiese, como escudero, y que assi yrian adonde don Quixote estaua: fingiendo ser ella vna donzella diligida, y menesterosa, y le pediria vn don, el qual el no podria dexarle de otorgar, como valeroso cauallero andante. Y que el don que le pensaua pedir, era que se viniēse cō ella, don de ella le lleuasse, a desfazelle vn agrauio q̄ vn mal cauallero le tenia fecho: y que le suplicaua assi mesmo, q̄ no la mandasse quitar su antifaz, ni la demandasse cosa de su fazienda, fasta que la huuiēse fecho derecho de aquel mal cauallero, y q̄ creyēse sin duda que don Quixote vendria en todo quanto le pidiesse por este termino, y que desta manera le sacarian de alli, y le llevarian a su lugar, dōde procurarian ver si tenia algun remedio su estraña locura.

Cap.

Cap. XXVII. De como salieron con su intencion el Cura, y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

NO le parecio mal al Barbero, la inuencion del Cura, sino tan bien, q luego la pusieron por obra. Pidieronle a la ventera vna saya y vnas tocas, dexandole en prendas vna forana buena del Cura. El Barbero hizo vna gran barba de vna cola ruzia, o roxa de buey, donde el ventero tenia colgado el peyne. Pregútoles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas? El Cura le cõtò en breues razones la locura de don Quixote, y como conuenia aquel disfraz para sacarle de la montaña dõde a la sazõ estaba. Cayeron luego el ventero, y la ventera, en q el loco era su huesped, el del balfamo, y el amo del manteado Escudero; y contaron al Cura todo lo que con el les auia passado, sin callar lo q tanto callaua Sancho. En resolucion, la ventera vistio al Cura de modo, que no auia mas q ver. Pusole vna saya de paño, llena de faxas de terciopelo negro, de vn palmo en ancho, todas acuchilladas: y vnos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con vnos ribetes de raso blanco, que se denieron de hazer ellos, y la saya, en tiempo del Rey Bamba. No consintio el Cura q le tocassen, sino pusole en la cabeça vn birretillo de lienço colchado q lleuaua para dormir de noche: y ciñose por la frente vna liga de raso tan

tã negro, y con otra liga hizo vn antifaz con q se cubrio muy biẽ las barbas, y el rostro. Encalfetose su sombrero, que era tan grande que le podia seruir de quitasol: y cubriẽdose su herreuelo, subio en su mula a mugeriẽgas, y el Barbero en la saya, con su barba q le llegaua a la cintura, entre roja y blanca, como aquella que (como se ha dicho) era hecha de la cola de vn buey barroso. Despidieronse de todos, y de la buena de Maritornes, que prometio de rezar vn rosario, aunq pecadora, porq Dios les diessẽ buẽ suceso en tan arduo, y tã Christiano negocio, como era el q auia emprẽdido. Mas a penas huuo salido de la vëra, quãdo le vino al Cura vn pësamiẽto, q hazia mal en auerse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, q vn Sacerdote se pusiesse asì, aunq le fuesse mucho en ello: y diziẽdosele al Barbero, le rogò q trocassen trages, pues era mas justo q el fuesse la dözella meterosa, y q el haria el escudero, y que asì se profanaua menos su dignidad: y q si no lo qria hazer, determinaua de no passar adelãte, aunq don Quixote se le lleuassẽ el diablo. En esto llegó Sãcho, y de ver a los dos en aq̃l trage, no pudo tener la risa. En efeto, el Barbero vino en todo aq̃llo q el Cura quiso: y trocando la inuencioẽ, el Cura le fue informando el modo q auia de tener, y las palabras que auia de dezir a don Quixote, para mouerle, y forçarle a que con el se viniesse, y dexasse la querencia del lugar que auia

auia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondio, que sin que se le diese licion, el lo pondria bién en su punto. No quiso vestir se por entóces, hasta q̄ estuuiessen junto de dō de dō Quixote estava, y así doblò sus vestidos, y el Cura acomodò su barba, y siguieron su camino, guiado los Sācho Pāça: el qual les fue contando lo que les acótecio con el loco q̄ hallaron en la sierra: encubriendo empero el hallazgo de la malera, y de quāto en ella venia, que maguer q̄ rōto, era vn poco codicioso el mācebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sācho auia dexado puestas las señales delas ramas, para acertar el lugar dōde auia dexado a su señor; y en reconociendolo, les dixo, como aquella era la entrada, y q̄ bién se podiā vestir, si era que aquel lo hazia al caso para la libertad de su señor: porq̄ ellos le auian dicho antes, q̄ el yr de aquella fuerte, y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar a su amo de aquella mala vida q̄ auia escogido: y q̄ le encargauan mucho, q̄ no dixesse a su amo quien ellos eran, ni q̄ los conocia. Y que si le preguntasse, como se lo auia de preguntar, si dio la carta a Dulcinea, dixesse que si, y q̄ por no saber leer, le auia respondido de palabra, diciendole, q̄ le mandaua so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese a ver cō ella, q̄ era cosa q̄ le importaua mucho: porque con esto, y con lo q̄ ellos pedian dezirle, tenian por cosa cierta, reducirle a me-

a mejor vida, y hazer con el q̄ luego se pudiesse en camino para ser Emperador, o Monarca, que en lo de ser Arçobispo, no auia de q̄ temer. Todo lo escuchò Sancho, y lo tomò muy bien en la memoria, y les agradecio mucho la intencion q̄ tenian de aconsejar a su señor, fuesse Emperador, y no Arçobispo, porque el tenia para si, q̄ para hazer mercedes a sus escuderos, mas podian los Emperadores q̄ los Arçobispos andantes. Tambien les dixo, que seria bien, q̄ el fuesse delante a buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastāte a sacarlo de aquel lugar, sin que ellos se pudiesen en tanto trabajo. Pareciolos bien lo que Sācho Pança dezia, y así determinaron de aguardarle hasta q̄ boluiesse con las nueuas del hallazgo de su amo. Entrofe Sācho por aquellas quebradas de la sierra, dexado a los dos en vna, por donde corria vn pedregño, y mās arroyo, a quíe hazian sōbra agradable, y fresca, otras peñas, y algunos arboles q̄ por alli estauan. El calor, y el dia q̄ alli llegarò, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grāde: la hora, las tres de la tarde: todo lo qual hazia al sitio mas agradable, y que cōbidasse a que en el esperasen la buelta de Sācho, como lo hizierò. Estādo pues los dos alli, sossegados, y a la sombra, llegó a sus oy dos vna voz, q̄ sin acōpañarla son de algun otro instrumento, dulce, y regaladamente sonaba: de q̄ no poco se admirarò, por parecerles que



que aquel no era lugar donde pudiesse auer quien tan bien cantasse. Porque aunque suele dezirse, que por las seluas, y campos se hallan pastores de voces estremadas, mas son encarecimientos de Poetas, que verdades: y mas quando aduirtieron que lo que ohan cantar eran vnos versos, no de rusticos ganaderos, sino de discretos Cortesanos. Y confirmò esta verdad, auer sido los versos que oyeron estos.

Quien menoscava mis bienes?
Desdenes.

Y quien aumenta mis duclos,
Los celos.

Y quien prueua mi paciencia?
Ausencia.

De esse modo en mi dolencia
Ningun remedio se alcanza,
Pues me matan la esperança,
Desdenes, celos, y ausencia.

Quien me causa este dolor?
Amor?

Y quien mi gloria repugna?
Fortuna.

Y quien consiente mi duelo?
El cielo.

De esse modo yo rezelo
Morir deste mal esraño,
Pues se annan en mi daño,
Amor, fortuna, y el cielo.

Quien

Quien mejorará mi fuerte?

La muerte.

Y el bien de amor quien le alcanza?

Mudança.

Y sus males quien los cura?

Locura.

De esse modo no es cordura

Querer curar la pasión,

Quando los remedios son,

Muerte, mudança, y locura.

! La hora, el tiêpo, la soledad, la voz, y la destreza del que cãtaua, causò admiracion, y cõtento en los dos oyentes, los quales se estuuieron quedos, esperando si otra alguna cosa ohan: pero viêdo q̃ duraua algun tanto el silêcio, determinò de salir a buscar el musico, q̃ cõ tan buena voz cãtaua. Y queriêdolo poner en efeto, hizo la mesma voz que no se mouiessen, la qual llegó de nuevo a sus oydos, cantando este Soneto.

S O N E T O.

Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedandose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo,
Subiste alegre a las Impireas salas.
Desde alla (quando quieres) nos señalas
La justa paz, cubierta con vn velo,
Por quien a vezes se trasluze el zelo
De buenas obras, que a la fin son malas.

Dexa



Dexa el cielo, o amistad, o no permitas,
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye a la intencion sincera.
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.

¶ El canto se acabò con vn profundo suspiro, los dos cõ atencion boluieron a esperar si mas se cantaua: pero viendo que la musica se auia buuelto en solloços, y en lastimeros ayes, acordaron de saber quien era el triste, tan estrenado en la voz, como doloroso en los gemidos. Y no anduuieron mucho, quando al boluer de vna punta de vna peña, vierõ a vn hombre, del mismo talle, y figura que Sancho Panga les auia pintado, quando les contò el cuento de Cardenio: el qual hombre, quando los vio, sin sobre saltar se estuuò quedo, con la cabeça inclinada sobre el pecho, a guisa de hombre pensativo, sin alçar los ojos a mirarlos, mas de la vez primera, quando de improuiso llegaron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le auia conocido) se llegó a el, y con breues, aunque muy discretas razones, le rogò y persuadió, que aque-lla tan miserable vida dexasse, porque allí no la perdiessse, q̃ era la desdicha mayor de las desdichas. Estaua Cardenio entonces en su entero juyzio, libre de aquel furioso accidente, que tã

a me-

amenudo le sacaua de si mismo: y asì viendo a los dos en trage tã no vsado de los q̃ por aquellas soledades andauan, no dexò de admirarse algũ tanto: y mas quando oyò q̃ le auian hablado en su negocio, como en cosa sabida (porq̃ las razones que el Cura le dixo, asì lo dieron a entender) y asì respondio desta manera. Bien veo yo señores, quien quiera q̃ seays, que el cielo q̃ tiene cuydado de socorrer a los buenos, y aun a los malos muchas vezes, sin yo merecerlo, me embia en estos tan remotos y apartados lugares, del trato comun delas gentes, algunas personas, que poniendome delante de los ojos, con viuas, y varias razones, quan sin ella ando, en hazer la vida que hago, hã procurado sacarme desta a mejor, pero como no saben que se yo, que en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quiza me deuẽ de tener por hombre de flacos discursos: y aun lo q̃ peor seria, por de ningun juyzio. Y no seria marauilla que asì fuesse, porque a mi se me trasluze, q̃ la fuerza de la imaginaciõ de mis desgracias es tã intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin q̃ yo pueda ser parte a estoruarlo, vengo a quedar como piedra, salto de todo buen sentido, y conocimiento: y vengo a caer en la cuenta desta verdad: quando algunos me dizen, y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidẽte me señorea, y no se mas que dolerme en vn vano, y maldezir, sin prouecho,

cho, mi ventura: y dar por disculpa de mis locuras, el dezir la causa dellas, a quâtos oyr la quieren, porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se marauillarân de los efetos: y sino me dieren remedio, alomenos no me darân culpa, conuertiéndoseles el enojo de mi desemboltura, en lastima de mis desgracias. Y si es que vosotros señores, venis cō la mesma intenció q̄ otros hã venido, antes q̄ passeys adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego q̄ escuchays el cuêto q̄ no le tiene de mis desventuras: porq̄ quiza despues de entédido, ahorrareys del trabajo que tomareys en consolar vn mal, que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no desean otra cosa, que saber de su mesma boca la causa de su daño, le rogarō se la cōtasse, ofreciendole de no hazer otra cosa de la que el quisiese, en su remedio, o consuelo: y con esto el triste cauallero començo su lastimera historia: casi por las mesmas palabras, y passos que la auia contado a don Quixote, y al cabrero, porcos dias atras, quando por ocasion del Maestre Elisabat, y puntualidad de dō Quixote, en guardar el decoro a la caualleria, se quedō el cuento imperfeto, como la historia lo dexa contando. Pero aora quiso la buena suerte, que se detuvo el accidēte de la locura, y le dio lugar de cōtarlo hasta el fin: y assi llegando al passo del villete, que auia hallado don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dixo Cardenio que

que le tenia bien en la memoria, y que dezia de esta manera.

Luscinda a Cardenio.

Cada dia descubro en vos valores, que me obligan, y fuerçan, a que en mas os estime: y assi si quisieredes sacarme desta deuda, sin executarme en la hōrra, lo podreys muy biē hazer. Padre tengo, que os conoce, y que me quiere biē, el qual sin forçar mi voluntad cumplira lo que serà justo que vos tengays, si es que me estimays como dezis, y como yo creo.

Por este villete me moui a pedir a Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fue por quien quedō Luscinda en la opinion de dō Fernando, por vna de las mas discretas, y auisadas mugeres de su tiēpo. Y este villete fue, el q̄ le puso en desseo de destruyrme, antes q̄ el mio se efetuasse. Dixe yo a don Fernando, en lo q̄ reparaua el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese: lo qual yo no le osaua dezir temeroso q̄ no vèdria en ello: no porque taniesse bien conocida la calidad, bondad, virtudes, y hermosura de Luscinda, y que tenia parages bastātes para ennoblecer qualquier otro linage de España: sino porque yo entendia del, que desseana que no casasse tan presto, hasta ver lo que el Duque Ricardo hazia conmigo. En resolucion, le dixe, que no me auenturaua a dezirselo a mi padre, assi por aquel inconueniente, como por otros muchos que me acouar

Quixote de la Mancha.
 Juan, sin saber quales eran: sino que me parecia, q lo que yo desseasse, jamas hauia de tener efeto. A todo esto me respondio dō Fernando, que el se encargaua de hablar a mi padre, y hazer con el, que hablasse al de Luscinda. O Mario ambicioso, o Catilina cruel, o Quila facinoroso, o Galalon embustero, o Vellido traydor, o Juliā vëgarino, o Iudas codicioso. Traydor, cruel, vëgarino, y embustero, que desseruicias te auia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrio los secretos, y contentos de su coracon? Que ofensa te hize? Que palabras te dixè, o que consejos te di, que no fuesen todos encaminados a acrecentar tu honra, y tu pronecho? Mas de que me quexo, desuenterado de mi, pues es cosa cierta, q quãdo traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto a bajo despeñandose con furor, y con violencia, no ay fuerça en la tierra que las detenga, ni industria humana que preuenirlas pueda. Quien pudiera imaginar, que don Fernãdo, cauallero illustre, discreto, obligado de mis seruicios, poderoso para al cançar lo que el dësseo amoroso le pidiesse, donde quiera q le ocupasse, se hauia de enconar (como suele dezirse) en tomarme a mi vna sola oueja, que aùn no posseia? Pero queden se estas cõsideraciones a parte, como inutiles, y sin prouecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, q pareciendole a dō Fernãdo, q mi presencia era inconueniente

niente para poner en execucion su falso, y mal pensamiento, determinò de embiarme a su hermano mayor, con ocasion de pedirle vnos dineros, para pagar seys caualllos, q de industria, y solo para este efeto de q me ausentasse (para poder mejor salir cõ su dañado intento) el mismo dia q se ofrecio hablar a mi padre los cõprò, y quisò q yo viniessè por el dinero. Pude yo preuenir esta traycion? Pude por vëtura caer en imaginarla? No por cierto, antes cõ grandissimo gusto me ofrecio partir luego, contento de la buena cõpra hecha. Aquella noche hablè cõ Luscinda, y le dixè lo q con dō Fernando quedana cõcertado, y q tuuiesse firme esperança, de que tendrían efeto nuestros buenos y justos desseos. Ella me dixò, tan segura como yo de la trayciõ de dō Fernando, que procurasse boluer presto, porque crehia que no tardaria mas la cõclusion de nuestras voluntades, q tardasse mi padre de hablar al suyo. No se que se fue, q en acabando de dezirme esto, se le llenaron los ojos de lagrimas, y vn hilo se le atrauiesò en la garganta, que no le dexaua hablar palabra, de otras muchas q me pareciò q procuraua dezirme. Quedè admirador deste nuevo accidente, hasta alli jamas en ella visto, porque siempre nos hablauamos, las vezes q la buena fortuna, y mi diligencia lo cõcedia, con todo regozijo, y cõtento, sin mezclar en nuestras platicas, lagrimas, suspiros, celos, sospechas, o temores. Todo era engran-

decer yo mi ventura, por auermela dado el cielo por señora. Exageraua su belleza, admirauame de su valor, y entendimiento. Boluiame ella en recambio, alabando en mi lo que como en la morada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contauamos cien mil niñerías, y acaecimientos de nuestros vezinos, y conocidos: y a lo que mas se estendia mi desemboltura, era a tomarle casi por fuerza, vna de sus bellas, y blancas manos, y llevarla a la mi boca, segun daua lugar la estrechez de vna baxa reja que nos diuidia. Pero la noche que precedio al triste dia de mi partida, ella llorò, gimiò, y suspirò, y se fue, y me dexò lleno de confusion, y sobresalto, espantado de hauer visto tan nueuas, y tã tristes muestras de dolor, y sentimiento en Lusinda. Pero por no destruir mis esperanças, todo lo atribuy a la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me parti triste, y pensatiuo, llena el alma de imaginaciones, y sospechas, sin saber lo que sospechaua, ni imaginaua. Claros indicios que mostrauan el triste suceso, y desventura que me estaua guardada. Llegue al lugar donde era embiado. Di las cartas al hermano de don Fernando. Fuy muy bien recebido, pero no biẽ despachado, porque me mandò aguardar (bien a mi disgusto) ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viesse: porque su hermano no le escriuia, que le embiasse cierta cantidad

de dinero, sin su sabiduria. Y todo fue inuencio del falso don Fernando, pues no le faltaua a su hermano dineros para despacharme luego. Orden, y mandato fue este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida, en el ausencia de mi hermosa Lusinda, y mas auendola dexado con la tristeza que ya os he contado. Pero con todo esto, obedeci como buen criado, aunque muy bien vehia yo que auia de ser a costa de mi salud. Pero a los quatro dias que alli lleguè, llegò vn hombre en mi busca, cõ vna carta que me dio, que en el sobrescrito conocí ser de Lusinda, porque la letra del era suya. Abri la temeroso, y con sobre salto, creyendo que cosa grande denia de ser la que la auia mouido a escribirme, estando ausente, pues presente pocas vezes lo hazia. Preguntele al hombre, antes de leerla, quien se la auia dado, y el tiempo que auia tardado en el camino. Dixome, que a caso passando por vna calle de la ciudad, a la hora de medio dia, vna señora muy hermosa le llamó desde vna ventana, los ojos llenos de lagrimas, y que cõ mucha priessa le dixo. Hermano si soys Christiano, como pareceys, por amor de Dios os ruego, que encamineys luego, luego esta carta al lugar, y a la persona que dize el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareys vn gran seruicio a nuestro Señor. Y para q̃ no os falte comodidad de poderlo hazer, tomad lo

que va en este pañuelo y diziendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo donde venían aca-
dos cien reales, y esta sortija de oro que aquí
traygo, con esta carta que os he dado: y luego
sin aguardar respuesta mia, se quitó de la ventana;
aunque primero vio como yo tomé la carta,
y el pañuelo, y por señas le dixe, que haría lo
que me mandaba. Y así viendome tan bien pa-
gado del trabajo que podía tomar en traerlos,
y conociendo por el sobrescrito, que era de vos
a quien se embiaba, porque yo señor os conozco
muy bien: y obligado así mismo de las la-
grimas de aquella hermosa señora, determiné
de no fiarme de otra persona, sino venir yo mis-
mo a darlos. Y en diez y seys horas que ha que se
me dio, he hecho el camino que sabeys, que es de
diez y ocho leguas. En tanto que el agra decido,
y nuevo correo esto me dezía, estaba yo colga-
do de sus palabras, temblándome las piernas de
manera, que a penas podía sostenerme. En efeto
abrí la carta, y vi que contenía estas razones.

La palabra que don Fernando os dio, de ha-
blar a vuestro padre para que hablase al mío, la
ha cumplido mas en su gusto que en vuestro pro-
uecho. Sabed Señor, que el me ha pedido por
esposa, y mi padre llevado de la ventaja que el
piensa que don Fernando os haze, ha venido en
lo que quiere, con tantas veras, que de aquí a dos
dias se ha de hazer el desposorio: tan secreto, y
tan a solas, que solo han de ser testigos los cie-
los,

los, y alguna gente de casa. Qual yo quedo, ima-
ginaldo si os cumple venir, veldo. Y si os quie-
ro bien, o no, el suceso deste negocio os lo da-
rá a entender. A Dios plega, que esta llegue a
vuestras manos, antes que la mia se vea en con-
dicion de juntarse con la de quien tan mal sabe
guardar la fe que promete.

Estas en suma fueron las razones que la car-
ta contenía, y las que me hizieron poner luego
en camino, sin esperar otra respuesta, ni otros
dineros: que bien claro conocí entonces, que no la
compra de los cauallos, sino la de su gusto, auia
monido a don Fernán do a embiarme a su herma-
no. El enojo que contra don Fernando concebí,
junto con el temor de perder la prenda que con
tantos años de seruiicios, y deseos, tenía gran-
geada, me pusieron alas, pues casi como en bue-
lo, otro dia me puse en mi lugar, al punto, y ho-
ra que conuenia para yr a hablar a Luscinda. En-
tré secreto, y dexé una mula en que venía, en casa
del buen hombre que me auia llevado la carta. Y
quiso la suerte, que entonces la tuuiese tan bue-
na, que hallé a Luscinda puesta a la rexa, testigo
de nuestros amores. Conociome Luscinda lue-
go, y conocila yo, mas no como deuia ella cono-
cerme, y yo conocerla. Pero quien ay en el mun-
do que se pueda alabar, que ha penetrado, y sabido
el confuso pensamiéto, y condicion mudable de
una muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que
así como Luscinda me vio, me dixo. Cardenio

de boda estoy vestida, ya me estan aguardando en la sala, don Fernando el traydor, y mi padre el codicioso, con otros testigos, que antes lo seran de mi muerte, que de mi desposorio. No te turbes amigo, sino procura hallarte presente a este sacrificio, el qual sino pudiere ser estorvado de mis razones, vna daga lleuo escondida, q podra estoruar mas determinadas fuerças, dando fin a mi vida, y principio a que conozcas la voluntad que te he tenido, y tengo. Yo le respondí turbado, y a priessa, temeroso no me faltasse lugar para responderla: Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tu llenas daga para acreditarte, aqui lleuo yo espada para defenderte con ella, o para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oyr todas estas razones, porque senti que la llamaban a priessa, porque el desposado aguardaua. Cerróse cō esto la noche de mi tristeza: puso se me el sol de mi alegría: quedè sin luz en los ojos, y sin discurso en el entendimiento. No acertaua a entrar en su casa, ni podia mouerme a parte alguna: pero considerando quanto importaua mi presencia, para lo q suceder pudiesse en aquel caso, me animè lo mas que pude, y entre en su casa. Y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaua, nadie me echò de ver. Asì, que sin ser visto, tuue lugar de pònerme en el hueco que hazia vna ventana de la mesma sala,

la, que con las puntas y remates de dos tapizes se cubria; por entre las quales podia yo ver, sin ser visto, todo quanto en la sala se hazia. Quien pudiera dezir aora, los sobresaltos que me dio el coraçon mientras alli estuue? Los pensamientos que me ocurrieron? Las cõsideraciones que hize? que fueron tantas, y tales, que ni se puede dezir, ni aun es bien que se digan: basta que sepays que el desposado entrò en la sala, sin otro adorno, que los mesmos vestidos ordinarios q solia. Trahia por padrino a vn primo hermano de Lusinda, y en toda la sala no auia persona de fuera, sino los criados de casa. De alli a vn poco salio de vna recamara Lusinda, acompañada de su madre, y de dos donzellas suyas: tan bien adereçada y compuesta, como su calidad y hermosura merecian: y como quien era la perfeccion de la gala y bazarria cortesana. No me dio lugar mi suspensio, y arrobamièto, para que mirasse, y notasse en particular lo que trahia vestido, solo pude aduertir a las colores, que erã, encarnado y blãco: y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado, y de todo el vestid hazian, a todo lo qual se auentajaua la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras, y de las luzes de quatro hachas que en la sala estauan, la suya con mas resplandor a los ojos ofrecian. O memoria, enemiga mortal de mi descanso, de que sirue representarme aora la



la incôparable belleza de aquella adorada enigmiga mia? No serà mejor, cruel memoria, que me acuerdes, y representes lo que entônces hizo, para que mouido de tan manifesto agranio, procure, ya que no la vengança, al menos perder la vida. No os cansey's señores de oyr estas digressiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deuan contarse sucesivamente; y de passo, pues cada circûstancia suya, me parece a mi que es digna de vn largo discurso. A esto le respondió el Cura, que no solo no se cansauan en oyrle, sino que les daua mucho gusto las menudencias que contaua; por fer tales, que merecian no passarse en silencio, y la mesma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entrò el Cura de la parrochia, y tomando a los dos por la mano, para hazer lo que en tal acto se requiere, al dezir: Quereys, señora Luscinde, al señor don Fernando que está presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la santa madre Yglesia? yo saqué toda la cabeça y cuello, de entre los tapizes, y con atentissimos oydos, y alma turbada, me puse a escuchar lo que Luscinde respondia: esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, o la confirmacion de mi vida. O quien se atreuiera a salir entônces, diziendo a bozes: A Luscinde, Luscinde, mira lo que hazes, confídera lo que me deues, mira q' eres mia, y quando

puedes ser de otro. Aduierte, que el dezir tu, Si, y el acabarseme la vida, ha de ser todo a vn punto. A traydor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida, que quieres? que pretendes? considera, que no puedes christianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinde es mi esposa, y yo soy su marido. A loco de mi, aora que estoy ausente, y lexos del peligro, digo que auia de hazer lo que no hice. Aora que dexé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuuiera coraçon para ello, como le tégô para que xarme. En fin, pues fuy entônces couarde, y necio, no es mucho que muera aora corrido, arrepentido, y loco. Estaua esperando el Cura la respuesta de Luscinde, que se detuvo vn buen espacio en darla, y quâdo yo pensè que sacaua la daga para acreditarse, o desataua la lengua para dezir alguna verdad, o desengaño que en mi propecho redundasse, oygo que dixo con boz desmayada, y flaca: Si quiero: y lo mesmo dixo dô Fernando, y dandole el anillo, quedaron en disoluble nudo ligados. Llegò el desposado a abrazar a su esposa, y ella poniendose la mano sobre el coraçon, cayò desmayada en los braços de su madre. Resta aora dezir, qual quedè yo, viendo en el Si, q' auia oydo, burladas mis esperanças, falsas las palabras, y promesas de Luscinde: impossibilitado de cobrar en algun tièpo, el bien que en aquel instante auia perdido. Quedè

Quedè falto de consejo, desamparado a mi pa-
recer, de todo el cielo, hecho enemigo de la
tierra, que me sustentaua negádome el ayre ali-
to para mis suspiros, y el agua humor para mis
ojos: solo el fuego se acrecentò de manera, q̄ to-
do ardía de rabia, y de zelos. Alborotaronse to-
dos con el desmayo de Luscinda, y desabrochá-
dole su madre el pecho para q̄ le diese el ayre,
se descubrió en el vn papel cerrado, que dō Fer-
nando tomó luego, y se le puso a leer a la luz de
vna de las hachas, y en acabádo de leerle se sen-
tó en vna silla, y se puso la mano en la mexilla,
cō muestras de vn hōbre muy pēsatiuo, sin acu-
dir a los remedios q̄ a su esposa se hazian, pa-
raq̄ del desmayo boluiesse. Yo viēdo alborota-
da toda la gēte de casa, me auēturè a salir, aora
fuesse visto, o no: cō determinacion q̄ si me vies-
sen, de hazer vn desatino, tal q̄ todo el mundo
viniera a entender la justa indignacion de mi
pecho. en el castigo del falso don Fernando. Pe-
aū en el mudable de la desmayada traydora. Pe-
ro mi suerte, q̄ para mayores males (si es pos-
sible que los aya) me deue tener guardado, or-
dendò, que en aquel pūto me sobrasse el entendi-
miento q̄ despues aca me ha faltado: y así sin
querer tomar vengança de mis mayores enemi-
gos (que por estar tã sin pensamiento mio, fue-
ra facil tomarla) quise tomarla de mi mano, y
executar en mi la pena que ellos merecian: y
aun quiza con mas rigor del que cō ellos se via

ra, si entonces les diera muerte, pues la q̄ se re-
cibe repentina, presto acaba la pena, mas la que
se dilata cō tormentos, siempre mata, sin acabar
la vida. En fin, yo sali de aquella casa, y vine a la
de aquel dōde auia dexado la mula: hize que
me la enfillasse, sin despedirme del subí en ella,
y sali de la ciudad, sin osar, como otro Lot, bol-
uer el rostro a miralla: y quando me vi en el cã-
po solo, y que la oscuridad de la noche me en-
cubria, y su silencio combidaua, a quejarme,
sin respeto, o miedo de ser escuchado, ni cono-
cido, solté la boz, y desatè la légua en rãtas mal-
diciones de Luscinda, y de don Fernando, co-
mo si con ellas satisfiziera el agrauio que me
auian hecho. Dile titulos de cruel, de ingrata,
de falsa, y desagradecida; pero sobre todos, de
codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la
auia certado los ojos de la voluntad, para qui-
tarmela a mi, y entregarla a aquel cō quien mas
liberal y franca, la fortuna se auia mostra-
do, y en mitad de la fuga destas maldiciones,
y vituperios, la desculpaua, diciendo: q̄ no era
mucho que vna donzella recogida en casa de
sus padres, hecha, y acostūbrada siempre a obe-
declos, huuiessè q̄rido cōdecender cō su gu-
berno, pues le dauan por esposo a vn cauallero tã
principal, tan rico, y tan gentil hōbre: que a no
querer recebirle, se podia pensar, o que no te-
nia juyzio, o que en otra parte tenia la volun-
tad: cosa que redundaua tan en perjuizio de

su buena opiniõ, y fama. Luego boluía diziẽdo, que pueſto que ella dixera que yo era su eſpoſo, vieran ellos q̃ no auia hecho en eſcorgemẽta mala eleccion, q̃ no la diſculparan, pues antes de ofrecerſeles dõ Fernãdo, no pudierã ellos meſmos acertar a deſſear, ſi con razon me diẽſſen su deſſeo, otro mejor que yo, para eſpoſo de su hija: y que bien pudiera ella antes de ponerſe en el trance forçoſo y vltimo, de dar la mano, dezir, que ya yo le auia, dado la mia, que yo viniera, y concediera con todo quanto ella acertara a fingir en eſte caſo. En fin, me reſolui en que poco amor, poco iuyzio, mucha ambicion, y deſſeos de grandezas, hizieron q̃ ſe olvidãſſe de las palabras con que me auia engañado, entretenido, y ſuſtentado en mis firmes eſperanças, y honeſtos deſſeos. Con eſtas bozes, y con eſta inquietud, caminẽ lo q̃ quedaua de la noche, y di al amanecer en vna entrada deſtaſ ſierras, por las quales caminẽ otros tres dias, ſin ſenda ni camino alguno, haſta q̃ vine a parar a vnos prados, que no ſe a que mano deſtaſ montañas caen, y allí preguntẽ a vnos ganaderos, que hãzia donde era lo mas aſpero deſtaſ ſierras. Dixerõme, que hãzia eſta parte. Luego me encaminẽ a ella, con intencion de acabar aqui la vida: y en entrãdo por eſtas aſperas del canſancio, y de la hambre ſe cayõ mi mala muerta: o lo que yo mas creo por deſechar de ſi tan inutil carga como en mi lleuaua. Yo que

dẽ a pie, rendido de la naturaleza, traſpaſſado de hambre, ſin tener, ni pensar buscar quiẽ me ſocorriẽſſe. De aquella manera eſtue noſe q̃ tiempo, tẽdido en el ſuelo, al cabo del qual me leuantẽ ſin hãbre, y hallẽ junto a mi a vnos cabreros, que ſin duda deuieron ſer los q̃ mi neceſſidad remediaron: porque ellos me dixerõ de la manera q̃ me hauia hallado, y como eſtaua diziendo tantos diſparates, y deſatinos, q̃ daua indicios claros de auer perdido el iuyzio: y yo he ſentido en mi, deſpues aca, que no todas vezes le tengo cabal, ſino tan deſmedrado, y ſlaco, que hago mil locuras: raſgandome los veſtidos, dando bozes, por eſtaſ ſoledades, mal diziendo mi ventura, y repitiendo en vano el nõbre amado de mi enemiga, ſin tener otro diſcurſo, ni intento: entonces, que procurar acabar la vida bozeando: y quando en mi bueluo, me hallo tan canſado, y molido, que a penas puedo mouerme. Mimas comun habitacion es en el hueco de vn alcornoque, capaz de cubrir eſte miſerable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por eſtaſ montañas, mouidos de caridad me ſuſtentan, por las peñas por donde entienden que a caſo podẽ paſſar, y hallarlo: y aſſi aunque entonces me falte el iuyzio, la neceſſidad natural me da a conocer el mantenimiento, y deſpiera en mi el deſſeo de apetererlo, y la voluntad

de tomarlo. Otras vezes me dizen ellos, quando me encuentran cō juyzio, que y salgo a los caminos, y que se lo quito por fuerça, aunque me lo den de grado, a los pastores que vienen con ello del lugar a las majadas. Desta manera pasó mi miserable y estrema vida, hasta q̄ el cielo sea seruido de conduzirle a su vltimo fin, o de ponerle en mi memoria, para q̄ no me acuerde de la hermosura, y de la traycion de Luscinda, y del agrauio de don Fernando: que si esto el haze sin quitarme la vida, yo boluere a mejor discurso mis pesamientos: donde no, no ay sino rogarle, que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mi valor, ni fuerças, para sacar el cuerpo desta estrechez en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, o señores, la armaga historia de mi desgracia: dezidme si estal, q̄ pueda celebrarse con menos sentimientos, que los que en mi auays visto? Y nō os canseys en persuadirme, ni aconsejarme, lo que la razón os dixere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprouechar conmigo lo que aprouechar la medicina recetada de famoso Medico, al enfermo q̄ recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda: y pues que ella gusta de ser agena, siēdo, o deuiendo ser mia, guste yo de ser de la defuētura, pudiendo auer sido dela buena dicha. Ella quiso cō su mudāça hazer estable mi perdicion: yo q̄rre con procurar perderme, hazer

zer contenta su voluntad, y serà exemplo a los por venir, de que a mi solo faltò lo que a todos los desdichados sobra, a los quales suele ser cōsuelo la impossibilidad de tenerle, y en mas causa de mayores sentimientos, y males, porque aun pienso que no se han de acabar cō la muerte. Aquí dio fin Cardenio a su larga platica, y tan desdichada, como amorosa historia. Y al tiempo que el Cura se preuenia para dezirle algunas razones de cōsuelo, le suspendio vnaboz que llegó a sus oídos, que en lastimados acentos oyeron que dezia, lo que se dirà en la quarta parte desta narracion, que en este punto dio fin a la tercera el Sabio,

y atentado historiador Cide Hamete

Benengeli.

QUARTA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO

Don Quixote de la Mancha.

Cap. XXV. Que trata de la nueva, y agradable
aventura que al Cura, y Barbero sucedio en la mes-
ma sierra.

Elicísimos, y venturosos fueron los
tiempos, donde se echó al mundo
el audacísimo cauallero don Qui-
xote de la Mancha: pues por auer
tenido tã honrosa determinacion,
como fue el querer resucitar, y boluer al mudo,
la ya perdida, y casi muerta orden de la andan-
te caualleria; gozamos aora en esta nuestra
edad necessitada, de alegres entretenimientos,
no solo de la dulçura de su verdadera historia,
sino de los cuentos, y episodios della, que en
parte no son menos agradables, y artificiosos,
y verdaderos que la mesma historia. La qual
prosiguiendo su rastrillado, torcido, y aspado
hilo, cuenta, que assi como el Cura comenzó a
preuénirle para consolar a Cardenio, lo impi-
dio

dio vna voz que llegó a sus oydos, que con tri-
stes acentos dezia desta manera.

Ay Dios, si será possible que he ya hallado lu-
gar que pueda seruir de escondida sepultura a
la carga pesada deste cuerpo, que tan cõtra mi
voluntad sostengo? Si será, si la soledad q̃ pro-
meten estas sierras, no me miente; Ay desdicha
da, y quan mas agradable compañía harã estos
riscos, y malezas a mi intécion, pues me darã
legar para que con quexas comunique mi des-
gracia al cielo, que no la de ningun hombre hu-
mano, pues no ay ninguno en la tierra de quien
se pueda esperar consejo en las dudas, aliuio
en las quexas, ni remedio en los males. Todas
estas razones oyeron, y percibieron, el Cura, y
los que con el estauan: y por parecerles, como
ello era, que alli junto las dezian, se leuataron
a buscar el dueño, y no huieron andado veyn-
te passos, quando detras de vn peñasco vieron
sentado al pie de vn fresno, a vn moço vestido
como labrador, el qual por tener inclinado el ro-
stro, a causa de que se lauaua los pies en el ar-
royo que por alli corria, no se le pudieron ver
por entonces: y ellos llegaron con tanto si-
lencio, que del no fueron sentidos, ni el e-
staua a otra cosa atento, que a lauarse los pies,
que eran tales, que no parecian sino dos pe-
drazos de blanco cristal, que entre las otras
piedras del arroyo se auian nacido. Suspen-
didos la blancura, y belleza de los pies,

pareciendoles que no estauan hechos a pisar terrones, ni a andar tras el arado, y los bueyes, como mostraua el habito de su dueño: y así vió do que no auian sido sentidos, el Cura que yua delante, hizo señas a los otros dos, que se agachasen, o escondiesen detras de vnos pedregos de peña q allí auia, así lo hizieron todos, mirando con atencion lo que el moço hazia: el qual trahia puesto vn capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo cō vna toalla blanca. Trahia así mismo vnos calçones, y polaynas de paño pardo, y en la cabeça vna montera parda. Tenia las polaynas leuantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanca alabastro parecia. Acabose de lauar los hermosos pies, y luego con vn paño de tocar, que sacó debaxo de la montera, se los limpio: y al querer quitarse algo el rostro, y tuuieron lugar los que mirándole estauan, de ver vna hermosura incomparable, tal que Cardenio dixo al Cura, con voz baxa: Esta, ya que no es Lucinda, no es persona humana, sino diuina. El moço se quito la montera, y sacudiendo la cabeça a vna y a otra parte, se començaron a descoger, y desparzir vnos cabellos, que pudieran los del Sol tenerles embidia. Con esto conocieron que el que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos auian visto, y aun los de Cardenio, sino huuieran mirado, y conocido a Lucinda,

da, que despues afiruó, que sola la belleza de Lucinda podia contender con aquella. Los largos y ruuios cabellos, no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debaxo de ellos, que sino eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia, tales y tantos eran. En esto les siruio de peyne vnas manos, q los pies en el agua auian parecido pedaços de cristal, las manos en los cabellos semejanan pedaços de apretada nieve: todo lo qual, en mas admiracion, y en mas desseo de saber quién era, ponía a los tres que la mirauan. Por esto de hizieron de mostrarse, y al mouimiento que hizieron de ponerse en pie, la hermosa moça alzó la cabeça, y apartandose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró lo que el ruydo hazian: y a penas los huuo visto, quando se leuantó en pie, y sin aguardar a calçarse, ni a recoger los cabellos, así con mucha presteza vn bulto como de ropa, que junto a si tenia, y quiso ponerse en huyda, llena de turbacion, y sobresalto: mas no huuo dado seys pasos, quando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las pierdas, dio consigo en el suelo. Lo qual visto por los tres, salieró a ella, y el Cura fue el primero que le dixo: Deteneos señora, quiéquiera que seays, que los aqui veys, solo tienen intencion de seruiros: no ay para q os pongays en tan impertinente huyda, porque a vuestros pies lo podran sufrir, ni nosotros co-

fentir. A todo esto ella no respondia palabra, atonita y confusa. Llegaron pues a ella, y asiendo por la mano el Cura, prosiguio, diziendo: Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren señales claras, que no deuen de ser de poco momento las causas que han disfraçado vuestra belleza en habito tan indigno, y trahidola a tanta soledad, como es esta, en la qual ha sido ventura el hallaros: sino para dar remedio a vuestros males, alomenos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al estremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar si quiera, el consejo que con buena intencion se le da, al que lo padece. Asi que, señora mia, o señor mio, o lo que vos quisieredes, fer, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena, o mala suerte, que en nosotros juntos, o en cada vno hallareys quien os ayude a sentir vuestras razones. En tanto que el Cura dezia estas razones, estaua la disfraçada moça, como enuelesada, mirandolos a todos, sin mouer labio, ni dezir palabra alguna: bien asi como rustico aldeano, que de improuiso se le muestrã cosas raras, y del jamas vistas. Mas boluiendo el Cura a dezirle otras razones, al mismo efeto encaminadas, dando ella vn profundo suspiro, rópio el silencio, y dixo: Pues q̃ la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme,

ni

ni la soltura de mis descópuestos cabellos, no ha permitido q̃ sea mētirosa mi lengua, en balde seria fingir yo de nueuo aora, lo q̃ si se me creyesse, seria mas por cortesia, q̃ por otra razón alguna. Presupuesto esto, digo señores, que os agradezco el ofrecimiento que me haueys hecho, el qual me ha puesto en obligaciõ de satisfaceros en todo lo q̃ me aueys pedido; puesto, q̃ temo, q̃ la relacion q̃ os hiziere de mis desdichas, os ha de causar al par de la cópasiõ la pesadumbre, porque no aueys de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenir las. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, auindome ya conocido por muger, y viédome moça, sola, y en este trage, cosas todas juntas, y cada vna por si, que pueden echar por tierra qualquier honesto credito, os auro de dezir lo que quisiere callar, si pudiera. Todo esto dixo sin pa-
tan suelta lengua, con boz tan suaue, que no me nos les admirò su discrecion, que su hermosura. Y tornandole a hazer nuevos ofrecimientos, y nuevos ruegos, para que lo prometido cumplierse, ella sin hazerse mas de rogar, calçandose cõ toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodò en el asiento de vna piedra, y puestos los tres al rededor de ella, haziendose fuerza por derener algunas lagrimas que a los ojos se le venian, con boz
repo-

repolada y clara, començo la historia de su vida, desta manera.

En Esta Andaluzia ay vn lugar, de quien toma titulo vn Duque, que le haze vno de los que llaman grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado, y al parecer de sus buenas costumbres: y el menor, no se yo de que sea heredero, sino de las trayciones de Vellido, y de los embustes de Galalon. Deste señor son vassallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza ygualaran a los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que dessear, ni yo temiera verme en la dicha en que me veo: porque quiza nace mi poca ventura, de la que no tuvieron ellos en no auer nacido ilustres. Bien es verdad, que no son tan baxos, que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que a mi me quiten la imaginacion que tégó, de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raça mal sonante, y como suele dezirse, Christianos viejos rancieros, pero tan rancieros, que su riqueza y magnifico trato, les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caualleros. Puesto que de la mayor riqueza, y nobleza que ellos se preciaua, era de tenerme a mi por hija: y así por no tener otra, ni otro que los heredasse, como por ser padres, y aficionados, yo era vna de las mas regaladas hijas que padres jamas regalaron. Era el

el espejo en que se mirauan, el baculò de su vejez, y el sujeto a quien encaminauan, midiendolos con el cielo, todos sus deseos: de los quales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian vn punto. Y del mismo modo que yo era señora de sus animos, así lo era de su hazienda. Por mí se recebían, y despedían los criados. La razón y cuenta de lo que se sembraua y cogia, pasaba por mi mano. Los molinos de azeyte, los lagares del vino, el numero del ganado mayor, y menor, el de las colmenas: finalmente, de rodado aquello que vn tan rico labrador como mi padre puede tener, y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma, y señora: con tanta solitud mia, y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré a encarecerlo. Los ratos que del diame quedauan, despues de auer dado lo que conuenia a los mayores, o capatazes, y a otros jornaleros, los entretenia en exercicios que son a las donzellas tan licitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja, y la alhambadilla, y la rueca muchas vezes: y si alguna por recrear el animo, estos exercicios dexaua, me acogia al entretenimiento de leer algun libro deuoto, o a tocar vna harpa, porque la experiencia me mostraua, que la musica compone los animos descompuestos, y aliuia los trabajos que nacen del espiritu. Esta pues era la vida que yo tenia en casa de mis padres: la qual tan particularmente he contado, no ha sido por



por ostentacion, ni por dar a entender que soy rica, sino porque se advierta quan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho, al infelice en que agora me hallo. Es pues el caso, que passando mi vida en tantas ocupaciones, y en vn encerramiento tal, que al de vn nesterio pudiera cõpararse, sin ser vista, a mi parecer, de otra persona alguna, que de los criados de casa, porque los dias que yua a Misa era tan demañana, y tan acompañada de mi madre, y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que a penas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponía los pies: y con todo esto, los del amor, o los de la ociosidad, por mejor dezir, a quien los de Lince no pueden yguararse, me vieron, puestos en la solitud de dõ Fernando, que este es el nombre del hijo menor del Duque, que os he contado. No huvo bien dombrado a don Fernando la que el cuento contaua, quando a Cardenio se le mudò la color del rostro, y començò a trassudar con tan grande alteracion, que el Cura y el Barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura, que auian oydo dezir que de quando en quando le venia. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trassudar, y estarle quedo, mirando de hito en hito a la labradora, imaginando quien ella era: la qual sin aduertir sus mouimientos de Cardenio, prosiguió su historia, diziendo: Vno me huieron bien visto,

Ro, quando (segun el dixo despues) quedò tan preso de mis amores, quanto lo dieron bien a entender sus demonstraciones. Mas por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero passar en silencio las diligencias que don Fernando hizo para declararme su voluntad. Sobornò toda la gente de mi casa, dio, y ofreció dadiuas, y mercedes a mis parientes. Los dias eran todos de fiesta, y de regozijo en mi calle. Las noches no dexauan dormir a nadie las musicas. Los villetes que, sin falta, como a mis manos venian, eran infinitos, con menos letras que promessas, y juramentos. Todo lo qual, no solo no me ablandaua, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reduzirme a su voluntad hazia, las hiziera para el efecto contrario: no porque a mi me pareciera final la gentileza de don Fernando, ni que me diese a demasia sus sollicitudes, porque me daua vno no se que de contento verme tan querida y estimada de vn tan principal caallero: y no me pesaua ver en sus papeles mis alabanzas, que en esto, porfeas que seamos las mugeres, me parece a mi, que siempre nos da gusto el que nos llaman hermosas. Pero a todo esto se opone mi honestidad, y los consejos contrarios que mis padres me danan, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de don Fernando, porque



porque ya a el no se le daua nada de que todo el mundo la supiesse. Dezianme mis padres, q en sola mi virtud y bondad, dexauan, y depositaua su honra, y fama: y que cõsiderasse la desigualdad que auia entre mi, y don Fernando, y que por aqui echaria de ver, que sus penamietos (aunque el dixesse otra cosa) mas se encauinauan a su gusto, que a mi prouecho. Y que si yo quisiessse poner en alguna manera algun inueniente, para que el se dexasse de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustasse, assi de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunuequinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda, y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me dezian, fortificaua yo mi entereza, y jamas quise responder a don Fernando, palabra q le pudiesse mostrar, aunque de muy lexos, esperança de alcanzar su desseo. Todos estos recaros mios, q el deuia de tener por desdenes, denieron de ser causa de auinar mas su lasciuo apetito que este nombre quiero dar a la voluntad que me mostraua, la qual si ella fuera como deuia, no la supierades vosorros aora, porq viera faltado la ocasiõ de deziros la. Finalmente don Fernando supõ q mis padres andaua por darme estado: por quitalle a el la esperanza de poseerme, o alomenos, porq yo tuuiesse mas guardas para guardarme. Y esta nueua

o lo-

osospecha, fue causa para que hiziesse lo q aora oyreis. Y fue, q vna noche estando yo en mi aposento, con sola la compaõia de vna donzella que me seruia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuydo mi honra no se viesse en peligro, sin saber, ni imaginacion como, en medio destos recaros, y pretensiones, y en la soledad deste silencio y encierro, me le halle delante. Cuya vista me turbõ de manera, que me quitõ la de mis ojos, y me enmudecio la lengua. Y assi no fuy poderosa de dar bozes, ni aũ el creo que me las dexara dar, porque luego se llegõ a mi, y tomãdome entre sus brazos (por que yo como digo, no tuue fuerza para defenderme, segun estaua turbada) començo a dezirme tales razones, que no se como es possible, que tenga tanta habilidad de mentira, que las sepa componer, de modo que parezcan tan verdaderas. Hazia el traydor que sus lagrimas acreditassen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobre, sola, entre los mios mal exercitada en cosas semejantes, comence no se en que modo, a tener por verdaderas tantas falsedades: pero no de fuerre, q me mouiesse a cõpasion me por que buena, sus lagrimas, y suspiros. Y assi andandoseme aquel sobresalto primero, torne a tanto a cobrar mis perdidos espiritus, y con mas animo del que pense q pudiera tener, le dixi. Si como estoy seõor en tus brazos,

gos, estuuiera entre los de vn leon fiero, y el li-
brarme dellos se me assegurara, cō que hiziera,
o dixera, cosa que fuera en perjuizio de mi ho-
nestidad, así fuera posible hazella, o dezilla.
Como es posible dexar de auer sido lo q̄ fue. Al-
fi que si tu tiene ceñido mi cuerpo con tus bra-
ços, yo tēgo atada mi alma cō mis buenos des-
seos, que son tan diferētes de los tuyos, como
lo veras, si con hazerme fuerça, quisieres pasar
adelante en ellos. Tu vassalla soy, pero no tu
esclauo, ni tiene, ni deue tener imperio la noble-
za de tu sangre, para deshōrar y tener en poco
la humildad de la mia. Y en tãto me estimo yo,
villana y labradora, como tu señor y Cavallero.
Cōmigo no hã de ser de ningū efeto tus fuer-
ças, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus
palabras hã de poder engañarme, ni tus suspi-
ros, y lagrimas enternecerme. Si alguna de to-
das estas cosas q̄ he dicho, viera yo en el que
mis padres me dieran por esposo, a su voluntad
se ajustarã la mia, y mi voluntad de la suya no
saliera. De modo, q̄ como quedãra con honra,
aunque quedãra sin gusto, de grado te entrega-
ra, lo que tu señor aora con tanta fuerça procu-
ras. Todo esto he dicho, porque no es pēsar, q̄
de mi alcance cosa alguna, el que no fuere mi le-
gitimo esposo. Sino reparas mas q̄ en esso, Bel-
lissima Dorotea, (que este es el nōbre desta de-
sdichada dixo el desleal Cavallero, ves aqui te
doy la mano de serlo tuyo, y seã testigos desta
ver-

verdad los Cielos, a q̄n ninguna cosa se escon-
de, y esta imagen de nuestra señora que aqui tie-
nes. Quando Cardenio le oyò dezir, que se lla-
mava Dorotea, tornò de nuevo a sus sobre sal-
tos, y acabò de confirmar por verdadera su pri-
mera opiniō, pero no quiso interrōper el cuen-
to, por ver en q̄ venia a parar, lo q̄ el ya casi sa-
bia, solo dixo: Que Dorotea es tu nōbre, seño-
ra. Otra he oydo yo dezir del mesmo, q̄ quiza
corre parejas cō tus desdichas. Passa adelante,
que tiēpo vendra, en que te diga cosas que te
repanten, en el mesmo grado que te lastimen.
Reparò Dorotea en las razones de Cardenio,
y en su estraño, y desastrado trage, y rogole, q̄
si alguna cosa de su haziēda sabia, se la dixesse
luego. Porq̄ si algo le auia dexado bueno la for-
tuna, era el animo q̄ tenia, para sufrir qualquier
desastre, que le sobrequiniesse, segura de que a
crecer ningūn podia llegar, q̄ el que tenia
se, respondio Cardenio, en dezirle lo que pien-
so, si fuera verdad lo que imagino, y hasta aora
no se pierde coyuntura, ni a ti te importa na-
da el saberlo. Sea lo que fuere, respondio Doro-
tea, lo que en mi cuento passa, fue: Que toman-
do don Fernando vna imagen, q̄ en aquel apo-
stolorio, cō palabras eficacissimas, y juramen-
tos estraordinarios, me dio la palabra de ser mi
marido. Puesto que antes q̄ acabasse de dezir-
las,



las, le dixe, que mirasse bien lo que hazia, y q̃
côsiderasse el enojo que su padre auia de rece-
bir, de verle casado con vna villana, vassalla su-
ya, que no le cegasse mi hermosura, tal qual era.
Pues no era bastãte para hallar en ella disculpa
de su yerro: y que si algun bien me queria ha-
zer, por el amor que me tenia, fuesse dexar cor-
rer mi suerte a lo yqual de lo q̃ mi calidad po-
dia. Porque nunca los tan desiguales casamien-
tos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto cõ
q̃ se comiẽça. Todas estas razones que aqui he
dicho, le dixe, y otras muchas, de que no me
acuerdo, pero no fueron parte para que el de-
xasse de seguir su intẽto, bien ansi como el que
no piensa pagar, quẽ al cõcertar dela barata no
repara en inconuenientes. Yo a esta sazõ hize
vn breue discurso cõmigo, y me dixe a mi me-
sma: Si que no serẽ yo la primera, q̃ por via de
matrimonio aya subido de humilde a grande
estado: ni serã dõ Fernando el primero a quien
hermosura, o ciega aficiõ (q̃ es lo mas cierto)
aya hecho tomar compaña desigual a su grãde-
za? Pues sino hago ni mudo, ni vso nueuo, bien
es acudir a esta honrra que la suerte me ofres-
ce. Puesto que en este no dure mas la volũdad
que me muestra, de quanto dure el cumplimien-
to de su desseo, quẽ en fin, para con Dios serẽ
su esposa. Y si quiero con desdenes despedille,
en termino le veo, que no usando el que dexe,
vsarã el de la fuerça, y vendra a quedar deshon-
rada,

rada, y sin disculpa, de la culpa que me podia
dar, el que no supiere quan sin ella he venido a
este punto. Porque, que razones serã bastantes,
para persuadir a mis padres, y a otros, que este
cauallero entrò en mi aposento, sin cõsentimie-
to mio? Todas estas demandas y respuestas, re-
bolui en vn instante en la imaginacion. Y so-
bre todo, me començaron a hazer fuerça, y a
inclinarme a lo que fue (sin yo pensarlo) mi pe-
nitencion, los juramentos de don Fernando, los
testigos que ponía, las lagrimas que derrama-
ba, y finalmente su dispusición, y gentileza, que
acompañada con tantas muestras de verdade-
ro amor, pudieran rendir a otro tan libre, y re-
cuerdo, coraçõ, como el mio. Llamẽ a mi cria-
da, para que en la tierra acompañasse a los te-
stigos del cielo. Torno don Fernando, a reyte-
rar, y confirmar sus juramẽtos. Añadió a los pri-
meros, nuevos santos, por testigos, echose mil
maldiciones, sino cumpliesse lo que me
prometia. Bolui a humedecer sus ojos, y a ac-
cretar sus suspiros, apretome mas entre sus
brazos, de los quales jamas me auia dexado.
Y con esto, y con boluerse a salir dela aposen-
ta mi donzella, yo dexẽ de fer lo, y el acabò
de ser traydor, y fementido. El dia que suce-
dió a la noche de mi desgracia, se venia aun
no tan a priesa, como yo piẽso q̃ don Fernan-
do desseaua. Porque despues de cúplido aque-
llo q̃ el apetito pide, el mayor gusto q̃ puede
Z 2 venir,



venir, es apartarse de donde le alcançaron. Digo esto, porque don Fernando dio priessa por partirse de mi, y por industria de mi donzella, q̃ era la misma que allí le auia traydo, antes q̃ amaneciese, se vio en la calle. Y al despedirse de mi, (aunque no con tãto ahinco, y vehenencia, como quando vino) me dixo que estuiese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos: y para mas cõfirmacion de su palabra, sacò vn rico anillo del dedo, y lo puso en el mio. En efeto el se fue, y yo quedè, ni se si tristè, o alegre: esto se bien dezir, que quedè confusa, y pensatiua, y casi fuera de mi, con el nuevo acaecimiento, y no tuue animo, o no se me acordò de reñir a mi dõzella; por la trayciõ cometida, de encerrar a don Fernãdo en mi mismo aposento: porq̃ aun no me determinaua, si era bien, o mal, el que me auia sucedido. Dixe, le al partir a don Bernando, que por el mesmo camino de aquella, podia verme otras noches; pues ya era suya, hasta que quando el quisiere, aquel hecho, se publicasse. Pero no vino otra algũna; sino fue la siguiente; ni yo pude verle en la calle, ni en la yglesia, en mas de vn mes. q̃ en vano me casè en sollicitallo: puèsto q̃ supe, q̃ estaua en la villa, y q̃ los mas dias yua a caça, exercicio de q̃ el era muy aficionado. Estos dias y estas horas, biè se yo que para mi fueron aziaños, y meiguadas. Y bien se que comencè a dudar en ellos, y aun a descreer de la fe de don

Fer:

Fernãdo. Y se tambien, que mi donzella oyò entõces las palabras q̃ en reprehension de su atrevimiento, antes auia oïdo. Y se que me fue forzoso tener cuenta cõ mis lagrimas, y con la cõpostura de mi rostro, por no dar ocasion a que mis padres me preguntassen, que de que andaua descõteta, y me obligassen a buscar mertas q̃ dezilles. Pero todo esto se acabò en vn punto, llegãdose vno donde se atropellaron reñeros, y se acabaron los honrados discursos, y donde se perdio la paciencia, y salieron a plaza mis secretos pensamientos. Y esto fue, porq̃ de allí a pocos dias, se dixo en el lugar como en vna ciudad allí cerca, se auia casado don Fernãdo, con vna donzella hermosissima, en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tã rica, q̃ por la dote, pudiera aspirar a tã notable casamiento. Dixose, q̃ se llamaua Lusinda, y otras cosas q̃ en sus desposorios sucedierõ, dignas de admiracion. Oyò Cardenio el nõbre de Lusinda, y no hizo otra cosa, que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dexar de allí a poco caer por sus ojos dos fuentes de lagrimas. Mas no por esto dexò de seguir su cuento, diziendo, llegò a mi este nueva a mis oydos, y en lugar de elararme el coraçon en oylla, fue tanta la colera y rabia que se encendió en el, q̃ faltò poco para no salir por las calles, dando bozes, publicando la aleuosia y traycion q̃ se me auia hecho.

Z 3 Mas



Mas remplose esta furia por entonces, con pensar de poner aquella mesma noche por obra, lo que puse. Que fue, ponerme en este habito, que me dio vno de los q llaman çagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual descubri toda mi desventura, y le rogué me acompañasse hasta la ciudad, donde entendí que mi enemigo estaua. El despues q buuo reprehédido mi atreuimiento, y afeado mi determinacion, viendome resuelta en mi parecer, se ofreció a tenerme compañía, como el dixo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerré en vna almohada de lienço, vn vestido de muger, y algunas joyas, y dineros, por lo q podia suceder. Y en el silencio de aquella noche, sin dar cuêta a mi traydora dözella, sali de mi casa acópañada de mi criado, y de muchas ymaginaciones, y me puse en camino de la Ciudad a pie, llevada en buelo del desseo de llegar, ya q no a estoruar lo q tenia por hecho, sino menos a dezir a don Fernãdo, me dixesse con q alma lo auia hecho. Llegue en dos dias y medio dõde queria, y en entrãdo por la Ciudad, pregunté por la casa de los padres de Luscinde, y al primero a quien hize la pregunta, me respondió mas de lo que yo quisiera oyr. Dixome la casa, y todo lo q auia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan publica en la ciudad, que se haze en corrillos, para cõtarla por toda ella. Dixome, q la noche que don Fernando se

desposó cõ Luscinde, despues de auer ella dado el Si, de ser su esposa, le auia tomado vn rezio desmayo, y q llegãdo su esposo a desabrocharle el pecho, para q le diese el ayre, le hallò vn papel escrito de la misma letra d Luscinde, en que dezia, y declaraua, que ella no podia ser esposa de dõ Fernando, porq lo era de Cardenio, q a lo q el hõbre me dixo, era vn cauallero muy principal, de la mesma Ciudad. Y que si aya dado el Si, a don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres: en resolucion, tales razones dixo q cõtenia el papel, que daua a entender, q ella auia tenido intencion de matarse, en acabãdose de desposar, y daua alli las razones porq se auia quitado la vida. Todo lo qual dicen que cõfirmò vna daga que le hallaron no se en que parte de sus vestidos. Todo lo qual, visto por don Fernando, pareciédole que Luscinde le auia burlado, y escarnecido, y teniendo en poco, arremetio a ella, antes que de su desmayo boluiesse, y con la misma daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas, y lo hizieron, si sus padres, y los que se hallaron presentes, no se lo estornuaron. Dixeron mas, que luego se anentò don Fernando, y que Luscinde, no contó buelto de su parasismo, hasta otro dia, que contó a sus padres, como ella era verdadera esposa de aql Cardenio q he dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun dezian, se hallò presẽte a los desposorios, y que en viendola desposada,

lo qual el jamas pensò, se salio de la ciudad desesperado, dexandole primero escrita vna carta, donde daua a entender, el agrauio que Lucinda le auia hecho, y de como el se yua a dō de gentes no le viesse. Esto todo era publico, y notorio en toda la Ciudad, y todos hablaban dello, y mas hablaron, quando supieron que Lucinda auia saltado de casa de sus padres, y de la Ciudad, pues no la hallaron en toda ella, y de que perdian el juyzio sus padres, y no sabian q̄ medio se tomar para hallarla. Esto q̄ supē, puso en vando mis esperanças, y tuue por mejor no auer hallado a don Fernando, que no hallarle casado, pareciendome que aun nō estaua del todo cerrada la puerta a mi remedio, dandome yo a entender, que podria fer, que el cielo, vuisse puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle a conocer, lo que al primero deuia, y a caer en la cuenta, de que era Christiano, y que estaua mas obligado a su alma, que a los respetos humanos. Todas estas cosas reboluia en mi fantasia, y me consolaua sin tener consuelo, fingiendo vnas esperanças largas, y desmayadas, para entretener la vida, que ya aborrezco. Estando pues en la Ciudad, sin saber q̄ hazerme, pues a don Fernando no hallaua, llegò a mis oydos vn publico pregon, donde se prometia grande hallazgo a quien me hallasse, dando las señas de la edad, y del mesmo traje q̄ trahia. Y oí dezir q̄ se dezia

que

que me auia sacado de casa de mis padres el moço q̄ con migo vino, cosa que me llegó al alma, por ver quan de caída andaua mi credito, pues no bastaua perderle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo sugero tan baxo, y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon, me salí de la ciudad como criado, que ya comēçaua a dar muestras de tirubear en la fe q̄ de fidelidad me tenia prometida, y aq̄lla noche nos entramos por lo espesso desta montaña, cō el miedo de no ser hallados. Pero como suele dezirse, que vn mal llama a otro, y q̄ el fin de vna desgracia suele fer principio de otra mayor: assi me sucedio a mi, porq̄ mi buen criado, hasta entōces fiel y seguro, así como me viò en esta soledad, incitado de su mesma vellaqueria, antes q̄ de mi hermosura, quiso aprouecharse de la ocasion, que a su parecer estos yermos le ofrecian. Y cō poca vergüenza y menos temōr de Dios, ni respeto mio, me requirio de amores: y viendo q̄ yo cō fea, y juas palabras respondia a las desuerguenças de sus ppositos, dexò a parte los ruegos, de quien primero pensò aprouecharse, y començo a vsar de la fuerça. Però el justo Cielo, q̄ pocas o ningunas vezes dexa de mirar, y fauotecer a las malas intenciones, fauoreciò las mias de manera, q̄ cō mis pocas fuerças, y con poco trabajo, di cō el por vn derrubadero, dōde le dexe, ni se muerto, o si biuo. Y luego cō mas ligereza, q̄

mi

mi sobrefalto, y cansancio pedian, me entrè por estas montañas, sin llevar otro pensamiento, ni otro designio, que esconderme en ellas, y huyr de mi padre, y de aquellos que de su parte me andauan buscando. Cō este desseo, ha no se quātos meses que entrè en ellas, donde hallè vn ganadero, que me lleuò por su criado a vn lugar q̄ està en las entrañas desta sierra; al qual he feruido de çagal todo este tiempo, procurādo estar siempre en al campo, por encubrir estos caballos, que aora tan sin pensarlo me hā descubierto. Pero toda mi industria, y toda mi sollicitud, fue, y ha sido, de ningū prouecho, pues mi amor vino en conocimiento, de que yo no era varō, y naciò en el, el mesmo mal pensamiento, que en mi criado, y como no siempre la fortuna, cō los trabajos da los remedios, no hallè derrubadero, ni barranco, de donde despenar, y despenar al amo, como le halle para el criado. Y assi tuue por menor inconueniente dexalle, y asconderme de nuevo entre estas asperezas, que prouar con el mis fuerças, o mis disculpas. Digo pues, que me tornè a emboscar y a buscar, donde sin impedimento alguno pudiesse con suspiros, y lagrimas, rogar al cielo se duela de mi desventura, y me de industria, y fauor para salir della, o para dexar la vida entre estas soledades, sin q̄ quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya aura dado materia, para q̄ de ella se hable, y murmure en la suya, y en las agenas tierras.

Cap.

Cap. XXIX. *Que trata de la discordia de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y passatiempo.*

ESra es señores la verdadera historia de mi tragedia, mirad, y juzgad aora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oytes, y las lagrimas que de mis ojos salian, tenian ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia: y considerada la calidad de mi desgracia, vereys que serà en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego, lo que con facilidad podreys, y deueys hazer, que me aconsejeyis donde podre passar la vida, sin que me acabe el temor, y sobre salto que tengo, de ser hallada de los que me buscan, que aunque se que el mucho amor que mis padres me tienen, no asegura que serè dellos bien recebida: es tanta la verguença que me ocupa, solo el pensar q̄ no como ellos pensauan, tengo de parecer a su presencia, q̄ tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro, con pensamiento que ellos miran el mio, ageno de honestidad, que de mi se deuia de tener prometida: Callò en diziendo esto, y el rostro se le cubrio de vn color, que mostro bien claro el sentimiento, y verguença del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la auian, tanta la stima, como admiracion, de su desgracia: y aunque luego quisiera el Cura consolarla, y aconsejarla,

tomò

tomò primero la mano Cardenio, diziendo. En fin señora, que tu eres la hermosa Dorotea, la hija vnica del rico Clenardo. Admirada quedò Dorotea quando oyò el nombre de su padre, y de ver quan de poco era el que le nombraua, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaua vestido. Y así le dixo. Y quien soys vos hermano, q̄ así sabeys el nombre de mi padre, porque yo hasta aora (si mal no me acuerdo) en todo el discurso del cuento de mi desdicha, no le he nombrado? Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos señora aueys dicho, Lusinda dixo q̄ era su esposa. Soy el desdichado Cardenio, a quien el mal termino de aquel q̄ a vos os ha puesto en el que estays, me ha traydo a que me veays qual me veys, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de iuyzio, pues no le tengo, sino quando al Cielo se le antoja darme por algun breue espacio. Yo, Teodora, soy el q̄ me hallè presente a las sin razones de don Fernando, y el q̄ aguardò oyr el Sí, que de ser su esposa pronúciò Lusinda. Yo soy el que no tuuo animo, para ver en que paraua su desmayo, ni lo que resultaua del papel, que le fue hallado en el pecho. Porque no tuuo el alma sufrimiento para ver tantas desueltas juntas, y así dexè la casa, y la paciencia, y una carta que dexè a vn huésped mio, a quien rogùe que en manos de Lusinda la pusiese, y vi-

neme

neme a estas soledades, con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel puto aborreci, como mortal enemiga mia. Mas no ha que rido la suerte quitarmela, contentandose con quitarme el iuyzio, quiza por guardarme para la buena ventura, que he tenido en hallaros, pues sièdo verdad, como creo que lo es, lo que aqui aueys contado, aun podria ser, q̄ a entrambos nos tuuiese el Cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pèfamos. Porque presupuesto que Lusinda no puede casarse cò don Fernando, por ser mia, ni don Fernando con ella, por ser vuestro, y auerlo ella tan manifestamente declarado, bien podemos esperar q̄ el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues està toda via en ser, y no se ha enagenado, ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, no de muy remota esperança, ni fundada en desuaviadas imaginaciones, suplico os seora q̄ tomeys otra resoluciò en vuestros horas pensamientos, pues yo la pienso tomar en míos, acomodádoos a esperar mejor fortuna. Que yo os juro por la fe de cauallero, y de cristiano, de no desampararos hasta veros en poder de dō Fernãdo, y q̄ quãdo cò razones no pudiere atraer a q̄ conozca lo q̄ os dene, de dar entonces la libertad q̄ me còcede el ser cauallero, y poder cò justo titulo desafialle, en razòn de la sinrazon q̄ os haze, sin acordarme de mis agravios, cuya vengança dexarè al Cielo, por

por acudir en la tierra a los vuestros. Con lo q Cardenio dixo se acabò de admirar Dorotea, y por no saber q gracias boluer a tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besarlos, mas no lo consintio Cardenio: y el Licenciado respòdio por entrambos, y aprouò el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogò, aconsejó, y persuadiò que se fuesen con ella su aldea, dõde se podrian reparar de las cosas q les faltauan, y que alli se daria orden como buscar a don Fernando, o como llevar a Dorotea a sus padres, o hazer lo que mas les pareciesse conueniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecierò, y aceraron la merced q se les ofrecia. El Barbero, que a todo auia estado suspenso, y callado, hizo tãbien su buena platica, y se ofreciò con no menos voluntad que el Cura, a todo aquello que fuesse bueno para seruirles. Contò assi mesmo con breuedad la causa q alli los auia traydo, cõ la estrañeza de la locura de don Quixote, y como aguardauan a su escudero, q auia ydo a buscallo. Vinosele a la memoria a Cardenio como por sueños, la pèdencia que con don Quixote auia tenido, y contòla a los demas, mas no supo dezir por que causa fue su quistion. En esto oyeron bozes, y conocieron q el que las daua era Sancho Pança, que por no auerlos hallado en el lugar dõde los dexò, llamaua a bozes. Salieròle al encuentro, y preguntándole por don Quixote, les dixo, como lo auia

auia hallado desnudo en camise, flaco, amarillo, y muerto de hãbre, y suspirando por su señora Dulcinea, y que puesto q le auia dicho, q ella le mãdaua que saliesse de aquel lugar, y se fuesse al del Toboso, dõde le quedaua esperando: auia respondido, que estaua determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que hubiesse fecho fazañas, que le fiziesse digno de su desgracia. Y que si aquello passaua adelante, corria peligro de no venir a ser Emperador, como estaua obligado, ni aun Arçobispo, q era lo menos que podia ser. Por esso que mirassen lo q se auia de hazer, para sacarle de alli. El Licenciado le respondio, que no tuuiesse pena, q ellos le sacarian de alli mal que le pesasse. Contò luego a Cardenio, y a Dorotea, lo q tenian pensando, para remedio de don Quixote, alomenos para llevarle a su casa. A lo qual dixo Dorotea, q ella haria la dõzella menesterosa, mejor q el Barbero, y mas que tenia alli vestidos con que poder representar todo aquello q fuesse menester, para llevar adelante su intento, porq ella auia leydo muchos libros d canallerias, y sabia bien el estilo q tenian las donzellas cuyradas, quando pedian sus dones a los andantes caualleros. Pues no es menester mas, dixo el Cura, sino que luego se ponga por obra. Que sin duda la buena suerte, se muestra en fauor mio, pues tan sin pensarlo, a vosotros señores se os



ha comenzado a abrir puerta para vuestro remedio, y a nosotros se nos ha facilitado, la que auíamos menester. Sacò luego Dorotea de su almohada vna saya entera de cierta telilla rica, y vna mantellina de otra vistosa tela verde, y de vna caxita vn collar, y otras joyas, con que en vn instante se adornò, de manera, que vna rica, y gran señora parecia. Todo aquello, y mas, dixò que auia sacado de su casa, para lo, que se ofreciesse, y que hasta entonces no se le auia ofrecido ocasion de auello menester. A todos còtentò en estremo su mucha gracia, donayre, y hermosura, y còfirmaron a don Fernando, por de poco conocimièto, pues tanta belleza delectaua. Pero el que mas se admirò, fue Sancho Pança, por parecerle (como era assi verdad) que en todos los dias de su vida auia visto tan hermosa criatura: y assi preguntò al cura con gran de ahinco, le dixesse, quien era aquella tan hermosa señora? Y q̃ era lo que buscaba por aquellos andurriales? Esta hermosa señora, respondió el Cura, Sãcho hermano, es como quien no dize nada, es la heredera por linea recta de varon, del gran reyno de Micomicon, la qual viene en busca de vuestro amo, a pedirle vn don, el qual es, que le desaga vn tuerto, o agrauio que vn mal gigante le tiene fecho: y a la fama que de buen cauallero vuestro amo tiene, por todo lo descubierto de Guinea, ha venido a buscarle esta Princesa. Dichosa buscada, y dicho

lo hallazgo, dixo a esta sazò Sãcho Pãça, y mas si mi amo es tan venturoso, q̃ desaga esse agrauio, y enderece esse tuerto, matando a esse hideputa desse gigante que vuestra merced dize: q̃ si matarà si el le encuentra, si ya no fuesse fantasma, q̃ còtra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero vna cosa quiero suplicar a vuestra merced, entre otras, señor Licèciado, y es que porque a mi amo no le tome gana de ser Arçobispo (que es lo que yo temo) que vuestra merced le aconseje, que se case luego con esta Princesa, y assi quedara impossibilitado de recebir ordenes Arçobispales, y vendra cò facilidad a su imperio, y yo al fin de mis desseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, q̃ no me està bien que mi amo sea Arçobispo, porque soy inutil para la Yglesia, pues soy casado, y andarme aora a traer dispensaciones para poder tener renta por la Yglesia, teniendo, como tengo, muger, y hijos, seria nunca acabar. Assi que, señor, todo el toque està, en q̃ mi amo se case luego con esta Señora, q̃ ha sta aora no se su gracia, y assi no llamo por su nombre. Llamase respondió el Cura, la Princesa Micomicona, porque llamandose su Rey no Micomicon, claro està que ella se ha de llamar assi. No ay duda en esso, respondió Sãcho, que yo he visto a muchos, tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron llamandose Pedro de Alcalá, Iuan de Vbeda, y Diego

de Valladolid, y esto mesmo se deue de vsar alla en Guinea, tomar las Reynas los nombres de sus Reynos. Assi deue de ser dixo el Cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo hare en ello todos mis poderios. Cō lo q̄ quedò tan cōtōro Sācho, quāto el Cuara admirado de su simplicidad, y de ver quan encaxados tenia en la fantasia los mismos disparates q̄ su amo, pues sin alguna duda se daua a entēder q̄ auia de venir a ser Emperador. Ya en esto se auia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se auia acomodado al rostro la barba de la cola de buey y dixeron a Sancho, q̄ los guiasse a dō de don Quixote estaua; al qual aduirtierō que no dixesse que conocia al Licenciado, ni al Barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir a ser Emperador su amo. Puesto que ni el Cura, ni Cardenio quisieron yr con ellos, porq̄ no se le acordasse a don Quixote la pēdencia que cō Cardenio auia tenido: y el Cura, porque no era menester por entonces su presençia, y así los dexaron yr delante, y ellos los fueron siguiēdo a pie, poco a poco. No dexò de auisar el Cura lo que auia de hazer Dorotea: a lo que ella dixo, que descuydassen, que todo se haria sin saltar punto, como lo pedian, y pintauan los libros de cauallerias. Tres quartos de legua aurian andado, quando descubrieron a dō Quixote entre vnas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado: y así como

Doro-

Dorotea le vio, y fue informada de Sancho; que aquel era don Quixote, dio del açote a su palafren siguiendo el bien barbado Barbero: y en llegando junto, a el, el escudero se arrojò de la mula, y fue a tomar en los braços a Dorotea, la qual apeandose con grande desemboltura, se fue a hincar de rodillas ante las de don Quixote, y aunque el pugnaua por levantarla, ella sin levantarse le fablò en esta guisa. De aqui no me levantarè, o valeroso y esforçado cauallero, falta que la vuestra bondad, y cortesia me otorgue vn don, el qual redundarà en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada, y agrauiada dōzella que el Sol ha visto. Y si es que el valor de vuestro fuerte brazo correspondè a la boz de vuestra immortal fama, obligado estays a fauorecer a la sin vètura q̄ de tã buenas tierras viene, al olor de vuestro famoso nōbre, buscando os para remedio de sus desdichas. No os respondere palabra, fermosa señora, respondió don Quixote, ni oyre mas cosa de vuestra fazienda, falta que os leuàteys de tierra. No me levantarè señor, respondió la afligida donzella, si primero, por la vuestra cortesia, no me es otorgado el don que pido. Yo vos otorgo, y concedo, respondió don Quixote, como no se aya de cumplir en daño, o mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi coraçon y libertad tiene la llauè. No serà en daño, ni en mengua de los q̄ dezis, mi buen se-

A a 2 ñor,

ñor, replicò la dolorosa donzella. Y estando en esto, se llegó Sancho Pança al oydo de su señor, y muy paçito le dixo: Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar a vn gigante, y esta que lo pide es la alta Princesa Micomicon, Reyna del gran Reyno Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió don Quixote, que yo hare lo que soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, conforme a lo que profetizado tengo: y boluiendose a la donzella, dixo: La vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dixo la donzella, que la vuestra magnanima persona se venga luego conmigo, donde yo le lleuare, y me prometa, que no se ha de entremeter en otra auentura, ni demanda alguna, hasta darme vengança de vn traydor, que contra todo derecho diuino, y humano, me tiene vsurpado mi Reyno. Digo que assi lo otorgo, respondió don Quixote, y assi podeys señora, desde oy mas, desechar la melêcolia que os fatiga, y hazer que cobrenuevos brios, y fuerças vuestra desmayada esperança, que con el ayuda de Dios, y la de mi brazo, vos os vereys presto restituyda en vuestro Reyno, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, a pesar y a despecho de los forliones que contradzirlo quisieren: y manos a labor, que en la tardança dicen que suele estar el

el peligro. La menesterosa donzella, pugnò con mucha porfia, por besarle las manos, mas don Quixote, que en todo era comedido, y cortescauallero, jamas lo còsintio, antes la hizo leuatar y la abraçò con mucha cortesia, y comedimiento: y mando a Sancho, que requiriesse las cinchas a Rozinante y le armasse luego al punto. Sancho descolgò las armas, que como trofeo de vn arbol estauan pendientes, y requiriendo las cinchas, en vn punto armò a su señor: el qual viendose armado, dixo: Vamos de aqui, en el nombre de Dios, a fauorecer esta gran señora. Estauase el Barbero aun de rodillas, reñiendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayessè la barba, con cuya cayda quiza quedaran todos sin conseguir su buena intencion: y viendo que ya el don estaua comedido, y con la diligencia que don Quixote se alistaua para yr a cumplirle, se leuantiò, y tomò de la otra mano a su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subio don Quixote sobre Rozinante: y el Barbero se acomodò en su caualgadura, quedandose Sancho a pie, donde de nueno se le renouò la perdida del ruzio, con la falta que entonces le hazia: mas todo lo lleuaua con gusto, por parecerle que ya su señor estaua puesto en camino, y muy a pique de ser Emperador: porque sin duda alguna pensaua que se auia de casar con aquella Princesa, y ser por lo menos Rey de Micomicon.

solo le daua pesadumbre, el pensar que aquel Reyno era en tierra de negros, y que la gēte q̄ por sus vassallos le diessen, auia de ser todos negros: a lo qual hizo luego en su imaginacion vn buen remedio, y dixose a si mismo. Que se me da a mi que mis vassallos sean negros, aya mas que cargar con ellos, y traerlos a España, donde los podrè vender, y adonde me los pagaran de contado, de cuyo dinero podrè comprar algun titulo, o algun oficio cō que viuir descãl-do todos los dias de mi vida. No sino dormiros, y ho tengays ingenio, ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treynta, o diez mil vassallos, en dacame essas pajas. Par Dios q̄ los he de bolar chico cō grande, o como pudiere: y que por negros que sean los he de boluer blancos, o amarillos: llegaos que me mamo el dedo. Cō esto andaua tan solícito, y tan contento, que se le oluidaua la pesadūbre de caminar a pie. Todo esto mirauan de entre vnas breñas, Cardenio, y el Cura, y no sabian q̄ hazerse para juntarse con ellos: pero el Cura, q̄ era gran confesista, imaginò luego lo que harian para conseguir lo que desseauan, y fue, que con vnas tinxeras, que trahia en vn estuche, quitò con mucha presteza la barba a Cardenio, y vistiole vn capotillo pardo que el trahia, y diole vn herreruelo negro, y el se quedò en calças, y en jubon: y quedò tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que el mesmo no se conociera.

aun-

aunque a vn espejo se mirara. Hecho esto, pues sto ya que los otros auian passado adelante, en tanto q̄ ellos se disfragarō, con facilidad salieron al camino Real antes q̄ ellos, porque las malezas, y malos passos de aquellos lugares, no cōcedia, que anduieffen tanto los de a cauallo, como los de a pie. En efeto, ellos se pusierō en ellano a la salida de la sierra, y asì como salio della dō Quixote, y sus camaradas, el Cura se le puso a mirar muy de espacio, dādo señales de q̄ le yua reconociendo: y al cabo de auerle vna buena pieça estado mirando, se fue a el abier-tos los braços, y diziendo a bozes: Para biē sea hallado el espejo de la caualleria, el mi buē cōparriore don Quixote de la Mancha, la flor, y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta essencia de los caualleros andantes: y diziendo esto, tenia abraçado por la rodilla de la pierna yzquierda a don Quixote: el qual espantado de lo que veia, y oia dezir, y hazer a aquel hombre, se le puso a mirar con atencion, y al fin le conocio, y quedo como espantado de verle, y hizo gran fuerza por apearse, mas el Cura no lo con-sintio, por lo qual don Quixote dezia: Dexeme v. m. señor Licēciado q̄ no es razon q̄ yo estè a cauallo, y vna tan reuerēda persona como v. m. estè a pie. Effeno no consentirè yo en ningun modo, dixo el Cura, estese la vuestra grandeza a cauallo, pues estando a cauallo aca-

A a 4 ba

ba las mayores fazañas, y auēturas, que en nūestra edad se hā visto, que a mi aunque indigno sacerdote, bastarame subir en las ancas de vna destas mulas destos señores q̄ con V. m. caminan, sino lo han por enojo: y aun harē cuenta, que voy cauallero sobre el cauallo Pegaso, o sobre la cebra, o alfana en q̄ canalgaua aquel famoso Moro Muzaraque, que aun hasta aora yaze encantado en la gran cuesta çulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caia yo en tanto mi señor Licenciado, respondió don Quixote, y yo se que mi señora la Princesa será seruida, por mi amor, de mandar a su escudero, dē a V. m. la silla de su mala, q̄ el podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. Si sufre, a lo que yo creo, respondió la Princesa: y tambien se que no será menester mandárselo al señor mi escudero, q̄ el es tan cortes, y tan cortesano, q̄ no consentirá que vna persona eclesiastica vaya a pie, pudiendo yr a cauallo. Así es, respondió el Barbero, y apeandose en vn pūto, combidò al Cura con la silla, y el la tomó sin hazerse mucho de rogar. Y fue el mal, que al subir a las ancas el Barbero, la mula, que en efecto era de alquiler, que para dezir que era mala esto basta, alçò vn poco los quartos traseros, y dio dos cozes en el ayre, que a dirlas en el pecho de Maese Nicolas, o en la cabeça, el diera al diablo la venida por don Quixote. Con todo esso le sobrefaltaron de manera, que cayó en el

en el suelo, con tan poco cuydado de las barbas, que se le cayeron en el suelo: y como se vio sin ellas no tuuo otro remedio, sino acudir a cubrirse el rostro con ambas manos, y a quezarse, que le auian derribado las muelas. Don Quixote, como vio todo aquel maço de barbas, sin quixadas, y sin sangre, lexos del rostro del escudero caydo, dixo: Viue Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado, y arrancado del rostro, como si las quitaran a posta. El Cura que vio el peligro que corria su intención de ser descubierta, acudio luego a las barbas, y fuese con ellas adonde yazia Maese Nicolas, dando aun bozes toda via, y de vn golpe, llegandole la cabeça a su pecho, se las puso, murmurando sobre el vnas palabras, que dixo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian: quando se las tuuo puestas se aparto, y quedò el escudero tan bien barbado, y tan sano como de antes: de que se admirò don Quixote sobre manera, y rogò al Cura, que quando tuuiesse lugar le enseñasse aquel ensalmo, q̄ el entēdia q̄ su virtud a mas que pegar barbas se denia de estender, pues estava clara, q̄ de dōde las barbas se quitassen, auia de q̄dar la carne llagada, y mal trecha, y q̄ pues todo lo sanaua, a mas q̄ barbas aprouechaua. Así es, dixo el Cura, y prometido de enseñarse en la primera ocaſion. Cōcertaronse, que por entonces subiesse el Cura, y a trechos se fuesen los

los tres mudado, hasta q̄ llegassen a la veta, que estaria hasta dos leguas de alli. Puestos los tres a cavallo, es a saber, dō Quixote, la Princesa, y el Cura: y los tres a pie, Cardenio, el Barbero, y Sācho Pāça, dō Quixote dixo a la dōzella: Vuestra grādeza, señora mia, guie por dōde mas gusto le diere. Y antes que ella respōdiessse, dixo el Licēciado: Hāzia q̄ reyno quiere guiar la vuestra señoría? es por vettura hāzia el de Micomicon? q̄ si deue de ser, o yo se poco de Reynos. Ella que estaua bien en todo, entēdio q̄ auia de respōder, que si, y assi dixo: Si señor hāzia esse Reyno es mi camino. Si assi es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de alli tomara V.m. la derrota de Cartagena: y si de se podra embarcar cō la buena ventura: y si ay viēto prospero, mar tráquilo, y sin borrasca, en poco menos de nueue años se podrá estar a vista de la grā laguna Meona, digo, Meotides, q̄ està poco mas de ciē jornadas mas aca del Reyno de vuestra grādeza. Vuestra merced està enagñado, señor mio, dixo ella, porque no ha dos años que yo parti del, y en verdad q̄ nūca tuue buen tiēpo, y cō todo esto he llegado a ver lo q̄ tanto desleaua, que es al señor don Quixote de la Mācha, cuyas nueuas llegaron a mis oydos, assi como puse los pies en España, y ellas me mouierō a buscarle, para encomendarme en su cortesia, y fiar mi justicia del valor de su inuencible braço. Nō mas, cessen mis alabanças, dixo a

esta sazón don Quixote, porq̄ soy enemigo de todo genero de adulaciō, y aunq̄ esta no lo sea, toda via ofendē mis castas orejas semejātes pláticas. Lo q̄ yo se dezir, señora mia, q̄ aora tenga valor, o no, el que tuuiere, o no tuuiere, se ha de emplear en vuestro seruicio, hasta perder la vida: y assi dexando esto para su tiēpo, ruego al señor Licēciado me diga, que es la causa que le ha traydo por estas partes, tā solo, tan sin criados, y tan a la ligera, q̄ me pone espāto? A esso yo respōdere cō breuedad, respondio el Cura, porque sabra V.m. señor dō Quixote, que yo, y Maese Nicolas, nuestro amigo, y nuestro Barbero, yuamos a Seuilla a cobrar cierto dinero, q̄ vn pariente mio que ha muchos años que pasō a Indias me auia embiado, y no tan pocos que no passan de sesenta mil pesos, ensayados, que es otro que tal: y passando ayer por estos lugares, nos salierō al encuētro quatro salteadores, y nos quitarō hasta las barbas, y de modo nos las quitarō, que le cōuino al Barbero ponerse las postizas: y aun a este mancebo que aqui va, señalādo a Cardenio, le pusieron como de nueuo. Y es lo bueno que es publica fama por todos estos cōtornos, que los que nos saltaron son de vnos galeotes, que dizē que liberrō, casi en este mesmo sirio, vn hōbre tan valiēte, que a pesar del Comissario y de las guardas, los soltō a todos: y sin duda alguna el deuia de estar fuera de juyzio, o deue de ser tā grāde vellaco

como

como ellos, o algun hombre sin alma, y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, a la raposa entre las gallinas, a la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, y contra su Rey, y señor natural, pues fue contra sus justos mandamiéto. Quiso, digo, quitar a las Galeras sus pies; poner en alboroto a la santa Hermandad, que auia muchos años que reposaua. Quiso finalmente, hazer vn hecho por donde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Auiales cotado Sâcho al Cura, y al Barbero, la auentura de los galeotes que acabò su amo, con tanta gloria suya, y por esto cargaua la mano el Cura refiriendola, por ver lo que hazia, o dezia don Quixote, al qual se le mudaua la color a cada palabra, y no osaua dezir que el auia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dixo el Cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexò llevar al denido suplicio.

Cap. XXX. Que trata del gracioso artificio, y orden que se tuuo en sacar a nuestro enamorado cauallero de la asperissima penitencia en que se auia puesto.

NO huuo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: Pues mi afè, señor Licenciado, el que hizo essa fazaña fue mi amo, y no porque yo no le dixè antes y le auisè, que mirasse lo que hazia, y que era pecado darles libertad, porq̃ todos yuan alli por grâdisimos vellacos. Ma-

jade.

jadero, dixo a esta sazón don Quixote, a los caualleros andantes no les toca, ni atañe aueriguarse, si los, afligidos, encadenados, y opressos que encuêtran por los caminos, van de aquella manera, o està en aquella angustia por sus culpas, o por sus desgracias, solo les toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus vellaquerias. Yo topè vn rosario, y sarra de gente, mohina, y desdichada, y hize con ellos lo que mi religiõ me pide, y lo demas alla se auenga: y a quien mal le ha pa recido, saluo la santa dignidad del señor Licenciado, y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caualleria, y que miente como vn hideputa, y mal nacido: y esto le harè conocer con mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dixo afirmando se en los estribos, y calandose el morrion, porque la vazia de Barbero, que a su cuenta era el yelmo de Mambrino, lleuaua colgado del arzon delantero, ha sta adobarla del mal tratamiento que la hizieron los galeotes. Dorotea (que era discreta, y de gran donayre) como quien ya sabia el mezclado humor de don Quixote, y que todos han para burla del, sino Sancho Pança, no quiso ser por menos, y viendole tan enojado, le dixo: Señor cauallero, mièbresele a la V. m. el don q̃ me tiene prometido, y q̃ conforme a el no puede entremeterse en otra auentura, por vrgète que sea: fofiegue V. m. el pecho, que si el señor

Li-

Licenciado supiera que por esse inuisto braço auian sido librados los galeotes, el se diera tres puntos en la boca. y aũ se mordiera tres vezes la lengua, antes que auer dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. Eſso ju ro yo bien, dixo el Cura, y aun me huiera quitado vn bigote. Yo callarẽ, señora mia, dixo don Quixote. y reprimire la justa colera, que ya en mi pecho se auia leuantado. y yre quieroy pacifico, hasta tanto que os cumpla el don prometido: pero en pago deste buen desſeos suplico me digays, sino se os haze de mal, quales la vuestra cuyra? y quãtas, quienes, y quales son las personas de quien os tengo de dar deuida satisfecha, y entera vëgãça? Eſso hare yo de gana, respõdio Dorotea, si es q̃ no os enfadan oyrlas lastimas, y desgracias. No enfadará, señora mia, respõdio don Quixote, a lo q̃ respõdio Dorotea: Pues allĩ es, estenme vuestras mercedes atentos. No huuo ella dicho esto, quãdo Cardenio y el Barbero se le pusieron al lado, desſeosos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea: y lo mismo hizo Sancho, q̃ tã enſañado yua cõ ella como su amo. Y ella despues de auer se puestto bien en la silla, y preuenidose con tener, y hazer otros ademanes con mucho donayre comencò a dezir desta manera.

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que a mi me llaman, y detuuose aqui vn poco, porque se le olvidò el

el nõbre que el Cura le auia puestto: pero el acudio al remedio, porque entẽdio en lo que repa- raua: y dixo: No es marauilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe, y empache, contando sus desuienturas, que ellas suelen ser tales, que muchas vezes quitan la memoria a los que maltratan de ral manera, q̃ aun de sus mesmos nõbres no se les acuerda, como han hecho con vuestra grã señoria, q̃ se ha olvidado q̃ se llama la Princeſſa Micomiconã, legitima heredera del gran Reyno Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir aora facilmente a su lastimada memoria, todo aquello que contar quisiere. Aſsi es la verdad, respõdio la donzella, y desde aqui adelante, creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldre a buen puerto con mi verdadera historia: la qual es, que el Rey mi padre, que se llamaua Tiſſacrio el Sabidor, fue muy docto en esto que llaman el arte Magica, y alcanço por su ciencia, que mi madre, que se llamaua la Reyna Xaramilla, auia de morir primero que el, y que deſta a poco tiẽpo, el tãbiea auia de passar desta vida, y yo auia de quedar huerfana de padre y madre. Pero dezia el, que no le fatigaua tanto esto, quanto le ponía en confusion saber por cosa muy cierta, que vn descomunal Gigante, señor de vna grande insula que casi anda con nuestro Reyno, llamado Pandafilando de la fosca Vista: porque es cosa auerigua-



da, que aunque tiene los ojos en su lugar, y derechos, siépre mira al reues, como si fuesse vizco: y esto lo haze el de maligno, y por poner miedo, y espanto a los que mira. Digo que supo, que este Gigante en sabiédo mi horfandad, auia de passar con grã poderio sobre mi Reyno, y me lo auia de quitar todo, sin dexarme vna pequeña aldea donde me recogiesse. Pero que podia escusar toda esta ruyna, y desgracia, si yo me quisiesse casar cõ el, mas a lo q̃ el entendia, jamas péfaua que me vendria a mi en voluntad de hazer tan desigual casamiento: y dixo en esto la pura verdad, porque jamas me ha pasado por el pensamiento, casarme con aquel Gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuesse. Dixo rambiẽ mi padre, que despues que el fuesse muerto, y viesse yo q̃ Pandafilando comẽçaua a passar sobre mi Reyno, que no aguardasse a ponerme en defenfa, porque seria destruyrme, sino que libremente le dexasse desembaraçado el Reyno, si queria escusar la muerte, y total destruycion de mis buenos y leales vassallos, porque no auia de ser possible defenderme de la endiablada fuerza del Gigante: sino que luego, con algunos de los mios, me pusiesse en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando a vn cauallero andante, cuya fama en este tiẽpo se estenderia por todo este Reyno, el qual se auia de llamar, si mal no me acuer-

uerdo, don Agorẽ, o don Gigote. Don Quixote diria señora, dixo a esta sazõ Sãcho Pança, o por otro nombre, el cauallero de la triste Figura. Asi es la verdad, dixo Dorotea. Dixo mas, q̃ auia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y en el lado derecho, debaxo del ombro yzquirdo, o por alli jũto, auia de tener vn lunar par do, cõ ciertos cabellos a manera de cerdas. En oyẽdo esto dõ Quixote, dixo a su escudero: Té aqui Sãchõ, hijo ayúdame a desnudar, que quierõ ver si soy el cauallero q̃ aquel sabio Rey dexõ profetizado. Pnẽs para q̃ quiere vuestra merced desnudarse, dixo Dorotea? Para ver si rẽgo esse lunar q̃ vuestro padre dixo, respondio don Quixote. No ay paraq̃ desnudarse, dixo Sãcho, q̃ yo se que tiene vuestra merced vn lunar de las señas en la mitad del espinazo, q̃ es seña de ser hombre fuerte. Eflo basta dixo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que estẽ en el ombro, o que este en el espinazo, importa poco, basta q̃ aya lunar, y este donde estuuiere pues todo es vna mesma carne: y sin duda acertõ mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor don Quixote, que el es por quien mi padre dixo, pues las señas del rostro vienen con las de la buena fama que este cauallero tiene, no solo en España, pero en toda la Mancha, pues apenas me huue desembarcado en Osuna, quando ohi dezir tantas hazañas.

fuyas, que luego me dio el alma, que era el melmo q̄ venia a buscar. Pues como se desembarcò vuestra merced en Osuna, señora mia, pregunto don Quixote, sino es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiesse, tomò el Cura la mano, y dixo: Deue de querer dezir la señora Princesa, que despues q̄ desembarcò en Malaga, la primera parte donde oyo nuevas de vuestra merced, fue en Osuna. Eslo quise dezir, dixo Dorotea. Y esto lleua camino, dixo el Cura y prosiga vuestra Magestad adelante. No ay que proseguir, respondio Dorotea, sino q̄ finalmente mi fuerte ha sido tan buena, en hallar al señor don Quixote, q̄ ya me cuento, y tengo por Reyna y señora de todo mi Reyno, pues el por su cortesía, y magnificencia me ha prometido el dón de yrse conmigo, donde quiera que yo le llegare, que no será a otra parte, que a ponerle delante de Pandafilando de la fosca vista, para q̄ le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: q̄ todo esto ha de suceder a pedir de boca, pues assi lo dexò profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buè padre: el qual también dexò dicho, y escrito en letras Caldeas, o Griegas, q̄ yo no las se leer, q̄ si este cavallero de la profecia despues de auer degollado al Gigante, quisiessse casarse conmigo, que yo me otorgasse luego sin replica alguna, por su legitima esposa, y le diessse la posesion de mi reyno, junto con la de mi persona. Que te parece Sancho ami-

amigo? dixo a este punto don Quixote, no oyes lo que passa? no te lo dixe yo? mira si tenemos ya Reyno que mandar, y Reyna con quien casar. Eslo juro yo, dixo Sancho: Para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado. Pues monta que es mala la Reyna, assi se me bueluan las pulgas de la cama: y di-ziendo esto, dio dos capatetas en el ayre, con muestras de grandissimo contento, y luego fue a tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haziendola detener, se hincò de rodillas ante ella, suplicandole le diessse las manos para besarfe-las, en señal que la recebia por su Reyna y señora. Quien no auia de reyr de los circunstantes, viendo la locura del amo, y la simplicidad del criado. En efeto Dorotea se las dio, y le prometio de hazerle gran señor en su Reyno, quando el Cielo le hiziesse tanto bien, que se lo dexasse cobrar y gozar. Agradeciòselo Sancho con tales palabras, que renouò la risa en todos. Esta semana, prosiguió Dorotea, es mi historia, solo resta por deziros, q̄ de quanta gente de acompañamiento saqué de mi reyno, no me ha quedado sino solo este buè barbado escudero, por q̄ todos se anegaron en vna gran borrasca q̄ tuuimos a vista del puerto. Y el, y yo salimos en dos tablas a tierra, como por milagro, y assi es todo milagro, y misterio el discurso de mi vida, como lo aueys notado. Y si en alguna cosa he andado demasiada, o no tan acertada como deue-

ra, echad la culpa a lo que el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, q̃ los trabajos continuos, y extraordnarios, quitan la memoria a lo que los padece. Essa no me quitara a mi, o alta, y valerosa señora, dixo dō Quixote, quātos yo passare en seruiros, por grandes, y no vīstos q̃ sean: Y assi de nueuo confirmo el don que os he prometido, y juro de yr con vós al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro; a quien piēso con el aynda de Dios, y de mi brazo, tajar la cabeça, soberuia, con los fi-los desta (no quiero dezir buena) espada, merced a Gines de Passamōte que me lleuó la mia: esto dixo entre dientes, y prosiguió diziendo: y despues de auersela tajado, y puesto os en pacífica possession de vuestro estado, quedará a vuestra voluntad, hazer de vuestra persona lo q̃ mas en talante os viniere. Porque mientras que yo tuuiere ocupada la memoria, y cautiuā la voluntad, perdido el entēdimiento, a aquella, y no digo mas, no es posible que yo arrostre, ni por pienso el casarme, aunque fuesse con el Auesenix. Parecióle tan mal a Sancho lo que vltimamente su amo dixo, acerca de no querer casarse, q̃ con grāde enojo alçando la boz dixo: Boto a mi, q̃ juro a mi, q̃ no tiene vuestra merced señor dō Quixote cabal iuyzio: pues como es posible q̃ pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? Piēsa que le ha de ofrecer la fortuna tras ca-

da cantillo, semejante ventura, como la q̃ aora se le ofrece? Es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun có la mitad, y aun estoy por dezir, q̃ no llega a su capato de la q̃ está delante. Assi noramala alcāçarē yo el Codado q̃ espero, si vuestra merced se anda a pedir cotufas en el golfo casefe, casefe. luego encomiendole yo a Satanas, y tome esse reyno q̃ le viene a las manos, de vobis, vobis, y enfiēdo Rey, hagame Marques, o Adelārado, y luego si quiera se lo lleue el Diablo todo. Don Quixote, que tales blasfemias oyó dezir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alçando el lançon, sin hablalle palabra Sācho, y sin dezirle esta boca es mia, le dio tales dos palos, que dio cō el en tierra, y sino fuera porque Dorotea le dio bozes que no le diera mas, sin duda le quitara allí la vida. Pésays, le dixo a cabo de rato, villano ruyn, que ha de auer lugar siempre para ponerme la mano en la horcaxadura, y q̃ todo ha de ser errar vós, y perdonaros yo? Pues no lo penseys vellaco descomulgado, que sin duda lo estas, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y no sabeys vos, gañan faquin, belitre, que sino fuesse por el valor que ella infunde mi brazo, q̃ no le tendria yo para matar vna pulga? Dezid socarron de lengua viperina, y quien pensays que ha ganado este reyno? Y corado la cabeça a este Gigante? Y hechos a vós Marques, (que todo esto doy ya por hecho,

y por cosa passada en cosa juzgada) sino es el valor de Dulcinea, tomando a mi braço por instrumento de sus hazañas ? ella pelea en mi, y vence en mi, y yo viuo, y respiro en ella, y tengo vida, y fer. O hideputa vellaco, y como soys desagradecido, que os veys levantado del polvo de la tierra, a ser señor de titulo, y correspondays a tan buena obra, con dezir mal de quien os la hizo. No estaua tan mal trecho Sancho, quando oyesse todo quanto su amo le dezia, y levantandose con vn poco de presteza, se fue a poner detras del palafren de Dorotea, y desde alli dixoxo a su amo: Digame señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran Princesa, claro está que no será el reyno suyo, y no siendolo, ¿mercedes me puede hazer? Esto es de lo que yo me quexo, casefe vuestra merced vna por vna con esta Reyna, aora que la tenemos aqui, como llouida del Cielo, y despues puede boluerse con mi señora Dulcinea, ¿Reyes deue de auer auido en el mundo, que ayan sido amancebados. En lo de la hermosura, no me entremeto, que en verdad si va adezirla, ¿entrámbas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto a la señora Dulcinea. Como que no la has visto traydor blasfemo, dixo don Quixote, pues no acabas de traerme aora vn recado de su parte? Digo que no la he visto tan desparcio, dixo Sancho, que pueda auer notado particularmente su hermosura, y sus buenas partes,

punto

punto por punto, pero así a bulto me parece bien. Aora te disculpo, dixo don Quixote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros mouimientos no son en manos de los hombres. Ya yo lo veo, respondió Sancho, y así en mi la gana de hablar, siempre es primero mouimiento, y no puedo dexar de dezir por vna vez esto, lo que me viene a la lengua. Con todo esto, dixo don Quixote, mira Sancho lo que hablas, por ¿tantas vezes va el cantarillo a la fuente, y no te digo mas. Aora bien, respondió Sancho, Dios está en el Cielo que vea las trampas, y será juez de quien haze mas mal, yo en no hablar bien, o vuestra merced en obrallo. No aya mas, dixo Dorotea, corred Sancho, y besad la mano a vuestro señor, y pedilde perdon, y de aqui adelante andad mas atentado en vuestras alabanças y vituperios, y no digays mal de aque la señora Toboza, a quien yo no conozco, sino es para seruilla, y tene d confiança en Dios, que no os ha de saltar vn estado donde viays como vn Principe. Fue Sâcho cabizbaxo, y pidio la mano a su señor, y el se la dio, con reposado continente, y despues que se la huuò besado, le echò la bendición, y dixo a Sancho que se adelantassen vn poco, que tenia que preguntalle, y que departir con el cosas de mucha importancia. Hizolo así Sancho, y apartaronse los dos algo adelante, y dixole don Quixote: Despues que veniste no he tenido lugar, ni espacio para

B b 4

pre-

preguntarte muchas cosas de particularidad, acerca de la embaxada que llenaste, y de la respuesta que truxiste, y aora pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tu la ventura que puedes darme, con tan buenas nuevas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que a todo daré una buena salida, como tuue la entrada. Pero suplico a vuestra merced señor mío, que no sea de aqui adelante tan vengatiuo. Porque lo dizes Sancho, dixo don Quixote? Digolo, respondió, porque estos palos de agora, mas fueron por la pendencia que entre los dos trauó el diablo la otra noche, que por lo que dixes contra mi señora Dulcinea, a quien amo y reuerencio como a una reliquia, aunque en ella no lo aya, solo por ser cosa de vuestra merced. No toñes a estas plasticas Sancho, por tu vida, dixo don Quixote, que me dan pesadumbre: ya te perdones entonces, y bien sabes tu que suele dezirse, a peccado nuevo, penitencia nueva. Mientras esto passaua, vieron venir por el camino donde ellos yuan, a vn hombre cauallero sobre vn jumento, y quando llegó cerca les parecia que era Gitano: pero Sancho Pança, que do quiera que via asnos se le yuá los ojos y el alma, a penas huuo visto al hōbre, quando conocio q̄ era Gines de Passamōte, y por el hilo del Gitano sacó el ouello de su asno, como era la verdad, pues era el ruzio sobre q̄ Passamonte venia: el qual por no

ser

ser conocido, y por vender el asno, se auia puesto en traje de Gitano, cuya lengua, y otras muchas sabia hablar, como si fueran naturales suyas. Viole Sācho, y conocióte, y a penas le huuo visto, y conocido, quando a grādes bozes le dixo: A ladron Ginesillo, dexa mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, dexa mi asno, dexa mi regalo; huye puto, auséntate ladron, y desampara lo q̄ no es tuyo. No fueran menester tantas palabras, ni baldones porque a la primera saltó Gines, y tomádo vn trote que parecia carrera, en vn punto se ausentó, y alejó de todos. Sācho llegó a su ruzio, y abraçandole, le dixo: Como has estado bien mío, ruzio de mis ojos, compañero mío, y có esto le besaba, y acariciaba como si fuera persona; el asno callaua, y se dexaua besar, y acaricar de Sācho, sin responderle palabra alguna. Llegarō todos, y dieronle el parabien del hallazgo del ruzio, especialmente dó Quixote, el qual le dixo, q̄ no por esso anulaua la poliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeciò. En rāto q̄ los dos yuan en estas plasticas, dixo el Cura a Dorotea, q̄ auia andado muy discreta, assi en el cueto, como en la breuedad del, y en la similitud q̄ tuuo cō los libros de cauallerias: ella dixo, q̄ muchos matos se auia entretenido en leellos. Pero q̄ no sabia ella dōde eran las prouincias, ni puertos de mar, y que assi auia dicho a tiēto, que se auia desembarcado en Oñuna. Yo lo entendí assi, dixo



dixo el Cura, y por esso acudi luego a dezir lo que dixes, con que se acomodò todo. Pero no es cosa estraña, ver con quanta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas inuenciones, y mêtiras, solo porque lleuan el estylo, y modo de las necedades de sus libros? Si es, dixo Cardenio, y tan rara, y nunca vista, que yo no se si queriendo inuentarla, y fabricarla mentirosamente, huiera tan agudo ingenio, que pudiera dar en ella. Pues otra cosa ay en ello, dixo el Cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dize, tocâtes a su locura, si le tratâ de otras cosas, discurre con bonissimas razones, y muestra tener vn entendimiento claro, y apazible en todo. De manera, que como no le toquen en sus cauallerias, no aura nadie q le juzgue, sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos yuan esta cõuersacion, prosiguió don Quixote con la suya, y dixo a Sancho: Echemos Pança amigo, pelillos a la mar, en esto de nuestras pendencias, y dime agora, sin tener cuenta con enojo, ni rencor alguno. Dõde, como, y quãdo, hallaste a Dulcinea? Que robazias? Que le dixiste? Que respondió? Que robastro hizo, quando leia mi carta? Quien te la trasladò. Y todo aquello que vieres, que en este caso es digno de saberse, de preguntarse, y satisfacerse, sin que añadas, o mientras por darme gusto: ni menos te acortes, por no quitarme. Señor, respondió Sãcho, si va a dezir la verdad,

dad, la carta no me la traslado nadie, porque yo no lleuè carta alguna. Asy es como tu dizes, dixo don Quixote, porque el librito de memoria dõde yo la escriui, le hallè en mi poder, a cabo de dos dias de tu partida, lo qual me causò grandissima pena por no saber lo q auias tu de hazer, quando te vieses sin carta, y crey siempre que te boluieras desde el lugar donde le echaras menos. Asy fuera, respondió Sancho, sino la huiera yo tomado en la memoria quando vuestra merced me la leyò, de manera q se la dixes a vn sacristã, q me la trasladò del entendimieto, tã puto por puto, q dixo, q en todos los dias de su vida, aunque auia leydo muchas cartas de descomunion, no auia visto, ni leydo tan linda carta como aqlla. Y tienes la toda via en la memoria Sãcho, dixo dõ Quixote? No señor, respondió Sãcho, porq despues q la di, como vi q no auia de ser de mas prouecho, di en oluidalla. Y si algo se me acuerda, es, aqillo del sobajada, digo, del soberana señora, y lo vltimo, vuestro hasta la muerte, el cauallero de la triste Figura. Y en medio destas dos cosas, le puse mas de trezientas almas, y vidas, y ojos mios.

Cap. XXXI. De los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quixote, y Sancho Pança su escudero; con otros successos.

Todo esso no me descontenta, prosigue adelante, dixo don Quixote. Llegaste, y que

que hazia aquella Reyna del la hermosa? a buen seguro, que la hallaste enfarrado per las, o bordando alguna empresa, con oro de cano, o tillo, para este su cautiuo cauallero. No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos anegas de trigo en vn corral de su casa. Pues has cuenta, dixo don Quixote, q los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si miraste amigo, el trigo era candeal, o trechel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dixo dō Quixote, que ahechado por sus manos hizo pan cãdeal, sin dala alguna: pero passa adelante. Quando le diste mi carta besola? Pusosela sobre la cabeza? Hizo alguna ceremonia, digna de tal carta? Hizo? Quando yo se la yua a dar, respondió Sancho, ella estaua en la fuga del meneo de vna buena parte de trigo, que tenia en la crina. Y dixome, poned amigo essa carta sobre aquel coital, q no la puedo leer hasta q acabe de acruar todo lo que aqui està. Discreta señora, dixo dō Quixote. Eſso deuio de ser por leetla de espacio, y recrearte con ella. Adelante Sancho, y en tanto q estaua en su menester, q coloquios passò contigo? Que te preguntò de mi? Y tu que le respondiste? Acaba, cuentalo todo, no se te quede en el tintero vna minima. Ella no me preguntò nada, dixo Sancho, mas yo le dixe dela manera q vuestra merced por su seruicio quedaua haziendo penitècia, desnudo de la cintura

ra arriba, metido entre estas sierras, como si fuera salnaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan, ni manteles, ni sin peynarse la barba, llorando, y maldiziendo su fortuna. En dezir que maldezia su fortuna, dixiste mal, dixo dō Quixote, porq antes la bendigo, y bendezirè todos los dias de mi vida, por auerme hecho digno de merecer amar tã alta señora, como Dulcinea del Tosofo. Tan alta es, respondió Sancho, q a buena fe, que me lleva a mi mas de vn codo. Pues como Sancho, dixo dō Quixote, haste medido tu con ella? Medime en esta manera, respondió Sancho, que llegando a ayudar a poner vn costal de trigo sobre vn jumento, llegamos tan juntos, q echè de ver, que me lleuaua mas de vn grã palmo. Pues es verdad replicò don Quixote, q no te españa essa grandeza, y la adorna con mil misiones, y gracias del alma. Pero no me negaràs Sancho vna cosa, quando llegaste junto a ella, no sentiste vn olor sabeo, vna fragancia aromada, y vn no se que de bueno, que yo no acierda dale nombre? Digo, vn tuho, o tufo, como si estuieras en la tienda de algun curioso Guãtero? Lo que se dezir, dixo Sancho, es, que sentí vn olorzillo algo hombruno, y deuia de ser, que ella con el mucho exercicio estaua sudada, y algo correosa. No seria esso, respòdio dō Quixote, sino que tu deuias de estar romadizado, y de deniste de oler a ti mismo, porque yo se lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel



aquel lirio del campo, aquel ambar deslleydo. Todo pue de ser, respondió Sancho, que muchas vezes sale de mi aquel olor, que enroces me parecio que salia de su merced de la señora Dulcinea, pero no ay de que marauillarse, que vn diablo parece a otro. Y bien, prosiguió don Quixote, ha aqui q̄ acabò de limpiar su trigo, y de embiallo al molino. Que hizo quando leyò la carra? La carra, dixo Sancho, no la leyò, porq̄ dixo que no sabia leer, ni escriuir, antes la recogò, y la hizo menudas pieças, diziendo que no la queria dar a leer a nadie, porque no se fupieffen en el lugar sus secretos, y que bastaua lo que yo le auia dicho de palabra, y acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaua haziendo. Y finalméte me dixo, que dixesse a vuestra merced, q̄ le besaua las manos, y q̄ allí quedaua con mas desseo de verle, q̄ de escriuirle: y q̄ así le suplicaua, y mandaua, que vista la presente, saliesse de aquellos matorrales, y se dexase de hazer disparates, y se pufiesse luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importãcia no le sucediesse, porque tenia gran desseo de ver a vuestra merced. Riose mucho quando le dixè, como se llamaua vuestra merced el cauallero de la triste Figura. Preguntete si auia ydo alla el Vizcayno de marras, dixome q̄ si, y que era vn hõbre muy de bien. Tambien le preguntè por los galeotes, mas dixome q̄ no auia

auia visto hasta entonces alguno. Todo va bien hasta agora, dixo dõ Quixote. Pero dime, q̄ joya fue la que te dio al despedirte, por las nueuas q̄ de mi le lleuaste? Porque es usada, y antigua costumbre entre los caualleros, y damas andantes, dar a los escuderos, dõzellas, o enanos que les lleuã nueuas de sus damas a ellos; a ellas, de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado. Bien puede esto ser así, y yo la tẽgo por buena usança, pero esto deuia de ser en los tiẽpos passados; q̄ aora solo se deue de acostũbrar a dar vn pedaço de pan, y queso q̄ esto fue lo q̄ me dio mi señora Dulcinea, por las bardas de vn corral, quando ella me despedi: y aun por mas señas, era el queso ouejuno. Es liberal en estremo, dixo dõ Quixote, y sino te dio joya de oro, sin dnda de oro de ser, porque no la tẽdria alli a la mano para darte la, pero buenas, son mãgas despues de palqua, yo la verè, y se satisfara todo. Sabes de esto? marauillado sãcho? De q̄ me parece q̄ oyte, y veniste por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado en yr, y venir desde aqui al Toboso, auiendo de aqui alla mas de treynta leguas. Por lo qual me doy a entender, que aquel sabio nigromante, q̄ tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porq̄ por fuerza la ay, y le ha de auer, so pena que yo no seria buen cauallero andante. Digo que este tal te deuio de quedar a caminar, sin q̄ tu lo sintieses, que ay fabio

bio destos, q̄ coge a vn cauallero andante surti-
miendo en su cama, y sin saber como, o en que
manera, amanece otro dia mas de mil leguas de
dōde anocheio. Y sino fuesse por esto, no se po-
dría socorrer en sus peligros los caualleros an-
dātes vnos a otros, como se socorren a cada
passo. Que acaece estar vno peleando en las tier-
ras de Armenia cō algun Lendirago, o cō algun
fiero Vestiglo, o cō otro cauallero, donde lleua
lo peor dela batalla, y està ya a punto de muer-
te: y quādo no os me cato, assoma por aculla en
cima de vna nuue, o sobre vn carro de fuego,
otro cauallero amigo suyo, q̄ poco antes se ha-
llaua en Inglaterra, q̄ le fauorece, y libra de la
muerte, y a la noche se halla en su posada, cenā-
do muy a su sabor, y suele auer de la vna a la
otra parte, dos, o tres mil leguas. Y todo esto
se haze por industria, y sabiduria destos sabios
encāradores, q̄ tienen cuydado destos valero-
sos caualleros. Así q̄ amigo Sācho, no se me ha-
ze dificultoso creer, q̄ en tan breue tiēpo ayas
ydo, y venido desde este lugar al del Tobolo,
pues como tengo dicho, algū sabio amigo te de-
uió de llevar en bolandillas, sin q̄ tu lo sinties-
ses. Así seria, dixo Sācho, por q̄ a buena fe, que
andaua Rozinante, como si fuera asno de Gi-
tano, con azogue en los oydos. Y como si lle-
uaua azogue, dixo don Quixote, y aun vna le-
gion de demonios, que es gente, que camina,
y haze caminar sin cāsarse, todo aquello que se
les

les antoja. Pero dexādo esto a parte, que te pa-
rece a ti que deuo yo de hazer aora, cerca de
lo q̄ mi señora mi manda, que la vaya a ver, que
aunq̄ yo veo que estoy obligado a cūplir su mā-
damiento, veome tãbiē impossibilitado del dō
q̄ he prometido a la Princesa q̄ cō nosotros vie-
ne, y fuerçame la ley de caualleria a cumplir mi
palabra, antes que mi gusto. Por vna parte me
acosa, y fatiga el desseo de ver a mi señora, por
otra me incita y llama la prometida fe, y la glo-
ria que he de alcançar en esta empresa. Pero
lo que pienso hazer, serā caminar a priessa, y lle-
gar presto donde està este Gigante, y en llegā-
do le cortarē la cabeça, y pondre a la Prince-
sa pacíficamente en su estado, y al punto darē
la buelta a vera la luz que mis sentidos a lum-
bra. A la qual darē tales disculpas, que ella ven-
ga a tener por buena mi tardança, pues ve rā q̄
todo redunda en aumento de su gloria y fama,
pues quanta yo he alcançado, alcanço, y alcan-
çarē por las armas en esta vida, toda mi viene
del fauor que ella me da, y de ser yo suyo. Ay,
dixo Sancho, y como està vuestra merced las-
timado de essos cascós. Pues digame señor, piē-
sa vuestra merced caminar este camino en bal-
de? Y dexar pisar, y perder vn tan rico, y tan
principal casamiento como este? Donde le dā
en dore vn reyno, q̄ a buena verdad, q̄ he oy-
do dezir, que tiene mas de veynte mil leguas
de contorno, y q̄ es abundantissimo de todas

las cosas q̄ son necessarias para el sustento de la vida humana, y q̄ es mayor que Portugal, y q̄ Castilla jutos, Calle por amor de Dios, y tenga vergüença de lo que ha dicho, y tome mi cōsejo, y perdoneme, y casele luego en el primer lugar q̄ aya Cura, y sino, ahi està nuestro Licenciado que lo hara de perlas. Y aduierta que ya tengo edad para dar consejos, y q̄ este que le doy, le viene de molde, q̄ mas vale paxaro en mano, q̄ buytre bolando, porq̄ quien bien tiene, y mal escoge, por bien q̄ se enoja, no se venga. Mira Sãcho, respõdjo dõ Quixote, si el cōsejo que me das de q̄ me case, es porq̄ sea luego Rey, en matando al Gigante, y tenga comodo para hazerte mercedes, y darte lo prometido: Hagote saber, q̄ sin casarme podrè cūplir tu deseo muy facilmente porque yo sacarè de adahala, antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me hã de dar vna parte del Reyno, para que la pueda dar a quic̄ yo quisierè: y en dandomela, a quic̄ quierè tu que la dè, sino a ti? Eſso està claro, respõdjo Sãcho, pero mire vuestra merced que la escoja hãzia la marina, porq̄ sino me contentare la viuie da, pueda embarcar mis negros vassallos, y hazer dellos lo que ya he dicho. Y vuestra merced no se cure de yr por agora a ver mi seõora Dulcinea, sino vayase a matar al Gigãte, y cõcluyamos este negocio, q̄ por Dios que se me asietã, que ha de ser mucha hõra, y de mucho prouecho,

cho. Digore, Sãcho, dixo don Quixote, q̄ està en lo cierto, y que aurè de tomar tu cōsejo, en quanto el yr antes con la Princeſa, q̄ a vera Dulcinea. Y auisore que no digas nada a nadie, ni a los que con nosotros vienen, de lo q̄ aqui hemos departido, y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no serà bien que, yo, ni otro por mi los descubra. Pues si eſso es asì, dixo Sãcho, como haze vuestra merced, que todos los que vence, por su braço, se vayan a presentar ante mi seõora Dulcinea, fièdo esto firma de su nõbre, que la quiere biè y que es su enamorado? Y fièdo forçoso, que los que fuerè, se han de yr a hincar de finojos ante su presencia, y dezir q̄ van de parte vuestra merced a dalle la obediencia, como se puedè encubrir los pèsamientos de entrambos? O que necio, y que simple que eres, dixo don Quixote. Tu no ves Sãcho, que eſso todo redunda en su màyor ensalfamiento? Por que has de saber, que en este nuestro estilo de cauallerias es gran honra tener vna dama muchos caualleros andãtes que la firuan, sin que se estiendan mas sus pensamientos, que a seruilla, por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos, y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caualleros. Con eſsa manera de amor, dixo Sãcho, he oydo yo predicar, que se ha de amar a nuestro Seõor, Por si solo, sin que nos

mueña esperanza de gloria, o temor de pena. Aunque yo le querría amar, y servir, por lo que pudiesse. Valate el Diabolo por villano, dixo don Quixote, y que de discreciones dizes a las vezes, no parece si no que has estudiado. Pues a fe mia que no se leer, respondió Sancio. En esto les dio bozes maestre Nicolás: que esperassen un poco, que querian derreñer a beber en una fuente, zilla que allí estava. Derreñose don Quixote, con poco gusto de Sancio, que ya estava casado de mentir tanto, y temia no le cogiesse su amor a palabras. Porque puesto que el sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la auia visto en toda su vida. Auiafe en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea trahia quando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hazian mucha ventaja a los que dexaua. Apearonse junto a la fuente, y con lo que el Cura se acomodó en la venta, satisfizieron, aunque poco, la mucha hambre que todos trahian. Estando en esto, acertó a pasar por allí un muchacho, que yua de camino, el qual poniendose a mirar con mucha atencion a los que en la fuente estauan, de allí a poco arremetió a don Quixote, y abrazandole por las piernas, comenzó a llorar muy de proposito, diciendo: Ay señor mio, no me conoce vuestra merced? Pues mireme bien, que yo soy aquel moço Andres, que quitó vuestra merced de la enzina donde estava atado. Reconocióle don Quixote, y aferrandose por la man-

no,

no, se boluio a los que allí estauan, y dixo: Por que vean vuestras mercedes, quan de importancia es, auer caualleros andantes en el mundo, que desfoguen los tuertos, y agranios, que en el se hazen, por los insolentes y malos hombres, que en el biven. Sepan vuestras mercedes que los dias pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos, y unas bozes muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa: acudi luego, lleuado de mi obligacion, hazia la parte donde me parecio que las laméntables bozes sonaua, y hallé atado a una enzina a este muchacho que agora está delante (de lo que me huelgo en el alma, por que sera testigo que no me dexará mentir en nada). Digo que estava atado a la enzina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estauale abriendo a açores con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo: y así como yo le vi, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento, respondió elizafio, que le açotaua porque era su criado, y que ciertos descuydos que tenia, nacián mas de ladrón, que de simple. A lo qual este niño dijo: Señor no me açota sino porque le pido mi salario. El amo replicó no se que arengas, y dijo: culpas las quales aunque de mi fueron oydas, no fueron admitidas. En resolución, yo le hize desatar, y tomé juramento al villano, de que lo llevaria consigo, y le pagaria un real sobre otro, y aun gabumados. No es verdad todo esto hijo Andres? no notaste con quanto imperio se lo

mandè, y con quãta humildad prometio de hazer todo quãto yo le impuse, y notifique, y quise? Responde, no te turbes, ni dudes en nada, di lo que passò a estos señores, porque se vea, y cõsidere, ser del prouecho que digo, auer cauallos andantes por los caminos. Todo lo q̃ vuestra merced ha dicho, es mucha verdad. respondió el muchacho, pero el fin del negocio succedió muy al reues de lo que vuestra merced se imagina. Como al reues, replicò don Quixote, luego no te pagò el villano? No solo no me pagò, respondió el muchacho, pero assi como vuestra merced traspuò del bosque, y quedamos solos, me boluio a atar a la mesma enzina, y me dio de nuevo tantos açotes, que quedè hecho vn Sã Bartolome desollado. Y a cada açote que me daua, me dezia vn donayre, y chufeta, acerca de hazer burla de vuestra merced, que a no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que dezia. En efecto el me parò tal, que hasta aora he estado curandome en vn hospital, del mal que el mal villano entonces me hizo. De todo lo qual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fue-
ra su camino adelante, y no viniera donde no le llamauã, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme vna, o dos docenas de açotes, y luego me soltara, y pagara quanto me deuia. Mas como vuestra merced le deshonorò tan sin proposito, y le dixo tantas villanias, encendio se la colera, y como no la pa-

do

do vengar en vuestra merced, quando se vio solo descargò sobre mi el nublado, de modo que me parece, que no sere mas hombre en toda mi vida. El daño estuuo, dixo don Quixote, en yrme yo de alli, que no me auia de yr hasta dexarte pagado: porque bien deuia yo de saber por luengas experiencias, que no ay villano que guarde palabra que tiene, si el vee que no le está biẽ guardalla. Pero ya te acuerdas Andres, q̃ yo jurè que sino te pagaua, q̃ auia de yr a buscarle, y que le auia de hallar, aunque se escondiese en el vientre de la Vallena. Assi es la verdad, dixo Andres, pero no aprouechò nada. Aora veràs si aprouecha, dixo don Quixote, y diciendo esto, se levantò muy a priessa, mandò a Sancho que enfrenasse a Rozinante, (que estaba paciendõ en tanto que ellos comian.) Preguntole Dorotea, que era lo que hazer queria. El le respondió, que queria yr a buscar al villano, y castigalle de tan mal termino, y hazer pagado a Andres, hasta el vltimo marauedi, a despecho y pesar de quantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió, que adhiriese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa, hasta acabar la fuya, y que pues esto sabia el mejor que otro alguno, q̃ fõssegasse el pecho, hasta la buelta de su Reyno. Assi es verdad, respondió don Quixote, y es forçoso que Andres tenga pacien-
cia hasta la buelta, como vos señora dezis, q̃ yo

Cc 4

le

le torno a jurar y a prometer de nuevo, de no parar hasta hazerle vengado y pagado. No me creo deßos juramentos, dixo Andres, mas quisiera tener agora con que llegar a Seuilla, q̄ todas las venganças del mūdo: deme si tiene ahí algo q̄ coma y lleue, y quedese cō Dios su merced, y todos los caualleros andantes, que tan bien andantes sean ellos para castigo, como lo han sido para conmigo. Sacò de su repuesto Sācho vn pedaço de pan, y otro de queso, y dandoselo al moço, le dixo: Tomā hermano Andres, que a todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. Pues que parte os alcanza a vos, preguntò Andres? Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho; que Dios sabe, si me ha de hazer falta, o no: porque os hago saber amigo, que los escuderos de los caualleros andantes estāmos sugetos a mucha hambre, y a mala ventura, y aun a otras cosas, que se sienten mejor q̄ se dizen. Andres asio de su pan, y queso, y viendo que nadie le daua otra cosa, abaxò su cabeça, y tomò el camino en las manos, como suele dezirse. Bien es verdad, que al partirse dixo a dō Quixote: Por amor de Dios señor cauallero andante, que si otra vez me encótrare, aunque vea que me hazen pedaços, no me so corra ni ayude, sino dexeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la q̄ me vendra de su ayuda de vuestra merced, a quiē Dios maldiga, y a todos quantos caualleros andantes

tes han nacido en el mundo. Yuase a levantar don Quixote para castigalle, mas el se puso a correr de modo, que ninguno se atreuió a seguillo. Quedò corridissimo don Quixote del cuēto de Andres, y fue menester que los demas tuiesen mucha cuenta con no reyrse, por no acaballe de correr del todo.

Cap. XXXII. Que trata de lo que sucedio en la venta a toda la quadrilla de don Quixote.

A Cabose la buena comida, enfillarò luego, y sin que les sucediesse cosa digna de cōtar, llegaron otro dia a la venta, espanto, y asombro de Sancho Pança: y aunque el quisiera no entrar en ella, no lo pudo huyr. La ventera, su hija, y Maritornes, que vieron venir a don Quixote, y a Sancho, les salieron a recibir con muestras de mucha alegría, y el las recibió con graue continente y aplauso, y dioxoles que le adereçassen otra mejor cama, que la vez passada: a lo qual le respondió la huespeda, que como la pagasse mejor que la otra vez, que ella se la daría de Príncipes. Don Quixote dixo, que si haría, y así le adereçaron vna cama razonable en el mismo camaranchon de marras: y el se acostò luego, porque venia muy quebrantado, y farto de juyzio. No se le metio al barbero, y asiendole de la barba, dixo: Para mi santiguada que no se ha aun de

aprovechar mas de mi rabo para su barba, y q me ha de boluer mi cola, q anda lo de mi marido por esos fuegos que es verguenga, digo el peyue, q solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el Barbero, aunque ella mas tiraua, hasta que el licenciado le dixo, que se la diese, q ya no era menester mas usar de aquella industria, sino q se descubriese, y mostrase en su misma forma, y dixesse a don Quixote, q quando le despojaron los ladrones galeotes, se auian venido a aquella venta huyendo, y que si preguntasse por el escudero de la Princesa, le dirian que ella le auia embiado adelante a dar aniso a los de su Reyno, como ella yua, y lleuaua consigo el libertador de todos. Cō esto dio de buena gana la cola a la ventera el barbero, y assi mismo le boluieron todos los adherentes que auia prestado para la libertad de don Quixote. Espantaronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aū del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura que les adregasen de comer de lo que en la venta huiese, y el huésped con esperança de mejor paga, con diligencia les adregó vna razonable comida, y a todo esto dormia don Quixote, y fueron de parecer de no desperralle. Porque mas prouecho le haria por entōces el dormir, q el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su muger, su hija, Maritornes, todos los pasajeros, de la estraña locura de don Quixote.

re, y del modo que le auian hallado. La huéspedales contó lo que con el, y con el arriero les auia acontecido, mirando si a caso estaua alli Sācho, y como no le viesse, contó todo lo de su matrimonio, de que no poco gusto recibieron. Y como el Cura dixesse, que los libros de cauallarias q dō Quixote auia leydo le auian buuelto el juizio; dixo el ventero: No se yo como puede ser esto, q en verdad q a lo que yo entiēdo no ay mejor letrado en el mundo, y que tengo ahidos, o tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo a mi, sino a otros muchos. Porque quādo es tiempo de la siega se recogen aqui las fiestas muchos segadores, y siempre ay algunos q saben leer, el qual coge vno destos libros en las manos, y rodeamonos del mas de treynta, y estamos le escuchando con tanto gusto, q nos quita mil canas: alomenos de mi se dezir, q quando oyo de aquellos furibundos, y terribles golpes que los caualleros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y q querria estar oyendolos noches, y dias. Y yo ni mas, ni menos, dixo la ventera, porq nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estays escuchando leer, que estays tan embobado, que no os acordays de reñir por entōces. Assi es la verdad, dixo Maritornes, y a buena fe, que yo tambiē gusto mucho de oyr aquellas cosas, q son muy lindas, y mas quando cuentan, que se está la otra señora

debaxo de vnos naranjos abraçada con su cana-
llero, y que les està vna dueña haziendoles la
guarda muerta de embidia, y cō mucho sobre-
falto. Digo que todo esto es cosa de mieles. Y
a vos que os parece señora dōzella, dixo el Cu-
ra, hablando cō la hija del ventero? No se señor
en mi anima, respondió ella, tambien yo lo escu-
cho, y en verdad que aunq̃ no lo entiendo, q̃ re-
cibo gusto en oylo: pero no gusto yo de los
golpes de que mi padre gusta, sino de las lamé-
tationes q̃ los caualleros hazen, quādo estan au-
sentes de sus señoras: que en verdad que algu-
nas vezes me hazen llorar de cōpassion que les
tengo. Luego bien las remediara des vos seño-
ra donzella, dixo Dorotea, si por vos lloraran?
No se lo que me hiziera, respondió la moça, so-
lo se que ay algunas señoras de aquellas tan
cruelles, que las llaman sus caualleros, tigres, y
leones, y otras mil inmundicias. Y Iesus, yo no
se q̃ gente es aquella tan desfalmada, y tā sin cō-
ciēcia, que por no mirara vn hombre, hōrado,
le dexan q̃ se muera, o que se buelua loco. Yo
no se para q̃ es tanto melindre: si lo hazē de hō-
radas, casense con ellos, que ellos no desfean
otra cosa. Calla niña, dixo la ventera, q̃ pare-
ce que sabes mucho destas cosas: y no està bien
a las donzellas saber, ni hablar tanto. Como
me lo pregunta este señor, respondió ella, no
puede dexar de respondelle. Aora bien, dixo
el Cura, traedme señor huesped aqueſos li-
bros,

broſ, que los quiero ver. Que me plaze, respon-
dio el, y entrando en su aposento sacò del vna
maletilla vieja cerrada con vna cadenilla, y a-
briendola hallò en ella tres libros grandes, y
vnos papeles de muy buena letra escritos de
mano. El primer libro q̃ abrió, vio q̃ era don Ci-
rōgilio de Tracia: y en el otro de Felixmar-
te de Yrcania: y el otro la historia del grā Capitan
Gōgalo Hernandez de Cordoua, con la vida de
Diego Garcia de Paredes. Asſi como el Cura le
yo los dos titulos primeros, boluiò el rostro al
Barbero, y dixo: Falta nos hazen aqui aora el a-
ma de mi amigo, y su sobrina. No hazen, respò-
dio el Barbero, q̃ tãbiē se yo llevarlos al corral,
o a la chimenea, q̃ en verdad que ay muy buen
fuego en ella. Luego quiere vuestra merced q̃-
mar mas libros, dixo el vètero? No mas, dixo el
Cura, que estos dos, el de dō Cirōgilio, y el de
Felixmartē. Pues por vètura, dixo el vètero, mis
libros son herejes, o flematicos, que los quie-
re quemar? Cismasticos quereys dezir amigo,
dixo el Barbero, que no flematicos. Asſi es
replicò el ventero: mas si alguno quiere que-
mar sea eſse del gran Capitan, y desse Diego
Garcia, q̃ antes dexarē quemar vn hijo, que de-
xar quemar ninguno deſſotros, Hermano mio
dixo el Cura estos dos libros son mentirosos,
y estan llenos de disparates, y denaneos. Y eſ-
te del gran Capitan es historia verdadera, y
tiene los hechos de Gōgalo Hernãdez de Cor-
doua

414 *Quarta parte de don*
dona: el qual por sus muchas, y grandes ha-
ñas, mereció ser llamado de todo el múdo gran
Capitan, renombre famoso, y claro, y del solo me-
recido. Y este Diego Garcia de Paredes, fue vn
principal cauallero, natural de la ciudad de Tru-
xillo, en Estremadura, valentissimo Soldado,
de tãtas fuerças naturales, q̃ detenia cō vn de-
do vna rueda de molino en la mitad de su furia.
Y puesto con vn mōtante en la entrada de vna
puēte, detuvo a todo vn innumerable exerci-
to, q̃ no passasse por ella. Y hizo otras tales co-
sas, q̃ si como el las cuēta, y las escriue, así me-
mo cō la modestia de cauallero, y de coronista
proprio las escriuiera otro libre, y desapasio-
nado, pusierã en su oluido las de los Heteros,
Aquiles, y Roldanes. Tomaos cō mi padre, di-
xo el dicho ventero, mirad de qué se espanta
de detener vna rueda de molino, por Dios aor-
ra: auia vuestra merced de leer lo q̃ leyò Felix-
marie de Yrcania, q̃ de vn reues solo partio cin-
co Gigantes por la cintura, como si fueran he-
chos de hauas, como los fraylezicos q̃ hazen
los niños. Y otra vez arremetiò con vn grandis-
simo, y poderosissimo exercito donde lleuò
mas de vn millò, y seysciētos mil soldados, to-
dos armados desde el pie hasta la cabeça, y los
desbaratò a todos, como si fueran manadas de
ovejtas. Pues que me dirã del bueno de dō. Ciro
gilio de Tracia, q̃ fue tan valiēte, y animoso, co-
mo se verã en el libro donde se cuenta, que na-
ue-

negãdo por vn rio, le salio de la mitad del agua
vna serpiente de fuego, y el aspi como la vió se
arrojó sobre ella se puso ahorcaxãdas encima
de sus escamofas espaldas, y la apreto con am-
bas manos la gargãta, con tanta fuerça, q̃ viẽdo
la serpiente que la yua ahogando, no tubo otro
remedio sino dexarse yr a lo hondo del rio, lle-
uandose tras si al cauallero que nunca la quiso
soltar, y quando llegaron alla abaxo, se hallò en
vnos palacios, y en vnos jardines tan lindos, q̃
era marauilla: y luego la sierpe se boluio en vn
viejo anciano, que le dixo tantas de cosas q̃ nõ
oy mas q̃ oyr. Calle señor, que si oyesse esto, se
bolueria loco de plazer. Dos higas para el gran
Capitã, y para esso Diego Garcia que dize. Oyẽ
do esto Dorotea, dixo callando a Cardenio: Põ
co le falta a nuestro huesped para hazer la se-
gunda parte de don Quixote. Aspi me parece a
mi, respõdio Cardenio, porque segũ a indicio,
el tiene por cierto que todo lo que estos libros
cuentan, passò ni mas, ni menos que lo escri-
uen, y no le haran creer otra cosa frayles de-
calços. Mirad hermano, tornò a dezir el Cu-
ta que no huuo en el mundo Felixmarte de Yr-
tania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros ca-
ualleros semejantes, que los libros de Caualle-
rias cuentan. Porque todo es compõstura, y
ficion de ingenios ociosos, q̃ los compusieron
para el efeto q̃ vos dezis de entretenir el tiem-
po, como lo entretienen leyẽdo los vuestros se-



gadores: porque realmente os juro, que nunca tales caualleros fueron en el mundo: ni tales ha zañas, ni disparates acontecieron en el. A otro perro con esse hueso, respondió el ventero, como si yo no supiesse quántas son cinco, y a dónde me aprieta el çapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada bláco. Bueno es q̄ quiera darme vuestra merced a entēder, q̄ todo aquello q̄ estos buenos li bros dicen sea disparates, y mentiras, estando impressos con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente, que auian de dexar imprimir tãta mētra junta, y tãtas batallas, y tãtos encantamiētos, q̄ quitã el juyzio. Ya os he dicho amigo, replicò el Cura, q̄ esto se haze para entretener nuestros ociosos pensamiētos: y asì como se consiente en las repeticas bien cōcertadas, q̄ aya juegos de axedres, de pelota, y de trucos, para entretener a algunos, q̄ ni tiēne, ni deuē, ni pueden trabajar: asì se cōsiente imprimir y que aya tales libros: leyendo, como es verdad, que no ha de auer alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. Y si me fuera licito agora, y el auditorio lo requiriera, yo dixera cosas acerca de lo q̄ hã de tener los libros de cauallerias, para ser buenos, que quiza fueran de provecho, y aun de gusto para algunos: pero yo espero, que vendrà tiēpo en que lo pueda comunicar cō quien pueda remediallo. y en este

este entretãto, creed señor vētero lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y alla os auenid con sus verdades, o mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios, que no coxeys del pie que coxea vuestro huesped don Quixote. Esso no, respondió el ventero, que no serè yo tã loco, q̄ me haga cauallero andante, que bien veo que agora no se vsa lo q̄ se vsaua en aquel tiempo, quando se dize, que andauan por el mūdo estos famosos caualleros. A la mitad desta platica se hallò Sancho presente, y quedò muy cōfuso, y pensatiuo de lo q̄ auia oydo dezir, que agora no se vsauan caualleros andantes, y que todos los libros de cauallerias eran necedades, y mentiras: y propuso en su coraçon de esperar en lo que paraua aquel viaje de su amo, y q̄ si no salia con la felicidad q̄ el pensaua, determinaua de dexalle, y boluerse con su muger, y sus hijos a su acostumbrado trabajo. Lleuauase la malera, y los libros el vētero, mas el Cura le dijo: Esperad que quiero ver que papeles son estos q̄ de tan buena letra estan escritos: sacolos el huesped, y dandoselos a leer vio hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian vn titulo grande, que dezia: Nouela del curioso impertinente: leyò el Cura para si tres, o quatro renglones, y dixo: Cierito que no me parece mal el titulo desta nouela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo qual respondió el ventero. Pues bien puede

le ella su reuerencia, porque le hago saber q̄ algunos hiespedes que aqui la han leydo les ha contentado mucho, y me la han pedido cō muchas veras, mas yo no se la querido dar, pensando boluersela a quien aqui dexò esta mala-
ta oluidada con estos libros, y estos papeles. q̄ bié puede ser que buelua su dueño por aqui a al-
gun tiépo: y aunque se que me han de hazer fal-
ta los libros, afè que se los he de boluer, que aũ
que vètero toda via soy christiano. Vos teney-
s mucha razon amigo, dixo el Cura, mas con to-
do esso si la nouela me cōtenta, me la aueys de
dexar trasladar. De muy buena gana, respon-
dio el ventero. Mientras los dos esto dezian,
auia tomado Cardenio la nouela, y començan-
do a leer en ella: y pareciendole lo mismo q̄ al
Cura le rogò q̄ la leyese de modo q̄ todos la
oyessen. Si leyera, dixo el Cura, sino fuera me-
jor gastar este tiépo en dormir, que en leer.
Harto reposo serà para mi, dixo Dorotea, en-
tretener el tiépo oyendo algũ cuèto, pues aun
no tègo el espiritu tan fosegado, que me con-
ceda dormir, quando fuera razon. Pues desta
manera, dixo el Cura, quiero leerla por curio-
sidad siquiera, quiza tendra alguna de gusto.
Acudio maese Nicolas a rogarle lo mismo, y
Sàcho tãbien: lo qual visto del Cura, y enten-
diendo que a todos daria gusto, y el le recebi-
ria dixo: Pues assì es, estenme todos atentos,
que la nouela comiença desta manera.

Cap.

Cap. XXXIII. Donde se cuenta la nouela del
Curioso impertinente.

EN Florencia, ciudad rica, y famosa, de Ita-
lia, en la prouincia que llaman Toscana, vi-
uan Anselmo, y Lotario, dos caualleros ricos,
y principales, y tã amigos, que por excelècia,
y antonomasia de todos los que los conocian,
los dos amigos eran llamados: eran solteros,
moços de vna misma edad, y de vnas mismas co-
stumbres: todo lo qual era bastante causa a q̄
los dos con reciproca amistad se correspondies-
sen. Bié es verdad, que el Anselmo era algo mas
inclinado a los passatiempos amorosos, que el
Lotario, al qual lleuauan tras si los de la caça.
Pero quãdo se ofrecia dexaua Anselmo de acu-
dir a sus gustos, por seguir los de Lotario; y
Lotario dexaua los suyos, por acudir a los de
Anselmo: desta manera andauan tan a vna sus
voluntades, que no auia concertado relox que
assì lo anduuiesse. Andaua Anselmo perdido
de amores de vna donzella principal, y hermo-
sa, de la misma ciudad: hija de tan buenos pa-
dres, y tan buena ella por si, que se determi-
nò (con el parecer de su amigo Lotario, sin el
qual ninguna cosa hazia) de pedilla por espo-
sa a sus padres, y assì lo puso en execucion, y
el que lleuò la embaxada, fuè Lotario, y el q̄ cò-
cluyò el negocio tan a gusto de su amigo, que
en breue tiempo se vio puesto en la possession

Dd 2 que

que desseana, y Camila tan contenta de auer alcançado a Anselmo por esposo, que no cessaua de dar gracias al Cielo, y a Lotario, por cuyo medio tanto bien le auia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuò Lotario, como solia, la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle, y regozijalle con todo aquello q̃ a el le fue possible. Pero acabadas las bodas, y fosegada ya la frequencia de las visitas, y parabienes, començo Lotario a descuydarse con cuydado de las ydas en casa de Anselmo, por parecerle a el (como es razon que parezca a todos los que fueren discretos) que no se han de visitar, ni còtinuar las casas delos amigos casados, de la misma manera q̃ quando eran solteros. Porq̃ aunque la buena, y verdadera amistad no puede, ni deue de ser sospechosa en nada, cò todo esto es tan delicada la honra del casado, que parece q̃ se puede ofender, aũ de los mesmos hermanos, quãto mas de los amigos. Notò Anselmo la remission de Lotario, y formò del quexar grandes, diziendole, que si el supiera, que el casarse auia de ser parte para no còmunicalle como solia, que jamas lo huiera hecho: y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras el fue soltero, auian alcançado tan dulce nombre, como el ser llamados los dos amigos, que no permitierse por querer hazer del circunspecto, sin otra ocasion alguna, que

tan

tan famoso, y tan agradable nombre se perdiel: y que asì le suplicaua, si era licito q̃ tal termino de hablar se vsasse entre ellos, q̃ boluiesse a ser señor de su casa, y a entrar, y salir en ella como de antes, assegurandole q̃ su esposa Camila no tenia otro gusto, ni otra volùtad, q̃ la q̃ el queria q̃ tuuiesse: y q̃ por auer sabido ella cò quantas veras los dos se amauan, estaua confusa de ver en el tanta esquiueza. A todas estas, y otras muchas razones que Anselmo dixo a Lotario, para persuadille boluiesse como solia a su casa respondio Lotario, cò tanta prudencia, discreciõ, y auiso, q̃ Anselmo quedò satisfecho de la buena intencion de su amigo: y quedaron de concierto, que dos dias en la semana, y las fiestas fuesse Lotario a comer con el, y aunque esto quedò asì concertado entre los dos, propuso Lotario de no hazer mas de aquello que viesse que mas conuenia a la honra de su amigo, cuyo credito estaua en mas que el suyo proprio. Dezia el, y dezia biẽ, que el casado, a quien el Cielo auia concedido muger hermosa, tanto cuydado auia de tener, q̃ amigos lleuaua a su casa como en mirar con que amigas su muger conuersaua, porq̃ lo q̃ no se haze, ni còcierta en las plaças, ni en los templos, ni en las fiestas publicas, ni estaciones, (cosas q̃ no todas vezes las hã de negar los maridos a sus mugeres) se còcierta, y facilita en casa de la amiga, o la pariente de quiẽ mas satisfaciõ se tiene. Tambiẽ dezia

D d 3 Lo-

Lotario, que tenían necesidad los casados de tener cada vno algun amigo que le aduirtiese de los descuydos que en su proceder hiziesse, porque suele acontecer, que cō el mucho amor que el marido a la muger tiene, o no le adierte, o no le dize por no enojalla, que haga, o dex de hazer algunas cosas, que el hazellas, o no, le seria de honra, o de vituperio: de lo qual siendo del amigo aduertido, facilmente pondria remedio en todo: pero donde se hallará amigo tan discreto, y tan leal, y verdadero, como aquí Lotario le pide? no lo se yo porcierto, solo Lotario era este, que con toda sollicitud, y aduertimiento, miraua por la honra de su amigo: y procuraua dezmar, frisar, y acortar los dias del con cierto del yr a su casa, porque no pareciesse mal al vulgo ocioso, y a los ojos vagabundos y maliciosos, la entrada de vn moço rico, gentil hombre, y bien nacido, y de las buenas partes que el pensaua que tenia en la casa de vna muger tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad, y valor podia poner freno a toda maldiziente lengua, toda via no queria poner en duda su credito, ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del cōcierto los ocupaua, y entretenia en otras cosas, que el daua a entender ser inexcusables. Así que en quejas del vno, y disculpas del otro, se passauan muchos ratos, y partes del dia. Sucedió pues, que vno, que los dos se andauan passeando por vn prado fuera de

de la ciudad, Anselmo dixo a Lotario las semejantes razones.

Pensauas amigo Lotario, que las mercedes q̄ Dios me ha hecho en hazerme hijo de tales padres, como fueron los míos, y al darme, no con mano escassa, los bienes, así los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento, que llegue al biē recebido, y sobre al que me hizo, en darme a ti por amigo, y a Camila por muger propia, dos prendas, que las estimo fino en el grado que deuo, en el que puedo. Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen, y pueden viuir contentos, viuo yo el mas despechado, y el mas desabrido hombre de todo el vniuerso mundo. Porque no se que dias a esta parte me fatiga y aprieta vn deseo tan extraño, y tan fuera del vso comun de otros, que yo me marauillo de mi mesmo, y me culpo, y me riño a solas, y procuro callarlo, y encubrirlo de mis propios pensamientos: y así me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurara dezillo a todo el mundo: y pues que en efeto el ha de salir a plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto: confiado que con el, y con la diligencia que pondras como mi amigo verdadero en remediarne, yo me verè presto libre de la angustia que me causa, y llegara mi alegría por tu sollicitud, al grado que ha llegado mi descontento por

mi locura. Suspenso tenian a Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en q̄ auia de parar tan larga preuencion, o preambulo: y aunque yua reboluiendo en su imaginacion, que desseo podria ser aquel q̄ a su amigo tanto fatigaua, dio siempre muy lexos del bláco de la verdad: y por salir presto de la agonía que le causaua aquella suspēcion, le dixo: q̄ hazia notorio agrauio a su mucha amistad, en andar buscando rodeos, para dezirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto, que se podia prometer del, o ya consejos para entre ellos, o ya remedio para cūplillos. Así es la verdad, respondió Anselmo, y con essa confianza te hago saber amigo Lotario, que el desseo que me fatiga, es pensar si Camila mi esposa estaua buena, y tan perfecta como yo pienso: y no puedo enterarme en esta verdad, sino es prouandola, de manera que la prueua manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro. Porq̄ yo tengo para mi, o amigo, que no es vna muger mas buena de quanto es, o no es solicitada: y que aquella sola es fuerte, que no se dobla a las promesas, a las dadiuas, a las lagrimas, y a las continuas importunidades de los solicitos amantes. Porq̄ que ay q̄ agradecer, dezia el, que vna muger sea buena, si nadie le dize q̄ sea mala? Que mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la q̄ sabe q̄ tiene marido, q̄ en cogiendola en la primera

mera desēboltura, la ha de quitar la vida? Así que la q̄ es buena por temor, o por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en q̄ tendré a la solicitada, y perseguida, que salió con la corona del vécimiento. De modo q̄ por estas razones, y por otras muchas q̄ te pudiera dezir, para acreditar, y fortalecer la opinion q̄ tengo, desseo que Camila mi esposa pases por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse req̄rida, y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos: y si ella sale, como creo que saldrá, cō la palma desta batalla, tendré yo por fin y gual mi ventura. Podré yo dezir, que está colmo el vazío de mis deseos. Diré que me cupo en suerte la muger fuerte, de quien el Sabio dize, que quien la hallará? Y quando esto suceda al reves de lo que pienso, cō el gusto de ver que acerté en mi opinion, llevaré sin pena, la q̄ de razon podra causarme mi tan costosa experiencia. Y prosupuesto q̄ ninguna cosa de quātas me dixerés en cōtra de mi desseo, ha de ser de algū prouecho, para dexar de ponerle por obra, quiero, o amigo Lotario, q̄ te dispongas a ser el instrumēto que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar a vna muger honesta, honrada, recogida, y desinteresada. Y mueueme, entre otras cosas, a fiar de ti esta tan ardua empresa, el ver que si de



ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento a todo trance, y rigor, sino a solo a tener por hecho lo que se ha de hazer por buen respeto, y assi no quedaré yo ofendido mas de có el desseo, y mi injuria quedará escóddida en la virtud de tu silencio; q̄ biē se q̄ en lo que me rocare ha de ser eterno como el de la muerte. Así que si quieres que yo tenga vida, que pueda dezir q̄ lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibias, ni perezosamente, sino có el ahinco, y diligencia que mi desseo pide, y có la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fuerō las razones que Anselmo dixo a Lotario, a todas las quales estuuō tan atento, que fino fueron las que quedan escritas que le dixō, no desplegó sus labios hasta que huuo acabado: y viendo que no dezia mas, despues que le estuuō mirando vn buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas huuiera visto, que le causara admiracion y espanto, le dixo: No me puedo persuadir, o amigo Anselmo, a q̄ no sean burlas las cosas q̄ me has dicho, que a pensar q̄ de veras las dezias, no consintiera q̄ tan adelante passaras, porque con no escucharte preuiniera tu larga arēga: sin duda imagino, o q̄ no me nocēs, o q̄ yo no te conozcō. Pero no, que bien se q̄ eres Anselmo, y tu sabes q̄ yo soy Lotario: el caño está, en que yo piēso que no eres el Anselmo que solias, y tu deues de auer pensado, que tampoco yo soy el Lotario que deuia ser por-

porq̄ las cosas q̄ me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir a aquel Lotario q̄ tu conoces. Porque los buenos amigos hā de prouar a sus amigos, y valerse dellos, como dixo vn Poeta, *vsque ad aras*, que quiso dezir, que no se auian de valer de su amistad en cosas que fuessen cótra Dios: Pues si esto sintio vn Gentil de la amistad, quāto mejor es que lo sienta el Christiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad Diuina? Y quando el amigo tirasse tanto la barra, que pusiesse a parte los respetos del Cielo, por acudir a los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras, y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra, y la vida de su amigo. Pues dime tu aora, Anselmo, qual destas dos cosas tienes en peligro, para que yo me auenture a complazerte, y a hazer vna cosa tan detestable, como me pides? Ninguna por cierto, antes me pides, segun yo entiendo, que procure, y solicite quitarte la honra, y la vida, y quitarmela a mi juntamente. Porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin hōra, peor es que vn muerto: y siendo yo el instrumento, como tu quieres q̄ lo sea, de tanto mal tuyo, no véro a quedar deshonorado, y por el mesmo consiguiente sin vida? Escucha amigo Anselmo, y té paciencia de no responderme, hasta que acabe de dezirte lo que se me ofreciere, acerca de lo que

que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tu me repliques, y yo te escuche. Que me plaze, dixo Anselmo, di lo que quisieres. Y Lotario prosiguió, diziendo: Pareceme, o Anselmo, ¿qué tienes tu ahora el ingenio como el que siempre tienen los Moros, a los quales no se les puede dar a entender el error de su secta, con las acotaciones de la santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en articulos de fe, sino que les han de traer exemplos palpables, faciles, inlegibles, demonstratiuos, indubitables, con demostraciones Matematicas, que no se pueden negar, como quando dicen: Si de dos partes yguales quitamos partes yguales, las que quedan tambien son yguales. Y quando esto no entiendan de palabra, como en efeto no lo entienden, ha de les de mostrar con las manos, y ponerse delante de los ojos, y aun con todo esto, no basta nadie con ellos a persuadirles las verdades de mi sacra Religion. Y este mismo termino, y modo me conuendrá usar contigo, porque el deseo que en ti ha nacido, va tan de escaminado, y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado, el que ocupare en darte a entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dexarte en tu desatino, en pena de tu mal deseo: mas no me dexa usar deste rigor la amistad que te tengo, la qual

qual no consiente que te dexes puesto en tan manifesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime Anselmo, tu no me has dicho que te go de solicitar a vna retirada? persuadir a vna honesta? ofrecera vna desinteresada? servir a vna prudente? Si que me lo has dicho. Pues si tu sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteresada, y prudente, ¿qué buscas? Y si piensas que de todos mis assaltos ha de salir vencedora, como saldra sin duda, ¿qué mejores titulos piensas darle despues, que los que ahora tiene? o que será mas despues de lo que es ahora? O es que tu no la tienes por la que dizes, o tu no sabes lo que pides. Sino la tienes por lo que dizes, para que quieras prouarla, sino como a mala, hazer della lo que mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hazer experiencia de la mesma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Así que es razón concluyente, que el sacar las cosas, de las quales antes nos puede suceder daño que prouecho, es de iuyzios sin discurso, y temerarios: y mas quando quieré intentar aquellas a que no son forçados, ni cópedos, y que de muy lexos traen descubierto que el intentarlas es manifesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, o por el mundo, o por entrámbos a dos: las que se acometen por Dios, son las que acometierón los Santos, acometiendo a viuir vida de Angeles, en cuerpos



pos humanos: las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diuersidad de climas, tanta estrañeza de gentes, por adquirir estos q̄ llaman, bienes de fortuna. Y las que se intentan por Dios, y por el mundo juntamēte, son aquellas de los valerosos soldados, que a penas veen en el contrario muro abierro tanto espacio, quanto es el que pudo hazer vna redonda bala de artilleria, quando puesto a parte todo temor, sin hazer discurso, ni aduertir al manifesto peligro que les amenaza, lleuados en buelo de las alas del desseo de boluer por su fe, por su nacion, y por su Rey, se arrojan intrepidamente por la mirad de mil cōtrapuestas muertes q̄ los esperan. Estas cosas son las que suelen intentar, se, y es honra, gloria, y prouecho intentarlas, aunque tan llenas de inconuenientes, y peligros. Pero la que tu dizes, que quieres intentar, y poner por obra, ni te ha de alcāgar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres: porque puesto que salgas con ella, como quieres, y desseas, no has de quedar ni mas vſano, ni mas rico, ni mas honrado que estas agora: y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarte pueda: porque no te ha de aprouechar pensar entōces, que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para aſtigirte, y deshazerte, que la sepas tu mismo. Y para confirmacion desta verdad, te quiero decir

zir vna estancia, que hizo el famoso Poeta Luys Tansilo, en el fin de su primera parte de las Lagrimas de San Pedro, que dize assi.

Crece el dolor, y crece la verguença
En Pedro quando el dia se ha mostrado,
Y aunque alli no ve a nadie, se auerguença
De si mismo, por ver que auia pecado:
Que a vn magnanimo pecho, a verguença
No solo ha de mouerle el ser mirado;
Que de si se auerguença quando yerra,
Si bien otro no vee que Cielo, y tierra.

Assi, que no escusarás con el secreto tu dolor, antes tendras que llorar continuo, sino lagrimas de los ojos, lagrimas de sangre del coraçon. como las lloraua aquel simple Doctor, que nuestro Poeta nos cuenta, que hizo la prouea del vaso, que con mejor discurso se escusò de hazerla el prudente Reynaldos: que puesto que aquello es ficcion Poetica, tiene en si encerrados secretos morales, dignos de ser aduertidos, y entendidos, è imitados. Quanto mas, que con lo que agora pienso dezirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime Anselmo, si el Cielo, o la suerte buena te huiera hecho señor, y legitimo possessor de vn finissimo diamante, de cuya bōdad, y quizes estuuiessen satisfechos quātos lapidarios se viessem, y que todos a vna boz, y de comū parecer dixessen, que llegaua en quilates, bōdad, y fi-



y fineza, a quanto se podia estender la naturaleza de tal piedra, y tu mesmo lo creyesses así, sin saber otra cosa en contrario, seria justo que viniessse en desseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre vn ayunque y vn martillo, y allí a pura fuerza de golpes y brazos prouar, si es tan duro, y tá fino como dizen? y mas si lo pudieses por obra: que puesto caso que la piedra hiziesse resistencia a tan necia prueua, no por esso se le añadiria mas valor, ni mas fama: y si se rompiesse, cosa que podria ser, no se perdía todo? Si por cierto, dexando a su dueño en estimacion de que todos le tégan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finissimo diamante, así en tu estimacion, como en la agena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se puede cómo entereza, no puede subir a mas valor del que ahora tiene, y si faltasse, y no resistiesse, considera desde agora qual quedarias sin ella, y con qué razón te podrias quejar de ti mesmo, por auer sido causa de su perdicion, y la tuya? Mira que no ay joya en el mundo que tanto valga como la muger casta, y honrada, y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene: y pues la de tu esposa es tal que llega al extremo de bondad que sabes, para que quieresses poner esta verdad en duda? Mira amigo, que la muger es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y cayga;

y cayga, sino quitárselos, y despejalle el camino de qualquier inconueniente, para que sin pesadumbre corra ligeta a alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuéntan los naturales, que el arminio es vn animalito que tiene vna piel blanquissima, y que quando quieren cazarle los cazadores, usan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele passar y acudir, las atajan con lodo, y despues ojeandote, le encaminan hazia aquel lugar, y así como el arminio llega al lodo, se está quedando, y se dexa prender y caturar, a trueco de no passar por el cieno, y perder, y ensuziarse sublimura, que la estima en mas que la libertad, y la vida. La honesta y casta muger, es Arminio, y es mas que nieue blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde, y conferue, ha de usar de otro estilo diferente que con el Arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos, y seruicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud, y fuerza natural, que pueda por si mesma atropellar y passar por aquellos embarazos: y es necessario quitárselos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza que encierra en si la buena fama. Es así mesmo la buena muger, como espejo de cristal luziente y claro, pero está sugeto a empañarse, y escurecerse con qualquiera aliño que le toque. Ha se

de vsar cō la honesta muger el estilo q̄ con las Reliquias, adorarlas, y no tocarlas. Ha se de guardar, y estimar la muger buena, como se guarda y estima vn hermoso jardin que està lleno de flores, y rosas, cuyo, dueño no consiente q̄ nadie le pasesse, mi mano fese, basta que desde lejos, y por entre las verjas de hierro gozē de su fragancia y hermosura. Finalmēte, quiero dezir te vnos versos q̄ se me hā venido a la memoria, q̄ los oí en vna comedia moderna, q̄ me parece q̄ hazē al proposito de lo q̄ vamos tratādo. Acōtejaña vn prudente viejo a otro padre de vna dōzella, que la recogiesse, guardasse, y encerrasse: y entre otras razones le dixo estas.

Es de vidrio la muger,

Pero no se ha de prouar,

Si se puede, o no quebrar,

Porque todo podria ser.

Y es mas facil el quebrarse,

Y es cordura ponerse

A peligro de romperse

Lo que no puede soldarse.

Y en esta opinion esten

Todos, y en razon la fundo,

Que si ay Danaes en el mundo,

Ay pluuias de oro tambien.

Quanto hasta aqui te he dicho, o Anselmo, ha sido por lo q̄ a ti te toca, y aora es bien q̄ se oyga algo, de lo que a mi me conuiene: y si fuer largo, perdoname, que todo lo requiere el

labe-

laberinto dōde te has entrado, y de dōde quieres que yo te saque. Tu me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretendes esto, sino q̄ procuras q̄ yo te la quite a ti. Que me la quieres quitar a mi, està claro, pues quando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto està q̄ me ha de tener por hombre sin honra, y mal mirado, pues intento, y hago vna cosa tan fuera de aquello q̄ el ser quier soy, y tu amistad me obliga. De que quieres q̄ te la quite a ti, no ay duda, porq̄ viēdo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna similitud, que medió atreuimiento a descubrirle mi mal desseo, y teniendose por deshonorada, te toca a ti, como a cosa suya, su mesma deshora. Y de aqui nace lo que comunmēte se platica, q̄ el marido de la muger adultera, puesto q̄ el no lo sepa, ni aya dado ocasion para q̄ su muger no sea la que deue, ni aya sido en su mano, ni en su descuydo y poco recato, estornar su desgracia, cō todo le llaman, y le nōbran con nombre de vituperio, y baxo: y en cierta manera le miran, los que la maldad de su muger saben, con ojos de menosprecio, en cābio de mirarle con los de lastima, viendo q̄ no por su culpa, sino por el gusto de su mala cōpañera està en aquella desventura. Pero quierote dezir la causa, porque con justa razō es deshonorado el marido de la muger mala, aunque el no sepa que lo

es, ni tenga culpa, ni aya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: y no te canfes de oyrme, que todo ha de redundar en tu provecho. Quando Dios crió a nuestro primero padre en el Parayso terrenal, dize la diuina Escritura, que infundió Dios sueño en Adán, y que estando durmiendo le sacó vna costilla del lado siniestro, de la qual formó a nuestra madre Eva: y assi como Adán despertó, y la miró, dixo, Esta es carne de mi carne, y hueso de mis huesos. Y Dios dixo: Por esta dexará el hombre a su padre, y madre, y seran dos en vna carne misma. Y entonces fue instituydo el diuino sacramento del Matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza, y virtud este milagroso Sacramento, que haze que dos diferentes personas, sean vna misma carne: y aun haze mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de vna voluntad. Y de aquí viene, que como la carne de la esposa sea vna mesma cosa de la del esposo, las manchas que en ella caen, o los defectos que se procuran, redúdan en la carne del marido, aunque el no aya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño. Porque assi como el dolor del pie, o de qualquier miébro del cuerpo humano, le siéte todo el cuerpo, por ser todo de vna carne misma: y la cabeça siéte el daño del touillo, sin que ella se le aya causado. Assi el marido es participante de la deshóra de la muger, por ser vna misma

misma cosa en ella. Y como las honras, y deshonras del mudo, sean todas, y nazcán de carne y sangre, y las de la muger mala sean deste genero, es forzoso que al marido le quepa parte de ellas, y sea tenido por deshórado, sin que el lo sepa. Mira pues, o Anselmo, al peligro que iré poniendo, en querer turbár el sosiego en que tu buena esposa viue. Mira por quan vana, e impertinente curiosidad, quierdes reboluer los humores que agora estan sossegados en el pecho de tu casta esposa. Aduierte, que lo que auenturas a ganar, es poco, y que lo que perderás sera tanto, que lo dexarás en su puto, porque me faltán palabras para encarecerlo. Pero si todo quanto he dicho, hoba sta a moerte de tu mal proposito, bién puedes buscar otro instrumeto de tu deshóra, y desventura, que yo no piéso ferlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor perdida que imaginar puedo. Calló en diziendo esto, el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó á confuso, y pesadísimo, que por vn buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dixo: Con la atención que has visto he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido dezirme, y en tus razones, exépllos, y cóparaciones, he visto la mucha discrecion que tienes, y el estremo de la verdadera amistad que alcanças: y assi mesmo voy y confieso, que fino sigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyendo del bien, y corriendo tras el mal. Propuesto esto, has de confesar,



derar, que yo padezco a ora la enfermedad que
fue len tener algunas mugeres, que se les aotoja
comer tierra, yesso, carbon, y otras cosas peo-
res, aun a querpas para mirarse, quâto mas pa-
ra comerse: asî que es menester vsar de algun
artificio para que yo sané, y esto se podria ha-
zer con facilidad, solô cõ q comiences, aunque
tibia, y fingi damêre, a solicitar a Camila, la qual
no ha de ser tan tierna, q a los primeros encue-
tros dè con se honestidad por tierra, y con so-
lo este principio quedare contento, y tu auras
cûplido con lo que deues a nuestra amistad, no
solamente dâdome la vida, sino persuadiendo-
me de no ver me sin hõra. Y estâs obligado a
hazer esto, por vna razon sola, y es, que estan-
do yo, como estoy determinado, de poner en
platica esta prueua, no has tu de consentir q yo
dè cuenta de mi desatino a otra persona, con
q pondria en auentura el honor q tu procuras
q no pierda: y quando el tuyo no estè el pun-
to que deue en la intencion de Camila, en tan-
to q la solicitares, importa poco, o nada, pues
cõ breuedad, viêdo ella la entereza q espera-
mos, le podras dezir la pura verdad de nuestro
artificio, con q boluera tu credito al ser prime-
ro. Y pues tã poco auenturas y tanto contento
me puedes dar aueturandote, no lo dexes de
hazer, aunq mas in conuenientes se te poga de-
lante, pues como ya he dicho cõ solo q comie-
ces dare por concluyda la causa. Viendo Lota-

tio la resoluta voluntad de Anselmo, y no sa-
biendo q mas exêplos traerle, ni q mas razones
mostrarle para q no la siguiesse: y viendo q le
amenazaua q daria a otro cuêta de su mal des-
seo, por euitar mayor mal, determinò de contê-
tarle, y hazer lo q le pedia, con proposito, è in-
tercio de guiar aquel negocio de modo, q sin al-
terar los pensamiêtos de Camila quedasse An-
selmo satisfecho: y asî le respondiò, que no co-
municasse su pêsamiêto cõ otro alguno, que el
romana a su cargo aquella empresa, la qual co-
mencaria quando a el le diessè mas gusto. Abra-
çole Anselmo, tierna y amorosamente, y agra-
deciole su ofrecimiêto, como si alguna grande
merced le huiêra hecho, y quedaron de azer
entre los dos, q desde otro dia siguiente se
començasse la obra, q el le daria lugar y tiempo
como a sus solas pudiesse hablar a Camila, y asî
si mesmo le daria dineros, y joyas q daria, y que
ofrecerla. Acõsejole que le diessè muscas, q es-
criuiesse versos en su alabança, y q quâdo el no
quisiesse tomar trabajo de hazerlos, el mesmo
los haria. A todo se ofrecio Lotario, biè cõ dese-
rente intencio que Anselmo pensaua: y cõ este
acuerdo se boluierò a casa de Anselmo, donde
hallarò a Camila cõ ansia y cuydado, esperâdo
a su esposo, porque aquel dia tardaua en venir
mas de lo acostûbrado. Fuese Lotario a su
casa, y Anselmo quedò en la suya, tan conten-
to, como Lotario fue pensatino, no sabiendo

que traça dar para salir bien de aquel impertinente negocio. Pero aquella noche pensó el modo querendria para engañar a Anselmo, si él debía a Camila, y otro día vino a comer con su amigo, y fue bien recebido de Camila, la qual le recebia, y regalaua con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, leuataron los manteles, y Anselmo dixo a Lotario, que se quedasse allí con Camila, en tanto que el yua a vn negocio forzoso, que dentro de hora y media bolueria. Rogole Camila, que no se fuesse, y Lotario se ofrecio a hazerle compañía, mas nada aprouecho con Anselmo, antes importunò a Lotario, que se quedasse, y le aguardasse, porque tenia q̄ tratar con el vna cosa de mucha importacia. Dixo tambien a Camila, que no dexasse solo a Lotario, en tanto que el bolpiesse. En efeto el supo tan bien fingir la necesidad, o necesidad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuese Anselmo, y quedaron solos a la mesa Camila, y Lotario, porque la demas gente de casa, toda se auia ydo a comer. Viose Lotario puesto en la estacada que su amigo desseaui: y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura, y vn esquadron de cauallos, armados: miró fiera razon que le temiera Lotario. Pero lo que hizo fue poner el codo sobre el brazo de la silla, y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo

diendo perdon a Camila, del mal comedimiento, dixo q̄ qheria reposar vn poco en tanto que Anselmo boluia. Camila le respondió, que mejor reposaria en el estrado, que en la silla, y así le rogò se entrasse a dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido, hasta q̄ boluio Anselmo: el qual como hallò a Camila en su aposento, y y a Lotario durmiendo, creyò que como se auia tardado tanto, ya aurian tenido los dos lugar para hablar, y aun para dormir, y no vio la hora en q̄ Lotario despertasse, para boluerse con el fiera, y preguntarle de su ventura. Todo le sucedio como el quiso: Lotario despertò, y luego salieron los dos de cama, y así le preguntò lo q̄ desseaui: y le respondió Lotario, q̄ no le auia parecido ser bien q̄ la primera vez se descubriessse del todo, y así no auia hecho otra cosa, q̄ alabar a Camila de hermosa, diziendole q̄ en toda la ciudad no se trataba de otra cosa, q̄ de su hermosura, y discrecion, y q̄ este le auia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiendola a que otra vez le escuchasse cò gusto: usando en esto del artificio q̄ el demonio usa quando quiere engañar a alguno que està puesto en atalaya de mirar por si, q̄ se trasforma en Angel de luz, fiendolo el de tinieblas, y poniendolo delante apariencias buenas, al cabo descubre quien es, y sale con su intencio, sin los principios, no es descubierto su engaño. Todo esto le contentò mucho



mucha a Anselmo, y dixo, q̄ cada dia daria el mismo lugar, aunque no saliese de casa, porq̄ en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimieto de su artificio. Supo pues que se passaron muchos dias q̄ sin dezir Lotario palabra a Camila, respodia a Anselmo, que la hablaua, y jamas podia sacar della vna pequena muestra de venir en ninguna cosa que mala fuesse, ni aun dar vna señal de sobra de esperança: antes dezia que le amenazaua, q̄ si de aquel mal pensamiento no se quitaua, q̄ lo auia de dezir a su esposo. Bien está, dixo Anselmo, hasta aqui ha resistido Camila a las palabras, es menester ver como resiste a las obras, yo os daré mañana dos mil escudos de oro, para q̄ se los ofrezcays, y aun se los deys: y otros tantos para que compreys joyas con q̄ cenarla, que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, a esto de traerse bien, y andar galánas: y si ella resiste a esta tentacion, yo quedaré satisfecho; y no os daré mas pesadumbre. Lotario respondió, que ya que auia comegado, que el llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado, y vencido. Otro dia recibio los quatro mil escudos, y con ellos quatro mil confusiones, porque no sabia q̄ dezirse para mentir de nuevo, pero en efeto determinó de dezirle, que Camila estaua tan entera a las dadiuas, y promessas, como a las palabras, y que no auia

auia para q̄ cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaua en balde. Pero la suerte q̄ las cosas guaua de otra manera, ordeno, que auiedo dezido Anselmo solos a Lotario, y a Camila, como otras vezes solia, el se encerró en vn aposento, y por los agujeros de la cerradura estuuó mirado, y escuchado lo q̄ los dos trataban, y vio que en mas de media hora Lotario no habló palabra a Camila, ni se la hablara, si alli estuuiera vn siglo. Y cayó en la cuenta, de que quanto su amigo le auia dicho, de las respuestas de Camila, todo era ficcion, y mentira. Y para ver si esto era así, salio del aposento, y llamando a Lotario a parte, le preguntó, que nuevas auia, y de q̄ temple estaua Camila? Lotario le respondió, q̄ no pensaua mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan aspera, y desabridamente, que no tendria animo para boluer a dezirle cosa alguna. Hà, dixo Anselmo, Lotario, y quan mal correspondes a lo que me deues, y a lo mucho que de ti confio. Aora te estádo mirado por el lugar que cócede la entrada desta llane, y he visto que no has dicho palabra a Camila. Por dode me doy a entéder, q̄ aú las primeras le tienes por dezir: y si esto es así, como sin duda lo es, para que me engañas? O porq̄ quieres quitarme có tu industria, los medios q̄ yo podria hallar para conseguir mi deseo? No dixo mas Anselmo, pero bastó lo que auia dicho, para dexar corrido, y confuso a Lotario.



rario. El qual casi como tomando por punto de honra, el auer sido hallado en mentira, jurò a Anselmo, que desde aquel momento tomara a su cargo el contentalle, y no mentille, qual lo veria, si con curiosidad lo espiaua: quanto mas, que no seria menester vsar de ninguna diligencia, porque la que el pensaua poner en satisfazielle, le quitaria de toda sospecha. Creyole Anselmo, y para dalle comodidad mas segura, y menos sobresaltada, determinò de hazer ausencia de su casa por ocho dias, y endose a la de vn amigo suyo, que estaua en vna aldea, no lejos de la Ciudad. Con el qual amigo concertò, que le embiasse a llamar con muchas veras, para tener ocasion cò Camila, de su partida. Desdichado, y mal advertido de ti Anselmo, que es lo que hazes? que es lo que traças? que es lo que ordenas? Mira que hazes contra ti mismo, trayendo tu deshonor, y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quiera, y sossegadamente la poseses, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tu eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cùplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustádola en todo con la tuya, y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad, y recogimiento, te da sin ningun trabajo, toda la riqueza que tiene, y tu puedes dessecar, para que quieresh ahondar la tierra, y buscar nueuas ve-

tas,

tas, de nueuo, y nunca visto tesoro, poniendote a peligro, que toda venga abaxo, pues en fin se sustentra sobre los debiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo possible se le niegue. Como lo dixomejor vn Poeta diziendo.

B Vscó en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traydor dealtad.
Pero mi suerte, de quien
lamas espero algun bien,
Con el cielo ha estatuydo,
Que pues lo imposible pido,
Lo possible aun no me den.

Fuese otro dia Anselmo a la aldea, dexando dicho a Camila, que el tiempo que el estuuiesse ausente, vendria Lotario a mirar por su casa, y a comer con ella, que tuuiesse cuydado de tratarle como a su mesma persona. Afligiose Camila como muger discreta, y honrada, de la orden que su marido le dexaua: y dixole q̄ aduirtiesse q̄ no estaua bien, q̄ nadie el ausente, ocupasse la silla de su mesa, y q̄ si lo hazia por no tener conuensa, que ella sabria gouernar su casa, que promette por aquella vez, y veria por experiencia, como para mayores cuydados era bastante. Anselmo le replicò, que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hazer, que baxar la cabeça, y obe-



y obedecelle. Camila dixo, q̄ así lo haria, aunq̄
contra su voluntad. Partiose Anselmo, y otro
dia vino a su casa Lotario, donde fue recebido
de Camila con amoroso, y honesto acogimien-
to. La qual jamas se puso en parte, donde Lot-
ario la viesse a solas, porque siempre andava ro-
deada de sus criados, y criadas, espécialmente
de vna donzella suya, llamada Leonela, a quien
ella mucho queria, por auerse criado desde ni-
ñas las dos juntas, en casa de los padres de Ca-
mila, y quando se caso con Anselmo, la truxo co-
figo. En los tres dias primeros nunca Lotario
le dixo nada, aunque pudiera quando se leuan-
tauan los manteles, y la gente se yua a comer co-
mucha priessa, porque así se lo tenia mandado
Camila. Y aun tenia orden Leonela, que comies-
se primero que Camila, y que de su lado jamas
se quitasse: mas ella, que en otras cosas de su gu-
sto tenia puesto el pensamiento, y auia mene-
ster aquellas horas, y aquel lugar, para ocupar-
le en sus contentos, no cumplia todas vezes el
mandamiento de su señora, antes los dexaua so-
los, como si aquello le hunieran mandado. Mas
la honesta presencia de Camila, la grauedad de
su rostro, la compostura de su persona era tanta,
que ponía freno a la lengua de Lotario. Pero el
prouecho que las muchas virtudes de Camila
hizieron, poniendo silencio en la lengua de Lo-
tario, redundò mas en daño de los dos. Porque
si la lengua callaua, el pensamiento discurría, y
tenia

tenia lugar de contéplar parte por parte, todos
los estremos de bondad, y de hermosura q̄ Ca-
mila tenia, bastantes a enamorar vna estatua de
Marmol, no que vn coraçon de carne. Miraua la
Lotario en el lugar y espacio que auia de ha-
blarla, y consideraua quan digna era de ser ama-
da: y esta consideracion començo poco a poco
a dar assalto a los respectos que a Anselmo te-
nia, y mil vezes quiso ausentarse de la ciudad, y
irse dõde jamas Anselmo le viesse a el, ni el vies-
se a Camila: mas ya le hazia impedimento, y de-
tenia el gusto que hallaua en mirarla. Hazia se
fuerça, y peleaua consigo mismo, por desechar,
y no sentir el contento, que le llenaua a mirar
a Camila. Culpauase a solas de su desatino, lla-
mase mal amigo, y aun mal Christiano. Hazia
discursos, y comparaciones entre el, y Ansel-
mo, y todos parauan en dezir, que mas auia si-
do la locura, y cõfiança de Anselmo, que su po-
ca fidelidad. Y que si así tuuiera disculpa para
con Dios, como para cõ los hombres, de lo que
pensaua hazer, que no temiera pena por su cul-
pa. En efecto la hermosura, y la bondad de Ca-
mila, juntamente con la ocasion que el ignoran-
te marido le auia puesto en las manos, dieron
con la lealtad de Lotario en tierra. Y sin mirar a
otra cosa, q̄ aquella a que su gusto la inclinaua,
al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo,
en los quales estubo en continua batalla, por re-
sistir a sus desseos, començo a requebrar a Ca-
mila



mila con tanta turbación, y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa, que levantarse de donde estava, y entrar en su aposento, sin respôdelle palabra alguna. Mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor, antes tuvo en mas a Camila. La qual auiedo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia que hazerle. Y pareciéndole no ser cosa segura, ni bien hecha, darle ocasion, ni lugar, a que otra vez la hablasse, determinò de embiar aquella mesma noche, como lo hizo, a un criado suyo con vn villete a Anselmo, donde le escriuió estas razones.

Cap. XXXIV. Donde se prosigue la nouela del curioso impertinente.

Assi como suele dezirse, que parece mal el exercito sin su general, y el castillo sin su Castellano. Digo yo, que parece muy peor la muger casada, y moça, sin su marido, quando justissimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan impossibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me aurre de yra entretener en casa de mis padres, aunque dexe sin guarda la vuestra. Porque la que me dexastes, si es que quedó con tal ritu lo, creo que mira mas por su gusto, que por lo q a vos os toca, y pues soys discreto, no tégó mas que deziros, ni aun es bien que mas os diga.

Esta

Esta carta recibió Anselmo, y entendio por ella, que Lotario auia ya comêçado la empresa, y que Camila deuia de auer respondido como el dessea. Y alegre sobre manera de tales nuevas, respôdio a Camila de palabra, que no hiziese mudamiento de su casa en modo ninguno, porq el bolueria con mucha breuedad. Admirada quedó Camila, de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atreuia a estar en su casa, ni menos yrse a la de sus padres. Porq en la quedada corria peligro su honestidad, y en la yda yua contra el mandamiêto de su esposo. En fin se resoluió en lo q le estuuó peor, que fue, en el quedarle, cò determinaciò de no huyr la presencia de Lotario, por no dar q dezir a sus criados, y ya le pesaua de auer escrito lo q escriuió a su esposo, temerosa de que no pensasse, q Lotario auia visto en ella alguna desemboltura, que le huiesse mouido a no guardalle el decoro que deuia. Pero fiada en su bondad, se fiò en Dios, y en su buen pêsamiento, cò q pêsaua resistir calado, a todo aquello q Lotario dezirle quisiese, sin dar mas cuêta a su marido, por no ponerle en alguna pèdencia, y trabajo. Y aun andaua buscando manera como disculpar a Lotario cò Anselmo, quâdo le pregúntasse la ocasion, que le auia mouido a escriuirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados, que acercados, ni prouechosos, estuuó otro dia escu-

F f chan-

chando a Lotario, el qual cargò la mano de manera, q̄ començo a titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuuo harro que hazer en acudir a los ojos, para que no diessen muestra de alguna amorosa compasión, que las lagrimas, y las razones de Lotario en su pecho auian despertado. Todo esto notaua Lotario, y todo le encendia. Finalmente a el le parecio, q̄ era menester en el espacio, y lugar, que daua la ausencia de Anselmo, apretar el cerco a aquella fortaleza, y así acometio a su presunción, cō las alabanzas de su hermosura, porque no ay cosa que mas presto rinda, y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas que la mesma vanidad puesta en las lenguas de la adulación. En efeto, el cō toda diligencia minò la roca de su entereza, con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronze, viniera al suelo. Llorò, rogò, ofreciò, adulò, porfiò, y fingiò Lotario, con tantos sentimientos, cō muestras de tantas veras, q̄ dio al traues con el recato de Camila, y vino a triunphar de lo que menos se pensaua, y mas deseaua Rindiose Camila. Camila se rindio? pero q̄ mucho, si la amistad de Lotario no quedò en pie? Exemplo claro, q̄ nos muestra, que solo se véce la pasión amorosa, cō huylia, y q̄ nadie se ha de poner a braços cō rā poderoso enemigo. Porq̄ es menester fuerzas diuinas, para vencer las fuyas humanas. Solo su po Leone la la flaqueza de su señora, porq̄ no se

se la pudieron encubrir, los dos malos amigos, y nuevos amâres. No quiso Lotario dezir a Camila la pretensión de Anselmo, ni que el le auia dado lugar, para llega a aquel punto. Porq̄ no tuuiesse en menos su amor, y pensasse que así a caso, y sin pensar, y no de proposito, la auia solicitado. Boliuo de alli a pocos dias Anselmo a su casa, y no echò de ver lo que faltaua en ella, q̄ era lo que en menos tenia, y mas estimaua. Fuesse luego a ver a Lotario, y hallòle en su cama, abraçaronse los dos, y el vno preguntò por las nueuas de su vida, o de su muerte. Las nueuas que te podrè dar, o amigo Anselmo, dixò Lotario, son de q̄ tienes vna muger, que dignamente puede ser exemplo, y corona de todas las mugeres buenas. Las palabras que le he dicho, se las ha llevado el ayre, los ofrecimientos se hā tenido en poco, las dadiuas no se hā admitido, de algunas lagrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, así como Camila es cifra de toda belleza, es archiuo donde asiste la honestidad, y viue el comediante, y el recato, y todas las virtudes q̄ pueden hazer loable, y bien afortunada a vna honrada muger. Buelue a tomar tus dineros amigo, q̄ aqui los rēgo, sin auer tenido necesidad de tomar a ellos, q̄ la entereza de Camila no se rinde a cosas tan baxas, como son dadiuas, ni promesas. Cōtérate Anselmo, y no quieras hazer mas prueuas de las hechas. Y pues a pie enxuto has

passado el mar de las dificultades y sospechas, que de las mugeres suelen, y puede tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélaggo de nuevos inconuenientes, ni quieras hazer experiencia cō otro piloto, de la bondad, y fortaleza del nauio q̄ el Cielo te dio en suerte, para q̄ en el passasses la mar deste mūdo. Sino haz cuēta q̄ estās ya en seguro puerto, y aferrate cō las āncoras dela buena consideraciō, y dexate estar hasta q̄ te vengan a pedir la deuda, que no ay hidalguia humana, que de pagarla se escuse. Contētiſſimo q̄dō Anselmo de las razones de Lotario, y assi se las creyō, como si fuerā dichas por algun Oraculo. Pero con todo esso le rogō q̄ no dexasse la empresa, aunque no fuesse mas de por curiosidad, y entretenimiento, aunque no se aprouechasse de alli adelāte de tan ahinçadas diligencias, como hasta entonces. Y que solo queria, que le escriuiesse algunos versos en su alabāça, debaxo del nōbre de Clori, por que el le daria a entender a Camila, que andaua enamorado de vna dama, a quiē le auia puesto aquel nōbre, por poder celebrarla cō el decoro q̄ a su honestidad se le deuia. Y q̄ quando Lotario no quiliera tomar trabajo de escribir los versos, q̄ el los haria. No fera menester esso, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las Musas, q̄ algunos ratos del año no me visiten. Dile tu a Camila lo q̄ has dicho del fingimiento de mis amores, q̄ los versos yo los harē, sino tan

tan buenos como el sujeto merece, seran por lo menos los mejores q̄ yo pudiere. Quedaron deste acuerdo el impertinēte, y el traydor amigo. Y buelto Anselmo a su casa, preguntō a Camila, lo q̄ ella ya se marauillaua, q̄ no se lo vniessse preguntado. Que fue, que le dixesse la ocasiō, porque le auia escrito el papel que le embio. Camila le respondio, que le auia parecido, que Lotario la miraua vn poco mas desembuelta-mente, que quando el estaua en casa. Pero q̄ ya estaua desengañada, y creia q̄ auia sido imaginacion suya, porq̄ ya Lotario huia de vella, y de estar cō ella a solas. Dixole Anselmo, q̄ biē podia estar segura de aquella sospecha, porq̄ el sabia que Lotario andaua enamorado de vna dōzella principal de la Ciudad, a quien el celebraua debaxo del nōbre de Clori, y que aunque no lo estuuiera, no auia que temer de la verdad de Lotario, y de la mucha amistad de entrambos. Ya no estar auisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y q̄ el se lo auia dicho a Anselmo, por poder ocupar algunos ratos en las mismas alabāças de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos: mas por estar ya aduertida, pasado aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogō Anselmo a Lotario, dixesse alguna cosa de las que auia compuesto a su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia dezir lo q̄ quiesse.

fiесе. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algùn amante loa a su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningùn oprobio haze a su buen credito. Pero sea lo que fuere, lo que se dezir, que ayer hize vn soneto a la ingratitud desta Clori, que dize así.

S O N E T O.

EN el silencio de la noche, quando
Ocupa el dulce sueño a los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al Cielo, y a mi Clori dando.
Y al tiempo quando el Sol se va mostrando,
Por las rosadas puertas Orientales,
Con suspiros, y acentos desiguales
Voy la antigua querella renouando.
Y quando el Sol dé su estrellado asiento,
Derechos rayos a la tierra embia,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
Buelue la noche, y bueluo al triste cuento,
Y siempre hállo en mi mortal porfia,
Al Cielo sordo, a Clori sin oydos.

Bien le parecio el Soneto a Camila, pero mejor a Anselmo, pues le alabò, y dixo, q̃ era demasiado cruel la dama, que a tan claras verdades no correspondia. A lo que dixo Camila: Luego todo aquello que los Poetas enamorados dizen, es verdad? En quanto Poetas no la dizen, respondió Lotario, mas en quanto enamorados, siempre quedan tan cortos, como

verdaderos. No ay duda desso, replicò Anselmo, rodo por apoyar, y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tã descuydada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario. Y así con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido que sus deseos, y escritos a ella se encaminauan, y que ella era la verdadera Clori, le rogò que si otro soneto, o otros versos sabia, los dixesse. Si se, respondió Lotario, pero no creo que es tan bueno como el primero, o por mejor dezir, menos malo. Y podrey s̃lo bien juzgar, pues es este.

S O N E T O.

YO se que muero, y si no soy creydo,
Es mas ciertò el morir, como es mas ciertò,
Verme a tus pies, o bella ingrata, muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podrè yo verme en la region de oluido,
De vida, y gloria, y de fauor desierto,
Valli ver se podra en mi pecho abierto,
Como tu hermoso rostro està esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfia,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
Ay de aquel que nauega el Cielo escuro,
Por mar no usado, y peligrosa via,
A donde Norte, o puerto no se efrece.
Tambien alabò este segundo soneto Anselmo, como auia hecho el primero, y desta manera yua añadiendo eslaun, a eslaun, a la cadena,

con que se enlazaua, y trauaua su deshonor; pues quando mas Lotario le deshonoraua, entonces le dezia q̄ estaua mas hōrado. Y cō esto, todos los escalones que Camila baxaua hāzia el cētro de su menor precio, los subia en la opiniō de su marido, hāzia la cūbre dela virtud, y de su buena fama. Succedio en esto, q̄ hallandose vna vez entre otras, sola Camila, con su donzella, le dixo: Corrida estoy, amiga Leonela de ver en quan poco he sabido estimarme, pues si quiera no hize, que con el tiēpo, comprara Lotario la entera possession, que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de estimar mi presteza, o ligereza, sin que eche de ver la fuerza que el me hizo, para no poder resistirle. No te de pena esto señora mia, respōdio Leonela, que no està la monta, ni es causa para mengua, la estimacion, darse lo que se da presto, si en efeto lo que se da es bueno, y ello por si digno de estimarse. Y aun suele dezirse, q̄ el q̄ luego da, da dos vezes. Tambiē se suele dezir, dixo Camila, que lo que cuesta poco, se estima en menos. No corre por ti esta razon, respōdio Leonela, porq̄ el amor, si gū he oydo dezir, vnas vezes, buela, y otras anda; cō este corre, y cō aquel va despacio; a vnos entibia, y a otros abraza; a vnos hiere, y a otros mata. En vn mesmo pūto comiença la carrera de sus desseos, y en aquel mesmo punto la acaba, y concluye. Por la mañana suele poner el cerco a vna fortaleza, y a la noche la tiēne

dida,

dida, porque no ay fuerza que le resista. Y fiendo asì, de que te espantas, o de que temes, si lo mismo deue de auer acontecido a Lotario, auiedo tomado el amor por instrumento de rendirnos la ausencia de mi señor? Y era forçoso q̄ en ella se cōcluyesse lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiēpo, para que Anselmo le tuuiesse de boluer, y con su presencia quedasse imperfecta la obra? Porque el amor no tiene otro mejor ministro, para executar lo que dessea, que es la ocasion: de la ocasion se sirven en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto se yo muy bien, mas de experiencia, q̄ de oydas: y algū dia te lo dirè sehora, q̄ yo tambiē soy de carne, y de sangre moça. Quanto mas señora Camila, que no te entregaste, ni diste tan luego, que primero no huieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones, y en las promesas, y dadiuas de Lotario, toda su alma, viendo en ella, y en sus virtudes, quā digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es asì, no te assaltè la imaginacion esos escrupulosos, y melindrosos pensamientos, sino asegurate, que Lotario te estima, como tu le estimas a el, y viene con contento, y satisfaciō, de que ya q̄ cayste en el laço amoroso, es el q̄ te aprieta de valor, y de estima. Y que no solo tiene las quatro. SS. que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo vn A. b. c. entero: fino escuhame, y veras co-

mo

mo te le digo de coro. El es segun yo veo, y a mi me parece, Agradecido, bueno, cauallero, dadinoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, moço, noble, honesto, principal, quantioso, rico, y las SS. que dizen. Y luego, rancito, verdadero. La X. no le quadra, porq̃ es le tra aspera. La Y. ya está dicha. La Z. zelador de tu honra. Riose Camila del A. b. c. de su donzella, y tuuola por mas platica en las cosas de amor, q̃ ella dezia. Y assi lo confesso ella, descubriendo a Camila, como trataua amores cō vn mancebo bien nacido, de la mesma Ciudad. De lo qual se turbò Camila, remiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuro la, si passauan sus platicas a mas que serlo. Ella con poca vergüença, y mucha dessemboltura, le respòdio, que si passauan. Porque es cosa ya cierta, q̃ los descuydos de las señoras, quitan la vergüença a las criadas, las quales quãdo vè a las amas echar traspies, no se le da nada a ellas, de coxear ni de q̃ lo sepan. No pudo hazer otra cosa de Camila, sino rogar a Leonela, no dixesse nada de su hecho, al q̃ dezia ser su amante, y que tratasse sus cosas cō secreto, porq̃ no viniessen a noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respòdio, que assi lo haria, mas cùpliolo de manera, q̃ hizo cierto el temor de Camila, de q̃ por ella auia de perder su credito. Porq̃ la deshonesto, y atreuída Leonela, despues q̃ vio q̃ el proceder de su ama no era

el

el q̃ solia, arreniose a entrar, y poner dētro de casa a su amāte, confiada q̃ aunque su señora le viesse, no auia de osar descubrille. Que este daño acarrea entre otros los pecados de las señoras, q̃ se hazē esclauas de sus mesmas criadas, y se obligan a encubrirles sus deshonestidades, y vilezas, como aconteciò con Camila. Que aunque vio vna, y muchas vezes, q̃ su Leonela estaba cō su galan en vn aposento de su casa, no solo no la osaua reñir, mas dauale lugar a que lo encerrasse, y quitauale todos los estoruos, para q̃ no fuesse visto de su marido. Pero no los pudo quitar, que Lotario no le viesse vna vez salir, al rōper del alua. El qual sin conocer quié era, pensò primero q̃ deuia de ser alguna fantasma. Mas quando le vio caminar, emboçarse, y encubrirse, con cuydado, y recato, cayò de su simple pensamiento, y dio en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara. Pensò Lotario q̃ aquel hombre q̃ auia visto salir tã a deshora de casa de Anselmo, no auia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordò si Leonela era en el mundo. Solo creyò que Camila, de la misma manera que auia sido facil y ligera cō el, lo era para otro, que estas añadiduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el credito de su honra, con el mesmo a quié se entregò rogada, y persuadida. Y cree que con mayor facilidad se entrega a otros y dà in salible credito a qualquiera sospecha que de-

sto

lito le venga. Y no parece sino que le faltò a Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fuerò de la memoria todos sus aduer-
tidos discursos. Pues sin hazer alguno que bueno fuesse, ni aun razonable, sin mas ni mas, antes q̃ Anselmo se leuantasse impaciète, y ciego de la zelosa rabia, que las entrañas le roia, muriendo por vègarfe de Camila, q̃ en ninguna cosa le auia ofendido, se fue a Anselmo, y le dixo: Sabe te Anselmo, q̃ ha muchos dias q̃ he andado peleando conmigo mesmo, haziédome fuerça, a no dezirte lo q̃ ya no es possible, ni justo que mas te encubra. Sabete que la fortaleza de Camila, està ya rendida, y sujera a todo aquello que yo quisiere hazer della, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liniano antojo suyo, o si lo hazia por prouarme, y ver si eran con proposito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado. Crey ansimismo, que ella si fuera la que denia, y la q̃ entrambos pensauamos, ya te huiera dado cuèta de mi solicitud. Pero auiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado, de que quãdo otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablarà en la recamara, donde està el re-
puesto de tus halajas, (y era la verdad, q̃ alli le solia hablar Camila) y no quiero q̃ precipitosamente corras a hazer alguna vengança, pues no està aun cometido el pecado, sino con pen-
samiento

famiènto, y podria ser, que deste, hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudasse el de Camila, y naciesse en su lugar el arrepètimiento. Y así ya que en todo, o en parte has seguido siempre mis consejos, sigue, y guarda vno que aora te dire, para q̃ sin engaño, y con medroso aduertimiento te satisfagas de aquello q̃ mas vieres q̃ te conuenga. Finge que te ausentas por dos, o tres dias, como otras vezes sueles, y haz de manera q̃ te quedes escòdido en tu recamara, pues los rapizes q̃ alli ay, y otras, cosas con q̃ te puedes encubrir, te ofrecè mucha comodidad, y entonces veras por tus mismos ojos, y yo por los míos, lo q̃ Camila quiere: y si fuere la maldad q̃ se puede temer, antes q̃ esperar, cò silencio, sagacidad, y discreciò podras ser el verdugo de tu agrauio. Absorto, suspenso, y admirado quedò Anselmo, cò las razones de Lotario, porq̃ le cogierò en tiempo donde menos las esperaba oyr, porq̃ ya tenia a Camila por vècedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaua a gozar la gloria del vencimiento. Callàdo estuuo por un buen espacio miràdo al suelo sin mouer pestaña, y al cabo dixo: Tu lo has hecho Lotario, como ya esperaba de tu amistad, en todo he de seguir tu consejo, haz lo q̃ quisieres, y guarda aquel secreto, q̃ ves que còuiene en caso tan pensado. Prometioselo Lotario, y en apartandose del se, arrepintio totalmente quando le auia dicho, viendo quan neciamente auia

auia andado, pues pudiera el vengarse de Camila, y no por camino tan cruel, y tan deshonesto. Maldizia su entendimiento, afeava su ligera determinacion, y no sabia que medio tomar para deshazer lo hecho, o para dalle alguna razonable salida. Al fin acordò de dar cuenta de todo a Camila, y como no faltaua lugar para poderlo hazer, aquel mismo dia la hallò sola. Y ella assi como vio que le podia hablar, le dixo: Sabed amigo Lotario que tengo vna pena en el coraçon, que me le aprieta de fuerte, que parece que quiere rebentar en el pecho, y ha de ser marauilla fino lo haze. Pues ha llegado la desuerguença de Leonela a tanto, q cada noche encierra a vn galan suyo en esta casa, y se està con el hasta el dia, tan a costa de mi credito, quanto le quedará campo abierto de juzgarlo, al q le viere salir a horas tan inusitadas de mi casa: y lo q me fatiga es, q no la puedo castigar, ni reñir. Que el ser ella secretario de nuestros tratos, me ha puesto vn freno en la boca, para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto dezia, creyò Lotario que era artificio para desmentille, que el hombre que auia visto salir era de Leonela, y no suyo: pero viendo la llorar, y afligirse, y pedirle remedio, vino a creer la verdad, y en creyendola acabò de estar confuso, y arrepentido del todo. Pero con todo esto respondio a Camila, que no tuuiesse

pe-

pena, que el ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela. Diole assi mismo lo que instigado de la furiosa rauia de los zelos, auia dicho a Anselmo, y como estava còcertado de esconderse en la recamara, para ver desde allí la clara la poca lealtad que ella le guardaua. Pidiòle perdon desta locura, y còsejo para poder remedialla, y salir bien de tan rebuelto laberinto, como su mal discurso le auia puesto. Espàrada quedò Camila de oyr lo que Lotario le dezia, y con mucho enojo, y muchas y discretas razones le riò, y afeò su mal pensamiento, y la simple, y mala determinacion que auia tenido. Pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien, y para el mal, mas que el varon; puesto que le va faltando, quando de proposito se pone a hazer discursos: luego al instante hallò Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y diò a Lotario, q procurasse que otro dia se escòdiesse Anselmo donde dezia, porque ella pensaua sacar de su escondimiento comodidad, para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento, le aduirtio que ruuiesse guardado que en estando Anselmo escondido, el viniessse quando Leonela le llamasse, y que a quanto ella le dixesse, le respondiesse, como respondiera, aunque no supiera que Anselmo le escuchaua. Poriò Lotario que le acabasse de

de-



declarar su intencion, porque con mas seguridad, y auiso guardasse todo lo que viesse ser necesario. Digo, dixo Camila, que no ay mas que guardar, sino fuere responderme como yo os preguntare. No queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaua hazer, temerosa que no quisiesse seguir el parecer que a ella tan bueno le parecia, y signiesse, o buscasse otros, que no podrian ser tan buenos. Con esto se fue Lotario, y Anselmo otro dia con la escusa de yr a aquella aldea de su amigo, se partio, y boluio a esconderse, q̄ lo pudo hazer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila, y Leonela. Escondido pues Anselmo cō aquel sobresalto que se puede imaginar, que tendria el que esperaua ver por sus ojos hazer notomia de las entrañas de su honra, yuase a pique de perder el fumo bien, que el pensaua q̄ tenia en su querida Camila. Seguras, ya y ciertas Camila, y Leonela, que Anselmo estaua escondido, entraron en la recamara, y a penas huuo puesto los pies en ella Camila, quando dando vn grande suspiro dixo: Ay Leonela amiga, no seria mejor, que antes que llegasse a poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estoruarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido, y passasses con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razón que yo lleue la pena de la agena culpa. Primero quiero saber, que es lo que vieron en mi los

atre-

atrenidos, y deshonestos ojos de Lotario, que fuesse causa de darle atreuimiēto a descubrirme vn tan mal desseo; como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo, y en deshonra mia. Ponte Leonela a essa ventana, y llamale, que sin duda alguna el deue de estar en la calle esperando poner en efeto su mala intención. Pero primero se pondrá la cruel, quāto hōrada mia. Ay señora mia, respondio la sagaz, y aduertida Leonela, y q̄ es lo que quieres hazer con esta daga? Quieres por ventura quitarte la vida? o quitarsela a Lotario? q̄ qualquiera de las cosas, q̄ quieras, ha de redūdar en perdida de tu crédito, y fama. Mejor es q̄ dissimules tu agrauio, y no des lugar a q̄ este mal hōbre entre agora en esta casa, y nos halle solas: mira señora, q̄ somos flacas mugeres y el es hōbre, y determinado, y como viene cō aq̄l mal proposito ciego, y apassionado, quiza antes que tu pōgas en execucion el tuyo, hara el lo q̄ te estaria mas mal, q̄ quitarte la vida. Mal aya mi señor Anselmo, q̄ tanto mādō ha querido dar a este desuello caras en su casa. Y ya señora q̄ le mates, como yo piēfo q̄ quieres hazer, q̄ hemos de hazer del despues de muerto? Que amiga, respōdio Camila, dexaremosle para que Anselmo le entierre: pues será justo q̄ tēga por descāso el trabajo q̄ tomare en poner debaxo la tierra su misma infamia. Llamale acaba, q̄ todo el tiempo q̄ tardare en tomar la denida vengança de mi agrauio,

G g

nio, parece q̄ ofendo a la lealtad q̄ a mi esposo
 deuo. Todo esto escuchaua Anselmo, y a cada
 palabra q̄ Camila dezia, se le mudauan los pen-
 samientos. Mas quando entendio que estaua re-
 suelta en matar a Lotario, quiso salir, y descu-
 brirse, porque tal cosa no se hiziesse: pero de-
 tuuole el desseo de ver en que paraua tanta ga-
 llardia, y honesta resolucion, con proposito de
 salir a tiempo que la estoruasse. Tomole en esto
 a Camila vn fuerte desmayo, y arrojandose en-
 cima de vna cama que alli estaua, començo Leo-
 nela a llorar muy amargamente, y a dezir: Ay
 desdichada de mi, si fuesse tan sin ventura, que
 se me muriesse aqui entre mis brazos la flor de
 la honestidad del mundo, la corona de las bue-
 nas mugeres, el exemplo de la castidad, con o-
 tras cosas a estas semejantes, que ninguno la
 escuchara, q̄ no la tuuiera por la mas lastimada,
 y leal donzella del mundo: y a su señora por o-
 tra nueua, y perseguida Penelope. Poco tardò
 en boluer de su desmayo Camila, y al boluer
 en si, dixo: Porque no vas Leonela a llamar al
 mas leal amigo de mi amigo que vio el Sol, o
 cubrio la noche? A caba, corre, aguija, camina,
 no se esfogue cò la tardança el fuego de la co-
 lera que tengo, y se passe en amenazas, y maldi-
 ciones la justa vengança que espero. Ya voy a
 llamarle señora mia, dixo Leonela, mas has me
 de dar primero esta daga, porque no hagas co-
 sa en tanto que falto, que dexes con ella que
 llorar

llorar toda la vida a todos los que bié te quie-
 ren. Ve segura, Leonela amiga, que no hare, re-
 spondio Camila, porque ya que sea atreuida, y
 simple a tu parecer en boluer por mi honra, no
 lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de
 quien dicen, q̄ se matò sin auer comedido error
 alguno, y sin auer muerto primero a quié tuuo
 la causa de su desgracia: yo morire si muero, pe-
 ro ha de ser vengada, y satisfecha del que me
 ha dado ocasion de venir a este lugar a llorar
 sus atreuimientos, nacidos tan sin culpa mia.
 Mucho se hizo de rogar Leonela antes que sa-
 liesse llamar a Lotario, pero en fin salio, y en-
 tretanto que boluia q̄dò Camila diziendo, co-
 mo q̄ hablaua consigo misma: Valame Dios, no
 fuera mas acertado auer despedido a Lotario,
 como otras muchas vezes lo he hecho, q̄ no po-
 nerle en condicion, como ya le he puesto, q̄ me
 tenga por deshonesto, y mala, siquiera este tiem-
 po q̄ he de tardar en desengañarle? mejor fue-
 ra sin duda: pero no q̄dara yo vengada, ni la ho-
 ra de mi marido satisfecha, si tan a manos laua-
 das, y tã a passo llano se boluiera a salir de dō
 de sus malos pensamientos le entraron. Pague
 el traydor con la vida, lo q̄ intentò cō mi desseo.
 Sepa el mundo (si a caso llega a sa-
 berlo) de q̄ Camila no solo guardò la lealtad a
 su esposo, sino q̄ le dio vengança del q̄ se atreuió
 a ofendelle. Mas cò todo creo, que fuera mejor
 dar cuenta desto a Anselmo, pero ya se la apun-



te a dar en la carra q̄ le escreui al aldea, y crey
q̄ el no acudir el al remedio del daño q̄ alli le
señalè, deuio de ser q̄ de puro bueno, y cōfiado,
no q̄so, ni pudo creer q̄ en el pecho de su tã fir-
me amigo pudiesse caber genero de pensamien-
to que cōtra su hōra fuesse, ni aũ yo lo crey des-
pues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su
insolècia no llegara a tãto q̄ las manifestas da-
diuas, y las largas promesas, y las continuas la-
grimas no me lo manifestaran. Mas para q̄ hago
yo aora estos discursos? tiene por vètura vna re-
soluciō gallarda neccsidad de cōsejo alguno
no por cierto. A fuera pues traydores, aqui ven-
gãças: entre el falso, vëga, llegue, muera, y aca-
be, y suceda lo q̄ sucediere. Limpia entrè en po-
der del q̄ el cielo me dio por mio, limpia he de
salir del, y quando mucho saldre bañada en mi
casta sangre, y en la impura del mas falso ami-
go q̄ vio la amistad en el mūdo: y dizièdo esto
se passeaua por la sala cō la daga desembayna-
da, dãdo tan descōcertados, y desaforados pas-
sos, y haziendo tales ademanes, q̄ no parecia si-
no q̄ le faltaua el iuyzio, y q̄ no era muger deli-
cada, sino vn rufian desesperado. Todo lo mira-
ua Anselmo cubierto de tras de vnos tapizes,
dōde se auia escōdido, y de todo se admiraua, y
ya le parecia que lo q̄ auia visto, y oydo era ba-
stãte satisfacion para mayores sospechas: y ya
quisiera la prueua de venir Lotario faltara, te-
meroso de algũ mal repèrino suceso: y estando
ya

ya para manifestarse, y salir para abraçar, y de-
fengañar a su esposa, se detuvo, porq̄ vio q̄ Leo-
nela boluia cō Lotario de la mano, y asì como
Camila le vio, haziendo cō la daga en el suelo v-
na gran raya delante della, le dixo: Lotario ad-
uierre lo q̄ te digo, si a dicha te atreuires a pas-
sar desta raya q̄ ves, ni aũ llegar a ella, en el pũ-
to q̄ viere q̄ lo intècas, en esse mismo me passare
el pecho cō esta daga q̄ en las manos tẽgo: y an-
tes q̄ a esto me respōdas palabra, quiero q̄ otras
algunas me escuches, q̄ despues respōderas lo
q̄ mas te agradare. Lo primero, quiero Lotario
q̄ me digas, si conoces a Anselmo mi marido, y
en q̄ opinion le tienes? Y lo segũdo, quiero sa-
ber tãbien si me conoces a mi? Respondeme a
esto, y no te turbes, ni piẽses mucho lo q̄ has de
respōder: pues no son dificultades las q̄ te pre-
gunto. No era tã ignorante Lotario, q̄ desde el
primer punto q̄ Camila le dixo q̄ hiziesse escō-
der a Anselmo, no huuiesse dado en la cuẽta de
lo q̄ ella pensaua hazer, y asì correspondio con
su intencion tan discretamente, y tã a tiẽpo, q̄
hizieran los dos passar aquella mètira por mas
q̄ cierta verdad, y asì respondio a Camila de-
sta manera: No pente yo, hermosa Camila, q̄ me
llamauas para preguntarme cosas tã fuera de
la intencion con q̄ yo aqui uẽgo: si lo hazes por
dilatarme la prometida merced, desde mas le-
jos pudieras entretenerla, porq̄ tanto mas fa-
tiga el bien desleado, quanto la esperança està
Gg 3 mas



mas cerca de posseello: pero porq̃ no digas que no respôdo a tus preguntas, deſſo que conoço a tu eſpoſo Anſelmo, y nos conocemos los dos deſde nueſtros mas tiernos años, y no quie ro dezir lo que tambiẽ ſabes de nueſtra amiſtad por me hazer teſtigo del agrauio q̃ el amor ha ze q̃ le haga, poderoſa diſculpa de mayores yer ros. A ti te conoço, y tẽgo en la miſma poſſeſion que el te tiene, que a no ſer aſſi, por menos prendas que le tuyas, no auia yo de yr contra lo q̃ deuo a ſer quien ſoy, y contra las ſantas le yes de la verdadera amiſtad, aora por tã pode roſo enemigo como el amor, por mi rompidas, y violadas. Si eſſo conſeſſas, reſpôdio Camila, enemigo mortal de todo aquello que juſtamẽ te merece ſer amado, con q̃ roſtro oſas parecer ante quiẽ ſabes que es el eſpejo donde ſe mira aquel en quien tu te deuieras mirar, para que vieras con quan poca ocaſion le agrauias? Pe ro ya cayo, hay deſdichada de mi, en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca cõ lo q̃ a ti miſmo deues, que deue de auer ſido alguna deſemboltura mia, que no quiero llamarla deſhoneſtidad, pues no aura procedido de deli bera da determinacion, ſino de algun deſcuydo de los que las mugeres, que piensan que no tie nen de quien recatarſe, ſuelen hazer inaduer ti damente. Sino dime quando, o traydor, reſpon di a tus ruegos, con alguna palabra, o ſeñal, q̃ pudieſſe deſpertar en ti alguna ſombra de eſ perança,

perança, de cõplir tus infames deſſeos? Quan do tus amoroſas palabras no fueron deſhe chas, y reprehendidas de las mias, con rigor, y cõ al pereza? Quando tus muchas promeſas y mayores dadiuas fuerõ de mi creydas, ni admi tidas? Pero por parecerme que alguno no pue de perſeuerar en el intento amoroso luengo tiẽ po, ſino es ſuſtentado de alguna eſperança, quie ro atribuyrme a mi la culpa de tu impertinen cia: pues ſin duda algun deſcuydo mio ha ſuſtẽ tado tanto tiempo tu cuydado, y aſſi quiero ca ſtigarme, y darme la pena q̃ tu culpa merece. Y porque dieſſes que ſiẽdo conmigo tan inhuma na, no era poſſible dexar de ſerlo contigo, qui ſe traerte a ſer teſtigo del ſacrificio, que pienſo hazer a la ofendida honra de mi tan honrado marido, agrauiado de ti cõ el mayor cuydado q̃ te ha ſido poſſible: y de mi tãbiẽ con el poco recato que he tenido del huyr la ocaſion, ſi al guna te di para fauorecer, y canonizar tus ma las intenciones. Torno a dezir, q̃ la ſoſpecha q̃ tengo, que algũ deſcuydo mio engẽdrõ en ti tã deſuaria dos penſamientos, es la que mas me fa tiga, y la que yo mas deſſeo caſtigar cõ mis pro prias manos: porq̃ caſtigãdome otro verdugo, quiza ſeria mas publica mi culpa: pero antes q̃ eſto haga quiero matar muriendo, y llenar cõ mi ſo quien me acabe de ſatisfazer el deſſeo de la re gança que eſpero, y tengo, viendo alla dõde quiera q̃ fuere la pena que dà la juſticia deſin

teressada, y que no se dobla al q̄ en terminos tan desesperados me ha puesto. Y diziendo estas razones con vna increyble fuerça y ligereza arremetio a Lotario con la daga desembaynada, cō tales muestras de querer enclauarcela en el pecho, q̄ casi el estubo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas, o verdaderas: por q̄ le fue forçoso valerse de su industria, y de su fuerça, para estornar q̄ Camila no le diese, la qual tã viuamēte fingia aquel extraño embuste, y fealdad, q̄ por dalle color de verdad, la quiso matizar cō su misma sangre: porque viendo q̄ no podia auer a Lotario, o fingiendo que no podia, dixo: Pues la suerte nō gere satisfacer del todo mi tã justo desseo, alomenos no serã tã poderoso, q̄ en parte me quite q̄ no le satisfaga: y haziendo fuerça para soltar la mano de la daga q̄ Lotario la tenia asida, la sacò, y guiado su punta por parte que pudiesse herir, no profundamente, se la entrò, y escondio por mäs arriba de la isilla del lado yzquierdo juto al ombro, y luego se dexò caer en el suelo como desmayada. Estauan Leonela, y Lotario suspensos, y atontados de tal suceso, y toda via dudauã de la verdad de aq̄l hecho, viendo a Camila tendida en tierra, y bañada en su sangre: acudio Lotario cō mucha presteza, despauorido, y sin aliento a sacar la daga, y en ver la pequeña herida salio del temor que hasta entonces tenia, y de nuevo se admira de la sagacidad, prudencia, y muchacha

cha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que a el le tocaba, començò a hazer vna larga, y triste lametaciō sobre el cuerpo de Camila, como si estuuiera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo a el, sino al q̄ auia sido causa de auelle puesto en aq̄l termino. Y como sabia q̄ le escuchaua su amigo Anselmo, dezia cosas, q̄ el q̄ le oyera le tuuiera mucha mas lastima q̄ a Camila, aunq̄ por muerta la juzgara. Leonela tomò en brazos y la puso en el lecho, suplicando a Lotario fuesse abuscar quien secretamente a Camila curasse. Pediale asì mismo consejo, y parecer de lo que dirian a Anselmo de aquella herida de su señora, si a caso viniesse antes q̄ estuuiesse sana. El respòdio, q̄ dixessen lo q̄ quisiessen, q̄ el no estaua para dar cōsejo q̄ de prouecho fuesse, solo le dixo q̄ procurasse tomarle da sangre, porq̄ el se yua a donde gentes no le viesse. Y con muestras de mucho dolor, y sentimiēto se salio de casa, y quando se vio solo, y en parte donde nadie le vedia, no cessaua de hazerse Cruces, marauillándose de la industria de Camila, y de los ademanes tã propios de Leonela. Consideraua quan enterado auia de quedar auia Anselmo de que tenia por muget a vna segunda Porcia, y desseaue verse con el, para celebrar, los dos la mētira, y la verdad, mas dissimulada, q̄ jamas pudiera imaginarse. Leonela tomò, como se ha dicho, la sangre a su señora, que no era mas de aquello q̄ bastò para



acreditar su embuste, y lavando cō vn poco de vino la herida, se la arò lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaua, q̄ aunque no huuieran precedido otras, bastaran a hazer creer a Anselmo, que tenia en Camila vn simulacro de la honestidad. Iuntaronse a las palabras de Leonela, otras de Camila, llamandose couarde, y de poco animo, pues le auia faltado al tiẽpo q̄ fuera mas necessario tenerle, para quitarse la vida, que tan aborrecida tenia. Pedia consejo a su donzella, si diria, o no, todo aquel suceso a su querido esposo, la qual le dixo, q̄ no se lo dixesse, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podia ser sin mucho ruego suyo, y q̄ la buena muger estaua obligada a no dar ocasion a su marido a que riñesse, sino a quitalle todas aquellas que le fuesse possible. Respõdio Camila, q̄ le parecia muy biẽ su parecer, y que ella le seguiria. Pero que en todo caso conuenia buscar que dezir a Anselmo de la causa de aquella herida q̄ el no podria dexar de ver: a lo que Leonela respondia, que ella ni aun burlando no sabia mentir. Pues yo hermana, replicò Camila, q̄ tẽgo de saber? que no me atreuer a forjar, ni sustentar vna mentira si me fuesse en ello la vida? Y si es que no hemos de saber dar salida a esto, mejor serà dezirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena señora de aqui a mañana, respondió Leonela, yo

yo pensarè que le digamos, y quiza que por ser la herida donde es, la podras encubrir sin que ella vea, y el Cielo serà seruido de fauorecer a nuestros tan justos, y tan honrados pensamientos. Sossiegate señora mia, y procura sossegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobrecitada: y lo demas dexalo a mi cargo, y al de Dios, q̄ siempre acude a los buenos desseos. Atentissimo auia estado Anselmo a escuchar, y a ver representar la tragedia dela muerte de su honra: laqual con tan estraños, y eficazes efectos la representaron los personages della, que parecia que se auia transformado en la misma verdad de lo que fingia. Desseaua mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y yr a verse con su buen amigo Lotario, congratulandose con el de la Margarita preciosa que auia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuuieron cuydado las dos de darle lugar, y comodidad a que saliesse, y el fin perdella salio, y luego fue a buscar a Lotario, el qual hallado, no se puede buenamente contar los abraços que le dio, las cosas que de su contẽto le dixo las alabanças que dio a Camila. Todo lo qual escuchò Lotario sin poder dar muestras de alguna alegria: porque se le representaua a la memoria quan engañado estaua su amigo, y quan injustamente el le agrauiaua. Y aunque Anselmo vehia q̄ Lotario no se alegraua, creia ya ser la causa por auer dexado a Camila herida,



da, y auer el fido la causa. Y así entre otras razones le dixo, que no tuuiesse pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera: pues quedauan de cócierto de encubrirela a el. Y que segú esto no auia de que temer, sino q de allí adelante se gozasse, y alegrasse con el, pues por su industria, y medio el se veia levantado a la mas alta felicidad, que acertara desearse, y queria q no fuesen otros sus entretenimientos que en hazer versos en alabanza de Camila, que la hiziesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabò su buena determinacion, y dixo, que el por su parte ayudaria a levantar tan illustre edificio. Cò esto quedò Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo auer en el mūdo: el mismo lleva por la mano a su casa, creyendo que lleva el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama. Recebiale Camila con rostro al parecer torcido, aunque cò alma risueña. Durò este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses boluio fortuna su rueda, y fallio a plaça la maldad con tanto artificio hasta allí cubierta, y a Anselmo le costò la vida, su improprio curiosidad.

Cap. XXXV. Donde se da fin a la nouela del curioso impertinente.

Poco mas quedaua por leer de la nouela quando del camaranchon donde reposaua don Quixote, salio Sācho Pança todo albor-

ro:

torado, diziendo a bozes: Acudid señores presto, y socorred a mi señor, que anda embuelto en la mas reñida, y trauada batalla, q mis ojos han visto. Viue Dios que ha dado vna cuchillada al Gigante enemigo de la señora Princesa Micomicona, q le ha tajado la cabeça cercen a tercè, como si fuera vn nabo. Que dezis hermano, dixo el Cura, (dexando de leer lo q de la novela q daua) estays en vos Sancho? Como diablos puede ser esto q dezis, estādo el Gigante dos mil leguas de aqui? En esto oyerò vn gran ruido en el aposento, y q don Quixote dezia a bozes: Tente ladron Malandrín follon, q aqui te rēgo, y no te ha de valer tu cimitarra. Y parecia q daua grandes cuchilladas por las paredes. Y dixo Sācho, no tienē que pararse a escuchar, sino entrē a despartir la pelea, o a ayudar a mi amo: aunq ya no sera menester, porq sin duda alguna el Gigāte estā ya muerto, y dādo cuēta a Dios de su passada, y mala vida, q yo vi correr la sāgre por el suelo, y la cabeça cortada, y cayda a vn lado q es tamaña como vn grā cuero de vino. Que me matē, dixo a esta sazò el ventero, si dō Quixote, o dō diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, q a su cabecera estauan llenos, y el vino derramado, deue de ser lo q le parece sangre a este buen hōbre. Y cò esto entro en el aposento, y todos tras el, y hallaron a don Quixote en el mas estraño traje del mundo: estaua en camisa,

la



la qual no era tan cumplida, que por delante le acabasse de cubrir los muslos, y por detras tenia seys dedos menos: las piernas erā muy largas, y flacas, llenas de vello, y no nada limpias. Tenia en la cabeça vn bonetillo colorado gualfiento, que era del ventero. En el braço yzquierdo tenia rebuelta la manita de la cama, con quē tenia ogeriza Sancho, y el se sabia bien el porqué. Y en la derecha desembaynada la espada, con la qual daua cuchilladas a todas partes, diciēdo palabras, como si verdaderamēte estuniera peleando con algun Gigante: y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaua durmiēdo, y soñando que estaua en batalla cō el Gigante. Que fue tan intensa la imaginacion de la auentura que yua a fenecer, q̄ le hizo soñar que ya auia llegado al Reyno de Micomicon, y que ya estaua en la pelea con su enemigo, y auia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daua en el Gigante, que todo el aposento estaua lleno de vino: lo qual visto por el vterero, tomo tanto enojo, que arremetio cō don Quixote, y a puño cerrado le començo a dar tantos golpes, que si Cardenio y el Cura no se le quitaran, el acabara la guerra del Gigante, y con todo aquello no despertaua el pobre cauallero, hasta que el Barbero truxo vn gran caldero de agua fria del pozo, y se le echo por todo el cuerpo, de golpe, cō lo qual despertò don Quixote, mas no cō tanto acuerdo,

do, que echasse de ver de la manera que estaua. Dorotea q̄ vio quan corta, y sotilmente estaua vestida, no quiso entrar a ver la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andaua Sācho buscando la cabeça del Gigante, por todo el suelo, y como no la hallaua, dixo: Ya yo se que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez, en este mesmo lugar donde aora me hallo, me dieron muchos moxicones, y porrazos, sin saber quien me los daua, y nunca pude ver a nadie: y aora no parece por aqui esta cabeça, que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo, como de vna fuente. Que sangre, ni que fuente dizes, enemigo de Dios, y de los Santos, dixo el ventero? No vees, ladrō, que la sangre, y la fuente, no es otra cosa, que estos cueros que aqui estan horadados, y el vino rinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos, de quien los horadò? No se nada, respondió Sancho, solo se, que vendré a ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeça, se me ha de deshazer mi Cōdado, como la sal en el agua. Y estaua peor Sancho despierto, que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le auia hecho. El ventero se desesperaua de ver la flemma del escudero, y el maleficio del señor, y juraua que no auia de ser como la vez passada, que se le fueron sin pagar: y que aora no le auian de valer los priuilegios de su caualleria, para dexar de pagar lo vno



vno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen coltar las botanas q se auian de echar a los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos a dō Quixote, el qual creyēdo que ya auia acabado la auentura, y que se hallaua delante de la Princesa Micomicona, se hincò de rodillas delante del Cura, diziendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta, y famosa señora, viuir de oy mas segura, que le pueda hazer mal esta mal nacida criatura, y yo tambien de oy mas soy quito de la palabra que os di, pues cō el ayuda del alto Dios, y cō el fauor de aquella por quien yo viuo, y respiro, tambien la he cumplido. No lo dixeyo, dixoy oyendo esto Sancho, si que no estaua yo boracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al Gigante: Ciertos son los toros, mi Condado esta de molde. Quien no hauia de reyr con los disparates de los dos, amo, y moço? Todos reyan, si no el ventero, que se daua a Satanas. Pero en fin, tanto hizieron el Barbero; Cardenio; y el Cura, que con no poco trabajo dieron con don Quixote en la cama, el qual se quedò dormido, con muestras de grandissimo cansancio. Dexaronle dormir, y salierōse al portal de la veta, a consolar a Sancho Pança, no hauer hallado la cabeza del Gigante: aunque mas tuuierō que hazer en aplacar al ventero, q estaua desesperado por la repentina muerte de sus cueros: y la ventera dezia en boz, y en grito: En mal puto, y en hora menguada entrò en mi casa este cana-

lle-

llero andante, que nunca mis ojos le huuieran visto, que tan caro me cuesta. La vez passada se fue con el costo de vna noche, de cena, cama, paga, y cenada, para el, y para su escudero, y vn rozin, y vn jumento, diziendo que era cauallero auenturero, q mala auentura le dè Dios a el, y a quantos auentureros ay en el mundo: y q por esto no estaua obligado a pagar nada, que assi estaua escrito en los aranzels de la caualleria andantesca. Ya ora por su respeto, uino estotro señor, y me lleuò mi cola, y hamela buuelto con mas de dos quartillos de daño, toda pelada, q no puede seruir para lo que la quiere mi marido. Y por fin, y remate de todo, romperme mis cueros, y derramarme mi vino: que derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que por los hueffos de mi padre, y por el siglo de mi madre, sino me lo han de pagar vn quarto sobre otro, o no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas, y otras razones tales, dezia la vètera, cō grãde enojo: y ayudaua la su buena criada Maritornes. La hija callaua, y segò todo, prometiēdo de satisfazerles su pdida, lo mejor q pudiesse, assi de los cueros, como del vino: y principalmēte del menoscabo de la cola, de quiè rãta cuèta haziã. Dorotea còsolò a Sancho Pança, diziendole, que cada y quando que pareciesse hauer sido verdad q su amo hubiese descabegado al Gigante, le prometia en

H h

vien-



viéndose pacífica en su Reyno, de darle el mejor Condado que en el huviessse. Consolose con esto Sancho, y assegurò a la Princesa, que tuviessse por cierto que el hauiá visto la cabeça del Gigante, que por mas señas, tenia vna barba q le llegaua a la cintura, y que sino parecia, era, porque todo quâto en aquella casa passaua, era por via de encantamento, como el lo hauiá prouado otra vez que auia posado en ella. Dorotea dixo, que assi lo chrehia, y que no tuviessse pena, q todo se haria biẽ, y sucederia a pedir de boca. Sossegados todos, el Cura quiso acabar de leer la nouela, porq vio que faltaua poco. Cardenio, Dorotea, y todos los denas le rogaron la acabasse: el, que a todos quiso dar gusto, y por el que el renia de leerla, prosiguió el cuento, que assi dezia.

Sucedio pues, que por la satisfacion que Anselmo tenia, de la bondad de Camila, viuia vna vida contenta y descuydada: y Camila de industria, hazia mal rostro a Lotario, porque Anselmo entendiessse al reues, de la voluntad que le tenia: y para mas cõfirmaciõ de su hecho, pidió licencia Lotario, para no venir a su casa, pues claramente se mostraua la pesadumbre que con su vista Camila recbia: mas el engañado Anselmo le dixo que en ninguna manera ral hiziessse. Y desta manera, por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonrra, creyendo

do que lo era de su gusto. En esto, el que tenia Leonela de verse qualificada, no de cõ sus amores, llegò a tanto, que sin mirar a otra cosa, se yua tras el a suelta rienda: fiada en q su señora la encubria, y aun la aduertia del modo que cõ poco rezelo pudieffe ponerle en execucion. En fin, vna noche sintio Anselmo passos en el aposento de Leonela, y queriẽdo entrar a ver quiẽ los daua, sintio que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tãta fuerça hizo, que la abrio, y entrò dentro a tiempo que vio que vn hombre saltaua por la ventana a la calle: y acudiendo con presteza a alcançarlo, o conocerle, no pudo conseguir lo vno, ni lo otro, porq Leonela se abraçò cõ el, diciendole: Soslegate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aqui saltò: es cosa mia, y tanto, q es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo, sacò la daga, y quiso herir a Leonela, diciẽdole, que le dixesse la verdad, sino que la mataria. Ella cõ el miedo, sin saber lo q se dezia, le dixo. No me mates, señor, que yo te dirẽ cosas de mas importancia de las q puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, sino muerteres. Por aora sera imposible, dixo Leonela: segun estoy de turbada, dexame hasta mañana, que entõces sabras de mi lo que te ha de admirar: y està seguro, que el q saltò por esta ventana, es vn mãcebo desta ciudad, q me ha dado la mano de ser mi esposo. Soslegose cõ esto Anselmo,



y quiso aguardar el termino q se le pedia, por que no pësaua oyr cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho, y seguro assi se salio del aposento, y dexò encerrada en el a Leonela, diziédole, que de alli no saldría, hasta que le dixesse lo que tenia que dezirle. Fue luego a ver Camila, y a dezirle, como le dixo, todo aquello que con su donzella le auia pasado, y la palabra que le auia dado de dezirle las grandes cosas, y de importancia. Si se turbò Camila, o no, no ay para que dezirlo, porque fue tanto el temor que cobro, creyendo verdaderaméte (y era de creer) que Leonela auia de dezir a Anselmo, todo lo q sabia de su poca fe, q no tuuo animo para esperar si su sospecha fua falsa, o no. Y aquella mesma noche, quando le pareció q Anselmo dormia, juntò las mejores joyas q tenia, y algunos dineros, y sin ser de nadie sètida, salio de casa, y se fue a la de Lotario, a quié contò lo q passaua, y le pidio, q la pusiese en cobro, o q se ausentassen los dos, dõde de Anselmo pudiesen estar seguros. La cõfusión en que Camila puso a Lotario, fue tal, que no le sabia respõder palabra, ni menos sabia resoluerse en lo q haria. En fin, acordò de llevar a Camila a vn Monasterio, en quié era Priora vna su hermana. Cõsintio Camila en ello, y cõ la presteza q el caso pedia, la lleuò Lotario, y la dexò en el Monasterio: y el ansi mesmo, se ausentò luego dela ciudad, sin dar parte a nadie desu auséncia.

Quan-

Quando amanecio, sin echar de ver Anselmo q Camila faltaua de su lado, con el desseo q tenia de saber lo q Leonela queria dezirle, se leuàtò, y fue adõde la auia dexado encerrada. Abrio, y entrò en el aposento, pero no hallò en el a Leonela, solo hallò puestas vnas sauanas añudadas a la ventana, indicio y señal, q por alli se auia descolgado, è y do. Boluio luego muy triste, a dezirfelo a Camila, y no hallandola en la cama, ni en toda la casa, quedò assombrado. Preguntò a los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertò a caso, andando a buscar a Camila, que vio sus cofres abiertos, y que dellos faltauan las mas de sus joyas, y con esto acabò de caer en la cuenta de su desgracia, y en q no era Leonela la causa de su desuértura. Yansi como estaua, sin acabarse de ver, triste, y pësatiuo, fue a dar cuéta de su desdicha a su amigo Lotario: mas quando no le hallò, y sus criados le dixerò, q aqlla noche hauia faltado de casa, y hauia lleuado consigo todos los dineros q tenia, pësò perder el iuyzio. Y para acabar de concluyr con todo, boluiendose a su casa, no hallò en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenia, sino la casa desierta, y sola. No sabia q pësar, q dezir, ni que hazer, y poco a poco se le yua boluiendo el iuyzio. Contemplauase, y mirauase en vn instante, sin muger, sin amigo, y sin criados: desamparado a su parecer, del cielo que le cubria, y sobre todo sin hõ

H h 3 ra,

ra, porque en la falta de Camila vio su perdición. Resoluióse en fin, a cabo de vna gran pieza, de yrse a la Aldea de su amigo, dóde auia estado quando dio a lugar a que se maquinasse toda aquella defuétura. Cerrò las puertas de su casa, subio a caualllo, y con desmayado aliento se puso en camino: y apenas huuò andado la mitad quándo acossado de sus pēsamiētos, le fue forçoso apearse, y arrēdar su caualllo a vn arbol, a cuyo trōco se dexò de caer, dando tiernos, y dolorosos suspiros: y alli se estuuò, hasta casi q̄ anocheçia, y aq̄lla hora vio q̄ venia vn hōbre a caualllo de la ciudad: y despues de hauerle saludado le preguntò, q̄ nuevas auia en Florēcia? El ciudadano respondio: Las mas estrañas q̄ muchos dias ha se hā oydo en ella, porq̄ se dize publicamēte, q̄ Lotario aquel grāde amigo de Anselmo, el rico, q̄ viuia a san Iuā, se lleuò esta noche a Camila, muger de Anselmo, el qual tãpoco parece. Todo esto ha dicho vna criada de Camila, q̄ anoche la hallò el Gouernador, descolgándose cō vna sauana, por las vētanās de la casa de Anselmo. En efeto, no se pūtualmēte como passò el negocio, solo se que toda la ciudad estā admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho, de la mucha, y familiar amistad de los dos, que dizen que era tanta, que los llamauan, Los dos amigos. Sabese por ventura, dixo Anselmo, el camino que lleuan Lotario, y Camila? Ni por piēso, dixo el ciudadano, puesto que el

Gouernador

Gouernador ha vñado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vays, señor, dixo Anselmo. Cō el que deys, respōdio el ciudadano, y fue. Contando desdichadas nuevas, casi casi llegó a terminos Anselmo, no solo de perder el iuyzio, sino de acabar la vida. Leuātose como pudo, y llegó a casa de su amigo, q̄ aū no sabia su desgracia: mas como le vio llegar, amarillo, consumido, y seco, entēdio que de algun graue mal venia fatigado. Pidio luego Anselmo, q̄ le acostassen, y q̄ le diessen adereço de escriuir. Hizose asì, y dexaròle acostado, y solo porque el asì lo quiso: y aūque le cerrassen la puerta. Viēdose pues solo, comēçò a cargar tãto la imaginaciō de su defuétura, que claramēte conocio que se le yua acabando la vida y asì ordenò de dexar noticia de la causa de su estraña muerte: y començando a escribir, antes q̄ acabasse de poner todo lo que q̄ria, le salto el aliento, y dexò la vida en las manos del dolor q̄ le cautò su curiosidad impertinēte. Viēdo el señor dela casa, que era ya tarde, q̄ Anselmo no llamaua, acordò de entrar a saber, si passaua adelante su indisposiciō, y hallòle tendido boca a baxo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estaua cō el papel escrito y abierto: y el tenía aū la pluma en la mano. Llegose el huésped a el, auiedole llamado primero, y trauándole por la mano, viēdo que no le respōdia, y hallándole muerto. Admiróse, y cōgoxose

Hh 4 en

en grã manera, y llamò a la gēte de casa, para q̄ viesse la desgracia a Anselmo sucedida: y finalmente leyò el papel, q̄ conocio q̄ de su mesma mano estaua escrito, el qual cōtenia estas razones.

Vn necio, e impertinēte desseo me quitò la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren a los oydos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaua ella obligada a hazer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiziesse: y pues yo fuy el fabricador de mi deshonra, no ay para que.

Hasta aqui escriuió Anselmo, por donde se echò de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabò la vida. Otro dia dio auiso su amigo a los parietes de Anselmo, de su muerte: los quales ya sabiã su desgracia, y el monasterio dōde Camila estaua, casi en el termino de acõpañar a su esposo, en aquel forçoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dizese, que aũq̄ se vio biuda, no quiso salir del monasterio, ni menos hazer profession de monja, hasta que no de alli a muchos dias le vinierò nuevas, que Lotario auia muerto en vna batalla que en aq̄l tiēpo dio Monsiur de Lautrec, al gran Capitan Gonçalo Fernandez de Cordoua, en el Reyno de Napoles, dōde hauia ydo a parar, el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profession, y acabò en breues dias la vida, a las rigurosas manos de tristezas y melãcolias.

Este

Este fue el fin que tuuieron todos, nacido de vn tan desatinado principio. Bien dixo el Cura, me parece esta nouela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingio mal el autor, porque no se puede imaginar, que aya marido tã necio, que quiera hazer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre vn galan, y vna dama, pudiera llevar, pero entre marido y muger, algo tiene del imposible; y en lo que toca al modo de cõtarle, no me descontenta.

Cap. XXXVI. *Que Trata de la braua, y descomunal batalla que don Quixote tuuo con vnos cueros de vino rinto, con otros raros suceßos que en la venta le sucedieron.*

E Stando en esto, el ventero, que estaua a la puerta de la venta, dixò: Esta que viene es vna hermosa tropa de huestpedes: si ellos paran aqui, gaudeamus tenemos. Que gente es, dixo Cardenio? Quatro hombres, respondió el ventero, vienē a cauallo, a la gineta, con lãças, y adargas, y todos con antifazes negros: y juro cõ ellos viene vna muger, vestida de blanco, en vn fillon; ansi mesmo cubierto el rostro: y otros dos moços de a pie. Vienen muy cerca, preguntò el Cura: Tan cerca, respondió el ventero, q̄ ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrio el rostro, y Cardenio se entrò en el aposento de don Quixote, y casi no auia tenido lugar para esto

esto, quando entraron en la veta todos los que el ventero hauia dicho: y apeandose los quatro de a cauallo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron a apea a la muger que en el sillón venia: y tomandola vno dellos en sus brazos, la sentò en vna silla que estaua a la entrada del aposento donde Cardenio se auia escondido. En todo este tiempo, ni ella, ni ellos se hanian quitado los antifazes, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla, dio vn profundo suspiro, y dexò caer los brazos, como persona enferma, y desmayada. Los moços de a pie, lleuaron los cauallos a la caualleriza. Viendo esto el Cura, desseoso de saber que gente era aquella, que con tal trage, y tal silencio estaua, se fue donde estauan los moços, y a vno dellos le preguntò lo que ya desseaua: El qual le respondió: Par dies: señor, yo no sabre dezirlos que gente sea esta, solo se, que muestra ser muy principal, especialmènte aquel que llegó a tomar en sus brazos a aquella señora que haueys visto: y esto digolo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se haze otra cosa mas de la que el ordena, y manda. Y la señora quien es, preguntò el Cura? Tampoco sabre dezir esso, respondió el moço, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar si la he oydo muchas vezes, y dar vnos gemidos, que parece que con cada vno dellos quiere dar el alma: y no es de marauillar que no sepamos mas de

de lo que auemos dicho, porq mi cópafiero, y yo, no ha mas de dos dias que los acompamos, porque auiendolos encontrado en el camino, nos rogaron, y persuadieron, que viniessemos con ellos hasta el Andaluzia, ofreciendose a pagarnoslo muy bien. Y auéys oydo nombrar alguno dellos, preguntò el Cura? No por cierto, respondió el moço, porque todos caminan con tanto silencio, que es marauilla, porque no se oye entre ellos otra cosa, que los sospiros, y sospitos de la pobre señora, que nos mueuen a la sima: y sin duda tenemos creydo, que ella va forçada donde quiera que va: y segun se puede colegir por su habito, ella es monja, o va a serlo, que es lo mas cierto: y quiza porque no le deue de nacer de voluntad el mógio, va triste, como parece. Todo podria ser, dixo el Cura, y dexandolos, se boluio a dode estaua Dorotea, la qual como auia oydo suspirar a la emboçada, mouida de natural cópassion, se llegó a ella, y le dixo: Que mal sentis señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener vno, y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco vna buena voluntad de seruiros? A todo esto callaua la lastimada señora: y aunque Dorotea tornò con mayores ofrecimientos, toda via se estaua en su silencio, hasta que llegó el cauallero emboçado (que dixo el moço que los demas obedecian) y dixo a Dorotea: No os cãseys, señora, en ofrecer nada a essa muger, porque

que tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se haze, ni procureys que os respóda, sino quereys oyr alguna mentira de su boca. Iamas la dixe (dixo a esta sazón la que hasta allí auia estado callando) antes por ser tan verdadera, y tan sin traças mentirosas, me veo ahora en tanta desuétura: y destos vos mesmo quierro que seays el testigo, pues mi pura verdad os haze a vos ser falso, y mentiroso. Oyò estas razones Cardenio, bien clara y distintamente, como quien estaua tan junto de quien las dezía, que sola la puerta del aposento de don Quixote estaua en medio, y así como las oyò, dando vna gran boz, dixo: Valgame Dios, que es esto que oygo? Que boz es esta q̄ ha llegado a mis oydos? Boluio la cabeça a estos gritos, aquella señora, toda sobresaltada, y no viendo quié la daua, se leuanto en pie, y fuesse a entrar en el aposento: lo qual visto por el cauallero, la detuvo, sin dexarla mouer vn paso. A ella, con la turbaciõ, y desasosiego, se le cayò el tafetan cõ q̄ trahia cubierto el rostro, y descubrio vna hermosura incõparable, y vn rostro milagroso, aq̄n q̄ descolorido, y assombrado: porq̄ cõ los ojos andaua rodeado todos los lugares dõde alcãçaua cõ la vista; cõ tâto ahinco, q̄ parecia persona fuera de juyzio, cuyas señales, sin saber porq̄ las hazia, pusierõ grã lastima en Dorotea, y en quãtos la mirauan. Teniala el cauallero fuertemente asida por das espaldas, y por estar rã ocu-

pado en tenerla, no pudo acudir a alçarle el emboço q̄ se le cahia, como en efeto se le cayò del todo: y alcãdo los ojos Dorotea (que abraçada cõ la señora estaua) vio, que el que abraçada an sí mesmo la tenia, era su esposo dõ Fernãdo: y a penas le huuo conocido, quãdo arrojado de lo intimo de sus entrañas vn luẽgo, y tristissimo ay, se dexò caer de espaldas, desmayada: y a no hallarse allí jũto el Barbero, q̄ la recogio en los braços, ella diera cõsigo en el suelo. Acudio luego el Cura a quitarle el emboço, para echarle agua en el rostro, y así como la descubrio, la conocio dõ Fernãdo, q̄ era el q̄ estaua abraçado cõ la otra, y quedò como muerto en verla: pero no porq̄ dexasse cõ todo esto, de tener a Lucinda, q̄ era la q̄ procuraua soltarse de sus braços: la qual hãuia conocido en el suspiro a Cardenio, y el la hãuia conocido a ella. Oyò así mesmo Cardenio, el ay q̄ dio Dorotea, quãdo se cayò desmayada, y creyendo q̄ era su Lucinda, salio del aposento despauorido, y lo primero q̄ vio fue a dõ Fernãdo q̄ tenia abraçada a Lucinda. Tãbiẽ dõ Fernãdo conocio luego a Cardenio: y todos tres, Lucinda, Cardenio, y Dorotea, q̄darõ mudos, y suspesos, casi sin saber lo q̄ les auia acõtecido. Callauã todos, y mirãnse todos, Dorotea a don Fernando, don Fernando a Cardenio, Cardenio a Lucinda, y Lucinda a Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fue Lucinda, hablando a don Fer-



Fernando desta manera: Dexadme señor don Fernando, por lo que deueys a ser quiẽ soys, ya que por otro respeto no lo hagays dexadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arri-
mo de quien no me han pedido apartar vue-
stras importunaciones, vuestras amenazas, vue-
stras promessas, ni vuestras dadiuas. Notad co-
mo el cielo, por desusados, y a nosotros encu-
biertos caminos, me ha puesto a mi verdadero
esposo delante. Y bien sabeys por mil costosas
experiencias, q̃ sola la muerte fuera bastãte pa-
ra borrarle de mi memoria: sean pues parte, tã
claros desengaños, para que boluays (ya que no
podays hazer otra cosa) el amor en rabia, la vo-
luntad en despecho, y acabadme cõ el la uida,
que como yo la rinda delante de mi buen espo-
so, la dare por biẽ empleada: quiza cõ mi muer-
te quedará satisfecho de la fe que le mantune,
hasta el ultimo trance de la uida. Auia en este
entretanto buelto Dorotea en si, y auia estado
escuchando todas las razones que Lusinda di-
xo, por las quales uino en conocimiento de
quien ella era: que uiendo que don Fernando
aun no la dexaua de los brazos ni respondia a
sus razones, esforçandose lo mas que pudo, se
leuantò, y se fue a hincar de rodillas a sus pies,
y derramando mucha canridad de hermosas, y
lastimeras lagrimas, assi le començo a dezir.

Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol
que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan,
ofu-

ofuscã los de tus ojos ya auras echado de uer,
que la que a tus pies està arrodillada, es la sin
uentura (hasta que tu quieras) y la desdichada
Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, a
quien tu, por tu bondad, o por tu gusto, quisiste
leuãtar a la alteza de poder llamarse tuya. Soy
la q̃ encerrada en los limites de la honestidad,
viui uida contenta, hasta que a las bozes de
tus importunidades, y al parecer, justos, y amo-
rosos sentimientos, abrio las puertas de su reca-
to, y te entregò las llaues de su libertad: dadi-
ua, de ti tan mal agradecida, qual lo muestra
bien claro, bauer sido forçoso hallarme en el
lugar donde me hallas, y uerte yo a ti de la ma-
nera que te ueo. Pero con todo esto, no querria
que cayesse en tu imaginacion, pensar que he
uenido aqui con passos de mi deshonra, auien-
dome traydo solo los del dolor, y sentimiento
de verme de ti olvidada. Tu quisiste q̃ yo fues-
se tuya, y quisistelo de manera, que aunque ago-
ra quieras que no lo sea, no será posible que tu
dexes de ser mio. Mira señor mio, que puede
ser recompensa a la hermosura, y nobleza por
quien me dezas, la incomparable voluntad que
te tẽgo. Tu no no puedes ser de la hermosa Lu-
scinda, porque eres mio: ni ella puede ser tu-
ya, porque es de Cardenio. Y mas facil será, si
en ello miras, reducir tu voluntad a querer a
quien te adora, que no encaminar la que te a-
dorrece a que bien te quiera. Tu solicitaste mi
de-



descuydo, tu rogaste a mi entereza, tu no ignoraste mi calidad: tu sabes biẽ de la manera que me entreguẽ a toda tu voluntad, no te queda lugar, ni acogida de llamarte a engaño. Y si esto es assi, como lo es, y tu eres tan Christiano como cauallero, porque portantos rodeos dilatas de hazerme vêturosa en los fines, como me heziste en los principios? Y fino me quieres por la que soy, que soy tu verdadera, y legitima esposa, quiereme alomenos, y admiteme por tu esclaua, que como yo estẽ en tu poder, me tendre por dichosa, y bien afortunada. No permitas con dexarme, y desampararme, que se haga, y junten corrillos en mi deshonor. No des tan mala vejez a mis padres, pues no lo merecen los leales seruicios, que como buenos vassallos a los tuyos siempre han hecho. Y si te parece q̃ has de aniquilar tu sangre por mezclarla cõ la miã, considera, que pocas, o ninguna nobleza ay en el mundo, que no aya corrido por este camino: y que la que se toma de las mugeres, no es la que haze al caso en las ilustres decendencias. Quanto mas, que la verdadera nobleza cõsiste en la virtud; y si esta a ti te falta, negandome lo que tan justamente me deues, yo quedarẽ con mas ventajas de noble, que las que tu tienes. En fin, señor, lo que vltimamente te digo, es, que quieras, o no quieras, yo soy tu esposa, testigos son tus palabras, q̃ no han, ni deuen ser mentirosas, si ya es que te precias de aque-

llo

No porque me desprecias. Testigo sera la firma que hiziste, y testigo el cielo a quiẽ tu llamaste por testigo de lo q̃ me prometios. Y quãdo todo esto falte, tu misma cõciencia no ha de faltar de dar bozes callãdo en mitad de tus alegrías, boluiẽdo por esta verdad q̃ te he dicho, y turbãdo tus mejores gustos, y contentos. Estas, y otras razones dixo la lastimada Dorotea cõ tãto sentimiento, y lagrimas, que los mismos que acompañauan a dõ Fernãdo, y quantos presentes estauan, la acompañaron en ellas. Escucho la don Fernando sin replicalle palabra, hasta q̃ ella dio fin a las fuyas, y principio a tãtos solloços, y suspiros; que bien auia de ser coraçõ de brõze, el q̃ cõ muestras de tãto dolor no se enterneciera. Mirandola estaua Luscin-da, no menos lastimada de su sentimiento; q̃ admirada de su mucha discrecion, y hermosura: y aũque quisiere llegarle a ella, y dezirle algunas palabras de consuelo, no la dexauan los braços de don Fernando; que apretada la tenian: el qual lleno de cõfusión, y espanto, al cabo de vn buen espacio, q̃ atetamente estubo mirãdo a Dorotea abrio los braços, y dexando libre a Luscin-da, dixo: Vêciste hermosa Dorotea, vêciste, por q̃ no es possible tener animo para negar tãtas verdades juntas. Cõ el desmayo que Luscin-da auia tenido, assi como la dexò dõ Fernãdo, yua a caer en el suelo: mas hallãdose Cardenio alli jũto, q̃ a las espaldas de dõ Fernando se ha-

I i

uia

uia puesto, porque no le conociesse, prosupue-
sto todo temor, y aventurando a todo riesgo,
acudio a sostener a Lusinda, y cogiendola en-
tre sus brazos, le dixo: Si el piadoso cielo gusta
y quiere que ya tengas algun descanso, leal, fir-
me, y hermosa señora mia, en ninguna parte
creo yo que le tédas mas seguro que en estos
mis brazos que aora te reciben, y otro tiempo
te recibieron, quando la fortuna quiso que yo
pudiesse llamarte mia. A estas razones, puso
Lusinda en Cardenio los ojos; y haviendo co-
mêçado a conocerle primero por la voz, y asse-
gurádose primero q̄ el era con la vista, calí fue-
ra de sentido, y sin tener cuêta a ningun hone-
sto respeto, le echò los brazos al cuello, y jun-
tado su rostro con el de Cardenio, le dixo. Vos
si señor mio, soys el verdadero dueño desta vue-
stra cautiva, aunque mas lo impida la còtraria
fuerte, y aunq̄ mas amenazas le hagan en esta
vida, q̄ en la vuestra se sustêta. Extraño espe-
culo fue este para don Fernando; y para todos
los circûstantes, admirandose de tan no visto
sucesso. Pareciole a Dorotea que don Fernâdo
auia perdido la color del rostro, y q̄ hazia ade-
man de q̄rer vëgarle de Cardenio, porq̄ le vio
encaminar la mano a ponella en la espada; y al-
si como lo pêso, cò no vista presteza se abrazò
cò el por las rodillas, besâdoselas, y teniéndole
apretado q̄ no le dexaua mouer, y sin cessar vn
pûto de sus lagrimas, le dezia. Que es lo q̄ pien-
sas

has hazer vnico refugio mio, en este tan impen-
sado trâce? Tu tienes a tus pies a tu esposa, y
la q̄ quieres q̄ lo sea estâ en los brazos de su ma-
rido, mira si te estara biẽ, o te serâ possible des-
hazer lo q̄ el cielo ha hecho, o si te còuêdra q̄-
ter leuantar a igualar a ti mismo a la q̄ profu-
puesto todo incòueniente, còfirmada en su ver-
dad, y firmeza, delante de tus ojos tiene los su-
yos bañados de licor amoroso el rostro, y pe-
cho de su verdadero esposo. Por quiẽ Dios es,
te ruego, y por quiẽ tu eres te suplico, q̄ este tã
notorio desêgaño, no solo no acreciere tu ira,
sino q̄ la mēgue en tal manera, q̄ con quietud, y
sossiego permitas q̄ estos dos amâtes le tēgan
sin impedimento tuyo, todo el tiẽpo q̄ el cielo
quisiere còcederle, y en esto mostraras la ge-
nerosidad de tu illustre, y noble pecho, y vera el
mûdo q̄ tiene còtigo mas fuerça la razon, q̄ el
apetito. En tanto que esto dezia Dorotea, aun-
que Cardenio tenia abraçada a Lusinda, no
quitaua los ojos de don Fernando, con deter-
minacion de que si le viesse hazer algun moni-
miẽto en su perjuyzio, procurar de defender-
se, y ofender, como mejor pudiesse a todos aq̄-
llos q̄ en su daño se mostrassẽ, aunq̄ le costasse
la vida: pero a esta sazón acudieron los amigos
de don Fernâdo, y el Cura, y el Barbero, q̄ a to-
do hauian estado presentes, sin q̄ faltasse el bu-
no de Sãcho Pãça, y todos rodeauan a don Fer-
nâdo, suplicâdole tuuiesse por biẽ de mirar las



lagrimas de Dorotea, y q̄ siēdo verdad, como sin duda ellos creyan que lo era lo que en sus razones auia dicho, q̄ no permitiessse quedasse defraudada de sus tan justas esperāças. Que cō fiderasse que no a caso como parecia, sino con particular prouidencia del cielo se auia todos juntado en lugar don de menos ninguno pēsa-ua. Y q̄ aduirtiesse, dixo el Cura, q̄ sola la muerte podia apartar a Lusinda de Cardenio; y aū q̄ los diuidiesse fillos de alguna espada, ellos tendrian por felicissima tu muerte: y q̄ en los lazos inremediables era suma cordura forçandose, y venciēdose a si mismo, mostrar vn generoso pecho, permitiendo, q̄ por su voluntad los dos gozassen el bien q̄ el cielo ya les auia con- dido, q̄ pusiesse los ojos anssi mesmo en la bel- dad de Dorotea, y ver la, que pocas, o ningu- na se le podian igualar, quanto mas hazerle vē- raxa, y que juntaſse a su hermosura su humildad, y el estremo del amor que le tenia; y sobre to- do aduirtiesse todo, que si se preciaua de Caua- llero, y de Christiano, q̄ no podia hazer otra co- sa, q̄ cūplirle la palabra dada; y que cūpliēdo- fela, cūpliria cō Dios, y satisfaria a las gēres di- scretas, las quales sabē, y conocē q̄ es preroga- tiua de la hermosura, aūq̄ estē en sujeto humil- de, como se acōpañe cō la honestidad, poder le- uātarſe, e igualarſe a qualquiera alteza, sin no- ta de menoscabo del q̄ la leuāta, e iguala a si mismo: y quādo se cūplen las fuertes leyes del

gu.

gusto, como en ella no inteuenga peccado, no deue de ser culpado el q̄ las sigue. En efeto a es- tas razones añadieron todos otras tales, y tan- tas, que el valeroso pecho de don Fernando, en fin como alimentado cō illustre sangre, se ablā- dō, y se dexō vencer de la verdad q̄ el no pu- diera negar, aūq̄ quisiera: y la señal q̄ dio de auerse rendido, y entregado al buen parecer q̄ se le auia propuesto, fue abaxarse, y abraçar a Dorotea, diziendole: Leuantaos señora mia, q̄ no es justo que estē arrodillada a mis pies, la q̄ yo tēgo en mi alma: y si hasta aqui no he dado mēstras de todo esto q̄ digo, quiza ha sido por ordē del cielo, para q̄ viēdo yo en vos la fe cō q̄ me amays, os sepa estimar en lo q̄ mereceys: lo q̄ os ruego muy encarecidamente, es, que no me reprehendays mi mal temino, y mi mucho deseuendo. Pues la misma ocaſion y fuerça que me mouio para acceptaros por mia, essa misma me impelio para procurar no ser vuestro, y que esto sea verdad, bolued, y mirad los ojos de la ya cōtēra Lusinda, y en ellos hallareys discul- pa de todos mis yerros: y pues ella hallō, y al- cançō lo q̄ deseaua; y yo he hallado en vos lo q̄ me cūple, viua ella segura y cōtenta luēgos, y felices años con su Cardenio, q̄ yo rogare al cielo q̄ me los dexe viuir con mi Dorotea. Y di- ziendo esto, la tornō a abraçar, y a juntar su ro- stro con el suyo con tā tierno sentimiento, que le fue necessario tener gran cuenta con que las

lagrimas no acabassen de dar indubitables señales de su amor, y arrepētimiento. No lo hicieron así las de Lusinda, y Cardenio, y aún las de casi todos los que allí presentes estauan, porq̃ començarō a derramar tātās, los vnos de cōreto proprio, y los otros del ageno, q̃ no parecia sino q̃ algũ graue, y mal caso a todos auia sucedido. Hasta Sancho Páça lloraua, aunq̃ despues dixo, q̃ no lloraua el, sino por ver q̃ Dorotea no era como el pēsaua la Reyna Micomicona, de quien el tātās mercedes esperaua. Durō algun espacio, jūto cō el llanto, la admiracion en todos: y luego Cardenio, y Lusinda se fueron a poner de rodillas ante dō Fernādo, dādole gracias de la merced q̃ les auia hecho, cō tā corteses razones, q̃ dō Fernādo no sabia que responderles, y así los leuāto, y abraço con muestras de mucho amor, y de mucha cortesía. Preguntō luego a Dorotea, le dixesse como auia venido a aquel lugar tā lexos del suyo? Ella cō breues, y discretas razones contō todo lo q̃ antes auia cōtado a Cardenio: de lo qual gustō tanto don Fernādo, y los q̃ cō el venian, q̃ quisierā que durara el cuento mas tiēpo, tāta era la gracia con q̃ Dorotea cōraua sus desuēturas. Y así como hūuo acabado, dixo dō Fernando lo que en la ciudad le auia acontecido despues q̃ hallō el papel en el seno de Lusinda, donde declaraua ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser suya: dixo que la quiso matar, y lo hiziera si de sus padres

dres no fuera impedido: y que así se salio de su casa despechado, y corrido cō determinacion de vëgarle con mas comodidad: y q̃ otro dia supo como Lusinda auia saltado de casa de sus padres, sin que nadie supiesse dezir dō se auia ydo, y q̃ en resolucion al cabo de algunos meses vino a saber como estaua en vn monasterio con voluntad de quedarse en el toda la vida, sino la pudiesse passar cō Cardenio, y que así como lo supo, escogiendo para su cōpañia aquellos tres caualleros, vino al lugar dō de estaua, a la qual no auia querido hablar temeroso, que en sabiendo q̃ el estaua allí auia de auer mas guarda en el monasterio: y así aguardando vn dia a que la porteria estuuiesse abierta, dexō a los dos a la guarda de la puerta, y el cō otro auian entrado en el monasterio, buscādo a Lusinda, la qual hallarō en el claustro hablando cō vna monja, y arrebarandola sin darle lugar a otra cosa se auian venido con ella a vn lugar dōde se acomodaron de aquello que hūieron menester para traella. Todo lo qual auian podido hazer biē a su saluo por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dixo, q̃ así como Lusinda se vio en su poder, perdio todos los sentidos, y q̃ despues de buelta en si, no auia hecho otra cosa sino llorar, y suspirar sin hablar palabra alguna: y q̃ así facōpañados de silencio, y de lagrimas auia llegado a aquella venta, q̃ para el era auer llega-



do al cielo, donde se rematan, y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

Cap. XXXVII. *Que trata donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras aventuras graciosas.*

Todo esto escuchaua Sancho, no con poco dolor de su anima, viendo que se le desaparecian, e yuan en humo las esperanças de su ditado: y que la linda Princesa Micomicona se le auia quelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estava durmiendo a sueño fuelto, bien descuydado de todo lo sucedido. No se podia assegurar Dorotea, si era soñado el bien q̄ poseya. Cardenio estava en el mismo p̄samiēto: y el de Lusinda corria por la misma cuēta. Don Fernando daua gracias al cielo, por la merced recebida, y auerle sacado de aquel intricado laberinto donde se hallaua tan a pique de perder el credito, y el alma: y finalmente quātos en la v̄ra estauan, estauan cōtentos, y gozosos del buen suceso que auian tenido trauidos, y desesperados negocios. Todo lo ponian en su p̄uto el Cura como discreto, y a cada vno daua el parabien del bien alcãgado: pero quien mas jubilaua, y se cōtētaua, era la venturera, por la promessa que Cardenio, y el Cura le auian hecho de pagalle todos los daños, e intereses q̄ por cuēta d̄ dō Quixote le huuiēse venido. Solo Sãcho, como ya se ha dicho, era el

affli-

affligido, el desventurado, y el triste: y affi con tal enconico semblante entrò a su amo, el qual acabaua de despertar, a quien dixo: Bien puede vuestra merced, señor triste Figura, dormir todo lo q̄ quisere sin cuydado de matar a ningun gigante, ni de boluer a la Princesa su Reyno, q̄ ya todo està hecho, y concludo. Eso creo yo bien, respondio dō Quixote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal, y desafortada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de vn reues, zas, le derribe la cabeza en el suelo; y fue tãta la sangre q̄ le salio, q̄ los arroyos corrian por la tierra, como si fueran de agua. Como si fuerã de vino tinto, pudiera vuestra merced dezir mejor, respondio Sãcho: porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto, es vn cuero horadado, y la sangre seys arrobas de vino tinto, que encerraua en su vientre: y la cabeza cortada, es la puta que me pario, y lleuelo todo Santas. Y que es lo q̄ dizes loco desatinado, replicò don Quixote, estàs en tu seso? Leuantese vuestra merced, dixo Sancho, y verã el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos q̄ pagar; y verã a la Reyna conuertida en vna dama particular, llamada Dorotea, con otros suessos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me maravillaria de nada desso, replicò don Quixote, porq̄ si biē te acuerdas, la otra vez q̄ aqui estuimos, te dixi yo, q̄ todo quanto aqui sucedia

eran

eran cosas de encantamento, y no seria mucho que aora fuesse lo mesmo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi mancebiero fuera cosa desse jaez, mas no lo fue sino real, y verdaderamēte: y vi yo q̄ el ventero q̄ aqui está oy dia tenia del vn cabo de la manta, y me empujaua hazia el cielo cō mucho donayre, y brio, y cō tāta rifa como fuerça, y donde interuiene conocerse las personas tengo parami, aunque simple, y pecador, que no ay encantamento alguno, sino mucho molimiēto, y mucha malauetura. Aora bien, Dios lo remediara, dixo don Quixote, dame de vestir, y dexame salir alla fuera, que quiero ver los sucesos, y transformaciones, q̄ dizes. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia, cōtò el Cura a dō Fernando, y a los demas las locuras de don Quixote, y del artificio que auian vsado para sacarle de la pena pobre dōde el se imaginaua estar, por desdenes de su señora. Cōtoles asì mismo casi todas las auēturas q̄ Sācho auia cōtado, de q̄ no poco se admirarō, y rieron, por parecerles lo q̄ a todos parecia, ser el mas extraño genero de locura que podia caber en pēsamiento desbaratado. Dixo mas el Cura, q̄ pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impidia passar con su disignio adelante, que era menester inuētariar, y hallar otro paro poderle llevar a su tierra. Ofreciose Cardenio de proseguir lo començado, y q̄ Lusinda haria, y representaria la persona

sona de Dorotea. No dixo don Fernando, no ha de ser asì, que yo quiero que Dorotea profiga su inuencion, q̄ como no sea muy lexos de aqui el lugar deste buen cauallero, yo holgare de que se procure su remedio. No està mas de dos jornadas de aqui, pues aunque estuuiera mas, gustara yo de caminallas, a trueco de hazer tan buena obra. Salio en esto don Quixote armado de todos sus pertrechos, cō el yelmo, aūq̄ abollado, de Mābrino, en la cabeça, embraçado de su rodela, y arrimado a su trōco, o lãço. Suspēdio a don Fernando, y a los demas la extraña presencia de dō Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco, y amarillo, la desigualdad de sus armas, y su mesurado cōtinēte, y estuuieron callādo hasta ver lo q̄ dezia, el qual con mucha grauedad, y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea dixo.

Estoy informado (hermosa señora) deste mi escudero que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porq̄ de Rey na, y grā señora q̄ soliadesser, os aneys buuelto en vna particular dōzella: si esto ha sido por orden del Rey nigromante de vuestro padre, temeroso q̄ yo no os diessela necesaria, y deuida ayuda: digo, que no supo ni sabe de la Mifala media, y que fue poco versado en las historias cauallerescas; porq̄ si el las huniera leydo, y passado tā atentamēte, y cō tanto espacio como yo las passè, y ley, hallara a cada passo,

como otros caualleros de menor fama que la mia, auia acabado cosas mas dificultosas, no fié dolo mucho matar a vn gigatillo, por arrogante q sea, porq no ha muchas horas que yo me vi cō el, y quiero callar, porque no me digan q miento: pero el tiēpo descubridor de todas las cosas lo dirá, quādo menos lo pēsemos. Vistes os vos cō dos cueros, que no cō vn gigante, dixo a esta sazón el vterero, al qual mādō dō Fernādo que callasse, y no interrumpiesse la plática de don Quixote en ninguna manera: y que dō Quixote prosiguio, diziendo: Digo en fin alta, y deshēredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este Metamorficos en vuestra persona, que no le deys credito alguno: porque no ay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la qual poniendo la cabeça de vuestro enemigo en tierra, os pondre a vos la corona de la vuestra en la cabeça en muy breues dias. No dixo mas don Quixote, y esperò a que la Princesa le respondiesse, la qual como ya sabia la determinación de don Fernando, de que prosiguiesse adelante el engaño comenzando, hasta llevar a su tierra a dō Quixote, cō mucho donayre, y gruedad le respondió: Quien quiera que os dixo, valeroso cauallero de la triste Figura, q yo me auia mudado, y trocado de mi ser, no os dixo lo cierto, porque la misma que ayer fuy, me soy oy: verdad es, que alguna mudança han hecho

en

en mi ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desfearme: pero no por esso he dexado de ser la que antes, y de tener los mesmos pensamientos de valermē del valor de vuestro valeroso, e innenerable brazo, que siempre he tenido: asy señor mio, vuestra bōdad buelva la honrra al padre que me engendrò, y tengale por hombre sabio, aduertido, y prudente, pues cō su ciera hallò camino tan facil, y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo q si por vos señor no fuera, jamas acertara a tener la veta que tengo, y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos della los mas destos mis señores que estan presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya oy se podra hazer poca jornada, y en lo de mas del buē suceso q espero, lo dexarè a Dios, y al ualor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea, y en oyēdolo dō Quixote, se boluió a sácho, y con muestras de mucho enojo, le dixo. Ahora te digo Sáchuelo, q eres el mayor vellauelo q ay en España: dime ladrón, bagamūdo, no me acabaste de dezir aora q esta Princesa se ania buuelto en vna donzella q le llamara Dorotea, y que la cabeça que entiendo que cortè a vn gigante, era la puta que te pario: con otros disparates que me pusieron en la mayor confusión q jamas he estado en todos los dias de mi vida: Voto, y mirò al cielo, y apreto los dientes, que



que estoy por hazer vn estrago en ti, que ponga
sal en la mollera a todos quantos mentirosos
escuderos huuiere de caualleros andantes de
aqui adelante en el mundo. Vuestra merced se
fossieque, señor mio, respondió Sancho, q̄ bien
podria ser que yo me huuiesse engañado en lo
q̄ toca a mutacion de la señora Princeza Micomicona: pero en lo que toca a la cabeça del gigante, o alomenos a la horadacion de los cueros, y a lo de ser vino tinto la sangre, no me engañó viue Dios, porq̄ los cueros alli estan heridos a la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho vn lago el aposento, y fino al freyr de los huevos lo verá: quiero dezir que lo verá quando aqui su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demas, de que la señora Reyna se esté como se estava, me regozijo en el alma, porq̄ me va mi parte, como a cada hijo de vezino. Ahora te digo Sancho, dixo don Quixote, que eres vn mentecato, y perdoname, y basta. Basta dixo don Fernão, y no se hable mas en esto: y pues la señora Princeza dize que se camine mañana, porque ya oy es tarda, hagase asy, y esta noche la podremos passar en buena conuersacion, hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor don Quixote, porque q̄remos ser testigos de las valerosas, e inauditas hazañas q̄ ha de hazer en el discurso desta grande empresa que a su cargo lleva. Yo soy el que tengo de

seruiros,

seruiros, y acompañaros, respondió don Quixote: y agradezco mucho la merced que se me haze, y la buena opinion que de mi se tiene, la qual procurare q̄ salga verdadera, o me costara la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiero, y muchos ofrecimientos passaron entre don Quixote, y don Fernando: pero a todo puso silencio vn passageiro que en aquella sazón entrò en la veta: el qual en su traje mostraua ser Christiano rezien venido de tierra de Moros, porque venia vestido con vna casaca de paño azul, corra de faldas, con medias mangas, y sin cuello: los calçones eran asy mismo de lienço azul, con bonete de la misma color: traya vnos borzeguies datilados, y vn alfanje Morisco, puesto en vn tahali q̄ le atrauessaua el pecho. Entrò luego tras el encima de vn jumento vna muger a la Morisca vestida, cubierto el rostro con vna toca en la cabeça: traya vn bonetillo de brocado, y vestida vna almalafa, que desde los ombros a los pies la cubria. Era el hombre de robusto, y agraciado ralle, de edad de poco mas de quarèta años, algo moreno de rostro, largo de vígores, y la barba muy bien puesta, en resolucion el mostraua en su apostura, que si estuuiera bien vestido juzgaran por persona de calidad, y bien nascida. Pidio en entrando vn aposento, y como dixeron que en la venta no le auia, mostro recibir pesadumbre, y llegádose a la que en el traje



je parecia Mora, la aped en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija, y Maritornes, lleuados del nueuo, y para ellos nūca visto traje, rodearon a la Mora; y Dorotea que siempre fue agraciada, comedida, y discreta, pareciédole q̃ así ella, como el que la traya se cōgoxauā por la falta del aposento, le dixo: No os dē mucha pena señora mia, la incomodidad de regalo q̃ aqui falta, pues es proprio de ventras no hallarse en ellas: pero con todo esto si gustaredes de passar cō nosotras, senalādo a Luscinda, quē en el discurso deste camino aureys hallado otros no tan buenos acogimientos? No respondió nada a esto la emboçada, ni hizo otra cosa que leuantarse de donde sentado se auia, y puestas entrābas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeça doblò el cuerpo, en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron q̃ sin duda alguna deuia de ser Mora, y q̃ no sabia hablar Christiano. Llegò en esto el cautiuo, q̃ entēdiendo en otra cosa hasta entōces auia estado, y viēdo que todas tenian cercada a la q̃ con el venia, y que ella a quanto le dezian callaua, dixo: Señoras mías, esta donzella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme a su tierra, y por esto no due de auer respondido, ni responde a lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía, y parte del lugar

gar donde nos a acomodaremos, dōde se le ha el regalo que la comodidad ofreciere con la volūtad que obliga a seruir a todos los estrāgeros q̃ dello tuuierē necesidad, especialmēte siendo muger a quien se sirue. Por ella, y por mi, respondió el cautiuo, os beso muchas vezes señora mia las manos, y estimo en mucho, y en lo que es razō, la merced ofrecida, q̃ en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra; biē se echa de ver q̃ ha de ser muy grāde. Dezidme señor, dixo Dorotea, esta señora es Christiana, o Mora? porq̃ el traje, y el silencio nos haze pensar, que es lo que no querriamos que fuesse? Mora es en el traje, y en el cuerpo: pero en el alma es muy grande Christiana, porque tiene grandissimos desseos de serlo. Luego no es baptizada replicò Luscinda? No ha auido lugar para ello, respondió el cautiuo, despues que salio de Argel su patria, y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligasse a baptizalla sin q̃ supiesse primero todas las ceremonias q̃ nuestra madre la santa Iglesia mada: pero Dios será seruido que presto se bautizē con la decendencia que la calidad de su persona merece, q̃ es mas de lo que muestra su habito, y el mio. Estas razones puso gana en todos los que escuchando le estauan, de saber quiē fuesse la Mora, y el cautiuo pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella fazon era mas para pro.

procurarles descanso q̄ para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano, y la lleuò a sentar junto a si, y le rogò q̄ se quitasse el emboço. Ella mirò al cautino, como si le preguntara le dixesse lo que dezian, y lo que ella haria. El en lengua Arauiga le dixo, que le pedian se quitasse el emboço, y q̄ lo hiziesse, y asì se lo quitò, y descubriò vn rostro tan hermoso, q̄ Dorotea la tuuo por mas hermosa q̄ a Luscin-da, y Luscin-da por mas hermosa q̄ a Dorotea, y todos los circũstantes conocierò que si alguno se podria igualar al de las dos, era el de la Mora, y aũ huuo algunos q̄ le auerajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tēga, prerrogatiuas, y gracia de reconciliar los animos, y atraer las voluntades, luego se rindierò todos al desseo de seruir y acariciar a la hermosa Mora. Preguntò don Fernando al cautino como se llamaua la Mora, el qual respòdio q̄ Lela Zorayda, y asì como esto oyò ella entendio q̄ le auia preguntado al Chistiano, y dixo con mucha priessa llena de cògoza, y donayre: No, no Zorayda, Maria, Maria, dandole a entēder que se llamaua Maria, y no Zorayda. Estas palabras el grande afecto con que la Moras dixo, hizieron derramar mas de vna lagrima a algunos de los que la escucharon, especialmente a las mugeres que de su naturaleza son tiernas, y compassiuas. Abraçola Luscin-da con mucho amor diziendole: Si, si, Maria, Maria, a lo qual repondio la Mora: Si, si, Maria,

Zor-

Zorayda macange, q̄ quiere dezir, no. Ya en esto llegaua la noche, y por orden de los q̄ venian con dō Fernando, auia el ventero puesto diligencia, y cuydado en adereçarles de cenar, lo mejor q̄ a el le fue possible. Llegada pues la hora sentaròse todos a vna larga mesa, como de tinelo, porq̄ no la auia redòda, ni quadrada en la veta. Y dierò la cabecera, y principal asiento a dō Quixote, el qual quiso q̄ estuuiesse a su lado la señora Micomicona, pues el era su aguardador. Luego se sentaron Luscin-da, y Zorayda, y frontero dellas dō Fernando, y Cardenio, y luego el cautino, y los demas caualleros, y al lado de las señoras, el Cura, y el Barbero. Y asì cenaron con mucho contento, y acreceto se les mas, viendo q̄ dexando de comer dō Quixote, mouido de otro semejante espiritu, que el q̄ le mouio a hablar tanto, como habló quando cenò cō los cabreros, comegò a dezir: Verdaderamente si bien se considera, señores mios, grandes, e inauditas cosas veen, los q̄ professan la ordē dela andante caualleria. Sinò qual de los viuientes aura en el mundo, que aora por la puerra deste castillo entrará, y dela fuerte que estamos nos vierte, q̄ juzgue, y crea, q̄ nosotros somos, quien somos? Quien podra dezir q̄ esta señora q̄ està a mi lado, es la gran Reyna que todos sabemos, y q̄ yo soy aquel cauallero de la triste Figura, q̄ anda, por ahi en boca de la fama? Aora no ay q̄ dudar, sino q̄ esta arte, q̄ exercicio, excede a

todas aq̃llas, y aquellos, que los hōbres inuen-
tarō, y tanto mas se ha de tener en estima, quan-
to a mas peligros estā sugeto. Q̃uitense me de-
lante, los que dixeren que las letras hazen ven-
taja a las armas, q̃ les diere, y sean quien se fue-
ren, que no saben lo q̃ dicen. Porque la razon q̃
los tales suelen dezir, y a lo que ellos mas se
atienden, es, que los trabajos del espiritu exce-
den a los del cuerpo. Y que las armas solo cō el
cuerpo se exercitan, como si fuesse su exercicio
oficio d̃ ganapanes, para el qual no es menester
mas de buenas fuerças. O como si en esto que
llamamos armas, los que las professamos, no se
encerrassen los actos de la fortaleza, los quales
piden para executarlos, mucho entēdimiento.
O como sino trabajasse el animo del guerrero,
q̃ tiene a su cargo vn exercito, o la defensa de
vna Ciudad sitiada, assi cō el espiritu, como cō
el cuerpo. Sinō vease si se alcāga con las fuer-
ças corporales, a saber, y cōjeturar el intento
del enemigo. Los designos, las estratagemas, las
dificultades, el preuenir los daños q̃ se temen,
q̃ todas estas cosas, sō acciones del entēdimie-
to, en quien no tiene parte alguna el cuerpo.
Siendo pues assi, q̃ las armas requierē espiritu
como las letras. Veamos pues aora, qual de los
dos espíritus, el del Letrado, o el del guerrero,
trabaja mas? Y esto se vēdra a conocer por el
fin, y paradero a q̃ cada vno se encamina, porq̃
aquella intencion se ha de estimar en mas, que
tiene

tiene por objeto mas noble fin. Es el fin, y pa-
radero de las letras, (y no hablo aora delas di-
vinas, que tienen por blāco, llevar, y encaminar
las almas al cielo, que a vn fin, tan fin fin como
este, ninguno otro se le puede igualar) hablo
de las letras humanas, q̃ es su fin poner en su
punto la justicia distributiva, y dar a cada vno
lo q̃ es suyo, entender, y hazer q̃ las buenas le-
yes se guarden: fin por cierto generoso, y alto, y
digno de grāde alabāga: pero no de tāta como
merece aquel a q̃ las armas atienden, las quales
tienen por objero, y fin la paz, que es el mayor
bien q̃ los hōbres pueden desear en esta vida.
Y assi las primeras buenas nuevas que tuuo el
mūdo, y tuuierō los hōbres, fueron las que die-
ron los Angeles, la noche que fue nuestro dia,
quādo cantaron en los ayres. Gloria sea en las
alturas, y paz en la tierra, a los hōbres de bue-
na volūtad: y a la salutaciō, que el mejor mae-
stro de la tierra, y del cielo, enseñō a sus alle-
gados, y fauorecidos, fue dezirles, q̃ quādo en-
trassen en alguna casa, dixessen: Paz sea en esta
casa. Y otras muchas vezes les dixo: Mi paz os
doy, mi paz os dexo, paz sea cō vosotros. Bien
como joya, y prēda dada, y dexada d̃ tal mano,
joya q̃ sin ella, en la tierra, ni en el cielo, puede
auer bien alguno. Esta paz es el verdadero fin
de la guerra, que lo mesmo es dezir armas, que
guerra. Profupuesta pues esta verdad, que el fin
de la guerra es la paz, y q̃ en esto haze ventaja

al fin de las letras, végameos aora a los trabajos del cuerpo del Letrados, y a los del professor de las armas, y vease quales son mayores. De tal manera, y por tan buenos terminos yua prosiguiendo en su platica don Quixote, que obligo a q por entonces ninguno de los que escuchado le estauan, le tuuiesen por loco. Antes como todos los mas erã Caualleros, a quiẽ son anejas las armas, le escuchauan de muy buena gana, y el prosiguió, diziendo: Digo pues, q los trabajos del estudiante son estos: Principalmẽte pobreza; (no porque todos sean pobres, si no por poner este caso en todo el estremo que pueda ser) y en auer dicho q padece pobreza, me parece q no auia q dezir mas de su mala vètura. Porq quiẽ es pobre, no tiene cosa buena, esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo juro. Pero cõ todo esso no es tãta, q no coma, aũq sea vn poco mas tarde de lo q le vsa, y de las sobras de los ricos, q es la mayor miseria del estudiantẽ, este q entre ellos llamã andar a la sopa, y no les falta algũ ageno brafero o chimenea, q si no calienta, alomenos entibie su frio. y en fin la noche duermẽ debaxo de cubierta. No quiero llegar a otras menudẽcias, cõuiene a saber de la falta de camisas, y nõ sobra de çapatos, la raridad, y poco pelo del vestido, ni aql ahitarse cõ rãto gusto, quãdo la buena suerte les depa-
ra algũ bãquete. Por este camino q he pintado,

aspe;

aspero, y dificultoso tropeçãdo aqui, cayendõ alli, lenãtãdose aculla, tornãdo a caer aca, llegã al grado q desseã, el qual alcãdo, a muchos hemos visto (q auiedo pasado por estas Sirtes, y por estas Scilas, y Caribdis, como lleuados en buelo, dela fauorable fortuna (digo q los hemos visto mãdar, y gobernar el mũdo desde vna silla, troca de su hãbre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en vna estera, en reposar en olandas, y damascos. Premio justamente merecido de su virtud, pero contrapuestos, y comparados sus trabajos, cõ los del milite guerrero, se quedan muy atras en todo, como aora dire.

Cap. XXXVIII. Que trata del curioso discurso que hizo don Quixote, de las armas, y las letras.

Prosiguiendo dõ Quixote, dixo: Pues comẽçamos en el estudiantẽ por la pobreza, y sus partes, veamos si es mas rico el soldado. Y veremos q no ay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porq està atenido ala miseria de su paga, q viene, o tarde, o nunca, o a lo q garbeare por sus manos, cõ notable peligro de su vida, y de su cõciencia. Ya vezes suele ser su desnudez tãta, q vn colete acuchillado le sirue de gala, y de camisa; y en la mitad del Inuierno se suele reparar de las inclemẽcias del cielo. Estãdo en la cãpala rasa, cõ solo el aliẽto, de su boca, q como sale de lugar vazio, tẽgo por aueriguada q deue de

Kk 4 salir



salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad q̄ espere q̄ llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades, en la cama que le aguarda. La qual sino es por su culpa, jamas pe- cara de estrecha, q̄ bien puede medir en la tier- ra los pies q̄ quisiere, y reboluerse en ella a su sabor, sin temor q̄ se le encojan las sauanas. Lle- guese pues a todo esto el dia y la hora de rece- bir el grado de su exercicio: lleguese vn dia de batalla, q̄ alli le pōdran la borla en la cabeça, he- cha de hilas, para curarle algū balazo, q̄ quiza le aura passado las sienes, o le dexara estropea- do de braço, o pierna. Y quādo esto no suceda, si no q̄ el cielo piadoso le guarde, y cōserue, sa- no, y viuo, podra ser q̄ se q̄de en la mesma po- breza q̄ antes estaua, y q̄ sea menester q̄ suceda, vno, y otro rencuētro, vna, y otra batalla, y que de todas salga vēcedor, para medrar en algo. Pe- ro estos milagros vese raras vezes. Pero dezid- me señores, si aueys mirado en ello? Quā menos son los premiados por la guerra, q̄ los q̄ han pe- recido en ella? Sin duda aueys de responder, q̄ no tienen comparacion, ni se pueden reducir a cuēta los muertos, y que se podrá cōtar los pre- miados viuos, cō tres letras de guarismo. Todo esto es al reues en los Letrados, porque de fal- das, que no quiero dezir de mangas, todos tie- nen en q̄ entretenerse. Assi, que aunque es ma- yor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede respōder, q̄ es mas facil,

facil, premiar a dos mil Letrados, que a treynta mil soldados. Porque a aquellos se premian cō- darles officios, q̄ por fuerça se han de dar a los de su profession: y a estos no se puedē premiar, si no cō la mesma hazienda del señor a quē sir- uen: y esta impossibilidad, fortifica mas la razō que tengo. Pero dexemos esto a parte, que es la berinto de muy dificultosa salida, si no bolua- mos a la preeminēcia de las armas, cōtra las le- tras. Materia q̄ hasta aora estā por aueriguar, se- gun son las razones q̄ cada vna de su parte ale- ga: y entre las q̄ he dicho, dicen las letras, q̄ sin ellas no se podrian sustentar las armas. Porq̄ la guerra tãbien tiene sus leyes, y estā sugeta a e- llas, y q̄ las leyes caē debaxo de lo q̄ sō letras, y Letrados. A esto respōde las armas, q̄ las leyes no se podrā sustētar sin ellas. Porq̄ cō las armas, se defiendē las republicas, se cōseruan los Rey- nos, se guardā las ciudades, se assegurā los cami- nos, se despojan los mares de cofarios. Y final- mente, si por ellas no fuese, las Republicas, los Reynos, las Monarchias, las Ciudades, los cami- nos de mar, y tierra, estarien sugetos al rigor, y ala cōfusiō q̄ trae cōsigo la guerra el tiēpo q̄ du- ra, y tiene licencia de vsar de sus priuilegios, y de sus fuerças. Y es razon aueriguada, q̄ aq̄llo q̄ mas cuesta, se estima, y deue de estimar en mas. Alcāçar alguno a ser eminēte en letras, le cuesta tiēpo, vigiliās, hãbre, desnudez, vaguido de ca- beça, in digestiones d̄ estomago, y otras cosas a estas

estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas. Mas llegar vno por sus terminos a ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada passo está a pique de perder la vida. Y q̄ temor de necesidad y pobreza puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene vn soldado, que hallandose cercado en alguna fuerza, y estado de posta, o guarda, en algun rebellin, o Cavallero, siente q̄ los enemigos estan minado, hãzia la parte donde el está, y no puede apartarse de alli, por ningun caso, ni huyr el peligro que de tan cerca le amenaza. Solo lo que puede hazer, es, dar noticia a su Capitan de lo que passa, para que lo remedie, con alguna contramina, y el estarse q̄do teniendo, y esperando, quando improvísamente ha de subira las nubes sin alas, y baxar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala, o haze v̄taja, el de enuestirse dos galeras por las proas, en mitad del mar espacio. Las quales enclauijadas, y trabadas, no le queda al soldado mas espacio, del que concede dos pies de tabla del espolon. Y con todo esto, viendo que tiene delante de si, tãtos ministros de la muerte, que le amenazan, quantos cañones de artilleria se assestan de la parte cõtraria, que no distan de su cuerpo vna lança, y viendo que al primer descuydo de los pies yria a visitar los profundos senos de Nepruno;

pruno: y con todo esto, con intrepido coraçõ, lleuado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabuzeria, y procura passar por tan estrecho passo al baxel contrario. Y lo que mas es de admirar, que a penas vno ha caydo, donde no se podria levantar hasta la fin del mundo, quãdo otro ocupa su mesmo lugar: y si este tambien cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro, y otro, le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes, valentia, y atrevimiento, el mayor que se puede hallar en todos los trãces de la guerra. Bien ayan aquellos benditos siglos, q̄ carecieron de la espãtable furia, de aquestos endemoniados instrumentos de la artilleria, a cuyo inuẽtor, tengo para mi, que en el infierno se le está dãdo el premio. de su diabolica inuẽcion, con la qual dio causa, q̄ vn infame y conarde braço, quite la vida a vn valeroso cauallero, y que sin saber como, o por donde, en la mitad del corage, y brio, que enciende, y anima a los valiẽtes pechos, llega vna desmandada bala (disparada, de quien quiza huyò, y se espantò del resplandor que hizo el fuego, al disparar de la maldita maquina) y corta, y acaba en vn instante los pẽsamientos, y vida, de quien la merecia gozar luengos siglos. Y asì confiado esto, estoy por dezir, que en el alma me pesa de aver tomado este exercicio de cauallero andãte, en edad tan detestable, como es esta en q̄aora viuimos, porq̄ aunq̄ a mi ningun peligro me

me pone miedo, toda via me pone rezeio, pensar, si la poluora, y el estaño, me han de quitar la ocasion de hazerme famoso, y conocido por el valor de mi brazo, y filos de mi espada, por todo lo descubierto dela tierra. Pero haga el cielo lo q fuere seruido, q tâto sere mas estima do, si algo cõ lo q pretêdo, quãto a mayores pe ligros me he puesto, q se pusieron los Cavalle ros andantes, de los passados siglos. Todo este largo preâbulo dixo dõ Quixote, en tâto q los demas cenauã, oliuãdose de llevar bocado a la boca, puesto q algunas vezes le auia dicho San cho Pãça, q cenasse, q despues auria lugar, para dezir todo lo que quisiessse. En los q escuchado le auia, sobreuino nueva lastima, de ver, que hõ bre q al parecer tenia buẽ entêdimiêto, y buen discurso, en todas las cosas que tratauã, le hu uiesse perdido tã rematadamẽte, en tratandole de su negra, y pizmienta caualleria. El Cura le dixo, q tenia mucha razõ, en todo quanto auia dicho en fauor de las armas, y q el aũque Letra do, y graduado, estaua de su mesmo parecer. Acabarõ de cenar, leuãtarõ los mâteles, y en tã to q la vêtera, su hija, y Maritormes, adereçauan el camarachõ de dõ Quixote de la Mãcha, dõ de auian determinado, que aquella noche, las mugeres solas en el se recogiesse: dõ Fernãdo rogò al cautino, les cõtasse el discurso de su vi da, porque no podria ser, sino que fuesse pere grino, y gustoso, segũ las muestras que auia co men-

mẽçado a dar viniêdo en cõpañia de Zorayda. A lo qual respõdio el cautiuo, que de muy bue na gana haria lo que se le mandaua, y que solo temia, que el cuento no auia de ser tal, que les diessse el gusto que el desleaua. Pero que cõ tõ do esso, por no faltar en obedecelle, le cõtaria: el Cura, y todos los demas selo agradecierõ, y de nueuo se lo rogaron. Y el viendose rogar de tantos, dixo: Que no eran menester ruegos adõ de el mandar tenia tãta fuerça. Y assi, esten vuestras mercedes atentos, y oyran vn discurso verdadero, a quien podria ser que no llegassen los mentirosos, que con curioso, y pensado ar tificio, suelen cõponerse. Con esto q dixo, hizo que todos se acomodassen, y le prestassen vn grande silencio, y el viendo que ya callauan, y esperauã lo q dezir quisiessse, con voz agrada ble, y repofada, començo a dezir desta manera.

Cap. XXXIX. Donde el Cautiuo cuenta su vida,
y sucesos.

EN vn lugar de las montañas de Leon, tuuo principio mi linaje, cõ quien fue mas agra decida, y liberal la naturaleza, que la fortuna. Aunq en la estrechez de aquellos pueblos, to da via alcãçaua mi padre fama de rico, y verda deramente lo fuera, si assi se diera maña a con seruar su haziêda, como se la daua en gastalla. Y la cõdicion q tenia, de ser liberal, y gastador, me pcedio de auer sido soldado, los años de su juven-



juuentud. Que es escula la soldadesca, donde el mezquino se haze franco, y el franco prodigo; y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras vezes. Passaua mi padre los terminos dela liberalidad, y rayaua en los de ser prodigo. Cosa que no le es de ningun provecho al hōbre casado, y que tiene hijos q̄ le han de suceder en el nōbre, y en el ser. Los q̄ mi padre tenia eran tres, todos varones, y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre, que segun el dezia, no podia yrse a la mano contra su condicion, quisa privarse del instrumēto, y causa, que le hazia gastador, y dadiuoso, que fue privarle de la hazienda, sin la qual el mismo Alexandro pareciera estrecho. Y assi llamandonos vn dia a todos tres, a solas en vn aposēto, nos dixo vnas razones, semejantes a las que aora dire. Hijos, para deziros que os quiero bien, basta saber, y dezir, que soys mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy a la mano, en lo que toca a cōseruar vuestra hazienda. Pues para que entendays desde aqui adelante, que os quiero como padre, y q̄ no os quiero destruyr como padastro, quiero hazer vna cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada, y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estays ya en edad de tomar estado, o alomenos de elegir exercicio, tal que quando mayores os honre, y aproneche.

he

he pensado, es hazer de mi haziēda quatro partes, las tres os dare a vosotros, acada vno lo q̄ le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedarē yo, para viuir, y sustentarme, los dias que el cielo fuere seruido de darme de vida. Pero querria, que despues que cada vno tuuiesse en su poder la parte que le toca de su hazienda, siguiessse vno delos caminos que le diere. Ay vn refran en nuestra España, a mi parecer muy verdadero, como todos losōn, por ser sētēcias breues, sacadas dela lengua, y discreta experiencia, y el que yo digo, dize: Yglesia, o mar, o casa Real: como si mas claramēte dixera. Quiē quisiere valer, y ser rico, siga, o la Yglesia, o nauegue, exercitando el arte dela mercancia, o entre a seruir a los Reyes en sus casas: Porq̄ dicen. Mas vale migaja de Rey, q̄ merced de señor. Digo esto, porque querria, y es mi volūtad, que vno de vosotros siguiessse las letras, el otro la mercācia, y el otro siruiesse al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar a servirle en su casa; que ya que la guerra no dē muchas riquezas, suele dar mucho valor, y mucha fama. Dentro de ocho dias os dare toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en vn ardite, como lo veney por la obra. Deidme aora, si q̄reys seguir mi parecer, y consejo, en lo q̄ os he propuesto: y mandādome a mi por ser el mayor, q̄ respondiessse: Despues de auerle dicho q̄ no se deshiziessse de la hazienda, sino q̄ gastasse todo lo q̄ fuesse

fuesse su voluntad, q̄ nosotros eramos moços para saber ganarla: vine a concludir, en q̄ cūpliría su gusto, y que el mio era seguir el el exercicio de las armas, siruiendo en el a Dios, y a mi Rey. El segūdo hermano, hizo los mesmos ofrecimientos, y escogio el yrse a las Indias, lleuādo empleada la haziēda q̄ le cupiesse. El menor, y a lo q̄ yo creo el mas discreto, dixo q̄ queria seguir la Yglesia, o yrse a acabar sus començados estudios a Salamanca. Assi como acabamos de concordarnos, y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abraçó a todos, y cō la breuedad q̄ dixoxo puso por obra quāto nos auia prometido, y dando a cada vno su parte, que a lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros; porque vn nuestro tio comprò toda la hacienda, y la pagò de contado, porque no saliese del trōco de la casa. En vn mesmo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciédome a mi ser inhumanidad, que mi padre quedasse viejo, y cō tā poca haziēda, hize con el, que de mis tres mil rominasse los dos mil ducados; porq̄ a mi me bastaua el resto, para acomodarme, de lo que auia menester vn soldado. Mis dos hermanos, mouidos de mi exemplo, cada vno le dio mil ducados. De modo, que a mi padre le quedaron quatro mil en dineros, y mas tres mil, que a lo que parece valia la haziēda que le cupo, que no quiso vender, sino quedar se con ella en rayzes. Digo en

en fin, que nos despedimos del, y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentiēto, y lagrimas de todos, encargandonos que les hiziessimos saber, todas las vezes q̄ huuiessimos comodidad para ello, de nuestros sucessos, prosperos, o aduersos. Prometimosfelo, y abraçandonos, y echādonos su bendicion, el vno tomò el viaje de Salamāca, el otro de Seuilla, y yo el de Alicante, adonde tūne nuevas que auia vna nau de Ginouesa, q̄ cargaua alli lana para Genoua. Este hara veynte y dos años, que sali de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto q̄ he escrito algunas cartas, no he sabido del, ni de mis hermanos niueña. Y lo que en este discurso de tiēpo he pasado, lo diré breuemēte. Enbarqueme en Alicante, lleguē con prospero viaje a Genoua: fuy desde alli a Milā, dōdo me acomodé de armas, y de algunas galas de soldado, de dōdo quise yr a alentar mi plaça al Piamonte, y estādo ya de camino para Alexandria de la Palla, tūne nuevas q̄ el gran Duque de Alua passaua a Flādes. Mudé proposito, fuy me cō el, seruiendole en las jornadas que hizo, hallemē en la muerte de los Cōdes de Eguemenon, y de Hornos, alcācē a ser Alferez de vn famoso Capitā de Guadala-para, llamado Diego de Urbina. Y a cabo de algū tiēpo q̄ lleguē a Flandes, se tūno nuevas de la liga, que la Sātidad del Papa Pio quinto, de felice recordacion, auia hecho conuenencia cō España, contra el enēnigo comun, que es el



Turco. El qual en aquel mesmo tiempo auia ganado con su armada la famosa Isla de Chipre, que estava debaxo del dominio de Veneciano, y perdida lamêtable, y desdichada. Supose cierto q̄ venia por General desta liga, el serenissimo dō luã de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey don Felipe. Diuulgose el grãdissimo aparato de guerra que se hazia. Todo lo qual me incitò y commouio el animo, y el deseo de verme en la jornada que se esperaba: y aunque tenia barrutos, y casi promessas ciertas, de que en la primera ocasion que se ofreciese, seria promovido a Capitã, lo quise dexar todo, y venirme, como me vine a Italia. Y quiso mi buena suerte, que el señor dō luã de Austria acabaua de llegar a Genoua, que passaua a Napoles, a juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallè en aquella felicissima jornada, ya hechò Capitã de infanteria, a cuyo honoroso cargo me subio mi buena suerte, mas q̄ mis merecimientos. Y aquel dia, que fue para la Christianidad tan dichoso, porque en el se defendiò el mundo, y todas las naciones, del error en que estauan, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia. Digo donde quedò el orgullo, y soberbia Otomana quebrada, entre tantos venturosos, como alli huuo. Porque mas ventura tuuieron los Christianos que alli murieron, que los que viuos, y vencedo-

dores quedarò. Yo solo fuy el desdichado, pues en cãbio de que pudiera esperar, si fuera en los Romanos siglos alguna naual corona, me vi aquella noche, que siguiò a tan famoso dia, con cadenas a los pies, y espolas a las manos. Y fue desta suerte: que auiendo el Vchali Rey de Argel, atreuido, y vèturoso. Cossario, enuestido, y rendido la capitana de Malta, que solos tres canalleros quedaran viuos en ella, y estos mal heridos, acudiò la capitana de luã Andrea a socorrerla, en la qual yo yua con mi compania, y haziendo lo que denia en ocasion semejante: salte en la galera còrraria, la qual desuiandose de la que auia enuestido, estoruò q̄ mis soldados me siguiesen, y asì me hallè solo entre mis enemigos, a quien no puda resistir por ser tantos, en fin me rindieron lleno de heridas. Y como ya haueys señores oydo dezir, que el Vchali, se saluò con toda su esquadra, vine yo a quedar cautiuo en su poder, y solo fuy el triste entre tantos alegres, y el cautiuo entre tantos libres, porque fueron quinze mil Christianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la Turquesca armada. Lleuaronme a Constantinopla, donde el gran Turco Selin hizo general de la mar a mi amo, porque auia hecho su deuer en la batalla, auiendo lleuado por muestra de su valor, el estandarte de la religion de Malta. Halleme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Na-



uarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi, y note la ocasió que alli se perdio, de no coger en el puerto toda la armada Turquesca. Porque todos los Leuêtes, y Genizaros, que en ella venia, y tuuieron por cierto, q̄ les auian de enuestir dêtro del mesmo puerto, y tenia a punto su ropa, y passamiques, que son sus çapatos, para huyrse luego por tierra, sin esperar ser cobatidos: tanto era el miedo q̄ auian cobrado a nuestra armada. Pero el cielo lo ordenò de otra manera, no por culpa, ni descuydo del General, q̄ a los nuestros regia, sino por los peccados de la Chrístiãdad: y porq̄ quiere, y permite Dios, q̄ rēgamos siēpre verdugos que nos castiguē. En efeto el Vchali se recogio a Modò, q̄ es vna Isla que està junto a Namarino, y echado la gente en tierra, fortificò la boca del puerto, y estuuose quedo, hasta que el señor don Iuan se boluio. En este viage se tomò la Galera, q̄ se llamaua la Presa, de quien era Capitan vn hijo de aquel famoso Cosario Barba Roxa: tomola la Capitana de Napoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel vêturoso, y jamas vencido Capitán don Aluaro de Bazã, Marques de Santa Cruz. Y no quiero dexar de dezir lo q̄ sucedio en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roxa, y trataua tan mala sus cautiuos, q̄ así como los que venian al remo, vieron que la galera Loba les yua entrando, y que los al-

canç

cançana, soltaron todos a vn tiēpo los remos, y asieron de su Capitan, q̄ estaua sobre el estante rol, gritando q̄ bogassen a priesa, y passandole de banco en banco, de popa, a proa, le dierò bocados, que a poco mas que paso del arborol, ya hauiá passado su anima al infierno. Tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataua, y el odio que ellos le tenia. Boluimos a Constantinopla, y el año siguiēte, que fue el de setēta y tres, se supo en ella, como el señor dō Iuã auia ganado a Tunez, y quitado aquel Reyno a los Turcos, y puesto en possessiõ del a Muley Hamet, cortado las esperanças q̄ de boluer a reynar en el tenia Muley Hamida el Moro mas cruel, y mas valiēte q̄ tuuo el mundo. Sintio mucho esta perdida el grã Turco, y vsando de la sagacidad q̄ todos los de su casa tienē, hizo paz con Venecianos, q̄ mucho mas q̄ el la desauan. Y el año siguiēte de setēta y quatro, acometio ala Goleta, y al fuerte, que junto a Tunez auia dexado medio leuantado el señor don Iuan. En todos estos trances andaua yo al remo, sin esperanza de libertad alguna: alomenos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escriuir las nueuas de mi desgracia a mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las quales plaças vuo de soldados Turcos, pagados setenta y cinco mil: y de Moros, y Alarabes de toda la Africa, mas de quatro cientos mil, acompañado este tã gran numero

Na 3 de



de gente, con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos, y a puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta, y el Fuerte. Perdióse primero la Goleta, renida hasta entóces por inexpugnable; y no se perdió por culpa de sus defensores, los quales hizierón en su defensa todo aquello que deuián, y podían; sino porque la experiencia mostrò la facilidad con que se podían levantar trincheas en aquella desierta arena, porq̃ a dos palmos se hallaua agua, y los Turcos no la hallaron a dos varas: y así con muchos sacos de arena leuataron las trincheas tan altas, que sobrepujauan las murallas de la fuerza, y tirádoles a Cauallero, ninguno podia parar, ni asistir a la defensa. Fue comun opinió, q̃ no se auian de encerrar los nuestros en la Goleta, si no esperar en campaña, al desembarcadero: y los q̃ esto dizē, hablan de lexos, y cō poca experiencia de casos semejantes: porq̃ si en la Goleta, y en el fuerte a penas auia siete mil soldados, como podia tan poco número (aunque mas esforçados fuesen) salir a la campaña, y quedar en las fuerzas, cōtra tanto como era el delos enemigos? Y como es possible dexar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas quādo la cercā enemigos muchos, y porfiados, y en su misma tierra. Pero a muchos les parecio, y así me parecio a mí, que fue particular gracia, y merced q̃ el cielo hizo a España, en permitir, q̃ se assolasse aque-

lla

lla officina, y capa de maldades. y aquella go-
mia, o esponja, y polilla de la infinitad de dine-
ros, q̃ allí sin prouecho se gastauā, sin seruir de
otra cosa, q̃ de cōseruar la memoria de auerla
ganado, la felicissima del inuictissimo Empera-
dor Carlos Quinto, como si fuera menester pa-
ra hazerla eterna (como lo es, y será) que aque-
llas piedras la sustentarā. Perdióse tãbiē el Fue-
te, pero fueròlo ganando los Turcos palmo a
palmo, porque los soldados, q̃ lo defendiā, pe-
learon tan valerosa, y fuertemente, q̃ pasaron
de veynte y cinco mil enemigos los q̃ mataron
en veynte y dos asaltos generales q̃ les diē.
Ninguno de los soldados cautiuarò sano, de tre-
cientos que quedaron viuos, señal cierta, y cla-
ra de su esfuerço, y valor, y de lo bien que se
hanian defendido, y guardado sus plaças. Rin-
dióse a partido vn pequeño fuerte, o torre que
estaua en mitad del estãno, a cargo de don Iuan
Zanoguera, Cauallero Valenciano, y famoso sol-
dado. Cautiuaron a don Pedro Puerto carrero,
General de la Goleta, el qual hizo quanto fue
possible, por defender su fuerza: y sintio tantò
el auerla perdido, q̃ de pesar, murio en el cami-
no de Constantinopla, donde le lleuauan cauti-
uo. Cautiuarò así mismo el General del Fue-
te, q̃ se llamaua, Gabrio Cerbellon, Cauallero
Milanes, grande ingeniero, y valentissimo sol-
dado. Murierò en estas dos fuerzas muchas per-
sonas de cuēta, de las quales fue vna, Pagan de

Ll 4 Oria,

Oria Cauallero del habito de sant Iuan, de condición generoso, como lo mostrò la suma liberalidad que vso con su hermano el famoso Iuan de Andrea de Oria: y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fue auer muerto a manos de vnos Alarabes, de quien se fiò viendo ya perdido el Fuerte, que se ofrecieron de llevarle en habito de Moro a Tabarca, q̄ es vn portezuelo, o casa q̄ en aquellas riberas tienen los Ginoueses q̄ se exercitan en la pesqueria del coral: los quales Alarabes le cortaron la cabeça, y se la truxerò al General de la armada Turquesca: el qual cùplio con ellos nuestro refran Castellano: Que aunque la trayción aplaze, el traydor se aborrece: y así se dize, que mandò el General ahorcar a los que le truxerò el presente, por que no se le auia traydo viuo. Entre los Christianos q̄ en el fuerte se perdierò, fue vno llamado don Pedro de Aguilar, natural no se de q̄ lugar del Andaluzia, el qual hauia sido Alferez en el fuerte, soldado de mucha cuenta, y de raro entendièto: especialmète tenia particular gracia en lo q̄ llamà Poesia. Digolo, porq̄ su fuerte le truxo a mi galera, y a mi banco, y a ser esclauo de mi mesmo Patrò: y antes q̄ nos partièsemos de aquel puerto, hizo este Cauallero dos Sonetos, a manera de epirafios, el vno a la Goleta, y el otro al Fuerte. Y en verdad que los tengo de dezir, porque los se de memoria, y creo que a ses causaràn gusto, q̄ pesadumbre. En el punto que

que el cautiuo nombrò a dō Pedro de Aguilar, dō Fernàdo mirò a sus camaradas, y todos tres se sonrieron: y quando llegò a dezir de los Sonetos, dixo el vno: Antes q̄ vuestra merced pafse adelante, le suplico me diga, que se hizo esse don Pedro de Aguilar que ha dicho? Lo que se es respondio el cautiuo, q̄ al cabo de dos años que estubo en Còstantinopla; se huyò en trage de Arnaute, cò vn Griego, espia, y no se vino en libertad: puesto q̄ creo que si, porque de allia vn año vi yo al Griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viage. Pues no fue, respòdio el Cauallero, porque esse don Pedro es mi hermano, y està aora en nuestro lugar, bueno, y rico, casado, y cò tres hijos. Gracias sean dadas a Dios, dixo el cautiuo, por tantas mercedes como le hizo, porque no ay en la tierra (conforme mi parecer) contento q̄ se iguale a alcanzar la libertad perdida. Y mas, replicò el Cauallero, que yo se los Sonetos que mi hermano hizo. Digalos pues v.m. dixo el cautiuo que los sabra dezir mejor que yo. Que me plaze, respondio el Cauallero: y el de la Goleta dezia así.

Cap. XL. Donde se prosigue la historia del cautiuo.

S O N E T O.

Almas dichosas, que del mortal velo,
Libres y essètas, por el bien que obrastes.
Desde

Desde la baxa tierra os leuantastes
 A lo mas alto, y lo mejor del cielo.
 Y ardiendo en ira, y en honroso zelo,
 De los cuerpos la fuerza exercitastes,
 Que en propria y sangre agena colorastes
 El mar vezino, y arenoso suelo.
 Primero que el valor, faltò la vida
 En los cansados braços, que muriendo,
 Con ser vencidos lleuan la vitoria.
 Y esta vuestra mortal, triste cayda y
 Entre el muro, y el hierro, os va adquiriendo
 Fama, que el mundo os da, y el cielo gloria.
*De esta mesma manera le se yo, dixo el cautiuo. Pues
 el del Fuerte, si mal no me acuerdo, dixo
 el Cavallero, dize assi.*

SONETO.

DE entre esta tierra esteril, derribada,
 Destos terrones por el suelo echados,
 Las almas santas de tres mil soldados
 Subieron viuas à mejor morada.
 Siendo primero en vano exercitada
 La fuerza de sus braços es forçados,
 Hasta que al fin de pocos, y cansados
 Dieron la vida al filo de la espada.
 Y este es el suelo que continuo ha sido
 De mil memorias lamentables lleno
 En los passados siglos y presentes.
 Mas no mas justas de su duro seno,

Auran

Auran al claro cielo almas subido,
 Ni aun el sostuño cuerpos tan valientes.
 No parecieron mal los Sonetos, y el cautiuo
 se alegro con las nueuas que de su camarada le
 dieron: y prosiguiendo su cuento, dixo: Rendi-
 dos pues la Goleta, y el Fuerte, los Turcos die-
 ron orden en desmantelar la Goleta, porque el
 Fuerte quedò tal, q no huuo que poner por tier-
 ra: y para hazerlo con mas breuedad, y me-
 nos trabajo, la minaron por tres partes, pero
 con ninguna se pudo bolar lo q parecia menos
 fuerte, q eran las murallas viejas, y todo aque-
 llo q auia qdado en pie de la fortificacion nue-
 ua, q auia hecho el Fratin, con mucha facilidad
 vino à tierra. En resoluciò, la armada boluio a
 Constantinopla, triufante, y vencedora: y de allí
 à pocos meses murio mi almo el Vchali, al qual
 llamauan, Vchali Fartax, que quiere dezir en lé-
 gua Turquesca: El renegado Tiñoso, porque lo
 era: y es costùbre entre los Turcos, ponerse nò-
 bres de alguna falta que tégan, o de alguna vir-
 tud q en ellos aya. Y esto es, porque no ay entre
 ellos sino quatro apellidos de linages, que de-
 tienden de la casa Otomana; y los demas, como
 tégò dicho, toman nòbre, y apellido, ya de las
 tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ani-
 mo: y este Tiñoso bogò el remo, siendo esclauo
 del gran señor, catorze años, y a mas de los
 treynta y quatro de su edad, renegò, de despe-
 cho de que vn Turco estando al remo, le dio vn
 bofe-

bofetón, y por poder se vègar, dexò su fe: y fue tanto su valor, que sin subir por los torpes mer-
 dios y caminos que los mas priuados del gran
 Turco subè, vino a ser Rey de Argel, y despues
 a ser general de la mar, que es el tercero cargo
 q̄ay en aquel señorío. Era Calabres de nacion,
 y moralmente fue hombre de bien, y trataua cõ
 mucha humanidad a sus cautiuos, q̄ llegó a re-
 ner tres mil, los quales despues de su muerte se
 repartieron, como el lo dexò en su testamento,
 entre el gr̄a señor (q̄ tãbien es hijo heredero de
 quantos mueren, y entra a la parte con los mas
 hijos que dexa el difunto) y entre sus renega-
 dos: y yo cupe a vn renegado Veneciano, q̄ tie-
 do grumete de vna naue, le cautiud el Vchali,
 y le quiso tanto, que fue vno de los mas regala-
 dos garzones suyos, y el vino a ser el mas cruel
 renegado que jamas se ha visto. Llamauase Aza-
 naga y llegó a ser muy rico, y a ser Rey de Ar-
 gel, cõ el qual yo vine de Constantinopla, algo
 cõtento, por estar tan cerca de España: no porq̄
 pensasse escriuir a nadie el desdichado suceso
 mio, sino por ver si me era mas fauorable la suer-
 te en Argel, q̄ en Constantinopla, dõde ya auia
 prouado mil maneras de huyrme, y ninguna
 tuuo fazon, ni ventura: y pensaua en Argel bu-
 scar otros medios de alcançar lo q̄ tãto dessea-
 ua, porque jamas me desamparò la esperança de
 tener libertad: y quando en lo q̄ fabricaua, pen-
 saua, y ponía por obra, no correspondia el su-
 ceso

ceso a la intencion, luego sin abãdonarme, sin-
 gia, y buscava otra esperança que me sustentasse,
 aunque fuesse debil, y flaca. Con esto entrete-
 nia la vida, encerrado en vna prisiõ, ò casa q̄ los
 Turcos llaman baño, donde encierrã los cauti-
 uos Christianos, assi los q̄ son del Rey, como de
 algunos particulares: y los que llaman del Al-
 mazen, q̄ es como dezir, cautiuos del Consejo,
 que firuen a la ciudad en las obras publicas q̄
 haze, y en otros officios: y estos tales cautiuos
 tienen muy dificultosa su libertad, q̄ como son
 del comun, y no tienẽ amo particular, no ay cõ-
 quien tratar su rescate, aunque le tengan. En e-
 stos baños, como tẽgo dicho, suelen llevar a sus
 cautiuos algunos particulares del pueblo, prin-
 cipalmente quãdo son de rescate, porq̄ allí los
 tienen holgados, y seguros, hasta q̄ vèga su re-
 scate. Tambiẽ los cautiuos de Rey, q̄ son de re-
 scate, no salen al trabajo con la demas chusma,
 sino es quando se tarda su rescate, q̄ entonces,
 por hazerles, q̄ escriuan por el con mas ahinco,
 los hazen trabajar, è yr por leña al monte cõ los
 demas, que es vn no pequeño trabajo. Yo pues,
 era vno de los del rescate, que como se supo q̄
 era capitan, puesto que les dixemi poca posi-
 bilidad, y falta de hazienda, no aprouechò nada
 para q̄ no me pusiesen en el numero de los ca-
 balleros, y gente de rescate. Pusieronme vna ca-
 dena, mas por señal de rescate, q̄ por guardar-
 me cõ ella, y assi passaua la vida en aq̄l baño, con
 otros

otros muchos caualleros, y gente principal, señalados, y tenidos por de rescate. Y aunque la hambre, y desnudez pudiera fatigarnos a vezes, y aun casi siépre, ninguna cosa nos fatigaua tanto, como oyr, y ver a cada passo, las jamas vistas, ni oydas crueldades q̄ mi amo vsaua cō los Christianos. Cada día ahorcaua el suyo, empalaua a este, desorejaua a aquel: y esto por tã poca ocasiō, y tã sin ella, q̄ los Turcos conociã que lo hazia no más de por hazerlo, y por ser natural cōdiciō suya ser omicida de todo el genero humano. Solo librò biẽ cō el vn soldado Español, llamado, tal de Saanedra, el qual cō auer hecho cosas q̄ quedará en la memoria de aquellas gētes por muchos años, y todas por alcãçar libertad, jamas le dio palo, ni se lo mandò dar, ni le dixo ninguna mala palabra: y por la menor cosa q̄ hizo, remiamos todos que hauia de ser empalado, y aũsillo remio el mas de vna vez: y sino fuera porque el tiẽpo no da lugar, yo dixera aora algo de lo que este soldado hizo, q̄ fuera parte para entreteneros, y admiraros, harro mejor q̄ cō el cuẽto de mi historia. Digo pues, q̄ encima del patio de nuestra prision, cahia las vėtanas de la casa de vn Moro rico, y principal, las quales, como de ordinario son las de los Moros, mas erã agujeros que vėtanas, y aũ estas se cubriã cō celosias muy espesas, y apretadas. Acaecio pues, que vn dia estãdo en vn terrado de nuestra prision, cō otros tres cōpañeros, ha-

zien-

viendo prueuas de saltar cō las cadenas, por entretener el tiẽpo, estando solos, porq̄ todos los demas cautiuos Christianos q̄ en el baño estauan auian salido a trabajar, alcẽ a caso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia vna caña, y al remate della puesto vn lienço, atado, y la caña se estaua blãdeãdo, y moniẽdose, casi como si hiziera señas, que llegassemos a tomarla. Miramos en ello, y vno de los que conmigo estauan, fue a ponerse debaxo de la caña, por ver si la soltauan, o lo q̄ hazia: pero asì, como llegò alçaron la caña, y la mouieron a los dos lados, como si dixeran, no con la cabeça. Boluiose el Christiano, y tornaronla a baxar y hazer los mesmos mouimiẽtos que primero. Fue otro de mis cōpañeros, y sucediole lo mesmo que al primero. Finalmente fue el tercero, y auinole lo que al primero, y al segundo. Viẽdo yo esto, no quiso dexar de prouar la suerte, y asì como lleguẽ a ponerme debaxo de la caña, la dexaron caer, y dio a mis pies dentro del baño, acudi luego a desatar el lienço, en el qual vi vn nudo, y dentro del venian diez zianiys, q̄ son vnas monedas de oro baxo, que vsan los Moros, que cada vna vale diez reales delos nuestrs. Si me holgue con el hallazgo, no ay para que dezirlo, pues fue tãto el contento, como la admiracion de pensar de donde podia venirnos aquel bien, especialmẽte a mi, pues las muestras de no auer querido

soltar

soltar la caña, sino a mi, claro dezian que a mi se hazia la merced. Tomè mi buen dinero, quebrè la caña, boluime al terradillo, mirè la ventana, y vi que por ella salia vna muy blanca mano, q̄ la abrian y cerrauan muy a prissa. Con esto entèdimos, o imaginamos, que alguna muger q̄ en aquella casa viuia, nos deuia de hauer hecho aquel beneficio: y en señal de què lo agradeciamos, hezimos zalemas a vso de Moros, inclinàdo la cabeça, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos sobre el pecho. De alli a poco sacàro por la mesma yètana vna pequeña de Cruz, hecha de cañas, y luego la boluieron a entrar. Esta señal nos confirmò, en que alguna Christiana deuia de estar cautiva en aquella casa, y pensamos que era la que el bien nos hazia: pero la blancura de la mano, y las axorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto, que imaginamos, que deuia de ser alguna Christiana renegada, a quien de ordinario suelè tomar por legirimas mugeres sus meses amos, y aun lo tienen a mucha vètura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos, dimos muy lexos de la verdad del caso, y asì todo nuestro entretenimiento desde alli adelante, era mirar, y tener por norte, a la ventana donde nos auia aparecido aquella estrella de la caña: pero biè se pasaron largos quinze dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna. Y aun
que

que en este tiempo procurauamos con toda solitud, saber quien en aq̄lla casa viuia, y si auia en ella alguna Christiana renegada, jamas huuo quien nos dixesse otra cosa sino. que alli viuia vn Moro principal, y rico, llamado Agimorato, Alcayde que auia sido de le Para, que es oficio entre ellos de mucha calidad, y estima. Mas quãdo mas descuydados estauamos, de q̄ por alli auia de llouer mas zianiys, vimos a deshora paecer la caña, y otro liègo en ella, cò otro nudo mas crecido: y esto fue a tièpo q̄ estaua el baño como la vez passada, solo y sin gente. Hezimos la acostumbra da prueua, yendo cada vno primero que yo, delos mismos tres q̄ estauamos, pero a ninguno se rindio la caña sino a mi, por que en llegando yo la dexaron a caer. Desate el nudo, y hallè quarenta escudos de oro Españoles, y vn papel escrito en Arauigo, y al cabo de lo escrito hecha vna grande Cruz. Besè la Cruz, tomè los escudos, boluime al terrado, hezimos todos nuestras zalemas, tornò a parecer la mano, hize señas q̄ leeria el papel, cerrarò la yètana. Quedamos todos còsufos, y alegres cò lo sucedido: y como ninguno de nosotros no entèdia el Arauigo, era grãde el desseo q̄ teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin yo me determinè de fiarme de vn renegado, natural de Murcia, que se auia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los
M m dos,

nos, que le obligauan a guardar el secreto que le encargasse: porque suelen algunos renegados, quando tienen intencion de boluerse a tierra de Christianos, traer consigo algunas firmas de cautiuos principales, en q̄ dan fee, en la forma q̄ pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siēpre ha hecho bien a Christianos, y que lleva desseo de huyrse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos ay, que procurā estas fees con buena intencion: otros se firuen dellas, a caso, y de industria: q̄ viniēdo a robar a tierra de Christianos, si a dicha se pierden, o los cautiuos, sacan sus firmas, y dizē, que por aquellos papeles se verā el proposito cō q̄ veniā, el qual era de quedarse en tierra de Christianos, y que por esso venian en corso con los demas Turcos. Cō esto se escapan de aquel primer impetu, y se recōcilian con la Yglesia, sin q̄ se les haga daño, y quādo ven en la suya, se bueluen a Berberia a ser lo que antes eran. Otros ay que vsan destos papeles, y los procuran cō buen intento, y se quēdan en tierra de Christianos. Pues vno de los renegados q̄ he dicho, era este amigo, el qual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditauamos quāto era possible: y si los Moros le hallarā estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabia muy biē Aruigo, y no solamente hablarlo, sino escriuirlo. Pero antes que del todo me declarasse con el, le dixē que me leyessē aquel papel, que a caso me

me auia hallado en vn agujero de mi rancho. Abriole, y estuuo vn buen espacio mirandole, y construyēdole, murmurando entre los diētes. Pregūtele, si lo entendia? Dixome, q̄ muy bien, y que si queria q̄ me lo declarasse palabra por palabra, que le dieffe tinta y pluma, porque me lo hiziesse. Dimosle luego lo que pedia, y el poco a poco lo fue traduziendo: y en acabādo, dixo: Todo lo que va aqui escrito en Romance, sin saltar ninguna letra, es lo q̄ contiene este papel Morisco; y ha se de aduertir, que a donde dize, Lela Marien, quiere dezir, Nuestra Señora la Virgen Maria. Leymos el papel, y dezia assi. Quando yo era niña, tenia mi padre vna esclaua, la qual en mi lengua me mostrō la Zalā Christianesca, y me dixo muchas cosas de Lela Mariē. La Christiana murio, y yo se que no fue al fuego, sino cō Alā, porque despues la vi dos vezes, y me dixo que me fuesse a tierra de Christianos, a vera Lela Mariē, q̄ me queria mucho. No se yo como vaya muchos Christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido canallero, sino tu. Yo soy muy hermosa, y moçacha, y tengo muchos dineros que llevar cōmigo. Mira tu si puedes hazer que nos vamos, y seras alla mi marido, si quisieres; y sino quisieres, no se me dara nada, que Lela Marien me dara con quien yo me case. Yo escriui esto mi a quien lo das a leer, no te fies por ninguna via de Moro, porque son todos marfuzes.



Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras a nadie, porque si mi padre lo sabe, me echará luego en vn pozo, y me cubrirá de piedras. En la caña pódre vn hilo, ara allí la respuesta: y sino tienes quié te escriua Arauigo, dimelo por señas, q Lela Marié hara q te escribiendo. Ella, y Alà te guarde, y essa Cruz q yo befo muchas vezes, q así me lo mādò la cautiva.

Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirassen, y alegrassen: y así lo vno, y lo otro fue de manera, que el Renegado entédio, que no a caso se auia hallado aquel papel, si no que realmente alguno de nosotros le auia escrito: y así nos rogò, q si era verdad lo q sospéchaua, q nos fiassemos del, y selo dixessemos, que el auenturaria su vida por nuestra libertad: y diziédo esto, sacò del pecho vn Crucifixo de metal, y con muchas lagrimas jurò por el Dios que aquella imagen representaua, en quien el, aunque peccador, y malo bien, y fielmente crehia, de guardar nos lealtad, y secreto, en todo quanto quisiésemos descubrirle, porque le parecia, y casi adeuinaua, q por medio de aquella que aquel papel auia escrito, hauiá el, y todos nosotros de tener libertad, y ver se en lo que tanto deseaua, que era reducirse al gremio de la santa yglesia su madre, de quié como miébro podrido estaua diuidido, y apartado, por su ignorancia, y pecado. Con tantas lagrimas, y cómuestras de tanto arrepétimiento

dixo

dixo esto el Renegado, q todos de vn mesmo parecer, cósentimos, y venimos en declararle la verdad del caso, y así le dimos cuéta de todo, sin encubrirle nada. Mostramosle la ventanilla por dōde parecia la caña, y el marcò desde allí la casa, y qdò de tener especial, y grandísimo cuydado, d informarse quié en ella viuia. Acordamos así mesmo, q sería bien responder al viñete dela Mora: y como teniamos quié lo supiese hazer, luego al mométo el renegado escribió las razones q yo le fuy notado, q pútuálméte fueron las que diré, porque de todos los pñtos substáciales q en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ydo de la memoria, ni aú se me yrà en tanto que tuuiere vida. En efeto, lo que a la Mora se le respondió, fue esto.

El verdadero Alà te guarde, señora mia, y a quella bendita Marien que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en coraçō q te vayas a tierra de Christianos, porq te quie te bien. Ruegale tu, que se sirua de darte a entender, como podras poner por obra lo q te mādā; q ella es tã buena, que si harà. De mi parte, y de la de todos estos Christianos q estan conmigo, te ofrezco de hazer por ti todo lo q pñderemos hasta morir. No dexes de escriuirme, y auisarme lo que pensares hazer, q yo te respōdere siempre; que el grande Alà, nos ha dado vn Christiano cautiuo, q sabe hablar, y escriuir a lēgua, tan bien como lo veras por este papel.

M m 3 Así,



Afsi, que sin tener miedo, nos puedes auisar de todo lo que quisiere. A lo que dizes, que si fue res a tierra de Christianos, q̄ has de ser mi muger: yo te lo prometo, como buen Christiano: y sabe que los Christianos cūplen lo que prometen, mejor que los Moros. Alà, y Marien su madre sean en tu guarda señora mía.

Escrito, y cerrado este papel, aguardè dos dias a que estuñes el baño solo, como solia, y luego sali al passo acostūbrado, del terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardò mucho en assomar. Afsi como la vi, aunque no podia ver quien la ponía, mostrè el papel, como dando a entender, que pusiessen el hilo: pero ya venia puesto en la caña, al qual atè el papel, y de alli a poco, tornò a parecer nuestra estrella con la blanca vanderá de paz del aradillo; dexarò la caer, y alçela yo, y hallè en el paño en toda suerte de moneda, de plata, y de oro, mas de cincuenta escudos, los quales cincuenta vezes mas doblaron nuestro contento, y confirmaron la esperança de tener libertad. Aquella misma noche boluio nuestro Renegado, y nos dixo, q̄ auia sabido que en aquella casa viuia el mismo Moro que a nosotros nos hauian dicho que se llamaua Aguimorato, riquissimo por todo estremo, el qual tenia vna sola hija, heredera de toda su hazienda; y que era comun opiniõ en toda la Ciudad, ser mas hermosa muger de la Berberia; y que muchos de los Virreyes, que

allí

alli venian, la hauian pedido por muger, y que ella nunca se auia querido casar: y que tambien supo, que tuuo vna Christiana cautiuá, que ya se auia muerto: Todo lo qual concertaua cõ lo que venia en el papel; Entramos luego en Consejo con el Renegado, en que orden se tendria para sacar a la Mora, y venirnos todos a tierra de Christianos: y en fin se acordò por entonces q̄ esperassemos al auiso segundo de Zorayda q̄ afsi se llamaua la q̄ aora quiere llamarse Maria. Porque bien vimos, q̄ ella, y no otra alguna era la q̄ auia de dar medio a todas aquellas dificultades. Despues q̄ q̄ damos en esto, dixo el Renegado, q̄ no tuuiessemos, pena, q̄ el perderia la vida, o nos pondria en libertad. Quatro dias estuuò el baño cõ gēte, q̄ fue ocasiõ q̄ quatro dias tardasse en parecer la caña: al cabo de los quales, en la acostūbrada soledad del baño parecio con el lienço tã preñado, que vn felicissimo parto prometia. Inclinosè a mi la caña, y el lienço, hallè en el otro papel, y diè escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaua alli el Renegado, dimosle a leer el papel dētro de nuestro rancho, el qual dixo que ansi dezia.

Yo no se, mi señor, como dar orden que nos vamos a España, ni Lela Mariè me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hazer, es, que yo os dare por esta ventana muchissimos dineros de oro, rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya vno en tierra

de Christianos, y compre alla vna barca, y buel-
ta por los demas, y a mi me hallará en el jardín
de mi padre, que está a la puerta de Babazon,
junto a la marina, donde tengo de estar todo
este Verano con mi padre, y con mis criados:
de alli denoche me podreys sacar sin miedo, y
llenarme a la barca. Y mira, que has de ser mi
marido, porque sino, yo pediré a Marien, que
te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por
la barca, rescátate tu, y ve, que yo se que bolue-
ras mejor que otro, pues eres Cauallero, y Chri-
stiano. Procura saber el jardín, y quando te pa-
sces por ahi, sabre que está solo el baño, y te da-
re mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.

Esto dezia, y contenia el segundo papel: lo
qual visto por todos, cada vno se ofrecio aque-
rer ser el rescutado, y prometio de yr, y boluer
cō toda pñtualidad, y tábien yo me ofreci a lo
mismo: a todo lo qual se opuso el Renegado, di-
ziendo, que en ninguna manera consentiria, q̄
ninguno saliesse de libertad hasta q̄ fuesen to-
dos juntos: porque la experiencia le auia mo-
strado, quā mal cūplian los libres las palabras q̄
dauan en el cautiuero: porque muchas vezes
auian vsado de aquel remedio algunos princi-
pales, cautiuos rescutando a vno que fuesse a
Valencia, o Mallorca con dineros para poder
armar vna barca, y boluer por los que le auia
rescutado, y nunca hauian buuelto: porque de
la libertad alcāçada, y el temor de no boluer a
per-

perderia, los borraua de la memoria todas las
obligaciones del mūdo. Y en confirmaciō de la
verdad que nos dezia, nos contō breuemēte vn
caso, que casi en aquella mesma sazō auia acae-
cido a vnos Caualleros Christianos, el mas estra-
ño que jamas sucedio en aquellas partes, dōde
a cada passo, suceden cosas de grāde espāto, y
de admiracion. En efeto el vino a dezir, q̄ lo q̄
se podia, y deuia hazer, era, que el dinero que se
auia de dar para rescatar el Christiano, q̄ se lo
diessse a el, para comprar alli en Argel vna bar-
ca, con achaque de hazerse mercader y tratan-
te en Tetuan, y en aquella costa; y que siēdo el
señor de la barca, facilmente se daria traça para
sacarlos del baño, y embarcarlos a todos. Quā-
to mas, q̄ si la Mora, como ella dezia, dana di-
neros para rescatarlos a todos, q̄ estādo libres,
era facilissima cosa aun embarcarse en la mitad
del dia: y q̄ la dificultad q̄ se ofrecia mayor, era
q̄ los Moros no consentē, q̄ renegado alguno
compre ni tenga barca, sino es baxel grande pa-
ra yr en corso; porque se temen, que el que cō-
pra barca, principalmente si es Español, no la
quiere sino para yrse a tierra de Christianos: pe-
ro que el facilitaria este inconueniente, con ha-
zer que vn Moro Tangerino fuesse a la parte cō-
el en la compaña de la barca, y en la ganancia
de las mercancías; y con esta sombra el vēdria
a ser señor de la barca, con que dana por acaba-
do todo lo demas. Y puesto que a mi, y a mis ca-
mara-

maradas nos auia parecido mejor lo de embiar por la barca a Mallorca, como la Mora dezia, no osamos cōtra dezirle, temerosos que sino haziamos lo q̄ el dezia, nos auia descubrir, y poner a peligro de perder las vidas, si descubriessse el trato de Zorayda, por cuya vida dieramos todos las nuestras: y así determinamos de poner nos en las manos de Dios, y en las del Renegado. Y en aquel mesmo p̄nto se le respondió a Zorayda, diziendole que haríamos todo quanto nos aconsejaua, porque lo ania aduertido tã bien, como si Lela Marien se lo huiera dicho, y que en ella sola estaua dilatar aq̄l negocio, o ponello luego por obra. Ofrecimele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia q̄ acaecio a estar solo el baño, en diuersas vezes, con la caña, y el paño, nos dio dos mil escudos de oro, y vn papel dōde dezia, que el primer Iumà, q̄ es el Viernes, se yua al jardin de su padre, y q̄ antes que se fuesse, nos daria mas dinero: y que si aquello no bastasse, q̄ se lo anisassemos, que nos daria quanto le pidiessemos: q̄ su padre tenia tãtos, que no lo echaria menos, quãto mas, que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al Renegado, para cōprar la barca: con ochocientos me rescate yo, dando el dinero a vn mercader Valéciano, que a la sazón se hallaua en Argel, el qual me rescató del Rey, tomandomē sobre su palabra, dandola, de que con el primer baxel que viniessse de Valencia,

pagaria mi rescate. Porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey que auia muchos dias que mi rescate estaua en Argel, y que el Mercader por sus grãgerias lo auia callado. Finalmente, mi amo era tã cauiloso, que en ninguna manera me atreui a que luego se desembolsasse el dinero. El Iueues antes del Viernes, que la hermosa Zorayda, se auia de yr al jardin, nos dio otros mil escudos, y nos auiso partida: rogandome, que si me rescataste, supiesse luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de yr alla, y verla. Respondile en breues palabras que así lo haria, y q̄ tuuiesse cuidado de encomandarnos a Lela Marien, con todas aquellas oraciones, q̄ la cautiuu le auia enseñado. Hecho esto, dieron orden en q̄ los tres compañeros nuestros se rescataassen, por facilitar la salida del baño: y porque viendome a mi rescatado, y a ellos no, pues auia dinero, no se albororassen, y les persuadiesse el diablo que hiziessen alguna cosa en perjuizio de Zorayda: que puesto que el ser ellos quien eran, me podia assegurar de temor, con todo esso no quise poner el negocio en auentura: y así los hize rescatar por la misma ordē que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad, pudiesse hazer la fiança: al qual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que auia.

Cap. XLI. donde toda via prosigue el cautino su suceso.

NO se passaron quinze dias, quando ya nuestro Renegado tenia comprada vna muy buena barca, capaz de mas de treynta personas: y para assegurar su hecho, y dalle color, quiso hazer, como hizo, vn viaje a vn lugar que se llamaua Sargel, que està treynta leguas de Argel hãzia la parte de Oran, en el qual ay mucha contratacion de higos passos. Dos, o tres vezes hizo este viage en compaõia del Tagarino que hauia dicho. Tagarinos llamã en Berueria a los Moros de Aragon: y a los de Granada, Mudexares: y en el Reyno de Fez llaman a los Mudexares, Elches, los quales son la gente de quien aquel Rey mas se sirue en la guerra. Digo pues, q̃ cada vez q̃ passaua cõ su barca daua fondo en vna calera, que estaua no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaua: y alli muy de proposito se ponía el Renegado cõ los Morillos q̃ bogauan el remo, o ya a hazer la zalã, o a como por enfiayarse de burlas, a lo q̃ pensaua hazer de veras: y assi se yua al jardin de Zorayda, y le pedia fruta, y su padre sela daua sin conoçelle: y aun ue el quisiera hablar a Zorayda, como el despues me dixo, y dezille que el era el que por ordẽ mia la auia de llevar a tierra de Christianos, que estuuiesse contenta y segura, nunca le fue possible, porque las Moras no se dexan

dexan ver de ningun Moro, ni Turco, sino es q̃ su marido, o su padre se lo mãden. De Christianos cautiuos se dexan tratar y comunicar, aun mas de aq̃llo q̃ seria razonable: y a mi me huiera pesado q̃ ella huiera hablado, q̃ quiza la alborotara, vrendo que su negocio andaua en boca de renegados. Pero Dios que lo ordenaua de otra manera, no dio lugar al buen desseo q̃ nuestro Renegado tenia: el qual viendo quan seguramente yua y venia a Sargel, y q̃ daua fondo quando, y como, y adõde queria, y q̃ el Tagarino su cõpañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaua, y que yo estaua ya rescataado, y q̃ solo faltaua buscar algunos Christianos que bogassen el remo, me dixo, que mirasse yo quales queria traer conmigo, fuera de los rescataados, y que los tuuiesse hablados para el primer Viernes, donde tenia determinado que fuesse nuestra partida. Viendo esto, hable a doze Españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estauan veynte baxeles en corso, y se auian llevado toda la gente de remo: y estos no se hallarã sino fuera que su amo se quedò aquel Verano sin yr en corso a acabar vna galeota que tenia en Arstillerio. A los quales no les dixe otra cosa, sino que el primer Viernes en la tarde se saliessem vno a vno disimuladamente, y se fuessem la buelta del jardin

din de Aguimorato, y q̄ alli me aguardassen hasta q̄ yo fuesse. A cada vno di este auiso de por si, con orden, que aunque alli viesse otros Christianos, no les dixessen, sino q̄ yo les hauia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaua hazer otra, que era la q̄ mas me conuenia, y era la de auisar a Zorayda en el puto que estauan los negocios, para que estuuiese apercibida, y sobre auiso, que no sobresaltasse, si de improuiso la assaltassemos antes del tiempo q̄ ella podia imaginar, que la barca de Christianos podia boluer. Y assi determinè de yr al jardin, y ver si podria hablarla: y con ocasion de coger algunas yeruas, vn dia antes de mi partida fuy alla, y la primera persona cō quien encontrè fue con su padre, el qual me dixo en lengua que en toda la Berueria, y aun en Constantinopla se halla entre cautiuos, y Moros, que ni es Morisca, ni Castellana, ni de otra nacion alguna, sino vna mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos. Digo pues, que en esta manera de lèguaje me preguntò, que q̄ buscaba en aquel su jardin, y de quien era. Respòdile, que era esclauo de Arnaute Mamí y (esto porque era sabia yo por muy cierto, que era vn grandissimo amigo suyo) y que buscaba de todas yeruas para hazer ensalada. Pregútome por el cōsiguiète, si era hōbre de rescate, o no, y q̄ quanto pedia mi amo por mi. Estando en todas estas preguntas, y respuestas, salio de

de la casa del jardin la bella Zorayda, la qual ya auia mucho q̄ me auia visto: y como las Moras en niuguna manera hazè melindre de mostrar-se a los Christianos, ni tãpoco se esquiua (como ya he dicho) no se le dio nada de venir a dōde su padre conmigo estaua, antes luego quãdo su padre vio q̄ venia y d̄ espacio, la llamò, y mandò q̄ llegasse. Demasiada cosa seria dezir yo aora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo, y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostrò a mis ojos: solo dire, que mas perlas pèdian de su hermosissimo cuello, orejas, y cabellos, que cabellos tenia en la cabeça. En las gargantas de los sus pies, que descubiertas a su stança trahia, trahia dos carcaxes (que assi se llamauan las manillas, axorcas de los pies, en Morisco) de purissimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dixo despues, que su padre los estimaua en diez mil doblas; y las que trahia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad, y muy buenas, porque la mayor gala y bizzaria de las Moras, es adornarse de ricas perlas y aljofar: y assi ay mas perlas y aljofar entre Moros, que entre todas las demas naciones; y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel auia, y de tener en si mesmo mas de dozientos mil escudos Españoles: de todo lo qual era señora esta que aora lo es mia. Si con todo este adorno podia

dia venir entonces hermosa, o no, por las reli-
 quias que le han quedado en tantos trabajos,
 se podra cōjeturar qual deuia de ser en las pro-
 speridades? Porque ya se sabe q̄ la hermosura
 de algunas mugeres tiene dias, y sazones, y re-
 quiere accidentes para disminuirse, o acrecen-
 tarfe: y es natural cosa que las pasiones del
 animo la leuanten, o baxen, puesto que las mas
 vezes la destruyen. Digo en fin, que entonces
 llegò en todo estremo adereçada, y en todo es-
 tremo hermosa, o alomenos a mi me parecio
 serlo la mas que hasta entòces auia visto: y con
 esto viendo las obligaciones en que me auia
 puesto, me parecia que tenia delante de mi vna
 deidad del Cielo venida a la tierra para mi gu-
 sto, y para mi remedio. Assi como ella llegò, le
 dixo su padre en su lengua, como yo era cauti-
 uo de su amigo Arnautè Mami, y q̄ venia a bu-
 scar ensalada. Ella tomò la mano, y en aquella
 mezcla de lengua, que tengo dicho, me pregun-
 tò, si era cauallero, y que era la causa que no me
 rescataua. Yo le respondi: Que ya estaua resca-
 tado, y que en el precio podia echar de ver en
 lo q̄ mi amo me estimaua, pues auia dado por
 mi, mil y quinientos çoltamis. A lo qual ella re-
 spondio: En verdad que si tu fueras de mi pa-
 dre, que yo hiziera que no te diera el por otros
 dos tantos: porque vosotros Christianos, siem-
 pre mentis en quanto dezis, y os hazeys po-
 bres, por engañar a los Moros. Bien podria ser
 esto

esto señora, le respondi, mas en verdad, que yo
 la he tratado cō mi amo, y la trato, y la tratare
 cō quantas personas ay en el mūdo. Y quādo te
 vas, dixo Zorayda: Mañana creo yo, dixè: porq̄
 aqui vn baxel de Fràcia, q̄ se haze mañana a la
 vela, y pienso yrme con el. No es mejor (repli-
 cò Zorayda) esperar a que vengan baxeles de
 España, y yrte con ellos, que no con los de Frà-
 cia, que no son vuestros amigos? No, respondi
 yo, aunque si como ay nueuas que viene ya vn
 baxel de España es verdad, toda via yo le aguar-
 dare, puesto que es mas cierto el partirme ma-
 ñana: porque el desseo que tengo de ver me en
 mi tierra, y con las personas que bien quiero,
 es tanto, que no me dexarà esperar otra como-
 didad si se tarda, por mejor que sea. Deues de
 ser sin duda casado en tu tierra, dixo Zorayda,
 y por esso desseas yr a verre con tu muger? No
 soy, respondi yo, casado, mas tengo dada la
 palabra de casarme en llegando alla. Y es her-
 mosa la dama a quien se la diste, dixo Zorayda?
 Tan hermosa es, respondi yo, q̄ para encarece-
 rla, y dezirte le verdad, te parece a ti mucho.
 Desto se riò muy de veras su padre, y dixo: Gua-
 da Christiano, q̄ deue de ser muy hermosa si se
 parece a mi hija, que es la mas hermosa de to-
 do este Reyno? Sino mirala bien, y veras como
 te digo verdad. Seruianos de interprete a las
 mas destas palabras y razones, el padre de Zo-
 rayda, como mas ladino, que aūque ella hablaua

la bastarda lengua, q̄ como he dicho alli se vfa, mas declaraua su intencion por señas, que por palabras. Estando en estas, y otras muchas razones, llegó vn Moro corriendo, y dixo a grandes bozes, que por las bardas, o paredes del jardín, auian saltado quatro Turcos, y andauan cogiendo la fruta, aunque no estaua madura. Sobresaltose el viejo, y lo mesmo hizo Zorayda. Porque es comun, y casi natural, el miedo que los Moros a los Turcos tienen, especialmente a los soldados, los quales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los Moros que a ellos estan sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclauos suyos. Digo pues, que dixo su padre a Zorayda: Hija, retírate a la casa, y encierrate, en tanto que yo voy a hablar a estos canes: y tu Christiano busca tus yeruas, y vete en buen hora, y lleuete allá cō bien a tu tierra. Yo me inclinè, y el se fue a buscar los Turcos, dexádome solo con Zorayda, que començo a dar muestras de yse donde su padre la auia mandado. Pero a penas el se encubrió con los arboles del jardín, quando ella boluiesse a mi, llenos los ojos de lagrimas, me dixo: Amexi Christiano, Amexi, q̄ quiere dezir: Vaste Christiano, vaste. Yo la respondí: Señora sí, pero no en ninguna manera sin ti: el primero luma me aguarda, y no te sobrefaltes quando nos veas, que sin duda alguna yremos a tierra de Christianos. Yo le di xè esto de manera que ella me entendió muy bien

bien a todas las razones que entrambos passamos: y echándome vn brazo al cuello, con desmayados passos començo a caminar házia la casa: y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el Cielo no lo ordenara de otra manera, que yédo los dos de la manera y postura que os he cōtado, cō vn brazo al cuello, su padre que ya boluía de hazer yr a los Turcos, nos vio de la suerte y manera que yuamos, y nosotros vimos que el nos hauia visto. Pero Zorayda aduertida, y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó más a mi, y puso su cabeça sobre mi pecho, dobládo vn poco las rodillas, dando claras señales y muestras q̄ se desmayaua: y yo así mismo di a entender, que la sostenia cōtra mi voluntad. Su padre llegó corriendo a dónde estauamos, y viédo a su hija de aq̄lla manera le preguntò, que q̄ tenía? Pero como ella no le respondió, dixo su padre: Sin duda alguna, q̄ cō sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado; y quitándola del mio, la arrimò a su pecho; y ella dando vn suspiro, y así no enxutos los ojos de lagrimas, boluio a dezir: Amexi Christiano, Amexi: Vete Christiano, vete. A lo q̄ su padre respondió: No importa hija q̄ el Christiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los Turcos ya son ydos: no te sobrefalte cosa alguna, pues ninguna ay que pueda darte pesadumbre: pues como ya te he dicho, los Turcos a mi ruego se boluieron por donde entraron.

Ellos, señor, la sobrefaltaron como has dicho, dixeyo a su padre: mas pues ella dize que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre; quedate en paz, y cō tu licencia boluere, si fuere menester por yernas a este jardin, que segun dize mi amo, en ninguno las ay mejores para ensalada, q̄ en el. Todas las q̄ quisieres podras boluer, respodio Aguimorato, q̄ mi hija no dize esto por q̄ tu, ni ninguno de los Christianos la enojanā, sino q̄ por dezir que los Turcos se fuesen, dixo q̄ tu te fueses, o porq̄ ya era hora q̄ buscasen tus yernas. Con esto me despedi al p̄to de entrābos, y ella arrācandosele el alma (al parecer) se fue cō su padre. Y yo cō achaque de buscar las yernas rodeē muy biē, y a mi plazer todo el jardin. Mirē biē las entradas, y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad q̄ se podia ofrecer, para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y di cuenta de quanto auia passado al Renegado, y a mis cōpañeros: y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del biē q̄ en la hermosa y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin el tiēpo passō, y se llegó el dia y plazo de nosotros tā deseado: y siguiendo todos el ordē y parecer, q̄ con discreta consideracion, y largo discurso muchas vezes auiamos dado, tuuimos el buē suceso que deseauamos. Porque el Viernes, que se siguió, alia que yo con Zorayda hablé en el jardin, Morrenago al anochezer dio fondo con la barca,

ca, casi frontero de donde la hermosissima Zorayda estaua. Y a los Christianos que auian de bogar el remo, estauan preuenidos, y escondidos por diuersas partes de todos aquellos alrededores. Todos estauan suspensos y alborogados, aguardādome, desseoslos ya de enuestir con el baxel, que a los ojos tenian: porque ellos no sabian el cōcierto del Renegado, sino que pensauan que a fuerza de brazos auian de auer y ganar la libertad, quitando la vida a los Moros q̄ dentro de la barca estauan. Sucedió pues, q̄ así como yo me mostrē, y mis cōpañeros, todos los demas escondidos que nos vieron, se vinieron llegando a nosotros. Esto era ya a tiēpo q̄ la ciudad estaua ya cerrada, y por toda aquella cāpaña ninguna persona parecia. Como estuuimos juntos, dudamos si seria mejor yr primero por Zorayda, o rendir primero a los Moros Vagarinos, que bogauan el remo en la barca. Y estando en esta duda, llegó a nosotros nuestro Renegado, diziēdonos q̄ en que nos deteniamos, que ya era hora, y q̄ todos sus Moros estauā descuydados, y los más de ellos durmiēdo. Diximosle en lo que reparauamos, y el dixo, que lo que importaua, era rendir primero el baxel, que se podia hazer con grandissima facilidad, y sin peligro alguno, y que luego podiamos yr por Zorayda. Parecieron bien a todos lo que dezia y asis sin detenernos, mas haziendo el la guia,



llegamos al baxel, y saltando el dentro primero metio mano a vn alfanje, y dixo en Morisco: Ninguno de vosotros se mucha de aqui, sino quiere que le cueste la vida. Ya a este tiempo hauian entrado dentro casi todos los Christianos. Los Moros que eran de poco animo, viendo hablar de aquella manera a su Aruez, qdaronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano a las armas, que pocas, o casi ningunas tenian, se dexaron, sin hablar alguna palabra, manjatar de los Christianos, los quales con mucha presteza lo hizieron, amenazando a los Moros, que si alcanan por alguna via o manera la voz, que luego al puto los pasarian todos a cuchillo. Hecho ya esto, quedados en guardia dellos la mitad de los nuestros: los q quedauamos, haziendonos assi mismo el renegado la guia, fuymos el jardin de Agumorato, y quiso la buena suerte, que llegando a abrir la puerta, se abrio cõ tanta facilidad, como si cerrada no estuuiera, y assi con gran quietud y silencio llegamos a la casa sin ser sentidos de nadie. Estaua la bellisima Zorayda aguardandonos a vna vëтана, y assi como sintio gente, pregunto con voz baxa, si eramos Nizarani, como si dixera, o preguntara si eramos Christianos? Yo le respondí, q si, y que baxasse. Quando ella me conocio, no se detuvo vn punto, porque sin responderme palabra, baxò en vn instante, abrio la puerta, y mostrose a todos tã hermosa y ricamente vestida,

stida, q no lo acierto a encarecer. Luego q yo la vi le tomè vna mano, y la comence a besar, y el Renegado hizo lo mismo, y mis dos camaradas, y los demas q al caso no sabian: hizierõ lo q vieron que nosotros haziamos, que no parecia sino que le dauamos las gracias, y la reconociamos por señora de nuestra libertad. El Renegado le dixo en lëgua Morisca, si estaua su padre en el jardin? Ella respondió que si, y q dormia: Pues sera menester despertalle, replicò el Renegado, y llevarnos le con nosotros, y todo aqillo q tiene de valor en este hermoso jardin. No, dixo ella a mi padre no se ha de tocar en ningun modo: y en esta casa no ay otra cosa q lo q yo lleño, que es tanto: que bié aura para q todos quedeys ricos, y cõtetos: y esperaos vn poco y lo vereys. Y diziendo esto se boluio a entrar, diziendo, q muy presto boluiera, q nos estuuiessemos qdos, sin hazer ningun ruydo. Preguntele al Renegado, lo que con ella ania pasado: el qual me lo cõtò, a quiè yo dixe, que en ninguna cosa se hauia de hazer mas de lo q Zorayda quisiesse. La qual ya boluia cargada cõ vn cofrezillo lleno de escudos de oro, rantos, q a penas lo podria sustentar. Quiso la mala suerte, q su padre desperrasse en el interin, y sintiesse el ruydo que andaua en el jardin, y assomados a la ventana, luego conocio que todos los que en el estauan eran Christianos, y dando muchas grandes, y desaforadas bozes, comencò a des-

Quir en Arauigo, Christianos, Christianos; ladrones, ladrones: por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandissima y temerosa confusion. Pero el Renegado viendo el peligro en que estauamos, y lo mucho que le importaua salir cō aquella empresa, antes de ser sentido, cō grandissima presteza subio donde Aguiamorato estaua, y juntamente con el fueron algunos de nosotros, que yo no osee desamparar a la Zorayda, q̄ como desmayada se auia dexado caer en mis brazos. en resolucion los que subieron se dieron tan buena maña, que en vn momento baxaron con Aguiamorato, trayendole atadas las manos, y puesto vn pañizuelo en la boca, q̄ no le dexaua hablar palabra, amenazándole que el hablarla le hauia de costar la vida. Quando su hija le vio, se cubrio los ojos por no verle, y su padre quedò espantado, ignorando quan de su voluntad se auia puesto en nuestras manos. Mas entonces siendo mas necessarios los pies, con diligencia, y presteza nos pusimos en la barca, que ya los q̄ en ella auian quedado nos esperauan, temerosos de algũ mal suceso nuestro. A penas serian dos horas passadas de la noche quando ya estauamos todos en la barca, en la qual se le quitò al padre de Zorayda la atadura de las manos, y el paño de la boca: pero tornole a dezir el renegado, q̄ no hablasse palabra, q̄ le quitarian la vida: el como vio alli a su hija començò a suspirar ternissimamente, y mas

y mas quando vio que yo estrechamente la tenia abraçada, y que ella sin defender, quejarse, ni esquiuar-se, se estaua queda: pero con todo esto callaua, porq̄ no pudiesen en efeto las muchas amenazas que el renegado le hazia. Viendose pues Zorayda ya en la barca, y que queriamos dar los remos al agua, y viendo alli a su padre, y a los demas Moros que atados estauan, le dixo al renegado, q̄ me dixesse le hiziesse merced de soltar a aquellos Moros, y de dar libertad a su padre, porque antes se arrojaría en la mar q̄ ver delante de sus ojos, y por causa suya llevar cautiuo a vn padre que tanto la auia querido. El Renegado me lo dixo, y yo respòdi, que era muy contento: pero el respondió, que no conuenia, a causa que si alli los dexauan, apellidarían luego la tierra, y alborotarian la ciudad, y serian causa q̄ saliesse a buscarlos con algunas fragatas ligeras, y le tomassen la tierra, y la mar, de manera, que no pudiessemos escaparnos; q̄ lo que se podria hazer, era darles libertad en llegando a la primera tierra de Christianos: en este parecer venimos todos, y Zorayda, a quiẽ se le dio cuenta, con las causas que nos mouian a no hazer luego lo que queria: tambien se satisfizo, y luego cō regozijado silencio, y alegre diligencia cada vno de nuestros valientes remos tomò su remo, y començamos, encomendándonos a Dios de todo coraçon, a nauegar la buelta de las Islas de Mallorca, que es la tierra de



Christianos mas cerca : pero a causa de soplar vn poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fue posible seguir la derrota de Mallorca, y fuenos forçoso dexarnos yr tierra, a tierra la buelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel : y assi mismo temiamos encôtrar por aquel parage alguna galeota delas que de ordinario venian con mercancia de Tetuã, aunque cada vno por si, y por todos jutos presumiamos de q si se encôtraua galeota de mercancia, como no fuesse de las que auidan en corso, que no solo no nos perderiamos, mas que tomariamos baxel dode con mas seguridad pudiessemos acabar nuestro viaje. Yua Zorayda, en tanto que se nauegaua, puesta la cabeça entre mis manos, por no ver a su padre, y sentia yo q yua llamado a Lela Marien, que nos ayudasse. Bien auriamos nauegado treynta millas, quando nos amanecio, como tres tiros de arcabuz desnudos de tierra, toda la qual vimos desierta, y sin nadie que nos descubriessse, pero con todo esto nos fuymos a fuerça de braços entrado vn poco en la mar, que ya estava algo más sossegado, y auiendo entrado casi dos leguas, dióse orde que se bogasse a quarteles en tanto que comiamos algo, que yua bien proueyda la barca, puestto que los q bogaua dixeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les des-

sen

sen de comer los que no bogauan, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hizose assi, y en esto començo a soplar vn viêto largo que nos obligò a hazer luego vela, y a dexar el remo, y endereçar a Orã por no ser posible hazer otro viaje: todo se hizo con mucha presteza, y assi a la vela nauegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno, sino el de encontrar còbaxel q de corso fuesse : Dimos de comer a los Moros vagarnos, y el renegado los consoldò, diciêdoles como no yuan cautiuos, que en la primera ocasion les darian libertad: lo mismo se le dixo al padre de Zorayda, el qual respondio : Qualquiera otra cosa pudiera yo esperar, y creer de vuestra liberalidad, y buen termino, o Christianos, mas el darme libertad, no me tengays portã simple, que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitarmela para boluerla tan liberalmente, especialmente sabiêdo quiẽ soy yo, y el interese que se os puede a vosotros seguir de darmela, el qual interese si le quereys poner en nôbre, desde aqui os ofrezco todo aqullo q quisiereis por mi, y por essa desdichada hija mia, o sino por ella sola, que es la mayor, y la mejor parte de mi alma. En diziendo, començo a llorar tan amargamente, q a todos nos mouio a compaciõ, y forçò a Zorayda, q le mirasse, da quai viêdole llorar asise enternecio, que se leuâtò de mis pies, y fue a abra-

a abraçar a su padre, y jūtādo su rostro con el
suyo, començarō los dos tan tierno llāto, q̄ mu-
chos de los q̄ alli yuamos le acōpañamos en el:
pero quādo su padre la vio adornada de fiesta,
y cō tātas joyas sobre si, le dixō en su lengua:
Que es esto hija, q̄ ayer al anochece, antes que
nos sucediesse esta terrible desgracia en q̄ nos
vemos, te vi cō tus ordinarios, y caseros vesti-
dos, y agora sin q̄ ayas tenido tiēpo de vestir-
te, y sin auerte dado alguna nueua alegre d̄ sole-
nizarla cō adornarte, y pulirte, te veo cōpuesta
con los mejores vestidos q̄ yo supe, y pude dar-
te, quādo nos fue la ventura mas fauorable? Re-
spōdeme a esto q̄ me tiene mas suspēso, y admi-
rado, q̄ la misma desgracia en q̄ me hallo? To-
do lo q̄ el Moro dezia a su hija, nos lo declara-
ua el Renegado, y ella no le respōdia palabra:
pero quādo el vio a vn lado de la barca el cor-
frezillo dōde ella solia tener sus joyas, el qual
sabia el biē que le auia dexado en Argel, y no
traydole al jardin, q̄dō mas cōfuso: y pregūtan-
dole, q̄ como aq̄l cofre auia venido a nuestras
manos, y q̄ era lo q̄ venia dētro? A lo qual el Re-
negado, sin agnardar q̄ Zorayda le respōdiesse,
le respōdio: No te cāses señor en pregūtar a Zo-
rayda tu hija tātas cosas, por q̄ con vna q̄ yo te
respōda te satisfare a todas: y así quiero q̄ se-
pās q̄ es Christiana, y es la q̄ ha sido la lima de
nuestras cadenas, y la libertad de nuestro cau-
terio: ella va aqui de su volūtad tā cōtenta, a

lo q̄ yo imagino, de verse en este estado, como
el q̄ sale de las tinieblas de la luz de la muerte
a la vida, y d̄ la pena a la gloria. Es verdad lo q̄
este dize hija, dixo el Moro? Assi es respondio
Zorayda. Que en efeto replicō el viejo, tu eres
Christiana, y la q̄ ha puesto a su padre en poder
de sus enēmigos? A lo qual respōdio Zorayda:
Yo q̄ es Christiana yo soy: pero no la que te ha
puesto en este pūto, porque nūca mi desseio se
medio a dexarte, ni hazerte mal, sino hazerme
mi biē. Y q̄ biē es el q̄ te has hecho hija? Eflo
respondio ella, pregūtaselo tu a Lela Marien, q̄
ella te lo sabra dezir mejor que no yo. Apenas
ouo oydo esto el Moro, quādo cō vna increy-
ble presteza se arrojō de cabeça en la mar, don-
de sin ninguna duda se ahogara si el vestido lar-
go, y embaraçoso q̄ trahia, no le entretuuierra
un poco sobre el agua. Dio bozes Zorayda, que
le sacasen, y así acudimos luego todos, y asien-
do de la almalafa, le sacamos medio ahoga-
do, y sin sentido, de q̄ recibio tāta pena Zoray-
da, que como si fuera ya muerto, hazia sobre el
tierno y doloroso llanto. Boluimosle boca a
arroyo, boluio mucha agua: tornō en si al cabo d̄
dos horas, en las quales auendose trocado el
vento, nos cōnino boluer hazia tierra, y hazer
bērça de remos por no ennestir en ella: mas
d̄ nūstro nuestra buena suerte, que llegamos a vna
isla q̄ se haze al lado de vn pequeño promon-
torio, o cabo, que de los Moros es llamado el



de la Caua Rumia, que en nuestra lengua quiere dezir la mela muger Christiana; y es tradicion entre los Moros, que en aquel lugar esta enterrada la Caua, por quien se perdio España: porq̃ Caua en su lengua, quiere dezir muger mala, y Rumia Christiana, y aũ tienen por muy malissimo agüero llegar alli a dar fondo, quando la necesidad los fuerça a ello, porq̃ nũca le da fin ella, puesto q̃ para nosotros no fue abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segũ andaua alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dexamos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el renegado auia proneydo, y rogamos a Dios, y a nuestra Señora, de todo nuestro coraçon, q̃ nos ayudasse, y favoreciesse, para q̃ felicemente diessemos fin a tan dichoso principio. Diose ordẽ, a suplicacion de Zorayda, como echassemos en tierra a su padre, y a todos los demas Moros que alliados venian: porque no le bastaua el animo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado a su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometimos le de hazerlo ansial tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar q̃ era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oydas del cielo, q̃ en nuestro fauor luego boluio el viento tranquilo el mar, combidando nũa que tornassemos alegres a proseguir nuestro començado viaje.

Viendo

Viendo esto, desatamos a los Moros, y vno a vno los pusimos en tierra, delo que ellos se quedaron admirados: pero llegando a desembarcar al padre de Zorayda, que ya estava en todo su cuerdo, dixo: Porq̃ pẽsays Christianos q̃ aq̃sta mala hembra huelga de que me deys libertad, pẽsays que es por piedad q̃ tiene ella de mi, no por cierto, sino que lo haze por el estoruo q̃ me dara mi presençia, quando quiera poner en execucion sus malissimos desseos: ni pẽseys q̃ ha mouido a mudar religion, entender ella q̃ a vuestra a la nuestra se auentaja, sino el saber que en vuestra tierra se vsa la deshonestidad mas libremente q̃ en la nuestra. Y boluiendose su hija Zorayda, teniendole yo, y otro Christiano de entrambos braços asido, porque algũ desatino no hiziesse, le dixo: O infame moça, y mal aconsejada muchacha, adonde vas ciega, y desatinada en poder destos perros naturales enemigos nuestros. Maldita sea la hora en que te engendrẽ, y malditos sean los regalos, y leyes en que te he criado. Pero viendo yo q̃ euana termino de no acabar tan presto, di que se le ponia en tierra, y desde alli a bozes profugiu en sus maldiciones, y lamentos, rogando a Mahoma rogasse a Ala q̃ nos destruyesse, confundiesse, y acabasse: y quando por auerlos hecho a la vela no podimos oyr sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las uerbas, mellarle los cabellos, y arrastrarse por el



el fuego: mas vna vez esfogò la voz de tal manera que podimos entender que dezia: Buelue amada hija, buelue a tierra que todo te lo perdono, entrega a estos hombres esse dinero que ya es suyo, y buelue a consolar a este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dexará la vida si tu le dexas. Todo lo qual escuchaua Zorayda, y todo lo sentia, y lloraua, y no supo decirle, ni respondelle palabra, sino: Plega a Ala padre mio, que Lela Marien, que ha sido la causa de que yo sea Christiana, ella te consuele en tu tristeza. Ala sabe bien, que no pude hazer otra cosa de la que he hecho, y que estos Christianos no deuen nada a mi voluntad, pues aunquiquisiera no venir con ellos, y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priessa que me daua mi alma a poner por obra esta que a mi me parece tan buena, como tu padre amado la juzgas por mala. Esto dixo a tiempo, que ni su padre la oya, ni nosotros ya le veyamos: y assi consolando yo a Zorayda atendimos todos a nuestro viage, el qual nos le facilitaua el proprio viento, de tal manera, que bien tuuimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España: mas como pocas vezes, o nunca viene el bien puro, y senzillo sin ser acompañado, o seguido de algun mal que le turbe, o sobresalte, quiso nuestra ventura, o quiza las maldiciones q̃ el Moro a su hija auia echado, q̃ siempre se han de temer de qualquier padre q̃

sean:

sean: quiso digo, q̃ estãdo ya engolfados, y sien do ya casi passadas tres horas de la noche, y en do cò la vela tendida de alto baxa, frenillados los remos, porq̃ el prospero viẽto nos quitaua del trabajo de hauerlos menester; y cò la luz de la Luna, q̃ claramente resplãdecia, vimos bien cerca de nosotros vn baxel redondo, q̃ con todas las velas tẽdidas, lleuãdo vn poco a orça el timò delante de nosotros atrauessaua, y esto tã cerca q̃ nos fue forçoso amaynar por no enuestirle, y ellos asì mesmo hizierò fuerça de timò para darnos lugar q̃ passãsemos auia se puesto a bordo del baxel, a pregũtarnos quien eramos, y a dõde nauegauamos, y de donde veniamos: però por pregũtarnos esto en lengua Frãcesa, dixo nuestro renegado: Ninguno respondida, porq̃ estos sin duda son cosarios Frãceses, q̃ hazen a toda ropa. Por este aduertimiẽto, ninguno respondio palabra, y auiendo passado vn poco delante, que ya el baxel quedana sotauẽto, de improuiso soltaron dos pieças de artilleria: y a lo que parecia, ambas venian con cadenas, porque con vna cortaron nuestro arbol por medio, y dieron con el, y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieça, vino dar la vela en mirad de nuestra barca, de modo, que la abrio toda sin hazer otro mal alguno: però como nosotros nos vimos yr a fondo, comenzamos todos a grandes bozes a pedir socorro, y a rogara los del baxel que nos acogiesen.

sen, porque nos anegauamos: amaynaran entō-
ces, y echādo el esquife, o barca a la mar, entra-
ron en el hasta doze Frāceses bien armados cō
sus arcabuzes, y cuerdas encendidas, y anfi lle-
garon junto al nuestro: y viēdo quan pocos era-
mos, y como el baxel se hundia, nos recogierō,
diziendo, que por auer vsado de la descortesia
de no respōdelles, nos auia sucedido aquello.
Nuestro renegado tomō el cofre de las riqui-
zas de Zorayda, y dio con el en la mar sin que
ninguno echasse de ver lo que hazia: en resolu-
ciō todos passamos cō los Frāceses, los quales
despues de auerse informado de todo aq̃llo q̃
de nosotros saber quisierō, como si fuerā nue-
stros capirales enemigos, nos despojarō de to-
do quanto teniamos, y a la hermosa Zorayda le
quitarō hasta los carcaxes q̃ trahia en los pies:
pero no me daua a mi tanta pesadumbre la q̃ a
Zorayda dauan, como me la daua el temor que
tenia de que auian de passar del quitar de las
riquissimas, y preciosissimas joyas, al quitar de
la joya que mas valia, y ella mas estimaua; pe-
ro los desseos de aquella gente no se estiēdē a
mas que al dinero, y desto jamas se vee harrā su
codicia, lo qual entonces llegō a tanto, que aun
hasta los vestidos de cautiuos, que trahiamos,
encima nos quitatan si de algun prouecho les
fueran: y hūuo parecer entre ellos de que a to-
dos nos arrojasen a la mar embueltos en vna
vela, porque tenian intencion de tratar en al-
gu-

gunos puertos de España, con nombre de que
eran Bretones, y si nos lleuauan viuos. Serian
castigados siendo descubierto su hurto, mas el
Capitan que deuia de ser mas piadoso, pues lo
mostró en aquella ocasiō, y era el que auia des-
pojado a mi q̃rida Zorayda, dixo que el se con-
tētaua cō la presa que tenia, y que no queria to-
car en ningun puerto de España, sino passar el
estrecho Gibraltar de noche, o como mejor pu-
diesse, e yrse a la Rochela de donde hauia salido,
y assi tomarō por acuerdo de darnos el es-
quife de su nauio, y todo lo necesario para la
corra nauegacion q̃ nos quedaua, como lo hi-
zieron otro dia, ya a vista de tierra de España,
cō la qual vista todas nuestras pesadumbres, y
pobrezas se nos oluidaron de todo p̃uto, como
sino huierā passado por nosotros, t̃ato es el gu-
sto de alcāçar la libertad perdida. Cerca de me-
dio dia podria ser a lo q̃ judicamos, quādo nos
echaron en la barca, dādonos dos barriles de
agua, y algũ bizcocho, y el Capitan mouido no
se de que misericordia al embarcarse la hermo-
sissima Zorayda, le dio hasta querenta escudos
de oro, y no consintio de ningun modo que le
quitassen sus soldados estos mesmos vestidos, q̃
agora tiene puestos. Entramos en el baxel, di-
mos les las gracias con mucha cortecia por el
biē que nos hazian, mostrādonos mas agrade-
ci- dos que quexosos: ellos se hizieron a lo largo,
siguiendo la derrota del estrecho: nosotros sin

mirar a otro Norte, que a la tierra que se nos mostraua delante, nos dimos tanta priessa a bogar, q̄ al poner del Sol estauamos tan cerca, que biẽ pudieramos a nuestro parecer, llegar antes que fuera muy noche: pero por no parecer en aquella noche la Luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en q̄ estauamos, no nos parecio cosa segura enuestir en tierra, como a muchos de nosotros les parecia, dizẽdo, q̄ diessẽmos en ella, aunque fuesse en vnas peñas, y lexos de despoblado, porque de a questa manera asegurariamos el temor q̄ de razon se deuia tener, que por alli anduissẽn baxeles de corsarios de Tetuan, los quales infinitas vezes a nõchecẽ Berberia, y amanecẽ en las costas de España, y hazẽ de ordinario presa, y se bueluen a dormir a sus casas: pero de los cõtrarios pareceres, el q̄ se tomò fue, q̄ nos llegassẽmos poco a poco, y q̄ si el sosiego del mar lo cõcediessẽ, desembarcassẽmos donde mejor pudiessẽmos. Hizose assi, y muy poco antes de la media noche entiendo que seria, quando llegamos al pie de vna disformissima, y alta mōtaña, no tanjunto al mar, que no concediessẽ vn poco de espacio, y llanura para poder desembarcar harto comodadamente: enuestimos en la arena, salimos todos a tierra, y besamos el suelo, y con lagrimas de muy alegrissimo contento, dimos todos gracias a Dios Señor nuestro, por el biẽ tan incomparable, que nos hauia hecho en nro

stro

stro, viage: sacamos con presteza de la barca todos los bastimentos que tenia: tiramosla en tierra, y subimos vn grãdissimo trecho en la mōtaña, porque aun alli estauamos, y aun no podiamos asegurar el pecho, ni acabauamos de creer que era tierra de Christianos la q̄ ya nos sostenia. Amanecio mas tarde, a mi parecer, de lo que quissẽmos: acabamos de subir toda la mōtaña por ver si desde alli algun poblado se descubria, o algunas cabañas de pastores: pero aunque mas rēdimos la vista, ni poblado, ni persona, ni sēda, ni camino descubrimos. Cõ todo esto determinamos de entrarnos la tierra a dentro: pues no podria ser menos, sino q̄ presto descubriessẽmos quiẽ nos diessẽ noticia della: pero lo q̄ a mi mas me fatigaua, era el ver yr a pie a Zorayda por aquellas asperezas, q̄ puesto q̄ alguna vez la puse sobre mis ombros, mas le canlaua a ella mi cãfancio, q̄ la reposaua su reposo, y assi nõca mas quiso q̄ yo aquel trabajo tomassẽ, y cõ mucha paciẽcia, y muestras de alegria lleuandola yo siempre de la mano, poco menos de vn quarto de legua deuiamos, de auerandado, quando llegò a nuestros oydos el son de vna pequeña esquila, señaal clara que por alli cerca auia ganado, y mirando todos con atencion si alguno le parecia, vimos al pie de vn alcornoque vn pastor moço, que con grande reposo, y descuydado estaua labrando vn palo con vn cuchillo, dimos bozes, y alçando la cabeça se pu-

Oo 3 fo

so ligeramente en pie, y a lo que después supimos, los primeros q̄ a la vista se le ofrecierō fueron el Renegado, y Zorayda, y como el lo vio en habito de Moros, pensō que todos los de la Berberia estauā sobre el, y metiendose cō estraña ligereza por el bosque adelante, comēçō a dar los mayores gritos del mūdo, diziēdo. Moros, Moros ay en la tierra: Moros, Moros, arma, arma. Con estas bozes quedamos todos confusos, y no sabiamos q̄ hazernos, pero considerando que las bozes del pastor hauian de alborotar la tierra, y que la caualleria de la costa auia de venir luego a ver lo que era, acordamos q̄ el Renegado se desnudasse las ropas del Turco, y se vistiesse vn gilequelco, o casaca de cautiuo, q̄ vno de nosotros le dio luego, aunque se quedō en camisa: y assi encomendandonos a Dios fuymos por el mismo camino, que vimos que el pastor lleuaua, esperādo siempre quādo auia de dar sobre nosotros la caualleria de la Costa, y no nos engañō nuestro pēsamiēro, porq̄ aun no auria passados dos horas, quando hauiendo ya salido de aquellas malezas a vn llano, descubrimos hasta cincuenta caualleros, q̄ cō grā ligereza corriēdo a media riēda a nosotros se veniā, y assi como los vimos, nos estuuiamos q̄dos aguardādolos: pero como ellos llegarō, y viorō en lugar de los Moros que buscauan, tāto pobre Christiano cautiuo, quedaron confusos, y vno dellos nos preguntō si eramos nosotros

tros a caso la ocasion, porq̄ vn pastor auia apellidado al arma: Si, dixe yo, y queriendo comēçar a dezirle mi suceso, y de dōde veniamos, y quiē eramos: vno de los Christianos q̄ cō nosotros veniā conocio al ginete q̄ nos hauia hecho la p̄gūta, y dixo sin dexarme a mi dezir mas palabra: Gracias sean dudas a Dios, señores, q̄ a tan buena parre nos ha conduxido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Velez Malaga, si ya los años de mi cautiuo no me han quitado de la memoria el acordarme, que vos señor, que nos preguntays quiē somos, soys Pedro de Bustamāte tio mio: a penas huuo dicho esto el Christiano cautiuo, quādo el ginete se arrojō del cauallō, y vino a abrazar el moço, diziendole: Sobrino de mi alma, y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto, yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viuen: y Dios ha sido seruido de darles vida, para que gozen el plazer de verte: ya sabiamos q̄ estauas en Argel, y por las señales, y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta cōpañia, comprehendō q̄ auys tenido milagrosa libertad. Assi es respōdio el moço, y tiēpo nos quedará para contraroslo todo. Luego que los ginetes entendierō que eramos Christianos cautiuos, se apearon de sus cauallos, y cada vno nos cōbidaua cō el suyo para lleuarnos a la ciudad de Velez Malaga, q̄ le queda y media de alli estaua. Algunos dellos bol-

nieró a llevar la barca a la ciudad, diziendoles dōde la auíamos d̄xado: otros nos subieró a las ancas, y Zorayda fué en las del caualllo d̄l r̄io d̄l Christiano. Salieron a recebir todo el pueblo, q̄ ya d̄ alguno q̄ se auia adel̄tado sabia la nueva de nuestra venida. No se admirauā de ver cautinos libres, ni Moros cautiuos, porq̄ toda la gēte d̄ aq̄lla cōsta esta hecha a vera los vnos, y a los otros, pero admirauāse de la hermosura de Zorayda, la qual en aq̄l inst̄te, y sazō esta-ua en su p̄uto, anfi cō el cāsan̄cio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de Christianos, sin sobrefalto de perderse, y esto le hauiā sacado al rostro, tales colōres, q̄ si no es q̄ la aficiō en tōnces me engañaua, ofara dezir, que mas hermosa criatura nō hauiā en el mundo todo, alomenos, q̄ yo la huuiēse visto. Fuy- mos derechos a la Yglesia a dar gracias a Dios por la merced recebida, y as̄i como en ella en- trō Zorayda, d̄ixo, q̄ alli hauiā rostros q̄ se pa- recian a los de Lela Mariē: diximosle que eran imāgenes suyas, y como mejor se pudo le dio el Renegado a entender lo que significauan, pa- ra que ella las adorasse, como si verdaderamen- te fuerā cada vna dellas la misma Lela Marien, que la hauiā hablado: ella, que tiēne buen en- tendim̄to, y vn natural facil, y claro entendio luego quanto a cerca de las imāgenes. se le di- zo. Desde alli nos llevarō, y repartierō a todos en diferētes casas del pueblo: pero al Renega-

do,

do, Zorayda, y a mi nos lleuō el Christiano que vino con nosotros, y en casa de sus padres, que medianamēte eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor, co- mo a su mismo hijo. Seys dias estuuiamos en Ve- lez, alcabo de los quales el Renegado hecha su informaciō de quanto le conuenia, se fue a la ciudad de Granada a reducirse por medio de la santa Inquisiciō, al gremio santissimo de la Yglesia, los demas Christianos libertados se fueron cada vno dōde mejor le pareciō, solos q̄ damos Zorayda, y yo, con solos los escudos q̄ la piedad, y cortesia del Frances le dio a Zoray- da, de los quales cōpre este annual en que ella viene: y siruiendola yo hasta agora de padre, y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es viuo, o si alguno de mis hermanos ha tenido mas prospera ventura que la mia. Puesto que por auerme hecho, el cielo cōpañero de Zorayda, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena q̄ fue- ra, que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades, q̄ la pobre- za trae consigo, y el desseo q̄ muestra tener, de verse ya Christiana, es t̄to, y tal, q̄ me admira, y me mueue a seruirle todo el tiēpo de mi vi- da. Puesto q̄ el gusto q̄ tenggo, de verme suyo, y de que ella sea mia, me le turba, y deshaze, no saber si hallarē en mi tierra algun rincōn don- de recogella, y si aurā hecho el tiēpo, y la muer-

te,

te tal mudança en la hazienda, y vida de mi padre, y hermanos, que a penas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas señores que deziros de mi historia. La qual si es agradable, y peregrina, juzguenlo vuestros buenos entendedi-
miéto, que de mí se dezir, que quisiera auer-
slla contado mas breuemente, puesto que el temor de enfadaros, mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

Cap. XLII. Que trata de lo que mas sucedio en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CAllo en diziendo esto el cautiuo, a quien don Fernão dixo: Por cierto señor Capitan, el modo con que auéis cotado este extraño suceso, ha sido tal q ygnala a la nouedad, y estranjería del mesmo caso. Todo es peregrino, y raro, y lleno de accidétes, que marauillā, y suspenden, a quien los oye. Y es de tal manera, el gusto que hemos recebido en escuchalle, que auia que nos hallara el día de mañana, entretenidos en el mesmo cuéto, holgaramos q de nuevo se començara. Y en diziendo esto, don Antonio, y todos los demas, se le ofrecieron, con todo lo a ellos posible, para seruirle, con palabras, y razones tan amorosas, y tan verdaderas, q el Capitan se tuuo por bien satisfecho de sus volúntades. Especialmente le ofrecio don Fernão, que si queria boluerse con el, que el haria q el Marques su hermano fuesse padrino del bautis-

mo de Zorayda, y que el por su parte le acomedaria de manera, q pudiesse entrar en su tierra, cō el autoridad, y comodo, que a su persona se deuia. Todo lo agradecio cortesissimamente el cautiuo: pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaua ya la noche, y al cerrar della llegó a la veta vn coche, cō algunos hōbres de acauallo: pidierō posada, a quien la ventera respōdio, q no auia en toda la veta vn palmo desocupado. Pues aunq esto sea, dixo vno de los de acauallo, q auia en trado, no ha de faltar para el señor Oydor, que aqui viene. A este nombre se turbò la hueste, y dixo: Señor lo q en ello ay, es, que no tengo camas, si es que su merced del señor Oydor la trae, q si deue de traer, entre en buen hora, q yo, y mi marido nos saldremos de nuestro aposento, por acomodar a su merced. Sea en buen hora, dixo el escudero: pero a este tiempo, ya auia salido del coche vn hombre, que en el traje mostrò luego el oficio, y cargo q tenia. Por q la ropa luenga con las mangas arroçadas, que vestia, mostrarò ser Oydor, como su criado auia dicho. Trahia de la mano a vna dōzella, al parecer de hasta diez y seys años, vestida de camino, tã bizarra, tan hermosa, y tan gallarda, que a todos puso en admiraciō su vista. De suerte, q no auer visto a Dorotea, y a Lusinda, y Zorayda, q en la venta estauan, creyerā q otra tal hermosa, como la desta donzella, difficilméte pudiese

diera hallarse. Hallofe don Quixote al entrar del Oydor, y de la dōzella, y assi como le vio, dixo: Seguramente puede vuestra merced entrar, y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho, y mal acomodado, no ay estrechez, ni incomodidad en el mūdo, que no de lugar a las armas, y a las letras, y mas si las armas, y letras, traen por guia, y adalid, a la fermosura, como la traen las letras de la vuestra merced, en esta fermosa donzella, a quien deuen no solo abrirse, y manifestarse los castillos, sino apartar se los riscos, y diuidirse, y abaxarse las mōtañas para dalle acogimiēto. Entre vuestra merced, digo, en este parayso, q̄ aqui hallarà estrellas, y soles, que acompañen el cielo, que vuestra merced trae consigo. Aqui hallara las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedò el Oydor, del razonamiento de don Quixote, a quien se le puso a mirar muy de proposito. Y no menos le admiraua su talle, q̄ sus palabras, y sin hallar ningunas con que responderle, se tornò a admirar de nueuo, quando vio delante de si a Lusinda, Dorotea, y a Zorayda, q̄ a las nuevas de los nuevos huéspedes, y a las q̄ la ventera les auia dado, de la hermosura de la donzella, auian venido a verla, y a recibirla. Pero don Fernando, Cardenio, y el Cura, le hizierō mas llenos, y mas cortesanos ofrecimientos. En efeto, el señor Oydor entrò cōfuso, assi de lo que vèhia, como de lo que escuchaua: y

las

las hermosas de la vèta, dieron la bien llegada a la hermosa donzella. En resolucion, bien echò de ver el Oydor, que era gente principal toda la que alli estaua. Pero el talle, visage, y la postura de don Quixote, le desatinaua: y auiedo pasado entre todos correfes ofrecimientos, y tratado la comodidad de la venta, se ordenò lo que antes estaua ordenado, que todas las mugeres se entrassen en el camarachon ya referido, y que los hombres se quedassen fuera, como en su guarda. Y assi fue contento el Oydor, que su hija, que era la donzella, se fuesse con aq̄llas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el Oydor trahia, se acomodaron aquella noche, mejor de lo que pensauan. El cautiuo, q̄ desde el puto q̄ vio al Oydor, le dio saltos el coraçon, y barrutos, de que aquel era su hermano: preguntò a vno de los criados, q̄ con el venian, q̄ como se llamaua, y si sabia de que tierra era? El criado le respondio, q̄ se llamana, el Licēciado Iuan Perez de Viedma, y que auia oydo dezir, que era de vn lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que el hauiá visto, se acabò de confirmar, de que aquel era su hermano, que auia seguido las letras, por consejo de su padre. Y alborotado, y contento, llamando a parte a don Fernando, a Cardenio, y al Cura, les contò lo q̄ passaua, certificandoles, que aquel Oydor era

su

su hermano. Auiale dicho tãbiẽ el criado, como yua proueydo por Oydor a las Indias, en la Audiencia de Mexico. Supo tambien como aquella donzella era su hija, de cuyo parto hãuia muerto su madre, y que el hãuia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedò en casa. Pidioles consejo, que modo tendria para descubrirse, o para conocer primero, si despues descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaua, o le recebia cò buenas entrañas. Dexesle me a mi el hazer la experiencia, dixo el Cura, quãto mas que no ay pensar, sino que vos señor Capitan fereys muy bien recebido. Porque el valor, y prudẽcia, que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante, ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo esso, dixo el Capitã, yo querria no de improuiso, sino por rodeos, darme a conocer. Ya os digo respondio el Cura, que yo lo traçare de modo, que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaua adereçada la cena, y todos se sentarò a la mesa, eceto el cautiuo, y las señoras, q̃ cenarò de por si en su aposento. En la mitad de la cena, dixo el Cura. Del mismo nõbre de vuestra merced, señor Oydor tuue yo vna camarada en Còstãtinopla, donde estuue cautiuo algunos años. La qual camarada, era vno de los valiẽtes soldados, y Capitanes, q̃ auia en toda la infanteria Española: pero tãto quanto re-

nia

nia de esforçado, y valeroso, tenia de desdichado. Y como se llamaua esse Capitan señor mio, preguntò el Oydor? Llamauase respòdio el Cura, Ruy perez de Viedma, y era natural de vn lugar de las môtañas de Leon. El qual me contò vn caso, q̃ su padre cò sus hermanos le auia sucedido, q̃ a no contarmelo vn hõbre tã verdadero como el, lo tuuiera por conseja, de aquellas que las viejas cuẽtan el inuierno al fuego. Porq̃ me dixo, q̃ su padre auia diuidido su hacienda, entre tres hijos que tenia, y les auia dado ciertos cõsejos, mejores que los de Caton. Y se yo dezir, que el que el escogio, de venir a la guerra, le auia sucedido tan bien, que en pocos años, por su valor, y esfuerço, sin otro trabajo, que el de su mucha virtud, subio a ser Capitan de infanteria, y a verse en camino, y predicamento, de ser presto Maestre de campo. Pero fuele la fortuna contraria, pues dõde la pudiese esperar, y tener buena, alli la perdio, cò perder la libertad, en la felicissima jornada donde tantos la cobraron, que fue en la batalla de Lepanto. Yo la perdi en la Goleta, y despues por diferentes suceßos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde alli vino a Atgel, dõde le q̃ le sucedio vno de los mas estraños casos q̃ en el mundo han sucedido. De aqui fue prosiguiendo el Cura, y con breuedad sucinta, còtò lo q̃ con Zorayda, a su hermano auia sucedido. A todo lo qual estaua tan atento el Oydor, que

nin-

ninguna vez auia sido tan Oydor como entonces. Solo llegó el Cura al puto, de quando los Franceses despojaron a los Christianos que en la barca venian y la pobreza, y neçessidad en q su camarada, y la hermosa Mora auia quedado. De los qual es no auia sabido en que auia para do, ni si auia llegado a España, o lleuados los Franceses a Francia. Todo lo q el Cura dezia estaua escuchando algo de alli desuiado el Capitan, y notaua todos los monimiētos q su hermano hazia. El qual viendo que el Cura auia llegado al fin de su cuēro, dādo vn grande suspiro, y llenandose los ojos de agua, dixo: O señor, si supiesedes las nueuas que me auēys cōtado, y como me tocan tan en parte, que me es forçoso dar muestras dello, con estas lagrimas, que contra toda mi discrecion, y recato, me salen con los ojos. Esse Capitan tan valeroso que dezis, es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte, y de mas altos pensamientos, que yo, ni otro hermano menor mio, escogio el honroso, y digno exercicio de la guerra. Que fue vno de los tres caminos, que nuestro padre nos propuso, segun os dixo vuestra camarada, en la cōseja que a vuestro parecer le oyistes. Yo segui el de las letras, en las quales Dios, y mi diligēcia, me han puesto en el grado que me veys. Mi menor hermano està en el Piru tan rico, que cō lo q ha embiado a mi padre, y a mi, ha satisfecho bien la parte que el se lleuò: y aū dado a las ma-

nos de mi padre, con que poder hartar su liberalidad natural. Y yo ansi mesmo he podido con mas decencia, y autoridad, tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Viue aū mi padre muriendo, cō el desseo de saber de su hijo mayor, y pide a Dios con continuas oraciones, no cierre la muerte sus ojos, hasta q el vea cō vida a los de su hijo. Del qual me marauillo, siēdo tā discreto, como en tātos trabajos, y aslisiones, o prosperos sucesos, se aza descuydado de dar noticia de si a su padre, q si el lo supiera, o alguno de nosotros, no tuuiera neçessidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate. Pero de lo q yo agora me temo, es, de pēsar si aquellos Frāceses le aurā dado libertad, o le aurā muerto, por encubrir su hurto. Esto todo sera, q yo prosiga mi viage, no con aquel cōtento cō q le comence, si no con toda melancolia y tristeza. O buen hermano mio, y quiē supiera agora donde estauas, q yo te fuera a buscar, y a librar de tus trabajos, aunque fuera a costa delos mios. Quiē lleuara nueuas a nuestro viejo padre, de que tenias vida, aūq estunieras en las mazmorras mas escōdidas de Berberia, que de alli secaran tus riquezas, las de mi hermano, y las mias. O Zorayda hermosa y liberal, quien pudiera pagar el bien que a vn hermano hiziste, quiē pudiera hallarse al renacer de tu alma, y las bodas, que tāto gusto a todos nos dieran. Estan, y otras semejantes

palabras dezia el Oydor lleno, de tanta cōpasion, cō las nuevas que de su hermano le hauiá dado, que todos los que le oyan, le acompañan, en dar muestras del sentimiento, que tenía de su lastima. Viendo pues el Cura, que tan biē auia salido cō su intencion, con lo que dessea-ua el Capitā no quiso tenerlos a todos mas tiēpo tristes, y asī se leuantò de la mesa, y entrādo dōde estaua Zorayda, la tomò por la mano, y tras ella se vinieron, Lusinda, Dorotea, y la hija del Oydor. Estaua esperando el Capitan a ver lo q̄ el Cura queria hazer q̄ fue, que tomādole a el, asī mismo de la otra mano, cō entrābos a dos, se fue a donde el Oydor, y los demas Caualleros estauā, y dixo: Cessen señor Oydor, vuestras lagrimas, y colmese vuestro desseo, de todo el biē q̄ acertare a dessearse pues teneys de lante a vuestro buē hermano, y a vuestro buena cuñada: este q̄ aquí veys, es el Capitā Viedma, y esta la hermosa Mora, q̄ tātō bien le hizo. Los Franceses que os dixē, los pusieron en la estrechez a q̄ veys, para q̄ os mostreyes la liberalidad de vuestro buē pecho. Acudio el Capitā a abraçar a su hermano, y el le puso anchas manos en los pechos, por mirarle algo mas a partado: mas quādo le acabo de conocer, le abrazò tan estrechamēte, derramādo tā tiernas lagrimas de cōtento, q̄ los mas de los q̄ presentes estauan, le hūnieron de acōpañar en ellas. Las palabras q̄ entrābos hermanos se dixeron, los sentimientos que

que mostrarō, a penas creo que pueden pensar se, quanto mas escriuirse. Allí en breues razones, se dieron cuēta de sus sucessos, allí mostraron puesta en su pūto, la buena amistad de dos hermanos: allí abrazò el Oydor a Zorayda, allí la ofrecio su haziēda, allí hizo q̄ la abraçasse su hija, allí la Christiana hermosa, y la Mora hermo- sísima, renouarō las lagrimas de todos. Allí dō Quixote estaua atento, sin ablar palabra, cōfide- rando estos tan straños sucessos, atribuyēdolos todos a quimeras de la andāte Caualleria. Allí cōcertaron, q̄ el Capitā y Zorayda, se boluiesse cō su hermano a Seuilla, y auisassen a su padre, haziēdole saber de su hallazgo y liberrad. Parā q̄ como pudiesse, viniesse a hallarse en las bo- das, y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oy- dor possible, dexar el cāmino q̄ lleuaua, a causa de tener nuevas, que de allí vn mes partia flo- ta de Seuilla, a la Nueva España, y fuerale de grāde incomodidad perder el viage. En resolu- cion, todos quedārō contentos: y alegres del buen suceso del cautiuo; y como ya la noche yua casi en las dos partes de su jornada, acorda- ron de recogerse, y reposar lo q̄ della les queda- ua. Dō Quixote se ofrecio a hazer la guardia del Castillo, porq̄ de algū Gigāte, o otro mal an- dāte follō, no fuesen acometidos, codiciosos del grā thesoro de hermosura q̄ en aquel Casti- llo se encerraua. Agradecierōselo los q̄ le cono- cīā, y dierō al Oydor cuēta del humor estraño

de don Quixote, de que no poco gusto recibio. Solo Sâcho Pança se desesperaua, con la tardança del recogimiêto, y solo el se acomodò mejor que todos, echandose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron, tan caros, como adelante se dira. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demas acomodados, como menos mal pudieron, don Quixote se salió fuera de la venta, a hazer la centinela del Castillo, como lo auia prometido. Sucedió pues, que faltando poco por venir el alua, llegó a los oydos de las damas, vna voz tan entonada, y tan buena, que las obligò a que todas le prestassen atento oydo. Especialmente Dorotea, que despierta estaua, a cuyo lado dormia doña Clara de Viedma, que ansí se llamaua la hija del Oydor. Nadie podia imaginar quien era, la persona que tan bien câraua, y era vna voz sola, sin que le acompañasse instrumento alguno. Vnas vezes les parecia que cantaua en el patio, otras que en la caualleriza. Y estando en esta confusion muy atêtas, llegó a la puerta del aposêto Cardenio, y dixo: Quiê no duermes, escuche, que oyran vna voz de vn moço de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya lo oyamos señor, respondió Dorotea. Y con esto se fue Cardenio, y Dorotea, poniendo toda la atencion possible, entendio que lo que se cantaua era esto.

Cap. XLIII. Donde se cuenta la agradable historia del moço de mulas, con otros estraños acaccimientos en la ventana sucedidos.

M Arinero soy de amor,
Y en su pielago profundo
Nauego sin esperança
De llegar a puerto alguno.
Siguiendo voy a vna estrella
Que desde lexos descubro,
Mas bella y resplandeciente.
Que quantas vio Palinuro.
Yo no se adonde me guia,
Y así nauego confuso,
El alma a mirarla atenta,
Cuydadosa, y con descuydo.
Recatos impertinentes,
Honestidad contra el vfo
Son nubes que me la encubren
Quando mas verla procuro.
O clara, y luziente estrella
En cuya lumbré me apuro,
Al punto que te me encubras
Sera de mi muerte el punto.
Llegando el que cantaua a este punto, se pareció a Dorotea, que no seria bien, que dexasse Clara de oyr vna tan buena voz, y así mouiendola a vna y a otra parte, la despertò, diciendole: Perdoname niña que te despierto, pues lo hago, porque gustes de oyr la mejor voz, que

quiça auras oydo en toda tu vida. Clara desesper-
to toda soñolietá, y de la primera vez no enten-
dio lo que Dorotea le dezia, y boluiendoselo a
preguntar ella, se lo boluio a dezir, por lo qual
estubo atenta Clara. Pero apenas huuo oy-
do dos versos, q̄ el que cantaua yua prosiguien-
do, quando le tomò vn temblor tan extraño, co-
mo si de algũ graue accidente de quartana estu-
uiera enferma, y abraçandose estrechamente
con Dorotea, le dixo: Ay señora de mi alma,
y de mi vida, para que me despertastes, que el
major bien que la fortuna me podia hazer por
aora, era tenerme cerrados los ojos, y los oydos
para no ver, ni oyr a esse desdichado musico.
Que es lo que dizes niña, mira que dizẽ que el
que canta, es vn moço de mulas? No es sino se-
ñor de lugares, respondió Clara; y el que el tie-
ne en mi alma, con tanta seguridad, que si el no
quiere dexalle, no le sera quitado eternamẽte.
Admirada quedò Dorotea, de las sentidas ra-
zones de la mochacha, pareciendole que se auẽ
tajauan en mucho, a la discrecion q̄ sus pocos
años prometian. Y assi le dixo: Hablays de mo-
do señora Clara, que no puedo entenderos: de-
claraos, mas, y dezidme, que es lo que dezis de
alma, y de lugares, y deste musico, cuya voz tã
inquieta os tiene? Pero no me digays nada por
aora, q̄ no quiero perder por acudir a vuestro
sobresalto, el gusto que recibo, de oyr al que cá-
ta, que me parece que con nuevos versos, y nue-

no tono, torna a su cãto. Sea en buen hora, res-
pondio Clara; y por no oylle, se tapò con las
manos entrambos oydos, de lo que tambiẽ se
admirò Dorotea. La qual estãdo atenta alo que
se cantaua, vio que proseguian en esta manera.

D Vlce esperança mia,
Que rompiendo impossibles, y malezas,
Sigues firme la via
Que tu mesma te finges y adereças,
No te desmaye el verte,
A cada passa junto al de tu muerte.

No alcançan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna;
Ni pueden ser dichosos
Los que no contrastãdo a la fortuna
Entregan desualidos
Al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo;
Pues no ay mas rica prenda,
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfias
Tal vez alcançan impossibles cosas;
Y ansi aunque con las mias,



Sigo de amor las mas dificultosas ;

No por esso rezelo

De no alcançar desde la tierra el cielo.

Aqui dio fin la voz, y principio a nuevos solloços Clara. Todo lo qual encédia el deseo de Dorotea, q̄ desseaua saber la causa de tã suauetate, y de tan triste lloro. Y assi le boluio a preguntar, q̄ era lo que le queria dezir denantes? En tonces Clara temerosa, de que Lusciada no la oyesse, abraçando estrechamēte a Dorotea, puso su bocatan junto del oydo de Dorotea, que seguramente podia habiar, sin ser de otra sentida. Y assi le dixo: Este que canta señora mia, es vn hijo de vn cauallero, natural del Reyno de Aragon, señor de dos lugares, el qual viuia frío de la casa de mi padre, en la Corte. Y aũque mi padre tenia las vėtanas de su casa, con liēços en el inuierno, y zelosias en el verano; yo no se lo que fue, ni lo que no, q̄ este Cauallero q̄ andaua al estudio, me vio, ni se si en la yglesia, o en otra parte; finalmēte, el se enamorò de mi, y me lo dio a entēder desde las ventanas de su casa, cō tãtas señas, y cō tãtas lagrimas, que yo le huue de creer, y aun querer, sin saber lo que me q̄ria. Entre las señas que me hazia, era vna, de juntar se la vna mano con la otra, dandome a entēder q̄ se casaria cōmigo; y aũq̄ yo me holgaria mucho, de que assi fuera: como sola, y sin madre, no sabia con quien comunicallo, y assi lo

lo dexè estar, sin dalle otro fauor, sino era quãdo estava mi padre fuera de casa, y el fuyo tambien algar vn poco el liēço, o la zelosia, y dexarme ver toda, de lo q̄ el hazia tãta fiesta, q̄ daua señas de boluerse loco. Llegose en esto el tiēpo de la partida de mi padre, la qual el supo, y no de mi, pues nũca pude dezirselo, Cayò malo, a lo que yo entiēdo, de pesadumbre, y assi el dia que nos partimos, nunca pude verle, para despedirme del, si quiera con los ojos. Pero a cabo de dos dias q̄ caminauauamos, al entrar de vna posada, en vn lugar, vna jornada de aqui, le vi a la puerta del meson, puesto en habito de moço de mulas tã al natural, que si yo no le truxera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocile, admireme, y alegreme: el me mirò a hurto de mi padre, de quiẽ el siempre se esconde, quãdo atrauiesse por delante de mi, en los caminos, y en las posadas do llegamos. Y como yo se quien es, y confidero, que por amor de mi viene a pie, y con tãto trabajo, para el nunca vñado, muerome de pesadumbre, y a donde el pone los pies, pongo yo los ojos. No se con que intencion viene, ni como ha podido escapar se de casa de su padre, porque le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque el lo merece, como lo vera vuestra merced, quando le vea. Y mas le se dezir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeza, que he oydo dezir, que es muy

muy gran estudiante, y poeta. Y ay mas, que cada vez q̄ le veo, o le oygo catar, tiemblo toda, y me sobrefalto, temerosa de q̄ mi padre le conozca, y vega enconocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y cō todo esso le quiero de manera, q̄ no he de poder viuir sin el. Esto es señora mia, todo lo q̄ os puedo dezir deste musico, cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echareys bien de ver, que no es moço de mulas, como dezis, sino señor de almas, y lugares, como yo os he dicho. No digays mas señora doña Clara, dixo a esta fazon Dorotea, y esto besandola mil vezes: No digays mas digo, y esperad que venga al nuevo dia, que yo espero en Dios, de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin, que tan honestos principios merecen. Ay señora dixo doña Clara, q̄ fin se puede esperar, si su padre es tan principal, y tã rico, que le parezca que aũ yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas esposa: pues casarme yo a hurto de mi padre, no lo hare por quanto ay en el mundo. No querria, sino que este moço se boluiesse, y me dexasse, quiza con no velle, y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliuiera la pena que aora lleuo: aũque se dezir, que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco: no se que diablo ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha, y el tan mu-

cha;

chacho, que en verdad que creo, que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seys años, que para el dia de san Miguel que vendra, dize mi padre que los cumplo. No pudo dexar de reyrse Dorotea, oyendo quã como niña hablaua doña Clara, a quiẽ dixo: Reposemos señora, lo poco que creo queda dela noche, y amanecera Dios, y medraremos, o mal me andaran las manos. Sossugaronse con esto, y en toda la venta se guardaua vn grande silencio, solamente no dormian la hija de la ventera, y Maritornes su criada. Las quales como ya sabian el humor, de que pecaua dō Quixote, y que estava fuera de la veta, armado, y a cavallo, haziendo la guarda, determinaron las dos de hazelle alguna burla, o alomenos de passar vn poco el tiempo, oyendole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la veta no auia ventana q̄ saliesse al campo, sino vn agujero de vn pajar, por donde echauan la paja por de fuera. A este agujero se pusierō las dos semidormidas, y vierō que don Quixote estava a cavallo, recostado sobre su lançon, dando de quãdo en quãdo tã doliẽres, y profundos suspiros, q̄ parecia que cō cada vno se le arrãcaua el alma. Y assi mesmo oyeron que dezia cō voz blãda, resaca, y amorosa: O mi señora Dulcinea del Toboso, estremo de toda hermosura, fin y remate de la discreciõ, archiuo del mejor donayre, deposito de la honestidad: y ultimamẽte, idea

de



de todo lo prouechoso, honesto, y deleytable q̄ ay en el mundo, y q̄ farà agora la tu merced? Si tendras por ventura las mientes en cautino cauallero, q̄ a tãtos peligros por solo seruirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tu nuevas della, o Luminaria de las tres caras: quiza con embidia de la fuya, la estàs aora mirando, que, o passandose por alguna galeria de sus sumptuosos palacios, o ya puesta de pechos sobre algun valcon, està considerando como salua su honestidad, y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuytado coraçon padece, que gloria ha de dar a mis penas, que sosiego a mi cuydado: y finalmene, que vida a mi muerte, y que premio a mis seruicios: Y tu Sol, que ya deues de estar apriessa en fillando tus caualllos, por madrugar, y salir a ver a mi sefiora, assi como la veas, suplicote que de mi parte la saludes: pero guardate que al verla, y saludarla, no le des paz en del rostro, q̄ tendre mas celos de ti, q̄ tu los tuuiste de aquella ligera ingrata, q̄ tãto te hizo sudar, y correr por los llanos de Tesalia, o por las riberas del Peneo, que no me acuerdo bien por donde corriste entonces, celoso, y enamorado. A este punto llegaua entonces don Quixote, en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la ventera, le començò a cecear, y a dezirle: Señor mio, lleguete a ca la vuestra merced, si es seruido. A cuyas señas, y voz boluio dō Quixote la cabeça, y vio a

la luz de la Luna, q̄ entōces estaua cō toda su claridad, como le llamauā del agujero, q̄ a el le parecio vèrana, y aũ cō rejas doradas, como cō tiene que las rēgā tã ricos castillos, como el se imaginaua q̄ era aquella veta: y luego en el instante se le representò en su loca imaginaciō, q̄ otra vez como la passada, la dōzella hermosa, hija de la sefiora de aquel castillo, vècida de su amor, tornaua a solicitarle: y cō este pēsamiēto, por no mostrarse descortes, y desagradecido, boluio las riēdas a Rozināte, y se llegó al agujero, y assi como vio a las dos moças: dixo. Lastima os rēgo, hermosa sefiora, de q̄ ayades puesto vuestras amorosas mientes, en parte donde no es possible corresponderos conforme merece vuestro gran valor, y gentileza, de lo que no deueys dar culpa a este miserable andāte cauallero, a quien tiene amor impossibilitado de poder entregar su voluntad a otra, q̄ a aquella, que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo sefiora absoluta de su alma. Perdonadme buena sefiora, y recogeos en vuestro aposento, y no querays consignificarme mas vuestros desfeos, que yo me muestre mas desagradecido: y si del amor que me teneys, hallays en mi otra cosa con que satisfazeros, que el mismo amor no sea, pedidmela, que yo os juro, por aquella ausente enemiga dulce mia, dedaros la en cōtinēte, si biē pidiēdes vna guedeja de los cabellos de Medusa, q̄ eran todos culebras:

o yalos mesmos rayos del Sol, encerrados en vna redoma. No ha menester nada desso mi señora (señor cauallero) dixo a este punto Maritornes. Pues que ha menester, discreta dueña, vuestra señora, respôdio don Quixote? Sola vna de vuestras hermosas manos, dixo Maritornes, por poder deshogar con ella el gran desseo q̃a este agugero la ha traydo, tana peligro de su honor, que si su señor padre la huiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver esso respondio don Quixote, pero el se guardará bien desso, si ya no quiere hazer el mas desastrado fin que padre hizo en el mûdo, por auer puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Pareciole a Maritornes, que sin duda don Quixote datia la mano que le auia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que auia de hazer, se baxò del agugero, y se fue a la caualleriza, donde tomò el cabestro del jumêto de Sancho Pança, y con mucha presteza se boluio a su agugero, a tiempo que ya don Quixote se hania puesto de pies sobre la silla de su cauallo Rozinante, por alcançar a la ventana enrejada, donde se imaginaua estar la ferida donzella, y al darle la mano, dixo: Tomad señora, essa mano, o por mejor dezir, esse verdugo delos malhechore, del mûdo: tomad essa mano digo, a quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera possession de todo mi cuerpo.

po. No os la doy para que la beseys, sino para que mireys la contestura de sus neruios, la trazon de sus musculos, la anchura, y espaciosidad de sus venas, de donde sacareys, que tal dene de ser la fuerça del braço que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dixo Maritornes, y haziendo vna lazada corrediza al cabestro, se la echò a la muñeca, y baxandose del agugero, atò lo que quedaua al cerrojo de la puerta del pajaro muy fuertemente. Don Quixote que sintio la aspereza del cordel en su muñeca, dixo: Mas parece hermosa señora que vuestra merced me talla, que no que me regala la mano: no la traheys tã mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os haze, ni es bien que en tan poca parte vengueys el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de don Quixote, ya no las escuchaua nadie, porque asì como Maritornes le atò, ella, y la otra se fueron muerdas de risa, y le dexaron asido de manera, que fue imposible soltarse. Estaua pues, como se ha dicho, de pies sobre Rozinante, merido todo el braço por el agugero, y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandissimo temor, y cuydado, que si Rozinante se desuianaua vn cabo, o a otro, auia de quedar colgado del braço, y asì no osaua hazer mouimiento alguno: puesto que de la paciencia, y quietud de Rozinante, bien se podia esperar que estaria sin

mouerse vn figlo entero. En resolucion viédose don Quixote atado, y que las damas se auian ydo, se dio a imaginar, q̃ todo aquello se hazia por via de encātamento, como la vez passada, quando en aquel mesmo castillo le molio aquel Moro encantado del harriero: y maldezia entre si su poca discrecion, y discurso, pues auiedo salido tan mal la vez primera, de aquel castillo, se auia auenturado a entrar en el la segunda: siédo aduertimiento de los caualleros andáres, que quando han prouado vna auetura, y no salido bien con ella, es señal q̃ no está para ellos guardada, sino para otros, y así no tienen necesidad de prouarla segunda vez. Cō todo esto tiraua de su brazo, por ver si podria soltar se, mas el estaua tã bien asido, q̃ todas sus pueuas fuerō en vano. Bien es verdad, que tiraua con tiento, porque Rozinante no se mouiese: y aunque el quisi era sentarse, y ponerse en la silla, no podia, sino estar en pie, o arrancarse la mano. Allí fue el desfiar de la espada de Amadís, contra quien no tenia fuerça de encantamento alguno: allí fue el maldezir de su fortuna: allí fue el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia, el tiempo que allí estuuiese encantado, que sin duda alguna se auia creydo que lo estaua. Allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso: allí fue el llamar a su buen escudero Sancho Pança, que se pultrado en sueño, y tendido sobre el albarda

de

de su yumento, no se acordaua en aquel instáte; de la madre que lo hauia parido: allí llamó a los sabios Lirgandeo, y Alquife, que le ayudasen: allí inuocó a su buena amiga Vrganda, q̃ le socorriesse: y finalméte, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaua como vn toro, porq̃ no esperaua el, q̃ con el dia se remediaria su cuyta, porq̃ la tenia por eterna, reniendose por encantado: y haziale creer esto, ver que Rozinante, poco, ni mucho se mouia: y creia que de aquella suerte, sin comer, ni beuer, ni dormir, auian de estar el, y su cauallo, hasta que aquel mal influxo de las estrellas se passasse, o hasta que otro mas sabio encātador le desencantasse. Pero engañose mucho en su creencia, porque apenas començó a amanecer, quando llegaron a la venta quatro hōbres de acuallo, muy bien puestos, y adereçados, cō sus escopetas sobre los arzones. Llamaron a la puerta de la venta (que aun estaua cerrada) con grandes golpes: lo qual visto por don Quixote, desde donde aun no dexaua de hazer la centinela, con voz arrogante, y alta, dixo: Caualleros, o escuderos, ó quien quiera q̃ seays, no teneys para que llamar a las puertas deste Castillo, que asaz de claro está, que a tales horas, o los que estan dentro duermen, o no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas, hasta q̃ el Sol esté tédido por todo el suelo: desuiaos afuera, y esperad q̃ aclare el dia, y entōces veremos si será

Q 9

justo,

justo, o no, que os abran. Que diablos de fortaleza, o Castillo es este, dixo vno, para obligarnos a guardar essas ceremonias: si soys el vetero, mādad que nos abran, que somos caminantes, q̄ no queremos mas de dar cenadas a vuestras caualgaduras, y passar adelante, porque vamos muy de priessa. Pareceos Caualleros q̄ tengo yo talle de ventero, respondió don Quixote? No se de que teneys talle, respondió el otro, pero se que dezis disparates en llamar Castillo a esta venta: Castillo, replicò dō Quixote y aun de los mejores de toda esta Prouincia, y gente tiene dētro, que ha tenido cetro en la mano, y corona en la cabeça. Mejor fuera al reues, dixo el caminante, el cetro en la cabeça, y la corona en la mano: y ferà, si a manō viene, que deue de estar dētro de alguna cōpañia de representantes, de los quales es tener a menudo essas coronas y cetros que dezis: porq̄ en vna veta tã pequeña, y adōde se guarda tãto silencio como este, no creo yo que se alojan personas dignas de corona, y cetro. Sabeyz muy poco del mundo, replicò dō Quixote, pues ignorays los casos que suelen acontecer en la Cavalleria andante. Cásanase los compañeros que cō el preguntante venian, del coloquio que cō dō Quixote passaua, y assi tornaron a llamar con grande furia, y fue de modo, que el ventero despetò, y aun todos quantos en la veta estauā, y assi se leuātò a preguntār quien llamaua. Sucedio

dio en este tiēpo, que vna de las caualgaduras en que venian los quatro que llamauan, se llegó a oler Rozinante, q̄ melancolico y triste, cō las orejas caydas, sostenia sin mouerse, a su estimado señor; y como en fin era de carne, aunq̄ parecia de leño, no pudo dexar de resētirle, y tornar a oler a quiē le llegaua a hazer caricias: y assi no se vuo mouido tanto quanto, quando se desuiarō los jutos pies de dō Quixote, resualando de la silla, dieran cō el en el suelo, a no quedar colgado del braço: cosa q̄ le causo tãto dolor, q̄ creyò, o que la muñeca le cortauan, o q̄ el braço se le arracaua, porq̄ el quedò tã cerca del suelo, que cō los estremos de las puntas de los pies besaua la tierra, que era en su perjuizio, porq̄ como sentia lo poco q̄ le faltaua para poner las plantas en la tierra, fatigauase, y estirauase quanto podia por alcançar al suelo: bien assi como los que estan en el tormēto de la garucha, puestos a toca no toca, que ellos mesmos son causa de acrecentar su dolor, con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperança que se les representa, que con poco mas que se estiren, llegaràn al suelo.

*Cap. XLIV. Donde se prosiguen los inauditos
sucessos de la venta.*

EN efeto, fueron tantas las bozes que don Quixote dio, q̄ abriendo de presto las puertas de la venta, salio el ventero despaorido.

a ver quien tales gritos daua: y los que estauan
 fuera hizieron lo mesmo. Maritornes, que ya
 auia despertado a las mismas bozes, imaginan-
 do lo que podia ser, se fue al pajar, y desató, sin
 que nadie lo viesse, el cabestro q̃ a don Quixo-
 te sostenia, y el dio luego en el suelo, a vista del
 ventero, y de los caminantes, q̃ llegando se a el
 le preguntaron, q̃ tenia, que tales bozes daua?
 El sin respõder palabra, se quitò el cordel de la
 muñeca, y leuantandose en pie, subio sobre Ro-
 zinante, embrasò su adarga, enristrò su lançon,
 y tomando buena parte del cãpo, boluio a me-
 dio galope, diziendo: Qualquiera que dixere
 que yo he sido con justo titulo encantado, co-
 mo mi señora la Princesa Micomicona me dè
 licencia para ello, yo le desmiento, le rieto, y
 desafío a singular batalla. Admirados se queda-
 ron los nuevos caminantes, de las palabras de
 don Quixote, pero el ventero los quitò de aq̃-
 lla admiracion, diziendoles, que era don Qui-
 xote, y que no auia que hazer caso del, porque
 estava fuera de juyzio. Preguntaronle al ventero,
 si caso auia llegado a aquella venta vn mo-
 chacho, de hasta edad de quinze años, q̃ venia
 vestido como moço de mulas, de rales, y tales
 señas, dando las mesmas que trahia el amante
 de doña Clara. El ventero respondio, que auia
 tanta gente en la venta, que no auia echado de
 ver en el que preguntauan. Pero auiendo visto
 vno dellos el coche donde auia venido el Oy-
 dor,

dor, dixo: Aqui deue de estar sin duda, porque
 este es el coche q̃ el dizen q̃ sigue: quedese vno
 de nosotros a la puerta, y entren los demas a
 buscarle: y aun seria bien, q̃ vno de nosotros ro-
 deasse toda la venta, porq̃ no se fuesse por las
 bardas de los corrales. Assi se hara, respondio
 vno dellos, y entrandose los dos dẽtro, vno se
 quedò a la puerta, y el otro se fue a rodear la
 venta: todo lo qual veia al ventero, y no sabia
 atinar para que se hazian aquellas diligencias,
 Puesto que bien creyò que buscauan aquel mo-
 ço, cuyas señal le hauian dado. Ya a esta sazon
 aclaraua el dia, y assi por esto, como por el ruy-
 do que don Quixote auia hecho, estauan todos
 despiertos, y se leuantauan, especialmente do-
 ña Clara, y Dorotea, que la vna con sobresalto
 de tener tan cerca a su amante, y la otra con el
 desseo de verle, hauian podido dormir biẽ mal
 aquella noche. Don Quixote que vio que nin-
 guno de los quatro caminantes hazian caso del,
 ni le respondian a su demanda, moria, y rabia-
 ua de despecho, y saña: y si el hallara en las or-
 denanças de su Caualleria, que licitamente po-
 dia el Cauallero andante, tomar, y emprender
 otra empresa, auiendo dado su palabra, y se, de
 no ponerse en ninguna, hasta acabar la q̃ auia
 prometido, el enuistiera cò todos, y les hiziera
 responder mal de su grado. Pero por parecer-
 le no conuenirle, ni estarle bien començar nue-
 ua empsa, hasta poner a Micomicona en su Rey-
 do,

no, huuo de callar, y estar se quedo, esperando a ver en que parauan las diligencias de aquellos caminantes: vno de los quales hallò al moço que buscaba, durmiendo al lado de vn moço de mulas, bien descuydado de que nadie, ni le buscasse, ni menos de que le hallasse. El hombre le trauò del brazo, y le dixo: Por cierto señor don Luys, que responde bien a quien vos soys el habito que teneys: y que dize muy bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os criò. Limpiòse el moço los sonolientos ojos, y mirò de espacio al que le tenia asido, y luego conocio que era criado de su padre, de que recibio tal sobrefalto, que no acertò, o no pudo hablarle palabra por vn buen espacio: y el criado prosiguió, diziendo: Aquí no ay que hazer otra cosa, señor dō Luys, sino prestar paciēcia, y dar la buelta a casa, si ya vuestra merced no gusta, que su padre, y mi señor la de al otro mūdo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda, por vuestra ausencia. Pues como supo mi padre, dixo dō Luys q̄yo venia este camino, y en este traje? Vn estudiantēte, respondió el criado, a quien distes cuēta de vuestros pēsamientos, fue el q̄ lo descubrio, mouido la lastima, de las q̄ vio q̄ hazia vuestro padre al punto que os echò menos, y así despachò a quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aqui a vuestro seruicio, mas conuentos de lo q̄imaginar se puede, por el buen

despacho con que tornaremos, llevando os a los ojos q̄tāto os quieren. Eſso serà como yo quisiere, o como el cielo lo ordenare, respondió don Luys. Que auēys de querer, o q̄ ha de ordenar el cielo, fuera de cōsentir en boluceros, porque no ha de ser possible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos passauan, oyò el moço de mulas, junto a quien don Luys estaua, y leuantandose de alli, fue a dezir lo q̄ passaua a don Fernando, y a Cardenio, y a los demas, que ya vestido se auian: a los quales dixo, como aquel hombre llamaua de don a aquel moçachco, y las razones que passauan, y como le queria boluera casa de su padre, y el moço no queria: y con esto, y con lo que del sabian de la buena boz que el Cielo le auia dado, vinieron todos en gran desseo de saber mas particularmente quiē era, y aun de ayndarle, si alguna fuerza le quisiessen hazer, y así se fueron hazia la parte dōde aun estaua hablando, y por fiando con su criado. Salia en esto Dorotea de su aposento, y tras ella doña Clara, toda turbada: y llamando Dorotea a Cardenio a parte, le contó en breues razones la historia del mico, y de doña Clara: a quien el tāmien dixo lo q̄ passaua, de la venida a buscarle los criados de su padre, y no se lo dixo tan callandò, q̄ lo dexasse de oyr Clara, de lo q̄ quedò tan fuera de si, que si Dorotea no llegara a tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dixo a Dorotea,

que se boluiesen al aposento, que el procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hizierõ. Ya estauan todos los quatro que venian a buscar a don Luys dẽtro de la venta, y rodeados del, persuadiendole, que luego sin detenerse vn pũto, boluiesse a consolar a su padre. El respondio, que en ningunha manera lo podia hazer, ha sta dar a vn negocio en que le yua la vida, la hõra, y el alma. Apretaronle entõces los criados, diziendole, que en ningun modo boluerian sin el, y que le lleuarian, quisiessse, o no quisiessse. Esto no hareys, vosotros, replicò don Luys, sino es lleuandome muerto: aunque de qualquiera manera que me lleueys, serà lleuarme sin vida. Ya a esta sazõ, auian acudido a la por fia, todos los mas que en la venta estauan, espe cialmente Cardenio, don Fernando, sus cama radas, el Oydor, el Cura, el Barbero, y don Qui xote, que ya le pareció que no auia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como aq̃l que ya sabia la historia del moço, preguntò a los que lleuarle querian, que que les mouia a querer lleuar contra su voluntad aquel mucha cho? Mucuenos, respondio vno de los quatro, dar la vida a su padre, que por la ausencia de ste cauallero, q̃da a peligro de perderla. A esto dixo don Luys: No ay para que se dẽ cuenta aqui de mis cosas, yo soy libre, y boluere si me diere gusto, y sino ninguno de vosotros me ha de hazer fuerça. Harafela a V.m. la razon, respo

dio

dio el hõbre, y quãdo ella no bastare cõ vuestra merced, bastarà con sotros para hazer a lo que venimos, y lo que somos obligados. Sepamos que es esto, de rayz, dixo a este tiẽpo el Oydor. Pero el hombre que lo conocio, como vezino de su casa, respondio: No conocẽ vuestra merced señor Oydor a este Canallero, que es el hi jo de su vezino, el qual se ha ausentado de casa de su padre, en el habito tan indecente a su co lidad, como vuestra merced puede ver? Mitole entõces el Oydor mas atẽtamente, y conocio le, y abraçãdole le dixo: Que niñerías son estas señor don Luys, o que causas tan poderosas, q̃ os ayan mouido a venir desta manera, y en este traje, q̃ dize tan mal con la calidad vuestra? Al moço se le vinierõ las lagrimas a los ojos, y no pudo responder palabra al Oydor. Dixo a los quatro, que se sossegassen, q̃ todo se haria bien; y tomando por la mano a don Luys, le apartò a vna parte, y le preguntò, que venida auia sido aquella. Y en tanto que le hazia esta, y otras pre guntas, oyeron grandes bozes a la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos hũespe des que aquella noche hauian alojado en ella, viendo a toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscauan, auian intentado a yrse sin pagar lo que deuiã: mas el ventero que atendia mas a su negocio q̃ a los agenos, los asio al salir de la puerta, y pidio su paga, y les afeò su ma la intencion con tales palabras, q̃ les mouio a

que

que le respondiessen cō los puños. y alsile comēçarō a dar tal mano, q̄ el pobre v̄tero tuvo necesidad de dar bozes, y pedir socorro. La v̄tera y su hija, no vieron a otro mas defocupado para poder socorrerle, que a don Quixote, a quē la hija de la ventera dixo: Socorra vuestra merced, señor Cavallero, por la virtud q̄ Dios le dio, a mi pobre padre, q̄ dos malos hōbres le estā moliendo como a cibera. A lo qual respondió don Quixote muy de espavio, y con mucha flemma: Fermosa dōzella, no ha lugar por aora vuestra peticiō, porque estoy impedido de entremeter me en otra auētura, en tātō q̄ no diere cima a vna en que mi palabra me ha puesto: mas lo q̄ yo podre hazer por seruiros, es lo q̄ agora dire: Corred, y dezid a vuestro padre, q̄ se entretēga en esta batalla a lo mejor que pudiere, y q̄ no se dexe v̄cer en ningū modo, en tātō q̄ yo pido licēcia a la Princesa Micomicona, para poder socorrerle en su cuyra: que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacare della. Peca dora de mi, dixo a esto Maritornes, que estaua delāte: primero que vuestra merced alcāce esta licencia que dize, estarā ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió don Quixote, que como yo la tenga, poco hara al caso que el estē en el otro mundo, que de alli le sacare a pesar del mismo mundo, que lo contradiga: o por lo menos, os dare tal vengança de los que alla le

huuier

huuieren embiado, que q̄deys mas que medianamente satisfechas. Y sin dezir mas, se fue a poner de hinojos ante Dorotea, pidiendole cō palabras cauallerescas, y andātescas, q̄ la su grādeza fuesse seruida de darle licencia de acorrer, y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estaua puesto en vna graue mēgua. La Princesa se la dio de buē talante: y el luego, embrazando su adarga, y poniēdo mano a su espada, acudio a la puerta de la venta, a donde aun toda via trahian los dos huespedes a mal traeral ventero: pero assi como llegò embaçò, y se estubo quedo, aunque Maritornes, y la ventera, le dezian que en que se detenia, q̄ focorriesse a su señor, y marido. Detengome, dixo don Quixote, porque no me es licito poner mano a la espada cōtra gēte escuderil: pero llamadme aqui a mi escudero Sācho, que a el toca, y atañe esta defensa, y vengança. Esto passaua en la puerta de la venta, y en ella andauā las puñadas, y morticones muy en su punto, todo en daño del triste ventero, y en rabia de Maritornes, la ventera, y su hija, que se desesperauan de ver la cobardia de don Quixote, y de lo mal que lo passaua su marido, señor, y padre. Pero dexemosle aqui, que no faltará quien le socorra, o sino sufra, y calle el que se atreue a mas de lo que sus fuerças le prometen, y boluamos atras cincuenta passos, a ver que fue lo que dōn Luys respondió al Oydor, que le dexamos a

par-

parte, preguntádole la causa de su venida a pie, y de tan vil trage vestido: a lo qual el moço, asiendo fuertemente de las manos, como en señal de q̄ algũ grã dolor le apretaua el coraçõ, y derramãdo lagrimas en grãde abundancia, le dixoxo: Señor mio, yo no se deziros otra cosa, sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitò nuestra vezindad, que yo viesse a mi señoñora doña Clara, hija vuestra, y señoñora mia, desde aquel instãte la hize dueño de mi voluntad: y si la vuestra, verdadero señoñor, y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dexè la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage, para seruir la, donde quiera que fuesse, comò la saca al blanco, o como el marinero al Norte. Ella no sabe de mis desseos, mas de lo que ha podido entender de algunas vezes que desde lexos ha visto llorar mis ojos. Ya señoñor sabey's la riqueza, y la nobleza de mis padres, y como yo soy su vnico heredero: si os parece q̄ estas son partes para q̄ os auentureys a hazerme en todo vêturoso, recebidme luego por vuestro hijo: que si mi padre, lleuado de otros disgnos suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerça tiene el tiempo para deshazer, y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Callò en diziendo esto el enamorado mãcebo, y el Oydor quedò en oyrlle suspenso, confuso, y admirado, asì de hauer oydo el modo y la discrecion cò que dõ Luys

le auia descubierro su pensamiento, como de verse en pũto que no sabia el que poder tomar en tan repentino, y no esperado negocio: y asì no respondio otra cosa, sino q̄ se sossegasse por entonces, y entretuuiesse a sus criados, que por aquel dia no le boluiessen, porq̄ se tuuiesse tiẽpo para considerar lo q̄ mejor a todos estuuiessen. Besole las manos por fuerça don Luys, y se le las baño con lagrimas, cosa que pudiera eternecer vn coraçõ de marmol, no solo el del Oydor, que como discreto ya hauia conociendo quan bien le estaua a su hija aquel matrimonio: puesto que si fuera possible, lo quisiera efectuar con voluntad del padre de don Luys, del qual sabia, q̄ pretẽdia hazer de titulo a su hijo. Ya esta sazõ estauan en paz los huestpedes cò el ventero, pues por persuasion y buenas razones de dõ Quixote, mas q̄ por amenazas, le auia pagado todo lo que el quiso: y los criados de dõ Luys aguardauan el fin de la platica del Oydor, y la resolucion de su amo, quãdo el demonio que no duerme, ordenò, q̄ en aquel mesmo pũto entrò en la venta el Barbero, a quien don Quixote quitò el yelmo de Mambrino, y Sancho Pãça los aparejos del asno que trocò cò los del suyo: el qual Barbero lleuando su jumento a la caualleriza, vio a Sancho Pança que estaua aderezando no se que de la albarda: y asì còmo la vio, la conocio, y se atreuio a arremeter a Sancho, diziẽdo: A dõ ladrõ, que aqui os tẽgo, ven-

venega mi vazia, y mi albarda cō todos mis apañados, que me robastes. Sancho que se vio acometer tan de improviso, y oyo los vituperios que le dezian, con la vna mano asió de la albarda, y cō la otra dio vn moxon al Barbero, que le bañò los dientes en sangre: pero no por esto dexò el Barbero la presa que tenia hecha en el albarda, antes algò la boz de tal manera, que todos los de la venta acudierō al ruydo, y pendencia, y dezia: Aqui del Rey, y de la justicia, que sobre cobrar mi hazienda, me quiere matar este grandissimo ladrón salteador de caminos. Mentis, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganò mi señor dō Quixote estos despojos. Ya esta uia don Quixote delante con mucho contento de ver quan biẽ se defendia, y ofendia su Escudero, y tuuole desde alli adelante por hōbre de pro, y propuso en su coraçon de armarle Cavallero en la primera ocasiō que se le ofreciesse, por parecerle que seria en el bien empleada la orden de la Cavalleria. Entre otras cosas que el Barbero dezia en el discurso de la pendencia, vino a dezir: Señores, asì esta albarda es mía, como la muerte que deuò a Dios, y asì la conozco, como si la huiera parido, y ahì està mi asno en el establo, que no me dexara mètir, sino pruenfela, y sino le viniere pintiparada, yo quedarè por infame: y ay mas, que el mismo dia que ella se me quitò, me quitaron tambien vna

una bazia de açofar nueua que no se auia estreñado, que era señora de vn escudo. Aqui no se pudo conter don Quixote sin responder, y poniendose entre los dos, y apartandoles, depositado la albarda en el suelo, que la tuuiese de manifesto hasta q̃ la verdad se aclarasse, dixo: Porque vean vuestras mercedes clara, y manifestamente el gr̃de error en que està este buen escudero, pues llama bazia a lo que fue, es, y serà yelmo de Mambrino, el qual se le quitò yo en buena guerra, y me hize señor del congitima y licita posesiō: en lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabre dezir, es, que mi escudero Sancho Pança me pidio licencia para quitar los jaezes del cauallo deste encido couarde, y con ellos adornar el suyo, lo se la di, y el los tomò, y de auerse conuertido de jaez en albarda, no sabre dar otra razō, sino es la ordinaria, que como estas transformaciones se veen en los sucesos de la cavalleria andantesca: para confirmacion de lo qual torre Sancho hijo mio, y saca aqui con presenya delante de todos estos caualleros el yelmo que este buen hombre dize ser bazia. Pardiez señor, dixo Sancho, sino tenemos otra pruenya de nuestra intenciō, que la que vuestra merced dize, tan bazia es el yelmo de Mabrino, como el jaez deste buen hombre albarda. Hòz lo que mandò replicò don Quixote, que no te das las cosas deste castillo han de ser ordinariamen

te guiadas por encantamento. Sancho fue a do estaua la bazia, o yelmo de Mambrino, como su amo dezia, y la truxo, y assi como don Quixote la vio, la tomò en las manos, y dixo: Miren las vuestras mercedes señores mios, cò que cara podia dezir este escudero que esta es bazia, y no el yelmo de Mambrino que yo he dicho: y juro por la orden de caualleria andante que professo, que este yelmo fue el mismo que yo le quité, sin auer añadido en el, ni quitado de ninguna suerte cosa alguna. En esso no ay duda, dixo a esta sazón Sancho Pança, porq̃ desde que mi señor le ganó hasta agora, no ha hecho con el mas de vna batalla, que fue quãdo librò a los sin ventura encadenados, y sino fuera por este vaziyelmo no lo passara entòces muy bien, porq̃ huò afaz de pedradas alli en aq̃l tráce.

Cap. XLV. donde se acaba de aueriguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda, y otras auenturas sucedidas, con toda verdad.

QUE les parece a vuestras mercedes señores, dixo el Barbero, de lo que afirman estos gẽtiles hombres, pues aun porfian que esta no es bazia, sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo don Quixote, le hare yo conocer que miente si fuere cauallero; y si escudero, que remiente mil vezes. Nuestro Barbero que a todo estauz presente, como tenia tan bien conocido el humor de don Quixote, quiso

quiso esforçar su desatino, y lleuar adelante la burla, para que todos riesen: y dixo hablado con el otro Barbero: Señor Barbero, o quien soy, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas ha de veynte años carta de examen: y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barberia, sin que le falte vno: y ni mas ni menos fuy vn tiempo en mi mocedad soldado, y se tãbien que es yelmo, y que es morrion, y celada de encaxe, y otras cosas tocãtes a la milicia, digo a los generos de armas de los soldados: y digo saluo mejor parecer, remitiẽdome siẽpre al mejor entendimiẽto, que esta piẽça que estã aqui delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bazia de Barbero, pero estã tan lexos de serlo, como estã lexos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mêtira: tãbien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo don Quixote, porq̃ le falta la mitad que es la barbera. Assi es, dixo el Cura, que ya auia entendido la intentiõ de su amigo el Barbero, y lo mismo confirmò Cardenio, don Fernando, y suas camaradas: y aun el Oydor, sino estuuiera tan pẽsatiuo con el negocio de don Luys, ayudara por su parte a la burla: pero las veras de lo que pensaua le tenian tan suspenso, que poco, o nada atendia a aquellos donayres. Valame Dios, dixo a esta sazón el Barbero burlado, q̃ es possible q̃ tãta gẽte honrada diga, y asirme que

esta no es bazia, sino yelmo: cosa parece esta q̄ puede poner en admiracion a toda vna Vniuersidad por discreta que sea. Basta, si es que esta bazia es yelmo, tambien deue de ser esta albarda jaez de cauallo, como este señor ha dicho. A mi albarda me parece, dixo don Quixote, pero ya he dicho otra vez que en esso no me entremeto de que sea albarda, o jaez. Dixo el Cura, no està en mas de dezirlo el señor don Quixote, que en estas cosas de la caualleria todos estos señores, y yo le damos la vètaja. Por Dios señores mios, dixo dō Quixote, que son tantas, y tan estrañas las cosas q̄ en este castillo, en dos vezes que en el he alojado, me han sucedido, que no me atreua a dezir afirmatiuamente ninguna cosa de lo q̄ a cerca de lo que en el se cōtiene se preguntare, porque imagino q̄ quanto en el se trata va por via de encantamēto: la primera vez me fatigò mucho vn Moro encantado que en el ay, y a Sancho no le fue muy bien con otros sus sequaces, y a noche estuuue colgado deste braço cāsi dos horas, sin saber como, ni como no, vine a caer en aquella desgracia. Al fi que ponerme yo agora en cosa de tanta confusion a dar mi parecer, serà caer en juyzio temerario: en lo que toca a lo que dizen que esta es bazia, y no yelmo, ya yo tengo respondido: pero en lo declarar, si esta es albarda, o jaez, no me atreuo a dar sentencia difinitiuā, solo lo deixo al buē parecer de vuestras mercedes, quise por

por no ser armados caualleros como yo lo foy, no tendran que ver con vuestras mercedes los encantamientos deste lugar, y tendran los entendimiētos libres, y podrā juzgar de las cosas de este castillo como ellas son, real y verdaderamente, y no como a mi me pareciā. No ay duda, respondió a esto don Fernando, sino que el señor don Quixote ha dicho muy bien oy, que a nosotros toca la difinicion deste caso: y porque vaya con mas fundamento, yo tomarè en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare darè entera, y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de don Quixote, era todo esto materia de grandissima risa: pero para los que la ignorauan les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente a los quatro criados de dō Luis, y a don Luys ni mas ni menos, y a otros tres pasajeros que a caso auian llegado a la vèta q̄ teniā parecer de ser quadrilleros, como en efeto lo erā: pero el que mas se desesperaua era el Barbero, cuya bazia alli delante de sus ojos se la hauian buuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pēsaua sin duda alguna, que se le hauia de boluer en jaez rico de cauallo, y los vnos, y los otros se reyan de ver como andaua don Fernando tomando los votos de vnos en otros, hablandolos al oydō, para que en secreto declarassen, si era albarda, o jaez aquella joya, sobre quē tanto se auia peleado: y despues que huuo tomado los votos

de aquellos que a don Quixote conocian, dixo en alta voz: El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que a ninguno preguntado lo que desco saber, que no me diga que es disparate el dezir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caualllo, y aũ de caualllo castizo, y assi haueys de tener paciẽcia, porque a vuestro peñat, y al de vuestro asno, este es jaez, y no albarda, y vos haueys alegado, y pronado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dixo el sobre Barbero, si todos vuestras mercedes señores mios no se engañan, y que assi parezca mi anima ante Dios, como ella me parece a mi albarda, y no jaez: pero alla van leyes, &c. y no digomas: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No menos causan risa las necedades q̄ dezia el Barbero, q̄ los disparates de don Quixote, el qual a esta sazõ dixo: Aqui no ay mas q̄ hazer, sino q̄ cada vno tome lo que es suyo, y a quien Dios se la dio, san Pedro se la bendiga. Vno de los quatro criados de don Luys dixo: Si ya no es que esto sea burla pensada no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son, o parecen todos los que aqui estan, se atreuan a dezir con tantas veras, que elta no es bazia, ni aquella albarda, mas como veo que lo afirman, y lo dicen, me doy a entender que no carece de mysterio el porfiar vna co

sa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad, y la misma experiẽcia: porq̄ voto a tal, y arrojàle redondo, que no me den a mi a entender quantos oy viuen en el mundo al reues, de que esta no sea bazia de Barbero, y esta albarda de asno. Bien podría ser de borrica, dixo el Cura. Tanto monta, respondió el criado, que el caso no consiste en esto, sino en si es, o no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto, vno de los quadrilleros que aũt entrado, que auia oydo la pẽdencia, y quistion, lleno de colera, y de enfando, dixo: Tã albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, o dixere, deue de estar hecho vna vna. Mẽtis, como vella co villano, respondió don Quixote, y alçando el langon, que nunca le dexaua de las manos, le yo a descargar tal golpe sobre la cabeça, que a no desuiarse el quadrillero se le dexara alli tendido: el laçon se hizo pedagos en el suelo, y los demas quadrilleros que vieron tratar mal a su compañero, alçaron la voz pidiendo fauor a la santa Hermandad. El ventero que era de la quadrilla, entrò al punto por su varilla, y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de don Luys rodearon a don Luys, por que con el alboroto no se les fuese. El Barbero viendo la casa rebuelta, tornò a asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho. Don Quixote puso mano a su espada, y arremetio a los quadrilleros, dõ Luys danò voces a sus criados q̄

le dexassen el, y acorriessen a don Quixote, y a Cardenio, y a don Fernando, que todos fauorecian a don Quixote. El Cura daua voces: la ventera gritaua, su hija se afligia, Maritornes lloraua, Dorotea estaua cōfusa, Luscinda suspēsa, y doña Clara desmayada. El Barbero aporreua a Sancho, Sancho molia al Barbero: don Luys, a quien vn criado suyo se le atreuio a asirle del brazo, porque no se fuesse, le dio vna puñada, que le bañó los dientes en sangre: el Oyodor le defendia, don Fernando tenia de baxo de sus pies a vn quadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy a su sabor. El ventero tornó a reforçar la voz, pidiendo socorro, y fauor a la santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobrefaltos, desgracias, cuchilladas, moxicones, palos, cozes, y efusion de sangre: y en la mitad deste caos, maquina, y laberinto de cosas, se le representò en la memoria de don Quixote, que se vehia metido de hoz, y de coz en la discordia del campo de Agramate: y assi dixó con voz que atronaua toda la veta. Tenganse todos, todos embaynen, todos se sosieguen, oyganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y el profiguio, diziendo: No os acordays que os dixeyo señores que este castillo era encantado, y que alguna grandissima región de Demonios deue sin duda de habitar en el, en cōfirmacion

tion de lo qual quiero que veays por vuestros ojos como se ha passado aqui, y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante: mirad señores como alli se pelea por la espada, aqui por el cauallo, aculla por el aguilá, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: véga pues vuestra merced señor Oyodor, y vuestra merced señor Cura, y el vno sirua de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y ponganos en paz, porque por Dios todo poderoso, que es gran vellaqueria que tanta gente principal como aqui estamos se mate por causas tã liuianas: los quadrilleros q̃ no entrédian el frasis de dō Quixote, y se veian malparados de don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sossegarfe, el Barbero si, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas, y el albarda: Sancho a la mas minima boz de su amo obedeciò, como buen criado: los quatro criados de don Luis, tãbien se estuuieron quedos, viendo quã poco les yua en no estarlo, solo el vterero portaua que se auian de castigar las insolencias de aquel loco, que a cada passo le alborotaua la venta: finalmente el rumor se apaziguò por entonces, la albarda se quedò por jaez hasta el dia del jnyzio, y la varia por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de don Quixote. Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos, a persuasion del Oyodor, y del Cura, boluieron los criados

de don Luis a porfiarle que al momento se viese con ellos: y en tanto que el cō ellos se auia, el Oydor comunicò con don Fernão, Cardenio, y el Cura, que deuia hazer en aquel caso, contandoseles cō las razones que don Luis le auia dicho, en fin fue acordado, que don Fernando dixesse a los criados de don Luis quien el era, y como era su gusto que don Luis se fuesse cō el al Andaluzia, donde de su hermano el Marques seria estimado como el valor de don Luis merecia, porque desta manera se sabia de la intencion de don Luis que no bolueria por aquella vez a los ojos de su padre si le hiziesen pedaços. Entendida pues de los quatro la caridad de don Fernando, y la intencion de don Luis, determinaron entre ellos, que los tres se boluiesen a contar lo que passaua a su padre, y el otro se quedasse a servir a don Luis, y a no dexalle, hasta que ellos boluiesen por el, o viesse lo que su padre les ordenaua: desta manera se apaziguò aquella machina de pendencias, por la autoridad de Agramante, y prudencia del Rey Sobrino: pero viendo el enemigo de la concordia, y el emulo de la paz, menospreciado, y burlado, y el poco fruto que auia grangeado de auerlos puesto a todos en tan confuso laberinto, acordò de probar otra vez la mano, resuscitando nuevas pendencias y desassosiegos. Es pues el caso, q̃ los quadrilleros se soslegaron por auer entrey-

do

do la calidad de los q̃ con ellos se auian combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerle q̃ de qualquiera manera q̃ sucediesse, auian de llevar lo peor de la batalla: pero vno dellos que fue el q̃ fue molido, y pateado por don Fernando, le vino a la memoria, que entre algunos mandamientos que traia para prender a algunos delinquentes, traia vno contra don Quixote, a quien la santa Hermandad auia mandado prender, por la libertad que dio a los galeotes, y como Sancho con mucha razon auia temido: imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de don Quixote traia venia bien: y sacando del seno vn pergamino, topò con el que buscaba, y poniendosele a leer de espacio, porque no era buen lector, a cada palabra que leia ponía los ojos en dō Quixote, y yua cotejando las señas del mandamiento con el resto de don Quixote, y hallò que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaua, y apenas se huuo certificado, quando recogiendo su pergamino, y quicà romò el mandamiento, y con la derecha asió a dō Quixote del cuello fuertemente que no le dexaua alentar, y grãdes bozes dezia: Fauora la santa Hermandad, y para que se vea que lo pido de veras, lea se este mandamiento donde se contiene que se prenda a este saltador de caminos. Tomò el mandamiento el Cura, y vio como era verdad quãto el quadrillero dezia, y como conuenia

con

con las señas con don Quixote, el qual viendo se tratar mal de aquel villano Malandrín, puesta la colera en su púto, y cruxiendole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo, el asió al quadrillero con entrábas manos dela garganta, que a no ser socorrido de sus compañeros, allí dexara la vida antes que don Quixote la presa. El ventero que por fuerza auia de fauorcer a los de su oficio, acudio luego a dalles fauor. La ventera que vio de nuevo a su marido en pependencias, de nuevo algò la voz, cuyo tendón le lleuaron luego, Maritornes, y su hija, pidiendo fauor al Cielo, y a los que allí estauan. Sancho dixo viendo lo que passaua: Viue el Señor que es verdad quanto mi amo dize de los encantos deste castillo, pues no es posible viuir vna hora con quietud en el. Don Fernando despartio al quadrillero, y a don Quixote, y con gusto de entrambos les desencalaujó las manos, que el vno en el collar del sayo del vno, y el otro en la garganta del otro bien asistatienian: pero no por esto cessauan los quadrilleros de pedir su preso, y que les ayudassen a darle arado, y entregado a toda su voluntad, porque assi conuenia al seruicio del Rey, y de la santa Hermandad, de cuya parte, de nuevo le pedían socorro y fauor, para hazer aquella prision de aquel robador, y salteador de sendas, y de carreras. Reláse de oyr dezir estas razones don Quixote, y con mucho sosiego, di-

xo:

zo: Venid aca gente soez, y mal nacida, saltar de caminos llamays al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, acorrer a los miserables, algar los caydos, remediar los menesterosos? A gente infame, digna por vuestro baxo y vil entendimiento, que el Cielo no os compuniquel valor que se encierra a la caualleria andante, ni os dea entender el pecado, è ignorancia en que estays, en no reuerenciar la sombra, quanto mas la asistencia de qualquier cauallero andante. Venid aca ladrones en quadrilla, que no quadrilleros, salteadores de caminos, con licècia de la santa Hermandad, dezidme quien fue el ignorante que firmò mandamiento de prision còtra vn tal cauallero como yo soy? Quien el que ignorò que son essantos de todo judicial fuero los caualleros andantes? Y que su ley es espada, sus fueros, sus bríos, sus prematikas, su voluntad? Quien fue el mercader, bueluo a dezir, que no sabe que no ay secutoria de hidalgo con tantas preeminencias, ni essenciones como la que adquiere vn cauallero andante el dia que se arma cauallero, y se entrega al duro exercicio de la caualleria? Que cauallero andante pagò pecho, alcavala, chapin de la Reyna, moneda forera, portazgo, ni barca? Que saltre le lleuò hechura de vestido que le hiziesse? Que Castellano le acogió en su castillo que le hiziesse pagar el escote? Que Rey no le asentò a su mesa? Que Don-

zella

zella no se le aficionò, y se le entregò rendida a todo su talante, y voluntad. Y finalmente, que Cauallero andáte ha auido, ay, ni aura en el mundo, que no tenga brios para dar el solo quatrocientos palos a quatrociéto quadrilleros que se le pongan delante?

Cap. XLVI. De la notable auentura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen Cauallero don Quixote.

EN tanto que don Quixote esto dezia, estaua persuadiendo el Cura a los quadrilleros como don Quixote era fáltio de júyzio, como lo veian por sus obras, y por sus palabras, y q̄ no tenian para q̄ lleuar aquel negocio adelante: pues aunque le prèdiessen, y llevassen, luego le auia de dexar por loco, a lo que respondió el del mandamiéto: Que a el no tocaua juzgar de la locura de don Quixote, sino hazer lo que por su mayor le era mandado, y que vna vez prefo, siquiera le soltassen trecientas. Con todo esso, dixo el Cura, por esta vez no le auéys de lleuar, ni aun el dexará lleuarse, a lo que yo entiendo; en efeto tanto les supo el Cura dezir, y tantas locuras supo dō Quixote hazer, que mas locos fueran que no el los quadrilleros, sino conocieran la falta de don Quixote, y así ruiéron por bien de apaziguarle, y aú de ser medianeros de hazer las pazes entre el Barbero y Sancho Pança, que toda via asistían con
gran

gran rancor a su pendencia: finalmente ellos como miébro de justicia mediaron la causa, y fueron arbitros della, de tal modo, q̄ ambas partes quedaron, si no del todo contentas, alomenos en algo satisfechas, porq̄ se trocaron las albardas, y no las cinchas, y xaquimas. Y en lo q̄ tocaua a lo yelmo de Mábrino, el Cura alocapa, y fin q̄ don Quixote lo entendiesse, le dio por la bacia ocho reales, y el Barbero le hizo vna cedula del recibo, y de no llamarse a engaño por entonices, ni por siépre jamas. Amen. Solsegadas pues estas dos pèdècias, q̄ erán las mas principales y de mas tomo, restaua q̄ los criados de dō Luis se cõtèrassen de boluer los tres, y q̄ el vno quedasse para acõpañarle dōde don Fernãdo le queria lleuar: y como ya la buena suerte, y mejor fortuna auia comẽçado a rõper lãças, y facilitar dificultades en saber de los amâtes dela ventra, y de los valientes della, quiso lleuarlo al cabo, y dar a todo felice sucesso, porq̄ los criados se cõtèraron de quanto don Luis queria, de q̄ recibio tanto contento doña Clara, que ninguno en aquella sazón la mirara al rostro que no conociera el regozijo de su alma. Zorayda aunque no entendia bié todos los sucesos que auia visto se entristecia, y alegraba a bulto cõforme vela, y notaua los semblantes a cada vno, especialmente de su Español, en quien tenia siempre puestos los ojos, y traía colgada el alma. El ventero, a quien se le
pa-

pagò por alto la dadiua, y recompensa que el Cura auia hecho al Barbero, pidio el escote de don Quixote, con el menoscabo de sus cueros, y falta de vino, jurando que no saldria de la veta Rozinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagasse primero, hasta el vltimo ardite. Todo lo apaziguò el Cura, y lo pagò don Fernando, puesto que el Oydor de muy buena voluntad auia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz, y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como don Quixote auia dicho, sino la misma paz, y quietud del tiempo de Oraniano: de todo lo qual fue comun opinion, que se denian dar las gracias a la buena intencion, y mucha eloquencia del señor Cura, y a la incomparable liberalidad de don Fernando. Vièdose pues don Quixote libre, y desembaraçado de tantas pependencias, assi de su escudero, como fuyas, le parecio que seria bien seguir su començado viaje, y dar fin a aquella grã de auentura para q̃ auia sido llamado, y escogido: y assi con resoluta determinacion se fue à poner de hinojos ante Dorotea, la qual no le consintio que hablasse palabra hasta que se leuantasse, y el por obedecella se puso en pie, y le dixo: Es comun Prouerbio, hermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas, y graues cosas ha mostrado la experiencia, que la sollicitud del negociante trae à buen

fin

fin el pleyto dudoso, pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad, q̃ en las de la guerra, donde la celeridad, y presteza preuiene los discursos del enemigo, y alcanza la victoria antes que el contrario se ponga en defensa: todo esto digo alta, y preciosa señora, porque me parece, que la estada nuestra en este castillo, ya es sin prouecho, y podria sernos de tanto daño, que lo echassemos de ver algun dia, porque quien sabe si por ocultas espías, y diligētes auia sabido ya nuestro enemigo el Gigante de q̃ yo voy a destruyrle, y dandole lugar el tiempo, se fortificasse en algun inexpugnable castillo, o fortaleza, contra quien valiesse poco mis diligencias, y la fuerza de mi incansable brazo: assi que señora mia, preuengamos, como tengo dicho, con nuestras diligencias sus designios, y partamonos luego a la buena ventura, que no està mas de tener la vuestra grandeza, como dessea, de quanto yo tardè de verme con vuestro contrario. Callò, y no dixo mas don Quixote, y esperò con mucho sosiego la respuesta de la hermosa Infanta, la qual con ademan señorial, y acomodado al estilo de don Quixote, le respondió desta manera: Yo os agradezco señor cauallero el desseo q̃ mostrays tener de honrarme en mi gran cuyra, bien assi como cauallero, a quien es anexo, y concerniente favorecer los huerfanos, y menesterosos: y quier el Cielo q̃ el vuestro, y mi desseo se cūplan, para

para que veays que ay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi partida sea luego, q̄ yo no tengo mas voluntad que la vuestra, disponed vos de mi a toda vuestra guisa y talante, que la que vna vez os entregò la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señorios, no ha de querer yr contra lo que la vuestra prudencia ordenare. A la mano de Dios, dixo don Quixote, pues assi es, que vna señora se me humilia, no quiero yo perder la ocasion de leuantalla, y ponella en su heredado trono: la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo, y el camino, lo que suele dezirse que en la tardança està el peligro: y pues no ha criado el Cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante, ni acobarde, enfilla Sancho a Rozinante, y apareja tu jumento, y el palafren de la Reyna, y despidamonos del Castellano, y destos señores, y vamos de aqui luego, al punto. Sancho, que a todo estava presente, dixo meneando la cabeça a vna parte, y a otra: Ay señor, señor, y como ay mas mal en el aldehuella que se suena, con perdon sea dicho de las tocas honradas. Que mal puede auer en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menos cabo mio, villano? Si vuestra merced se enoja, respòdio Sancho, yo callarè, y dexarè de dezir lo q̄ soy obligado como buen escudero, y como deue vn buen criado dezira su señor. Dilo que

que quisieres, replicò don Quixote, come tus palabras: no se encaminen a ponerme miedo: que si tú le tienes, hazes como quien eres: y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es eso, pecador fuy yo a Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por aueriguado, que esta señora que se dize ser Reyna del gran Reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre, porq̄ a ser lo q̄ ella dize, no se anduiera hociendo con alguno de los que estan en la rueda a buelta de cabeça, y a cada traspueta. Parose colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad q̄ su esposo dō Fernando alguna vez a hurto de otros ojos, auia cogido con los labios parte del premio q̄ merecian sus deseos. Lo qual auia visto Sancho, y pareciendole que aquella defemboltura, mas era de dama cortesana, q̄ de Reyna de tan gran Reyno. Y no pudo, ni quiso responder palabra a Sancho, sino dexole proseguir en su platica, y el fue diziendo: Esto digo señor, porque si al cabo de auer andado caminos y carreras, y pasado malas noches, y peores dias, ha de venir a coger el fruto de nuestros trabajos, el que se està holgando en esta vèra, no ay para que darme pricilla a que enfilla a Rozinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues serà mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. O valame Dios, y quan grande que fue el enojo que recibio don Quixote, oyendo

las descompuestas palabras de su escudero. Digo que fue tanto, que cō boz atropellada, y tar- tamuda lengua, lançando vino fuego por los ojos, dixo. O vellaco, villano, mal mirado, descompuesto, è ignorante, in facundo, deslenguado, atreuido, murmurador, y maldiziente, tales palabras has osado dezir en mi presencia, y en la destas inclitas señoras? Y tales deshonestidades y atreuimientos, osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, filo de vellaquerias, inuentor de maldades, publicador de sandezes, enemigo del decoro q̄ se deue a las Reales personas. Vete no parezcas delante de mí, so pena de mi yra: y diziendo esto, enarcò las cejas, hinchò los carrillos, mirò a todas partes, y dio cō el pie derecho vna gran patada en el suelo, señalando todos de la yra que encerraua en sus entrañas. A cuyas palabras, y furibundos ademanes, quedò Sancho tan encogido, y medroso, que se holgara q̄ en aquel instante se abriera debaxo de sus pies la tierra, y le tragara. Y no supo que hazerfe: sino boluer las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entèdido renia ya el humor de don Quixote, dixo, para tẽprarle la yra: No os despecheys, señor cauallero de la triste Figura, de las sandezes que vuestro buen escudero ha dicho, porq̄ quiza no las de-

deue de dezir sin ocasion, ni de su buen entendimiento, y christiana conciencia, se puede sospechar que leuante testimonio a nadie: y assi se ha de creer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos señor cauallero dezis, todas las cosas van y succeden por modo de encantamẽto, podria ser, digo, que Sancho huuiesse visto por esta diabolica via, lo que el dize que vio tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo a esta sazõ don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante a este pecador de Sancho, que le hizo ver, lo que fuera imposible verse de otro modo, que por el de encantos no fuera, que se yo bien de la bondad, è inocencia deste desdichado, que no sabe leuantar testimonios a nadie. Assi es, y assi serà, dixo don Fernando, por lo qual deue vuestra merced señor don Quixote, perdonalle, y reduzille al gremio de su gracia, *sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le sacassen de iuyzio. Don Quixote respondió, q̄ el le perdonaua, y el Cura fue por Sancho, el qual vino muy humilde, y hincándose de rodillas, pidio la mano a su amo, y el se la dio, y despues de auersela dexado besar, le echò la bendicion, diziendo: Agora acabaras de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas vezes te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de

encantamento. Así lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente su cedio por via ordinaria. No lo creas, respondió don Quixote, que si así fuera, yo te vengara entonces, y aun agora. Pero ni entonces, ni agora, pude, ni vi, en quien tomar vengança de tu agrauio. Desearon saber todos, que era aquello de la manta, y el ventero lo contó punto por punto, la bolateria de Sancho Pança, de que no poco se rieron todos. Y de que no menos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo, que era encantamento. Puesto que jamas llegó la sandez de Sancho a tanto, que creyese no ser verdad pura, y aueriguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de auer sido mâteado por personas de carne, y hueso, y no por fantasmas soñadas, ny imaginadas, como su señor lo creía, y lo afirmaba. Dos dias eran ya passados los, ue auia que toda aquella illustre compañía estava en la venta: y pareciendoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que sin ponerse al trabajo de boluer Dorotea y don Fernando con don Quixote a su aldea, con la inuencion de la libertad dela Reyna Micomicona, pudiesen el Cura, y el Barbero llevarsele como deseauan, y procurar la cura de su locura, en su tierra. Y lo que ordenaron, fue, que se concertaron con un carretero de bueyes, que a caso acertó a passar por alli, para que lo llevase, en esta forma. Hi-

zie-

zieron vna como jaula, de palos enrejados, ca paz, que pudiesse en ella caber holgadamente don Quixote. Y luego don Fernando, y sus camaradas, con los criados de dō Luis, y los quâ drilleros, juntamête con el ventero, todos por orden, y parecer del Cura, se cubrieron los rostros, y disfracaron, quiê de vna manera, y quiê de otra: de modo, que a don Quixote le pareciesse ser otra gente, de la que en aquel castillo auia visto. Hecho esto con grandissimo silencio se entraron a donde el estava durmiendo, y descansando de las passadas refriegas. Llegaronse a el, que libre, y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiendole fuertemente, le ataron muy biê las manos y los pies: de modo, que quando el despertò con sobresalto, no pudo menearse, ni hazer otra cosa; mas que admirarse, y suspenderse, de uer delante, de si tan estraños visages. Y luego dio en la cuenta, de lo que su continua y desuariada imaginacion le representaua, y se creyò, que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estava encantado, pues no se podía menear, ni defender. Todo a punto, como auia pensado que sucederia el Cura, traçador desta machina. Solo Sancho, de todos los presentes, estava en su mesmo juicio, y en su mesma figura: el qual aunque le faltaba bien poco para tener la mesma enfermedad de su amo, no dexò de conocer quien era

si 3

to-

todas aquellas contrahechas figuras, mas no olo descofer su boca, hasta ver en que paraua aquel assalto y prision de su amo. El qual tampoco hablaua palabra, atendiendo a ver el padrero de su desgracia. Que fue, que trayendo allí la jaula, le encerraron dentro, y le clauarón los maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper a dos tirones. Tomaronle luego en ombros, y al salir del aposento se oyó vná boz temerosa, todo quãto la supo formar el Barbero, no el del albarda, sino el otro, que dezia: O cauallero de la triste Figura, no te dè afincamiento la prision en que vas, porque assi conuiene, para acabar mas presto la auentura en que tu gran esfuerzo te puso. La qual se acabará, quando el furibundo Leon Manchado, con la blanca Paloma Tobosina, yogiren en vno. Ya despues de humilladas las altas ceruizes, al blando yugo matrimoñesco: de cuyo inaudito conforcio, saldrá a luz del Orbe, los brauos cachorros, que imitarán las rumpantes garras del valeroso padre. Y esto será antes que el seguidor de la fugitiua ninfa, faga dos vegadas, a la visita de las luzientes imagines, con su rapido, y natural curso. Y tu, o el mas noble, y obediente escudero, que tuuo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las narizes, no te desmaye, ni descontente, ver llevar assi delãte de tus ojos mesmos, a la flor de la caualleria andante. Que presto, si al plasmador

del

del mundo le plaze, te veras tan alto, y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor. Y asegurote, de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo veras: por la obra: y sigue las pisadas del valeroso, y encantado cauallero, que conuiene que vayas donde pareys entrambos: y porque no me es licito dezir otra cosa, a Dios quedad, que yo me bueluo a donde yo me se. Y al acabar de la profecia, alçò la boz de punto, y disminuyola despues, con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuuiéron por creer, que era verdad lo q oian. Quedò don Quixote consolado con la escuchada profecia, porque luego coligio de todo en todo, la significacion della: y vio que le prometian el verse ayuntado en tanto y deuido matrimonio, con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre, saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha. y creyendo esto bien, y firmemente, alçò la boz, y dando vn gran suspiro, dixo: O tu quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruegote, que pidas de mi parte al Sabio encantador, que mis cosas tiene a cargo, que no me dexen perecer en esta prision, donde agora me lleuan, hasta ver cumplidas tan alegres, è incomparables promessas, como son las que aqui se me han hecho. Que como esto sea, ren-

Otro

Si 4

drè

dré por gloria las penas de mi carcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda, y talamo dichoso. Y en lo que toca a la consolacion de Sancho Pança mi escudero, yo confio de su bondad, y buen proceder, q̄ no me dexará, en buena, ni en mala suerte. Porque quando no suceda por la suya, o por mi corta ventura, el poderle yo dar la Insula, o otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dexo declarado lo que se le ha de dar, no conforme a sus muchos y buenos seruicios, sino a la posibilidad mia. Sancho Pança se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrábas las manos, por que la vna no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en ombros, aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

Cap. XLVII. Del extraño modo con que fue encantado don Quixote de la Mancha; con otros famosos sucesos.

Quando don Quixote se vio de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dijo Muchas, y muy graues historias he yo leydo de caualleros andátes, pero jamas he leydo, ni visto, ni oydo, que a los caualleros encantados los lleuen desta manera, y con el est

pacio

pacio que prometen estos perozosos y tardios animales. Porque siempre los suelen llevar por los ayres, cō extraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nuue, o en algun carro de fuego, o ya sobre algun Hipogrifo, o otra bestia semejante. Pero que me lleuen a mi agora sobre vn carro de bueyes, viue Dios q̄ me pone en cōfusión. Pero quiza la caualleria, y los encantos destos nuestros tiēpos, denē de seguir otro camino, que siguieron los antiguos. Y tãbiē podría ser, q̄ como yo no soy nueuo cauallero en el mūdo, y el primero q̄ ha resuscitado el ya olvidado exercicio de la caualleria auenturera, tambien nueuamente se ayan inuentado otros generos de encantamientos, y otros modos de llevar a los encantados. Que te parece desto, Sancho hijo? No se yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leydo como vuestra merced en las escrituras andantes. Pero con todo esso osaria afirmar, y jurar, q̄ estas visiones que por aqui andan, que no son del todo Catholicas. Catholicas, mi padre respondió don Quixote: como han de ser Catholicas, si son todos demonios, q̄ han tomado cuerpos fantasticos, para venir a hazer esto, y a ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tocalos, y palpals, y veras como no tienen cuerpo, sino de ayre, y como no consiste mas, de en la apariencia. Par Dios señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado, y este diablo que aqui

aquí anda tan solícito, es rozillo de carnes, y tiene otra propiedad, muy diferente de la que yo he oydo dezir que tienen los demonios: porque segun se dize, todos huelen a piedra azufre, y a otros malos olores, pero este huele a ambar de media legua. Dezia esto Sancho por don Fernando, que como tan señor, deuia de oler a lo que Sâcho dezia. No te marauilles dello, Sancho amigo, respôdio don Quixote, porq̃ te hago saber, q̃ los diablos saben mucho, y puesto que traygan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espiritus, y si huelen no pueden oler cosas buenas, sino malas, y hediôdas. Y la razon es, q̃ como ellos donde quiera que estan traen el infierno consigo, y no puedê recibir genero de aliuio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleyta y contenta, no es possible que ellos huelan cosa buena. Y si a tite parece, que esse demonio q̃ dizes huele a ambar, o tu te engañas, o el quiere engañarte, cō hazer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios passaron entre amo y criado, y temiendo don Fernando, y Cardenio, que Sancho no viniesse a caer del todo en la cuêra de su inuencion, a quien andaua ya muy en los alcances, determinaron de abreniar con la partida, y llamâdo a parte al ventero, le ordenaron que enfillasse a Rozinante, y enalbardasse el jumento de Sancho, el qual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el Cura se auia con-

certado con los quadrilleros, que le acompañassen hasta su lugar, dandoles vn tanto cada dia. Colgò Cardenio del arco de la silla de Rozinâte, del vn cabo la adarga, y del otro la bacia, y por señas mandò a Sâcho q̃ subiesse en su asno, y tomasse de las riendas a Rozinâte, y puso a los dos lados del carro a los dos quadrilleros con sus escopetas. Pero antes que se mouiesse el carro, salio la vètera, su hija, y Maritornes, a despedirse de don Quixote, fingiendo que llorauan de dolor de su desgracia, a quien don Quixote dixo: No lloreys mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anexas a los que professan lo que yo professo: y estas calamidades no me acontecieran, no me tuuiera yo por famoso cauallero andâte. Porq̃ a los caualleros de poco nôbre, y fama, nunca les suceden semejâtes cafos, porq̃ no ay en el mûdo quiê se acuerde dellos. A los valerosos si, q̃ tienen embidiosos de su virtud, y valêtia, a muchos Principes, y a muchos otros caualleros, q̃ procurâ por malas vias destruyr a los buenos, Pero cō todo esto, la virtud es tã poderosa, q̃ por si sola, a pesar de toda la nigromâcia, q̃ supo su primer inuentor Zoroastes, saldra vècedora de todo trâce, y darâ de si luz en el mûdo, como la da el Sol en el Cielo. Perdonadme fermosas damas, si algun desaguizado, por descuydo mio os he fecho, q̃ de voluntad, y a fabiêdas, jamas le di a nadie. Y rogad a Dios, me saque destas prisiones, donde algun

algun mal intencionado encárador me ha puesto, q si dellas me veo libre, no se me caera de la memoria las mercedes q en este castillo me auedes fecho, para gratificarlas, seruillas, y recómpensas, como ellas merecen. En tãto q las damas del castillo esto passauã cõ dõ Quixote, el Cura, y el Barbero se dispidierõ d dõ Fernãdo, y sus camaradas, y del Capitã, y de su hermano, y de todas aqllas cõtetas señoras, especialmẽte de Dorotea, y Luscinda, todos se abraçarõ, y quedaron de darse noticia de sus sucessos. Diziẽdo Don Fernãdo al Cura, donde auia de escribirle, para auisarle en lo que paraua don Quixote, assegurandole, q no auia cosa que mas gusto le diese, q saberlo. Y q el asì mismo le auisaria de todo aquello que el viesse q podria darle gusto, asì de su casamiẽto, como del bautismo de Zorayda, y suceso de don Luis, y buelta de Luscinda a su casa. El Cura ofreciò de hazer quãto se le mãdaua, cõ toda puntualidad. Tornaron a abraçarse otra vez; y otra vez tornarõ a nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al Cura, y le dio vnos papeles, diziendole, que los auia hallado en vn aforro de la maleta donde se hallò la nouela del Curioso impertinente, y que pues su dueño no auia buelto mas por alli, que se los leuasse todos, que pues el no sabia leer, no los queria. El Cura se lo agradecio y abriendolos luego, vio que al principio de lo escrito, dezia: Nouela de Rinconete, y Corta-

tadi:

tadillo: por donde entẽdio ser alguna nouela: y coligio, que pues la del Curioso impertinẽte auia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de vn mismo autor, y asì la guardò, con presupuesto de leerla quando tuuiesse comodidad. Subio a cavallo, y tambien su amigo el Barbero, con sus antifazas, porq no fuesen luego conocidos de don Quixote, y pusieronse a caminar tras el carro, y la ordẽ q lleuauã era esta. Yua primero el carro guiandole su dueño: a los dos lados yuã los quadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas: seguia luego Sancho Pãca sobre su asno, llevando de rienda a Rozinante. Detras de todo esto yuã el Cura, y el Barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho con graue, y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el passo tardo de los bueyes. Don Quixote yua sentado en la jaula las manos atadas, tendidos los pies, y artimado a las verjas, con tanto silencio, y tanta paciencia, como sino fuera hombre de carne, sino estatua de piedra. Y asì con aquel espacio, y silencio, caminaron hasta dos leguas, que llegaron a vn valle donde le parecio al boyero ser lugar acomodado para reposar, y dar pasto los bueyes. Y comunicandolo con el Cura, fue de parecer el Barbero que caminasen vn poco mas porque el sabia detras de vn recuesto que cerca de alli se mostraua, auia vn valle

valle de mas yerna, y mucho mejor que aquel, donde parar querian. Tomose el parecer del Barbero, y assi tornaron à proseguir su camino. En esto boluio el Cura el rostro, y vio que à sus espaldas veniã hasta seys, o siete hombres de acuallo, bien puestos y adereçados, de los quales fueron presto alcançados, porque caminauan, no con la flemma y reposo de los bueyes, sino como quien yua sobre mulas de Canonigos, y con desseo de llegar presto à festejar a la venta, que menos de vna legua de alli se parecia. Llegaron los diligentes à los perezosos, y saludaronse cortesmente, y vno de los que venian, que en resolucion era Canonigo de Toledo, y señor de los demas que le acompañauan, viendo la concertada procession del carro, quadrilleros, Sancho, Rozinante, Cura, y Barbero, y mas à don Quixote enjaulado, y aprisionado, no pudo dexar de preguntar, que significaua llevar aquel hombre de aquella manera. Aunque ya se ania dado a entender, uiendo las insignias de los quadrilleros, que denia de ser algun facinoroso saltador, o otro delinquente, cuyo castigo tocasse a la santa Hermandad. Vno de los quadrilleros, a quien fue hecha la pregunta, respondió assi: Señor lo que significa yr este cauallero desta manera, digalo el, porque nosotros no lo sabemos. Oyò don Quixote la platica, y dixo: Por dicha vuestras mercedes señores caualleros, son versados, y per-

tos

tos en esto de la caualleria andante? porque si lo son, comunicarè con ellos mis desgracias, y sino, no ay para que me canse en dezirlas. Ya este tiempo auian ya llegado el Cura, y el Barbero, viendo que los caminantes estauan en platicas con don Quixote de la Mancha, para responder de modo que no fuesse descubierto su artificio. El Canonigo, a lo que don Quixote dixo, respondió: En verdad hermano que se mas de libros de cauallerias, que de las sumulas de Villalpando. Assi que si no està mas que en esto, seguramente podeys comunicar conmigo lo que quisiereis. A la mano de Dios, replicò don Quixote, pues assi es, quiero señor cauallero q sepades, que yo voy encantado en esta jaula, por embidia, y fraude de malos encantadores, que la virtud mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos. Cauallero andante soy, y no de aquellos, de cuyos nombres jamas la fama se acordò para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que a despecho, y pesar de la mesma embidia, y de quantos Magos criò Persia, Bracmanes la India, Ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la immortalidad, para que sirua de exemplo, y dechado en los venideros siglos, donde los caualleros andantes vean los passos que han de seguir, si quisieren llegar a la cumbre, y alteza honrosa de las armas. Dize verdad el señor don Quixote de la Mancha, dixo a esta sazón el Cu-

ra,

ra, que el va encantado en esta carreta, no por sus culpas, y pecados, sino por la mala intención de aquellos a quien la virtud enfada, y la valentía enoja. Este es, señor, el cauallero de la triste Figura, si ya le oyistes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas, y grandes hechos, seran escritas en bronzes duros, y en eternos marmoles, por mas que se canse la embidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canonigo oyó hablar al preso, y al libre, en semejante estilo, estuuó por hazerse la Cruz de admirado, y no podia saber lo que le auia acontecido: y en la mesma admiración cayeron todos los que con el venian. En esto Sancho Pá-ga, que se auia acercado a oyr la plática, para adobarlo todo, dixo: Aora señores, quieranme bien, o quieranme mal por lo que dixere, el caso dello es, que así va encantado mi señor dō Quixote, como mi madre: el tiene su entero juyzio, el come, y beue, y haze sus necesidades, como los demás hombres, y como las hazia ayer antes que le enjaulasen. Siendo esto así, como quieren hazerme a mi entender que va encantado? Pues yo he oydo dezir a muchas personas, que los encantados, ni comen, ni duermen, ni hablan; y mi amo sino le van a la mano, hablará mas que treynta procuradores. Y boluiendose a mirar al Cura, prosiguió, diziendo: A señor Cura, señor Cura, pensaua V.m. que no le conozco, y pensará que yo no callo y adi-

uino

uino a dōde se encaminan estos nuevos encantamientos; pues sepa q̄ le conozco, por mas q̄ se encubra el rostro, y sepa q̄ le entiēdo, por mas que disimule sus embustes. En fin, dōde reyna la embidia, no puede viuir la virtud, ni a donde ay escaseza, la liberalidad. Malaya el diablo, que si por su reuerencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estnuiera casado con la Infanta Micomicóna, y yo fuera Conde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor, el de la triste Figura, como de la grandeza de mis seruicios. Pero ya veo que es verdad lo que se dize por ai, que la rueda de la fortuna anda mas lista, que vna rueda de molino; y que los que ayer estauan en pinganitos, oy estan por el suelo. De mis hijos, y de mi muger me pesa, pues quando podian y deuian esperar ver entrar a su padre por sus puertas, hecho Gouernador, o Visorrey de alguna Insula, o Reyno le verán entrar hecho moço de caualllos. Todo esto que he dicho, señor Cura, no es mas de por encarecer a su Paternidad, haga conciencia del mal tratamiento que a mi señor le haze, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros, y bienes que mi señor dō Quixote dexa de hazer en este tiempo que está preso. Adobame estos candiles, dixo en este punto el Barbetto. Tambien vos Sancho soys dela cofadria de

T t

vue-

vuestro amo? Viue el Señor, que voy viendo
 que le aueys de tener cōpañia en la jaula, y que
 aueys de quedar tan encātado como el, por lo
 que os toca de su humor, y de su caualleria. En
 mal punto os empreñastes de sus promessas, y
 en mal hora se os entrò en los cascos la Insula
 que tanto desseays. Yo no estoy preñado de na-
 die, respondió Sancho, ni soy hōbre que me de-
 xaria empreñar del Rey que fuesse, y aunque po-
 bre soy Christiano viejo, y no deuo nada a na-
 die, y si Insulas desseo, otros desseā otras cosas
 peores, y cada vno es hijo de sus obras, y deba-
 xo de ser hombre, puedo venir a ser Papa, quā-
 to mas Governador de vna Insula, y mas pudiē-
 do ganar tātās mi señor, que le falte a quiē dar-
 las. Vuestra merced mire como habla, señor Bar-
 bero, que no es todo hazer barbas, y algo va de
 Pedro a Pedro Digolo, porque todos nos cono-
 cemos, y a mi no se me ha de echar dado fal-
 so. Y en esto del encanto de mi amo, Dios sa-
 be la verdad, y quedese aqui, porque es peor
 menearlo. No quiso respōder el Barbero a Sā-
 cho, porquē no descubriessse con sus simplici-
 dades lo q̄ el, y el Cura tanto procurauan encu-
 brir. Y por este mesmo temor auia el Cura di-
 cho al Canonigo, q̄ caminasse vn poco delante,
 que el le diria el misterio del enjaulado, con
 otras cosas que le diessen gusto. Hizolo assi el
 Canonigo, y adelantose con sus criados, y con
 el estuuo atēto a todo aquello que dezir le qui-
 so

so de la condicion, vida, locura, y costūbres de
 don Quixote: contādole breuemente el princi-
 pio, y causa de su desuorio, y todo el progres-
 so de sus sucessos, hasta auerlo puesto en aque-
 lla jaula, y el designio que lleuauan de lleuarle
 a su tierra, para ver si por algun medio halla-
 uan remedio a su locura. Admiraronse de nue-
 uo los criados, y el Canonigo, de oyr la pere-
 grina historia de don Quixote. Y en acabādola
 de oyr, dixo: Verdaderamente señor Cura, yo
 hallo por mi cuenta, q̄ son perjudiciales en la
 republica estos q̄ llamā libros de cauallerias.
 Y aunq̄ he leydo (lleuado de vn ocioso y falso
 gusto) casi el principio de todos los mas q̄ ay
 impressos, jamas me he podido acomodar a
 leer ninguno del principio al cabo, porque me
 parece, que qual mas, qual menos, todos ellos
 son vna mesma cosa, y no tiene mas este que
 aquel, ni estotro que el otro. Y segun a mi me
 parece, este genero de escriptura, y cōposicion,
 cae debaxo de aquel de las fabulas, que llaman
 Milesias, que son cuētos disparatados, que atiē-
 den solamente a deleytar, y no a enseñar. Al cō-
 trario de lo que hazen las fabulas Apologas, q̄
 deleytan y enseñan juntamēte. Y puesto que el
 principal intento de semejantes libros, sea el
 deleytar, no se yo como puedan conseguirle,
 yendo llenos de tantos, y tan desaforados di-
 sparates. Que el deleyte que en el alma se con-
 cibe, ha de ser de la hermosura, y concordan-

cia que vees, o contempla en las cosas que la vi-
sta, o la imaginacion le ponen delante: y toda
cosa que tiene en si fealdad, y descompostura,
no nos puede causar cōtento alguno. Pues que
hermosura puede auer, o que proporcion de
partes con el todo, y del todo con las partes,
en vn libro, o fabula, donde vn moço de diez y
seys años da vna cuchillada a vn Gigãte como
vna torre, y le diuide en dos mitades, como si
fuera de alfenique: y que quando nos quieren
pintar vna batalla, despues de auer dicho que
ay de la parte de los enemigos vn millon de
compitientes, como sea contra ellos el señor
del libro, forçosamente mal que nos pese auer-
mos de entender, que el tal cauallero alcançò
la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo?
Pues que diremos de la facilidad con que vna
Reyna, o Emperatriz heredera, se cōduze en los
brazos de vn andãte, y no conocido cauallero?
Que ingenio, sino es del todo barbaro, e incul-
to, podra cōtenta se leyendo, que vna gran tor-
re llena de caualleros va por la mar adelante,
como naue con prospero viento, y oy anoche-
ce en Lõbardia, y mañana amanezca en tierras
del Preste Iuan de las Indias, o en otras, que ni
las descubrio Tolomeo, ni las vio Marco Polo?
Y si a esto se me respondiesse, que los que tales
libros componen, los escriuen como cosas de
mentira, y que assi no estan obligados a mirar
en delicadezas, ni verdades. Responderles ha-

yo,

yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas
parece verdadera: y tanto mas agrada, quanto
tiene mas de lo dudoso, y possible. Han se de ca-
sar las fabulas mentirosas con el entendimien-
to de los que las leyeren, escriuiendole de fuer-
te, que facilitando los impossibles, allanado las
grandezas, suspendiendo los animos, admiren,
suspendan, alborocen, y entretengan, de modo
que anden a vn mismo passo la admiracion, y la
alegria juntas: y todas estas cosas no podrá
hazer el que hayere dela verisimilitud; y de la
imitacion en quien consiste la perfeccion de lo
que se escribe, no he visto ningũ libro de caualler-
rias, que haga vn cuerpo de fabula entero con
todos sus miembros: de manera, que el medio
corresponda al principio, y el fin al principio,
y al medio; sino que los componen con tantos
miembros, que mas parece que lleuan intencion
a formar vna chimera, o vn monstruo, que a ha-
zer vna figura proporcionada. Fuera desto son
en el estilo duros, en las hazañas increybles, en
los amores lasciuos, en las cortesias mal mira-
dos: largos en las batallas, necios en las razo-
nes, disparatados en los viajes: y finalmẽte age-
nos de todo discreto artificio, y por esto dignos
de ser desterrados de la republica Christiana,
como a gẽte inutil. El Cura le estuuo escuchan-
do con grãde atencion, y pareciõle hombre de
buen entendimieto, y que tenia razon en quan-
to dezia: y assi le dixo, que por ser el de su mes-

T t 3

ma

ma opinion, y tener ogeriza a los libros de ca-
uallerias, auia quemado todos los de dō Qui-
xote, que eran muchos. Y contole el escruti-
nio que dellos auia hecho: y los que auia con-
denado al fuego, y dexado cō vida, de que no
poco se rio el Canonigo, y dixo, que con todo
quanto mal auia dicho de tales libros, hallaua
en ellos vna cosa buena, que era, el sugero que
ofrecian, para que vn buen entendimiento pu-
diessse mostrarse en ellos, porque dauan largo
y espacioso campo, por donde sin empacho al-
guno pudiesse correr la pluma, descubriendo
naufragios, tormentas, reencuentros, y batallas.
pintando vn Capitan valeroso, cō todas las par-
tes que para ser tal se requieren, mostrandose
prudente, preuiniendo las astucias de sus enemi-
gos: y eloquēte orador, persuadiendo, o dissua-
diendo a sus soldados: maduro en el consejo,
presto en lo determinado tan valiente en el el-
perar, como en el acometer. Pintando aora
vn lamentable y tragico suceso, aora vn ale-
gre y no pensado acontecimiento: alli vna
hermosissima dama, honesta, discreta, y recata-
da: aqui vn Cauallero Christiano, valiente, y co-
medido: aculla vn desaforado Barbaro fanfar-
ron: acá vn Principe cortes, valeroso, y bien mi-
rado, representando bondad, y lealtad de vas-
sallos, grandezas, y mercedes de señores, ya
puede mostrarse Astrologo, ya Cosmografo ex-
celente, ya musico, ya inteligente en las ma-
terias

terias de estado: y tal vez le vendra ocasion, de
mostrarse Nigromante, si quiere. Puede mostrar
las astucias de Vlixes, la piedad de Eneas, la
valentia de Aquiles, las desgracias de Ector,
las trayciones de Sinon, la amistad de Euria-
lio, la liberalidad de Alexādro el valor de Ce-
sar, la clemencia, y verdad de Trajano: y fide-
lidad de Zopiro, la prudencia de Caton: y final-
mente todas aquellas acciones que pueden ha-
zer perfeto a vn varon ilustre, aora poniendo-
las en vno solo, aora diuidiendolas en muchos,
y siendo esto hecho con apazibilidad de estilo,
y con ingeniosa inuencion, q̄ tire lo mas que
fuere posible a la verdad: sin duda cōpondra
vna tela de varios, y hermosos lazos texida,
que despues de acabada, tal perfección y hermo-
sura muestre, que cōfiga el fin mejor que se pre-
tende en los escritos, que es enseñar, y deley-
tar juntamente, como ya tengo dicho. Por-
que la escritura desatada destos libros da lu-
gar a que el autor pueda mostrarse Epico, Li-
tico, Tragico, Comico, con todas aquellas par-
tes que encierran en si las dulcissimas y agrada-
bles ciencias de la Poesia, y de la Oratoria: que
la Epica tambien puede escriuirse en prosa,
como en verso.

Cap. XLVIII. Donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de Cauallerias con otras cosas dignas de su ingenio.

Assi es como V.m. dize, señor Canonigo, dixó el Cura, y por esta causa son mas dinos de reprehension los que hasta aqui han compuesto semejantes libros sin tener aduertencia a ningun buen discurso ni al arte, y reglas por donde pudieran guiarse, y hazerse famosos en prosa, como lo son en verso los principes de la Poesia Griega, y Latina: Yo alomenos, replicó el Canonigo, he tenido cierta tentacion de hazer vn libro de cauallerias, guardando en el todos los puntos que he significado: y si he de confessar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hazer la experiencia de si correspondian a mi estimacion, las he comunicado con hombres apassionados desta leyenda, doctos, y discretos, y con otros ignorantes, que solo atienden al gusto de oyr disparates, y de todos he hallado vna agradable aprobacion: pero con todo esto, no he prosseguido adelante, assi por parecerme que hago cosa agena de mi profesion, como por ver que es mas el numero de los simples, que de los prudentes: y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juyzio del desuaneido vulgo, a quien por la mayor parte toca

leer

leer semejantes libros: pero lo que mas me le quitó de las manos, y aun del pensamiento, de acabarte, fue vn argumento que hize conmigo mesmo, sacado de las comedias que agora se representan, diziendo: Si estas que agora se vsan, assi las imaginadas, como las de historia, todas, o las mas son conocidos disparates, y cosas que no lleuan pies, ni cabeza, y con todo esto el vulgo las oye con gusto, y las tiene, y las aprueba por buenas, estando tan lexos de serlo, y los autores que las componen, y los actores que las representan dicen, que assi han de ser, porque assi las quiere el vulgo, y no de otra manera: y que las que lleuan traça, y figuen la fabula como el arte pide, no sirven sino para quatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que a ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos. Deste modo vendra a ser un libro, al cabo de auerme quemado las cejas, por guardar los preceptos referidos, y vendré a ser el fastre del cantillo. Y aunque algunas vezes he procurado persuadir a los actores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraerán, y mas fama cobrarán representando comedias que hagan el arte, que no con las disparatadas: y estan tan asidos, y encorporados en su parecer, que no ay razon, ni evidencia que del los saque. Acuerdome que vn dia

dixe

dixe a vno destos pertinazes: Dezidme, no os acordays que ha pocos años que se representaron en España tres Tragedias, que compuso vn famoso Poeta destos Reynos, las quales fuerón tales, que admiraron, alegraron, y suspendierón a todos quantos las oyeron, así simples, como prudentes, así del vulgo, como de los escogidos, y dieron mas dineros a los representantes ellas tres solas, que treynta de las mejores que después aca se han hecho: Sin duda, respondió el autor que digo, que deue de dezir V. m. por la Isabela, la Filis, y la Alexandra? Por estas digo, le repliqué yo: y mirad si guardauan bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dexaron de parecer lo que eran, y de agradar a todo el mundo? Así que no está la falta en vn vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Si que no fue disparate la Ingratitud vengada, ni le ruuo la Numancia, ni se le halló en la del Mercader amante, ni menos en la Enemiga favorable, ni en otras algunas, que de algunos entredidos Poetas han sido compuestas, para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado? Y otras cosas añadi a estas, con que a mi parecer le dexé algo confuso, pero no satisfecho ni conuencido, para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado V. m. señor Canonigo, dixo a esta sazón el Cura, que ha despertado en mi vn antiguo ra-

cor que tengo con las comedias que agora se vñan, tal que yguala al que tengo con los libros de cauallerias, porque auiedo de ser la comedia, segun le parece a Tulio, espejo de la vida humana, exemplo de las costumbres, è imagen de la verdad, las que aora se representan son espejos de disparates, exemplos de necedades, è imagines de lasciuia. Porque, que mayor disparate puede ser en el sugero que tratamos, que salir vn niño en mantillas en la primera scena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y que mayor, que pintarnos vn viejo valiente, y vn moço cobarde, vn lacayo retorico, vn paje consejero, vn Rey ganapan, y vna Princesa fregona? Que diré pues de la obseruancia que guardan en los tiempos en que pueden, o podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada començo en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en Africa, y aun si fuera de quatro jornadas la quarta acabara en America, y así se huuiera hecho en todas las quatro partes del mundo. Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia como es possible que satisfaga a ningun mediano entendimiento que fingiendo vna accion que passa en tiempo del Rey Pepino, y Carlo Magno, el mismo que en ella haze la persona principal, le atribuian que fue el Emperador Eraclio, que

entrò con la Cruz en Ierusalén, y el que ganó la casa santa, como Godofre de Bullon auiedo infinitos años de lo vno a lo otro: y fundadose la comedia sobre cosa fingida, atribuyrle verdades de historia, y mezclarle pedaços de otras sucedidas a diferentes personas, y tiempos: y esto no con traças verisimiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables: y es lo malo, que ay ignorantes que digan, que esto es lo perfeto, y que lo demas es buscar gullerías. Pues que si venimos a las comedias diuinas, q de milagros falsos fingien en ellas, que de cosas apocrifas, y mal entendidas, atribuyendo a vn santo los milagros de otro. Y aun las humanas se atreuen a hazer milagros, sin mas respeto, ni consideracion, que parecerles que alli estará bien el tal milagro y apariécia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire, si venga a la comedia: que todo esto es en perjuizio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios Españoles: porq los estrangeros que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por barbaros, è ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hazemos. Y no seria bastante disculpa desto dezir que el principal intento que las republicas bié ordenadas tienen, permitiéndolo que se hagan publicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y diuerti-
tirla

tirla a vezes de los malos humores que suele engendrar la ociosidad: y que pues este se consigue con qualquier comedia buena, o mala, no ay para que poner leyes, ni estrechar a los que las componen, y representan, a que las hagan como deuia hazerse: pues, como he dicho, con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo qual responderia yo, que este fin se conseguiria mucho mejor sin comparacion alguna con las comedias buenas, que con las no tales. Porque de auer oydo la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre cò las burlas, enseñado cò las veras: admirado de los sucesos: discreto con las razones: aduertido con los embustes: sagaz cò los exemplos: ayrado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el animo del que la escuchare, por rustico, y torpe que sea. Y de toda imposibilidad, es imposible dexar de alegrar, y entretener, satisfacer, y contentar la comedia que todas estas partes tuuiere, mucho mas que aquella que careciere dellas: como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los Poetas que las componen: porque algunos ay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben estremadamente lo que deuen hazer. Pero como las comedias se han hecho mercaderia vendible, dicen,
y di-

y dizen verdad, que los representantes no se las comprarian, sino fuesen de aquel jaez: y assi el poeta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide. Y que esto sea verdad, vease por muchas e infinitas comedias que ha compuesto vn felicissimo ingenio destos Reynos, con tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graues sentencias: y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama. Y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hazen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huyrse, y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas vezes, por auer representado cosas en perjuizio de algunos Reyes, y en deshonra de algunos linages. Y todos estos inconuenientes cessarian, y aun otros muchos mas que no digo, con que huuiesse en la Corte vna persona inteligente y discreta, que examinasse todas las comedias antes que se representassen: no solo aquellas que se hiziesen en la Corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la qual aprobacion, sello, y firma, ninguna justicia en su lugar dexasse representar comedia alguna: y desta manera

nera los comediantes tendrian cuydado de embiar las comedias a la Corte, y con seguridad podrian representarlas: y aquellos que las componen, mirarian con mas cuydado y estudio lo que hazian, temerosos de auer de passar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiende: y desta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicissimamente lo que en ellas se pretende, assi el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuydado de castigarlos. Y si se diesse cargo a otro, o a este mismo que examinasse los libros de cauallerias que de nuevo se cõpusiesse, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se escuchasen a la luz de los nuevos que saliesse, para honesto passatiempo: no solamente los ociosos, sino de los mas ocupados. Pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion, y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna licita recreacion. A este punto de su coloquio llegauan el Canonigo, y el Cura, quando adelantandose el Barbero lleuó a ellos, y dixo al Cura: Aqui señor Licenciado es el lugar que yo dixi que era bueno, para que festeando nosotros, tuiessen los bueyes fresco,

fresco, y abundoso pasto. Así me lo parece. Así me respondió el Cura: y diciéndole al Canonigo lo que pensaba hacer, el también quiso que se le diese con ellos, combidado del sitio de un hermoso valle, que a la vista se les ofrecía: y así por gozar del, como de la conuersacion del Cura, de quien ya se yua aficionando: y por saber mas por menudo las hazañas de don Quixote, mandó a algunos de sus criados que se fuesen a la venta, que no dexos de allí estaua, y truxessen della lo que huiesse de comer, para todos: porque el determinaua de se estar en aquel lugar aquella tarde. A lo qual vno de sus criados respondió: Que el azemila del reposito, que ya deuia de estar en la venta, traía recado bastante para no obligar a no tomar de la venta mas que ceuada. Pues así es, dixo el Canonigo, lleuense alla todas las caualgaduras, y hazed boluer la azemila. En tanto que esto passaua, viendo Sancho que podia hablar a su amo, sin la continua asistencia del Cura, y el Barbero, que tenia por sospechosos, se llegó a la jaula donde yua su amo, y le dixo: Señor para descargo de mi conciencia le quiero dezir lo que passa, cerca de su encantamento, y es. Que aquestos dos que vienen aqui encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro lugar, y el Barbero, y imagino han dado esta traça de lleuarle desta manera, de pura embidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hazer

hazer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, siquiese que no va encantado, sino embaydo, y tonto. Para prouea de lo qual le quier preguntar vna cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá como no va encantado, sino trastornado el iuyzio. Preguntó lo que quisieses hijo Sancho, respondió don Quixote, que yo te satisfare, y respondete a toda tu voluntad. Y en lo que dizes, que aquellos que alli van, y vienen con nosotros, son el Cura, y el Barbero nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos: pero que lo sean realmente y en efeto, esso no lo creas en ninguna manera. Lo que has de creer, y entender es, que si ellos se les parecen, como dizes, deue de ser que los que me han encantado, auran tomado esta apariçia y semejança, porque es facil a los encantadores tomar la figura que se les antoja, y auran tomado la destos nuestros amigos, para darte a ti ocasion de que pienes lo que pienes, y ponerte en un laberinto de imaginaciones que no aciertes a salir del, aunque tuuieses la sogá de Teseo: y tambien lo auran hecho, para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño. Porque si por vna parte tu me dizes, que me acompañan el Barbero, y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo en jaulado, y se de mi, que fuerças humanas, co-

mo no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme: que quieres que diga, o pienso, sino que la manera de mi encantamiento excede a quántas yo he leydo en todas las historias que tratã de caualleros andantes q̄ han sido encantados. Así que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dizes: porque así son ellos, como yo soy Turco. Y en lo que toca a querer preguntarme algo, di, que yo te respondere, aunque me preguntes de aquí a mañana. Valame nuestra Señora, respondió a Sancho, dando vna grã boz, y es posible q̄ sea vuestra merced tã duro de cerebro, y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo: y en esta su prision y desgracia, tiene mas parte la malicia, que el encanto? Pero pues así es, yo le quiero probar euidentemente, como no va encantado. Si no digame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea quando menos se piense. Acaba de conjurarme, dixo don Quixote, y preguntalo que quisieres, que ya te he dicho que te respondere con toda puntualidad. Eso pido, replicò Sancho: y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir, ni quitar cosa ninguna, sino cõ toda verdad, como se espera que la han de dezir, y la dicen todos aquellos que professan las armas, como vuestro merced las professa debaxo de titulo de caualleros andantes. Digo que no menti-

re en cosa alguna, respondió don Quixote. Acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas saluas, plegarias, y preuenciones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bõdad y verdad de mi amo, y así porque haze al caso a nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento: Si a caso despues que vuestra merced va enjaulado, y a su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hazer aguas, mayores, o menores, como suele dezirse? No entiendo esso de hazer aguas Sancho, aclárate mas, si quieres que tu responda derechamente. Es posible que no entiẽde vuestra merced de hazer aguas mayores, o menores? Pues en la escuela destetan a los muchachos con ello. Pues sepa que quiero dezir. Si le ha venido gana de hazer lo que no se escusa. Ya, ya te entiendo Sancho: y muchas vezes: y aun agora la tengo, facame deste peligro, que no anda todo limpio.

Cap. XLIX. Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Pança tuuo con su señor don Quixote.

HA, dixo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo desseaua saber, como al alma, y como a la vida. Venga aca señor: podria negar lo que comunmente suele dezirse por ay, quando vna persona està de mala voluntad: No se que tiene fulano, que ni come, ni beue, ni duerme, ni responde a proposito a lo que le preguntan,

can, que no parece sino que està encantado. De donde se viene a sacar, que los que no comen, ni beuen, ni duermen, ni hazen las obras naturales que yo digo, estos tales estan encâtados, pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que beue quâdo se lo dan, y come quâdo lo tiene, y respõde a todo aquello que le preguntan. Verdad dizes Sancho, respondio don Quixote: pero ya te he dicho que ay muchas maneras de encantamientos, y podria ser, que con el tiempo se huuiessen mudado de vnos en otros, y que agora se vse, que los encâtados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hazian. De manera, que cõrra el vso de los tiempos no ay que arguyr, ni de q̃ hazer consecuencias. Yo se, y tengo para mi, q̃ voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande, si yo pensasse que no estaua encantado, y me dexasse estar en esta jaula, perezoso y couarde, de fraudando el socorro que podria dar a muchos menesterosos y necessitados, que de mi ayuda, y amparo deuen tener a la hora de ahora precisa, y estrema necesidad. Pues con todo esso replicò Sancho, digo, que para mayor abundancia y satisfacion, seria bien que vuestra merced prouasse a salir desta carcel, que yo me obligo cõ todo mi poder a facilitarlo, y auerle de ella, y prouasse de nueno a subir sobre su buen Rozinante, que tambien parece, que va en:

encantado, segun va de malencolico y triste. Y hecho esto, prouassemos otra vez la suerte de buscar mas auenturas: y sino nos sucediesse bien, tiempo nos queda para boluernos a la jaula: en la qual prometo a ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si a caso fuere vuestra merced tan desdichado, o yo tan simple, que no acierte a salir con lo que digo. Yo soy contento de hazer lo que dizes, Sancho hermano, replicò dõ Quixote: y quando tu veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedecere en todo y por todo: pero tu, Sancho, veras como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas platicas se entretuuieron el cauallero andante, y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde ya apeados los aguardauan el Cura, el Canonigo, y el Barbero. Deshunzio luego los bueyes de la carreta el boyero, y dexolos andar a sus anchuras por aquel verde, y apazible sitio, cuya frescura combidaua a quererla gozar, no a las personas tan encantadas como don Quixote, sino a los tã aduertidos, y discretos como su escudero: el qual rogò al Cura, q̃ permitiesse que su señor saliesse por vn rato de la jaula: porque sino le dexauan salir, no yria tan limpia aquella prision como requeria la de cencia de vn tal cauallero como su amo. Entendio le el Cura, y dixo, q̃ de muy buena gana haria lo q̃ le pedia, sino temiera, q̃ en viendose su

señor en libertad, auia de hazer de las suyas, y yrse donde jamas gétes le viesse. Yo le fio de la fuga, respondió Sancho: Y yo y todo, dixo el Canonigo: y mas si el me da la palabra como cauallero, de no apartarse de nosotros, hasta q sea nuestra voluntad. Si doy, respondió don Quixote, que todo estaua escuchando, quanto mas, que el que está encantado, como yo no tiene libertad para hazer de su persona lo q quisiere: porque el que le encató le puede hazer q no se mueua de vn lugar en tres siglos: y si huuiere huydo, le hará boluer en bolandas: y que pues esto era así, bien podía soltarle, y mas siédo tan en prouecho de todos: y del no soltarle les protestaua que no podia dexar de fatigarles el olfato, si de alli no se desuiauan. Tomole la mano el Canonigo, aunque las tenia atadas, y debaxo de su buena fe, y palabra, le defenjauaron, de que el se alegró infinito, y en grande manera de verse fuera de la jaula. Y lo primero que hizo, fue, estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estaua Rozinante, y dandole dos palmadas en las ancas dixo: Aun espero en Dios, y en su bendita Madre, flor y espejo de los cauallos, que presto nos hemos de ver los dos qual deseamos: tu con tu señor acuestas, y yo encima de ti, exercitando el oficio para que Dios me echó al mundo. Y diziendo esto don Quixote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliuiado, y con mas

des-

deseos de poner en obra lo que su escudero ordenasse. Mirauale el Canonigo, y admirauase de ver la estrañeza de su gráde locura, y de que en quanto hablaua, y respondia, mostraua tener boníssimo entendimiento, solamente venia a perder los estribos, como otras vezes se ha dicho, en tratandole de cauallerias: y así mouido de compasión, despues de auerse sentado todos en la verde yerua, para esperar el repuesto del Canonigo, le dixo: Es posible señor hidalgo, q ayapodido táto con V.m. la amarga, y ociosa letura de los libros de cauallerias, que le ayá buuelto el juyzio de modo, q véga a creer q va encatódo, có otras cosas deste jaez, tan leños de ser verdaderas, como lo está la mesma métrá de la verdad? Y como es posible q aya entendimíento humano, q se dê a entender q hauido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aqlla turbamulta de táto famoso cauallero, táto Emperador de Trapifonda, táto Felixmaré de Yrcania, tanto palafren, tanta dōzella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos Gigantes, tantas inauditas auenturas, tanto genero de encantamētos, tantas barallas, táto desaforados encuētros, táta bizzarria de tragés, tantas Princesas enamoradas, tantos escuderos Cōdes, táto enanos graciosos, táto villete, táto requiebro, táta mugeres valiētes: y finalmente táto, y tan disparatados casos como los libros de cauallerias cōtinen? De mi se de-

Y n 4 zir,

zir, que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar, que son todos menti-
ra, y fiiiñdad, me dan algun contento: pero quã-
do caygo en la cuêta de lo que son, doy con el
mejor dellos en la pared: y aun diera con el en
el fuego, si cerca, o presêre le tuuiera, biê como
a mercedores de ral pena, pör ser falsos, y em-
busteros, y fuera del trato que pide la comũ na-
turaliza, y como a inuêtores de nuevas sectas,
y de nueuo modo de vida: y como a quien da
ocasion q̃ el vulgo ignorâte venga a creer, y te-
ner por verdaderas tantas necesidades como cõ-
tienê. Ya un tienen tanto atreñimiêto, q̃ se atre-
uen a turbar los ingenios delos discretos, y biê
nacidos hidalgos, como se echa biê de ver por
lo q̃ cõ vuestra merced han hecho, pues le han
traydo a terminos, q̃ sea forçoso encerrarle en
vna jaula, y traerle sobre vn carro de bueyes,
como quiê trae, o lleva algũ leon, o algun tigre,
de lugar en lugar, para ganar con el, dexãdo q̃
le vean. Ea señor dõ Quixote, duela se de si mis-
mo, y reduzgase al gremio de la discrecion, y
sepa vsar de la mucha que el cielo fue seruido
de darle, empleando el felicissimo talêto de su
ingenio, en otra letura, que redunde en aproue-
chamiento de su conciencia, y en aumento de
su honra. Y si toda via, llenado de su natural in-
clinacion, quisiere leer libros de hazañas, y de
cauallerias, lea en la sacra Escritura el de los
Iuezes, que alli hallarã verdades grandiosas, y

he-

hechos tan verdaderos como valientes. Vn Vi-
riato tuuo Lusitania, vn Cesar Roma, vn Anibal
Cartago, vn Alexandro Grecia, vn Conde Fer-
nan Gõgalez Castilla, vn Cid Valencia, vn Gõ-
galo Fernandez Andaluzia, vn Diego Garcia de
Paredes Estremadura, vn Garcî Perez de Var-
gas Xerez, vn Garcî Lasso Toledo, vn don Ma-
nuel de Leon Seuilla, cuya lecion de sus valero-
sos hechos, puede entretener, enseñar, deley-
tar, y admirar a los mas altos ingenios que los
leyeren. Esta si serã letura digna del buen en-
tendimiento de V.m. señor don Quixote mio,
de la qual saldra erudito en la historia, enamo-
rado de la virtud, enseñado en la bondad, me-
jorado en las costumbres, valiente sin temeri-
dad, ofado sin couardia: y todo esto para honra
de Dios, pronecho suyo, y fama de la Mancha,
do segun he sabido, trae V.m. su principio, y ori-
gen. Atentiſsimamente estuuon don Quixote e-
scuchando las razones del Canonigo, y quan-
do vio que ya auia puesto fin a ellas: despues de
auerle estado vn buen espacio mirando, le di-
xo: Pareceme señor hidalgo, q̃ la platica de V.
m. se ha encaminado a querer darme a enrêder,
que no ha auido caualleros andantes en el mû-
do, y que todos los libros de cauallerias son fal-
sos, mêtirofos, dañadores, è inutiles para la re-
publica, y q̃ yo he hecho mal en leerlos, y peor
en creerlos, y mas mal en imitarlos, auindome
puesto a seguir la durissima profefsion de la

caua-

caualleria andáte, q̄ ellos enseñan, negandome, que no ha auído en el mundo Amadis, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caualleros de que las escrituras estā llenas. Todo es al pie de la letra, como V. m. lo va relatando, dixo a esta fazon el Canonigo. A lo qual respondió don Quixote: Añadió tãbién vuestra merced, diziendo, que me auian hecho mucho daño tales libros, pues me auian buuelto el juyzio, y puestome en vna jaula, y que me seria mejor hazer la enmienda, y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deletan, y enseñan. Assi es, dixo el Canonigo. Pues yo, replicó don Quixote, hallo por mi cuenta, que el fin juyzio, y el encantado es V. m. pues se ha puesto a dezir tantas blasfemias contra vna cosa tã recibida en el mundo, y tenida por tan verdadera, que el q̄ la negasse, como V. m. la niega, merecia la mesma pena, que V. m. dize que da a los libros, quando los lee, y le enfadan. Porque querer dar a entender a nadie que Amadis no fue en el mundo, ni todos los otros caualleros auentureros, de que estā colmadas las historias, sera querer persuadir, que el Sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta: porque, que ingenio puede auer en el mundo, q̄ pueda persuadir a otro, q̄ no fue verdad lo dela Infanta Floripes, y Guy de Borgoña, y lo de Fierabras, con la puente de Mantible, q̄ sucedio en el tiempo de Carlo Magno, que voto a tal, que es tãta ver-

dad

dad, como es aora de dia? Y si es mentira tãbién lo deue de ser, que no huuo Hector, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doze Pares de Francia, ni el Rey Artus de Inglaterra, que anda hasta aora conuertido en cueruo, y le espera en su Reyno por momentos. Y tambien se atreueran a dezir, que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del santo Grial, y que son apocrifos los amores de dō Tristan, y la Reyna Yseo, como los de Ginebra y Langarote, auiendo personas q̄ casi se acuerdan de auer visto a la dueña Quintañona, que fue la mejor escanciadora de vino q̄ tuuo la grã Bretaña: y es esto tan assi, que me acuerdo yo q̄ me dezia vna mi aguela de partes de mi padre, quando veia alguna dueña con tocas reuerendas: Aquella, nieta, se parece a la dueña Quintañona, de dōde arguyo yo, que la deuio de conocer ella, o por lo menos, deuio de alcançar a ver algũ retrato suyo. Pues quien podrã negar, no ser verdadera la historia de Pierres, y la linda Magalona, pues aun hasta oy dia se veen en la armeria de los Reyes, la clauija con que boluía el cauallo de madera, sobre quien yua el valiente Pierres por los ayres, que es vn poco mayor que vn timon de carreta: y jũto a la clauija, estã la filla de Babieca. Y en Roncesualles estã el cuerno de Roldan, tamaño como vna grande riga: de donde se infiere, que huuo doze Pares, que huuo Pierres, que huuo Cides, y otros ca-

ua.

ualleros semejantes, destos que dicen las gentes, que a sus auenturas van. Sino diganme también, que no es verdad que fue cauallero andante el valiente Lusitano Iuan de Merlo, que fue a Borgoña, y se combatio en la ciudad de Ras, con el famoso señor de Charni, llamado Mosen Pierres, y despues en la ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empreßas vencedor, y lleuando de honrosa fama. Y las auenturas, y desafíos que tambien acabaron en Borgoña los valientes Españoles, Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya alcurnia yo desciendo por linea recta de varon) venciendo a los hijos del Conde de san Polo. Nieguenme así mismo que no fue a buscar las auenturas a Alemania don Ferrnando de Gueuara, donde se combatio con Miccer Iorge, cauallero de la casa del Duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del passo: las empreßas de Mosen Luis de Falses contra don Gonçalo de Guzman, cauallero Castellano, con otras muchas hazañas, hechas, por caualleros Christianos, destos, y de los Reynos estrangeros, tan autenticas y verdaderas, que torno a dezir, que el que las negasse, careceria de toda razon, y buen discurso. Admirado quedò el Canonigo, de oyr la mezcla que don Quixote hazia, de verdades, y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas, tocantes

y con-

y concernientes a los hechos de su andante caualleria, y así le respondió: No puedo yo negar señor don Quixote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca a los caualleros andantes Españoles: y así mismo quiero conceder que huuo doze Pares de Francia, pero no quiero creer que hizieron todas aquellas cosas q̃ el Argobispo Turpin dellos escribe: porque la verdad dello es, q̃ fueron caualleros escogidos por los Reyes de Frãcia, a quien llamaron Pares, por ser todos y iguales en valor, en calidad y en valẽcia, alomenos sino lo eran, era razón q̃ lo fuessen, y era como vna religion de las que aora se vsan, de Santiago, ò de Calatrana, q̃ se presupone, que los q̃ la professan hã de ser, ò deuen ser Caualleros valerosos, valientes, y bien nacidos: y como aora dicen cauallero de S. Iuan, ò de Alcantara, dezian en aquel tiempo, Cauallero de los doze Pares, porq̃ no fueron doze y iguales los que para esta religiõ militar se escogieron. En lo de que huuo Cid, no ay duda, ni menos Bernardo del Carpio, pero de que hizieron las hazañas que dicen, creo que la ay muy grãde. En lo otro de la clauija, que vuestra merced dize, del Conde Pierres, y que està junto a la silla de Babieca, en la armeria de los Reyes, confießo mi pecado, q̃ soy tan ignorãte, ò tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he echado de ver la clauija, y mas siẽdo tan

gran-

grande como V.m. ha dicho. Pues alli està sin duda alguna, replicò dō Quixote, y por mas señas dicen q̄ està metida en vna funda de vaqueta, porq̄ no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el Canonigo, pero por las ordenes que recebi, q̄ no me acuerdo auerla visto: mas puesto que cōceda que està alli, no por esso me obligo a creer las historias de tãtos Amadises, ni las de tanta turba multa de caualleros, como por ay nos cuētan: ni es razō, que vn hōbre como V.m. tan honrado, y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiēto, se dē a entender, que son verdaderas tantas, y tan estrañas locuras, como las que estan escritas en los disparatados libros de Cauallerias.

Cap. L. De las discretas altercaciones que don Quixote, y el Canonigo tuvieron; con otros sucesos.

B Venio està esso, respondió don Quixote, los libros que están impressos con licencia de los Reyes, y con aprouacion de aquellos à quiē se remitierō, y q̄ con gusto general son leydos, y celebrados, de los grandes, y de los chicos; de los pobres, y de los ricos; de los letrados, e ignorātes; de los plebeyos, y Caualleros; finalmente, de todo genero de personas, de qualquier estado, y condicion que sean, auian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las ha-

zañas,

zañas, punto por punto, y dia por dia, que el tal cauallero hizo, o caualleros hizieron. Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y creame, q̄ le acōsejo en esto lo que deue de hazer, como discreto, sino lealos, y verà el gusto que recibe de su leyenda. Sino digame, hay mayor contento, q̄ ver, como si dixessemos, aqui aora se muestra delante de nosotros vn gran lago de pez hiruiendo a borbollones, y que andan nadando y cruzando por el muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos generos de animales ferozes, y espantables, y que del medio del lago sale vna boz tristissima, q̄ dize: Tu cauallero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estas mirando, si quieres alcançar el biē que debaxo destas negras agnas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arroja te en mitad de su negro y encendido licor, porque si asì no lo hazes, no seras digno de ver las altas maravillas que en si encierran, y cōtienen los siete castillos de las siete Fadas, q̄ debaxo desta negregura yazen: y que a penas el cauallero no ha acabado de oyr la boz temerosa, quando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse a considerar el peligro a que se pone, y aun sin despojarse de la pesadūbre de sus fuertes armas, encomendandose a Dios, y a su seņora, se arroja en mitad del bullente lago: y quando no se cae, ni sabe dōde ha de parar, se halla entre vnos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen

nen que ver en ninguna cosa. Allí le parece que el Cielo es mas transparente, y que el Sol luce con claridad mas nueva. Ofrecesele a los ojos vna apazible floresta de tan verdes, y fródolos arboles compuesta, que alegra a la vista su verdura, y entretiene los oydos el dulce, y no apredido canto de los pequeños, infinitos, y pintados paxarillos, que por los intrincados ramos van cruzando: Aquí descubre vn arroyuelo, cuyas frescas aguas, q̄ liquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas, y blancas pedruzuelas, q̄ oro cernido, y puras perlas semejan. Aculla vec vna artificiosa fuente de jaspe variado, y de liso marmol compuesta. Aca vee otra a lo brutesco ordenada, a donde las menudas cóchas de las almejas, con las torcidas cascas blancas, y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclado entre ellas pedaços de cristal luziente, y de contrahechas esmeraldas, hazen vna variada labor, de manera, que el arte imitando a la naturaleza, parece que allí la vee. Aculla de improuiso se le descubre vn fuerte castillo, o vistoso alcaçar, cuyas murallas son de mázizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente, el es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado, no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubies de perlas, de oro, y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura? Y ay mas que ver despues de auer visto esto, que

que ver salir por la puerta del castillo vn buen numero de donzellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese aora a dezirlos, como las historias nos los cuentan, seria núca acabar: y tomar luego la que parecia principal de todas, por la mano al atreuido cauallero, que se arrojò en el feruiente lago, y llevarle, sin hablar le palabra, dentro del rico alcaçar, ò castillo, y hazerle desnudar, como su madre le pario, y bañarle con tēpladas aguas, y luego vntarle todo con olorosos vnguentos, y vestirle vna camisa de cendal delgadissimo, toda olorosa, y perfumada: y acudir otra donzella, y echarle vn manton sobre los ombros, que por lo menos, menos, dicen q̄ suele valer vna ciudad, y aun mas? Que es ver pues, quando nos cuentan que tras todo esto, le lleuan a otra sala, donde halla puestas las mesas, con tãto concierto, que queda suspenso, y admirado? Que el verle echar agua a manos, toda de ambar, y de olorosas flores distillada? Que el hazerle sentar sobre vna silla de marfil? Que verle servir todas las dōzellas, guardando vn marauilloso silencio? Que el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito a qual deua de alargar la mano? Qual será oyr la musica q̄ en tanto que come suena, sin saberse quien la canta, ni a donde suena? Y despues de la comida acabada, y las mesas alçadas, quedar se el cauallero recostado sobre la silla, y quiza

mondandose los dientes, como es costumbre, entrar a deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa donzella, q ninguna de las primeras, y sentarse al lado del cauallero, y comenzar a darle cuenta, de que castillo es aquel, y de como ella està encantada en él, con otras cosas, que suspende al cauallero, y admirā a los leyentes q van leyēdo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir, q qualquiera parte que se lea, de qualquiera historia de cauallero andante, ha de causar gusto, y marauilla a qualquiera que la leyere. Y vuestra merced creame, y cōmo otra vez le he dicho, lea estos libros, y vera como le destieran la melancolia que tuuiere, y le mejoran la condicion, si a caso la tiene mala. De mi se dezir, q despues que soy cauallero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atreuido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos: y aunque ha tã poco que me vi encerrado en vna jaula, como loco, pienso por el valor de mi brazo, fauoreciendome el Cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algũ Reyno, a donde pueda mostrar el agradecimiento, y liberalidad q mi pecho encierra: que miase, señor, el pobre està inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la possea. Y el agradecimiento, que solo consiste en el deseo, es cosa

muert-

muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion, donde me hiziese Emperador, por mostrar mi pecho, haziendo bien a mis amigos, especialmente a este pobre de Sancho Pança mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle vn Condado, que le tengo muchos dias ha prometido, sino que temo, que no ha de tener habilidad para gouernar su estado. Casi estas vltimas palabras oyò Sancho a su amo, a quien dixo: Trabaje vuestra merced señor don Quixote, en darme esse Condado, tan prometido de vuestra merced, como de mi esperado, que yo le prometo, que no me falte a mi habilidad para gouernarle: y quando me faltare, yo he oydo dezir, que ay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan vn tãto cada año, y ellos se tienen cuydado del gouerno, y el señor se està a pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa: y assi harè yo, y no repararè en tanto mas quanto, sino que luego me desfiltirè de todo, y me gozarè mi rēta, como vn Duque, y alla se lo ayan. Eso hermano Sancho, dixo el Canonigo, entiendese en quanto al gozar la renta, empero al administrar justicia, ha de entender el señor del estado, y aqui entra la habilidad, y buen juyzio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siēpre yran errados

los medios, y los fines: y assi suele Dios ayudar al buen desseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No se esas filosofias, respondió Sancho Pança, mas solo se, que tan presto tuviessse yo el Condado, como sabria regirle, q tanta alma tégo yo como otro, y tanto cuerpo como el q mas, y tan Rey seria yo de mi estado, como cada vno del suyo, y siendolo, haria lo q quisiessse: y haziendo lo que quisiessse, haria mi gusto: y haziendo mi gusto, estaria contento: y estando vno cōtento, no tiene mas que dessear: y no teniendo mas q dessear, acabose, y el estado venga, y a Dios, y veamonos, como dixo vn ciego a otro. No sō malas filosofias essas, como tu dizes, Sancho, pero con todo esso ay mucho que dezir sobre esta materia de Condados. A lo qual replicò don Quixote: Yo no se que aya mas que dezir, solo me guio por el exēplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo a su escudero Cōde de la Insula firme, y assi pudiendo yo sin escurpulo de conciencia, hazer Conde a Sancho Pança, que es vno de los mejores escuderos que canallero andāte ha tenido. Admirado quedò el Canonigo, de los cōcertados disparates que don Quixote auia dicho, del modo con que auia pintado la auentura del canallero del Lago, de la impresion que en el auian hecho las pēsadas mentiras de los libros que auia leydo: y finalmente le admiraua la necedad de Sancho, que con tanto ahinco des-

seaua

seaua alcanzar el Condado que su amo le auia prometido. Ya en esto boluiā los criados del Canonigo, que a la venta auian ydo por la azequia del repuesto, y haziendo mesa de vna alhombra, y dela verde yerua del prado, a la sombra de vnos arboles se sentaron, y comieron alli, porque el boyero no perdiessse la comodidad de aquel sitio, como queda dicho. Y estando comiendo, a deshora oyeron vn rezio estruēdo, y vn son de esquila, que por entre vnas garças, y espessas matas que alli junto estauan sonaua, y al mesmo instante vieron salir de entre aquellas malezas, vna hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blāco, y pardo. Tras ella venia vn cabrero dandole bozes, y diziendole palabras a su uso, para que se detuuiessse, o al rebaño boluiesse. La fugitiua cabra temerosa, y despauorida, se vino a la gente, como a fauorecerse della, y alli se detiuo. Llego el cabrero, y asiendola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso, y entēdimiento, le dixo: Ha cerrera, cerrera? manchada, manchada, y como andays vos estos dias de pie coxo? q lobos os espantan? Hija no me direys que es esto, hermosa? Mas que puede ser, sino q soys hembra, y no podeys estar sossegada, que mal aya vuestra condicion, y la de todas aquellas a quien imitays. Bolued, bolued amiga, que sino tan cōtenta, alomenos estareys mas segura en vuestro aprisco, o con vuestras cōpañeras: q si vos que-

las auays de guardar, y encaminar, andays tan sin guía, y tan descaminada, en que podran parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero a los que las oyeron, especialmente al Canonigo, que le dixo: Por vida vuestra hermano que os sossegueys vn poco, y no os acucieys en boluer tan presto essa cabra a su rebaño, q̄ pues ella es hembra, como vos dezis, ha de seguir su natural distinto, por mas que vos os pongays a estoruarlo. Tomad este bocado, y beued vna vez, con que templareys la colera, y en tanto descansará la cabra. Y el dezir esto, y el darle cō la punta del cuchillo los lomos de vn conejo siambre, todo fue vno. Tomolo, y agradeciolo el cabrero: beuio, y sossegose, y luego dixo: No querria q̄ por auer yo hablado cō esta alimaña tã en seso, me tuuiesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dixen. Rustico soy, pero no tanto, que no entienda como se ha de tratar con los hombres, y con las bestias. Eso creoi yo muy bien, dixo el Cura, que ya yo se de esperiencia, que los montes crían letrados, y las cabañas de los pastores encierran filosofos. Alomenos, señor, replicò el cabrero, acogē hombres escarmentados, y para que creays esta verdad, y la toqueys con la mano, aunq̄ parezca que sin ser rogado me cōbido, sino os enfadays dello, y quereys, señores, vn breue espacio prefiarme oydo atento, os cōtarè vna verdad, que

acredite lo que esse señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mia. A esto respondio don Quixote: Por ver que tiene este caso vn no se que de sombra de auentura de caualleria, yo por mi parte os oire, hermano, de muy buena gana, y assi lo haran todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas nouedades, que suspēdan, alegren, y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hazer vuestro cuento. Començad pues, amigo, que todos escucharemos. Sacò la mia, dixo Sãcho, que yo a aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oydo dezir a mi señor don Quixote, que el escudero de cauallero andante ha de comer quando se le ofreciere, hasta no poder mas, a causa que se les suele ofrecer entrar a caso por vna selua tan intrincada, que no aciertan a salir della en seys dias, y si el hōbre no va harto, o bien proueydas las alforjas, alli se podra quedar, como muchas vezes se queda, hecho carne momia. Tu estàs en lo cierto, Sãcho, dixo don Quixote, vete a donde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion, como se la darè escuchando el cnēs de este buē hombre. Assi la daremos todos a las nuestras, dixo el Canonigo: y luego, rogò al cabrero, que diese principio a lo que prometido auia. El cabrero dio dos palmadas sobre el lomo a la ca-

bra q por los cuernos tenia, diziéndole: Recuestate junto a mi, manchada, que tiépo nos queda para boluer a nuestro apero. Parece que lo entédio la cabra, porque en sentandose su dueño, se tédio ella junto a el, con mucho sosiego, y mirándole al rostro, daua a entéder que estaua atenta a lo que el cabrero yua diziendo: el qual començo su historia desta manera.

Cap. L I. que trata de lo que conto el cabrero, a todos los que lleuauan a don Quixote.

TRes leguas de este valle está vna aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que ay en todos estos contornos, en la qual auia vn labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, mas lo era el por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcançaua: mas lo que le hazia mas dichoso, segun el dezia, era tener vna hija de tan estremada hermosura, rara discreció, dohayre, y virtud, que el que la conocia, y la miraua, se admiraua de ver las estremadas partes con que el Cielo, y la naturaleza la auian enriquecido. Siendo niña fue hermosa, y siépre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y seys años fue hermosísima. La fama de su belleza se començo a estéder por todas las circunuezinas aldeas: que digo yo, por las circunuezinas no mas, si se estédio a las apartadas ciudades, y aun se entrò por las salas de los Reyes, y por los oydos de todo

todo genero de gente, que como a cosa rara, o como a imagen de milagros, de todas partes a verla venia. Guardauala su padre, y guardauase ella, q no ay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden a vna donzella, que las del recato proprio. La riqueza del padre, y la belleza de la hija mouieron a muchos, assi del pueblo, como forasteros, a que por muger se la pidieffen: mas el como a quié tocava disponer de tan rica joya, andaua confuso, sin saber determinarle a quien la entregaria de los infinitos que le importunauan, y entre los muchos q tan buen desseo tenian, fuy yo vno, a quien dieron muchas, y grandes esperanças de buen sucesso, conocer que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hazienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado: con todas estas mismas partes, la pidio tambié otro del mismo pueblo, q fue causa de suspender, y poner en balança la voluntad del padre, a quien parecia que con qualquiera de nosotros estaua su hija bien empleada: y por salir desta confusion, determinò dezirselo a Leandra, q assi se llama la rica, que en miseria me tiene puesto, aduirtiéndole q pues los dos eramos yguales, era bien dexar a la volutad de su querida hija el escogera su gusto, cosa digna de imitar de todos los padres q a sus hijos quierén poner en estado. No digo yo q los dexe escoger

ger en cosas ruynes, y malas, sino q̄ se las propo-
gan buenas, y de las buenas q̄ escojá a su gu-
sto: no se yo el q̄ tuuo Leádra, solo se que el pa-
dre nos entretuvo a entrábo con la poca edad
de su hija, y con palabras generales, q̄ ni le obli-
gauan, ni nos desobligauán rā poco. Llamase mi
cōpetidor Anselmo, y yo Eugenio; porque vays
cō noticia de los nōbres de las personas, q̄ en
esta tragedia se cōtinen, cuyo fin ann está pen-
diēte: pero bien se dexa entēder que ha de ser
desastrado. En esta sazō vino a nuestro pueblo
vn Vicente de la Rosa, hijo de vn pobre labra-
dor del mismo lugar: el qual Vicente venia de
las Italías, y de otras diuersas partes de ser sol-
dado: lleuole de nuestro lugar, siēdo muchacho
de hasta doze años, vn Capitā, que cō su cōpa-
ñia por alli acertò a passar, y boluio el moço de
alli a otros doze, vestido a la soldadesca, pinta-
do cō mil colores, lleno de mil dices de cristal,
y sutiles cadenas de azero: oy se ponía vna ga-
la, y mañana otra, pero todas sutiles, pintadas,
de poco peso, y menos tomo: la gēte labradora,
que de suyo es maliciosa, y dādole el ocio lu-
gar, es la misma malicia, lo notò y contò punto
por pūto sus galas y prefeas, y hallò q̄ los vesti-
dos eran tres de diferentes colores, con sus li-
gas, y medias, pero el hazia tantos guisados, e
inuenciones dellas, que sino se los cōtaran, hu-
uiera quien jurara que auia hecho muestra de
mas de diez pares de vestidos, y de mas de ve-
ynte

ynte plumajes. Y no parezca impertinencia, y
demasia esto que de los vestidos voy cōtando,
porq̄ ellos hazē vna buena parte en esta histo-
ria. Sentauase en vn poyo, q̄ debaxo de vn gran
alamo está en nuestra plaça, y alli nos tenia a
todos la boca abierta, pēdiētes de las hazañas
q̄ nos yua cōtado: no auia tierra en todo el Or-
be que no huuiesse visto, ni batalla donde no se
huuiesse hallado: auia muerto mas Moros que
tiene Marruecos, y Tunez, y entrado en mas
singulares desafios, segun el dezia, que Gante, y
Luna, Diego Garcia de Paredes, y otros mil q̄
nōbraua, y de todos auia salido con vitoria, sin
que le huuiessen derramado vna sola gota de
sangre: por otra parte mostraua señales de heri-
das, que aunque no se diuísauā, nos hazia enten-
der q̄ eran arcabuzazos dados en diferētes ren-
cuētros, y faciones; finalméte cō vna no vista
arrogācia llamaua de vos a sus yguales, y a los
mismos q̄ le conocian, y dezia q̄ su padre era su
braco, su linage sus obras, y que debaxo de ser
soldado, al mismo Rey no deuia nada. Añadio-
sele a estas arrogācias ser vn poco musico, y to-
car vna guitarra a lo rasgado, de manera que
dezian algunos que la hazia hablar: pero no pa-
raron aqui sus gracias, que tábien la tenia de
Poeta, y assi de cada niñeria que passaua en el
pueblo, cōponia vn Romāce de legua y media
de escritura. Este soldado pues que aqui he pin-
tado, este Vicēte de la Rosa, este brauo, este ga-
lan,

lan, este musico, este Poeta, fue visto, y mirado muchas vezes de Leandra, desde vna ventana de su casa, que tenia la vista a la plaza: enamórola el oropel de sus vistosos trages: encantaronla sus romances, que de cada vno que componia daua veynte traslados: llegó a sus oydos las hazañas que el de si mismo auia referido: y finalmente que assi el diablo lo denia de tener ordenado, ella se vino a enamorar del, antes que en el naciesse presuncion de solicitarla: y como en los casos de amor no ay ninguno que con mas facilidad se cumpla, que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama: con facilidad se concertaron Leandra y Vicente, y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayesse en la cuenta de su deseo, ya ella tenia cúplido, auiendo dexado la casa de su querido y amado padre, (que madre no la tiene) y ausentadose de la aldea con el soldado, que salio con mas triumpho desta empresa, que de todas las muchas que el se aplicaua. Admiró el suceso a toda la aldea, y aun a todos los que del noticia tuuieron: yo quedé suspenso, Anselmo atonito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la justicia, los quadrilleros listos, tomaronse los caminos, escudriñaronse los bosques, y quáto auia, y al cabo de tres dias hallaron a la antojadiza Leandra en vna cueua de vn monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros, y preciosísimas joyas q̄ de su casa auia sacado:

sacado; boluierola a la presencia del lastimado padre, preguntaronle su desgracia, confesso sin apremio, que Vicente de la Rosa la auia engañado, y debaxo de su palabra de ser su espolo, la persuadió que dexasse la casa de su padre, que el la lleuaria a la mas rica, y mas viciosa ciudad que auia en todo el vniverso mundo, que era Napoles, y que ella mal aduertida, y peor engañada le auia creydo: y robando a su padre, se le entregó la misma noche que auia saltado, y que el la lleuó a vn aspero monte, y la encerro en aquella cueua, donde la auian hallado: contó tambien como el Soldado sin quitarle su honor le robó quanto tenia, y la dexó en aquella cueua, y se fue: suceso que de nuevo puso en admiracion a todos. Dificil, señor, se hizo de creer la cōtinencia del moço, pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolasse, no haziendo cuenta de las riquezas que le lleuauan, pues le auian dexado a su hija con la joya, que si vna vez se pierde, no dexa esperança de que jamas se cobre. El mismo dia que parecio Leandra, la desaparecio su padre de nuestros ojos, y la lleuó a encerrar en vn monasterio de vna villa q̄ está aqui cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra siruieron de disculpa de su culpa, alomenos cō aquellos q̄ no les yua algun interes

interés en que ella fuese mala, o buena: pero los que conocian su discrecion, y mucho entendimiento, no atribuyeron a ignorancia su pecado, sino a su desemboltura, y a la natural inclinacion de las mugeres, q̄ por la mayor parte suele ser desatinada, y mal cōpuesta. Encerrada Leandra, quedarō los ojos de Anselmo ciegos, alomenos sin tener cosa que mirar, que contento le diese: los mios en tinieblas sin luz, que a ninguna cosa de gusto les encaminasse con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocauase nuestra paciēcia, maldeziamos las galas del soldado, y abominauamos del poco recato del padre de Leandra: finalméte Anselmo y yo nos cōcertamos de dexar el aldea, y venirnos a este valle, donde el apacētando vna gran cantidad de ouejas fuyas proprias, y yo vn numeroso rebaño de cabras tãbié mias, passamos la vida entre los arboles, dãdo vado a nuestras passiones, o cantando juntos, alabanças, o vituperios de la hermosa Leandra, o suspirando solos, y a solas comunicãdo con el Cielo nuestras querellas, a imitacion nuestra. Otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido a estos asperos mōtes, vsando el mismo exercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha conuertido en la pastoral Arcadia, segun està colmo de pastores, y de apriscos, y no ay parte en el donde no se oyga el nombre de la hermosa Leandra: este la maldize, y la llama

llama antojadiza, varia, y deshonesta: aquel la condena por facil, y ligera: tal la absuelue y perdona: y tal la justicia, y vitupera: vno celebra su hermosura, otro reniega de su cōdicion, y en fin todos la q̄shōran, y todos la adoran, y de todos se estiende a tanto la locura, que ay quien se quexe de desden, sin auerla jamas hablado, y aun quien se lamenta, y siēta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamas dio a nadie: porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado, que su desseo: no ay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de arbol, que no este ocupado de algun pastor que sus desuenturas a los ayres cuente: el Eco repite el nombre de Leandra, donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes: Leandra murmuran los arroyos: y Leandra nos tiene a todos suspensos, y encantados, esperando sin esperança, y temiendo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el q̄ muestra que menos, y mas juyzio tiene, es mi competidor Anselmo, el qual temiendo tãtas otras cosas de que quejarse, solo se quexa de ausencia, y al son de vn rabel, que admirablemente toca, con versos, donde muestra su buen entendimiento, cantando se quexa: yo sigo otro camino mas facil, y a mi parecer el mas acertado, que es dezir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida: y final.

nalmiêre del poco discurso que tienen en saber colocâr sus pensamientos, è intenciones q̄ tienen: y esta fue la ocasion, señores, de las palabras, y razones que dixe a esta cabra, quando aqui lleguè, que por ser hembra la tēgo en poco, aũque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometi contaros: si he sido en el contarla prolixo, no serè en seruiros corto, cerca de aqui tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche, y muy sabrosissimo queso, con otras varias, y sazoadas frutas, no menos a la vista que al gusto agradables.

Cap. LII. De la pendencia que don Quixote tuuo con el cabrero; con la rara auentura de los deceplinantes, a quien dio felicez sin a costa de su sudor.

General gusto causò el cuento del cabrero a todos los que escuchado le auian, especialmente le recibio el Canonigo, que cò estraña curiosidad notò la manera con que le auia contado, tan lexos de parecer rustico cabrero, quan cerca de mostrarse discreto cortesano: y assi dixo, que auia dicho muy bien el Cura, en dezir que los montes criauan Letrados. Todos se ofrecieron a Eugenio, pero el que mas se mostro liberal en esto, fue don Quixote, que le dixo: Por cierto hermano cabrero, que si yo me hallara possibilitado de poder començar alguna auentura, que luego luego me pusiera en camino, porque vos la tunierades buena, que yo sacara

sacara del monasterio (donde sin duda alguna deue de estar contra su voluntad) a Leandra, a pesar del Abadesa, y de quãtos quisieran estoruarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para q̄ hizierades della a toda vuestra voluntad, y talãte, guardando pero las leyes de caualleria, que mandan que a ninguna donzella se le sea fecho desaguifado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de vn encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi fauor y ayuda, como me obliga mi profession, que no es otra, sino de fauorecer a los desualidos y menesterosos. Mirole el cabrero, y como vio a don Quixote de tan mal pelaje y catadura, admiròse, y preguntò al Barbero, que cerca de si tenía: Señor, quien es este hombre, que tal talle tiene, y de tal manera habla? Quien ha de ser, respondió el Barbero, sino el famoso don Quixote de la Mancha, desfazedor de agrauios, endereçador de tuertos, el amparo de las donzellas, el assombro de los Gigantes, y el vencedor de las batallas. Esso me semeja, respondió el cabrero, a lo q̄ se lee en los libros de caualleros andantes, que hazian todo esso q̄ de este hõbre V.m. dize: puesto q̄ para mi tengo, o que V.m. se burla, o que este gentil hombre deue de tener vazios los aposentos de la cabeça. Soys vn grãdissimo vellaco, dixo a esta sazón dõ Quixote,

Y y

y vos

y vos foyes el vazío, y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuuó la muy hieputa, puta que os parió, y diziendo, y hablado arrebatò de vn pan, que junto a sí tenia, y dio cò el al cabrero en todo el rostro, con tanta furia, q̄ le remachò las narizes: mas el cabrero q̄ no sabia de burlas, viendo con quantas veras le maltratauan, sin tener respeto a la alhombra, ni a los manteles, ni a todos aquellos q̄ comiendo estauan, saltò sobre don Quixote, y asiendole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogarle, si Sancho Pança no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera cò el encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo taças, y derramando y esparziendo quanto en ella estaua. Don Quixote q̄ se vio libre, acudio a subirse sobre el cabrero, el qual llenò de sangre el rostro, molido a cozes de Sancho, andaua buscando a gatas algun cuchillo de la mesa para hazer alguna sanguinolenta vengança; pero estornuauanselo el Canonigo y el Cura, mas el Barbero hizo de suerte que el cabrero cogio debaxo de sí a dō Quixote, sobre el qual llouió tanto numero de moxicones, que del rostro del pobre cauallero llovia tanta sangre, como del fuyo. Rebentauan de rifa el Canonigo y el Cura; saltauan los quadrilleros de gozo; çuçauan los vnos y los otros, como hazen a los perros quando en pendencia estan trauados, solo Sancho Pãça se desesperaua, porq̄ no se podia des-

afir.

afir de vn criado del Canonigo, que le estornuua q̄ a su amo no ayudasse. En resolucion estando todos en regozijo, y fiesta, sino los dos aporreados que se carpian, oyerò el son de vna trópera, tan triste, que los hizo boluer los rostros hàzia donde les pareçio que sonaua: pero el q̄ mas se alborotò de oyrle fue don Quixote, el qual aunque estaua debaxo del cabrero, harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dixo: Hermano demonio, que no es possible que dexes de serlo, pues has tenido valor, y fuerças para fugetar las mias, ruegote que hagamos treguas, no mas de por vna hora, porque el doloroso son de aquella trompera que a nuestros oydos llega, me parece que alguna nueva auétura me llama. El cabrero q̄ ya estaua cansado de moler, y ser molido, le dexò luego, y don Quixote se puso en pie, boluiendo así mismo el rostro a donde el son se oia, y vio a deshora que por vn recuesto baxauan muchos hombres vestidos de blanco, a modo de disciplinantes. Era el caso, que aquel año auian las nuues negado su rocío a la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hazian processiones, rogatinas, y disciplinas, pidiendo a Dios abriessse las manos de su misericordia, y les llouiessse: y para este efeto la gēte de vna aldea que allí junto estaua, venia en procession a vna deuota Hermita q̄ en vn recuesto de aquel valle auia. Dō Quixote que vio los estraños tra-

Yy a ges

ges de los diciplinantes, sin passarle por la memoria las muchas vezes que lo auia de auer visto, se imaginò que era cosa de auentura, y que a el solo tocava, como a cauallero andante, el acometerla: y confirmole mas esta imaginacion pensar que vna imagen que trayan cubierta de luto, fuesse alguna principal señora que lleuaua por fuerza aquellos follones, y descomedidos Malandrines, y como esto le cayò en las mientes, con gran ligereza arremetio a Rozinante, q̃ paciendò andaua, quitandole del arçon el freno, y el adarga, y en vn punto le enfrenò, y pidiendo a Sancho su espada subio sobre Rozinante, y abraço su adarga, y dixo en alta boz a todos los que presentes estauan: Agora valerosa compañía veredes quanto importa que aya en el mundo caualleros que professen la orden de la andante caualleria; agora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiuva, si se han de estimar los caualleros andantes: y en diziendo esto, apretò los mustos a Rozinante, porque espuelas no las tenia, y a todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia, que jamas la diessse Rozinante) se fue a encontrar con los diciplinantes: bien que fueron el Cura y el Canonigo, y Barbero a detenerle, mas no les fue possible, ni menos le detuvieron las bozes que Sancho le dana, diziendo: A dōde va, señor dō Quixote, que demonios lleua en el pecho, que le in-

citan

citan a yr contra nuestra Fè Catholica: aduier- ta, mal aya yo, que aquella es procession de diciplinantes, y que aquella Señora q̃ lleuã sobre la peana, es la imagen benditissima de la Virgē sin mázilla: mire señor lo que haze, que por esta vez se puede dezir que no es lo que sabe. Fatigose en vano Sancho, porque su amo yua tã puestò en llegar a los ensauanados, y en librar a la señora enlutada, que no oyò palabra, y aunque la oyera no boluiera si el Rey se lo mādara. Llegò pues a la procession, y parò a Rozinante, que ya lleuaua desseo de quietarse vn poco, y con turbada, y ronca boz dixò: Vosotros, que quiza por no ser buenos os encubris los rostros, atended, y escuchad lo que deziros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la imagen lleuauan, y vno de los quatro clerigos que cantaban las Ledanias, viendo la estraña cadadura de don Quixote, la flaqueza de Rozinante, y otras circunstancias de risa que notò, y descubriò en don Quixote, le respondió diziendo: Señor hermano, si nos quiere dezir algo, digalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos derengamos a oyr cosa alguna, si ya no es tan breue que en dos palabras se diga. En vna lo dirè, replicò don Quixote, y es esta, que luego al punto dexey libre a essa hermosa señora, cuyas lagrimas, y triste semblante dan claras muestras que la lleuays

Y y 3

con-

contra su voluntad, y que algun notorio desaguísarlo le auedes fecho, y yo que naci en el mundo para desfazer semejantes agrauios, no consentiré que vn solo passo adelante passe, sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron, que don Quixote deuia de ser algun hōbre loco: y tomarōse a reyr muy de gana, cuya risa fue poner poluora a la colera de dō Quixote, porque sin dezir mas palabra, sacando la espada, arremetio a las andas: vno de aquellos que las lleuauan, dexando la carga a sus compañeros, salio al encuentro de don Quixote, enarbolando vna horquilla, o baston con que sustentana las andas en tanto que descansaua, y recibiendo en ella vna gran cuchillada que le tirò don Quixote, con que se la hizo dos partes, y con el vltimo tercio que le quedò en la mano dio tal golpe a don Quixote encima de vn hōbro por el mismo lado de la espada, q̄ no pudo cubrir el adarga cōtra villana fuerça, que el pobre dō Quixote vino al suelo muy mal parado. Sācho Pança, que hijadeado le yua a los alcāces, viendole caydo, dio bozes a su moledor, que no le diese otro palo, porque era vn pobre cauallero encantado, que no auia hecho mal a nadie en todos los dias de su vida: mas lo q̄ deuio al villano, no fueron las bozes de Sancho, sino el ver que don Quixote no bullia pie, ni mano, y assi creyendo que le auia muerto, con priessa

se

se alço la tunica a la cinta, y dio a huyr por la campaña, como vn Camo: ya en esto llegarō todos los de la compañía de don Quixote a donde el estaua, y mas los de la procesion que los vieron venir corriendo, y con ellos los quadrieros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hizieronse todos vn remolino al rededor de la imagen, y alçados los capirotes, y empuñando las diciplinas, y los clerigos los ciriales, esperauan el assalto, con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen a sus acometedores: pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaua, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarle sobre el cuerpo de su señor, haziendo sobre el el mas doloroso, y risueño llanto del mundo, creyendo que estaua muerto. El Cura fue conocido de otro Cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos esquadrones: el primer Cura dio al segundo en dos razones cuenta de quien era don Quixote, y assi el como toda la turba de los diciplinantes fueron a ver si estaua muerto el pobre cauallero, y oyeron que Sancho Pança con lagrimas en los ojos dezia: O flor de la caualleria, q̄ cō solo vn garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años. O honra de tu linaje, honor, y gloria de toda la Mācha, y aun de todo el mundo, el qual faltando tu en el, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus

Yy 4 malas

malas fechorias. O liberal sobre todos los Alexandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenías dada la mejor insula q̄ el mar ciñe, y rodea. O humilde con los soberbios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, agote de los malos, enemigo de los ruynes: en fin cauallero andante, que es todo lo que dezir se puede. Con las bozes, y gemidos de Sancho, reuuió don Quixote, y la primera palabra que dixo, fue: El que de vos viue ausente, dulcissima Dulcinea, a mayores miserias que estas está sugeto: ayudame Sancho amigo a ponerme sobre el carro encanrado, que no estoy para oprimir la silla de Rozinante, porque tengo todo este hombro hecho pedaços. Esso hare yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y boluamos a mi aldea en compañía destos señores que su bien dessean, y alli daremos orden de hazer otra salida que nos sea de mas prouecho, y fama. Bien dizes Sancho, respondió dō Quixote, y será grā prudēcia dexar passar el mal influxo de las estrellas que agora corre. El Canonigo y el Cura, y Barbero, le dixeron que haria muy bien en hazer lo que dezia, y assi auiedo recebiendo grande gusto de las simplicidades de Sācho Pança, pusieron a don Quixote en el carro, como antes venia. La procession, boluio a ordenarse, y a proseguir su camino. El cabrero se des-

despidio de todos: los quadrilleros no quisieron passar adelante, y el cura les pagò lo que se les deuia: el Canonigo pidio al cura le auisasse el suceso de don Quixote, si sanaua de su locura, ò si proseguia en ella: y con esto tomò licencia para seguir su viaje: en fin todos se diuidieron, y apartaron, quedando solos el Cura, y Barbero, don Quixote, y Pança, y el bueno de Rozinante, que a todo lo que auia visto estaua con tanta paciencia, como su amo. El boyero vnzio sus bueyes, y acomodo a don Quixote sobre vn haz de heno, y con su acostumbra da flema siguió el camino que el Cura quiso, y a cabo de seys dias llegaron a la aldea de don Quixote, adonde entraron en la mitad del dia, que acerto a ser Domingo, y la gente estaua toda en la plaza, por mitad de la qual atrauesò el carro de don Quixote. Acudieron todos a ver lo que en el carro venia, y quādo conocieron a su compatrioto, quedaron marauillados, y vn muchacho acudio corriendo a dar las nueuas a su ama, y a su sobrina, de que su tio, y su señor, venia flaco, y amarillo, y tendido sobre vn mōton de heno, y sobre vn carro de bueyes. Cosa de lastima fue oyr los gritos que las dos buenas señoras alçaron, las bofetadas que se dièro, las maldiciones q̄ de nuevo echaron a los malditos libros de cauallerias, todo lo qual se renouò quādo vierò entrar a don Quixote por sus puertas. A las nueuas desta venida de don Quixote,

xote, acudio la muger de Sâcho Pâça, q̃ ya auia
 sabido que auia ydo cō el siruiendole de escu-
 dero, y assi como vio a Sancho, lo primero que
 le preguntò fue, q̃ si venia bueno el asno. Sancho
 respòdio, q̃ venia mejor q̃ su amo. Gracias sean
 dadas a Dios, replicò ella, que tanto bien me ha
 hecho: pero cōtadme agora amigo q̃ biẽ aueys
 sacado de vuestras escuderias? que saboyana
 me traeys a mi? que çapaticos a vuestros hijos?
 No traygo nada desso, dixo Sâcho, muger mia,
 aunque traygo otras cosas de mas momento, y
 cōsideracion. Desso recibo yo mucho gusto, re-
 spòdio la muger: mostradme essas cosas de mas
 consideracion, y mas momẽto, amigo mio, que
 las quiero ver, para que se me alegre este cora-
 çon, q̃ tan triste, y descõteto ha estado en todos
 los figlos de vuestra ausencia? En casa os las
 mostrarẽ muger, dixo Pança, y por agora estad
 contenta, q̃ siendo Dios seruido de q̃ otra vez
 salgamos en viage, a buscar aventuras, vos me
 vereys presto Cōde, o Gouernador de vna In-
 sula, y no delas de por ahi, sino la mejor q̃ pue-
 da hallarse. Quieralo assi el Cielo, marido mio,
 que biẽ lo auemos menester. Mas dezidme, que
 es esso de Insulas, que no lo entiendo? No es la
 miel para la boca del asno, respondio Sancho, a
 su tiempo lo veras muger, y aun te admiraràs
 de oyrtte llamar señoria de todos tus vassallos.
 Que es lo que dezis Sancho, de señorias, Insu-
 las, y vassallos? respondio Iuana Pança, que assi
 se

se llamaua la muger de Sancho, aunque no eran
 parientes, sino porque se vsa en la Mancha to-
 mar las mugeres el apellido de sus maridos.
 No te acucies Iuana, por saber todo esto tan a
 priessa, basta q̃ te digo verdad, y cose la boca.
 Solo te sabre dezir assi de passo, que no ay co-
 sa mas gustosa en el mundo, que ser vn hōbre
 honrrado escudero de vn cauallero andãte, bu-
 scador de auẽturas. Biẽ es verdad, q̃ las mas q̃
 se hallã, no salẽ tan a gusto como el hōbre que-
 rria, porq̃ de ciento q̃ se encuẽtran, las nouenta
 y nueue suelen salir auieffas, y torcidas. Selo yo
 de experiencia, porque de algunas he salido
 manteado, y de otras molido. Pero con todo
 esso es linda cosa esperar los sucessos, atraues-
 sando montes, escudriñando seluas, pisando pe-
 ñas, visitãdo castillos, aloxando en ventas, a to-
 da discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo
 el marauedi. Todas estas platicas passaron en-
 tre Sancho Pâça, y Iuana Pâça su muger, en tan-
 to que el ama, y sobrina de don Quixote, le re-
 cibierõ, y le desnudaron, y le tendierõ en su an-
 tiguu lecho. Miraualas el cō ojos atrauessados,
 y no acabaua de entender en q̃ parte estaua. El
 cura encargò a la sobrina, tuuiesse gran cuenta
 con regalar a su rio, y q̃ estuuiesse alerta, de q̃
 otra vez no se les escapasse, contando lo q̃ auia
 sido menester para traerla a su casa. Aquí alça-
 rō las dos de nueuo los gritos al cielo, alli se re-
 nouaron las maldiciones delos libros de cau-
 llerias,

lherias alli pidieron al cielo, q̄ cōfundiesse en el centro del abismo a los autores de tãtas mētras, y disparates. Finalmēte, ellas quedarō confusas, y temerosas, de que se auian de ver sin su amo, y r̄io, en el mesmo punto q̄ tuuiesse alguna mejoría: y si fue, como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad, y diligencia, ha buscado los hechos q̄ dō Quixote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellos, alomenos por escrituras autenticas, solo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha. Que don Quixote, la tercera vez q̄ salio de su casa, fue a çaragoça, donde se hallò en vnas famosas justas, que en aquella Ciudad hizieron, y alli le passaron cosas dignas de su valor, y buen entendimiento. Ni de su fin, y acatamiento, pudo alcançar cosa alguna, ni la alcançara, ni supiera, si la buena suerte no le depararà vn antiguo medico, que tenia en su poder vna caxa de plomo, que segū el dixo, se auia hallado en los cimientos derribados de vna antigua hermita, q̄ se renouaua. En la qual caxa, se auian hallado vnos pergaminos escritos con letras Goticas, pero en versos Castellanos, q̄ contenian muchas de sus hazañas, y dauan noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rozināte, de la fidelidad d̄ Sācho Pāça, y de la sepultura del mesmo don Quixote, cō diferentes epitafios, y elogios de su vida, y costumbres. Y los que se

pu-

pudierō leer, y sacar en limpio, fueron los que aqui pone el fidedigno autor desta nueua, y ja-mas vista historia. El qual autor no pide a los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo, que le costo inquirir, y buscar todos los archivos Māchegos, por sacarla a luz: sino que le dē el mesmo credito que suelen dar los discretos, a los libros de cauallerias, q̄ tan validos andan en el mūdo, que con esto se tendra por bien pagado, y satisfecho. Y se animarà a sacar, y buscar otras, sino tã verdaderas, alomenos de tanta inuencion, y passatiempo. Las palabras primeras que estauan escritas en el pergamino q̄ se hallò en la caxa de plomo, eran estas.

Los Academicos de la Argamasilla, lugar dela Mancha, en vida, y muerte, del valeroso don Quixote de la Mancha, Hoc scripserunt.

El Monicongo Academico, de la Argamasilla, a la sepultura de don Quixote.

EPI T A F I O.

EL caluatrueno, que adornò a la Mancha,
Demas despojos que Iason decreta,

El iuyzio que tuuo la veleza,
Aguda donde fuera mejor ancha.

El brazo, que su fuerça tanto ensancha,
Que llegò del Catay, hasta Gaeta,
La mussa mas horrenda, y mas discreta,
Que grauò versos en broncea plancha.

El que a cola dexò los Amadises,
Y en muy poquito a Galaores tuuo,

Estri-

Estribando en su amor, y bizzaria.

El que hizo callar los Belianises,
Aquel que en Rozinante errando anduuo,
Yaze debaxo desta losa fria.

Del paniaguado Academico de la Argamasi-
lla, in laudem Dulzinea del Toboso.

S O N E T O.

ESta que veys de rostro amondongado,
Alta de pechos, y ademan brioso,
Es Dulcinea Reyna del Toboso,
De quien fue el gran Quixote aficionado.
Piso por ella el vno, y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el heruoroso
Llano de Aranjuez, a pie, y cansado.
(Culpa de Rozinante.) O dura estrella,
Que esta Manchega dama, y este inuito
Andante cauallero, en tiernos años:
Ella dexò muriendo de ser bella,
Y el, aunque queda en marmoles eserito,
No pudo huyr de amor, iras, y engaños.
Del Caprichoso, discretissimo Academico, de
la Argamassilla, en loor de Rozinante, ca-
uallo de don Quixote de la Mancha.

S O N E T O.

EN el soberuio trono Diamantino,
Que con sangrientas plantas buella Marte,
(Frenetico) el Manchego, su estandarte
Tremola con esfuerço peregrino,

Cuelga

Cuelga las armas, y el azero fino,
Con que destroça, assuela, raja, y parte,
(Nuevas proezas) pero inuenta el arte
Vn nuevo estilo al nueno Paladino.
Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos brauos decendientes Grecia
Triunfo mil vezes, y su fama ensancha.
O ya Quixote le corona el Aula
Do Belona preside, y del se precia
Mas que Grecia, ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el oluido Mancha,
Pues hasta Rozinante en ser gallardo,
Excede a Brilladoro, y a Bayardo.
Del Burlador Academico Argamassillesco,
a Sancho Pança.

S O N E T O.

SAncho Pança es aqueste en cuerpo chico,
Pero grande en valor; milagro estraño,
Escudero el mas simple, y sin engaño,
Que tuuo el mundo, os juro, y certifico.
De ser Conde no estuuo en vn tantico,
Sino se conjuraran en su daño,
Insolencias, y agrauios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan a vn borrico.
Sobre el anduuo, con perdon se miente,
Este manso escudero, tras el manso
Canallo Rozinante, y tras su dueño.
O vanas esperanças de la gente,
Como passays con prometer descanso,
Y al fin parays en sombra, en humo, en sueño.
Del

Del Cachidiablo Academico, de la Argamasilla, en la sepultura de don Quixote.

E P I T A F I O.

A Qui yaze el cauallero,
Bien molido, y mal andante,
A quien lleno Rozinante
Por vno, y otro sendero.

Sancho Pança el majadero,
Yaze tambien junto a el,
Escudero el mas fiel

Que vio el trato de escudero.

Del Tiquitoc Academico, de la Argamasilla, en la sepultura de Dulcinea del Toboso.

E P I T A F I O.

R Eposa aqui Dulcinea,
Y aunque de carnes rolliza,
La boluio en poluo y ceniza
La muerte, espantable, y fea.

Fue de castiza ralea,
Y ruuo asomos de dama,
Del gran Quixote fue llama,
Y fue gloria de su aldea.

Estos fueron los versos q se pudierõ leer, los demas por estar carcomida la letra, se entregaron a vn Academico, para q por congeturas los declarasse. Tienese noticia q lo ha hecho, a costa de muchas vigilijs, y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacarlos a luz, con esperança de la tercera salida de don Quixote.

Forfi altro canterò con miglior plettio.

F I N I S.



571/2

7

217

303

3

33



